THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

271
Se6h

ROMANCE

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN LORENZO EL REAL DE EL ESCORIAL

DOCUMENTOS

PARA LA

HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN LORENZO EL REAL DE EL ESCORIAL

IV

HISTORIA DE VARIOS SUCESOS Y DE LAS COSAS NOTABLES QUE HAN ACAECIDO EN ESPAÑA Y OTRAS NACIONES DESDE EL AÑO DE 1584 HASTA EL DE 1603. ESCRITA POR EL P. FRAY JERÓNIMO DE SEPÚLVEDA, *EL TUERTO*, MONJE JERÓNIMO DE SAN LORENZO EL REAL DE EL ESCORIAL

LA PUBLICA CON PRÓLOGO, NOTAS E ÍNDICES EL

P. FR. JULIÁN ZARCO CUEVAS

RELIGIOSO AGUSTINO DEL MISMO MONASTERIO,
ACADÉMICO C. DE LA REAL DE LA HISTORIA

IMPRENTA HELÉNICA
PASAJE DE LA ALHAMBRA, NÚM. 3, MADRID
1924

ES PROPIEDAD

271
Se6h Romance.

I

LOS MANUSCRITOS

Se guardan en la Biblioteca Nacional de Madrid, con los números *2576* y *2577*, antiguas signaturas *H. 156* y *H. 160*.

—*Ms. 2576*. Hoja en blanco. H. con la portada. 251 folios numerados a tinta. 4 hs. sin foliar, con la «Tabla de los capítulos». 3 hs. en blanco. Letra de dos manos, del siglo XVII, a plana entera. Encuadernado en pergamino. Caja total: 206 × 152 milímetros. En el lomo se lee: «Varios Sucessos de España por El P.e Sepulveda». Título:

Historia | de | varios sucesos y de las cosas notables que | han sucedido de veinte años | a esta parte | en toda España, y en toda la Iglesia | Catholica. | Escrita por el Padre Sepulveda el | Tuerto. | Religioso en el Real combento del | Escurial | Año al parecer de | 1583. | Tomo Primero.

—*Ms. 2577*. 8 hojas en blanco, sin foliar. 1 hoja con la portada. 282 hojas foliadas a tinta. 3 hs. con parte del *Indice*, sin numerar. 8 hs. en b. Los folios 21, 45 y 179 repetidos en la numeración, y 1 sin foliar entre los 23 y 24. Han sido cortadas 3 hs. entre las 42 y 43, pero no falta nada del texto. Letra igual y de las mismas manos que la del ms. anterior. Encuadernación de pergamino. Caja total: 206 × 154 mm. Título:

Tomo segundo | De la Historia de varios sucessos | de España | Y otras naciones, y de la vniuersal | Iglesia Catholica | Romana. | Hasta el año de mil seiscientos | y cinco | escrita | Por el Padre Sepulueda el tuerto | Religioso | de la Orden del Maximo Doctor | De la Iglesia | san Geronimo.

604026

II

EL AUTOR

El P. Fr. Jerónimo de Sepúlveda nació en Aillón, pueblo de la actual provincia de Segovia. Estudió en su juventud en la Universidad de Alcalá, ignorándose qué disciplinas cursó y cuánto duró su estancia en ella. A fines de 1583 abandonó el Estudio complutense por las causas que él mismo relata con las siguientes palabras: «Y tornando a mi propósito, digo, que este año (de mil y quinientos y ochenta y tres), estando en Alcalá de Henares, en el Colegio que fundó el señor Obispo de Lugo don Fernando Vellosillo, de buena memoria, se levantó cierto pleito en la Universidad, entre ella y el Vicario, sobre una silla, el día de San Nicolás, porque el Rector la quería para sí y el Vicario alegaba de su derecho, y sobre esto hubo una riña, que comúnmente es llamada la *Guerrilla de Alcalá.*

Sobre esta pendencia, que fué muy reñida, y hubo algunos muy mal heridos y muy maltratados, porque los estudiantes, como gente moza y sin dueño, no aguardan razones, sino llevarlo a puro puñete y cachete, y lo que peor es, que trataron muy mal al Corregidor de aquella villa, por lo cual fué forzoso pedir justicia al Consejo Real, y enviaron un Alcalde de Corte, que fué causa que muchos estudiantes desamparasen la Universidad, y yo no fuí de los postreros» (1).

Acogióse Sepúlveda al sagrado de la religión en el aún no acabado Monasterio de San Lorenzo el Real, donde tomó el hábito el 24 de enero de 1584.

El subdiaconado lo recibió de manos del Rdo. Sr. D. Fr. Joan Esteban de Urbieta, O. P., obispo de Thelesi, Nápoles, en 22 de setiembre de 1590, y el mismo Señor le confirió el presbiterado en 19 de setiembre de 1592. En 21 de setiembre de 1591 le había ordenado de evangelio D. Jerónimo Manrique de Lara, obispo de Avila (2).

---

(1) Tomo I, folios 1 *v.*-2 *r.*

(2) *Libro en que están escritos los ordenados in sacris* [*en San Lorenzo el Real de El Escorial*] *desde el año 1589. hasta el de 1765.* fols. 2 *r.* y 3 *r.*

Hizo largo viaje el año de 1600, y visitó varias ciudades del norte de España (1).

Murió en San Lorenzo el Real, «de profunda melancolía», a 26 de agosto de 1634, a la una y media de la tarde. Está enterrado en la sepultura 19 de este Monasterio.

Por el sobrenombre que a continuación de su apellido se encuentra en los manuscritos que se conservan de su Historia, parece que tenía inutilizado, o carecía de un ojo. Desde luego él mismo, relatando un eclipse de sol, confiesa que tenía mala vista (2).

Su carácter debió de ser en lo externo franco y alegre, decidor y desenfadado, como se deduce del tono general que emplea al escribir y de la frase de las *Memorias Sepulcrales*, al admirarse de que diera fin a su vida «una profunda melancolía, *que no nos parecía podía entrar en aquel sujeto*», aunque sea verdad que no siempre lo interno del pensamiento está en armonía con lo que brota a flor de labios.

La música le encantaba, pues, aparte la deleitosa morosidad con que describe las funciones en que había canto con acompañamiento de órgano e instrumentos, afirma categóricamente que nunca de su voluntad se hubiera salido del convento de agustinas de Santa Dorotea, de Burgos, por el contento grande que le producía toda clase de melodía, y particularmente, por las «buenas y concertadas voces y lindos instrumentos» que aquellas religiosas tenían cuando él visitó la antigua ciudad castellana (3).

Para complemento de los pocos datos biográficos que de este escritor he podido encontrar, trasladaré íntegra la breve nota necrológica que sus hermanos de religión pusieron en las citadas *Memorias Sepulcrales*.

Es como sigue:

«Sepultura 19.—5.°—Sábado, 26 de agosto de 1634, a la una y

---

(1) «En estos días estábamos ya cerca de la Pascua del Señor y yo me venía acercando a esta mi Casa de San Lorenzo, que como venía de un largo camino tenía ya gana de llegar.» Tomo II, fols. 76 *r.*-77 *v.*

(2) «Fué tan grande (el eclipse), que se vieron algunas estrellas, y muchos las vieron que tienen mejor vista, que yo confieso no las vi.» Tom. II, fol. 124 *v.*

(3) Tomo I, fols. 198 *v.*-99 *r.*

media del día murió el P. Fr. Gerónimo de Sepúlveda, sacerdote y confesor, natural de Aillón, villa del Marqués de Villena, hijo de un letrado de aquella villa y de una señora principal de Sepúlveda.

Tomó en esta santa Casa el hábito a 24 de enero de 1584.

Murió de una profunda melancolía, que no nos parecía podía entrar en aquel sujeto, y mucho menos que se apoderase tanto de él y tan aprisa, pues apenas dió lugar para darle los sacramentos.

Había estado en la misa conventual, y celebrádola él en particular, el martes de aquella misma semana que le enterraron en esta sepultura donde están hoy sus huesos» (1).

III

CARÁCTER Y CUALIDADES DE LA «HISTORIA DE VARIOS SUCESOS»

Mejor que el nombre de *Historia* cuadraría a la obra del P. Sepúlveda el de *Sumario* o *Memorial*, pero respeto la primera denominación, pues así consta en los manuscritos de que me he servido.

En balde se buscará en la *Historia* del monje jerónimo la unidad, la precisión de las fechas y el enlace de las crónicas oficiales; en cambio, tiene sobre aquéllas la ventaja de ser un relato más humano, real y viviente, como recogido con frecuencia, sin premeditaciones, del mismo hecho, del sentir del vulgo o de labios de las personas que fueron actores de los sucesos que se narran. No se olvide que, aun cuando Sepúlveda confiesa que para componer su Historia no necesitó salir de las cuatro paredes de su Monasterio (2), El Escorial era entonces centro desde donde se dirigía la política mundial y por

---

(1) *Libro y Memorial de los religiosos Hiios professos de este Monasterio de S. Lavrencio el Real.* Tom. I, fol. 166 *r.* Al dorso tiene este rótulo en el tejuelo: *Memorias Sepulcrales, 1.*

(2) «Y con esto me contento, y me parece no he hecho poco en contar tantas cosas como tengo dichas, estando siempre encerrado y metido dentro de cuatro paredes sin salir de aquí ni un paso; y si otro fuera, para contar mucho menos de lo que yo he contado, hubiera dado vuelta a toda Italia, Alemania, Francia y España, y pues yo no he salido los límites de mi convento, me parece que harto tengo dicho.» Tom. I, fol. 147 *r.*

él pululaban caballeros y cortesanos, diplomáticos extranjeros y nacionales, y personajes de todas las clases de la sociedad, y el monje jerónimo estaba dotado de bastante instrucción, de no ordinaria independencia de carácter y criterio, y de curiosidad grande, que le impulsaba a trasladar al papel, no sin acierto, cuanto oía o desfilaba por sus ojos.

Ni tan literato ni tan de intento como el P. Sigüenza, ni tan sencillo y poco complejo como el P. Fr. Juan de San Jerónimo, aventaja a ambos historiadores en muchas menudencias y casos que ellos no alcanzaron o dejaron en el silencio.

En las relaciones del P. Sepúlveda aparece un Felipe II más accesible, más *mundano*, si vale la frase, de lo que ordinariamente se le juzga durante las largas temporadas que pasaba en San Lorenzo el Real. Además de los actos de devoción, a que asistía con la gravedad y reverencia que todos en él reconocen, le veremos salir frecuentemente a caza, alegrarse con las comedias que le recitan los niños del Seminario, ser padrino en bodas y bautizos, ayudar a la obra con su constante asistencia, comer con los frailes y hacerles regalos, observarlo todo detenidamente y con «extraña curiosidad», morir con la muerte del justo, con otros innumerables pormenores dignos de ser conocidos.

El P. Sepúlveda nos habla del Duque de Medinasidonia, «capitán tímido y general pusilánime»; del secretario Antonio Pérez, «hombre diabólico»; de la Reina María Estuardo; de Felipe III, joven blando y abúlico, bueno y generoso, pero inexperto e indeciso, de cuyo gobierno se han escrito pocas críticas más acerbas, a quien sus favoritos llevaban de «Ceca en Meca»; del Duque de Lerma, «el que todo lo puede», que en su privanza llenó de Sandovales el mundo; «del mísero pajecillo que no tenía donde caerse muerto y hoy todo es el señor don Rodrigo Calderón»; del secretario Franqueza y de otros personajes desconocidos hasta entonces, que medraron haciendo reverencias al omnipontente valido.

Comparando Sepúlveda el gobierno «del buen Rey» Felipe II y el de su hijo, ante el encumbramiento de tanta medianía, hecho harto frecuente en todas las decadencias, no vacila en recoger y comentar con amargura los ominosos y acerados pasquines que de vez en cuando aparecían en público contra Felipe III y el duque de

Lerma, sus criaturas y actos desacertados, que produjeron en el reinado siguiente la separación de Portugal y la rápida decadencia de España, retenida muchos años con firme y segura mano por el Rey Prudente.

El estilo de Sepúlveda es algo desigual, pero exacto; la relación corre desenvuelta y nada premiosa, aunque adolece de muchas repeticiones y descuidos en la frase, seguramente por no haber sometido lo que escribía a repaso y castigo, y es lástima, porque, como puede apreciarse en algunos párrafos, tenía dotes no vulgares de narrador.

Dedúcese de varios pasajes de la *Historia* que medió gran espacio entre la escritura de las relaciones en ella contenidas: casi unos treinta años. Ignoro si habrá habido, o existirán aún, otros tomos, además de los dos que aquí se copian; lo cierto es que al finalizar el segundo prométese la continuación.

Debido tal vez a que las relaciones del P. Sepúlveda se hallaran sin orden en el original, en la copia se han entremezclado las de distintos años. Como no hay ilación entre ellas, las pongo por riguroso orden cronológico, siempre que me ha sido posible fijar la fecha de los sucesos.

El traslado a los manuscritos es obra de dos amanuenses ordinariamente fieles, aunque no faltan lecturas mendosas, mancas e ininteligibles, probablemente por ser el P. Sepúlveda, según él mismo advierte (1), mal escribano, y por la poca pericia de uno de los copistas.

Confieso que no hallo explicación satisfactoria al hecho de haber permanecido en la obscuridad obra de tanta importancia histórica, que no se compone de unas cuantas relaciones perdidas en el revuelto fárrago de voluminoso e incoherente tomo de varios, guardado en recóndito e inaccesible archivo, sino de dos tomos de tamaño regular de cientos de hojas ambos, que se encuentran en la Biblioteca Nacional de Madrid, arsenal riquísimo de donde hace muchos años se van extrayendo por legiones de eruditos los materiales para reconstruir el edificio histórico español.

---

(1) «Que cuando no fuera más que escribir es muchísimo trabajo, y tantas hojas como aquí van escritas, y en especial quien es tan mal escribano como yo.» Tomo II, fol. 120 *r.*

Se ha estudiado con detención la España del siglo XVI; abundan las relaciones y monografías de personajes y sucesos particulares de aquella época, y, singularmente, Felipe II, que encarna y representa de modo especial el pensar, los ideales y la fe de la gente española, ha sido objeto de multiplicadas y minuciosas investigaciones en las que se ha rebuscado con pasión cuanto pudiera serle favorable o adverso, y, no obstante, nada han dicho escritores e historiadores, o por lo menos no ha llegado a mi noticia (1), acerca del monje jerónimo que, sin salir de El Escorial, pero atento en él a cuanto presenciaba o llegaba a sus oídos, con curiosidad docta y perseverancia no común, anotó muchas cosas que hoy son de sumo interés para conocer más íntimamente el carácter y el modo de ser de los hombres que formaban las cortes y los pueblos del Rey Prudente y su hijo. Es, a mi ver, mayor el ambiente histórico de estas Memorias desiguales y no sujetas a plan determinado, que el que emana de las hieráticas, relamidas y galardonadas crónicas oficiales.

Publico lo relativo a San Lorenzo el Real de El Escorial, y algún que otro hecho digno de ser anotado en la historia de España, y dejo los que no considero útiles ni curiosos por ninguno de ambos conceptos, si bien al fin de la impresión, para aminorar esta deficiencia, pongo un sumario de las cosas más importantes omitidas.

Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial 2 de mayo de 1924.

---

(1) Unicamente le he visto citado de pasada en unos papeles del siglo XVIII que fueron del obispo Tavira, y en el estudio que se dedica a Jorge de Montemayor en la Enciclopedia Espasa de Barcelona.

[LIBRO PRIMERO]

[REINADO DE FELIPE II]

CAPÍTULO I

1584

[1. Introducción.—2. Noticias del autor de la obra.—3. Tiene Felipe II la Semana Santa en San Lorenzo el Real.—4. Juramento en Madrid del príncipe D. Felipe.—5. Visita de los conventos jerónimos de Portugal.—6. Veranean en San Lorenzo Felipe II y sus hijos: sus ocupaciones y entretenimientos.—7. Pónense los reyes de piedra del patio principal.—8. Llegan cuatro mancebos japoneses a San Lorenzo el Real.—9. Celebra en él la Pascua de Navidad Felipe II.

1.—Gobernando la Iglesia de Dios nuestro muy santo padre Gregorio tercio décimo, de memoria bienaventurada, y el imperio de Alemania Rodulfo, creo que segundo de este nombre. El imperio de Constantinopla [era gobernado] por el emperador otomano llamado Mahamet Jhan, hijo de Moral Jhan, el segundo; el reino de Persia por Haabbas Ismael, que comúnmente llamamos el Sofí; el de Dinamarca por Segismundo, tercero de los de este nombre; el de Francia por Enrique tercero, con la reina madre Catalina de Médicis, debajo de cuya tutela el rey estaba por su poca edad, o por mejor decir por su poco gobierno y menos talento. El de Inglaterra se gobernaba por Isabela, escismática, y por lo mismo rebelde a la Iglesia; el de Escocia por Jacobo, sexto de los de este nombre, que a la sazón estaba debajo de tutela, en poder de herejes, por su pequeña edad, teniendo a su madre presa su tía la reina de Inglaterra por sólo que era católica, como adelante se dirá. El Africa no sabré decir por quién se gobernaba, ni qué Reyes la señoreaban, ni mandaban, ni se me ha dado mucho de inquirirlo por irnos tan poco | en ello, y f. 1 v.
por ser gentes tan diferentes de nuestra Religión. Lo que puedo decir, y es certísimo, es que las Españas con el Nuevo Mundo y con los Estados de Flandes, que los más los llaman los Paises Baxos,

con otras muchas tierras y provincias y islas, eran gobernadas por el Católico Rey Don Filipe, segundo de este nombre.

Esto era en los últimos del año de mil y quinientos y ochenta y tres, en el cual tiempo había mucha paz en todo lo que se sabe de la tierra descubierta, y no se sabe hubiese guerra que fuese de consideración, aunque no falta quien diga que los Estados de Flandes estaban algo rebeldes con su natural señor, aunque no todos; pero en esto no hay que espantar, que siempre lo estuvieron.

Y esto procedía por muchas razones; y sea la primera, la mucha santidad de nuestro buen pontífice Gregorio terciodécimo, y por el mucho valor y gran gobierno de nuestro Rey Católico.

Y porque lo digamos todo y no es razón lo dejemos sin contar, al rey de Polonia Cristiano, cuarto de los de este nombre; del cual cuentan todos tantas cosas de su mucha religión y gran cristiandad y mucha observancia en la Ley Divina, por lo cual nuestro Señor le ha dado y da innumerables victorias de sus enemigos. Es cosa notable que en todas aquellas partes no haya hombre católico, sino sólo este santo rey.

2.—Y tornando a mi propósito, digo, que este año, estando en Alcalá de Henares, en el colegio que fundó el señor obispo de Lugo
f. 2 r. don Fernando Vellosillo (1), de buena memoria, se levantó | cierto pleito en la Universidad, entre ella y el vicario, sobre una silla, el día de San Nicolás; porque el rector la quería para sí, y el vicario alegaba de su derecho, y sobre esto hubo una riña, que comúnmente es llamada la *Guerrilla de Alcalá.*

Sobre esta pendencia, que fué muy reñida, hubo algunos muy

---

(1) Don Fernando de Vellosillo, fué natural de Aillón, y rigió la sede de Lugo desde 1566 a 1587. Del colegio fundado por este prelado, dícese en la *España Sagrada:*

«La Universidad de Alcalá debe a este prelado la fundación del colegio llamado de Lugo, y dedicado al glorioso Doctor San Jerónimo. Fundóle en el año de 1580 y le dotó en dos mil ducados y cien fanegas de trigo, para mantener doce colegiales, dos familiares y cuatro criados.»

España Sagrada. Tomo XLI. De la Santa Iglesia de Lugo: continuación de su historia... Su autor el R. P. M. Fr. Manuel Risco, del Orden de San Agustín. Madrid, 1798, págs. 166-71.

Sin duda el P. Sepúlveda, en su calidad de compatricio del Sr. Vellosillo, gozaba en el colegio de Lugo de una beca.

mal heridos y muy mal tratados, porque los estudiantes, como gente moza y sin dueño, no aguardan razones sino llevarlo a puro puñete y cachete, y lo que peor es, que trataron muy mal al corregidor de aquella villa, por lo cual fué forzoso pedir justicia al Consejo Real, y enviaron un alcalde de corte, que fué causa que muchos estudiantes desamparasen la Universidad, y yo no fuí de los postreros.

Ya era entrado el año de mil y quinientos y ochenta y cuatro, año felicísimo por mil razones, no tanto por haberme recoxido al puerto seguro de la religión, cuanto por haberse acabado de poner la postrera piedra de este gran edificio y octava maravilla del mundo; habiéndose puesto la primera piedra el día de San Jorge, que cae a veinte y tres de abril, del año de mil y quinientos y sesenta y dos (1): de manera que hubo justos veinte y dos años desde la primera piedra hasta que se puso la postrera.

Tenía el Rey Católico puesto por prior en esta su Casa de San Laurencio al padre fray | Miguel de Alaexos, fraile muy entero y f. 2 r.
gran religioso, y de quien el Rey Católico tenía mucha satisfacción por conocer en él el buen Rey su gran talento y mucho gobierno y gran juicio; porque en esto de conocer talentos tuvo particular gracia el Rey Católico, y aquí no se engañó, que cierto en él había muchas partes y muy aventajadas, y por esto muy conocidas de todos, y dándonos el Señor lugar las contaremos a su tiempo.

La orden de San Jerónimo gobernaba Fr. Juan de Yuste, general.

3.—El prior de San Lorenzo estaba en Madrid en estos días y estuvo hasta la semana de Pasión, ocupado en los negocios que esta Casa tenía entonces, gravísimos, con el Rey.

Compuesto lo de Madrid se vino a esta Casa, y a pocos días vino el Rey Católico a tener la Semana Santa y Pascua (2). Trujo consigo a su hijo el Príncipe, que aún entonces no estaba jurado, niño de poca edad, y a las serenísimas Infantas sus hijas.

La primera vez que vi al Rey fué el domingo de Ramos, cuando salió a tomar los ramos; y sus hijas las serenísimas Infantas salieron y tomaron sus palmas, mas no fueron a la procesión; sólo fué en ella el Rey Católico con todos los caballeros de su casa y corte. Todos lle-

---

(1) La primera piedra se puso el 23 de abril de 1563.
(2) Vino Felipe II el 24 de marzo.

vaban sus palmas en las manos, y cierto parecía un retrato del cielo.

También le vi el Jueves Santo hacer el mandato, y lavar los pies y besárselos a doce pobres, que para mí fué un espectáculo extraño. Vile también el Viernes Santo adorar el *Lignum Crucis* y hacer aquella ceremonia que hace todos los años de perdonar a tantos delin-
f. 3 r. cuentes, perdonadas ya las partes; y allí estaban | los procesos.

También estuvo en el coro los tres días de las tinieblas. El Sábado Santo en la noche envió a mandar que dijesen los maitines de la santísima Resurrección a prima noche, y se halló a ellos, como a los de las tinieblas, y se ponía en la silla del Prior, con su sitial puesto y su vela de cera blanca, y noté que los rezaba él también por su libro y un pontifical o ceremonial al lado. Y un poco antes que se acabasen las tinieblas, cuando queríamos entrar en la diciplina, se salía del coro y se iba por su puerta secreta a su aposento, y ansí no se hallaba a las diciplinas.

Mandó que los maitines del Sábado Santo, que eran los de la santísima Resurrección, no durasen más que dos horas, y lo envió a decir con Juan Ruiz de Velasco, su ayuda de cámara, y estando yo junto a mi maestro, que también era corretor mayor, lo oí que se lo dijo, y estuvo el Rey en ellos en el coro y le incesó el prior en su silla donde estaba. Tenía ropa y gorra, que parecía puro médico; tampoco tenía espada, que hasta esto noté.

El día de la Resurrección del Señor estuvo el Rey Católico y las serenísimas Infantas en la procesión, y este día comió el Rey Católico en el refitorio y envió muchos platos a frailes particulares. Sólo a su confesor no envió con estar bien cerca; nunca le envió cosa ninguna, y al vicario sí, que estaba a su lado.

4.—Pasada la Pascua (1) apresto luego el Rey Católico su partida para Madrid, a dar orden que se jurase su hijo el Príncipe. Sabido

---

(1) Aquí está equivocado el P. Sepúlveda. El juramento del Príncipe fué en 11 de noviembre de 1584.

Pérez Pastor, *Imprenta en Madrid*, I, pág. 100. Fr. Juan de San Jerónimo, *Memorias*, págs. 394-95. Matías de Novoa, *Memorias*, t. LX de los *Documentos inéditos*, págs. 15-24. La extensa descripción de Novoa tiene muchos pormenores, aunque no algunos que trae el P. Sepúlveda, quien pudo saber lo sucedido en la jura por algún fraile jerónimo, o tal vez por la *Relación* que de la misma se imprimió entonces en Madrid.

ya que todas las cosas estaban prevenidas | mandó que se hiciese el f. 3 v.
juramento en San Jerónimo el Real de Madrid. Lleváronse muchas cosas de esta Casa para este ministerio, y el Cristo que sólo sirve para que se juren los Príncipes, lleno de *Lignum Crucis* y perlas, con otros muchos ornamentos muy ricos. Mandaron guardar la Casa con mucho rigor.

Llegado el día del juramento, por la mañana (1) sacaron al Príncipe de palacio, su aya, en una carroza descubierta y le llevaba en su regazo asentado. Paseáronse por todo Madrid. Iba todo el mundo acompañándole (no cabían las calles y plazas de gente); el Rey Católico, su padre, con la señora Emperatriz, y con las serenísimas Infantas y el cardenal y arzobispo de Toledo, vestido de pontifical, muy solemnemente, con música y grandes voces.

Estaba el Príncipe sentado en su trono real junto al altar mayor, al lado del evangelio, y del otro coro estaba en otro el Rey Católico. Estaban al lado del Príncipe su ayo D. Luis de Requesenes, comendador mayor de Castilla, y su aya, una señora muy principal, para si quisiera algo, como era tan niño, por no tener entonces más que seis años.

La señora Emperatriz estaba en su ventana; las serenísimas Infantas con sus damas estuvieron en un cadahalso que para este efecto se hizo. Llegada la hora del juramento avisaron a la señora Emperatriz y bajó de su ventana, porque ella fué la primera que hizo el juramento como Infanta de las Españas. En asomando que asomó por la iglesia la salió a recebir el Rey Católico y la llevó de la mano adonde estaba | el Príncipe. Teníanle enseñado que saliese a recebir a su pa- f. 4 r.
dre y agüela (2), cuatro o cinco pasos con el sombrero en la mano, y ansí lo hizo, y llegado el Príncipe hizo su mesura a padre y agüela. Estuvo el Príncipe siempre en pie mientras duró el juramento, y descaperuzado, por estarlo su padre el Rey Católico y la señora Emperatriz. Acabado el juramento salió los cuatro o cinco pasos

---

(1) El Príncipe fué llevado a San Jerónimo el Real, el sábado 10 de noviembre, por la tarde. Aquel mismo día también se trasladó al convento Felipe II; su hermana la Emperatriz lo había hecho el día anterior, y sus hijas Isabel Clara y Catalina fueron el mismo día de la jura.

Novoa, *Memorias*, I, pág. 16.

(2) La Emperatriz era hermana de Felipe II y, por tanto, tía de Felipe III, pero, el P. Sepúlveda, como se ve, la llama *agüela* del Príncipe.

de su silla acompañando a su padre y agüela; luego le mandaron tornar.

Puesta ya en su lugar la Cesárea Emperatriz y el Rey en el suyo, luego vinieron las serenísimas Infantas [a] hacer el juramento. Hacía [n] una gran reverencia al Santísimo Sacramento, y otra al Rey su padre. Y como lo hicieron estas señoras lo hicieron todos los que después de ellas llegaron, sólo añadieron una reverencia a las Infantas. Cuando llegaron las serenísimas Infantas a la silla del Príncipe le hicieron una grande reverencia; él sólo se alzó de la silla, y las quitó el sombrero y se le tornó a poner luego, y se sentó. Acabado, se despidieron, y le tornaron [a] hacer su mesura y él hizo el mesmo cumplimiento, y no más, y se tornaron a su asiento.

Luego llegó el Almirante y tras él el Condestable, y luego el marqués de Villena y ansí fué hasta el cabo. El postrero fué el arzobispo de Toledo, que como él tomaba el juramento no había podido antes. Guardó el Príncipe con él lo que con sus hermanas las serenísimas Infantas, y con esto tuvo fin aquel espectáculo. Duró mu-
f. 4 v. chas horas; hubo mucha fiesta este día en la corte, y mucho más | en palacio. Dicen hizo el Rey este día muchas mercedes a muchos caballeros. Lo más que hubo que ver en esta fiesta fué ver darse de puñadas y de cachetes a dos marquesitos, meninos del Príncipe, y muy en forma, y se hicieron sangre en los dientes y narices, y los miraban todos cómo se pegaban. Y en esto se acabó la fiesta, que duró desde la mañana hasta bien tarde. Tornóse el Príncipe con la majestad que vino.

5.—Estos días (1) había mandado el Rey Católico al prior de esta su Casa de San Lorenzo pasase en el reino de Portugal, que pocos años había que le había conquistado por muerte de su sobrino el rey don Sebastián, el cual pasó en Africa contra los moros y allá se perdió como capitán bisoño y poco plático en cosas de guerra.

f. 15 v. Esto sucedió en aquel año tan notable que llaman del catarro, que tan nombrado fué [en] el mundo. Pues como el Rey Católico supiese muy bien que los frailes y eclesiásticos le hicieron tanta re-

---

(1) El P. Fr. Miguel de Alaejos salió de San Lorenzo el 6 de marzo y, hecha la visita, volvió a él en 20 de junio. Fr. Juan de San Jerónimo, *Memorias*, páginas 379 y 383.

sistencia, quiso que pues todas las Religiones habían sido visitadas por su parte, lo fuese también la de San Jerónimo en quien él tenía puestos los ojos, y para esto nombró por visitadores de las casas de aquel reino al prior de esta su Casa de San Lorenzo, | por tener de él f. 16 r.
mucha satisfacción, y dióle por acompañado al padre fray Juan de Quemada, vicario de Párraces, y ansí se partieron luego y visitaron todas las casas que allí hay por ser pocas y pobres, y de todo dieron razón a la vuelta al Rey Católico, y desde entonces propuso el Rey Católico de unir aquellas casas a las de Castilla, como ahora lo vemos, y que todas sean una mesma cosa, y que se gobiernen y rijan por un general y por una cabeza, como antes tuviesen ellos provincial por sí, como después lo vimos y hoy se ve junto, que no poco descontentos y apesarados están los señores portugueses y acá no lo estamos menos, y de esta manera todos estamos de un cantar.

6.—Jurado ya el Príncipe, luego dió orden el Rey Católico de venirse a esta su Casa de San Lorenzo (1), porque estos eran sus gustos y contentos, venirse a su casa, y decirle que este sitio le era enfermo no lo podía llevar en paciencia; pesábale mucho y ansí no osaban decírselo.

Vino a tener la fiesta de la Ascensión del Señor y no salió de aquí hasta después de los Finados, y esto mesmo hacía todos los años.

Trujo consigo a la Cesárea Emperatriz, su hermana (2), y a las serenísimas Infantas, con su hijo el Príncipe. Un día entraron acá en el convento y el prior les dió una merienda famosa (3) en su celda a la Emperatriz y a las Infantas con todas sus damas, y el Rey estuvo presente, y todas comían muy bien; sólo el Rey no se desayunó de cosa ninguna, sino que siempre estuvo parlando con el prior y | mirándolo todo. Otra colación las dieron en el refitorio y f. 16 v.

---

(1) Llegó Felipe II el 17 de mayo.

(2) Este verano no vino la Emperatriz, sino el siguiente de 1585.

(3) De una de estas *meriendas* de que va hablando el P. Sepúlveda, dice el minucioso Fr. Juan de San Jerónimo que se componía de «gallinas, perdices, y perniles de tocino, piernas de carnero fiambre, tortillas de huevos con torreznos y buñuelos, quesos, rábanos, cardos, escarolas, mermeladas y mucha confitura, con otras menudencias». *Memorias*, pág. 394.

se sentaron en las mesas, las Infantas en la traviesa, y las damas en las otras.

Todo el tiempo que el Rey Católico estaba en esta Casa gastaba en ir a caza con sus hijas las Infantas y mataban ellas también mucha caza y tiraban muy bien, y andaban a porfía cuál de las dos tiraba mejor, y hacían sus apuestas, y no se perdonaban cosa la una a la otra. En ninguna parte de toda España se holgaban tanto las Infantas y sus damas como en esta Casa, por los muchos entretenimientos que aquí tenían de caza y otras cosas. (1).

f. 19 r. En estos días andaba en esta Casa de San Lorenzo y a esta sazón grande obra de cantería, carpintería y bordadurïa, y se labraban muchos jaspes, y cada día entregaba el Rey Católico con mucha liberalidad y grandeza muchas cosas muy ricas a esta su Casa, ya para la sacristía, ya para el altar mayor y culto divino; todas cosas muy ricas de joyas y preseas de inestimable valor; que [en] esto de dar a Dios nunca fué corto, antes le parecía que todo cuanto daba era poco.

f. 68 v. Aprestó luego su ida para Madrid.

7.—Antes que se fuese quiso ver puestos los reyes en sus lugares, los que están ahora en el pórtico, por estar ya acabados muchos días había.

Subiéronlos por sus andamios (2), y puestos de la manera que ahora los vemos, quitáronse luego los andamios y quedó todo desembarazado.

---

(1) Este verano de 1584 estuvo en San Lorenzo un hermano del duque de Saboya, que trajo la comisión de desposarse por poderes con la infanta doña Catalina, según lo refiere el P. Sepúlveda con las siguientes palabras:

«... Despachó (el duque de Saboya) a su hermano Amadeo a España para que se desposase con la serenísima Infanta, el cual vino y estuvo en esta Casa de San Lorenzo, y se la enseñaron toda con mucho cuidado, y estuvo dos días viéndolo todo. En esta Casa se le hizo el mesmo comedimiento que se hace a las personas reales (fol. 18 v.).»

(2) Cabrera de Córdoba dice sobre esta subida de los reyes: «Tiene cada una (estatua) con la planta más de diecisiete pies de altura, de manera que pesan dos mil arrobas, y subiéronlas con el contrapeso y las truxeron en carros de invención maravillosa, y por la industria y asistencia de su padre del autor, que en la costrucción desta fábrica fué tan oficioso que empleó en ella de tiempo más de diez años y de gasto casi un millón; si bien servicio tal, como otros innumerables suyos y de sus hijos están por remunerar.» (*Historia de Felipe II*, t. III, pág. 63. Madrid, 1877.)

Avisaron luego al Rey Católico cómo podía salir a vello; salió con sus hijos y acompañado de sus criados y de los caballeros de la cámara, y la serenísima Infanta de sus damas. Estuvieron más de dos horas en medio del pórtico mirándolo todo. El Rey Católico se fué por esa obra y fábrica con su hija la Infanta a verlo todo.

El Príncipe pidió licencia al Rey su padre para entrar en el convento a ver al prior y a los frailes. Dicen holgó infinito el Rey Católico de oir decir al Príncipe que quería entrar a ver al prior y a los frailes. Diósela el Rey con muchas muestras de | amor. Entró en el f. 69 r.
convento y sin decir nada se fué derecho á la celda del prior, el cual estaba bien descuidado de tal visita. Entrando dicen dijo: *Prior, vengo a veros cómo estáis.* El prior se mudó la color y se hincó de rodillas y le pidió la mano para besársela, y se la dió y besó, cosa que se espantaron todos que se la diese, porque le tenían enseñado que a los sacerdotes no diese la mano, y ansí lo hacía (1). Estuvo allí entretenido un rato con sus meninos mientras le traían de merendar. El prior estaba parlando con el ayo del Príncipe y con su maestro García de Loaísa. Después de haber merendado dijo al prior que quería ver a los frailes, y mientras los meninos merendaban le tomó el prior por la mano y le metió en el coro, que estaba allí cerca de su celda. Y entonces estaban los frailes en oración. Dió el prior una vuelta al coro con el Príncipe y decía: *Miren, padres, a su Alteza del Príncipe que les viene a ver y les pide le encomienden muy de veras a Dios.* To-

(1) Esta era, efectivamente, la enseñanza que en el palacio de Felipe II recibían los príncipes de no dar a besar la mano a los sacerdotes. A este propósito recuerdo el caso sucedido al B. Alonso de Orozco con el príncipe don Diego, hermano de Felipe III. Oigamos al P. Francisco Sedano: «Y entrando este testigo con el padre Orozco, vió en la cuadra al Príncipe y a la condesa de Paredes, aya mayor de las Infantas y guarda mayor de las damas, y al ama que daba el pecho y criaba al infante don Felipe y a las serenísimas infantas; las cuales se arrimaron a la pared de la cuadra, y mientras el padre Orozco las saludó, la dicha condesa corrió la cortina de damasco y el velo trasparente de la cama del Príncipe. Llegando a decirle el Evangelio al Príncipe, sacó la mano para que se la besase el dicho Padre, quien, dándole un golpecito en la mano, dijo: «Noramala para quien nos lo enseñó»; de lo cual se rieron mucho las infantas, y la condesa llegó al Príncipe y le dijo: «Mire V. A. que no ha de dar la mano a besar a los sacerdotes, y mucho menos a nuestro padre Orozco...» (P. Fr. Tomás Cámara, *Vida y escritos del Beato Alonso de Orozco del Orden de San Agustín*, pág. 219. Valladolid, 1882.)

dos volvían las cabezas a mirarle, y de esta suerte se salieron y se tornaron a su celda con él donde estaban los meninos merendando, y de allí le llevó a su palacio, y no le dexó de la mano hasta que le puso delante del Rey su padre, el cual holgó infinito cuando le contaron todo lo que había pasado y de cómo había merendado y visto todos los frailes, que todo fué de gran consuelo para el Rey su padre.

f. 69 v. Otro día partió de aquí | para Madrid.

f. 48 r. 8.—En estos días estuvo en esta Casa de San Lorenzo el Real un padre teatino, que venía de la India de Portugal y había estado muchos días en Japón, y traía tres mancebos, ya cristianos, hijos de los reyes de aquellas tierras, que también eran cristianos, el cual contaba grandes cosas de aquellas tierras incógnitas y no sabidas de nosotros hasta entonces, y [daba?] noticia de la gran China, que pocos días había se había descubierto, y contaba de ella muchas cosas que no son creederas. Estos mancebos estuvieron en esta Casa tres o cuatro días, y vieron muy despacio esta Casa y la miraron toda con mucha curiosidad. Preguntáronlos algunos de estos padres que qué les parecía de esta grandeza y que si había cosa semejante en su tierra, o por las tierras que habían pasado. Respondieron que no, y que ésta era muy grande cosa, y lo fuera mucho mayor y más grandiosa y allá en su tierra la tuvieran por tal si los materiales los hubieran traído de

f. 48 v. muy lejos; pero tenerlos tan cerca parecía | que hacían la cosa no tan famosa.

Estuvieron aquí una fiesta principal, y si bien me acuerdo, era la Epifanía del Señor (1) y se holgaron mucho por ser de ver, y co-

(1) No pudo ser en la fiesta que aquí dice el P. Sepúlveda. Según el doctor Bavia, *Tercera parte de la Historia Pontifical y Católica*, Madrid, 1652, pág. 240, estuvieron estos cuatro caballeros japoneses, no tres, como dice Sepúlveda, después de la jura de Felipe III, es decir, en el mes de noviembre; y lo mismo dice el P. Fr. Juan de San Jerónimo, *Memorias*, pág. 395, que reproduce la escritura que dejaron en la biblioteca de San Lorenzo el Real, como recuerdo de su visita, firmada el 17 del dicho mes de noviembre.

Del traje que traían los mancebos, copio: «La tela de él era delgada, como de tafetán, de color blanco, texida en ella muchos páxaros, hojas, brutescos, de diferentes colores, que hacen la tela vistosísima. Désta suelen traer tres vestidos largos hasta el suelo, abiertos por delante. Las mangas anchas, y cortas a la mitad del brazo, y dexa la otra mitad descubierto; y aunque en Japón anda así desnudo traían acá jubones de raso blanco. Eran los calzones de la misma tela, anchos, como marineros. Tenían estos vestidos su pedazo

mulgaron aquel día con el padre teatino en el altar de las reliquias, que semejantes días se abren y no otros. Díxonos el padre teatino que la causa por qué todos estos japones no eran cristianos era por ser gente muy belicosa y andar siempre en contiendas y crueles guerras y no tener día de sosiego, y los que no son cristianos persiguen a los que lo son, y ansí decía que dos reyes de aquella tierra, que hay muchos, se juntaron y fueron contra otro porque era y se había vuelto cristiano, y lo era en gran manera, y se llamaba don Bartolomé, y le hicieron guerra y le prendieron y quitaron su reino, y le dieron mil tormentos, los cuales sufrió con grande y singular constancia y grandísima alegría y murió verdadero mártir de Cristo; lo cual fué de grandísimo consuelo para los demás cristianos, y de esta suerte trocó este reino temporal y mundano, caduco y perecedero por el del cielo; dichoso trueque donde tanto interesó este bendito rey y mártir.

Estos mancebos cuando se quisieron ir y partir de esta Casa, fueron a la librería y escribieron en ella a su modo cómo estuvieron en esta Casa y todo su viaje; y la letra es muy extraña. Escriben al contrario de nosotros en el papel; ellos escriben de | arriba abaxo, y f. 49 r. nosotros al contrario. Venían (1) de dar la obediencia a la Santidad del papa Gregorio tercio décimo, de memoria bien aventurada, el cual holgó infinito con ellos y con las nuevas que de aquella nueva

---

de la misma tela más curiosamente labrado que lo demás en lo alto de las espaldas de dos cuartas de ancho y tres de largo, casi de la hechura que son (a mi entender) los collares de las almáticas; no servían más que de adorno y para bien parecer. Salían de los extremos dél dos listones anchos, que cruzando sobre el pecho y dando vueltas por las espaldas ciñen el cuerpo: y tiene aquel pedazo de tela o vestido. No usan traer cubierta la cabeza, aunque por acomodarse al uso de la tierra traían sombreros. No acostumbran medias calzas, sino es de lienzo, y más por limpieza que por otra necesidad, y duermen con ellas, y encima traen unas botillas de poco más que un palmo de alto, de un cordobán bien adobado y delgado. El pie se divide a modo de guante, porque el dedo mayor está de por sí; los demás juntos, y con ellas traen sus zapatos a modo de sandalias abiertas por arriba y las suelas de palma, texida al modo de las alpargatas de por acá. Ciñen espada, y daga, aun desde muy pequeños, y a estas armas son tan aficionados, como atrás queda dicho.» Hasta aquí el Dr. Bavia, que vió en Alcalá a estos japoneses.

(1) Iban a Roma cuando estuvieron en San Lorenzo. Véase al Dr. Bavia, o. c., pág. 241.

iglesia le daban y las grandes maravillas que el Señor hacía en aquellas tierras tan apartadas de nosotros. No se hartaba el Sumo Pontífice de oir las cosas que le decían; llamaba muchas veces a estos mancebos y habló con ellos muy afablemente y con mucho amor; tuvo muchos coloquios con ellos. No se hartaba el buen Pontífice de dar gracias a nuestro Señor por ver tan extendido su santo Nombre y adorado en tierras tan remotas y en tiempos que acá los herejes le blasfemaban y cometían tantas ofensas y tan enormes pecados.

f. 19 r. 9.—Ya en este tiempo se llegaba la santísima Pascua del Nacimiento del Señor, y quiso el Rey Católico venirse a tenerla a esta su Casa, por convidarle el tiempo tan bueno que hacía. Llegó la víspera por la mañana; estuvo en el coro a las primeras vísperas; envió a decir al prior antes que entrasen que fuesen todos los frailes al coro
f. 19 v. sin mantos y puestos sus vestuarios | nuevos, que solían darse este día, como se dieron, porque gustaba el buen Rey de ver a todos los frailes en cuerpo, por parecerle muy bien este hábito. Todo se hizo como él lo mandó.

Estuvo a los maitines en la silla del prior, en su sitial, que allí le pusieron. Al comenzar del *Te Deum laudamus*, se salió y se fué a su aposento a descansar; y estuvo hasta la fiesta de los Reyes.

Aquel día en la misa mayor después de dicho el Credo salió a ofrecer tres cálices de plata, dorados; llenos el uno de incienso, y el otro con oro, y el otro de mirra. Visitó la obra y toda la Casa, y mandó que se proveyesen de más oficiales en todos los oficios, y encargó mucho al obrero mayor se diesen mucha diligencia en que se acabasen todas las cosas para cuando él tornase, porque gustaría mucho de vello perfeccionado y acabado.

Luego otro día partió de aquí para Madrid.

CAPÍTULO II

1585

[1. Escribe Felipe II a los monjes de San Lorenzo agradeciéndoles el nombramiento de procurador para el capítulo general.—2. Elogio de fray Antonio de Villacastín: hiérese gravemente.—3. Viene el P. Bartolomé de Sicilia a San Lorenzo a pedir el subsidio caritativo para el Rey.—4. Elogio de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, del P. Fr. José de Sigüenza.—5. Peticiones que hace el embajador español a Sixto V y respuesta del Papa.]

1.—Este año de ochenta y cinco (1) es muy notable por muchas f. 29 r.
razones; y la una | (2) sea por haberse de celebrar el capítulo de la f. 30 r.
orden de los frailes de la orden de San Jerónimo, y por ser general. Y ansí el Rey Católico, como en todo era tan bien mirado y tan circunspecto, y no olvidándose que ya se acercaba el capítulo general de sus frailes y de su orden, porque lo digamos ansí, escribió una carta al prior de su Casa de San Lorenzo, en que el Rey, como tan prudente y de tan grandes respectos verdaderamente reales, visto que en esta su Casa ya había bastante número de frailes para elegir procurador y para serlo, mandó que el convento eligiese, y que él

---

(1) En los folios 19 r.-29 r. describe el P. Sepúlveda minuciosamente el viaje de Felipe II a Zaragoza y Barcelona, y las bodas de la infanta Catalina con el Duque de Saboya, sin que añada nada digno de mención a lo ya conocido por la *Relación del viaje...*, del archero Cock, salvo la parte referente a la tierna despedida de Felipe II y su hija en Barcelona, de la que trae curiosos pormenores el monje jerónimo, que coinciden y amplían el relato que de este suceso publicó D. Francisco R. de Uhagón en sus *Relaciones históricas de los siglos XVI y XVII*.

Referente a San Lorenzo copio: [El Duque de Saboya regaló al Cardenal Granvela] «una cruz y unos candeleros de cristal guarnecidos de oro y una patena de cristal. Tomó la patena [el Cardenal] y envióle a decir que mandase dar a su Majestad los candeleros y cruz para El Escorial. (f. 21 v.).

(2) El folio 29 v. está en blanco.

esperaba de ellos y de su religión que lo harían mejor que si él mismo eligiera. Y ansí se hizo, y sacado procurador envióse de ello luego aviso al Rey Católico a Monzón, donde estaba, el cual holgó infinito de ello, y en medio de tantas cosas como tenía entre manos que le daban suma pena y le ponían en mucho cuidado, se regocijó con ésta y con tan buena elección, y ansí dió muestras de ello desde donde estaba en una carta que escribió al prior y convento dándoles las gracias por lo bien que lo habían hecho y que si él mismo lo hiciera no podía hacerse más acertada elección y otras muchas razones a este tono. La carta se leyó públicamente y era bien amorosa y quisiera yo harto tenella para ponerla aquí para que se echara de ver con cuánto amor trataba las cosas de esta su Casa y a los frailes de
f. 30 v. ella y | orden. Y cierto que espanta que un Príncipe como este tan grande y tan poderoso en medio de tan gravísimos negocios como entonces tenía y trataba se acordase del procurador que esta Casa había de hacer para el capítulo general, que se acercaba ya. Fué esta la primera vez que los frailes eligieron procurador, porque siempre había elegido el Rey Católico. Y porque se vea no perder punto este gran Príncipe en hacer por esta su Casa y orden, halló el prior de San Lorenzo en Madrid los despachos para presidir en el capítulo como obispo, y en su nombre y en el de su Santidad, cosa que espantó mucho.

2.—El padre fray Antonio de Villacastín sucedió que andando como obrero mayor por la fábrica, como entonces andaba tanta obra, para proveer en lo necesario, como hombre que dependía de él todo, cayó de un andamio abajo, y se hizo una muy mala descalabradura en la frente. Era, como diximos, obrero mayor y un fraile de quien el Rey Católico tenía tanta satisfacción como todos saben. Es hombre de mucho valor y de mucho pecho, pues él solo ha dado calor para que esta máquina y octava maravilla del mundo esté en la perfección que hoy la vemos. Dióse luego noticia al Rey Católico y sintió mucho esta desgracia. Mandó que se le retratasen con la herida como estaba y se le enviasen. Hízose ansí; enviáronselo y le pesó muchísimo de ver tan grande herida. Despachó luego uno de los mejores cirujanos que tenía para que le curasen, porque sabía muy bien el Rey Católico que le era un gran ministro y que si no fuera por él nunca esta Casa se viera como ahora se ve. Es hombre

muy entero y de recia complexión, y hombre de grandísimo entendimiento y gran juicio, y de esto tiene hecho | harta experiencia el f. 37 v.
Rey Católico. Es natural de Villacastín, aldea puesta en las aldas de la sierra cerca de Párraces y no muy distante de la ciudad de Segovia.

Lleva siempre aquel lugar grandes hombres, y de allí han salido grandes supuestos y grandes ministros del Rey, para él y para otros reyes, y en estos días vemos que los tiene el Rey, particularmente uno que de todos es conocido.

3.—Este es el padre Cicilia (1), de la Compañía de Jesús, o teatino. Este aconsejó al Rey Católico que pidiese por todas las ciudades, villas y lugares de sus reinos en todas las casas de puerta en puerta limosna (2). Visto por el Rey Católico tan buen embuste, no le pareció mal consejo, como era de sacar dinero; vió que no era mala traza ni mala invención. Parecióle bien y que le venía muy a cuento y muy a propósito. Encomendóselo el mismo Rey Católico al Cicilia, teatino, y dióle otros ministros que le ayudasen a ello, y dióles bastantes poderes y recados; y con este embeleco y embuste salió por todas las ciudades, villas y lugares de España pidiendo limosna para el Rey; y el que no quería mandar ni dar algo luego

(1) Se llamaba Bartolomé de Sicilia.

(2) Para más completo conocimiento de este negocio creo conveniente advertir que las cortes del reino habían concedido a Felipe II un subsidio de ocho millones, pagaderos en varios plazos. Apremiado el Rey por la falta de dinero y excogitando medios para hallarlo, alguien le propuso, y según todas las probabilidades fué el P. Sicilia, que se pidiese en los pueblos, considerando la limosna como anticipo del subsidio y concediendo, naturalmente, alguna rebaja en la paga de los millones a los que más cantidad aprontasen. De modo que propiamente no se puede decir, como afirman Sepúlveda y autores más modernos, que el Rey pidió limosna para el arreglo de su hacienda, sino que fué un arbitrio, más o menos discutible, para reunir, sin aguardar a los plazos señalados por las cortes y a la vez sin violencia, un impuesto legítimamente autorizado. Lo que hubo fué que el P. Sicilia empleó amenazas y coacciones, llegando el clamoreo hasta las cortes de Madrid en 1593, y éstas delegaron dos emisarios que vinieron a San Lorenzo en julio de aquel año a exponer a Felipe II los perjuicios que a los pueblos irrogaba el proceder del P. Sicilia. En vista de esto, aquel mismo mes mandó el Rey que cesasen las peticiones; pero al año siguiente salió nuevamente el P. Sicilia pidiendo por los pueblos. También pidieron al principio religiosos de otras órdenes, pero debieron cesar pronto.

echaban mano de él y le secrestaban su hacienda y se la tasaban y le tasaban su gasto, y según tenía le quitaban un pedazo. Y esta limosna la pedían a chicos y grandes, y hasta [a] los mozos y mozas de soldada, y hasta [a] los laborantes y jornaleros se lo hacían pagar.

Anduvieron de esta suerte cuatro o cinco años, y con este diabó-
f. 38 r. lico | enredo y embuste sacó algunos millones.

Este padre teatino vino a esta Casa de San Lorenzo a sacar de los oficiales y laborantes limosna; y para esto parecióle muy a cuento y muy buen medio valerse del padre fray Antonio de Villacastín por ser de su patria y que de buena razón le favorecería. Hablóle y rogóle que los juntase a todos, y que él los exhortaría a que diesen al Rey limosna. El padre fray Antonio le respondió que los haría juntar. Fuéronse los dos al aposento donde pagan y asentáronse los dos en dos sillas, y el padre fray Antonio de Villacastín dixo a un sobre estante que iba con ellos que llamase los oficiales y a todos los laborantes, y el hombre fué a llamarlos, y los dos padres se quedaron solos. Entonces dixo el padre fray Antonio al teatino, como vió tan buena ocasión: «—No puedo creer sino que debía de ser algún enemigo de Dios y del Rey y de la República, y mucho más del Reino, el que aconsejó al Rey que hiciese una cosa tan mala como esta y donde redunda tanta infamia al Rey; ¿y qué dirían el turco, y el moro, y el hereje cuando lo supiesen?» Quedóse el teatino tamañito y no le respondió cosa; ya le pesaba de haber ido a ello, y según [se] conoció de él quisiera no ser nacido, y estuvo todo el tiempo que tardaron en venir, que fué buen rato, sin alzar del suelo los ojos, y en todo él no habló más que un muerto; ¡tan atajado se halló con esto delante del
f. 38 v. de su tierra! Vinieron los de su tierra y trujeron los laborantes | y oficiales. Hízoles su plática muy bien hecha, estudiada de muchos años. Aunque no era letrado ni predicador, estaba ya muy diestro en semejantes pláticas y ocasiones; y ansí todos contribuyeron con lo que pudieron y de todos sacó una muy buena cantidad, por ser muchos, y hombre de ellos hubo que ofreció cuatro cientos reales, que fué un pintor que se decía Peregrino; pero no fué mucho, pues ganó a pintar más de ochenta mil ducados, no puniendo más de sus manos, y esto en espacio de veinte años, de manera que se decía que tenía ganados y horros los ochenta mil ducados, que es una gran ganancia.

Otros muchos y grandes ministros ha tenido el Rey de Villacastín, y la Compañía también los ha tenido y tiene de aquel lugar, tan buenos como el padre Çicilia. El, por estas cosas y otras como estas, se hizo muy odioso a todo el mundo, y por esto le excluyeron los teatinos y le echaron de sí por velle tan inquieto, y porque si no lo hicieran dieran que sospechar que habían todos ellos gustado de ello, y fuera echarse de todo punto a perder todos ellos, y con echarle de sí dieron a entender a todo el mundo no consintieron en ello ni se hizo con su consentimiento, sino que antes les pesó muchísimo.

Él se recogió después de la muerte del Rey Católico a una casa de recreación que había hecho en su felicidad, llamada | Jesús del f. 39 r.
Monte, y que sirve de granja a los de la Compañía de Alcalá, y allí le vemos hoy y aun andarse tras la corte, y en esta Casa le hemos visto, y trae un gran rosario al cuello: debe de querer pescar algo con él; si lo que quiere pescar es tan gran cosa como el rosario, no será poco, porque es bien grande el rosario, de cuentas bien gruesas, que como ha sido teatino no se le ha olvidado el pescar.

Hanme dicho que después que murió el Rey Católico le han dado mucha pena, y que le han apretado muchísimo sobre la cuenta de estos millones: creo no la dió muy buena, pero tal gastaba (1), pues se sabe andaba por Madrid en una poderosa mula y con dos lacayos y otros muchos gastos que hacía, y todo a costa de los millones; y por esto le vemos tan abatido y tan arrinconado, y aun [se] dice que si no [se] hubiera valido de su grande amigo don Martín de Padilla, adelantado de Castilla, hubiera peligrado y corrido riesgo su vida y persona.

Como se vió tan apretado y acosado, se fué huyendo de la corte

---

(1) Efectivamente, en las quejas que contra el proceder del P. Sicilia se leen en las Cortes de Madrid, dícese que una vez pedido el anticipo de los millones para el Rey, «después les representa el mucho gasto que lleva, y hace otro nuevo concierto de lo que le han de dar para su gasto y de las personas que van con él», como escribano, pajes, mayordomos, esclavos «y un pajito con copete y legagambas a lo bizarro», y las cabalgaduras necesarias para este acompañamiento.

Actas de las Cortes de Castilla, t. XII, pág. 401. Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús*, t. III, págs. 612-617. Madrid, 1909.

y se fué a las Galicias con el Adelantado, y estando allí, el duque de Lerma escribió una carta muy sentida al don Martín de Padilla, que le echase de allí, y quexándose muchísimo del padre Çicilia, y mucho más de él por haberle recoxido y tenerle en su compañía; y por esto no pudo menos el Adelantado sino decille que se fuese, pues no le podía tener más en su casa, y él se vino a Jesús del Monte; que de esta suerte paga el Señor a los que hacen mal a otros, y hace además que otros le hagan.

f. 39 v. Mal tan general como fué el que hizo éste no se ha hecho en España, pues fué universal y redundó en daño de todos, que espanta cómo no le quitaron mil vidas cuando andaba con tanta crueldad desentrañando las gentes y sacándolas cuanta sustancia tenían; que admira cómo no le quitaron mil vidas. Por aquí se verá la gran bondad y mucha lealtad de los españoles y su gran fidelidad a su rey y señor, pues vemos se dexan desentrañar y consumir toda la sustancia que tienen con sólo oir decir que es para su rey.

Espantóse el mundo de ver que el adelantado de Castilla don Martín de Padilla se haya aficionado tanto a este teatino, y que haga tanto por él, y le defiende de todo el mundo con todas sus fuerzas y le ampara y guarda de todos, como lo hace ahora, pues estando tan desechado y tan abatido de todo el mundo y tan aborrecido, él tiene tanto cuidado de él y le da cada año ducientos ducados para su plato, y esto yo se lo he oído decir al mismo Çicilia, que si no fuera por la mucha caridad que le hace el Adelantado de darle de comer pereciera de hambre. Ello ha sido ventura y el señor teatino ha tenido mucha dicha en haber hallado tan buen arrimo en el Adelantado como tiene; y como el Adelantado es tan deudo del duque de
f. 40 r. Lerma hase podido escapar, que de otra manera | no le fuera muy bien en el negocio.

Y cierto es gran compasión que haya éste desentrañado a las gentes con so color que es para el rey, y que desta suerte hayan sacado tantos millones y que estos pocos los hagan invisibles y que den tan mala cuenta de ellos. Cierto eran dignos de grandísimo castigo, y que por favor no se les dé es gran lástima y que no se puede decir sin lágrimas. Han lucido tan poco estos millones que se sacaron de limosna, y parecieron tan pocos, que no parece sino dinero de trasgos; pero no me espanto, que como lo sacaban por fuerza y

contra voluntad de sus dueños, pues casi todos lo daban de mala gana, ansí permitió Dios que luciesen tan mal (1).

4.—Todo esto se me ha ofrecido a la memoria de contar por ser cosa de Villacastín, y como iba tan metido en tratar del padre fray Antonio de Villacastín y cuán gran ministro ha sido para su rey, quise de camino contar los que había habido de aquel lugar. Del gran valor y santidad de este gran padre no tengo yo que decir pues otros han puesto las manos en ello y le ensalzan tanto con sus plumas, que yo no puedo llegar con muchos quilates ni lo mínimo de lo mucho que ellos dicen, y presto saldrá con la ayuda de Dios en la Crónica tan famosa que ahora sale (2) desta orden, y en particular de esta Casa de San Lorenzo el Real, compuesta con tan alto estilo, que dudo yo haya salido otra semejante para siempre jamás, por tener tan particular gracia el historiador, o por mejor decir, dársela Dios, Y ansí yo no me atreveré | a decir más de este padre en parti- f. 40 v.

(1) No creo que sea justo juzgar tan duramente como lo hace el P. Sepúlveda la conducta del P. Sicilia, pues su condición algo inquieta y andariega y el favor que algunos le dieron, que no intenciones aviesas, le entremetieron en este asunto de los millones. El P. Juan de Mariana dice de él lo siguiente: «¿Qué es lo que hizo el P. Bartolomé de Sicilia, y por qué tantos años trajo al retortero a la Compañía, ya en hábito de seglar, ya de clérigo, ya con estruendo de criados para buscar dineros para el Rey, ya fuera de la Compañía, ya dentro? *Hombre era de buena ley y honesto;* pero sus cosas y ocupaciones muy fuera de nuestro instituto. Creo se pudiera todo atajar al principio si la codicia de algunos no le hiciera espaldas con informaciones en su favor.» *De las cosas de la Compañía*, edición Rivadeneyra, «Obras», t. II, n. 33, pág. 599. Madrid, 1854.

El P. Sicilia fué expulsado de la Compañía a fines de 1596, y seis años después, *in artículo mortis*, fué admitido y profesó. Astrain, l. c., pág. 617.

La necesidad de Felipe II fué tal, que el mismo Rey escribió al P. Sicilia: «Padre Sicilia: ha faltado el sustento ordinario de mi persona y de mis hijos, y sólo lo que vos nos enviáis tenemos para tantas obligaciones; animaos, que hacéis un gran servicio a Dios y a mi». *Memorias*, de Matías de Novoa, año 1621, en *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXI, p. 413. Madrid, 1875.

Véase, para conocer algunos pormenores y el resultado de este *subsidio caritativo*, el interesante estudio de D. Julián Paz, titulado: *Como se hacía un empréstito en el siglo XVI*. «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», tercera época, t. X, pp. 398-408, 1904.

(2) La *Segunda parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, del Padre Fr. José de Sigüenza, se imprimió en 1600, y la *Tercera*, donde está la vida de Fr. Antonio de Villacastín, en 1605.

cular, mas que de su herida fué Dios servido que con su buen natural y sana complexión que poco a poco mejorase, hasta que de todo punto le vimos con entera salud, que no poco contento recibió el Rey Católico cuando lo supo en Monzón (1).

f. 52 v. En consagrándose Sixto quinto (2) fué el embajador del Rey Católico a dalle la obediencia y a besarle el pie, como es de costumbre, de parte de su rey, y la norabuena de su entrada en el pontificado. Recibióle muy bien el Pontífice y con grandes muestras de amor. Díxole el Papa muchas ternuras y palabras muy amorosas, que escribiese a su Rey y cuán agradescido estaba él y toda la Iglesia Católica por ver con cuánto celo acudía a las cosas de ella y a su paz y quietud.

Dióle el embajador carta de creencia de su Rey y cuánto se había holgado de su promoción a tan alto estado. Pidióle con grandes veras y con mucha instancia su Santidad fuese servido de hacerle merced y concedelle para su Rey dos cosas que serían de mucha estima para él: la una era la mitad de la espalda del bendito mártir

---

(1) Desde el folio 40 v. al 47 r. lo contenido en el manuscrito es copia literal de cosas publicadas por el P. Sigüenza, con la particularidad de ser en su mayor parte relatos de los años 1580 a 1583, anteriores al en que empieza la narración del P. Sepúlveda. Lo único que no encuentro en el P. Sigüenza es el párrafo siguiente, relacionado con la entrada de Felipe II en Lisboa:

«El gran duque de Alba, capitán general del Rey Católico, el cual andaba apaciguando a los portugueses, ya con buenas palabras, ya con poderosa mano, visto que todo estaba llano con la retirada de don Antonio, que se intitulaba rey, envió a decir al Rey Católico que muy bien podía entrar su Majestad; y ansí partió de Badajoz y se fué por sus jornadas derecho a Lisboa, y entró en ella a veinte y nueve de junio de 1581, acompañado de caballeros castellanos y portugueses, donde se le hizo el más grande y soberano recebimiento que se sabe se haya hecho jamás por otro rey, por mar y por tierra; y como los portugueses no quieren creer que sea muerto su rey don Sebastián, se llegó al Rey Católico una verdolera y le dixo que su Majestad fuese muy bien venido, mas que en pareciendo su rey don Sebastián que bien se podía tornar a su Casteja; dicho que le rieron mucho.

El Rey Católico hizo a todos los portugueses en particular y en general muchas mercedes y más que todos los reyes juntos sus antepasados. Llevábalos a todos muy [bien], con mucha blandura y amor, y hizo tanto con ellos y dióles tanto que no se quedó más que con el nombre de rey, que tanto como esto les dió, y con todo [están] muy querellosos y quejosos, y siempre lo estarán ellos y sin remedio» (fol. 45 r. y v.).

(2) Sixto V fué elegido el 24 de abril de 1585 y se coronó el 1 de mayo.

Laurencio, con quien el Rey Católico tenía particular devoción, como se echaba bien de ver en el famoso Monesterio y Casa Real que le tenía edificado, que competía con cuantas cosas hubiese en el mundo por famosas que fuesen y que con justo | título se podía llamar f. 53 r.
octava maravilla.

La otra era un San Lorenzo muy antiguo que había de mármol blanco de bulto, que estaba al pórtico del Vaticano de San Pedro, Sacro Palacio y morada antigua de todos los Papas, entre otras muchas figuras que hay allí muy antiguas.

A lo de la reliquia respondió muy bien el Pontifice y la concedió de muy buena gana con muchas muestras de amor y señalóle día para dársela.

A lo de San Lorenzo respondió que no había quedado ya en Roma otra cosa más antigua sino aquella y que por serlo tanto no se atrevería a quitarla de donde está por ser el consuelo de los miserables romanos, demás que los ciudadanos romanos y senado lo llevarían muy mal; que en otra cosa procuraría dar todo contento a su Rey.

CAPÍTULO III

1586

[1. Entrega Felipe II a esta Casa reliquias de San Lorenzo y de San Hermenegildo.—2. Inaugúrase solemnemente la iglesia principal de San Lorenzo el Real.—3. Pasan el Rey Católico y sus hijos el verano en este Monasterio: entretenimientos y ocupaciones del Rey. Curioso modo de cazar.—4.Traslado de los cuerpos reales desde la iglesia de prestado a la principal.—5. Traza del monumento de Semana Santa.]

f. 70 v. 1.—Mucho me había descuidado, como había tanto que decir, de lo que en estos días pasaba en Roma. Pues digo, que desocupado ya algún tanto el papa Sixto quinto acudió a él el embaxador del Rey Católico a suplicarle de nuevo mandase darle la reliquia que le había mandado [dar] para su Rey del bendito mártir Laurencio. Señalóle día para dársela. Llegado, mandó juntar todos los cardena-
f. 71 r. les, y él, vestido de pontifical, celebró | la misa. Después de dicha, van en procesión adonde estaba la reliquia del bendito mártir Laurencio, abren el arca para sacarla y salió una fragancia del cielo. Sacaron la santa reliquia y pusiéronla encima del altar de Santa María Magdalena, y llega el Papa y danle los cardenales una sierra de plata que hay para este ministerio, para que cortase la espalda por mitad. Al punto que la tomó el Papa [para] partirla, ¡cosa maravillosa!, ella mesma por sí se partió por medio, cosa que espantó al Papa y a los demás cardenales y a cuantos estaban allí; y todos derramaron muchas lágrimas de devoción; y de aquí se echó de ver cuánto el bendito mártir Laurencio se huelga y regocija allá en la gloria adonde está de verse en su tierra y venirse a ella, y particularmente a esta su Casa adonde es tan servido y reverenciado de todos y particularmente de su tan devoto el rey Filipo segundo.

Y porque no va fuera de propósito, quiero poner aquí lo que me díxo don Diego de Córdoba, un gran caballero y muy gran cris-

tiano y gran privado del Rey, y vimos murió su caballerizo mayor. Pues este buen caballero me dixo un día que al tiempo que el Rey Católico empezó [a] hacer este edificio, envió a decir al santo pontífice Pío quinto, su grande amigo, por medio de su embajador don Luis de Requesenes, a quien el Papa tenía particular afición, su Santidad fuese servido, de para una casa muy famosa que él labraba al bendito Laurencio, le enviase su cuerpo con | quien él f. 71 v.
tenía tan particular devoción, y que acá sería muy reverenciado y servido y puesto en gran veneración, y que esto se lo pedía con cuanto afecto podía, y que parece tenía alguna razón para pedille a su Santidad el cuerpo del Santo, por haber sido español, y que sería echarle en perpetua obligación. Dada esta embaxada, el santo pontifice Pío quinto, como padre verdadero, universal y que conocía cuán verdadero hijo le era el Rey Católico, adevinando lo que había de ser, entregó con gran voluntad al embajador casi todo el cuerpo del bendito mártir Laurencio. Entregado que fué en él el embaxador, luego dió orden de enviarle, y para esto le pareció que fuese por tierra. Cargaron doce acémilas con cierta mercaduría, y entre ella venía un lío, y en él el cuerpo del bendito mártir Laurencio, y cargados todos los machos no se podía saber en cuál de aquéllas venía la santa reliquia sino era de los mesmos que la traían. Pasaron desta suerte por la mayor parte de Italia y por los Alpes, montes muy fragosos, los cuales dividen la Italia de la Francia, y atravesaron a toda Francia y toda España. Pasaron las acémilas mil infortunios de aguas, de avenidas, de granizos, de nieves, de fríos, sola la acémila que traía el cuerpo del bendito mártir Laurencio no recibió detrimento ninguno, ni se mojaba aunque lloviese, ni se nevó, ni recibió detrimento ninguno, | más que si viniera f. 72 r.
so techado. Todos los demás líos vinieron muy mal tratados y echados a perder y el del bendito mártir Laurencio no traía mal ninguno, ni detrimento, y tan enjuto y seco como si hubiera estado siempre en cosa enjuta. Vinieron las demás acémilas flacas, esperecidas del mal pasar, sola la que trajo la reliquia llegó buena y parecía no había andado el camino que hay desde allá acá. Fué cosa que se notó mucho y causó mucha admiración y espanto, y este caballero nos las contó y que dixo se había espantado cómo no se tomó por testimonio; y a mí también me puso admiración el oirlo

y quisiera harto se hiciera ansí como este caballero lo decía, pero como destas cosas y maravillas obra el Señor por sus santos (1).

El milagro de ahora nuestro papa Sixto quinto mandó se tomase por testimonio para que quedase perpetua memoria, y ansí se hizo, y autenticado se envió juntamente con la reliquia a nuestro Rey Católico, el cual la estaba por momentos esperando en esta su Casa. Enviósela el sumo pontifice Sixto quinto con un camarero suyo, y llegado a esta Casa con ella, mandóla el Rey poner aquella tarde que llegó y toda la noche en la capilla del Sitio con muchas luces, y a la mañana la mandó traer a la puerta del pórtico y se puso en un famoso altar que allí se hizo para este efecto. A hora competente salimos todos los frailes con mantos y velas blancas encendidas, en procesión, con muchas capas de brocados muy ricos y el prior vestido con los ministros, y detrás venía el Rey Católico con
f. 72 v. su hijo el Príncipe y la serenísima | Infanta con todos los de su casa y corte. Entrególa el criado del Papa con auto público y con grandes testimonios al prior, y en tomándola en sus manos llegó el Rey Católico y la adoró de rodillas, y lo mesmo hizo el Príncipe y la señora Infanta. Iban cantando con ella los responsos del bendito Laurencio. Acuérdome hacía un aire allí en aquella puerta grandísimo que nos quería llevar según era de furioso y grande. Venía puesta la santa reliquia en un santo hecho de madera dorado, y representaba a San Lorenzo con su corona como la que traemos los frailes (2). En acabando la misa y el sermón, que le hubo y muy bueno, estando el Rey en su oratorio, mandó que le llevasen allí la reliquia. Abriéronla y la miró muy despacio y adoró de nuevo, y aun dicen la tuvo en su oratorio algunos días regalándose con ella. Tiene en el pecho una vidriera pequeña para verse sin sacarla de donde está. Holgó el Rey Católico infinito con esta reliquia por tener ya en esta su Casa casi todo el cuerpo de su bendito mártir y patrón Laurencio tan amado dél y tan querido.

f. 129 v. En estos días ofrecían al Rey Católico unas monjas el cuerpo del santo mártir y rey San Hermenegildo, con quien el Príncipe tenía

---

(1) Parece que faltan palabras para completar el párrafo.

(2) Esta procesión, según Fr. Juan de San Jerónimo, fué el 13 de abril.— *Memorias*, pág. 400.

particular devoción por haber nacido en tal día. Eran estas monjas de la Orden de San Benito y pedían en recompensa un brazo que había en esta Casa de San Lorenzo de Santa Escolástica, hermana del mesmo San Benito, y ansí se vino todo a efectuar; y se trujo el cuerpo en un cofre a esta Casa, y le entregaron dos religiosos de la Orden de San Benito, y les entregaron a ellos el brazo de Santa Escolástica y se fueron muy contentos, y acá lo quedaron más por quedar en su poder un tan precioso tesoro, como es el cuerpo del glorioso mártir y rey San Hermenegildo. Otros dicen que no fué más que la cabeza y parte del cuerpo (1). El Príncipe de España envió luego a suplicar a su Santidad despachase su bula apostólica para toda España en que mandase se celebrase del santo mártir y rey en toda ella, con solemnidad de fiesta doble por la devoción particular que tenía con el Santo. Holgó infinito el papa Sixto V con tal nueva por ser en tal tiempo y en tal ocasión y en tiempos tan calamitosos y llenos de herejías como hemos visto. Despachó luego su bula apostólica en que por ella manda se celebre en toda España de San Hermenegildo con título de fiesta | doble, y ansí se f. 130 r.
hizo. Dicen [que] el mesmo Papa envió las lecciones que se habían de rezar del Santo.

2.—Visto por el Rey Católico que lo más esencial estaba ya acabado, que eran las sillas (y lo pintado del coro), que por ser maderas de las Indias y ser tan costosas de manos se habían tardado tanto, visto por él lo que tanto deseaba [ver] acabado, como era la custodia, que en estos días la acababa de hacer y de traer aquel famoso hombre extranjero de nación, sospecho que era napolitano, llamado Jácome de Trento *(sic)*, puso gran calor para que todo estuviese acabado y perficionado para el día de San Lorenzo.

Dobláronse los oficiales y peones. Había mucha madera en la iglesia que sacar y muchos y grandísimos andamios, pero puso tanto calor el buen Rey a ello que, [lo que] parece cosa increíble y aun imposible, lo vino a ver acabado casi de la suerte y manera que ahora está, exceto el altar mayor, digo, los tableros y figuras.

---

(1) Fray Juan de San Jerónimo no habla más que de la cabeza.—*Memorias*, página 399.—Lo mismo dice Felipe II en la petición que hizo a Sixto V para que se rezase en toda España de San Hermenegildo.—La traslación fué desde el monasterio de Sijena.

Dos días antes de San Lorenzo asistía de día y de noche el Católico Rey, y nunca se quitaba ni salía de la iglesia, ayudando mucho con sus trazas a que se acabasen muchas cosas; y en estos mesmos días acabó de entregar muchas cosas para la sacristía nueva; y ansí tres o cuatro días antes de la fiesta de San Lorenzo no hacíamos los nuevos de esta Casa, cuarenta que éramos, sino pasar del guardajoyas a la sacristía riquezas y más riquezas, y procedía el Rey Católico con tanta cordura y prudencia que hasta en esto quiso tener recato, que no quiso que los seglares lo llevasen a la sacristía, porque no lo viesen, sino que lo hiciésemos y llevásemos
f. 57 v. los nuevos, que aun hasta en esto quiso recatarse de los | seglares. Lo mesmo fué de la librería del coro, que la llevamos los pobres nuevos a hombros y la pusimos adonde ahora está, y lo trabajamos y aun sudamos muy bien.

Llegada ya la víspera del glorioso mártir San Lorenzo, nuestro patrón, túvose por cosa cierta que mandara el Rey Católico al cardenal y arzobispo de Toledo que viniera a celebrar la primera misa, y como en Madrid se decía que se había de pasar el Santísimo Sacramento a la iglesia principal este día de San Lorenzo y que habría gran fiesta el Cardenal estaba a punto para si acaso le mandaran venir, y muchos de Madrid acudieron a ver la fiesta; mas el Rey Católico quiso más honrar al prior de quien tenía tanta satisfacción, ni hizo caso de un obispo que estaba en Casa (1), el cual acababa de bendecir la iglesia y claustro, y ansí la víspera del Santo por la mañana, a la hora que mandó el Rey Católico, dichas las horas y estando ya compuestos todos los altares de la iglesia nueva, y estando ya todos los frailes en la iglesia vieja, puestos de rodillas, en procesión delante del Santísimo Sacramento, con velas blancas encendidas en las manos, y puestos en orden, con mantos, y los ministros vestidos, avisaron al Rey Católico cómo todo estaba a punto, el cual como lo oyó salió luego con su hijo el Príncipe y con la serenísima Infanta y con todos los caballeros de la cámara y otros muchos grandes personajes que habían venido de Madrid [a] hallarse a esta

---

(1) Fray Buenaventura Nacteo Alimerico, Obispo de la Rosa, en Irlanda, de la Orden de San Francisco, le llama fray Juan de San Jerónimo. *Memorias*, página 401.

fiesta. Entre otros muchos me acuerdo que | vino el presidente de f. 58 r.
Castilla, que a la sazón era el conde de Barajas.

El Rey Católico tenía mandado que pusiesen el Santísimo Sacramento en una custodia de oro, y ansí estaba puesto; y dichas y cantadas algunas cosas de música a canto de órgano, y tomadas las varas del paño (que era de brocado riquísimo) del Santísimo Sacramento por el Rey Católico y su hijo el Príncipe, y porque por su pequeña edad no la podía llevar se la ayudaba su ayo el marqués de Velada. Otra tomó el conde de Barajas, presidente de Castilla; otra el conde de Fuensalida, mayordomo mayor, y otra el conde de Chinchón, y ansí las fueron repartiendo todas.

Luego se empezó una muy gallarda y vistosa procesión. Había hecho venir don Diego de Córdoba, gran privado del Rey, la música de la Capilla Real, el cual por ser tan gran cosa del Rey Católico tenía mano en cuanto quería. Iban delante los acólitos, vestidos, con la cruz y manga muy rica, y ellos también con ricos ornamentos. Tras ellos iban los seminarios con velas blancas encendidas y sobrepellices puestas. Luego iban los frailes, todos con mucha compostura, con sus libros y velas en las manos. En medio dellos iban vestidos de ricas capas de brocados riquísimos once frailes. Éstos eran los cantores y acompañados. Luego venía el Santísimo Sacramento debajo de un rico palio de brocado, y detrás venía la serenísima Infanta con todas sus damas, todas con velas blancas. Salimos al claustro que ahora es del refitorio, porque el principal | no se pudo acabar, f. 58 v.
ni se acabó tan presto, por donde ahora hacemos las procesiones por los difuntos. Salimos por la portería y fuimos a dar a la puerta principal de la iglesia, desde donde los seglares oyen misa, [y] entramos por aquella puerta. En asomando que asomamos todos empezó a sonar la música de los ministriles, bajones y cornetas, que no parecía sino que se quería hundir el mundo. Fué mucho de ver y cosa de gran devoción y que provocaba a mucha contemplación por no se haber visto cosa semejante en el mundo; ver tánta luz, tántas hachas de cera blanca y velas, tánto fraile, tan linda y tan acordada música, y sonaba tan lindamente que no parecía sino un retrato del cielo, particularmente los órganos que se acababan de hacer y sonaban muy bien, y muy acordadamente, y tañéronse entrambos y atronaban la iglesia.

Puesto el Santísimo Sacramento en su lugar, luego se comenzó la misa muy solemne del Espíritu Santo con mucho canto de órgano y muy lindas voces con los órganos que sonaban celestialmente. Esta es la primera vez que se dixo misa en esta iglesia. Asistió a ella el Rey Católico con sus hijos desde sus oratorios, que están bien cerca del altar mayor. Mandó el Rey Católico, como tan universal hombre en las reglas del misal y nuevo rezado, que se sentase el preste y ministros, por mandarlo ansí el misal, aunque él estuviese
f. 59 r. allí, porque él no quería que se quebrantase | cosa ni regla de las que manda el misal, antes las manda guardar con mucha puntualidad. Y mientras dura la misa está mirando al misal para ver si se guarda lo que allí se manda, y si ve que alguna cosa no se guarda lo envía a decir y advertir luego; hecho por cierto de gran Príncipe y cristianísimo Rey y muy celoso en las cosas del culto divino. Y no dudo que si las ceremonias se perdieran se hallaran en este gran Rey [y] cristianísimo Príncipe.

Con esto acabamos la misa y nos fuimos a descansar hasta que fuese hora de vísperas, las cuales se comenzaron con la misma majestad que se había dicho la misa y con la mesma música. En las completas se hizo lo mesmo. A todo estuvo el Rey Católico con sus hijos.

Luego el día de San Lorenzo a la hora ordinaria se comenzó la procesión con la pausa y majestad que suele haber en semejantes días, con la música de la Capilla Real que lo agraciaba y adornaba mucho. Iba en la procesión el Rey Católico y el Príncipe, acompañado de sus grandes y caballeros de su cámara. Acabada la procesión luego se comenzó la misa con la música acostumbrada. Acabado el Credo hubo un muy lindo sermón, el cual predicó el padre fray Josef de Çigüenza, prior que a la sazón era del Parral de Segovia, y ahora profeso desta [Casa] y cuando esto se escribe dignísimo rector del insigne Colegio Real desta Casa (1). Hubo comunión de los frailes y seminaristas, que todo provoca[ba] a devoción.
f. 59 v. Hubo jubileo | plenísimo y le hay todos los años.

Las vísperas segundas y completas fueron como las primeras.

---

(1) Dos veces fué el padre Sigüenza rector del Colegio. La primera por los años de 1595 a 98, y la segunda en 1600, poco más de un año, pues renunció.

Tañía el órgano Castillo (1), famoso hombre y único en este arte si le ha habido en el mundo.

Dos o tres días antes que nos pasásemos fuímos los frailes a ver el coro, que le acababan de poner en la perfección que ahora está. Oyónos el Rey Católico desde sus oratorios y enviónos a decir con una ayuda de cámara que cantásemos un psalmo para ver cómo salían las voces en una iglesia y coro tan grande. Hízose ansí y salió celestialmente. Mandó que rezásemos otro para ver si salía tan bien como él deseaba probar, y salió que no hubo más que pedir; lo cual todo era para el Rey Católico de sumo contento y gran regocijo ver salido tan a su gusto y contento lo que tanto deseaba y donde él tanto había empleado sus gustos y deleites.

3.—Todo este verano gastó el Rey Católico en holgarse y en mirar si había alguna cosa que tuviese necesidad de enmendarse, o de proveerse de nuevo, y todo lo andaba mirando con extraña curiosidad por sí mesmo y no lo fiaba de naide, y tenía particular gracia para dar su voto en cosas de traza. Lo demás del tiempo lo gastaba en ir algunas veces a cazar.

Una vez me acuerdo salió a caza de conejos, y el día que el Rey caza es la caza franca para todos y a todos les es lícito cazar de la suerte que pudieren, y ansí tomaban conejos de mil géneros de maneras y escondíanlos en mil partes, | hasta meterlos en la bragueta, f. 60 r.
y allí se les veían meter el Príncipe y la señora Infanta que los reían ellos mucho. Y cierto era de reir. El cómo se cazan es de ver, porque se hacen los hombres una muela y una muy grande rueda, y muy juntos cojen gran pedazo de tierra dentro y cuantos conejos hay no se les va ni escapa uno.

Dentro desta rueda estaba el Rey Católico solo con sus hijos, metidos en su carroza, y desde allí con ballesta matan cuantos salen. Mató el Rey Católico y la señora Infanta (2) sesenta conejos, y luego los envió el buen Rey con una ayuda de cámara, presentados al

---

(1) Debe de ser Diego del Castillo, organista de la iglesia metropolitana de Sevilla, por los años de 1560. Vid. B. Saldoni.—*Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de los músicos españoles*, t. IV, pág. 59. Madrid, 1881.

(2) La infanta Isabel Clara Eugenia conservó largos años, aun en medio de las graves preocupaciones del gobierno de los Países Bajos, sus aficiones cinegéticas: «Doña Isabel—escribía en 1611 el cardenal Bentivoglio—se muestra

prior y convento, que cierto espanta que un Príncipe tan grande como este se esmere tanto en dar contento a unos pobres frailes y que no tenga otros gustos ni halle otros contentos sino estarse con sus frailes en su Casa de San Lorenzo, y que salir de aquí le sea muerte y grandísimo tormento, y si no fuera con el deseo grande que tenía de acudir al gobierno de sus reinos y estados nunca saldría de aquí: tanto como esta es la grande afición que ha tomado a esta su Casa; en fin, como es hechura suya y le ha costado tanto trabajo.

f. 63 r. 4.—El Rey Católico dexó mandado que en saliendo él de esta Casa se pasasen luego los cuerpos reales de la iglesia vieja adonde estaban a la nueva, y se pusiesen adonde ahora están, y él mesmo dexó escrito cómo había de hacerse. Túvose por sin duda estuviera
f. 63 v. presente a esto el | mesmo Rey Católico, pero por no recebir pena no quiso hallarse a ello, que se la diera y muy grande.

Pasáronse en tres veces. El primer día se dijeron unas vísperas muy solemnes de difuntos con su nocturno y responsos. Otro día por la mañana sacaron los cuerpos del señor don Juan de Austria y

---

amicísima de las monterías y de la campaña; y alguna vez ella misma, a caballo, hace volar los páxaros y gobierna las cazas.»

Y ella misma, en 1610, escribía algunos lances que le sucedieron en la caza de los ciervos a su hermano Felipe III, también apasionado de este deporte. «Ahora quiero contar de nuestra caza de Marymont, que por mi honra no lo habría de hacer, pero será con condición que V. M. se ría un poco y no me dé la vaya... En fin, yo fuí una mañana a tirar al ciervo... Saliéronme cuatro ciervos, y cuando voy a tirar al uno, rómpeseme la cuerda de la ballesta; que en mi vida he tenido mayor rabia ni mayor risa... No teníamos allí otra cuerda ni otra ballesta, y así le maté con el arcabuz... Anduvimos otras no sé cuantas mañanas sin poder tirar nada; que están tan salvajes allí los ciervos y el bosque es tan cerrado que es menester sudar bien para poder tirar; y para mí no es lo peor, porque en estando mansos no les puedo tirar de buena gana; y yo estaba tan picada que propuse un día de no volver a casa sin tirar; y así hicimos llevar la comida al campo, que no fué el peor día, y después de haber sesteado cabe un arroyo, donde se holgaron harto las damas, anduvimos más de tres horas para poder tirar, y muchas veces casi a gatas. Ya que era tarde, yo entré a hurto a dos ciervos hermosísimos y tiré al uno, no a ocho pasos de mí y tan sin sentirme que nunca dejó de comer; pero le erré lindísimamente; yo creo de pura cudicia... Aquí se usa mucho el echar la caza a la campaña con los perros y los lobos: con la nieve es bonisimo».. A. Rodríguez Villa. — *Correspondencia de la Infanta Doña Isabel*, en el *Boletín de la R. A. de la Historia*, tomos XLVIII, págs. 276-78, y XLIX, pág. 79.

el de Wencislao, Gran Prior de San Juan. y el de la reina María de Hungría, y el de la reina Leonor de Francia, tías del Rey Católico, y el de la princesa doña María, primera mujer del Rey. Pusiéronse en mitad de la iglesia vieja con sus alabarderos de guarda en una gran tumba que para esto se hizo. Empezóse luego una misa muy solemne de *Requiem* con mucha pausa y gran solemnidad. Acabada, bajamos los frailes al cuerpo de la iglesia con mantos puestos y velas y libros; rodeamos los cuerpos reales y cantamos un responso. Después de acabarlo, el secretario y los demás ministros del Rey entregaron los cuerpos reales al prior y al convento por auto público. Por su orden, como quedan puestos arriba, fueron en hombros de sacerdotes religiosos colegiales. Ibamos cantando los responsos necesarios de los difuntos. Celebró el vicario este día (1).

El segundo [día] fué mucho más solemne, porque celebró el prior. Hubo mucha música de canto de órgano. Dijéronse las vísperas muy solemnes, y después el último responso abajo en la iglesia a canto de órgano, muy altamente. Otro día por la mañana sacaron los ministros del Rey los cuerpos reales. El primero fué el del príncipe don Carlos; el segundo el de la reina doña Isabel, mujer del Rey y madre de las señoras Infantas; el tercero fué el de la Cesárea Emperatriz; el cuarto fué el de la reina doña Ana, madre del Príncipe, y el quinto fué el del invictísimo emperador Carlos quinto. Quiso el Rey se pusiese el cuerpo de la reina doña Ana, su última mujer y madre del Príncipe, entre sus padres, como ahora está.

Comenzóse luego la misa con mucha música, y acabada bajamos a la iglesia y cantamos un responso muy altamente, a canto de órgano. Acabado, entregaron los cuerpos reales, y ansí como los iban entregando los iban tomando seis frailes sacerdotes antiguos que para esto estaban señalados. El último que se entregó fué el del invictísimo Carlos quinto, señor rey y emperador. Este fué en hombros del vicario, y del vicario de Párraces, y del prior, que aunque iba vestido, quiso ayudar, aunque poco; y desta manera fuimos can-

---

(1) Fray Antonio de Villacastín y fray Juan de San Jerónimo colocan estos traslados en orden diferente, poniendo en este primer día, aunque no coinciden exactamente en las personas, el traslado de las que el P. Sepúlveda trae en el segundo.

tando buen rato, y los pusieron donde ahora están dexando lugar vacío para el Rey Católico.

El tercero día fué de regocijo, porque no hubo canto ninguno de tristeza, que como todos eran niños y niñas inocentes, ansí fué
f. 64 v. todo regocijo. Salió el rector, que fué el que celebró, vestido | de blanco, con los ministros de lo mesmo. Entregáronse otros seis cuerpos reales, y entre ellos dos príncipes jurados. Fué mucho de ver. Fueron estos seis niños en hombros de los frailes nuevos de la diciplina, que también es circunstancia de advertir.

Había harto que mirar todos estos tres días ver tánta luz, tántas capas, ricas todas, de negro, tánto ataúd, tan buena música y con tántas voces y tan acordadas. No hubo seglares más de los ministros del Rey. Envióse luego de todo muy particular relación al Rey Católico y de cómo se hizo, y pidiólo el mesmo Rey, y quién llevó los cuerpos, que hasta esto quiso saber, y estos eran sus gustos. Es cosa notable el cuidado que este Príncipe tenía en las cosas del culto divino.

5.—No nos hubimos bien pasado a la iglesia nueva cuando luego mandó a los trazadores trazasen algunos monumentos para la iglesia y se los diesen, para que vistos por él escogiese el que mejor le pareciese, y ansí se hizo, que de cuatro que hicieron en papeles escoxió éste que hoy tenemos. No hay en él colgadura ninguna: todo es de madera dorada o jaspeada. Pues estando ahora el Rey Católico en Madrid enviaba de ordinario a decir que le avisasen cómo andaba el monumento, y que en qué términos andaba, y que adonde llegaban dél y que de todo le avisasen; cosa por cierto digna de tan gran Príncipe y que su memoria dure siempre en la de los hom-
f. 65 r. bres. Es, | pues, de creer que en la de Dios lo está y con muchas ventajas.

CAPÍTULO IV

1587

[1. Pasan Felipe II y sus hijos la Semana Santa en San Lorenzo.—2. Prisión, muerte y exequias de María Estuardo, reina de Escocia.—3. Va la familia real a Toledo a recibir las reliquias de Santa Leocadia.—4. Juicio de las pinturas de Federico Zúccaro.—5. Vienen la Emperatriz, Felipe II y sus hijos a pasar el verano a este Monasterio.—6. Hácense relicarios y otros adornos de la Fábrica.—7. Breve para que el prior de San Lorenzo pueda ser elegido en Capítulo general.—8. Fiesta del Corpus.—9. Pásanse los monjes al claustro principal.—10. Da Felipe II el Toisón a dos caballeros.—11. Honras fúnebres por el archiduque Carlos de Austria.—12. Embajada del rey de Polonia.—13. Vuelta de la familia real a Madrid.—14. Aprestos para la Armada Invencible.]

1.—En estos días andábamos en más de la media cuaresma, y f. 65 r.
el Rey Católico tenía mucho deseo de ver si su traza del monumento salía tan a su contento como él deseaba, y ansí pasada la Dominica *in Passione*, ocho días antes del de Ramos, se partió luego a esta su Casa. En llegando que llegó fué a ver a donde estaba. Mandóle traer luego a la iglesia y que le pusiesen en su lugar, y ansí se hizo. Estuvo de todo punto hecho dos días antes de domingo de Ramos. Salió tan a gusto del Rey Católico que no hubo más que desear, y cierto es mucho de ver y de considerar, y ansí no se hartaba de velle el buen Rey. Tiene doce columnas famosísimas, y puesto en su lugar, con ser una máquina tan grande no estorba, y cuando le traen ocupa toda la iglesia, y puesto parece un muy pequeño brinquiño, según es de bien trazado.

Llegado el día de Ramos, por la mañana, a su hora se comenzó la bendición de los ramos asistiendo a ellos el Rey Católico con sus hijos desde los oratorios. Acabada la bendición se repartieron los ramos y palmas, primero a los religiosos y seminarios, y en acabando salió luego el Rey, tras él el Príncipe y luego la serenísima Infan-

ta. Después de puestos en sus lugares dieron a todos los de la Casa
f. 65 v. Real y caballeros de la | Cámara. Acabados de distribuir se comenzó la procesión muy altamente con mucha majestad y pausa, que cierto pone mucha devoción ver una procesión de las que en esta Casa se hacen. Mandó el Rey que se hiciese por defuera del claustro real, por lo que llamamos goteras, y ansí se hizo, y esta fué la primera vez y la postrera que por aquí se hizo. Aquel día hizo muy buen frío. Estaba el cielo anublado y hacía un aire cierzo que nos llevaba las narices y manos, y las traíamos tan frías que apenas podíamos traer las palmas y libro. Mollinó un poco y nevó. Anduvo el Rey en esta procesión, y el Príncipe se quedó con su hermana la señora Infanta por el mal día que hacía. No se pudo hacer por el claustro real por no estar acabado.

Luego se comenzó la misa y se cantó la procesión y Pasión con pasos a canto de órgano. Los demás días fué lo mesmo, y todo dicho con tanta pausa y majestad, que dudo yo se haga mejor en toda la Iglesia Católica, ni con tanta solemnidad. Las Tinieblas se cantaron todos tres días muy altamente, y particularmente las Lamentaciones, porque trujeron quien las cantase admirablemente (1).

El Jueves Santo se dijo la misa con la pausa acostumbrada. En el fin de ella comulgaron todos los frailes. Acabada se comienza la procesión y llevan las varas del paño del Santísimo Sacramento el Rey
f. 66 r. y el Príncipe, y los | grandes de su corte. Provoca mucho y grandemente a devoción ver tánto religioso, todos con sus velas blancas encendidas, y tánto seminario, todos con sobrepellices y con sus ciriales de plata alumbrando el Santo Sacramento, que cierto es digno de ser visto.

En acabando se va a decir vísperas, y acabadas vamos al mandato, que hace el Rey Católico, en procesión, y el diácono vestido para cantar el evangelio; y cuando llega a donde dice que Cristo dejó los vestidos y empezó a lavar los pies, en aquel punto empieza el Rey a lavar los pies a trece pobres, y su hijo el Príncipe iba con él, entrambos las rodillas por el suelo: el padre lavando los pies y besándolos y el hijo echando el agua. Y esta vez fué la primera que el Príncipe

---

(1) Los nombres de los cantores pueden verse en fray J. de San Jerónimo, *Memorias*, p. 419.

ayudó a su padre, y luego se hacen las demás cosas que contamos arriba.

Acabado nos tornamos a la sacristía y de allí se entra el Rey en su palacio.

El mesmo mandato se hacía en Palacio [por] la señora Infanta un poco después de acabado el del Rey su padre; y su hermano el Príncipe la ayudaba por ser niño de poca edad, y porque se enseñase desde tan pequeño a cosas santas y buenas. Eran estos pobres unos viejos muy venerables y los da la mesma comida que el Rey su padre; hecho de cristianísimos Príncipes y gran humildad para confusión de los herejes, que hacen escarnio de estas cosas.

El día de Pascua estuvo en los maitines, y el Príncipe, y en la procesión, la cual se hace por las naves de la iglesia | por no estar f. 66 v.
el claustro acabado, y todas las veces que hace mal tiempo se hace por aquí, y iban todos los caballeros acompañando a su Rey, el cual comió en el refitorio con los frailes, como otras veces hace; manda pasar dos hermosos corderos asados con sus muchas lonjas de tocino, y esta ceremonia hace todos los años que come en el refitorio (1).

2.—Este verano (2), vino una muy mala nueva para toda la Cris- f. 75 r.
tiandad y todos los Potentados del mundo lo sintieron como era
razón, y fué que el basilisco | de la reina de Inglaterra mandó cor- f. 75 v.
tar la cabeza a su sobrina, la reina de Escocia, sólo por ser católica. Esta señora, viéndose tan afligida y tan perseguida de sus vasallos rebeldes y herejes, quiso, visto que no podía remediarlo, salirse de su reino y irse a otro a pedir socorro. Procuraron muchísimo los herejes cogerla, y cierto fué milagro escaparse de sus manos; venían ya tras ella un gran exército de ellos, y visto que no podía librarse de ellos acordó meterse en una fortaleza inexpugnable que era de un deudo suyo y muy su aficionado. De allí escribió una y muchas cartas a los suyos exhortándolos a que dexasen las armas y que mirasen que era su reina y señora natural y que la tenían jurada y prometida obediencia y que mirasen era cosa muy fea para ellos que

---

(1) Fray Juan de San Jerónimo, *Memorias*, p. 420, dice que Felipe II no comió este año con los religiosos por lo crudo del temporal.

(2) No fué en el verano, porque las honras fúnebres de María Estuardo se celebraron en este Monasterio los días 14 y 15 de abril. San Jerónimo, *Memorias*, págs. 420-21.

eran hombres perseguir a una mujer sola que no les hacía mal, que sonaría muy mal en todo el mundo, que se sosegasen, que no se saldría del reino y con esto los engañó. Súpose luego esta determinación de esta santa reina de los reyes sus comarcanos. El rey de Dinamarca le ofreció el suyo y que se fuese allá; lo mesmo le escribió el rey de Francia Enrico tercero, su cuñado, y para esto le envió su embajada pidiéndole se pasase en Francia que allí sería servida y reverenciada de todo su reino. Quien con más encarecimiento se lo pidió fué su tía la reina de Inglaterra, ofreciéndola toda su ayuda, y
f. 76 r. que | pasada allá ella procuraría reconciliarla con sus vasallos y sinó la daría un gran exército, y para esto le prometió su palabra real y la envió su sello y anillo de confianza; y todo esto hacía por cogella por engaño.

Visto esto por esta santa Reina acordó de entregarse a la reina de Inglaterra su tía fiándose de su fee y palabra, y lo otro por ser mujer como ella que la tenía lástima y por ser tan su parienta, razones bastantísimas por cierto sino hubiera dejado a Dios, y ansí no tuvo razón de fiarse de ella. Cuando vieron sus criados y vasallos fieles y leales que con ella andaban su determinación se lo procuraron estorbar. Dijéronla que iba muy errada, particularmente un arzobispo, gran privado suyo y un santo, se lo pidió con muchas lágrimas, y que no fiase de aquella reina fementida. Iba el santo perlado tras ella llorando y tirándola de las faldas; ella a todo esto se hizo sorda.

Entrada que fué en Inglaterra casi todos sus criados la dejaron como vieron su perdición y los más de ellos se pasaron en Francia. La reina de Inglaterra, cuando lo supo que había ya entrado en su tierra, muy regocijada mandó luego la pusiesen en una fortaleza muy malsana, a muy buen recaudo. Creo fué la mesma adonde mandó el rey Enrico octavo, padre de ésta, poner a la santa reina Catalina, su legítima mujer, cuando hizo divorcio con ella por casarse con Alagüena o Ana Bolena y dió en tantas herejías y desatinos

f. 76 v. Aquí estuvo esta santa Reina por espacio de veinte | y más años sin salir de allí, ni jamás quiso ver[la] su tía la reina de Inglaterra. Cada día la entretenía con buenas palabras y la escribía muy dulces y amorosas cartas. Quisieron sus vasallos hacer un gran exército y entrar con mano armada y sacarla; súpolo la reina de Inglaterra y escribióla mil caricias y que ella hacía grandes cosas por ella y que

escribiese a sus vasallos dejasen las armas y que la prometía casarla muy altamente y enviarla. Hízolo luego la santa Reina y ansí no osaron sus vasallos leales enojarla. Estuvo en aquel castillo padeciendo los mayores trabajos que jamás mujer padeció; tratábanla muy mal los ministros de la reina, y todo por su mandado. Dicen hacía allí esta santa Reina una vida del cielo; llevólo siempre con singular paciencia todo lo que con ella se usaba.

Visto por la reina de Inglaterra que estaba tan firme en lo de la fee acordó de quitarla la vida y para esto la fulminó un proceso sin pies ni cabeza, diciendo que ella con los rebeldes de su reino, que así llama a los católicos, se habían hecho de concierto de quitarla la vida. Súpose en muchas partes esta determinación de la reina de Inglaterra; enviáronla sus embajadores afeándola este caso y que era la mayor crueldad que se había hecho en el mundo, y que manchaba mucho su honra y fama con un hecho tan malo y horrendo como este. Ella, que ya tenía perdida la | vergüenza y el temor a Dios y a f. 77 r.
las gentes, mandó a su Parlamento que viese este proceso y que hiciese justicia. Visto, y muy despacio, sentenciaron que por ello le fuese cortada la cabeza a la reina de Escocia por haber incurrido en traición de Majestad lesa.

Envió la Reina a un conde con esta sentencia, firmada ya de su nombre y de los hombres más doctos de su Parlamento, a lo menos mayores herejes, y con otra mucha gente llegaron una mañana al castillo. Leyéronle la sentencia y que luego había de morir; oyóla la Reina con gran alegría y dixo palabras de gran ternura a su Criador y dijo gustaba mucho de morir ya de una vez, y que allí había veinte años que la andaba martirizando la reina su tía y que no la había ofendido en cosa ninguna. Dábanla un confesor para que se confesase con él; supo que no era católico y no se pudo acabar con ella que se confesase con él sino volvióse a Dios y con Él se confesó. Parece quiso esta santa Reina imitar en esto a nuestro santo mártir y rey San Hermenegildo, del *(sic)* cual se le hizo lo mesmo.

Sacaron a la santa Reina de su aposento adonde estaban los ministros de justicia y la llevaron a una sala grande adonde había un cadalso puesto, y subida allí habló palabras de una cristianísima señora. Cortáronla la cabeza después de haberla leído la sentencia. Fué un gran espectáculo este: ver morir a una Reina tan grande, tan

principal, y de reinos no así como quiera sino de Francia y Escocia,
f. 77 v. y sobre | todo una santa y una bendita a manos de un verdugo, el cual, como malo y pérfido hereje, lo hizo muy mal, porque dicen estuvo un gran rato, otros dicen que un cuarto de hora, cortándosela. En todo quiso el Señor mostrarla cuán grata ánima era la suya en su presencia y quería que fuese a Él después de haber pasado por el crisol de tantos trabajos y muerte tan trabajosa. Dicen que antes que la sacasen de su retrete y aposento tomó el Santísimo Sacramento de una bujeta a do le tenía en mucha reverencia y donde le tuvo muchos días, y no falta quien diga que años, y sin corrupción, que no carece de milagro, y se comulgó ella misma con muchas lágrimas de devoción y se despidió de sus damas y criados que fueron bien pocos, porque aun hasta en esto quisieron ser tenidos por inhumanos, porque no la dejaron más que dos damas y tres criados, los cuales daban los gritos que los ponían en el cielo que era grandísima compasión oirlos lo que decían y porque perdían una tan grande reina y señora natural.

Dijo la santa Reina, y para mí es certísimo, que por el paso en que estaba nunca fué en que matasen a la reina su tía, ni se comunicó con ella tal cosa, ni lo supo ni entendió, y que cuando alguna cosa supiera la estorbara, porque se preciaba de cristianísima y católica, y sabiendo ella que era contra lo que los cristianos tenemos y creemos de matar a otro, no lo hiciera por cuanto se vale el mundo.

f. 78 r. Fué | este un caso muy extraño y que admiró a toda la Cristiandad y puso gran espanto en todos los que lo oyeron, y hasta en los herejes de Alemania y otras provincias se quedaron como atónitos y espantados de oir semejante crueldad.

La reina de Inglaterra, el día que le dijeron su muerte, se regocijó mucho y hizo gran fiesta y en particular a sus damas. El mismo hubo en toda la ciudad de Londres, y mandó disparar la artillería y que se tañesen las campanas y órganos, que ella ha mandado que no se destruyan porque le parece que tira a majestad el tañerse las campanas y órganos, y ansí cuando ella entra en una ciudad o villa la mayor honra y regalo que la pueden hacer es tañerla y recibirla con estos dos instrumentos, y por este respecto no han destruído campanas y órganos. Las mismas alegrías mandó hacer en todo su reino,

como si hubiera alcanzado la más insigne victoria del mundo; ansí hizo hacer fiestas y alegrías lo que fué en otros de tristeza.

En Roma fué grande el sentimiento que hizo el papa y mostrólo muy bien él a todos el santo pontífice Sixto quinto y lo mismo todos los cardenales y toda la demás curia romana, cubriéndose todos de una extraña tristeza y lágrimas y grandes lutos, como si a cada uno le mataran su padre o madre y hermano, que tanto como esto sintieron su muerte. Hiciéronsele en Roma las más solemnes y suntuosas honras y oficios que en memoria de los hombres se sepa se hayan hecho a persona humana, y casi a todos ellos asistió el Sumo Pontífice Sixto quinto. El que le mandó | hacer él con los cardena- f. 78 v.
les dicen dixo el mismo Papa la misa; asistió a ella toda la curia romana. También dicen hizo el mismo Papa una oración en latín, como aquel que también lo sabía hacer, en consistorio de los cardenales, ensalzando hasta el cielo la constancia y gran perseverancia, su mucho valor y mucha cristiandad de esta santa Reina y su grande humildad y otras muchas cosas que dijo a este propósito, de manera que no quedó en Roma monesterio ni parroquia, ni iglesia, que todas no mostrasen el sentimiento que pudieron en hacer todas [honras y oficios] por esta santa Reina.

En Francia fué grande el sentimiento que hizo el rey Enrique tercero, su cuñado, con la reina madre y la demás corte; por lo cual en la ciudad de París y su Universidad, tan famosa y que tiene nombre en todo el mundo de muy católica y que siempre lo fué y ha sido, y la hizo fiesta famosísima, no de *Requiem*, sino de santa mártir, y lo defendieron en unas conclusiones que hicieron, las cuales enviaron a su Santidad del papa Sixto quinto y él las aprobó. Asistió en ellas el mesmo Rey con todos los grandes de su corte. Sin éstas que se hicieron en París, se hicieron otras muchas por el reino, que todo es indicio de su mucha santidad, y cierto todo lo merece esta santa Reina por sus heroicas virtudes.

A España trujo estas nuevas un obispo de aquellas partes | que f. 79 r.
venía desterrado y echado de su patria y tierra y naturaleza también por ser católico, donde primero estuvo muchos años preso y padeció grandísimos trabajos de hambre y sed y otras muchas penalidades que hay de cárcel.

Vínose derecho a nuestro Pontífice a Roma, y desde allí a esta

Casa de San Lorenzo el Real a posta, como dicen, adonde supo estaba el Rey Católico, y llegado pidióle audiencia, y dada le dijo todo cuanto había pasado, como testigo de vista (un día en particular, que le dió el Rey Católico audiencia bien larga), de lo cual todo le pesó al Rey Católico infinito y él lo sintió más que nadie, porque amaba entrañablemente a esta santa Reina. Lastimóle mucho al buen Rey estas malas nuevas que de Inglaterra le traía este obispo, y ansí contaba después este buen obispo que cuando le contaba el caso al Rey Católico, como no se le pudiese referir sin lágrimas, el pío Rey le ayudaba con las suyas y entrambos lloraban la perdición de aquel reino.

Envió luego a decir al prior que era su voluntad real que se le hiciesen unas muy reales obsequias a la reina María de Escocia, y ansí se hizo como lo mandó, y en otras partes de España se hizo lo mesmo. A las que se hicieron en esta Casa de San Lorenzo asistió a ellas el Rey Católico con sus hijos el Príncipe y serenísima Infanta, con los demás de su casa y corte, todos cubiertos de luto. También se halló a ellas el obispo que trujo la nueva, y le miramos mu-
f. 79 v. chas veces y lloraba como una criatura todo el tiempo | que duraron las honras. Estuvo muchos días en esta Casa negociando con el Rey Católico le diese de comer. Estando, pues, el Rey Católico oyendo la misa de *Requiem* que se decía por esta santa Reina, desde sus oratorios con sus hijos, manifestó el mesmo Rey traía consigo muchos días había un anillo de oro esmaltado con una rica piedra que la apreciaban en dos mil ducados. Pues este anillo, en acabando la misa, le entregó al prior y mandó que aquel anillo, que había sido de aquella santa reina de Escocia, se pusiese luego en las reliquias por hallarse indigno él para traerle en su poder, y que era muy justo que cosas que había[n] sido de una tan bendita mujer se estimasen y fuesen estimadas en mucho y que por tal quería él que se pusiese entre las cosas santas y sagradas, y ansí se hizo. Luego se puso al cuello de una cabeza de una santa virgen, y allí la vió después por veces y le besó y adoró y se le iban los ojos tras él considerando hubiese habido en su tiempo una tan bendita señora en el mundo. Por cierto hecho de un gran Príncipe y de muy católico pecho, y quisiera yo tener la elocuencia que era menester para ensalzar tan heroico hecho, pero por hallarme tan flaco y falto de ella

pasaré con ello en silencio, pero cada uno podrá ponderarlo y exagerarlo como ello merece; y es razón quede en memoria de todos este | hecho tan heroico y tan cristiano; en fin, salido de pecho tan f. 80 r.
pío como del de Filipo, y donde todos los reyes cristianos pueden tomar documento a honrar las cosas del culto divino y cosas santas y sagradas, y aquí podrán aprender en cuánto se ha de tener y estimar, no la cosa santa y su grande veneración en que han de ser tenidas no sólo ellas mas cosa suya y dada por ellas en vida. Esta enseña este gran Príncipe se ha de tener y estimar en mucho y tanto como lo principal.

Visto por el Rey Católico cuán perdido iba ya lo de la Religión en Inglaterra y que no se podía ya tolerar tanta insolencia y tan grande desacato como a toda la Iglesia Católica se hacía en aquella Isla, desde el punto que supo la muerte de esta santa Reina propuso de vengarla, no su muerte, sino la causa de Dios.

3.—Pasadas las fiestas y [después] de haberse recreado ya en esta su casa muchos días la señora Emperatriz, mandó el Rey Católico aprestar su ida para la famosa ciudad de Toledo (1), que le tenía con cuidado aquella | ciudad les hiciese tanta merced de ha- f. 83 r.
llarse a la fiesta que aquella ciudad hacía a la bendita Leocadia, virgen y mártir, su patrona, y natural de aquella ciudad, la cual había más de mil y quinientos años que estaba fuera del reino en un monesterio de frailes benitos en los Estados de Flandes, que por varios sucesos había venido a parar allí. Supo esto la santa iglesia de Toledo y pidiéronsela [a] aquellos padres, y por muchas joyas que les dieron y una gran suma de dinero y muchos ruegos del Rey Católico, se le entregaron a dos personajes que para esto enviaron. Pues para meter esta santa en su ciudad de Toledo pidió el Cardenal y Arzobispo, y el cabildo y toda la ciudad y reino con mucha instancia y grandes encarecimientos [a] su Majestad les hiciese tan señalada merced de los honrar la ciudad y fiesta con su real presencia (2), y antes que de aquí partiese le representaron una muy famosa

---

(1) El 15 de Abril marchó la familia real a Madrid, y desde allí fueron a Toledo. San Jerónimo: *Memorias*, pág. 421.

(2) La entrada en Toledo de las reliquias de Santa Leocadia fué a 26 de abril de este año de 1587. *Vida, Martyrio y Translacion de la gloriosa Virgen y Martyr santa Leocadia.* Qve escrivio el padre Miguel Hernandez de la Compa-

comedia los niños seminarios a quienes el Rey Católico gustaba mucho de oir.

4.—En estos días se daban mucha prisa los pintores a acabar sus obras, y particularmente uno que en Italia tenía mucho nombre, a quien el Rey trujo a grandes expensas, llamado Federico. Este pintaba el retablo del altar mayor y una estación del claustro real, y salió tan malo y pintaba tan mal que era lástima de vello. Pues visto por el Rey Católico cosa tan perversa mandó que se la tasasen y se la pagó por buena y le despidió, y le mandó que se tornase a su tierra (1), de lo cual iba él harto querelloso y decía que no eran conocidas sus pinturas, y cierto parecían pinturas de paramento, a mi pobre juicio digo. Luego lo mandó borrar de allí el Rey y ansí se hizo. Esta mala pintura de Federico fué causa que se tardasen mucho más las estaciones de pintar de lo que el Rey Católico pensó, que no poco le pesó de ello porque deseaba en extremo velle acabado y así fué necesario dar dos estaciones a uno y éste que le cupo no pudo acabar tan presto ni con tanta presteza como los otros sus compañeros.

f. 81 v. 5.—La Cesárea Emperatriz en estos días envió a decir al Rey Católico su hermano gustaría infinito de venir a ver esta su Casa, que le decían estaba ya acabada de todo punto y como había de estar. Envióla a decir el Rey Católico que viniese muy en buena hora. Salió por ella el mesmo Rey con sus hijos más de dos leguas buenas de aquí. Llegó a esta Casa ya que quería anochecer (2). Había mandado el Rey Católico que en la iglesia hubiese muchas luces, y

---

fiia de Iesus... Toledo, 1591, folio 214 r.—*Memorias de Garibay*, pág. 445, en *Memorial histórico español*, t. VII.

(1) Federico Zúccaro debió de llegar a San Lorenzo a fines de 1585, donde residió hasta los últimos meses de 1588, en que se volvió a Roma, despedido por Felipe II, a quien no contentaron las pinturas. Más breve que la de Federico fué la estancia de sus discípulos y ayudantes Tiberio Ronchi, Andrea Carrari, Bernardino Veneciano y Antonio de Ancona. Estos, después de pagados de lo poco y malo que hicieron al fresco en el claustro de las procesiones, recibieron en 25 de Junio de 1586 «cincuenta y un mil maravedís para su camino de volver a Roma, donde vinieron, porque se les ha ordenado no pinten más en esta Fábrica».

El único que quedó fué Bartolomé Carducho, que demostró andando el tiempo valer más que su maestro y compañeros.

(2) El 9 de agosto.

él estuvo a dar la traza. Estaba el altar mayor lleno de candeleros y todas las cornisas de él con sus candeleros y candelas encendidas; toda la capilla mayor con sus cornisas altas y bajas estaba también llena de luces; todos los altares de la iglesia con sus velas encendidas; a los pilares de la iglesia sus blandones encendidos; en medio de cada nave había su blandón. Tañíanse [a] aquella hora todas las campanas y campanillas que se tañen con música, desde que asomaron por la puerta del pórtico. Después entrando por la puerta de la iglesia, tocaron todos los órganos; y ver tanta luz y puesta por tan lindo concierto, fué cosa muy de ver. Estaba la iglesia hecha una ascua, según estaba de clara con tanta luz: parecía que todo se abrasaba. Fué, cierto, un espectáculo mucho de ver, y que la señora Emperatriz holgó infinito y dijo no había visto en su vida en cuanto había andado semejante cosa; y de cuantas cosas había visto en toda su vida ninguna le había dado tanto contento y gusto como | esta. f. 82 r.

Estuvo en esta Casa la señora Emperatriz muchos días viéndolo todo con mucha curiosidad y grande afición, como casa suya y adonde ha de estar su cuerpo hasta que Dios venga a juzgar. Fué un día a la celda del prior y allí se le dió una merienda muy famosa, a ella y al Príncipe y a la serenísima Infanta y a todas sus damas. Estuvo a ella el Rey Católico asentado en su silla hablando con el prior y mirando la fiesta, mas él jamás se desayunó. Otro día pasaron al Colegio a verle, que había poco se pasaron a él los colegiales de la hospedería, a dó vivían, y el día que se pasaron comió el prior con ellos en el refitorio. Pasó allá el Rey Católico con la señora Emperatriz y con sus hijos y vieron todo el Colegio, que no le habían visto. En acabando que acabaron de verle entraron en el aula de teología, la cual estaba muy ricamente aderezada, y en ella estaban todos los colegiales esperando que entrasen para comenzar un acto mayor que tenían, y estuvo y asistió a él el Rey Católico con la Cesárea Emperatriz su hermana y con sus hijos por más de tres horas que duró, que fué mucho querer asistir tanto tiempo, pero como tenía tanto amor y afición a las cosas de esta su Casa, todo cuanto hacía le parecía muy poco. Dió mucho nombre a este acto mayor con su persona real y presencia, y todos quedaron muy contentos y el que más fué el sustentante.

6.—En estos días andaba el Rey Católico dando mucha prisa

para que se acabasen muchos reliquarios; en Madrid se hacían, y tenían ocupados a muchos plateros. Acabados ya muchos mandólos
f. 73 r. traer y poner sus reliquias, y puestas fuélas a ver al guardajoyas | y visto que eran muchas mandó se pusiesen en los altares colaterales, adonde ahora están, y esta fué la primera vez que se pusieron y no antes por no estar guarnecida[s] hasta ahora; y se pusieron casi como están ahora. Estuvo el Rey Católico al ponerlas y él las mandó poner por su orden como ahora están y se ven, y cuál reliquia había de estar junto a cuál. Hasta en esto se esmeró mucho este tan cristianísimo Príncipe. No perdía punto en nada. Es cosa que admira ver con el cuidado y solicitud que andaba y procuraba todas las cosas del culto divino.

En estos días trujeron los cuatro evangelistas de bronce dorado para poner en el altar mayor, y quiso estar a vellos poner, y ayudó mucho con sus trazas a subirlos y trabajó tanto aquel día que le vino la gota y cayó malo de ella y lo estuvo algunos días, pero sanó presto.

f. 74 r. 7.—En estos días pidió el prior de esta Casa de San Lorenzo el Rey Católico fuése servido de pedir un breve a su Santidad para que los definidores del Capítulo general eligiesen prior de esta Casa. y no los frailes y que de esta suerte habría siempre paz y mucha quietud; y esto lo hizo con mucho secreto, y que luego enviase su Majestad por él para que le llevase al Capítulo general que ya estaba cerca. El Rey Católico como tenía tanta satisfacción de él dióle crédito y creyó que sin duda era aquello lo más acertado, según se lo habían significado el prior y los demás pasados. Entonces les pareció convenía hacerse ansí, pero vemos es mucho peor y hay muchos inconvenientes. Escribió luego el Rey Católico a su embajador para que se lo pidiese al papa con sumo encarecimiento. Hízolo lue-
f. 74 v. go el embajador, pidiósele de parte | de su Rey con muchas veras. El papa Sixto quinto, como era hombre recto y tan gran letrado y que era fraile, dióle fundado en derecho y decía en él que veniendo todos los frailes en ello se hiciese y que sólo uno que dixese que no convenía le daba por nulo. Vino este buleto tan tarde que no se pudo enmendar hasta pasado el capítulo, como después veremos en su propio lugar. Cuán errada cosa sea esta no hay quien la pueda mejor decir que la experiencia, y cuántos inconvenientes resulten de aquí. Son tantos que no acabaríamos de contarlos tan fácilmente:

en conclusión es muy peor mil veces que si el convento eligiese.

8.—Este año se celebró en esta Casa la fiesta del Corpus Christi muy altamente. Pusieron los altares adonde había de estar el Santísimo Sacramento, uno en el claustrillo y otro en el otro de los que están en la iglesia al lado de la puerta principal y del Colegio, y otro a la portería, otro al pórtico. Fué mucho de ver por haber mucho que andar. Hubo una danza de los niños seminarios y representaron a cada estación muy bien. Hubo mucho villancico y mucho canto de órgano. Llevaba el Rey Católico con su hijo el Príncipe, con los grandes de la corte las varas del paño del Santísimo Sacramento, y iba allí también la serenísima Infanta con todas sus | damas. A la tar- f. 75 r.
de hubo una famosa comedia.

9.—Este verano mandó el Rey Católico se pasasen los frailes a vivir al claustro principal, pues estaba ya acabado, y dió dos mil ducados para que se aderezasen y adornasen todas las celdas que hay en él, y ansí se hizo. El primero que se pasó fué el prior (1), y como su celda sea tan grande había menester muchas cosas y muchas más que otras, y para esto estaban en la librería muchas imáxines y lienzos, y pidiólos al fraile librero, el cual respondió que no los podía dar sinó le mandaba el Rey. Pasó el mesmo prior a palacio y pidió al Rey para su celda particularmente la pintura del emperador Carlos quinto y la misma del Rey Católico, con otras muchas, supuesto que la librería se había de quitar luego, como se quitó, y se hizo dormitorio de los nuevos como hoy lo vemos. Todo se lo concedió el Rey Católico como quiso por tener de él tanta satisfacción, y nunca le negó cosa que le pidiese antes andaba el mesmo Rey buscando ocasión cada día en que se ofreciese mostrarle la grande afición que le tenía. Pasó al convento luego con el prior el Rey Católico con sus hijos y fuése derecho a la celda y estuvo al poner de las tablas y lienzos y mandó se pusiesen como ahora están y él estuvo presente a todo y no se quiso quitar de allí hasta dejarlo todo puesto de su mano y por su traza.

10.—Este verano (2) dió el Rey Católico el Tusón a dos caballe-

---

(1) La celda del prior se amuebló y compuso el 24 de agosto. San Jerónimo, *Memorias*, pág. 423.

(2) 20 de setiembre.

ros principales: el uno era el embajador del emperador de Alemania y el otro era un potentado de Italia; dos grandes caballeros y dos grandes ministros del Rey. Dióselos con grande majestad allá en palacio; hízose un famoso cadahalso y hubo mucha fiesta. Era aquel
f. 60 v. día fiesta principal | y viniéronse los dos caballeros con sus insignias al coro a vísperas que los estábamos esperando. Venían todos los caballeros de palacio acompañándolos y ellos solos entraron en el coro, y los puso el prior a sus lados, a cada uno en su silla colateral. Los demás se quedaron a la puerta y a las primeras sillas por estar el Rey Católico en el coro con el Príncipe y con la señora Infanta en su ventana que tienen ellos sólo para este ministerio de ver las vísperas.

11.—En estos días vino nueva que el archiduque Carlos de Austria, primo del Rey Católico, era muerto; un príncipe muy católico y muy gran cristiano, y hombre de grandes esperanzas. Sintió mucho el Rey Católico su muerte por la falta que había de hacer en aquellas partes, porque dicen era acérrimo perseguidor de los herejes y ansí hizo gran falta. En esta Casa se le hicieron unas muy reales obsequias y se le dixeron muchas misas. Hallóse a ellas el Rey Católico y el Príncipe y señora Infanta, y salieron en público vestidos de negro los dos, que el Rey Católico siempre lo anda, y lo trujeron ocho días, que es ceremonia muy usada entre ellos y no lo traen más; y esto por muy cercanos deudos, y no en otra manera.

f. 62 v. 12.—Ya en este tiempo estábamos en la fiesta de Todos Santos y el Rey Católico estuvo en ella y en la de los Finados, y pasadas aprestó luego su ida para Madrid para poner orden en estas cosas y
f. 63 r. dar audiencia a esta embaxada (1) que el rey | de Polonia le enviaba, la cual oyó el Rey Católico de buena gana por las grandes nue-

---

(1) A la muerte de Esteban Bathory (diciembre de 1586), rey de Polonia, cuatro electores dieron sus votos a Segismundo III y tres a Maximiliano de Alemania, sobrino de Felipe II. Maximiliano, para hacer valer su elección, levantó un ejército y peleó valerosamente, pero fué derrotado y preso. Intervino Felipe II y mandó se diesen al rey de Polonia 200.000 ducados, que éste no aceptó. Puso en libertad a Maximiliano y envió una embajada al rey de España para concertar amistades, que es a la que se refiere el P. Sepúlveda.

vas que de aquellas partes le venían de la santidad y bondad de este buen rey y el celo grande que tenía de ensalzar las cosas de la Religión y Fe Católica.

En lo de la libertad del sobrino pidióle que fuese luego y que se le entregasen a su hermano el Emperador, y ansí se hizo. En lo demás respondió el Rey Católico muy a gusto del rey de Polonia, y despachó los embaxadores muy contentos y llenos de joyas y presentes y grandes preseas que les dió el Rey Católico para ellos y para su rey. Convidó el Rey Católico al embaxador y a sus compañeros viniesen a ver esta Casa y ansí lo hicieron, y el Rey les dió una persona que los trujese y les hiciese enseñar todo cuanto hay con mucho cuidado y puntualidad. Viéronlo todo con mucho primor y se lo enseñaron todo y no quedó cosa que no viesen, que ansí lo mandó el Rey Católico para que lo contasen después ellos a su rey cuando se tornasen a sus tierras. Viéronlo todo y fueron espantados y admirados de ver tan gran realeza y cosa tan grandiosa.

13.—Pues pasado ya todo el verano y la brama partió de esta Casa el Rey Católico para Madrid a dar calor en lo de la guerra contra Inglaterra, aunque en los papeles de avisos que dejó el gran duque de Alba a nuestro Rey, como hombre que tenía tan buen gusto en todas las cosas y tan buen parecer, dejó dicho: *Paz con Inglaterra y guerra con toda la tierra.* Cuán verdadero ha salido esto esta historia nos lo dirá.

Mandó hacer mucha gente y armar muchos navíos y galeras; mandó hacer muchísimos pertrechos de guerra y bastimentos para una grande armada. En todas las partes de España y fuera de ella se hacían muchas cosas de estas, necesarias todas para la guerra. Mandó ansí mesmo se hiciesen en toda | España procesiones, suplicando f. 80 v.
a nuestro Señor le diese victoria contra los enemigos de su Iglesia los herejes.

Pasada la pascua de Navidad se pregonó públicamente en Madrid por todas las calles guerra contra Inglaterra a fuego y a sangre.

CAPÍTULO V

1588

De la poderosa y famosa Armada que el Rey Católico hizo contra Inglaterra y del infelice suceso que tuvo y de cómo se perdió sin haber efecto ninguno.

En estos días estaba ya muy a punto la Armada en la ciudad de Lisboa, cabeza del reino de Portugal, y no faltaba más de que el Rey Católico la mandase partir. Sabido, pues, por él que no faltaba nada y habiendo visto que hacía muy lindo tiempo, y que todos le decían que estaba la más pujante que jamás príncipe ni rey tuvo en el mundo, envió a decir a su sobrino el Príncipe Cardenal, que a la sazón era gobernador en aquel reino, y fué el primero después que se juntó con la corona de Castilla, que entregase el estandarte real al hijo de don Diego de Córdoba, gran privado suyo, llamado don Felipe, mozo de grandes esperanzas, y que nombrase por Capitán general de mar y tierra al marqués de Santa Cruz, gran soldado y mayor marinero. Hízose ansí como el Rey Católico mandó. Hubo aquel día en Lisboa gran fiesta; no cabían los soldados de contento en llevar tal capitán; iban bizarros todos.

f. 88 r. Leyéronse los | recados de las patentes para el marqués de Santa Cruz públicamente, y él acetó el cargo, aunque dicen que contra su voluntad, porque le parecía no era cosa acertada en ir contra Inglaterra tan atadas las manos. Fuéronse luego todos a embarcar y todos iban contentísimos y les parecía muy poco a todos Inglaterra, sino que fué su desgracia tan grande que en embarcándose que se embarcaron le dió el mal de la muerte al Capitán general y marqués de Santa Cruz, de que vino a morir dentro de pocos días (1) con suma tristeza y dolor de todos por ser uno de los mejores y más famosos

(1) Murió el 9 de febrero.

capitanes que se sabe hubiese por entonces. Fué una de las más bravas desgracias que han sucedido mil años ha, morir a tal ocasión un tan singular capitán, y a tal coyuntura. Tomóse por mal agüero y ruin pronóstico; y cierto que fué la total ruina y perdición de toda aquella Armada tan pujante, y aun de toda España, pues si bien se mira y considera desde entonces acá no hemos tenido ventura en nada, ni hemos podido alzar cabeza, sino una desgracia y otra de envite.

El inglés Francisco Draque, Capitán general de la reina de Inglaterra, con ser famoso soldado y gran marinero temblaba del marqués de Santa Cruz y de su mucha ventura, por ser muy bien afortunado, y esto cuando no tenía armada, y ahora que la tenía y tan pujante estaba tamañito, y dijo por veces que presto estaría preso en España, y que no se podía escapar de muerto o cauptivo de las manos del Marqués. | Holgóse infinito cuando supo su muerte, la cual f. 88 v.
supieron bien presto, como en Portugal había tantos aficionados al don Antonio que andaba en su compañía y se intitulaba rey de Portugal.

Despachóse luego correo al Rey Católico con la nueva de la desastrada muerte del marqués de Santa Cruz, digo desastrada, por haber sucedido en tan recia ocasión y coyuntura y a tal sazón. Sintió mucho el Rey Católico su muerte como era razón, por perder un gran ministro y famoso capitán, como se vió en todas las ocasiones en que se halló. Fué él el todo de que se ganase la batalla naval al Gran Turco, en la cual fué el señor don Juan de Austria general, con ser la mitad menos; venció la armada del Francés; sujetó las Terceras y hizo otras muchas cosas en que mostró su valeroso ánimo.

Anduvieron mirando a quién poner en su lugar algunos dias en aquel puesto, que saliese tan buen capitán como el muerto. Al cabo de algunos días aconsejaron al Rey Católico, no se quién diablos, nombrase por Capitán general al duque de Medina-Sidonia, hombre de gran linaje y muy rico, pero poco soldado y para Capitán general muy bisoño y poco plático y menos experimentado, y hombre muy tímido y pusilánime, hombre que en su vida supo echar mano a una espada. Fué desdichadísima por extremo su elección, y ansí dió tan mala cuenta de ella, que no sé quién engañó al Rey Ca-

f. 89 r. tólico para que hiciese a este Duque Capitán | general. Si le mandara ser tratante esto hiciéralo él muy bien, o vender atunes muy bien vendidos, de esto harto sabe; si ansí supiera de cosas de guerra como de esto no saliera tan poco soldado como salió, ni diera tan mala cuenta de la Armada que se le encomendó. A toda España destruyó este desdichado Capitán general pusilánime; tarde recuperará el daño que este Capitán inconsiderado hizo.

Envióle el Rey Católico luego los recados a San Lucas de Barrameda, adonde estaba; tomó luego la posta y fué a la ciudad de Lisboa a entregarse en toda la Armada. Tardóse en todo esto casi un mes y fué esto también gran desgracia, porque perdieron muy buen tiempo, y ansí salieron después muy tarde.

El día que entró el Duque en la ciudad de Lisboa fué grandísimo el contento y fiestas que todos le hicieron como no le conocieron; hubo gran fiesta y mucho regocijo, y el Príncipe Cardenal le entregó en toda la Armada y le paseó por toda la ciudad y todos iban ensalzando su nombre hasta el cielo y le hacían grandes exclamaciones, de lo cual todos se arrepintieron bien presto.

Mientras en la ciudad de Lisboa sucedía esto, acá mandó hacer el Rey Católico en toda España grandísimas procesiones y diciplinas; particularmente en Madrid las hubo grandísimas, y en Toledo se hicieron, y en Valencia también las hubo, y el patriarca de aquella ciudad iba cada día en romería con doce clérigos de quien él tenía mucha satisfacción de su vida a una ermita de mucha devoción,
f. 89 v. descalzos | de pie y pierna, rogando a nuestro Señor diese victoria a la Armada católica contra los herejes sus mortales enemigos. No quiso Su Divina Majestad oirnos por nuestros pecados y por sus secretos juicios; ¡sea por todo bendito!

Aquí en esta Casa de San Lorencio se hacían cada día procesiones, y los viernes diciplinas. Todos los jueves sacaban el Santísimo Sacramento antes de la misa y andaban en procesión por las naves de la iglesia, y asistía a ella el Rey Católico con su hijo el Príncipe y con la señora Infanta. Algunas veces no podía el Rey Católico por estar impedido de su gota, pero salía entonces el Príncipe y llevaba su vela blanca encendida como la llevaban los frailes.

Lo mesmo he sabido del limosnero y capellán mayor García de Loaísa se hacía en todas las religiones y en las iglesias catedrales, y

en todas sacaban el jueves el Santísimo Sacramento y luego se decía la misa de la mesma fiesta. Todas las horas había dos frailes en las gradas del altar mayor con sobrepellices, y de rodillas una hora, en oración, rogando a Dios diese victoria a la Armada católica.

El lugar del Escurial hizo también sus procesiones: particularmente una muy famosa, que vinieron muchos diciplinantes y con muchas luces y cruces y una imagen de la Madre de Dios muy devota. Vinieron a esta Casa en procesión y fué muy de ver; y ansí el Rey | Católico con su hijo el Príncipe y la señora Infanta se pusieron f. 90 r. a una ventana para verlo. Venían muchos niños azotándose y niñas en otra renglera haciendo lo mesmo. Luego venían los diciplinantes haciéndose las espaldas una sangre, y muchos venían muy lastimados y llagados; todo a fin de que nuestro Señor diese victoria y buen suceso a la Armada católica.

No se trataba de otra cosa en toda España; mandóse por toda ella no hubiese otras fiestas más que estas, en que suplicasen a nuestro Señor nos diese victoria.

Había salido ya el Armada del puerto, y no era bien salida cuando la combatieron unos muy grandes aires que los forzaron [a] tornar al puerto. Dicen llegaron a vista de Inglaterra. No recibió daño ninguno ni detrimento.

Hizo el Rey Católico con su Santidad le enviase un jubileo plenísimo, lo cual concedió su Santidad del papa Sixto quinto de muy buena gana, y ansí se vino a ganar en toda España una semana antes de San Lorenzo y otra después, y quiso escoger el Rey Católico este tiempo más que otro por tener singular devoción con el bendito mártir; y en este tiempo mandó el Rey Católico al Capitán general que saliese con toda la Armada para Inglaterra, y ansí se hizo, que mientras acá ganábamos el jubileo plenísimo salió del puerto la Armada y dió en Inglaterra con muy buen tiempo que la hizo, que no fué poca ventura.

En el primer puerto que toparon, hallaron en él a Francisco Draque, gran mareante y Capitán general de la reina de Inglaterra, con solos quince, otros dicen treinta navíos. No se | osó menear ni f. 90 v. tirar un tiro tan solo. Admiróse de ver tan poderosa Armada y tan pujante, bastantísima para conquistar medio mundo si ella fuera a su cargo. Estaba esperando le acometiesen para rendirse luego, porque

lo deseaba por granjear por aquí la voluntad del Rey Católico. Pidieron al Duque y Capitán general todos aquellos famosísimos capitanes y valientes soldados que acometiesen aquellos pocos navíos, pues tomada toda la armada al enemigo era cosa muy fácil lo demás, porque le quitaban las principales fuerzas y quedaban señores del mar, razones bastantísimas para convencer a todo buen entendimiento. Luego empezó el Capitán general a temer y temblar, y no quisiera haber ido allá y diera harto por no ser nacido, y harto nos hubiera valido, y todos ganáramos en que nunca allá hubiera ido, ni Dios allá le llevara. Respondió el Capitán tímido y General pusilánime que no llevaba orden ni industria del Rey Católico para acometer hasta que se juntase con el príncipe de Parma que estaba en los estados de Flandes; que iba por él para que él con cuarenta mil soldados viejos de aquellos Estados entrasen en sus navíos y ellos lo habían de hacer todo y que él a solo esto iba.

Vista tan buena ocasión por don Alonso de Leyva, famosísimo
f. 91 r. capitán, a cuyo cargo iban las galeras del tercio de Nápoles | y Sicilia, pasó en una barquilla a la capitana y suplicó con muchas veras y grandes encarecimientos al Duque acometiesen; y dicen sobre esto le hizo un gallardo razonamiento para movelle a ello, y que en aquello consistía nuestro bien y todo era acabado en tomándole tan poco a poco al enemigo su armada tan a poca costa, y que era muy fácil cosa quitársela pues la tenía toda muy dividida y apartada, y que se tenía lengua se rendirían luego aquellos navíos, y que como éstos lo hiciesen lo harían los demás, y es cierto que la almiranta de Inglaterra había enviado su ofrecimiento y muy grandes avisos por ser católico de secreto el que la gobernaba, y que mirase su Excelencia que si le dejaban ajuntar al enemigo toda su armada sería cosa muy dificultosa de vencer. A todo esto se hizo sordo el capitán tímido, y respondió que no llevaba orden de su rey para acometer. Don Alonso le dixo: «Señor, V. Ex.ca no trae orden de su Majestad para acometer a toda la armada del enemigo junta, mas [sí lo puede hacer] a esta cosa poca, porque ¿no ve V. E. que es gran bajeza nuestra huir de quince navíos? ¿Y no será grande hazaña para V. E. cuando quiera meter al príncipe de Parma en sus navíos haberle quitado al enemigo todos los suyos, como V. E. lo puede hacer a tan poca costa?» A todo esto se hace sordo el Capitán tímido. Hí-

zole el D. Alonso sus requerimientos para que lo hiciese y nada de esto bastó ni aprovechó, antes le trató mal de palabra y le dijo que le haría prender. | El don Alvaro *(sic)* dijo: «No prenderá tal V. E.»; y f. 91 v. puso mano a su espada y se atestó su sombrero, y se salió de la capitana diciendo a voces lo que después sucedió.

Pateaban aquellos famosos capitanes y todos se quexaban al Duque de su pusilanimidad; el don Alonso se salió y se fué a sus galeras diciendo mil cosas del Capitán general.

Francisco Draque, que estaba temblando de que el Duque no acometiese y no sabía la causa de ello ni el vellos detener tanto sin acometer, porque bien vió y conoció que a dos tiros era perdido y forzoso el rendirse, y que humanamente él no podía sustentarse con tan poderosa escuadra por tener él la suya tan dividida, como vió que pasaron por donde él estaba y no le acometieron pero ni aun le tiraron un solo tiro, conoció que el Capitán general era hombre para poco y tímido, y que pudiéndole destruir no quiso. Espantábase y no lo podía creer.

Visto, pues, esto por Francisco Draque cobró grande ánimo, y conoció que el Armada católica en ninguna manera pelearía contra él y que no llevaban licencia de su rey para pelear, lo cual deseaba él infinito lo hiciesen ansí, sacó del puerto sus pocos navíos y vase tras el Duque haciéndole cuanto mal podía y osó acometer a nuestra Armada con ser tan grandiosa.

El Capitán general, como fuese hombre muy tímido, en oyendo que oyó disparar tiros de artillería al enemigo, me dicen quien lo vió, se metió entre | unas sacas de lana para ir más seguro, y mandó f. 92 r. le llamasen a su confesor porque no le alcanzase allí algún balazo, como alcanzaba a otros que andaban bien cerca de él.

Llegaron a otro puerto en que hallaron otros tantos navíos; dijeron al Capitán general que sería cosa muy acertada tomar estos navíos o echarlos a fondo y que no los dejasen en ninguna manera juntar con los que traía el enemigo, porque les podía venir mucho daño. Respondió el Capitán general tímido que no llevaba orden de su rey para acometer; dijéronle que si no lo hacía era manifiestamente vista su perdición. A todo se hacía sordo el Duque, metido entre sus sacas de lana, como si él hubiera de pelear.

Luego cogió el inglés estos navíos y todos los demás que tenía en sus puertos, que para todo le dió lugar el señor Duque.

Como el Francisco Draque se vió con toda su armada junta, cosa que nunca tal pensó que le dejara hacer la Armada católica, y como sintió el temor del Capitán general y su pusilanimidad, acordó de acometer a nuestra Armada y la acometió, y se vió en manifiesto peligro, el día señalado del bendito mártir Laurencio, día en el cual en casi toda España se ganaba jubileo plenísimo, por serlos el aire muy contrario a los nuestros y a los enemigos muy favorable. Quiso Dios que al mejor tiempo vino una borrasca que los departió y los sácó de este tan manifiesto peligro; porque vean a qué desventura les había hecho venir un Capitán general bisoño y pusilánime, por
f. 92 v. no querer hacer lo que todos aquellos | famosísimos capitanes y valientes soldados le decían.

Visto esto por el inglés y que la Armada católica iba con determinación de pasar los bancos de Flandes para tomar en ellos al príncipe de Parma y a toda su gente, todos soldados viejos y muy experimentados y diestros en cosas de guerra, para tornar con ellos a dar en Inglaterra, que este fué el designio del Rey Católico, y como fuese singular marinero y conociese muy bien aquel mar y sus baxos y qué alborotados andan de ordinario por aquellas partes, luego dixo que era perdida la Armada católica, y ansí lo envió a decir a su Reina, que la Armada de España era perdida, antes que sucediese, porque en sólo pasar los bancos de Flandes se perdería, por ser muy malos de pasar y por ser ya el tiempo muy recio y ser muy tarde, por lo cual en la ciudad de Londres mandó hacer la Reina muy grandes alegrías. Y cierto ella tuvo mucha razón de mandarlas hacer, porque si la Armada católica acertara a llevar un buen capitán, ella fuera bien poco reina y corriera riesgo su vida, y por esto hacía muy bien en mandar hacer alegrías. Mucho sintieron los católicos de Inglaterra esta pérdida y tan gran desgracia, porque estaban aguardando por momentos una buena nueva por pequeña que fuera para alzarse ellos allá dentro.

Habíase quedado atrás don Pedro Valdés, famoso capitán, con
f. 93 r. un galeón | en que iba el tesoro para pagar a los soldados. Salióle a recibir luego Francisco Draque, que como buen capitán no perdía punto ni ocasión, y no como el nuestro, que aunque vió mil oca-

siones nunca quiso acometer pudiendo con tanta facilidad. Ansí ahora el Draque que vió la suya, salióle a recibir con toda su armada y cercóle por todas partes, porque no se le pudiese escapar. El don Pedro Valdés, como se vió cercado, envió una fragata o esquife al Duque, a pedille que pues estaba tan cerca le volviese a favorecer por estar en manifiesto peligro. Respondióle el Duque, a quien Dios había ya cegado para que no acertase en cosa, que menos inconveniente era que se perdiese un galeón que no toda la Armada, como si no valiera más mil veces la suya que la del enemigo; sino que juzgaba a todos conforme a él. Visto tan resuelto al Duque en no querer envialle socorro, hizo un gallardo razonamiento a sus soldados y pelearon por espacio de un día natural de veinte y cuatro horas valerosísimamente como unos Césares y vendieron bien sus vidas, y en todo este tiempo no le pudieron entrar su galeón los enemigos, hasta que le tuvieron muerta casi toda su gente y él muy mal herido. Visto ya que no se podía escapar hizo echar a la mar todo lo bueno que había en el galeón y el tesoro que llevaba: dicen pasaban de cuatrocientos mil ducados, y hecho esto fué luego entrado de los enemigos el galeón. No se hallaron dentro más que quince soldados vivos y otros tantos muy mal heridos con su capitán don Pedro Valdés; | los demás habían sido muertos a balazos de los enemigos; pero dicen que confesó muchas veces el inglés Francisco Draque le costó muy caro este galeón y que le destruyó media armada, y que le mató casi la mitad de su gente, y que si como fué uno fueran cuatro le pudieran muy bien destruir toda su armada y con mucha facilidad. Y es la razón el haber sólo aquel galeón héchole tanto daño, cuatro ¿qué hicieran? f. 93 v.

Iban en esta tan famosa armada seis galeones con el que llevaba don Pedro Valdés, y temía nuestro Capitán general con todo cuanto llevaba.

Tomóle el inglés y cautivó a todos cuantos en él estaban, que fueron bien pocos, que todos eran muertos y vendieron bien sus vidas. A Don Pedro Valdés le llevaron a muy buen recado a Londres a la Reina y le mandó tratar muy bien por el rescate. Lleváronle en su mesmo galeón y salían todos los de la ciudad a velle como a cosa miraculosa, y se espantaban de su grandeza y hechura. Para perpetua memoria, me dicen quien le ha visto, le tienen en junto al puer-

to de Londres y vienen todos los del reino a velle por [su] grandeza y se espantan de velle, y no pueden acabar de creer se escaparan de tan poderosa Armada, de la cual temblaban y con razón, no sólo ellos, sino todos los herejes de Alemania.

Antes de llegar a los bancos de Flandes corrió bravísima tormen-
f. 94 r. ta y perecieron algunos | navíos y los demás los tornó la tempestad muy cerca de España, lo cual oído del Capitán general mandó que caminasen para allá y no veía la hora de verse en ella y en su casa. Visto esto por algunos de aquellos famosos capitanes le pidieron con muchas veras no lo hiciese, sino que [no] tornasen hasta emprender alguna cosa digna de memoria. Él, que no veía la hora de verse en su casa, dijo que le siguiesen los que quisiesen, y ansí lo hicieron, que le siguieron muy pocos, y los demás de la Armada se quedaron con don Alonso de Leyva y otros muchos soldados y potentísimos capitanes y famosísimos. Estos se resolvieron de no tornar en España sin hacer alguna cosa buena y hazañosa, porque lo tuvieron a infamia el tornarse sin hacer alguna cosa digna de quien ellos eran. Fuéronse por esos mares y al pasar los bancos de Flandes perecieron todos sin poderse remediar los unos a los otros; no a manos de enemigos, que si esto fuera todavía fuera algún consuelo, porque vendieran bien sus vidas, sino entre aquellas ondas del mar entre riscos y peñascos y en aquellos baxíos se veían encallar los navíos y sin poderse remediar se hundían. Otros se hendían por medio, como si fueran granadas, y luego se iban a fondo. Veíanse hundir unos a otros y no se podían favorecer. Otros quedaron encallados, que se ven hoy día cuando el mar baja; y de esta suerte pereció don Alonso de Leyva, famosísimo capitán y todos los que con él iban y todos quisieron más morir que tornarse a España las manos
f. 94 v. en el seno, como lo hizo nuestro Capitán | general.

Y de esta suerte murieron todos, no a manos de los enemigos, sino de las olas y borrascas del mar.

Fué cosa de grandísima lástima y de gran compasión ver que muriesen tantos y tan famosísimos capitanes y valerosos soldados sin valerles nada su valor ni industria para que no fuesen sorbidos todos del mar. Gran lástima y digna de ser llorada toda la vida ver perder la flor de España sin hacer cosa de consideración ni digna de memoria.

Lo restante de la Armada que trujo el Duque y Capitán general, ¡que nunca él lo fuera!, fué muy poco, y eso llegó tan maltratado y marcado que en llegando que llegó, al punto pereció casi todo.

Y este es el fin tan desastrado que tuvo aquella tan famosa Armada que hizo el Rey Católico Filipo segundo, y tan pujante y tan a costa suya y de los sus reinos y vasallos.

Cuando salió del puerto le parecía que era muy poco para ella Inglaterra, la cual apreciaban en nueve millones. Era la más pujante y poderosa que jamás se vió, porque a dicho de todo el mundo llevaba bastimento para seis meses y muchos pertrechos de guerra, todos los que eran necesarios para cualquiera ministerio, y para escalar ciudades y fortalezas, y otros muchos instrumentos (1).

Y todo se perdió por encomendárselo a un capitán que en su vida fué soldado, y ansí fué gran ceguera hacer Capitán general a un hombre | bisoño a dicho de todos, y ansí lo decía el vulgo y f. 95 r.
lo lloraba, y decía que toda esta desgracia había sucedido por haber hecho Capitán general a un hombre tímido, pusilánime y para poco, y que en su vida había hecho facción ninguna, ni buena ni mala, ni se había visto en ocasión ninguna, ni en jornada chica, ni grande se había hallado, y ¡sólo se la vengan a encomendar a este por ser Grande! Pregunto: ¿valióle algo esto, ni ser de alto linaje? No por cierto; antes lo escureció todo, porque pudiendo con mucha facilidad quitar y ganar al enemigo toda su armada, por tenerla muy dividida, no quiso, y esto con mucha facilidad; y pudiendo ganar inmortal fama y dejar a sus hijos y descendientes muy ilustres renombres y epítetos, no quiso sino dejarles nombres de cobardes, como el vulgo dice que lo fué él, y ansí le llamaban todos el Capitán general cobarde. Y si es verdad que su rey le mandó, como él dice, que no acometiese y que no pelease so pena de la vida, tampoco le mandó que huyese. Si él acometiera a la armada del enemigo, tan dividida, y la sujetara, como era cosa muy fácil de hacer, y se tornara con ella a España, pregunto: ¿mandárale el Rey Católico cortar la cabeza o hacerle mil mercedes? Claro está que se las hiciera y le honrara muchísimo y durara su fama para siempre.

---

(1) Véanse las páginas 30 y 90-92 de las *Memorias de Villacastín*, tomo I de estos *Documentos*.

Los católicos de Inglaterra no estaban aguardando sino que llegara a sus oídos cualquier buena nueva de la Armada católica para alzarse luego, porque lo deseaban infinito, porque los herejes favorecidos de la Reina los hacían cada día mil estorsiones y otras tantas vejaciones, y que con cualquiera ocasión que hallaran se levantaran y tomaran las armas, y esto es cierto, que hoy estuviera la Isla toda
f. 95 v. por los católicos y por | el rey de España, porque ganados los primeros navíos que toparon en el primer puerto, que eran los mejores y adonde estaba su capitán general Francisco Draque, todos los demás se tiene por sin duda y por cosa averiguada se rindieran sin dificultad ninguna a partido, y ansí costara muy poco trabajo o ninguno el ganar toda la armada al enemigo. Y cuando no se quisiera rendir es cierto, y en esto no hay quien dude, la podían echar toda a fondo sin resistencia ninguna, porque la Armada católica se podía muy bien comer y tragar a dos del enemigo, cuanto y más a una, y cupiera toda la armada enemiga en doce vasos de los nuestros; y el no rendirla o echarla a fondo fué muy grandísima temeridad y muy gran ceguera, y gran culpa y merecedora de un gran castigo, porque después, como se vió por experiencia, se rehizo el enemigo y juntó toda su armada, y junta tuvo ánimo y osadía para acometer a la nuestra y ponerla a manifiesto peligro, como se vió el día del bendito mártir San Lorenzo, tanto que quisieron entregar el estandarte real al enemigo si Dios no los departiera con una gran borrasca que envió. Pregunto: ¿podía venir mayor afrenta a toda España que ésta si se efetuara, y si se entregara el estandarte real al enemigo? No por cierto. Pues esto sucedió por no querer hacer al principio lo que debía hacer y lo que le aconsejaban tantos y tan famosos capitanes y tan experimentados en cosas de guerra, y suelen decir que en cosas de guerra quien pasa punto pierde mucho.

No se verán en otra tan aína ni hallarán otra tan buena ocasión. Murieron muchísimos soldados a balazos, todos muy famosos, y entre ellos el que llevaba el estandarte real, que le llevó la media ca-
f. 96 r. beza un balazo. Era un gran | caballero: llamábase don Filipe de Córdoba, mozo de grandes esperanzas, hijo heredero de don Diego de Córdoba, gran privado del Rey Católico.

Otros muchos fueron cautivos y se vieron en una gran servidumbre, porque se vieron muchísimos caballeros principalísimos pade-

cer grandísimos trabajos de hambre y sed: después de haberles hecho trabajar todo el día meterlos a la noche en una sima en cadena, teniendo por cama el duro suelo.

Todas estas desgracias sucedieron por no querer tomar tan saludables consejos como le daban el Capitán general pusilámine, al cual cegó Dios y no quiso Su Divina Majestad acertase en cosa, y le puso en el corazón tanto miedo y temor y espanto que de cualquier cosita temblaba.

Debe de ser la causa nuestros pecados. Fué una de las más bravas y desdichadas desgracias que han sucedido en España y digna de llorar toda la vida; y mucho mayor que la de Argel, la que se perdió en tiempo del invictísimo emperador Carlos quinto, rey y señor nuestro. Ha sido de manera que si bien se mira en ello desde esta desgracia hecha por un Capitán general bisoño nunca hemos tenido ventura en cosa: en todo hemos perdido y perdemos cada día, porque nos han perdido el miedo y hemos perdido toda la buena reputación de hombres belicosos que solíamos tener.

Fué cosa notable cuán en breve vino esta mala nueva, aunque primero habían venido otras nuevas, y por no ser muy ciertas ni verdaderas no eran del todo creídas, aunque tampoco se tuvieron por falsas.

Fué extraño el sentimiento que causó en toda España, y se hizo, y con razón, por esta tan triste y notable desgracia. Casi toda España se cubrió de luto, porque muy pocos hubo que no les cupiese algo dello: a unos padres, a otros hijos, a otros hermanos, a otros primos, a otros o maridos, amigos o parientes, y ansí se | cubrieron f. 96 v.
todos de luto, y todo era lloros y suspiros. No se oía otra cosa.

Maldecían todos al Capitán general pusilánime, y no se hartaban todos de echarle mil maldiciones y decían contra él muchas cosas, particularmente el vulgo que no se hartaba de decir mal de él. No sé lo que me diga. Todos le echan la culpa y pues que todos lo dicen debe de ser verdad y que no tiene ninguna disculpa. Clamaban todos contra él; túvose por cosa cierta y muy averiguada [que] el Rey Católico le mandara cortar la cabeza; mas él como rey tan pío y tan santo se lo perdonó todo, y cuando le decían algo contra él le desculpaba y tornaba por él. También se dijo que el Consejo Real le hizo un proceso y le condenaron a que pagase millón y me-

dio por la culpa que tuvo, y el Rey Católico por tenerle particular afición se lo perdonó. También le condenaron a que rescatase a su costa a don Pedro Valdés, pues pudiéndole socorrer y librar no quiso, y esto y todo le perdonó el Rey Católico.

En muchos meses todo fué lloros y suspiros en toda España: no se trataba de otra cosa. Andaban todas las gentes muy tristes y desconsoladas por sus deudos y parientes, porque o eran muertos o estaban cautivos, y ansí estaban muchos caballeros principalísimos de Toledo cautivos en Inglaterra en la mayor esclavonía [en] que jamás hombres se vieron y en la mayor miseria del mundo.

Fué cosa notable y que se notó mucho, y fué que algunos famosísimos capitanes que escaparon de los nuestros encanecieron de la mañana a la noche después de tornados acá, y con ser algunos mozos, y otros de ellos perdieron el juicio en sólo pensar en la mala
f. 97 r. maña que se dieron y | mal orden que tuvieron.

Visto por el Rey Católico tanto lloro y tristeza tuvo necesidad de mandar, y sacó premática de ello, que naide trujese luto por los que murieron en esta jornada, y dió licencia para que se pudiesen hacer fiestas y se corriesen toros, para que la gente se alegrase y regocijase, que bien menester lo habían.

Todos los Príncipes cristianos sintieron mucho esta tan gran pérdida y desgracia y todos enviaron sus embajadores al Rey Católico a darle el pésame; y el que primero fué y le envió a consolar fué nuestro pontífice Sixto quinto, que, como tan persiguidor de herejes, le llegó al alma esta pérdida y lo sintió y lloró mucho.

También se supo de cierto le pesó muchísimo al Cristanísimo rey Enrico tercero de Francia y envió a dar el pésame al Rey Católico con su embajador; y el embajador que el Rey Católico tenía en Francia escribió cómo el rey Enrico con la reina madre mandaron en toda Francia se hiciesen procesiones y se rogase a nuestro Señor diese vitoria a la Armada católica.

Todos los embajadores de los Príncipes cristianos estuvieron en esta Casa y la vieron, porque en dando su embajada luego les enviaba el Rey Católico y les convidaba a que viesen esta su Casa de San Lorenzo.

Hasta los Cantones católicos enviaron su embajada y ofrecieron al Rey sus personas y que le servirían con muchas veras.

Este es el fin tan desdichado que tuvo tanto aparato de guerra y tanto navío, y todo se perdió sin hacer facción buena ni cosa de momento; que parecía que bastaba esta Armada para asolar a todo el mundo, y cierto que si ella cayera en otras manos que era bastantísima.

Son muy profundos los juicios de Dios y no los pueden los hombres comprender. Su Majestad sabe lo mejor, y pues Él la destruyó y anegó yendo a hacer su causa, no hay sino darle gracias por ello, porque si Su Majestad quisiera no se anegara como se anegó. | Débenos de cumplir a todos esto y que nos quiere Su Majestad llevar por este camino. f. 97 v.

Enterado el Rey Católico en todo el suceso de la pérdida de su Armada, envió a consolar a su gran privado don Diego de Córdoba de la muerte de su hijo tan amado y querido, que lo sintió tiernísimamente por no tener más que aquél y quien le había de heredar. Hizo luego merced el Rey al marqués del Carpio, hijo mayor del don Diego de Córdoba, de la llave dorada, que es hacerle caballero de la cámara del rey, oficio de mucha confianza y de mucha estima, y que es cosa que se tiene en mucho en este tiempo ser de la cámara del rey. Al don Diego de Córdoba le dió grandes ayudas de costa.

Luego que supo de la pérdida de don Alonso de Leyva envió a su mujer también a consolarla y la dió grandes ayudas de costa, y a un niño que tenía de seis o siete años le hizo merced de la encomienda que tenía su padre, hecho verdaderamente de gran Príncipe. Fué cosa muy justa que el Rey Católico usase de su magnanimidad con una señora tan afligida como esta y la consolase de la muerte de su marido por le haber servido tan bien y haber sido tan gran ministro suyo; y con esto cumplió con todo el mundo y con su oficio de rey, pues es suyo de premiar a los que bien le sirven, y esto muy bien lo hizo el don Alonso y siempre que fué menester arriesgar la vida por su ley y por su rey no fué perezoso ni de los postreros, y ansí ahora no se quiso tornar sin hacer alguna cosa digna de memoria o morir en la demanda, como murió, y con esto dejó de sí eterna memoria que durará para siempre.

CAPÍTULO VI

1588

[1. Pasan Felipe II y sus hijos la Semana Santa en San Lorenzo el Real.—2. Capítulo general de la Orden de San Jerónimo.—3. Fiesta del Corpus.—4. Veraneo de las personas reales en San Lorenzo: distracciones y cacerías.—5. Llegan estatuas, reliquias y otros adornos de la Fábrica.—6. Prematica de las cortesías.—7. Relación de la sentencia, falsas llagas y milagros fingidos de Sor María de la Visitación, *la monja de Portugal*.—8. Es nombrado don Juan Fernández Vadillo obispo de Cuenca.—9. Nuevas obras en la Fábrica.—10. Ida del Rey Católico a Madrid.]

f. 80 v. 1.—Andaba muy ocupado el Rey Católico y sus ministros en poner una muy poderosa armada y un muy lucido exército, tal cual jamás en España se había hecho ni visto, ni los nacidos tal habían oído.

Mandó el Rey Católico bajar los Tercios de Nápoles y Sicilia con sus galeras que allí hay, y en estas ocupaciones se le llegó al Rey Católico el tiempo de venirse a recoger a su Casa de San Lorenzo por ser ya cerca de la Semana Santa.

Venía con gana de ver el claustro real acabado y en la perfección que ahora está y le vemos, y losado, con los capítulos.

La librería estaba ya en su lugar puesta, que es encima de la que ahora hay, tan famosa que dudo yo haya mejor cosa en el mundo. Todo lo anduvo el buen Rey por veces y no se hartaba de vello.

El día de Ramos y toda la Semana Santa asistió a los oficios divinos con sus hijos y hizo las demás cosas que queda dicho hacía otros años. Lo mismo el día de Resurrección, y comió en el refitorio con sus frailes.

Pasada la Pascua se acercaba el tiempo del Capítulo general que sus frailes habían de celebrar por ser éste año de mil y quinientos y

ochenta y ocho, y por lo mesmo muy notable por muchas razones, y sea una de ellas esta.

2.—El Rey | Católico, como siempre se esmerase en hacer mercedes y favores a esta Orden y en particular al prior de esta su Casa (1), mandóle dar todos los recados necesarios para que se fuese y presidiese en él como obispo y en su lugar, porque no sabía negarle cosa y ansí se hizo todo. f. 81 r.

Luego aprestó el Rey Católico su ida para Aranjuez por holgarse allí algunos días por ser muy buena recreación para el mes de abril mientras no entra el calor y grandes soles. Es lugar muy caluroso y la mejor y más amena recreación que tiene Príncipe en el mundo, donde se hallará todo cuanto se puede desear para la vida humana: es un retrato del paraíso terrenal (2).

Salió el prior de esta Casa tras el Rey Católico a su Capítulo general que se acercaba ya, y el Rey le mandó dar grandes recados y poderes por no saberle negar cosa ninguna por dificultosa que fuese, como había cobrado de él tanta satisfacción, y el Rey Católico se partió para su Aranjuez, y le mandó que le avisase de todo, como se hizo.

El prior de San Lorenzo informó al | Rey Católico de todo cuanto había pasado en Capítulo general y cuanto con él usaron y cuán malos términos y miramientos y cuánto les había pesado de que su Majestad le honrase tanto y cuán mal lo hicieron, y que disimuló por no dar con todo al traste y por no castigarlo como ello merecía; lo cual oído del Rey Católico se confirmó bien en tener de él tanta confianza como tenía, y se acabó de enterar de que era hombre de gran valor y mucho pecho y de muy gran juicio, y ansí disimuló visto que ya no había remedio por entonces. f. 82 v.

---

(1) Era prior fray Miguel de Alaejos, muy apreciado del Rey Prudente, hombre de singular entereza.

(2) En el relato de las admirables y útiles obras que España debe a Felipe II, escribe así D. Luis Zapata en su curiosa *Miscelánea:* «Por su industria y mandado se truxeron avestruces a Aranjuez, donde crían como gallinas o patos estas peregrinas aves extrañas. Mas, ¿qué digo de estas particularidades? Hechura suya es todo Aranjuez, la más alta, la más amena, la más admirable y singular cosa del mundo; traza del paraíso terrenal, donde están juntas cuantas plantas, árboles y yerbas, fuentes, lagos, animales, aves y pescados que en diversas partes en todo el mundo hay.» *Memorial histórico español*, XI, páginas 358-59.

Otros dicen que le riñó el Rey Católico, y que le dixo había andado muy remiso, y que no los había de llevar con tanta blandura; a lo cual respondió el buen prior: «Nunca Dios quiera, señor, que se diga de mí [que] yo revolví la Orden de San Jerónimo; y por esta ocasión disimulé y pasé con ello y aun con todo. Eso decían: que me quería alzar con ella». Tornóle todos los recados que le había dado y el buleto para la elección del prior de esta su Casa para que su Majestad le enviase a Roma, que tenía necesidad de enmendarse en algunas cosas que allí iban apuntadas, y con esto se despidió de él.

f. 84 r. 3.—Este año se celebró en esta Casa de San Lorenzo el Real la fiesta del Corpus Christi muy altamente. Pusieron los altares adonde había de estar el Santísimo Sacramento muy ricamente aderezados. Fué mucho de ver. Hubo una danza de los niños seminarios y representaron a cada estación muy bien. Hubo mucho villancico y mucho canto de órgano; llevaba el Rey Católico con su hijo el Príncipe con los grandes de su corte las varas del paño del Santísimo Sacramento. Iba allí también la serenísima Infanta con todas sus damas. Sonaban muy bien los ministriles de la Capilla Real que atronaban la iglesia, las cornetas y bajones y sacabuches. Era un retrato al vivo del cielo. A la tarde hubo una muy buena comedia (1).

4.—Lo demás del verano gastó el Rey Católico en holgarse y irse a caza. Un día mandó que le encerrasen un puerco jabalí; y hacen de lienzos un gran cerco y el puerco piensa es pared aquella y
f. 84 v. no se atreve a llegar. El Rey entra y los | demás dentro del coso; el Rey con sus hijos en su carroza y los demás en caballos, y como le acosan tan bravamente arremete a vengarse al conde de Fuensalida; arremetió y le medio mató el caballo, que de una colmillada le echó las tripas fuera, y el Conde sinó le favorecieran peligrara. Al fin le mataron. Vianlo los frailes desde las ventanas de la torre de la celda del prior.

Pero no por esto dejaba el Rey Católico desde aquí [de] acudir al gobierno de sus reinos.

---

(1) Obsérvese que todo cuanto aquí dice el P. Sepúlveda de la fiesta del Corpus es repetición, con leves variantes, de lo que queda apuntado en el número 8 del capítulo IV, referente al año de 1587. Bien es verdad que es muy probable, o casi seguro, que se repitiera todos los años la misma manera de celebrar la festividad.

5.—En este verano trujeron los cuatro Dotores de bronce dorado para ponerlos en el altar mayor, hechos por el famoso Pompeio, único hombre en este arte; creo es romano de nación. Es grande oficial, y ansí el Rey | le quiere mucho y le tiene encomendadas haga f. 85 r.
él todas las figuras que ha de haber en el altar mayor, que son muchas, y las de las personas reales, que es una gran cosa estas figuras. Mandó luego el Rey Católico que se pusiesen en sus lugares y quiso estar a verlas poner. No se puede creer el cuidado que tenía en muchas cosas y todas gravísimas, y que la menor de ellas requería un hombre solo y particular y con todo él solo acudía a tantas, y con tantos achaques, donde se puede decir asistía en él el espíritu del Señor porque de otra suerte no fuera posible un hombre solo y con tantas enfermedades acudir a tantas cosas.

Mandó traer de Madrid muchos reliquarios que supo estaban ya acabados, porque en aquella villa tenía muchos plateros ocupados en esto, y como Rey tan prudente nunca quiso que fuesen de plata, ni de oro, sino de metal dorado y plateado y bronce. Mandólos traer al guardajoyas y poner sus reliquias, y a todo estuvo presente. Mandólas llevar a poner a los altares colaterales con las que allí había, y él las puso por el orden que ahora están, porque en esto no quiso perder punto y lo compuso todo y cuál reliquia había de estar junto a cuál. Hasta en esto se esmeró mucho este cristianísimo Príncipe, que no parece sino que tenía espíritu profético según lo ponía todo con tanto concierto y tan acordado, que mirado con atención todo está lleno de misterios y de grandísimas consideraciones. No perdía punto en nada; es cosa que admira ver con el cuidado y solicitud que andaba y procuraba todas las cosas del culto divino, que parecía que sólo se había criado para esto, según era | único en ello (1). f. 85 v.

6.—Con tantas cosas como estaban represadas, por suceder casi todas en unos mesmos días, y con el grande ruido que había de la gente de guerra y grande armada y poderoso exército que el Rey Católico tenía, como contaremos en el capítulo que se sigue (2), por

---

(1) Parte de lo contenido en este número es repetición de lo que escrito queda en el número 6 del capítulo IV.

(2) Véase el capítulo anterior, donde he puesto la relación de la Armada Invencible para no interrumpir otros hechos más menudos del mismo tiempo.

ser tan famosa cosa, se me había olvidado de contar cómo al principio de este trienio el Rey Católico con los de su Consejo, sacó una premática muy discreta acerca de las cortesías y cómo se había de poner e intitular cada uno en las cartas, y que se guardase inviolablemente en todas partes; y cierto fué cosa muy acertada y muy discreta mandar esto, porque andaba ya esto muy estragado, y ansí el Rey Católico y sus Consejos y consejeros lo miraron con mucha consideración y grande acuerdo, y fué cosa muy acertada y digna de gran ponderación, y de que todos la guarden, como se guarda, y el que mejor lo guarda es el mesmo Rey (1).

f. 104 v. 7.—En estos días sucedió acá en España una cosa muy notable, y fué que en la ciudad de Lisboa había un monasterio de monjas de la Orden del glorioso Santo Domingo, entre otros muchos que aquella opulentísima ciudad tiene. Había, pues, en esta ciudad y en este monasterio una monja que a la sazón era priora, que fingía gran santidad y decía que tenía las llagas de Jesucristo nuestro Señor y Redentor en los pies y manos y costado, y que los viernes particularmente sentía grandísimo dolor más que los otros días, y se le aparecía estos días Cristo crucificado y la manaba sangre de las llagas todos los viernes. Teníanla en todo aquel reino de Portugal y en toda España, que ya estaba divulgada por toda ella, por santa, y no se trataba de otra cosa sino de su santidad. Traíanla pintada mu-
f. 105 r. chos con sus llagas, y ella daba unos pañitos de | la sangre, y de ella hacía y pintaba unas llagas, y a sí mesma pintada la traían por reliquia, y muchos traían ya estos pañitos y su imagen por cosa caída del cielo y divina, y la predicaban los predicadores en los púlpitos, y en esta Casa de San Lorenzo el Real la oimos predicar por tal delante del Rey Católico y de otra mucha gente; y había algunos frailes que traían la monja de Portugal pintada con sus llagas y pañitos como ella los daba.

Duró esto muchos años, hasta que algunas monjas mirando en ello con mucha curiosidad, particularmente algunas monjas anti-

---

(1) La Premática fué dada en San Lorenzo a ocho de octubre de 1586 (y de nuevo mandada guardar en 1593), después de prolijas y debatidas consultas con hombres insignes por su saber y prudencia. Algún noble tuvo que lamentar severo castigo por burlarse y contravenir a lo en ella mandado.

guas, de su mesmo monesterio, la andaban espiando y mirando muy de propósito y en su celda la hicieron algunas rendijas para desde allí mirar lo que hacía dentro; y mirando por estas rendijas hallaron que hacía un betún y que se untaba con él las manos y pies y costado, y lo mesmo hacía a los pañitos que daba, y ansí vieron que aquellas no eran verdaderas llagas, como ella decía, sino fingidas y postizas.

Al principio que lo vieron estas monjas aun ellas mesmas no lo podían creer, y no fiándose de sí mesmas llamaron a otras para que lo viesen, y ansí por aquellos resquicios lo vieron muchas veces. Satisfechas ya todas ellas y enteradas de que no eran estas llagas verdaderas y comunicando este negocio entre ellas unas con otras, determinaron de querellar de ella al Santo Oficio. Querelláronse, y tenía ya cobrado tanto nombre de santa y tenía tanta fama de que lo era, que no lo creían sino que decían que era pasión que tenían contra aquella santa, y muchos hombres doctos decían esto públicamente y la defendían en público y en secreto, y sobre esto había muchas barajas.

Llamáronla los señores inquisidores, estando delante el Inquisidor mayor, el cual era el Príncipe y Cardenal, | y negó y dijo que f. 105 v.
era maldad y pasión que con ella se tenía y grande envidia. Mostró allí delante todos sus llagas y decía a voces que las mirasen bien y que verían cómo era imposible lo que de ella y de ellas decían y que no eran fingidas. Mandaron los señores inquisidores traer un paño muy áspero, y mojado en agua caliente le mandaron estregar un poco, y estaba tan pegado el diablo del betún que no había remedio de quitarlo, antes parecía que con tanto llamamiento y fricación como hacían provocaban a la sangre a las llagas. Ella viendo que si duraba mucho la fricación había de ser descubierta su maraña, empezó a llorar y a dar grandes suspiros y hacía grandes exclamaciones; pero tal la iba en ello.

Decía que era vehementísimo el dolor que la hacían padecer en aquellas santas llagas que su esposo Jesucristo le había dado, y que si no fueran verdaderas ya se hubieran quitado, y que se compadeciesen de ella y del gran dolor que padecía. Los inquisidores, como la veían llorar de tan buena gana y a lágrima viva, como dicen, mandaron que la dejasen, más importunados y requeridos de los circuns-

tantes, que les pidieron con muchas veras pasase adelante la fricación por espacio siquiera de un cuarto de hora, y que ellos sabían de cierto que se quitarían, hízose ansí, y como dieron tanto en ello y hicieron tanta fricación se vinieron a quitar las llagas de las manos. Lo mismo hicieron las de los pies y costado, y allí delante de todos fué convencida de que no eran llagas verdaderas como ella había hecho en creyente a todo el mundo que lo eran. Echaron mano de ella los señores inquisidores y metiéronla en una cárcel y allí estuvo muchos días mientras se veía más de espacio su negocio.

f. 106 r. Tenía muchos hombres muy graves esta monja | que a los principios volvían por ella y ensalzaban su santidad, y no acababan de alabarla, y entre ellos el que más se esmeró fué el muy reverendo padre fray Luis de Granada, fraile de su mesma Orden, y gran letrado, y gran púlpito y hombre muy espiritual, de lo cual son buenos testigos todas sus obras de que toda la Iglesia Católica goza con mucho aprovechamiento de los que las leen. Pues visto esto por este gran padre y que esta mujer le hubiese traído tantos años engañado y hubiese sido su confesor, y ver que hubiese gastado tanto tiempo en componer un libro en loores de esta su monja (1) y que todo hubiese sido patraña y apariencias fingidas, corrióse tanto y sintiólo de manera que de puro corrido de verse engañado de una mujer le dió tan brava melancolía y tan grande tristeza que dentro de muy breves días murió, antes que se acabase de determinar la causa de su monja (2); la cual, después de haberla tenido muchos días presa y recogida y convencida, ella confesó su culpa y pidió misericordia.

---

(1) El libro de fray Luis de Granada de que habla el P. Sepúlveda, se guarda en la biblioteca de este Real Monasterio (*J. II. 14.*) Tiene 121 folios escritos, y algunos más al principio y al fin en blanco. Fué escrito hacia 1586, o tal vez en 1587, pues esta fecha aparece de la misma letra que el resto del manuscrito al margen del relato de una de las pretendidas visiones de Sor María de la Visitación, narrada en el folio 108 vuelto.

Otras obras referentes a esta famosa embaidora pueden verse en Menéndez y Pelayo—*Historia de los Heterodoxos españoles*, tomo II (Madrid, 1880), páginas 536-38.

(2) No es exacta esta afirmación: Fray Luis de Granada murió en 31 de diciembre de 1588, y el 7 de noviembre de este mismo año, como se verá más adelante, fué dada sentencia condenatoria de los embelecos y supercherías de la priora de la Anunciada.

Las mismas causas que el P. Sepúlveda da D. Luis Zapata de la muerte del

Confesó ella mesma de plano que las llagas eran fingidas, como ellos habían visto; que se las hacía con cierto betún, y que esto lo había hecho y fingía tanta santidad por ser solamente tenida y adorada por santa, y para que de esta manera fuese creída en lo que dijese.

También dicen confesó que fué inducida de algunos para que fingiese tanta santidad y estas llagas para que persuadiese a todos se podían alzar contra el Rey Católico por no ser su rey sino don Antonio, y que para esto tenía revelación de Dios, y que sólo estaba esperando que se divulgase bien su santidad para escribir una carta al Rey Católico para decille que mirase que estaba en mal estado y que no podía tener aquel reino que no era | suyo, y que se le de- f. 106 v.
jase a cuyo era, y mirase que para decille esto tenía revelación del cielo.

Todo esto confesó y de ello pidió misericordia con muchas lágrimas y gemidos. Llamáronla muchas veces los señores inquisidores y la hicieron muchísimas preguntas, y a todas respondió con mucha sinceridad y llaneza; de donde coligieron los señores inquisidores no tenía demonio familiar, como de ella se sospechaba, ni tampoco tenía herejía, ni cosa que sonase mal, ni en contra de lo que tiene y confiesa la Santa Madre Iglesia Romana.

Sacáronla al primer auto que hicieron de Inquisición al tablado con una vela encendida. Leyóse allí públicamente su proceso, y la sentencia fué, que atento que había fingido tanto tiempo tanta santidad y haber hecho fingidas las llagas que decía que le había dado Jesucristo nuestro Señor, y haber tenido engañado el mundo con estas falsas apariencias sólo por ser tenida y adorada, y con esto haber hecho idolatrar a muchos, la sentenciaban a que no pudiese ser para siempre jamás perlada y que perdiese la antigüedad, de manera que todas cuantas monjas se hallasen profesas en su casa fuesen más antiguas que ella; que estuviese siete meses encerrada las horas vacativas, y que guardase perpetuo silencio cuatro años, y en ellos no comulgase sino era con licencia de los inquisidores, y los viernes

---

P. Granada. «Engañó (la priora)—escribe—a su confesor fray Luis de Granada, al cual le costó la vida el desengaño, que murió de corrido y avergonzado, desde que lo que él tenía por oro fino pareció ser alquimia falsa». *Miscelánea* en *Memorial histórico español*, Madrid, 1859, t. XI, página 72.

ayunase a pan y agua; y porque no se le pudo probar que tuviese ningún error ni cosa mal sonante no le echaron sambenito.

Fué un grande espectáculo éste y dió un estallido por toda España, y aun creo que en todo el mundo. Espantábanse todos. Fué cosa muy notable y de las más notables que han sucedido en España muchos años ha, y aun creo que en todo el universo no ha sucedido semejante caso.

Luego se divulgó por toda España y se imprimió su sentencia,
f. 107 r. y yo la he leído de | molde en esta Casa de San Lorenzo, y de allí la saqué y la puse como allí estaba (1).

Ella salió muy llorosa al tablado y con grandes suspiros y sollozos. Estuvo allí todo el tiempo que duró el auto muy triste y no alzó los ojos.

Dicen que todo el tiempo que vivió después de esta desgracia

---

(1) La sentencia, que difiere en algunos puntos de lo que afirma el P. Sepúlveda, la copio a continuación. Dice así:

«Sentencia.

Condenamos a la dicha María de la Visitación en privación del cargo de priora del dicho monasterio de la Anunciada, y de voz activa y pasiva, para que perpetuamente no pueda servir cargo alguno en la religión, aunque sean de los que se proveen por elección, y que le sea quitado el velo negro de la profesión, y pierda su antigüedad para que siempre sea precedida de todas las religiosas del dicho monasterio donde estuviere. Y la condenamos a cárcel perpetua en un monasterio de religiosas de su orden, fuera de la ciudad de Lisboa, que por nos les será señalado. La cual cárcel tendrá en una celda u aposento que le será señalado, del cual no saldrá sino a oir la misa del día, los miércoles y viernes de cada semana al capítulo, para que en ella reciba una disciplina, que durará mientras se dijere un salmo de *Miserere mei Deus*, y los mismos días ayunará a pan y agua, y comerá en refitorio en tierra, haciendo a la entrada y salida las postraciones acostumbradas en la orden, para que pasen las otras religiosas por cima de ella. Y lo que quedare de su comida no se junte con lo de las otras; y no reciba cartas ni visitas por sí ni por interpósitas personas, ni hablará con más religiosas que aquellas que la priora le nombrare y fueren nescesarias para su consolación.

Y teniendo respeto al tiempo que indebidamente comulgó, recibiendo el Santísimo Sacramento, mandamos que los primeros cinco años de su reclusión y cárcel no lo reciba sino por las Pascuas de Resurrección, Pentecostés y Navidad, o habiendo en el dicho tiempo algún jubileo general del Santo Padre, o estando en el artículo de la muerte; y pasados los cinco años podrá comulgar solamente las veces que conforme a sus constituciones comulgan las otras religiosas de su orden.

vivió muy recoxida y muy devota, y que jamás la vieron el rostro alegre, sino siempre fué llorar y gemir su desventura y que vivió bien poco tiempo; ¡tánto como esto puede una tristeza! Murió muy bien y muy puesta con Dios.

Y este fin tuvo esta monja de Portugal que tanto nombre de santa había tenido y ella había tan bien fingido. Dios nos tenga de su mano y no nos dexe, porque si Su Majestad nos deja tendremos [caída?] y harto grande. Él se apiade de nosotros.

8.—Entretenido en contar este caso de esta monja de Portugal y f. 113 v.
de cómo se metió en él la Inquisición (1), por ser cosas muy gustosas, no he dicho otras cosas que sucedieron en estos días.

Y la primera sea que en estos días se decía por muy cierto el Rey Católico daba un obispado al prior de su Casa de San Lorenzo, a quien él quería tanto y por la mucha satisfacción y mucha confianza que de él tenía y a quien él no sabía negar nada; y él no le quiso y se excusó con muy buenas palabras y le dijo: «Suplico

---

Asimismo mandamos que un retrato de la dicha María de la Visitación en que estaba pintada con las llagas en el capítulo del dicho monasterio, se quite y borre de manera que parezca que nunca allí estuvo, y que lo mismo se haga en todas las partes donde estuviere su retrato con las llagas, y se recojan todos los libros y papeles que de ella tratan, así impresos como de mano, y los autos que se hicieron de los milagros que se entendía que hacía, y se entreguen en el Santo Oficio, y los paños de las llagas y cruces que daba con las mismas señales, y cualesquiera otras piezas que daba como reliquias; y en los lugares donde no residiere Inquisición se entregarán las dichas cosas a los prelados o a las personas que ellos para este efecto diputaren, para lo cual se expedirán las provisiones necesarias.

Dada en Lisboa a siete días del mes de noviembre de mil quinientos y ochenta y ocho años. Mateo Pereira lo suscribió. El Cardenal Arzobispo de Lisboa. El Obispo de la Guardia. Fray Agustín, electo de Praga. Paulo Alfonso. Jorge Serrano. Antonio de Mendoza. Diego de Sosa. Lope Xuárez de Alberguería. Fray Diego Ramírez. Fray Juan de las Cuevas.»

Miscelánea, de Zapata, en *Memorial histórico español*. Madrid, 1859, t. XI, páginas 73-75.

(1) Desde el folio 107 v. al 113 r. narra el P. Sepúlveda los trabajos y ardides del falso nuncio de Portugal, Juan Pérez de Saavedra, para introducir la Inquisición en aquel reino, copiando la novelesca historia que de sus cosas y hechos tejió aquel problemático personaje. No la traslado por haberla impreso, aunque algo diferente, D. Manuel Serrano y Sanz. N. B. de AA. EE. *Autobiografías y Memorias*, Madrid, Bailly-Bailliére e Hijos, 1905, páginas LXXIX-LXXXVI.

Véanse también allí otros estudios referentes a este asunto.

a V. M. sea servido de si alguna merced me ha de hacer V. M. se la haga a un deudo mío, el cual es canónigo de Palencia.» Este canónigo era un hombre de poco nombre; había que era canónigo treinta años y era hombre de ochenta. Pues a este dieron cédula del obispado de Cuenca (1), la mejor cosa que se provee en toda España. Espantóse todo el mundo de que a este canónigo diesen tal cosa del primer voleo, y ansí parece es verdad lo que se decía que el prior no le quiso y por esto se le dieron a su pariente y él mesmo le envió la cédula del obispado al canónigo, el cual vino luego a esta Casa de San Lorenzo y se vió con el prior de ella, y de aquí pasó a tomar posesión de su obispado sin estar consagrado, que todo esto arguye ser verdad que se le daban a él y que él se le dió a su deudo. Yo aseguro que se hallen en estos días muy pocos que hagan esto.

f. 98 v. 9.—Al Rey Católico le vino la nueva de la pérdida de su Armada (2) en esta su Casa de San Lorenzo haciendo dar mucha prisa en las obras de ella.

Trujéronse las figuras que faltaban en el altar mayor y se pusieron en sus lugares con los tableros y cuadros que pintó Peregrino y se quitaron los de Federico.

También se pusieron a los lados del altar mayor, en sus lugares, las figuras de las personas reales, de hieso, dorados, con las armas reales pintadas encima, y estaban tan buenos que no parecían sino de lo que ahora son y pudieran muy bien pasar según estaban de buenos, pero no fué más que de prestado hasta que acabasen los que habían de estar de bronce y piedras que hacían tan famosos.

10.—El Rey Católico no se quiso ir de aquí hasta pasada la fiesta de Todos Santos, que esta era su ordinaria estancia: desde Pascua de Resurrección hasta Todos Santos, cosa que los criados del Rey lo
f. 99 r. llevaban muy mal, y no lo podían | tolerar ni llevar en paciencia faltar tanto de sus casas.

---

(1) Llamábase este pariente del P. Miguel de Alaejos D. Juan Fernández Vadillo y rigió el obispado de Cuenca desde 1587 al 1595, en que murió.

(2) Anteriormente a este párrafo está la relación de la *Invencible*, copiada en el capítulo precedente para no interrumpir el relato de otros sucesos de este mismo año de 1588.

CAPÍTULO VII

1589

[1.—Pasan Felipe II y sus hijos la Semana Santa en este Monasterio.—2. Conviértese a la Fe católica un judío y es bautizado en la Villa de El Escorial.—3. Continúan las obras de la Fábrica.—4. Es nombrado Capitán general don Fernando Alvarez de Toledo, hijo del duque de Alba.—5. Llega a esta Casa un embajador de Sixto V.—6. Estudios, educación y crianza del príncipe don Felipe.—7. Otros particulares de la real familia.—8. Cásase en San Lorenzo el Real la duquesa de Aveiro, noble portuguesa.—9. Visitan este Monasterio don Andrés de Bovadilla y Cabrera, arzobispo de Zaragoza, y el cardenal don Juan de Mendoza.—10. Muerte desastrada y cruel de un sobrino del doctor Navarro de Azpilcueta, por orden de Sixto V.—11. Condena la Inquisición de Toledo a Miguel de Piédrola, *el santo Profeta*.—12. Vuelta de la familia real a Madrid.]

1.—Mientras en Roma nuestro Pontífice estaba ocupado en las cosas que hemos dicho y el Rey Católico en componer la casa a su hijo, se llegaba ya cerca de la Semana Santa y ansí el Rey Católico se vino a recoger a esta su santa Casa de San Lorenzo, y llegó un día antes del domingo de Ramos. f. 56 r.

El domingo | estuvo el Rey en la procesión, y cada año da cantidad de palmas al convento, las cuales le presenta la santa iglesia de Toledo, y él las manda entregar al convento. Luego lleva el mesmo Rey Católico su palma aquel día en la procesión y lo mesmo su hijo el Príncipe y la señora Infanta con los demás caballeros de la Cámara. En todos los oficios divinos de este día estuvo el buen Rey, y en las Tinieblas de los tres días en el coro. f. 56 v.

Lavó los pies a doce pobres el Jueves santo en el mandato que les hace y dales una muy grande comida y los sirve el mesmo Rey a la mesa y les mete la comida en unos grandes esportones y se la llevan para sus casas y les dan ocho varas de paño para que se vistan

y una bolsa con tantos reales. Besa los pies a los pobres cuando se los lava.

El Sábado santo estuvo en los maitines de la santísima Resurrección, que por su respecto se dicen a primera noche. Estuvo en el coro en ellos y el mesmo día comió en el refitorio con los frailes y les envió platos como solía. No quiso salir de aquí ni salió de esta vez hasta después de Todos Santos.

A trece días de abril se dijo una misa del Espíritu Santo, muy solene, y en ella salió el Príncipe a ofrecer otros tantos escudos como tenía de años, por haber nacido en tal día, y esto mesmo se hace todos los años que se halla en esta Casa este día.

A veinte y uno de mayo se celebra la fiesta de la natividad del Rey Católico, y en la misa salió a ofrecer tantos escudos como tiene
f. 57 r. de años. Saliéronle acompañando sus dos hijos: el | Príncipe y la serenísima Infanta.

2.—Estos días se convirtió a nuestra santa Fee Católica un gran
f. 87 r. judío y gran rabbí y letrado en su | ley, y muy principal y hombre que mandaba muchísimo dinero; y el Rey Católico por todo esto le quería y tenía voluntad. Quísose bauptizar y ser cristiano, y el Rey Católico con la serenísima Infanta fueron sus padrinos. Bautizóse en la Iglesia del Escurial. Hubo aquel día un grande acompañamiento. Bauptizóle García de Loaísa y él se llamó don Pablo, y por ser tan grande letrado le honró tanto el Rey Católico con sus hijos y con toda su corte y él anduvo aquí muchos días negociando esto. Dicen es hombre muy rico y de gran dinero, y esto debe ser la causa que siempre anda tras la corte, o la corte tras él, que como le han olido que tiene tanto dinero no le dejan sosegar en su casa, y así anda tras el Rey.

3.—En estos días se acabaron de poner en la perfección que ahora están la fuente del claustro principal con los cuatro estanquillos que tiene a los lados, con el estanque grande de la huerta; y la huerta se iba plantando de árboles y se señalaron las calles y se iba poniendo como ahora está, por estar ya de todo punto acabada la cerca de la huerta.

La librería principal se acababa de pintar, y fué lo último y con esto no había más que hacer ya en esta Casa para estar de todo punto en la perfección que el Rey Católico deseaba.

En estos días andaban poniendo las armas reales, que hoy vemos, f. 117 v.
tan famosas, hechas por el mesmo oficial que hizo la custodia, y son
tan lindas y costosas y están tan acabadas | que no se puede desear f. 118 r.
en el mundo cosa semejante.

4.—En los negocios de la guerra había mucho tráfago, pero todo era aspaviento. Hicieron Capitán general a don Fernando de Toledo, Gran Prior de San Juan, hijo del gran duque de Alba, y que anduvo muchos años en la escuela de su padre en las guerras de Alemania y Flandes, y ansí dicen es gran soldado y aprendió mucho como tuvo tan gran maestro.

En estos días estuvo en esta Casa el Almirante de Castilla, y en estos dares y tomares que había[n] de hacer Capitán general que venía a hablar al Rey. Dicen que él y otros Grandes pedían que no convenía que quitasen el oficio de Capitán general al duque de Medinasidonia y que convenía así a la honra de todos los Grandes; pero como estaba ya proveído en el Prior de San Juan no hubo efecto su demanda, cuanto y más que se decía que el duque de Medinasidonia vino tan escarmentado y tan trabajado y se vió en tanto peligro en la pasada, que escribió al Rey [y] a sus privados con grandes veras y mucho encarecimiento su Majestad se sirviese de encomendar a otro aquel oficio por hallarse él indigno para hacerle y alegando otras muchas cosas que le movían a ello, y el Rey lo hizo por darle gusto y contento, porque nunca supo negarle cosa.

5.—En los mesmos días estuvo en esta Casa un legado que enviaba desde Roma el papa Sixto V al Rey Católico, a que tratase con él cosas gravísimas y a darle el pésame de la Armada perdida y cuánto le había pesado a él y a todo el Colegio de los cardenales de tan gran pérdida. Habló con el Rey y dióle la embajada que traía de parte del Pontífice. Tiénese por cierto era en cosas de Francia y qué orden darían cómo se redujese a mejor forma. El legado,
vista muy bien esta Casa | y despachado ya del Rey Católico, iba f. 118 v.
muy agradecido de la merced y regalo que en esta Casa se le hizo.

6.—En estos días (1) traían al Príncipe muy ocupado: enseñában-

---

(1) Acerca de los estudios y ocupaciones del príncipe don Felipe, escribe en otra parte el P. Sepúlveda: «Ya en estos días enseñaban a subir a caballo

le a andar a caballo y a tirar con arcabuz y con jara a los venados, y ansí salía cada día por las tardes después de haber dado su lección de gramática y ésta no había[n de] perdonársela por mañana y tarde, y en ella daba muestra de su raro ingenio, y ansi cuanto le enseñaban aprendía y con tanta brevedad que espantaba. Estudiaban con él todos sus meninos y cada día había premios para quien mejor lo hiciese, y siempre se aventajaba nuestro Príncipe (1).

---

al Príncipe y lo llevaban por esos campos a que tirase con arcabuz, y tiraba cada día y siempre mataba algo, y ansi venía aquí muy contento y con mucho gusto, más que en otra parte. También le hacían estudiar y estudiaba con los demás meninos y le tomaban cuenta de sus lecciones, y de todo daba muy buena razón, y en todas cuantas cosas le impusieron salió con ellas y dió muestras de su muy delicado y claro ingenio, con lo cual no dejaban de vivir todos muy contentos y alegres (fol. 99 r.).»

Cabrera de Córdoba—*Felipe II*, III, 204—cuenta un caso que demuestra la facilidad con que retenía el Príncipe lo que aprendía.

Matías de Novoa—*Memorias*, págs. 28-29—habla y no acaba de las disposiciones universales de Felipe III, para toda clase de ciencias y artes.

El licenciado Juan García, en los libros que se citan en la nota siguiente, después de ponderar tan enfáticamente como acostumbra los grandes progresos del Príncipe en el estudio de la gramática, exclama: «*¡O divinam mentem! ¡O iudicium in tali aetate mirandum! O clarissimum puerum, virtutis assertorem acerrimum, literarum vindicem certissimum, dignum qui ab omnibus ameris, quique ab omnibus expetaris*, etc.»

No obstante estos elogios, parece que hemos de tener por más cercano a la realidad el retrato que del aprovechamiento del hijo de Felipe II nos dejó el anónimo adicionador de Malvezzi. Dice así al tratar de los estudios de Felipe III: «Aplicáronle su ayo y maestro a que aprendiese la grammática, jugar las armas y andar a caballo, haciendo también le leyesen diferentes historias, por modo de diversión; discurriendo sobre estos principios acomodarle insensiblemente a que entrase a aprender Filosofía y Matemática; y aunque en ello se puso el mayor cuidado, manifestó únicamente afición a andar a caballo y a la caza; bien que sabiendo era gusto de su padre (de quien fué obediente en alto grado, como [lo] explicará lo que referiré después) no repugnó a atarearse a cuanto le enseñaban, más viendo iba contra su genio, y que sólo lo executaba por sacrificar su voluntad a la obediencia, *como lo acreditaba el poco fruto que su incesante aplicación producía*, se contentaron con no pasar de los principios...» *Adicciones a la Historia del Marqués Virgilio Malvezzi*, en *Memorias para la Historia de Don Felipe III, rey de España. Recogidas por Don Juan Yañez*, pág. 134. Madrid, 1723.

(1) Los actos literarios del príncipe don Felipe, cuando estudiaba gramática, los nombres de los nobles que le acompañaban en el estudio, y los premios que se les daban después de las disertaciones, se describen en las siguientes curiosas obras: *Expositio Rerum gestaru in concertatione grammatica Philip-*

7.—La señora Infanta estuvo este verano mala de unas tercianas que la fatigaron mucho. Al Rey le vino nueva cómo la señora infanta de Saboya tenía ya tres hijos varones de tres partos, con lo cual vivían muy contentos; y el Rey Católico se regocijó mucho cuando se lo dijeron, y dicen que dijo que el primero más quisiera que fuera hija, pero presto la veremos con hartas.

En palacio se les murió una dama italiana, que la quería mucho el Rey Católico y era gran privada de la serenísima Infanta y se había criado con ella desde muy niña. Era muy principal y hija de un Potentado de aquellas partes; era muy linda y muy alegre y muy regocijada, prudente y discreta y tenía otras mil gracias, y ansi sintió mucho su muerte el Rey Católico y mucho más la señora Infanta por perder en ella una muy grande amiga y compañera y que la había de hacer mucha falta y por el consiguiente [a] todos los del palacio, y en todo él causó una general tristeza, y todo lo merecía ella por su gran valor y mucha discreción. Dicen todos de ella era una corderita y una bendita señora y una muy | buena cosa y sobre f. 119 r.
todo gran cristiana y una santa.

8.—En estos días andábamos ya muy cerca de Todos los Santos

---

pi III. Hispaniaru & Indiaru potentissimi Principis. Collecta a licenciato Ioanne Garsia Becerrilensi, & Latinae linguae professore, in insigni Collegio Diui Laurentij Regalis (E. de A. R.) Complvti, Ioannes Iñiguez à Lequerica excudebat, Anno 1588. 16 m. (20 × 14 cm.) 12 hojas.

Altera exercitatio gramatica Philippi Hispaniarum Principis. A licenciato Ioanne Garsia Becerrilensi in insigni Collegio D. Laurentij Regalis collecta. Eidem Principi dicata (E. de A. R.) Complvti. Excudebat Ioannes Iñiguez â Lequerica. Anno 1589. 16 m. (21 × 14 cm.) 16 hojas.

El primer folleto contiene discursos del príncipe don Felipe, de Carlos Filiberto de Este, marqués de Lanzi, de Pedro Bovadilla, heredero del conde de Chinchón, de Juan Velasco Avila, conde de Uceda, de Francisco Branquiforte, marqués de Milliteli, de Cristóbal de Sandoval, heredero del conde de Lerma, marqués de Denia, de Juan Mucio Sebastián, marqués de Sforza, de Diego Bracamonte, sobrino del conde de Barajas y de Pedro de Guzmán, hermano del conde de Uceda.

En el segundo se hallan impresas disertaciones del príncipe don Felipe, del marqués de Sforza, del marqués de Lanzi, de Carlos Doria, hijo de Juan Andrea Doria, general de la Armada del Mediterráneo, del conde de Uceda, del marqués de Milliteli, de Pedro de Guzmán, hermano del conde de Uceda, y de Diego Vasconcellos, noble portugués. Desde luego, las dos veces los primeros premios fueron concedidos por unanimidad al Príncipe. Estos consistían en hojas de espadas, plumas de varios colores, tinteros, guantes perfumados, etc.

y quiso el Rey Católico que se casase la duquesa de Avero, que la trujo consigo de Portugal cuando conquistó aquel reino para sí. Pretendíanla muchos grandes de España por ser su estado una gran cosa en Portugal, mas el Rey Católico, que era inimicísimo de juntar Casas, no quiso sino que se casase con un primo suyo y que decían heredaba el estado por excluir a las hembras: un pobre caballero y que no tenía sino su capa y espada, pero era muy lindo mozo y muy galán, y cierto que fué cosa muy acertada que casase con él por ser muy buen mozo y de muy buena presencia y el pariente más cercano a aquella casa. Dicen que la duquesa gustara mucho casarse en Castilla, pero como ella fuese tan discreta y tan prudente, en diciendo que la dijo el Rey Católico: «Hija, haréisme placer de que os caséis con vuestro primo», ella obedeció luego y dijo que la hacía su Majestad más merced que ella merecía. Agradecióselo mucho de nuevo el Rey Católico con palabras muy graves y mandó que se aparejasen todas las cosas necesarias, porque quería que se velasen luego y en esta Casa y se señaló día de las bodas, que fué el día de San Francisco, por tener el Rey Católico mucha devoción con este santo patriarca, y ansí se hizo. Fueron padrinos

---

De la oración del marqués de Lanzi, contenida en el primer folleto, he visto edición aparte en cuatro hojas numeradas, sin indicación de imprenta, con este título a la cabeza de la primera página:

Caroli Filiberti Estensis, Marquesi (sic) Lanzi, oratio ad Philippum III. Hispaniarum Principem de eruditione nobilitatis.

Además, perteneciente a otro acto literario distinto de los anteriores, en cuatro hojas sin numerar, existe la siguiente oración, sin indicación de imprenta, cuyo título, a la cabeza de la primera página, es el que sigue:

Oratiò coram Philippo Hispaniarvm Principe à Ioanne Velaschio Abula Vzede Comite in Regia D. Laurentij habita, nono Kalendas Decembris Anno 1588.

Se hallaron presentes a la primera discusión gramatical García de Loaisa, maestro del Príncipe y posteriormente arzobispo de Toledo; el marqués de Velada; don Jorge de Ataide, obispo, limosnero y capellán mayor de Felipe II; fray Miguel de Alaejos, prior de San Lorenzo el Real; fray Jerónimo de Guadalupe, profesor de Teología; Martín de Segura, profesor de Retórica en Alcalá; el marqués de Denia, el conde de Chinchón, don Cristóbal de Mora, don Juan de Idiáquez, don Alfonso de Zúñiga, don Antonio de Toledo, don Gonzalo Chacón, caballerizo mayor; don Alfonso Osorio; don Martín Idiáquez; el doctor Francisco Vallés, protomédico real; el doctor Victoria, médico real; el doctor Miguel Martínez, profesor de Teología en San Lorenzo el Real; y el licenciado Mantilla, profesor de Sagrada Escritura en San Lorenzo y posteriormente arzobispo de Santiago.

el Rey Católico y la señora Infanta; velólos García de Loaisa, limosnero mayor, maestro del Príncipe y capellán mayor, en el altar de las reliquias de nuestra Señora, en una misa rezada. Salieron [la] madrina y la novia vestidas de blanco, y las llevaban de la falda a la señora Infanta su camarera mayor, la condesa | de Paredes, y a la f. 119 v.
duquesa de Avero, el conde de Uceda, mozo de grandes esperanzas. Salió muy galán, vestido de amarillo y en cuerpo y descaperuzado. Dicen le dió la novia valía de tres mil ducados, porque le llevó la falda. Dícese hizo otras muchas mercedes la duquesa y grandes presentes a las damas de palacio de inestimable valor. En acabándose de velar fueron los novios a besar las manos al Rey, el cual los recibió muy bien y abrazó al novio y dió la mano y llamó Duque delante todos y le alzó, que estaba de rodillas, y mandó cubrir. Lo mismo hizo el Príncipe y señora Infanta. De allí fueron derechos a palacio toda la nave abajo y entraron por la sacristía del Colegio, que está frontero de donde se velaron. Iba muy grande acompañamiento. Al novio llevaba el Rey Católico a su lado e iban parlando los dos. La novia comió con la señora Infanta, ceremonia muy usada entre ellos; el novio comió en la mesa de Estado, y en acabando de comer se fueron a despedir del Rey Católico y del Príncipe y señora Infanta; hízoles muchas caricias el Rey Católico y grandes favores y mercedes, y saliendo a caza se fué con ellos en su coche y los acompañó más de media legua y allí los despidió y mandó a todos los señores de palacio con otros muchos que habían venido a estas fiestas los acompañasen dos leguas a un lugar donde fueron [a] hacer noche, y desde allí se fueron a su estado de Portugal.

Hizo el novio mucha fiesta a todos aquellos caballeros y mucho regalo y se mostró magnánimo con todos y muy magnífico y en gran manera generoso.

9.—Estaba en estos días en esta Casa, que pasaba a ser arzo- f. 120 r.
bispo de Zaragoza, don Andrés de Bovadilla, obispo de Segovia, y dexaba esto y tomaba el ser arzobispo (1). Es hermano del conde de Chinchón y fué grande el aplauso que en esta Casa se le hizo y le hicieron todos los señores de palacio y de la cámara del Rey, por

(1) Don Andrés de Bovadilla y Cabrera fué trasladado de la sede de Segovia a Zaragoza el año 1587.

ser hermano del Conde, a quien él quería mucho y amaba ternísimamente, y mucho más el Rey Católico por ser hermano de quien él tanto quería y ansí le ayudaba a gobernar y mandaba el mundo con los demás, y el Conde merecía mucho y era digno de todo el favor que el Rey le hacía por haber servido esta Casa tan bien y con tanta lealtad a sus reyes y haber puesto por ellos todos cuanto tiene, como se verá en los grandes previlegios que estos condes tienen.

f. 121 r. En estos días, antes que el Rey Católico partiese para Madrid, estuvo en esta Casa para despedirse el cardenal don Juan de Mendoza, hermano del duque del Infantado, que venía a verse con el Rey y besarle las manos por la merced que le hizo de hacerle dar el capelo de cardenal (1) siendo un pobre canónigo antes de la santa iglesia de Toledo. Era muy lindo hombre el Cardenal; de muy buena y muy agradable presencia y gran letrado, y sobre todo un santo, y por lo mesmo merecedor de tan alta dignidad. El Rey Católico le honró mucho y le hizo mucha merced, tanta cuál nunca

f. 121 v. jamás se sabe haya hecho a vasallo suyo, y ansí muy | contento y lleno de favores le envió a Roma al papa. En esta Casa posó y fué muy bien hospedado y regalado; y ansí iba él tan contento y satisfecho de la mucha merced y voluntad con que en esta Casa le sirvieron todos, y fué muy admirado de ver las grandezas de esta Casa y las cosas tan grandiosas de ella, y que llevaba mucho que contar al papa de la santidad y gran religión y mucha caridad que en esta santa Casa hay y gran celo y cuidado en el culto divino, y con la grande majestad y pausa que se celebran los oficios divinos. Y en esto tiene mucha razón, que dudo yo que lo que se hace en Roma no llega a tanto ni con muchos quilates, ni tanta policía, ni que sepamos haya cosas tan curiosas, ni tan preciosas como las que tiene esta Casa ni con mayor abundancia. ¡Sea Dios bendito por todo y nos guarde muchos años a quien lo dió para su santo servicio con real ánimo!

10.—En este tiempo sucedió en Roma que aína se amotinaron los españoles, y la causa fué por la injusta muerte que se dió al doctor Navarro. Este Dr. Navarro es sobrino del gran doctor Navarro, que escribió la *Suma de casos de conciencia*, que tan manual es y tan

---

(1) Fué nombrado cardenal por Sixto V en 1587.

común, mozo, y de grandes esperanzas, muy docto y un santo. Estaba en la curia romana pretendiendo, como hacen otros muchos; el papa Sixto V le quería y estimaba en mucho por sus muchas letras y grandes virtudes y por ser sobrino de un tan eminente varón como fué su tío. Pues sucedió que un día vió desde lejos este doctor Navarro que el papa salía de su casa y sacro palacio y que iba fuera con su grande acompañamiento. Acordó el hacer lo mismo por hacerle el papa ya merced y conocerle ya tanto; y como el pobre hombre no supiese el estilo que en esto se tiene, acordó por no | arrodear, f. 122 r.
por atajar, romper por los alabarderos y meterse por ellos y por allí llegar [a] acompañar al papa. No bien hubo entrado cuando un alabardero de aquellos le dió con el alabarda un tan terrible golpe que dió con él muerto en tierra; y desviáronle de allí y pasó el papa adelante. El pobre doctor Navarro no tornó en sí tan presto, y cuando tornó tuvo más necesidad de irse a curar a su posada que no de ir a compañar al papa. Curóse del golpe, que fué bien malo, y después que se sintió bueno, que andaba ya por aquellas calles de Roma vió en una de ellas al alabardero que le dió el porrazo y siguióle, y vióle entrar en una iglesia y entróse tras él. Vióle que se puso de rodillas a oir misa; buscó por allí un palo y nunca le pudo hallar. Vió un hisopo en la pila de agua bendita y tomóle y púsosele debajo del manteo, y vase adonde estaba oyendo misa el alabardero y díjole: «Bellaco, desvergonzado; acordaisos de que el otro día queriendo yo acompañar al papa quise atravesar por en medio de los alabarderos y vos me disteis un alabardazo que dísteis conmigo en el suelo y me dejasteis medio muerto. ¿Paréceos bien? Pues para que otro día sepáis cómo habéis de tratar a los sacerdotes honrados como yo, tomad.» Sacó el hisopo, que más parecía palo para dar de palos con él que para echar agua, y dale allí delante todos muy buenos palos, que para esto era muy bueno el hisopo, y sin que el hombre se pudiese defender le dió muy gentiles palos. El alabardero ni quita ni pon, y vase a quejar al papa de cómo el doctor Navarro le había dado de palos en la iglesia oyendo misa delante todos.

Y porque el Papa, como era hombre colérico, | encolerizóse de- f. 122 v.
masiadamente y manda que le pingen. Como era tan conocido de todos espantáronse. Luego se puso en un instante la ciudad de Roma muy alborotada y se supo cómo el papa mandaba colgar al

doctor Navarro. No quedó cardenal en toda la curia ni persona grave que no fuese a suplicarle aplacase su ira contra el doctor Navarro y le diese su Santidad otro castigo y no le mandase pingar. A todos respondió el Pontífice colérico: *Píngenle.* Lo mesmo hicieron los embajadores de los Príncipes cristianos y tampoco tuvo remedio.

Visto esto por el embajador del Rey Católico tuvo necesidad de recoger los españoles, que estaban determinados de salir y quitársele a los oficiales del papa y por sus criados, que no se había podido con el pontífice que le perdonase.

Sacáronle a pingar. No había hombre ninguno ni mujer en Roma que no llorase de ver un espectáculo como éste. A él le pingaron, sin que bastase cuantos ruegos se hicieron, y cierto fué una gran lástima de ver morir en un palo colgado a un sacerdote como a malhechor y de tantas partes y tan aventajadas como éste tenía. Daban las gentes gritos al cielo y llamaban al papa tirano desapiadado, cruel, vengativo y que no se hartaba de sangre humana, y otros nombres semejantes.

Sucedió que dentro de muy breves días vacaron ciertos beneficios simples, y diciéndole el secretario: «Santísimo Padre, unos beneficios simples han vacado en tal parte; ¿a quién quiere V. S. hacer merced de ellos?» El papa le respondió: «¿Eso no está claro que al doctor Navarro?» Replicó el secretario: «Santísimo Padre, habrá
f. 123 r. quince días | que vuestra Santidad le mandó pingar.» Luego se tornó a llorar y dijo por veces: «¡Oh probete, oh probete dél!» De donde se colige que cuando el papa mandaba hacer semejantes castigos no estaba en sí ni en su entero juicio, sino que ciego de cólera mandaba hacer estos desatinos, que no se pueden llamar menos, que más lo son que no castigos. No se le puede negar al papa Sixto V sino que era y fué cruel todo lo de potencia y que le desdoró muchísimo en gran manera esto, y que le hizo mal quisto con todos.

f. 135 v. 11.—En Madrid sucedió que había muchos días que andaba un hombre que le llamaban el Profeta, hombre al parecer de buena vida, a lo menos vivía como un santo en lo exterior; había dicho muchas cosas y muchas profecías y todos le llamaban a boca llena el santo profeta. Había también profetizado grandes cosas del año de mil y quinientos y ochenta y ocho; que tantas cosas dijeron de él los antiguos y que tanto desearon ver los pasados, y muchos de ellos

dijeron que quisieran resucitar para entonces para ver las cosas notables que habían de suceder en aquel año, y le vimos pasar y no vimos en él cosa notable que sucediese, y cuando esto escribía había bien poco que pasó.

Pues considerado esto de muchos y que este santo profeta había profetizado muchas cosas de este año y que todas habían salido falsas y que traía a todos engañados y embelecados con sus falsas profecías, y que cada día sacaba más, y algunas muy preñadas, y que no había hacérselas declarar, denunciaron de él al Santo Oficio, pues a lo menos las que dijo del año | atrás habían sido falsas. Echóle mano f. 136 r.
el Santo Oficio y túvole muchos días preso, y llamáronle muchas veces los inquisidores y le hicieron muchas preguntas, y le preguntaron de muchas profecías suyas lo que quiso decir en algunas de ellas, que repararon en ellas los señores inquisidores, y a todo respondió como él quiso, o, como dicen, en derecho de su dedo. Anduvieron muchos días tras sacarle si tenía demonio familiar, que se sospechaba que le tenía; no se le pudo esto probar y él negó bravamente; pero tal le iba en ello. Y como los indicios no eran bastantes hubiéronle de dejar.

Convencido ya pues de que no era profeta ni enviado de Dios, como había hecho en creyente a muchos, ni que tuviese revelaciones del Espíritu Santo, como él decía, que se lo revelaba el Espíritu Santo, y que también sus profecías eran falsas, acordaron los señores inquisidores de sacarle luego al primer auto para que muchos se desengañasen, que los tenía engañados y embelecados, y no a hombres como quiera, sino muy graves.

Pues llegado el día del auto sacan el primero de todos a mi santo profeta, que ansí le llamaban todos a boca llena y ansí solía el bellacón decir: «Yo soy el profeta santo enviado de Dios.» Fué un espectáculo extraño de ver. Salió con un vestidillo todo de lienzo justo, descaperuzado y en cuerpo, una soga a la garganta y una vela encendida en sus manos; el cabello y barba muy largo, que no se lo había querido quitar. Salió muy flaco. Había infinidad de gente que había ido de Madrid y de otras muchas partes a verle, porque se decía que le habían de sacar a él en él. Hízose en Toledo este auto; leyóse allí públicamente su proceso, y él estaba en pie oyendo sus faltas. Estaba él solo en el cadahalso porque no se divirtiesen los cir-

f. 136 v. cunstantes en mirar a los penitenciados, y ansí estuvo él solo; y | después en acabando con él subieron a los demás todos juntos.

La sentencia que le dieron, después de haberle leído sus culpas, fué que le dieron por falso profeta a él, y a sus profecías por falsas, y por burlador y mofador, y que pagase ducientos ducados, y que estuviese siete meses recluso en un monasterio, y mandáronle so graves penas no profetizase más. No le echaron sambenito porque no hallaron en él cosa en contra de lo que tiene y cree nuestra Madre la Iglesia.

Y este es el fin tan miserable y desastrado que tuvo el santo profeta de Madrid, que tan sonado fué por el mundo y que tan engañados traía a tantos con sus falsas profecías y santidad fingida.

Dicen había este embelecador persuadido a un personaje grave de España, y muy docto, que había de venir la destruición de España en muy breves días, y para que se salvasen los dos con otros algunos en una cueva que tenían muy oculta habían allegado grandísima cantidad de pasta y almendra para que tuviesen que comer muchos años estando allí escondidos.

Dicen que este señor profeta escogió los siete meses que le dieron de estar recluso en Guisando, casa del Orden de San Jerónimo, sino que antes que le sacasen de la Inquisición él de verse afrentado y corrido, de pura tristeza y melancolía vino a morir muy pocos días después de penitenciado, y ansí acabó con sus profecías y pronósticos.

Fué esta una de las cosas notables que han sucedido en nuestra España muchos años ha, y por tal la pongo aquí para que quede en memoria (1).

f. 103 v. 12.—El Rey Católico, pasada la fiesta de Todos Santos, se fué luego a Madrid. Antes que partiese quiso ver el facistol grande, el que ahora está y vemos sirve, y le vió poner, y mandó se remediase en algunas cosas.

---

(1) En los M. SS. del British Museum, se conserva el proceso de este falso profeta, citado así por D. Pascual Gayangos: *Prozesso contra Miguel de Piedrola llamado «el Profeta»*. Catalogue of the Manuscripts in the Spanisch languague in the British Museum. Tom. II, núm. 26, pág. 226, London, 1877.

El B. Alonso de Orozco, que conoció pronto el espíritu de este falso profeta, como antes conociera el de la monja de Lisboa, no quiso recibirle en su humilde celda, abierta a todo el mundo; propalando entonces por venganza Piedrola que se había de condenar el bienaventurado predicador de Felipe II.

CAPITULO VIII

1590

[1.—Noticias de Antonio Pérez: su fausto, vanidad y riquezas.—2. Amistad de Antonio Pérez y don Juan de Austria.—3. Vende Antonio Pérez secretos de Estado y es descubierto.—4. Asesinato del secretario Juan de Escobedo: achácase este crimen a la princesa de Eboli y a Antonio Pérez.—5. Manda Felipe II prender al secretario Antonio Pérez.—6. Proceso que se le formó y confiscación de sus bienes.—7. ¿Ordenó Antonio Pérez envenenar a don Juan de Austria?.—8. Huye Pérez de la cárcel y se refugia en el reino de Aragón.—9. Llévanle preso a Zaragoza.]

1.—Había muchos años que el Rey Católico tenía preso al secretario Antonio Pérez (1) y muy apretado, y muy privado que fué suyo. No he querido hacer mención de este diabólico hombre y de sus enredos hasta ahora por decir de él de una vez todo lo que hay. f. 160 r.

Pues digo que este Antonio Pérez fué secretario de cifra y del sello de la Puridad, que es el oficio de más confianza que los reyes de España pueden hacer de un hombre humano. Pues en este oficio acertó tanto el Antonio Pérez a servir y agradar a su rey a los principios, que fué cosa de espanto, y el Antonio Pérez tenía muy buenas y muchas partes para agradar a su rey, y era hombre de muy lindo entendimiento y agudo ingenio y grande hombre de negocios.

Cuando estaba en su felicidad se servía con gran vanidad: tenía la mejor casa y recámara que tenía príncipe en el mundo, a lo menos en España, y todo cuanto tenía era aventajadísimo, tanto que Antonio Pérez y sus cosas llevaban tras sí los ojos de todos (2). Su co-

---

(1) La prisión de Antonio Pérez fué el 28 de julio de 1579.

(2) Del lujo de Antonio Pérez escribe D. Luis Zapata: «Mas por concluir salga Antonio Pérez al teatro, que tan en el teatro del mundo está, secretario de Aragón, tan rico que con la espuma de su riqueza hizo la más amena casa que en Madrid hay, hospedando en ella al señor don Juan de Austria; que te-

che o carroza la mejor del mundo; sus caballos lo mesmo; sus pajes, vestidos que no había más que pedir, y cada día mudaban librea; y el Antonio Pérez tenía gracia para atraer a sí a cuantos quería; y como todo pasaba por su mano no había otra cosa en España sino el secretario Antonio Pérez.

2.—Sucedió que habiendo de pasar el señor don Juan de Austria a gobernar los Estados de Flandes, la primera cosa que hizo fué hacerse muy [amigo] del secretario Antonio Pérez, y ansí para tenerle
f. 160 v. más obligado le dejó toda su recámara, que era de mucha estima, | y ansí entre otras cosas que le dejó de inestimable valor fué un gran brasero de plata (1), riquísimo, de perlas y piedras preciosas, que después se tasó y apreció en ochenta mil ducados.

---

nía camas y sillas, braseros, arcas y mesas de plata, y un solo brasero se apreció en sesenta mil ducados; que cada día de los que el señor don Juan posó en su casa, según dicen, le daba nuevos servicios de plata, camas y ropa blanca y nuevas colgaduras de brocados; que llegó a tanto su lujo y fausto que tenía con qué se limpiasen los zapatos los de a pie que entraban en su casa, que no faltaba sino que a la puerta se los quitasen, como al entrar en las mezquitas hacen los moros; y que tenía por manzanas en los pilares de su cama ángeles de plata con letra que decía: «Duerme Antonio Pérez, entra paso». Al tal no le prestó el de su guarda, que cayó en culpas que se le tomaron todas sus riquezas, antes de todo, como las ajenas plumas a la otra ave, y a punto de ser cada día justiciado; y lo fuera al fin si por astucia de su pía y buena mujer no se saliera de la cárcel, que se fué de ella a Aragón para más daño, como el que llevó a Troya el fuego con que fué quemada, y de ahí fugitivo y mendigo un hombre, tan rico como he dicho, se fué a Francia, y plega a Dios que ahí el mal pare: que de unas cosas proceden otras: de la vianda chilo; del chilo sangre; de la sangre carne; de la carne gordura; y de ésta, superflua abundancia; y del demasiado humor pudrición; y de ello dolencias contagiosas pestilenciales; y así esta su suelta fué para él remedio, a los aragoneses escándalo, y de los que le dejaron ir estulticia, y para su mujer e hijos trabajos.» *Miscelánea* en *Memorial histórico español*, t. XI, pp. 244-245, Madrid, 1859.»

(1) Ya queda apuntado en la nota anterior, con el testimonio de D. Luis Zapata, que uno de los braseros de Antonio Pérez fué tasado en sesenta mil ducados. Probablemente se refiere al mismo de que aquí hace mención el padre Sepúlveda.

Entre los cargos que se hacen a Antonio Pérez en el *Proceso* de La Haya, existe el siguiente: «Item: un brasero de plata que ha recibido del serenísimo señor don Juan de Austria, tal y tan bueno como le fué dado, a menos de satisfacer en cambio 700 ducados.» M. Mignet: *Antonio Pérez y Felipe II*, Madrid, 1852, pág. 41, c. 1. Como se ve, las cantidades del aprecio difieren notablemente. Tal vez haya error en la transcripción de los números en el *Proceso*.

Y llegó la vanidad de este hombre a tanto que la caldera en que suelen lavar las demás vasijas, que todos la tienen de cobre o de otro metal bajo, éste la tenía de plata y bien grande y que pesaba muchos ducados por ser muy grande. Y por esta vaciedad y otras muchas vanidades que tenía, permitió Dios que viniera a parar en lo que paró y a la miseria que vino y desventura, que fué a la mayor que se sabe haya jamás hombre venido.

Quiso el señor don Juan de Austria tener de su parte a este Antonio Pérez porque los negocios de los Estados dependían de él, y ansí un día o dos antes que se partiese el señor don Juan le vieron muchos andarse paseando más de dos horas por un lienzo de uno de estos claustros de esta Casa de San Lorenzo, donde a la sazón estaba el Rey Católico, parlando con el secretario Antonio Pérez; y después se lo pagó muy bien cual [podía esperarse de] él.

3.—Estuvo algunos años el secretario Antonio Pérez en su privanza y ansi tuvo lugar de hacerse muy rico y allegar grandes riquezas y tantas cual nunca jamás tuvo hombre de su estado. Quiso su desventura o desgracia que se le llegase el día de su perdición, y fué que como el señor don Juan de Austria estaba por orden de su hermano | el Rey Católico por gobernador en los Estados de Flan- f. 161 r.
des y se llevasen tan mal con él aquellos flamencos por su poca fidelidad y lealtad a su rey, no porque él los hiciese mal, que era un ángel, sino por ser ellos de mala disistión (!), sucedía que no le enviaba aviso el Rey Católico ni a mandar nada que cuando venía a sus manos ya se sabía en todo Flandes y lo traían los muchachos impreso ya por las calles, y esto era un gran mal. No sabían qué era esto ni cómo se sabía tan presto en los Estados o de dónde salía. Visto tanto mal como de aquí resultaba en todos ellos acordó el señor don Juan enviar al Rey Católico a su fiel secretario Escobedo, para que de todo informase a su Majestad y se supiese de cierto de dónde nacía y salía tanto mal. Llegado a España el secretario Escobedo habló por veces con el Rey Católico y contóle muy por extenso todo cuanto pasaba y el poco secreto que había y los daños que de esto resultaban. Admiróse de esto el Rey Católico y no podía atinar ni dar en lo que era. Llamaron al secretario Antonio Pérez, que entonces aún no había quebrado ni se había descubierto la mala hilaza que hacía; y negó bravamente y disimuló lo mejor que pudo, y para

ello sacó fuerzas de flaqueza y dijo que no sabía cómo esto podía ser. Y a la verdad, él se lo decía a los flamencos, pagado de ellos muy bien.

Con todo eso, como el Rey Católico calaba tanto los entendimientos de los hombres con aquel su entendimientazo tan grande que Dios le dió, rastreó que no era posible sino que salía del secretario Antonio Pérez. Sucedió que los dos trazaron una cosa muy ar-
f. 161 v. dua para los Países Bajos | y mandó el Rey que la despachase con mucho secreto. Lo mismo sucedió de esta que de las demás: que cuando llegó a manos del señor don Juan andaba ya en manos de todos impresa. Avisó de esto el señor don Juan a su secretario, y enviando muchas quejas el secretario Escobedo dió con ello al Rey Católico, el cual como tan discreto, cayó en que no era posible sino que el secretario Antonio Pérez era el autor; y para saber si era ansí despachó el Rey Católico cierta cosa, y dió orden que no fuese por la vía ordinaria, ni supiese de ella Antonio Pérez (esta fué cosa que lastimó mucho a los flamencos), y envió juntamente el Rey Católico a decir al señor don Juan que le avisase si andaba aquello impreso antes que llegara a su poder. Llegó el correo y dió los recados al señor don Juan y abiertos y leídos mandó poner en execución lo que el Rey mandaba. Cuando se publicaban pateaban los flamencos y decían que no era posible que el Rey Católico mandase tal cosa. Tuvo necesidad el señor don Juan de mostrársela, y visto por ellos dijeron que aquello no era válido ni de ningún valor por no ir por la vía ordinaria y por donde suelen ir todas las demás cosas, que era por la vía del secretario Antonio Pérez, como si no le fuera lícito a un gran Rey hacer cosas lícitas sacándolas de sus vías ordinarias; y luego despachó el señor don Juan correo al Rey Católico, y el sentimiento
f. 162 r. de los flamencos, y que | por la vía que su Majestad le despachó aquel recado le despache los demás, y con esto quedó confirmado su Majestad que el secretario Antonio Pérez era el autor de que en Flandes se supiesen las cosas que enviaba allí. Los flamencos escribieron mil quexas al secretario Antonio Pérez diciéndole que lo había hecho muy mal, habiéndose despachado tal cosa contra ellos y habiendo pasado por sus manos no haberlos avisado de ello antes. Espantóse Antonio Pérez porque no sabía tal cosa, como no había pasado por sus manos, y ansí les respondió que no sabía ni se había

comunicado con él ni había sabido tal, que si él lo supiera antes los avisara como solía otras veces. Estos recados se cogieron, y le dieron después harta pena por ellos (1).

4.—Ya en este tiempo miraba mucho el Rey Católico de no fiarse del secretario Antonio Pérez y le miraba con mal ojo; y le conoció muy bien; y visto que le decían que el secretario Antonio Pérez entraba y salía mucho en casa de la mujer de Ruy Gómez de Silva y madre del duque de Pastrana, y gran privado que fué suyo, llamó al secretario Escobedo y mandóle que fuese como custodio de la princesa de Eboli y no consintiese entrar en aquella casa a naide, y que la guardase y mirase, y que si sucediese o hubiese alguna cosa le avisase de todo y de quiénes entraban y salían, y en particular mirase si entraba el secretario Antonio Pérez.

El secretario Escobedo puso luego por obra lo que le mandó su rey, y como vió que el secretario Antonio Pérez entraba y salía de allá tantas veces y a horas extraordinarias, y que el Rey Católico tenía ya noticia de ello porque él mismo de palabra se lo dijo, como vió que iba aquello muy de rota, | todavía no quiso venir con ello f. 162 v.
al Rey Católico, sino díjoselo (que no debiera) a la mesma Princesa, y que mirase que su Majestad decía que era su voluntad que no en-

---

(1) En los cargos que se hicieron a Antonio Pérez en 1584, el 40 dice así: «Que debiendo guardar secreto en las cosas tocantes a su oficio, según que lo tiene prometido y jurado, no lo ha hecho así, antes ha revelado y descubierto el dicho secreto por diversas vías a algunas personas, dando avisos, escribiendo cartas y diciendo en ellas algunas cosas y particularidades que no debiera en deservicio de S. M.» *Cargos que se hicieron a Antonio Pérez*, en Madrid, en 12 de junio de 1584.—Cita del Marqués de Pidal: *Historia de las Alteraciones de Aragón*, I, pág. 342, nota.

Don Lorenzo Vanderhammen y León, *Don Ivan de Avstria*, Madrid, 1627, fol. 295 v., da otra causa del conocimiento que los rebeldes flamencos tenían de las providencias que contra ellos se tomaban. «Los Estados—escribe—apretaban contra los españoles, y les quitaban la comunicación con el señor don Juan, prendían sus correos, abrían sus cartas y las del Rey, y descifradas sabían los secretos.»

En el *Proceso criminal*, impreso en Madrid, en 1788, a la página 38, declara D. Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, «que el cardenal Granvela, y don Juan de Zúñiga, embaxador de Roma, habían escrito a S. M. que cuando iban a negociar con el Papa, hallaban que su Santidad estaba prevenido, y sabía todo lo que iban a tratar con él, y que no había quien tal aviso pudiera dar sino es Antonio Pérez». Declaración de 7 de junio de 1582.

trase allá el secretario Antonio Pérez y que si le consentía entrar más no podía dejar de ir con ello al Rey. Ella lo llevó muy mal y lo sintió mucho y no vía la hora de verse con el secretario Antonio Pérez para decírselo, y ansí en entrando, que no tardó mucho, se lo contó, y visto por Antonio Pérez determinó de hacerle matar, y ansí acordó de decírselo a un famoso capitán que había venido de Flandes a pedir al Rey mercedes. Éste, como cada día procurase hablar al secretario Antonio Pérez para que le hiciese despachar, como todo pasaba por su mano, llegó a verle y tomóle por la mano el Antonio Pérez y díjole: «Señor capitán: su Majestad tiene mucha noticia de vuestra merced y de sus servicios y de todo le tengo enterado y le despachará muy presto con grandes ventajas, pero quiere su Majestad que v. m. le mate al secretario Escobedo primero.» El capitán espantóse de oir esto, porque sabía que le quería mucho el Rey Católico. Díjole el capitán: «Señor Antonio Pérez: ¿cómo sabré yo que su Majestad gusta que yo le mate?» Respondió: «Porque me lo ha dicho a mí, y porque lo haga con más seguridad, yo le daré una cédula, firmada de mano de su Majestad para que lo haga». Y como él tenía las firmas y lo tenía todo fué cosa muy fácil de hacer, pero todo redundó después en daño y destruición [suya] (1).

Otros dicen que no, sino que el Antonio Pérez le prometió de despacharle muy bien y de darle tres mil ducados si le mataba al secretario Escobedo, y que el capitán, por verse despachado y con dineros, prometió de matarle. Coge mi capitán la cédula y vase con ella a su posada; de allí a dos días a boca de noche vió venir por su

---

(1) Las causas de la muerte de Escobedo y otros pormenores tocantes a este asunto, los escribe así fray Juan de Vitoria, dominico, en el curioso manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid: «Era Antonio Pérez secretario de Italia y secretario de la cifra del Rey Católico de España, y el más excelente hombre de sacar cifras que se ha visto, por lo cual su Majestad lo amaba; y era hijo del secretario Gonzalo Pérez, y muy allegado al servicio de Ruigómez y de su mujer la duquesa de Pastrana. Muerto Ruigómez, yendo el secretario Escobedo a visitar a la Duquesa halló al Antonio Pérez echado en la falda de la Duquesa. Reprendiólos, por ser hechura de Ruigómez, por lo cual le hicieron matar a un soldado, diciendo que su Majestad lo mandaba, para lo cual le dió firma de su Majestad hinchiendo una de las cédulas que en blanco su Majestad le había dado firmadas. Fueron presos por indicios que hubo el Antonio y la Duquesa, y al nono año, que fué el de 1589, fué perdonado el Jueves santo a instancia del maestro fray Diego de Chaves, confe-

calle luz, y | mirando bien en ello halló que era el secretario Escobe- f. 163 r.
do que venía de palacio y iba en casa de Ruy Gómez, y vista tan buena ocasión, traía dos o tres piedras buenas consigo, que siempre andaba apercebido y espiándole desque determinó matarle, y cuando vió que estaba cerca el secretario, porque traía dos pajes delante con dos hachas ardiendo, pónese frontero de él y tírale y como fuese tan buen certero dióle en mitad de la frente y dió con él muerto en tierra y acogióse. Otros dicen que de un arcabuzazo (1) le mató.

Luego se levantó en la corte grande ruido y alboroto sobre esto. El Rey mandó hacer gran pesquisa y nunca se pudo saber cosa.

Luego acudió el capitán al secretario Antonio Pérez y prometió hacerle despachar con mucha brevedad y grandes ventajas y de esta manera le trujo muchos días a mi pobre capitán sin acabar con él, y visto que todo era palabras acordó él de hablar al Rey y nunca pudo. Al fin se llegó un día en que le dió audiencia y díjole: «Señor: sabrá vuestra Majestad cómo yo ha que vine de Flandes siete meses a pedir a V. M. me hiciese merced de me dar alguna cosa por veinte y tantos años de servicio. Heme hallado en esto y en esto»; y contóle allí muchas cosas que había hecho en su servicio. «Ultimadamente por mandado de V. M. maté al secretario Escobedo, y el secretario Antonio Pérez me dijo que V. M. me despacharía por ello con grandes ventajas. Ha ya dos meses y más que me trae en palabras y nunca acaba de | me hacer despachar: suplico a V. M. sea servido, pues mis servi- f. 163 v.
cios lo merecen, de me mandar hacer merced, que perezco de hambre.» El Rey, cuando oyó decir tan gran maldad espantóse, y díjole al

---

sor de su Majestad; y así comenzó a andar libre, de lo cual se quexaron a su Majestad la mujer de Escobedo y su hijo el secretario Escobedo, y pidieron que diesen tormento a un escudero de Antonio Pérez, y así se lo dieron, y confesó todo el secreto, y así fué preso el Antonio Pérez, el cual por estar concertado con dos catalanes que lo librasen fué atormentado y confesó la muerte dicha, y los catalanes fueron ahorcados en Madrid y Antonio Pérez [se refugió?] en Calatayud. Su mujer y hijos quedaron presos en la cárcel de Corte y confiscada su hacienda.»

El ms. de este curioso libro se halla; como dicho queda, en la Biblioteca Nacional. Yo me he servido de la copia de este fragmento, hecha en el siglo XVIII. La parte referente a la Armada Invencible, es lo único, que yo sepa, que se ha publicado de él.»

(1) Escobedo fué asesinado el 31 de mayo de 1578, atravesado con un estoque.

capitán: «¿Cómo sabremos que es verdad eso que me decís?» El capitán dijo: «Aquí tengo la cédula que me dió de V. M. para que le matase, porque no me atreví [a] hacerlo de otra manera.» El Rey, sin mostrar turbación, le dijo: «Mostrarla acá»; y él sacó su cédula e hincando la rodilla se la dió.

Holgó mucho el Rey Católico con la cédula, por saber ya quién mató a su fiel secretario Escobedo, porque le pesó infinito de su muerte. El Rey Católico por disimular le preguntó al capitán mil cosas, y de dónde era y cómo se llamaba, y después de haberle preguntado estas cosas, le dijo el Rey Católico: «Acudid a la casa del presidente de Castilla, que yo haré que os despache muy a vuestro gusto, y no habléis más a Antonio Pérez.» El capitán besó las manos al Rey y salióse.

5.—Visto por el Rey que las cosas de Antonio Pérez no se podían tolerar y que cada día iban de mal en peor, y que le traían por momentos mil cosas y quejas de la casa de su gran privado Ruy Gómez, envió a llamar luego al presidente de Castilla y contóle todo
f. 164 r. cuanto había contra el secretario Antonio Pérez y las | grandes traiciones que le había hecho. Dióle mil quexas de él y la cédula con muchas y muy graves palabras; mandóle que acariciase a aquel capitán y que le hiciese tomar su dicho, y después le despachase muy bien, y que se diese orden de prender a Antonio Pérez y se pusiese en guarda. Dióle el Rey al Presidente el renombre del capitán.

Hizo luego el Presidente todo cuanto el Rey le mandó. Cuando tornó a su casa el Presidente ya le estaba esperando el capitán. Díjole el Presidente, que a la sazón era el conde de Barajas: «¿Es v. m. el capitán fulano?» «Sí, señor», respondió él. «Ya yo tengo noticia de v. m. y su Majestad me lo ha dicho y los muchos servicios que tiene hechos; todo se lo pagará junto; véngase conmigo.» Y metióle allá dentro.

Envió luego el Presidente a llamar a un oidor y a un alcalde de corte, y hicieron cabeza de proceso contra Antonio Pérez y tomáronle su dicho a este capitán, y despacháronle muy bien, y mandáronle que sin parar más un punto se saliese de la corte.

Luego enviaron a llamar un alguacil de corte y le mandaron que tomase hasta veinte o treinta alguaciles y fuese en casa del secretario Antonio Pérez y le prendiese y le pusiese a muy bien reca-

do en la cárcel pública. Va mi alguacil con sus porquerones o corchetes y llama en casa de Antonio Pérez, y dice que le digan cómo le quiere hablar de parte de su Majestad. Van a él, que estaba comiendo, y dícenle cómo estaba a la puerta un alguacil de corte con veinte o treinta corchetes. Turbóse, y como su mala conciencia le remordía luego vió que sus marañas eran descubiertas; y dijo a sus criados que entretuviesen al alguacil en palabras; y él alzóse de la mesa y sale de su casa por una puerta falsa; pero no pudo hacer esto que no fuese sentido de algunos corchetes | que le tenían cercada f. 164 v.
toda la casa. Venle ir corriendo y que se iba a la iglesia. Corren tras él y el pobre hombre súbese a la torre sin capa y sin sombrero; suben tras él y no le valió apellidar que estaba en sagrado para que no le sacasen de allí. Agarran de él y tráenle preso a la cárcel pública. Como un ganapán le llevaron; y esto se hizo con tanta presteza que no pasaron tres horas de como el Rey Católico habló al Presidente y le informó de todo (1).

6.—Luego se publicó por todo Madrid que el secretario Antonio Pérez estaba preso, y casi todos se holgaron de ello; por su arrogancia estaba ya muy mal quisto de todos; habíase hecho muy soberbio y altivo y todos abominaban de él de ver que un hombre como el que ayer era una desventura se sirviese con tanto aparato y majestad y con tanta vanidad, tanta cual jamás se había visto en España, y ansí todos se holgaron de que le vieron en la cárcel.

Acudieron luego al Rey Católico mil quejas de Antonio Pérez, de sobornios, de agravios, de injusticias, de insolencias y delitos atrocísimos que había hecho, y de esto se halló tanto que le podían hacer millares de procesos. Tomóse lo más esencial, hízosele un terrible proceso y probósele delitos atrocísimos que por el menor merecía mil muertes; que esto tienen los que privan con los grandes Príncipes y Reyes, que ansí como hallan quien jure por ellos en su abono y alabanza, como este secretario Antonio Pérez en su privanza y pujanza hallara mil que juraran cuanto él quisiera, ansí | cuan- f. 165 r.

(1) La primera prisión de Antonio Pérez fué a 28 de julio de 1579.
La segunda, si hemos de creer lo que se dice en el *Proceso criminal* (páginas 52, 53) impreso en 1788, sucedió el 20 de enero de 1585, y esta vez fué cuando se acogió Antonio Pérez a sagrado, de donde le sacaron, sin respetar la inmunidad que invocaba, los oficiales y corchetes del Rey.

do los ven caídos de su privanza hay quien jure contra ellos mil cosas, como se ve en este desventurado de Antonio Pérez.

Entre otros cargos que le hicieron fué uno que diese cuenta de trescientos mil ducados que dejó Ruy Gómez, que era público que él los había despendido, y ansí en la primera sentencia que le dieron le mandaron que volviese a los herederos de Ruy Gómez los trescientos mil ducados; por lo cual le confiscaron todos sus bienes y se vendían públicamente. En la plazuela de Santa María los tenían y allí los guardaban guardas de noche, y siendo yo seglar los vi allí mil veces, y tenían muchas joyas y preseas y muchas de ellas de inestimable valor; particularmente tenia dos que fueron muy notadas de todos: la una era un brasero que le apreciaban en poco menos de cien mil ducados; la otra era un espejo, la cosa mejor que [ha] habido en el mundo, porque era muy grande, tanto que no es creedero y tan lindamente guarnecido con tantas piedras y perlas que no tenía precio. Todo se vendió a menos precio.

7.—Al pobre hombre le traían de unas partes a otras y de una cárcel en otra hasta que ultimadamente vino a la cárcel pública de Madrid. Allí le tenían entre los ladrones y salteadores, y finalmente, teniéndole ya convencido de mil traiciones, dió el desventurado por descargo que todo cuanto con él usaba el Rey era pasión, y porque él había descubierto que había hecho matar a su hermano el señor don Juan, y que por esto le persigue. Y preguntado cómo lo sabe, dice que altercándose en el Consejo de Guerra de Flandes, en
f. 165 v. el | cual se halló el mesmo Rey y el presidente Padilla, y el marqués de los Vélez, y él como secretario, todos ellos convinieron y vinieron en que muriese el señor don Juan, sino es él que lo contradijo; y atestiguaba con testigos muertos. Donde salió averiguado que él como secretario de la cifra escribió a Flandes, porque no se descubriesen sus marañas, que mandaban los del Consejo que diesen un bocado al señor don Juan, y ansí añadió a sus muchas traiciones ésta que hizo raya a todas (1).

---

(1) Algunos autores del siglo XVI dejaron entrever que efectivamente don Juan de Austria murió envenenado.

«Para balsamarle le abrieron, y hallaron la parte del corazón seca, y todo lo interior y exterior denegrido como tostado, y que se deshacía con el toque; lo demás pálido de natural difunto. Esto hizo sospechar a su familia había sido

8.—Pues estando ya muy apretado y que ya se decía: mañana sacan a justiciar al secretario Antonio Pérez, mas hoy, mas esotro; él visto que esto se decía y era muy público, y que cuando se dice una cosa y todos lo afirman, o es, o quiere ser, acordó de soltarse de la cárcel, para mal de muchos, con una estratagema muy buena. Y fué que su mujer y una hija suya que tenía no hacían sino entrar y salir donde estaba preso, y éstas le negociaban lo que podían, iban y venían con los recados, y ansí entraban y salían muchas veces, y no se recataban los carceleros de ellas. Pues concertaron entre ellos

---

envenenado, y que el doctor Ramírez le había dado algo en el caldo. El interés, o el valer más, puede mucho en el hombre, y raras veces dexó la venganza, ira, o comodidad de hallar vereda por donde executar su pasión o asegurar su recelo; aunque también el tabardillo es tan corrosivo y maligno que suele dexar los cadáveres en esta apariencia.» Vanderhamen y Leon.—*Don Ivan de Avstria*, fol. 324 r. y v.—Las últimas misteriosas palabras de Vanderhamen indican bastantemente que el benemérito historiador madrileño temió que alguna mano oculta e interesada intervino en la temprana muerte del hermano de Felipe II.

«Mas todas estas pláticas—escribe el doctor Bavia—atajó la enfermedad del señor don Juan, a que se siguió su muerte. No se sabe si se ocasionó de una enfermedad secreta que tenía, de contagio de aire, del trabajo padecido en el exército, o de un veneno, que a todas estas causas se atribuía su enfermedad, *aunque la más cierta era veneno*, como se mostró después que murió, que abriéndole le hallaron casi quemado todo el lado del corazón, y el discurso de su enfermedad parece que lo decía.» *Tercera parte de la Historia Pontifical y Católica*. Compuesta y ordenada por el Doctor Luis de Bauia... Año 1652, Madrid. Cap. XLI, pág. 121, c. 1.

«Il (Don Juan)—escribe Brantôme—mourut de peste... mais tout le monde ne dict pas cela, et mesmes en Espaigne; car ont tient qu'il mourut empoisonné par des bottines parfumées...; enquoy le roy (Felipe II) est excusable; *mais Antonio Pérez très blasmable*.» Cita de Bratli.—*Philippe II, roi d'Espagne*, p. 140, núm. 35.

No obstante lo que apuntado queda, el incansable escritor filipista P. Fernández Montaña, escribe lo siguiente acerca de este punto: «Hay invenciones en la vida e historia de Felipe II que no merecen el honor de la refutación, como queda dicho; y una de ellas es el envenenamiento del famosísimo y nobilísimo príncipe don Juan...»; añadiendo dos páginas más adelante, después de citar algunos testimonios confirmatorios de haber muerto don Juan del tifus: «Hase visto en el anterior capítulo cómo don Juan no murió envenenado, a pesar de las prematuras sospechas del Dr. Ramírez, otros médicos e historiadores, sino del tifus, cuyos síntomas y caracteres vieron al fin y testificaron los doctores peritos que hicieron la auptosia del cadáver.» *De cómo Felipe II no mandó matar á Escobedo*. Madrid, 1910, págs. 365 y 367.

Yo no veo tan claro que don Juan no muriera envenenado, pues sin contar

que se saliese la noche de Carnestolendas (1) y ansí se hizo. El martes por la mañana se fingió malo y se estuvo en la cama todo el día y allí le visitaron los carceleros y aun fingiendo él harto más mal del que tenía le consolaban los carceleros. A la noche convidaron a cenar el secretario Antonio Pérez y su mujer e hija a todos los de la cárcel y los dieron muy altamente de cenar y de beber. Esto era entre las once y doce de la noche, y pareciéndoles que era ya hora,
f. 166 r. el dicho Antonio Pérez, que estaba acá bajo en la cama en su | aposento, se levantó y se vistió unos vestidos de mujer y se puso un manto que le habían traído su mujer y hija, y púsose detrás de la puerta de su aposento y en la cama puso debajo de las mantas unas almuadas, de manera que parecía que había allí echado persona humana. Bajan de arriba madre y hija con los carceleros y dicen que quieren entrar a ver a Antonio Pérez. Entran y sale él, que estaba detrás de la puerta y desvelado, y éntrase su mujer en su lugar y torna la hija con su padre y dice a los carceleros: «Mi padre, duerme», y como no habían hecho sino entrar entendieron que era ansí; y ellos que no veían la hora de echarlas fuera para irse a dormir abren las puertas, y ellas hacen su mesura y salen, y ellos vanse a dormir, que lo mucho que habían comido y bebido les daba pena; y de esta manera se soltó Antonio Pérez.

El se quitó luego los vestidos de mujer, y siendo ayudado de otros, tomó todas las postas que había en Madrid, porque no hallasen con que ir tras él si acaso le echaban menos, y se las llevó hasta Guadalajara. Allí llegó andadas dos horas después de media noche, y de allí partió luego en otras postas y dió consigo en Aragón (2).

---

las tentativas que hicieron para ello emisarios de los rebeldes flamencos, los testimonios de Vanderhamen y Bavia (aun cuando no se admitan el de Brantôme y otros que se pudieran poner) son muy respetables, y las afirmaciones del P. Sepúlveda, por la forma de la referencia, parecen indicar estar tomadas de un proceso, con la circunstancia no despreciable de que estos sucesos de Antonio Pérez, por lo menos algunos, los escribió el monje jerónimo cuando aún vivían Felipe II y su infiel secretario.

(1) Dos fechas se han dado de la fuga de Antonio Pérez de la cárcel de Madrid: 20 de marzo y 18 de abril. Esta última es la más seguida, y de ser la cierta, tendremos que Antonio Pérez huyó la noche del miércoles santo, no el martes de carnaval, día éste indudablemente más a propósito que aquél para la cena suculenta que describe el P. Sepúlveda.

(2) De la fuga de Antonio Pérez existen dos relatos disconformes: el uno,

Acá los carceleros, como aquella noche era de tanto regocijo y fiesta y de tanto pasatiempo, no le echaron menos hasta las ocho de la mañana, ya muy tarde. Van a dar noticia de cómo se había ido el secretario Antonio Pérez y de la manera, y cómo la mujer se quedó en su lugar. Sintiólo mucho el presidente de Castilla y mandó que madre y hija se quedasen presas, y enviaron postas tras el secretario Antonio Pérez, pero él iba tan | adelante que era imposible alcanzalle. f. 166 v.

El tuvo harta ventura en soltarse y mucha dicha para mal de muchos, como después veremos, que no parece sino que nació este hombre para destruir las gentes y que pagasen tantos como después murieron por amor de él, y muertes tan ignominiosas, y toda gente muy granada y grandes personajes, pues murieron tres los mayores señores de aquel reino. El primero fué el Justicia mayor; el segundo el duque de Villahermosa, y el tercero el conde de Aranda, de la Casa Real de Aragón. Y él con sus manos lavadas se libró de todo y se acogió. En las aduanas de la Corona registró el secretario Antonio Pérez treinta mil ducados en joyas y en dineros.

9.—Estando ya dentro del reino le topó un caballero, señor de vasallos, y que andaba tras casarse con la hermana del conde de Chinchón. Este le conoció y prendió en un lugar suyo para traerle acá a Castilla y por parecerle que hacía un gran servicio al Rey, y éralo y muy grande; pero él tuvo tan buena maña que tuvo quien avisase de ello y se le tomó el Justicia mayor por ser extraños los Fueros de aquel reino, y dieron con él en Zaragoza y le pusieron en la cárcel pública de aquella ciudad entre galeotes y salteadores, y allí comía de limosna porque no tenía de qué comer ni quien se lo diese, que cierto es un gran espectáculo y harto de consideración y que nos había de hacer abrir los ojos para que no confiásemos en las privanzas de este mundo y de los Príncipes de él, pues vimos ayer a este | hombre en la mayor pujanza y privanza que jamás f. 167 r.

---

afirma que fué valiéndose de unas llaves falsas; el otro, que es el más seguido y verosímil, coincide en lo esencial con lo escrito por el P. Sepúlveda. El mismo Antonio Pérez, al hablar de esta huida, no quiso decir el medio de que se valió para ella. «No diré cómo—escribe—; la opinión fué que con el medio de doña Juana Coello, su mujer.» *Las Obras y Relaciones de Ant. Pérez...* Ginebra, 1644, pág. 85.

tuvo hombre de su estado y que no se sabía lo que tenía, y hoy le vemos tan abatido y miserable que sinó le dan por Dios no tiene de qué comer, y esto entre gente facinerosa y mala.

Y aquí le dejaremos estar por algunos días tramando hartas cosas contra su rey y señor sólo por librarse de la muerte que tan merecida la tenía, inquietando los ánimos de los aragoneses para que en socolor de que se les guarden sus fueros se levanten contra su rey.

Pues aquí le dejaremos porque contemos otras cosas que sucedieron en este tiempo.

CAPITULO IX

1590

[1.—Alarde en San Lorenzo el Real.—2. Cae un rayo en el coro del Monasterio.—3. Manda el Papa que el prior de San Lorenzo el Real sea elegido en Capítulo general.—4. Dispone Felipe II que ayuden las misas los coristas, no los legos.—5. Trata Sixto V de la reconciliación con la Iglesia de Enrique de Bearne: opónese España.—6. Amenazas de Felipe II al Papa: indignación y cólera de éste.—7. Muerte de Sixto V: sus grandes hechos y calidades. Exequias honrosas que se le hacen.—8. Elección de Urbano VII: anula los decretos e impuestos de su predecesor.—9. Muere Urbano VII.—10. General alegría por la elección de Urbano VII: fiestas con que en España y en San Lorenzo el Real se celebró, y tristeza que en todos produjo su pronta muerte.—11. Elección de Inocencio IX.—12. Ruidoso pleito matrimonial del duque de Alba.]

1.—Andaba gran ruido de los hombres de armas que los señores de España daban al Rey para que defendiesen las costas; y ansí daba mucha prisa el buen Rey a todos para que enviasen con brevedad esta gente, porque tenía lengua que la armada enemiga estaba ya puesta a punto, y ansí en estos días pasaron por esta Casa de San Lorenzo ochenta hombres de armas que envía el marqués de Villena y su hermano el marqués de Moya, muy ricamente aderezados, con sus armas y caballos bien armados y grandes penachos. Quísolos ver el Rey y que hiciesen un alarde y ansí se hizo y cierto que fué mucho de ver. El capitán entró a besar las manos al Rey, y le entró acompañando el conde de Chinchón por ser tío del Duque *(sic)*, y el marqués de Velada.

Vímoslo todo por estar el Rey con sus hijos y con todos los de palacio y todas las damas de la Infanta en los jardines, y pasaron ellos por allí.

2.—Este verano hubo en esta Casa de San Lorenzo el Real un día f. 142 r.
una grande borrasca de agua, granizo, truenos y relámpagos, y es-

tando abajados los frailes al *Praesta, Pater* de completas, dió tan grandes dos truenos que pensamos que éramos hundidos, y cayó un rayo o centella, y en el coro abrasó el oro de una ventana adonde están las campanillas de las horas y cuartos. Luego subió el Rey Católico a vello con sus hijos. Fué Dios servido que no fué nada y duró muy poco; pero todos estaban tamañitos y los claustros del refetorio y hospedería estaban llenos de humo. Aquí cerca es cierto cayó uno y mató una bestia; dentro de casa fué Dios servido no hizo mal ninguno (1).

3.—El Rey Católico mandó este verano que un buleto que él había impetrado de su Santidad para que los frailes de esta su Casa no eligiesen prior, sino el Capítulo general o privado, le admitiesen los frailes por haberle aconsejado al Rey Católico convenía ansí para la paz y quietud de ella. Dios sabe lo mejor. Los frailes obedecieron luego visto que no podían hacer otra cosa por ahora, y por ser este el gusto de su Rey, a quien ellos tanto gustan de dársele y con mucha razón.

4.—Por este tiempo mandó el Rey Católico, como hombre tan universal en las reglas del misal, con cédula firmada de su real nom-
f. 142 v. bre, al prior de su Casa | de San Lorenzo, en que por ella le manda que desde aquel punto es su voluntad no sirvan más los hermanos legos en el altar, de acólitos, sino que sirvan los coristas, que es su oficio, y que, por lo menos, estén ordenados de grados y corona, y dice la cédula: «y guardarlo héis vos y vuestros sucesores». Ansí se hace y se sirve con mucha curiosidad y pulicía, y cierto el Rey Católico tuvo mucha razón de mandar se guardase en esta su Casa lo que se guarda en la capilla del papa, pues que compite esta suya a la del pontífice, y aun en muchas [cosas] excede. Guárdase inviolablemente y con mucho rigor desde que lo mandó el Rey Católico con mucho acuerdo y espíritu del cielo.

5.—Mientras acá pasaban estas cosas, en Roma no perdían punto ni se descuidaban los cardenales de importunar al papa Sixto V admitiese al gremio de la Iglesia al rey de Francia, y como ya en este tiempo estuviesen casi todos los cardenales de la parte del rey de Francia, excepto tres, porque ya el cardenal don Juan de Mendoza era muerto,

---

(1) Según el P. Sigüenza este rayo cayó en el mes de setiembre.

no sin sospechas de que le ayudaron con veneno, éstos, que eran de la parte del Rey Católico, lo contradecían y decían al Papa que se debía mirar mucho de no enojar al Rey Católico; que era cosa cierta le había [de dar] mucha pena el hacerse una cosa tan grave y de tanto peso como esta sin comunicársela, pues aquella Sacrosanta Silla no tiene otro hijo más obediente que él, y que más mire por su quietud y acrecentamiento que él; y que | el Rey intruso de Francia f. 143 r.
prometía muchas cosas que después estaba claro que no les había de cumplir ninguna de ellas, que no lo hacía sino para apoderarse del reino y después que se viese apoderado de él no cumpliría ni guardaría cosa de las que ahora prometía.

Por otra parte acudieron todos los cardenales y vanse todos juntos al Papa y pídenle con muchas veras y grandes encarecimientos admitiese al gremio de la Iglesia al rey de Francia y que mirase su Santidad que un rey no se ha de llevar por los pasos que a un hombre particular, ni se ha de tratar ni castigar como si fuese por ahí quienquiera; y de esta manera andaba el pobre Pontífice muy perplexo y no se hartaba *(sic)* ni acababa de determinar en cosa. Al fin, como vió que casi todos los cardenales estaban ya de parecer que el rey de Francia debía de ser admitido y que sus excusas fuesen admitidas y sus descargos recebidos, dió oídos a ello y dió mues[tras de acceder?] a ello y de estar algo más blando que otras veces y dió licencia para que entrasen en la Curia romana a los embajadores del Francés para que se tratase de las capitulaciones del concierto que había de hacer su Rey, y de lo que prometía de guardar.

Enviaron los cardenales a llamar a los embajadores, y venidos, mandó el Papa juntar a los cardenales a Consistorio. Justos o juntos todos, el embajador hizo una muy larga y muy elocuente oración en que prometía grandes cosas de parte de su Rey. Acabada la oración les dijo el Papa con mucho | amor y grandes caricias: Que no de- f. 143 v.
seaba otra cosa en este mundo más que la reducción de su Rey y de su reino. Y que lo propondía al Colegio de los Cardenales y haría que fuesen admitidas las excusas de su Rey. Y con esto se resolvió aquella junta.

Los cardenales de la parte del Rey Católico, como no eran más que tres, acudieron luego al Papa y le tornaron a decir que mirase lo

que hacía y no se creyese tan de ligero del Francés; pues se sabe por muchos siglos nunca guarda fee ni palabra, ni la tiene la gente francesa. Harto le valiera al Rey Católico tener en el Colegio de los Cardenales catorce o quince españoles, como los tenía el Francés, que con esto no tuviera tantos de su parte el rey intruso; sino que siempre oí decir que el Rey Católico se guardaba grandemente de no hacer cardenales españoles, y no sé la causa. Llanamente los juicios de los reyes son muy profundos, y ansí los hombres no lo podemos atinar con tanta facilidad; a lo menos aquí vimos la falta que hicieron al Rey católico el tener tan pocos cardenales de su parte y que estuviesen a su devoción.

A solas, dicen, habló el Papa a los embajadores del Francés y estuvo con ellos y los habló muy humanamente, persuadido del cardenal Aldrobandino, gran privado suyo, y que por esto le veremos papa Clemente octavo. Díjoles mil cosas y hízoles otras tantas caricias y otras [mercedes?]; que escribiesen a su Rey, con que fueron de su presencia muy contentos. Despacharon luego a su Rey lo que pasaba y lo mucho que el Papa holgaba de admitille al gremio de la Iglesia y de las amorosas palabras que les dijo se enviasen de su parte, y las que a ellos les dijo y cuán blando estaba ya el Pontífice
f. 144 r. y cuán de su parte y con casi todos los cardenales; | con las cuales nuevas el Rey se holgó infinito por ver sus cosas iban en buenos términos en la Curia romana, porque de aquí dependía todo su bien y su quietud y sosiego.

6.—Los cardenales de la parte del Rey Católico avisaron al embajador del designio del Pontífice y de sus intentos, para que avisase a su Rey de todo. El embajador, como fuese hombre tan valeroso, antes que despachase correo a su Rey fué y habló con el Pontífice, y díjole muchas cosas muy galanamente dichas, como quien tan bien lo sabía hacer, tanto que con ser el papa Sixto V tan terrible y tan acelerado y hombre tan entero y de tan grande corazón le hacía estar a raya y le dejó tamañito y tan blando (1).

---

(1) Era embajador de Felipe II cerca de la Santa Sede D. Juan Enrique de Guzmán, conde de Olivares, cuyas violentas entrevistas y altercados con el enérgico y tremendo Sixto V se hicieron proverbiales.

Para comprender bien todo lo que nos cuenta el P. Sepúlveda, no hay que perder de vista que las relaciones entre el Monarca español y el Pontífice

Despachó luego su correo con los despachos y recados suyos y de los cardenales al Rey Católico dándole cuenta de todo lo que pasaba y los intentos del Pontífice, de lo cual el Rey Católico recibió la pena que era razón. Escribió luego a su embajador que juntase al Papa y a los cardenales en Consistorio, y que allí delante todos, dijese al Papa de su parte cómo estaba muy sentido y apesarado de su Santidad, que quisiese dar [la absolución?] y admitir al gremio de la Iglesia y dar por católico a un hombre tres veces relaso como Bandoma, que por la una tan solamente le hubieran quemado mil veces en España, sin que hiciese penitencia pública, y que mirase su Santidad en ello, y donde no convocaría Concilio nacional y le haría deponer de su dignidad (1).

---

fueron siempre poco o nada amistosas, llegando en ocasiones a términos de escandalosos y sonados rompimientos. Cuando Felipe II dió la «Premática de las cortesías», de que se habla en el capítulo VI, n.° 6, de esta Historia, Sixto V, no contento con advertir al conde de Olivares que la incluiría en el Indice de libros prohibidos, escribió así al mismo Felipe II: «Hase aconsejado a V. M. que comprenda en su pragmática a obispos, arzobispos y cardenales, lo cual ha sido gravísimo pecado; deberá, por tanto, apresurarse a exceptuar de la dicha pragmática a aquellos ministros de Dios y a hacer penitencia... Por este pecado de V. M. he vertido yo abundantes lágrimas; pero fío en que ha de enmendarse y en que Dios le perdonará...» D. Ricardo de Hinojosa: *Los despachos de la Diplomacia Pontificia en España*. Tom. I. Madrid, 1896, págs. 324-25.

Podría citar otros varios casos en que el Papa y el Rey discutieron porfiadamente, pero sólo copio éste por referirse a un hecho que se narra en el presente libro. Sixto V y Felipe II eran dos caracteres muy casados con su parecer y sumamente tenaces: con opiniones e intereses encontrados, supóngase lo que habría de resultar con frecuencia.

(1) Las palabras textuales de una de las cartas de Felipe II a su embajador dicen así: «En conosciendo que el Papa blandea y antes que se empeñe, haréis los más vivos y más apretados oficios que pudiéredes, no sólo con su Santidad, mas también con la Congregación de cardenales que votó que por ninguna submisión que haga (el de Borbón) debe ser admitido... Y protestaréis al Papa todos los males y daños que dello se seguirían a la Iglesia universal y a esa Santa Sede... asentándole que mire lo que esto sonaría en los oídos de todos los verdaderos católicos, *y los remedios que cuanto más se preciasen de serlo les obligaría a buscar, y por aquí otras palabras preñadas que le pongan en cuidado... y que podrían tirar a Concilio*, y le adviertan y aconsejen que no apriete las cosas de manera que escandalice y ofenda los hijos propios y seguros, y los pierda cuanto a su persona...» Madrid 14 de enero de 1590. Archivo de Simancas, Estado, leg. 951. Cita de D. Modesto Lafuente.—*Historia general de España*. Tom. X.—Barcelona, 1889, pp. 207.

Como se ve, la carta del Rey no es tan cruda como el relato del P. Se-

Vista esta carta por el embajador del Rey Católico, pide de parte de su Rey al Papa junte a Consistorio a los cardenales, que tenía que decille de parte de su Rey. El Pontífice señaló día para ello, y
f. 144 v. juntos | ya el Papa y cardenales hizo el Duque (1) una oración muy elegante al Pontífice y díjole el sentimiento que su Rey tenía porque su Santidad quería hacer una cosa tan mal hecha, que mirase en ello; y que si su Santidad tal cosa hace, su Rey decía haría congregar Concilio nacional luego y le haría deponer del pontificado. Fué tanta la cólera y enojo que el Papa recibió de oir esta palabra al embajador, que le dijo: «No hay tal, que nunca vuestro Rey diría una palabra tan mala ni tan maldita como esa, sino que vos la componéis de vuestro caletre y albedrío.» Como el embajador oyó esto, sacó del seno la carta que llevaba de creencia de su Rey y pidió se leyese en público Consistorio allí delante todos y ansí se hizo, y cuando el Papa vió que la carta decía lo mesmo que el embajador había dicho, lleno de enojo y rabia se levantó de donde estaba y se salió del Consistorio echando chispas, diciendo mil cosas del Rey Católico y querellándose de él y diciendo que todo lo tenía tiranizado; y diciendo estas cosas se metió en su retrete.

Quedáronse los cardenales atónitos y espantados de lo que contenía la carta, y no hacían sino mirarse unos a otros: estaban tamañitos y el embajador allí delante con grande ánimo, y diciéndoles que no se burlasen con su Rey, que los metería a todos ellos debajo de un ladrillo; y diciendo esto se salió del Consistorio y se fué a su posada.
f. 145 r. Los cardenales se fueron cada uno | por su parte; sólo uno de los tres que hacían las partes del Rey Católico entró a hablar al Pontífi-

---

púlveda. Que se trataba principalmente de intimidar al Papa y de juzgar su conducta, no de deponerle, se deduce de la siguiente carta que el duque de Sesa escribió al secretario Idiáquez en 19 de agosto. «... Y presuponga v. s.— le decía en ella—que no faltan por acá hombres doctos y temerosos de Dios que se dejan entender de que su Santidad tiene muchas causas por que recelarse de un concilio... *Y no he apuntado esto, porque imagino que se llegue a semejante término, sino para acordar a v. s. que quien tiene la cola de paja no es mucho que tema el fuego si ve que comienza a encenderse, y que quizá el recelo y miedo en los principios bastará a poner remedio...*» Archivo de Simancas, Estado, leg. 255. D. M. Lafuente, o. c. t. X, p. 209.

(1) El duque de Sesa, coembajador con el conde de Olivares. Las entrevistas de los dos embajadores, violentísimas en grado sumo, se celebraron los días 6 y 7 de agosto.

ce, el cual estaba tan enojado y colérico y daba tantas voces y quexábase tanto del Rey Católico y decía mil cosas contra él y que todo lo tenía violentado y oprimido, lo cual visto por el cardenal le dixo: «Santísimo Padre: mire V. Beatitud que no tiene toda la Iglesia católica otro hijo sino es el rey de España, y a éste es menester V. Santidad dé contento y concédale lo que pide, pues es tan llegado a razón y tan justo y no pide cosa que no sea de Príncipe muy católico y celoso de la honra de Dios y de esta Sacrosanta Silla». Enojóse bravamente el papa Sixto V con este cardenal y le trató muy mal de palabra y le mandó ir preso al castillo de Santángel.

7.—Pues estando el Papa rodeado de tantas cuitas y trabajos, como queda dicho, le sobrevino otra que ya no lo pudo tolerar, y fué que cuando se determinó de admitir a dar por católico al rey de Francia, despachó un Jubileo plenísimo por toda la Cristiandad en que por él manda absolver de culpa y pena y, como dicen, hecho y por hacer, de cualquier pecados por enormes que fuesen, aunque fuesen de herejía, el cual Jubileo causó en España tanto escándalo que el Consejo Supremo no le quiso recibir, ni se ganó sino es de secreto de algunos que no quisieron perder tantas gracias y perdones; lo cual bastó con lo precedido para que el papa Sixto V perdiese de todo él por todas partes la paciencia, y ansí de puro coraje y rabia, como fuese hombre de tan bravo corazón, vino a morir dentro de cinco días, y ansí dicen murió rabiando y encendido en cólera. Murió a los postreros días de agosto, creo que día de San Agustín (1), después | de haber gobernado santísimamente la Iglesia de Dios f. 145 v.
poco más que cinco años. Fué el de su muerte año de mil y quinientos y noventa, y por lo mesmo muy notable por haber muerto en él un tan singular Príncipe (2).

---

(1) Murió el 27 de agosto.

(2) El P. Sigüenza escribe: «Murió este verano el papa Sixto V a tiempo que estaba nuestro Rey y todo el reino puesto en harto cuidado de ver en qué había de parar tanta desafición a las cosas de España y tanta inclinación a las de Francia y al príncipe de Biarne Bandoma, a quien el mismo Pontífice había declarado por hereje. De la muerte deste Pontífice se dixeron cosas extrañas; ni yo las diré, ni las creo.» *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo...* Madrid, 1605, pág. 634.

Cabrera de Córdoba dice que Sixto V era «enemigo declarado de todos, y que había puesto la enemistad del Rey tan adelante con palabras y obras, que

No se le puede negar al papa Sixto V sino que fué un gran Pontífice, hombre de gran corazón y grande ánimo, y que nadie se le osó atrever, y ansí le temblaban todos; sólo le notan de que fué muy cruel y que se deleitaba en mandar matar hombres facinerosos.

Un pronóstico salió luego como le hicieron pontífice, otros la llaman profecía, y yo más creo que salió después de muerto, porque si saliera en vida él lo procurara saber y pingara al que la sacó, y dice: *Intrabis ut agnus, imperabis ut leo, morieris ut canis* (1). Dicen esto, porque el papa Sixto V entró en su pontificado muy humilde y como un corderito, después imperó como un león, y después dicen que de cólera y enojo murió. Lo que veo es que después acá le lloran en toda Italia y le han echado menos y mucho, y en lo que le culpan de que quiso reconciliar a la Iglesia al rey de Francia no es tanta culpa ésta como algunos la hacen, pues dentro de tres años y aun menos lo vimos lo hizo el que le sucedió, y pues en éste no fué culpa, ¿por qué razón lo ha de ser en Sixto V? Y él lo hacía con deseo grande de que la Iglesia tuviese paz y parecióle muy buen medio, porque no halló otro, llevar con blandura a este pobre rey de Francia y por se lo aconsejar ansí la mayor parte de los cardenales. No hay
f. 146 r. que tratar sino que el papa Sixto V fué santísimo varón, | celosísimo de la honra de Dios e inimicísimo de vellacos y gente perdida y holgazana, hombre magnánimo, generoso y de gran corazón. Crió el papa Sixto V muchos cardenales y entre ellos hombres muy beneméritos.

Luego voló la fama de su muerte por todo el mundo, y en España se supo a los primeros del mes de setiembre, a lo menos en esta Casa de San Lorenzo, donde estaba el Rey Católico, y ansí predicando delante de él y de otra mucha gente el Rector de esta Casa dijo que Dios había vuelto por su Iglesia en haber quitado la vida al papa Sixto V; y ansí, si me preguntasen cuál de estos dos era más

---

D. Felipe tuvo necesidad de valerse de toda su prudencia y respeto a la Sacra Silla para no hacer en su contra gran demostración». *Felipe II*, III, pág. 438-39.

No parece probado, ni mucho menos, que la causa inmediata de la muerte de Sixto V fuera la oposición del Consejo Supremo al Jubileo. El Papa ya hacía años que estaba enfermo, y acabó por empeorar por su desobediencia a los médicos y su irrefrenable laboriosidad.

(1) Entrarás como un cordero, reinarás como un león y morirás como un perro.

colérico y más precipitado, el Papa o este Rector, no me atrevería a determinallo, a lo menos entrambos lo fueron harto y los desdoró muchísimo (1).

Nuestro Pontífice hizo muchas cosas muy grandiosas en Roma con que eternizó su memoria y parece cósa imposible y aún increíble en tan poco tiempo que fué Papa, pues no fueron más que cinco años y cuatro o cinco meses, pudiese hacer y acabar cosas tan hazañosas y grandiosas como hizo. Renovó casi toda la ciudad de Roma; hizo grandes edificios; acabó la bóveda y de cerrar lo alto del Vaticano, iglesia de San Pedro, cosa que nunca se había atrevido [a] hacer ninguno de sus antepasados, y él con su grande ánimo y gran corazón lo emprendió y acabó; y ansí hizo él y acabó y gastó solo más que todos sus predecesores en obras. Hizo pasar la aguja que estaba detrás de San Pedro, que se cuenta por una de las octavas maravillas del mundo, en medio | de la plaza donde ahora está con grandes f. 146 v.
ingenios que para esto se hicieron, por no estar antes en parte decente. Mandó pasar por la mesma razón tres grandes pirámides que habían quedado muy antiguas a mejores puestos y que casi estaban ya olvidadas de todos y por competir en grandeza y en antigüedad con la aguja las quiso pasar y mejorar de donde estaban; y todo a gran costa y gasto, y en esto nunca reparó, como la cosa se pudiese hacer. Edificó una muy suntuosa capilla al glorioso Doctor y luz de la Iglesia San Jerónimo, y trasladó allí sus reliquias, y la adornó de grandes joyas y rentas por la gran devoción que el Pontífice tuvo con este Sancto Doctor; y ansí es de creer que le habrá sido de grande ayuda para alcanzarle de Dios la bienaventuranza. Hizo otras muchas cosas tan grandiosas que todos los papas y emperadores juntos no se atrevieron de emprender y él las acabó y las hizo de nuevo con tanta brevedad que espanta, con que ilustró mucho aquella Ciudad tan nombrada en todo el mundo y ahora por su causa más.

Olvidábaseme de contar, como estaba engolfado en estas cosas tan arduas, cómo murió en Roma, antes que el papa Sixto V, [el] procurador de la Orden de San Jerónimo, fray García de Toledo, bien

---

(1) El prior del Monasterio era entonces fray Juan de San Jerónimo, el segundo, o el predicador, que fué elegido en 1589, a la muerte del P. Alaejos, y renunció en junio de 1591.

poco antes que el Pontífice. Quísole mucho el papa Sixto V, y ansí se sirvió de él en negocios muy arduos. Concedióle para la Orden el cuadernillo de las fiestas que ella tiene particulares, y un libro con todas las gracias e indulgencias que tienen todas las religiones: todas
f. 147 r. las concede el Papa a la Orden de San Jerónimo | y otras muchas gracias e indulgencias a casas particulares; y por esto deben todos los frailes de esta Orden mucho al papa Sixto V, por haber sido tan gran bienhechor de la Orden del glorioso Doctor San Jerónimo; y con el Santo, particularmente la tuvo y le honró tanto en vida como se ve bien [en] la gran veneración que siempre le hizo y en la tan famosa capilla que le labró se echa bien de ver la gran afición que le tuvo. Allá de creer es que le habrá ayudado y alcanzado e impetrado de Dios descanso, pues lo trabajó tan bien en su viña.

Otras muchas cosas hizo este valeroso y heroico Pontífice, que por ellas durará su nombre y memoria para siempre, que no han llegado todas a mi noticia. Estas han llegado y las he contado y referido como a mí me las contaron; y con esto me contento y me parece no he hecho poco en contar tantas cosas como tengo dichas, estando siempre encerrado y metido dentro de cuatro paredes, sin salir de aquí ni un paso; y si otro fuera para contar mucho menos de lo que yo he contado hubiese dado vuelta a toda Italia, Alemania, Francia y España, y pues yo no he salido los límites de mi convento, me parece que harto tengo dicho, y ansí no diré más de que todos dicen que ilustró mucho la Ciudad con los edificios y que lo que acabó en el Vaticano de San Pedro es cosa increíble y que se puede contar por otra maravilla del mundo, y no fué menor maravilla atreverse a mudar la aguja que había detrás de este templo y
f. 147 v. que en aquella ciudad se tenía y en todo el mundo por | una de las maravillas que había en el orbe; y la sacaron de allí grandes ingenieros y la pasaron a otra parte mejor, y que para sacarla fué menester hacer grandes grúas y montes y montañas de tierra y madera, que fué la cosa más espantosa que los hombres han visto ni oído, que sólo verlo pintado, como se ve en la librería famosa desta Casa de San Lorenzo, espanta y admira; y otras muchas cosas que hizo, todas dignas de eterna memoria. Y con la vida de este tan singular y heroico Pontífice acabaré de dar remate a este mi capítulo por contar en otro la vida del que le sucedió, aunque breve.

Ya dejamos dicho arriba cómo murió de su enfermedad el papa Sixto V, de buena memoria. Luego dieron orden los cardenales en que a su cuerpo se le diese sepultura, y enterrado y hechas ya sus exequias, las cuales fueron las más suntuosas que se sabe se hayan hecho muchos siglos ha, porque su sobrino como bueno quiso esmerarse mucho en esto, conociendo que todo cuanto era y tenía era de su tío el papa Sixto V, hízole hacer un famoso túmulo, y en él todas las obras tan famosas que hizo tan famosas, pintadas y hechas de madera, y a los cuatro lados la aguja | y las tres pirámires *(sic)*, f. 148 r. todo puesto por tan lindo orden que es mucho de ver; y cierto es una de las mejores cosas que se han hecho en nuestro tiempo, y por ser tan famosa y tan prima la dibujaron en estampa y se la presentaron al Rey Católico, y él la mandó poner en su librería de San Lorenzo, y allí se enseña y se muestra, y cierto es de ver y de dar muchas gracias a nuestro Señor haya criado en estos días tan raras habilidades y tan claros ingenios.

8.—Hechas, pues, las exequias del buen papa Sixto V, luego entraron los cardenales a elegir otro en su lugar. Toda la gente romana estaba dando voces desde acá fuera les diesen un pontífice romano que los tratase como a hijos, y ansí juntos dieron todos sus votos al cardenal del título de San Marcelo, romano, muy viejo y santísimo varón y que era amado y querido de todos por sus grandes virtudes (1).

Púsose en su consagración por nombre Urbano, sexto (2) de los de este nombre. Este fué muchos años Nuncio en España, y estando él acá ejerciendo su oficio nació la serenísima infanta doña Isabel Eugenia Clara y él la sacó de pila y fué su padrino. Este mesmo es aquél que pasando por El Parral de Segovia, casa de la Orden de San Jerónimo, y estando aposentado, sus criados inconsideradamente pusieron fuego a la hospedería y se quemó en un instante y él dió sus buletos para que se pidiese limosna por toda España para hacer | otra, y ansí se hizo la que ahora está. f. 148 v.

Pues a éste dieron todos los cardenales sus votos, y luego fueron todos a besarle el pie. Acá fuera en la calle estaba el pueblo espe-

---

(1) Al margen: *Sábado 15 de setiembre.*

(2) El P. Sepúlveda escribe siempre Urbano sexto, pero es séptimo.

rando quién saldría; cuando oyeron decir quién era el electo no cabían las gentes de placer; daban mil loores y alabanzas a los cardenales porque les dieron pontífice tan deseado y querido de todos; subían las voces al cielo y ensalzaban su nombre; todo era contento y alegría (por nonada que se haga se contenta el vulgo) por conocer todos la bondad y santidad del electo, y por ser natural de la mesma ciudad, y de unos amigo y de todos padre.

La primera cosa que hizo en adorándole todos los cardenales por Vicario de Cristo en la sala donde se eligen los sumos Pontífices antes que de allí saliesen, anuló, con el parecer de todos los cardenales, todo cuanto su predecesor había hecho y lo dió por nulo y no válido. Tras esto inmediatamente envió a llamar al embajador del Rey Católico, que no poco se holgó cuando supo su elección. Vanle a decir cómo le envía a llamar el nuevo Pontífice; va allá con su grande acompañamiento. Estaba el buen Pontífice asentado en la Silla o Ara con su grada adonde los cardenales le habían dado la
f. 149 v. obediencia; estaban todavía con él todos ellos; | entró el embajador y fué a besarle el pie y adorarle como a verdadero Vicario de Cristo. Recibióle el Pontífice con entrañas de gran piedad; díjole muchas palabras muy amorosas dándole infinitas gracias por haber peleado tan valerosamente y haber mostrado en tiempo tan necesitado su gran constancia y valeroso ánimo, y que bien mostraba en ello descender de la Casa Real de España. Díjole otras muy tiernas y regaladas palabras; que escribiese al Rey Católico y que le daba muchas gracias por el gran celo que siempre había tenido, y que ya sabía cuán aficionado había días que era, y lo sabía el muy bien, de la gente española, y que ahora lo había de ser mucho más, y que él confesaba que si había subido a aquella tan alta dignidad era por medio de su Rey. El embajador le respondió con otras semejantes palabras y de parte de su Rey le dió la obediencia, y lo mucho que sabía que él y toda España se había de holgar con su tan acertada elección a tan alto lugar; y ansí se estuvieron él y el nuevo Pontífice lisonjiándose (!) un gran rato.

Como el embajador vió tan buen tiempo y tan oportuna ocasión y coyuntura, no quiso perderla; y ansí suplicó al Papa, su Santidad fuese servido de mandarle conceder el San Lorenzo que estaba a la puerta de San Pedro, entre otras figuras, para su Rey, que el papa

Sixto V no le quiso dar, y que en ello recibiría su Rey gran merced de su Santidad. El Papa, | que pensó que le quería pedir más que f. 149 v.
esto, le dijo que de mil amores le llevase y que mirase si había otra cosa en Roma que agradase a su Rey, que la tomase y se la enviase. Agradecióselo mucho el embajador.

Mandóle dar dos cartas: una para su Rey y otra para su hija la serenísima Infante, que así la llamaba el buen Pontífice, y con esto se despidieron.

Luego al punto se despidieron correos por toda la Cristiandad de la elección del nuevo Pontífice.

Luego otro día se quiso consagrar en Pontífice Romano, y ansí se hizo. Hubo la mayor fiesta que vieron los nacidos, porque los romanos se esmeraron mucho en esto por ser el electo natural de la misma ciudad, y ansí no cabían de contentos. En ella echábanse muchos dineros por las ventanas. El embajador con sus españoles también hicieron muchas invenciones, con que solemnizaron mucho la fiesta y dieron muchas muestras del contento que tenían.

Acabada la consagración, la primera cosa que hizo fué juntar el mesmo día los cardenales y con ellos anular de nuevo todo cuanto Sixto V hizo, que ya lo había hecho antes, y por no estar entonces consagrado lo quiso de nuevo ahora anular, porque tuviese más fuerza.

Otra fué quitar muchas imposiciones que tenían puestas en todas las cosas los miserables romanos y con esto decían todos que habían salido de una extraña esclavonía y servidumbre. No acababan los romanos de echar mil bendiciones al Papa | y ensalzar su nombre f. 150 r.
hasta el cielo; andaban todos que no cabían de contentos; pero no quiso Dios que les durase mucho este contento. Por nuestros pecados, o porque no le merecíamos, fué Dios servido que el mesmo día de su consagración se sintió malo. Como era tan viejo, brumóle los huesos aquel grande paseo que se hizo con él por pesar mucho la tiara y los demás ornamentos sagrados. Disimulólo aquel día, y en el mesmo hizo el embajador alcanzar al San Lorenzo y dió con él en el puerto para que le embarcasen y trujesen luego a España (1).

---

(1) Esta estatua de San Lorenzo, de mármol blanco, se halla ahora colocada encima de la pila del agua bendita, a la entrada del coro.

9.—Al tercero día ya no pudo disimular el Papa su enfermedad; echóse en su cama y cada día le iba apretando más, hasta que al cabo de once días le quitó la vida (1) con sumo dolor y tristeza de todos, que no quedó naide en Roma ni en toda Italia que no llorase más por el Papa que si [se] le muriera todo su linaje; y cierto que tuvieron razón, porque perdieron en él un singular Pontífice. Era padre de todos y a todos quería meter en sus entrañas.

Por ser tan pocos días Papa, que solos fueron once, no pudo hacer más que las dos cosas que dijimos arriba: que fué quitar tantas pechas y alcabalas a los romanos como tenían; la otra anular, con el Colegio de los cardenales, todo lo que había hecho Sixto V, porque le pareció muy duro de llevar.

Cuando llegó la nueva acá a España de su elección no es posible yo poder significar con palabras el contento universal que en toda ella causó. Hiciéronse extraordinarias alegrías; hubo muchas luminarias y toros de noche con muchas luces y otras muchas in-
f. 150 v. venciones. Quien más se esmeró en esto fué la | villa de Madrid, por muchas razones, y ansí la noche que llegó la nueva no parecía sino que se ardía y hundía aquel lugar de tambores y trompetas y otros ministriles. Había tantas luces en las ventanas y calles y plazas que parecía que se abrasaba el lugar y desde esta Casa de San Lorenzo se echaban de ver muy bien las grandes luces que en Madrid había; y todo era muy poco por lo mucho que el Papa quería [a] aquel lugar y la grande afición y amor que le tenía, pues el mesmo día de su consagración, estando rodeado de tanta muchedumbre de negocios, se desocupó de todo y despachó un breve a la villa de Madrid, lleno de caricias y de amor, dándoles las gracias por la mucha voluntad que le tenían y todo esto con palabras muy graves.

También hubo en esta Casa una singular alegría, porque el Rey Católico se holgó infinito con su elección y más cuando leyó la carta que el mesmo Papa le escribió tan amorosa y llena de entrañas de amor. Otra escribió a su hija la serenísima Infanta, que ansí la llamaba el santo Pontífice, por serlo de pila. Hubo esta noche en palacio mucha fiesta y alegría y grandes máscaras, y el Rey Católico se

---

(1) Al margen: *Domingo 27 de setiembre.*

mostró muy afable con sus criados y los hizo muchas mercedes. Lo mesmo hizo la serenísima Infanta con sus damas.

Luego envió el Rey Católico a hacer saber el contento que tenía de la elección de su Santidad al prior y convento de esta su Casa de San Lorenzo, donde le dió la nueva y le mandó poner su Majestad luminarias, cosa nunca hecha en esta Casa, y que se tañesen las campanas. Todo se hizo ansí. Envió a decir quién era el electo y lo que todos nos debíamos holgar con tal elección. Era ya muy | tarde f. 151 r.
cuando vino la nueva. Envió a mandar que por la mañana hubiese *Te Deum laudamus*, con muy solemne procesión, y que él quería hallarse en ella con sus hijos por mostrar a todo el mundo el contento que tenía de su tan acertada elección.

A la mañana tuvimos una muy solemne procesión con muchas capas de brocado. Hallóse a ella el Rey Católico don Felipe segundo con su hijo el Príncipe y la serenísima Infanta, y salieron Príncipe e Infanta muy vistosos. Lo mesmo hicieron todos los caballeros de palacio, que salieron muy galanes, y los mayordomos del Rey y Príncipe con sus bastones en las manos, ceremonia pocas veces usada. Empezóse luego la misa con mucha solemnidad, que cierto era de ver.

Fué cosa notable [que] este mesmo día en que [en] esta Casa, y creo en toda España, hacíamos estas alegrías dando gracias a nuestro Señor Dios por la elección del papa Urbano, en Roma, en el mesmo día, a la mesma hora, estaban enterrando al mesmo Pontífice, como después se averiguó.

Dió muchas muestras el Rey Católico del contento que recibió de la buena nueva de la elección del Papa en que no se hartaba de leer la carta que el Pontífice le envió, y el Papa estaba ya en la otra vida, y el conde de Buendía, gran privado del Rey Católico, como testigo de vista, lo dijo en la sacristía delante de mucha gente, de cómo no se hartaba el Rey Católico de leer la carta del nuevo Pontífice. Lo mesmo hacía con la suya la serenísima Infanta.

Dicen le mató al Papa los ornamentos tan pesados que sacó el día del paseo y consagración con la tiara que llevaba en la cabeza de inestimable valor, que todo pesa mucho, y le brumó los huesos. Otros dicen que yendo en este grande paseo se llegó a él un hombre y le dió un mundo de flores en un ramillete, el cual | iba em- f. 151 v.
ponzoñado, con que le mataron.

El mesmo día que hicimos fiesta por la buena nueva de la elección del papa Urbano VI salió el Rey a caza franca con sus hijos, y aquel día es la caza franca para todos, y tomaban de mil maneras los conejos y los hurtaban y se los metían en la bragueta, que lo reían mucho Príncipe e Infanta.

10.—Estuvimos solos doce o quince días con este contento; luego vino otro correo que trujo la mala nueva de la muerte del pontífice Urbano. Sintió mucho el Rey Católico su muerte, como aquel que sabía que había perdido un gran pontífice, un gran padre y un grande amigo, que todo esto perdió el Rey Católico en la muerte del papa Urbano. Sabido [he] de un personaje que acertó de estar con el Rey Católico cuando llegó este correo, y que vió abrir al Rey el pliego, y que cuando llegó a la muerte del Papa vió que se demudó el Rey bravamente, y como no sabía lo que venía en las cartas se espantó, y que ni por la pérdida de la armada que fué a Inglaterra, ni por otras muchas, nunca le vió demudar, y que saliendo de con el Rey, dentro de una hora oyó decir que era muerto el papa Urbano, y que coligió de aquí era esto lo que le hizo demudar al Rey tan bravamente. El Príncipe y la serenísima Infanta dieron muestras también de este sentimiento, pues se cargaron de luto y lo trujeron ocho días, que nunca jamás lo hicieron por otro pontífice.

f. 152 r. Estuvo muchos días el Rey Católico | que no mostró el rostro a naide alegre, antes mucha tristeza, y de aquí le vino el caer luego malo de su gota. Toda España se cubrió de una general tristeza, y cuanto había sido el contento, tanto fué después el desconsuelo que causó en toda ella su tan presta y temprana muerte. Había muchos personajes en España que tenían grande amistad con este gran Pontífice cuando era cardenal, y cuando oyeron decir que era papa se prometieron grandes cosas; y alguno hubo que cuando oyó decir que era muerto perdio el juicio y se tornó loco de pura pena; y es sin duda que si Dios fuera servido de dalle salud siquiera otro tanto como a Sixto V hiciera gran bien a los españoles y los honrara mucho, porque los tenía muy particular amor y extraña afición.

f. 156 v. Después que el Rey Católico supo a los postreros del mes de setiembre de la muerte de su grande amigo y santo pontífice Urbano VI, y haber hecho por él el sentimiento cual nunca jamás hizo

por hombre del mundo, todavía se estuvo en esta su Casa hasta pasada la fiesta de Todos Santos; y en todo este tiempo nunca quiso salir en público.

11.—Despachó luego su correo a Roma a su embajador que hiciese y trabajase cuanto le fuese posible que los cardenales eligiesen otro papa tal persona que con ella se recuperase la del pasado. Luego se lo propuso el embajador al Colegio de los cardenales y ellos anduvieron muchos días mirando a quién sacarían que fuese a gusto de todos, y después de haberlo mirado y tanteado muy bien vinieron todos a dar sus votos al cardenal del título *Santi Quatri*, boloñés de nación, por conocer todos en él sus partes aventajadas, natural de la insigne ciudad y universidad de Bolonia, y hombre muy entero y anciano y el más antiguo cardenal y a dicho de todos un santo y por lo mesmo merecedor de tan alta dignidad. Luego fueron todos los cardenales a besarle el pie, como de costumbre. Luego otro día se quiso consagrar y en su consagración se quiso llamar Inocencio, y es el nono de este nombre, a lo que creo (1).

12.—En estos días se levantó un gran ruido, y fué que el duque de Alba (2) había dado poder a su tío don Fernando de Toledo, Gran Prior de San Juan, y él le tenía concertado de casar con hija (3) del duque de Alcalá de los Ganzules y va persuadido de otros grandes amigos suyos que casase con hija del duque del Infantado (4). Vino el duque de Alcalá a quexarse al Rey, y en el camino le envió un recado el mesmo Rey en que por él le manda se torne a su casa, y envió luego | un alcalde de corte con cédula a que prendiese al f. 168 v.
duque de Alba y a los que con él estaban. Hízose ansí; estuvo muchos días preso mientras se veía su negocio, que fué bien largo y muy prolijo. Envióse a Roma sobre el caso; el papa nombró siete jueces; dos de los canonistas y dos legistas y tres teólogos. Estos

(1) Aquí está en un error el P. Sepúlveda; el sucesor de Urbano VII fué el cardenal Nicolás Sfondrato, que tomó el nombre de Gregorio XIV. A este Papa sucedió el cardenal Juan Antonio Fachineti, elegido en 29 octubre de 1591, con el nombre de Inocencio IX. En las elecciones de estos dos Pontífices intervinieron activamente los embajadores del Rey de España.

(2) Don Antonio Alvarez de Toledo.

(3) Doña Catalina Cortés Enríquez de Ribera.

(4) Doña Mencía de Mendoza.—El casamiento se realizó en Guadalajara el 23 de julio de este año de 1590.

miraron muy despacio este negocio, y hechas averiguaciones y dados los cargos y descargos de una parte y otra vinieron a sentenciar en favor del duque de Alba y ansí dieron por nulo con sentencia el concierto que se hizo con la hija del duque de Alcalá y por matrimonio verdadero el que se hizo con la hija del duque del Infantado. Dicen muchos que han visto este proceso (1) merece estar metido en el Derecho canónico. Por lo cual en las tierras de estos grandes se hicieron muchas fiestas y grandes regocijos, particularmente en las tierras del duque de Alba y en el lugar de Alba de Tormes hubo mucho de esto, y por solemnizar más la fiesta un hermano del mesmo Duque que salió a lancear un toro y el toro arremetió a él y al caballo y dió con entrambos en tierra y de la gran caída murió dentro de pocas horas y sin habla, porque de la caída la perdió y este desastrado fin tuvieron aquellas fiestas. Lope de Vega, famoso poeta, llora mucho en una obra que compuso muy elegante y versos la muerte de este mal logrado caballero, dirigido todo a su hermano el duque de Alba ausente, en la cual le ensalza mucho.

---

(1) Los papeles, impresos y manuscritos, de este pleito matrimonial, se guardan en voluminoso infolio (*N. 1. 4.*) de la Real Biblioteca de San Lorenzo.

CAPITULO X

1591

[1.—Capítulo general de la Orden de San Jerónimo.—2. Pasan la Semana Santa en San Lorenzo el príncipe Doria y el duque de Béjar.—3. Retírase de la corte y de la presidencia del Consejo de Castilla el conde de Barajas.—4. Viene a San Lorenzo el duque de Saboya.—5. Va Felipe II a Aranjuez.—6. Motín en Madrid.—7. Caso curioso sucedido a dos clérigos con una mujer de la Rioja.—8. Entrega en San Lorenzo Darío Buccarino, de parte de Gregorio XIV, el estoque y el birrete al príncipe don Felipe, y la rosa de oro a la infanta Isabel Clara Eugenia.—9. Alborotos en Aragón: degüello del Justicia mayor, huída de Antonio Pérez y castigo de otros culpados.—10. Pasquines contra Felipe II en Avila: excesos del alcalde de corte Pareja de Peralta.—11. Marcha Felipe II a Madrid.]

1.—En estos días estábamos ya cerca de la Semana Santa de f. 167 r.
este año de mil y quinientos y noventa y uno. Fué año muy notable por haberse juntado a celebrar Capítulo general de los frailes de la Orden de San Jerónimo, y así el Rey Católico co[mo] tan [amigo] de ella quiso que presidiese en él [el] obispo de Osma (1), porque no halló fraile a quien encomendarlo por no los conocer ni haber tratado, que muchos había a quien se lo podía encomendar.

2.—Túvose por cosa cierta el Rey Católico [se] recogiera a esta su Casa de San Lorenzo a tener en ella la Semana Santa y Pascua y oir los oficios divinos, que el Rey Católico tiene tanto gusto, pero sus achaques y mucha gota no le daban lugar a que viniese, y así pocas veces le veremos venir, que como de ordinario en estos días hace mal tiempo y recio, los médicos y sus privados no le dejan venir y él por darles gusto se quedaba hasta que asentaba el tiempo:

---

(1) Don Sebastián Pérez, catedrático de Teología que había sido en el Colegio de San Lorenzo.

que siempre fué muy obediente a los médicos y ansí fué siempre muy templado en el comer y beber.

f. 167 v. Tuvo la Semana Santa y Pascua en San Jerónimo el Real | de Madrid, en sus palacios que allí tiene, y ansí siempre ha de estar en casa de frailes jerónimos dondequiera que vaya.

Envió a esta Casa a que tuviesen la Semana Santa y Pascua al príncipe Andrea Doria, que había venido llamado de su Rey a tratar cosas de mucha importancia, y al duque de Béjar, en su nombre, y que lo mirasen todo y estuviesen a todo y después se lo avisasen qué les había parecido. Estuvieron aquí los dos y asistieron a todo. El príncipe Doria comió en el refitorio el Jueves Santo y el duque de Béjar el día de Resurrección. Fueron espantados estos dos príncipes de ver esta Casa [en] lo material y espiritual; y como nunca la hubiesen visto causó en ellos grande admiración y no se hartaban de espantar de ver lo uno y lo otro. El edificio y su ornato los espantaba, lo divino los elevaba, y ansí no salían de sí ni [sabían] qué decirse. El príncipe Doria dijo en esta Casa que había de decir a su Majestad que había estimado en más el haberle enviado a esta su Casa a tener en ella la Semana Santa que cuantas mercedes su Majestad le había hecho, y lo había tenido a gran favor; lo mesmo dijo el duque de Béjar y fueron muy agradecidos del buen hospedaje que en esta Casa se les hizo y mucho regalo. Y pasada la Pascua se vinieron a Madrid a sus negocios, que tenían entrambos gravísimos; hablaron con el Rey; dierónle grandes nuevas estos dos Príncipes de esta su Casa y de sus frailes y de cuán bien se hicieron los oficios divinos, de que el

f. 168 r. buen | [Rey]se regocijó mucho, y les dijo que harto hubiera gustado de tenerles compañía, sino que los médicos no le dejaron venir. Preguntóles el buen Rey mil menudencias y preguntóles por muchas cosas que qué les parecía, y de todo le satisficieron y él quedó muy contento.

f. 189 r. 3.—Por este tiempo envió el Rey Católico a decir al presidente de Castilla, el conde de Barajas, que dejase el oficio y se fuese a su casa. Envióselo a decir con su confesor fray Diego de Chaves. Fué el confesor en casa del Presidente a darle esta embajada de parte del Rey, la cual le atravesó las entrañas. Luego lo puso por obra; mandó aderezar su coche, y las cortinas cerradas, se salió de la corte y se fué a su casa al lugar de Barajas, de manera que cuando se supo en

Madrid ya el Presidente estaba en su casa. Muchos se holgaron de ello; pero, generalmente hablando, a los más les pesó, por ser el Conde un muy buen caballero y un gran juez y que hacía mucho bien a muchos. Dieron muchas quexas contra él al Rey Católico; cuáles fueron no se saben; a él le mandaron recoger y él lo hizo ansí, que en un año que vivió después no salió de su lugar de Barajas, ni en todo este tiempo el Rey Católico proveyó su plaza ni [dió] aquel oficio a naide hasta que murió el Conde (1). En muriendo proveyó aquella tan alta dignidad en Rodrigo Vázquez, un gran juez y muy buen caballero, y que todos decían mucho bien de él, y de que era un santo y amigo de hacer justicia y por lo mesmo merecedor de tal prebenda.

4.—El Rey Católico, habiendo ya recibido junto a Alcalá al duque de Saboya y hablado con él, le mandó que viniese luego a ver esta Casa de San Lorenzo, y así vino y le venía acompañando don Diego de Córdoba, gran privado del Rey Católico. Fué cosa notable que el mesmo Rey dió al trazador mayor un papel escrito de su mano de cómo le habían de enseñar toda la Casa y a qué hora cada cosa. Llegó a esta Casa la víspera de la Asunción a medio día y fué recibido como persona real. En entrando que entró en la iglesia se puso de rodillas en su sitial y adorada la cruz y dichas las oraciones, oyó una misa rezada y se subió por las gradas del altar mayor. Quiso ver luego la custodia y dijéronle que no tenían licencia del Rey para enseñársela hasta su tiempo, y que se fuese su Alteza a comer que todo se lo habían de enseñar por orden y traza de como su Majestad lo tenía mandado y ordenado, y que ansí se lo enseñarían todo por la orden que dió el Rey Católico. f. 139 r.

Estuvo a las primeras vísperas y el día siguiente a la procesión, misa y sermón. A la tarde, antes de vísperas, fué a caza y mató un venado, que no le dejaron matar más.

Estuvo aquí cuatro o cinco días, y después de haberlo visto todo se tornó a Aranjuez, adonde el Rey le estaba esperando. Allí estuvieron algunos días, y después se tornaron a Madrid, y negociado a lo que venía, se tornó a su tierra, y el Rey Católico se vino a su

---

(1) Véanse algunos pormenores curiosos de esta retirada del conde de Barajas en Cabrera de Córdoba, *Felipe Segundo*, III, 475-76.

Casa de San Lorenzo a pasar el verano, como hacía siempre.

5.—Pasada la Pascua se partió el Rey Católico para Aranjuez con sus hijos a recrearse, adonde estuvo algunos días entretenido en tantas cosas como allí hay en que pasar el tiempo, aunque aquel sitio es malísimo para él, y ansí siempre está malo en aquel lugar, y viendo esto un padre de esta Casa con quien el Rey Católico tenía muy particular afición y mucho amor y le era gran ministro, le dijo: «¿Para qué va V. M. a Aranjuez? ¿No sabe que siempre cae malo? Déjelo, no vaya allá». Y el buen Rey le respondió: «¡Qué quieres!, [lo hago] por no dejar la compañía». De allí se vino a pasar el verano a esta su Casa de San Lorenzo y aquí le tuvo en ella entretenido en su Casa y en acaballa de perficionar.

6.—En estos días se levantaron en Madrid una gente perdida y levantan bandera y atambor y vánse en casa del Conde Estable de Castilla y dícenle que él es su protector y, finalmente, su defensor y que a él tocaba volver por los pobres y que por lo mesmo le quieren por su rey. El Condestable, como fuese buen caballero y tan discreto, les dijo que no tenían razón, que muy buen rey teníamos en Felipe
f. 86 r. Segundo, muy prudente y un santo, que no tratasen | de otra cosa y que mirasen era desatino grandísimo intentar otra cosa, y ansí les dixo otras muchas cosas a este tono, conque los sosegó algo, aunque poco. Saliéronse de Madrid viendo cuán mal lance habían echado, para robar los caminos. Dió luego el Condestable noticia de esta gente y de sus intentos para que desmandada no hiciesen algún mal recado. Avisaron de ello al Rey Católico, y él mandó que les apartasen lo mejor que pudiesen, y que apartados se prendiesen los más culpados y las cabezas y los ahorcasen, y que con esto escarmentarían los demás. Costóles mucho trabajo a los alcaldes el apartarlos; al fin con halagos lo hicieron y ahorcaron una docena de ellos, los cuales parecían más inquietos, y los demás desaparecieron (1). Hízose

---

(1) Cabrera de Córdoba cuenta de modo diferente este motín. «Pregonáronse—escribe—reformaciones cerca del ornato y policía de Madrid por los de la Junta della, y mandaban retirar de las esquinas, calles y plazas los oficios viles dentro de sus moradas y portales, o en los puestos que se les señalarían Ofendidos desto los oficiales, como desta Junta no hay recurso para ningúu tribunal, se ampararon del Condestable, a título de Justicia mayor de Castilla y por la calidad de su persona para que los favoreciese con el Rey. A las dos.

luego información contra el Condestable, y sabida su inocencia, su Majestad le mandó se partiese luego a gobernar el estado de Milán, y ansí lo hizo y estuvo allá gobernando aquel Estado muchos años con grande satisfacción de todo el mundo.

7.—Este verano llegó al Escurial de hacia la Rioja una mujer de muy buen talle, la cual traía engañados a dos curas muy ricos de aquellas partes, y les había hecho creer que era hija del Rey Católico y que la trujesen a su presencia con el acompañamiento debido, y que ella haría con el Rey su padre se lo gratificase muy bien, y sabía tan bien fingir esto y daba tan buenas razones de sí que los pobres curas lo creyeron. Decíales la señora que a lo menos la ciudad de Nájara era suya, y daba muchas | razones, y que cobrada f. 86 v.
ésta ella los pagaría lo que con ella gastasen, cuando el Rey no se lo satisficiese, en traerla a su presencia.

Llegaron con ella al lugar de Abajo (1) y trataron con los privados del Rey Católico este negocio, y cómo traían esta señora hija del Rey. Ellos se espantaron y tomaron las razones que ella daba para hacer en creyente este embuste. Van con ello al Rey Católico, y visto por él mandó a un alcalde de corte examinase muy bien a esta mujer, y si hallase que era loca la mandase enviar a la casa de los locos de Toledo, y sinó lo era la mandase dar ducientos azotes por el lugar, porque se fingía lo que no era. Hízose ansí y halló el alcalde que no tenía entero juicio, y enviáronla a Toledo a casa del Nuncio, y de esta manera se libró de los azotes. Los pobres clérigos se tornaron a sus casas bien corridos y con mil ducados menos que habían gasta-

---

de la tarde fué a palacio, seguido de más de doscientos oficiales, sin valer con ello ruegos ni amenazas para que se volviesen; y pudo tanto que al entrar de la puerta eran ya cuatrocientos, unos como interesados, otros por curiosidad. Habló a don Cristóbal de Mora en el negocio y dixo daría cuenta dello al Rey en buena ocasión; con lo cual y su parecer fué el Condestable a tratar de la materia con el presidente de Castilla. Enfadóse mucho de verle ir con tanta canalla, orgullosa y desenfrenada ya con el amparo del Condestable, encaminado a motín, diciendo unos a otros cerca del suceso que tendría sino remediaba su pretensión el Rey; y así los trató de palabra ásperamente y mandó que el alcalde Pareja prendiese las cabezas de aquella Junta, y luego se deshizo con la prisión de treinta, y el castigo público y afrentoso de cuatro. Resultó poco honor al Condestable, aunque más le disculpaba su celo.» *Felipe Segundo*, III, pág. 472.

(1) Es la Villa de El Escorial, o Escorial de Abajo.

do en esta jornada, con muchas quemazones que les dijeron el conde de Chinchón y otros de parte del Rey. Rióse mucho esto en palacio, y la señora Infanta dicen fué a su hermano el Príncipe y fisgando le dijo: «V. A. me mande dar albricias por una muy buena nueva que le traigo»; y el Príncipe respondió que la dijese, y ella le dijo: «Por una hermana que ha parecido de V. A.»; y contóle lo que pasaba, y entrambos lo rieron mucho, y el Príncipe la respondió: «También es suya», y ansí lo echaron todo en risa y en chacota y pasatiempo.

f. 186 r. 8.—En despachando que despachó el papa Clemente octavo (1) al cardenal Toledo (2), despachó luego a España al Rey Católico a su camarero, gran privado suyo, con su mensaje, y llegó a esta Casa de San Lorenzo a dó estaba el Rey Católico. Pidióle audiencia y significóle a lo que venía y cómo también traía el estoque y birrete, insignias que dan los papas a grandes príncipes y reyes católicos, o a grandes capitanes, como se vió que las dió el santo Pío V al gran duque de Alba cuando supo que había vencido en siete batallas campales a los herejes de Flandes y por lo mesmo rebeldes a su rey, y también se las envió al señor don Juan de Austria después que venció la batalla naval en Lepanto, que tan memorable ha sido.

Recibió el Príncipe estas insignias (3) en el altar mayor de mano de este Nuncio, estando diciendo misa muy solemne y ricamente vestido, al ofertorio. A la tarde dierón la rosa a la serenísima Infanta con

f. 186 v. las mesmas ceremonias; salióla acompañando el Príncipe. Esta flor | bendice el papa el día de Ramos y luego la envía a una gran señora que sea cristianísima, porque encierra en sí cierto misterio.

A lo de la embajada dicen respondió el Rey Católico al Nuncio que dijese a su Santidad que mirase lo que hacía y que no debía creerse tan fácilmente ni tan de ligero de un hombre relapso por tres veces, que su Santidad era padre de todos universal, y que allá se lo hubiese con su conciencia, la cual respuesta estaba aguardando

---

(1) Gregorio XIV.

(2) El cardenal Toledo fué enviado a Francia para tratar de la absolución de Enrique IV, a que se opuso siempre tenazmente Felipe II.

(3) El 24 de agosto. Para más pormenores léanse la *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, del P. Sigüenza, Madrid, 1605, páginas 636-641 y las *Memorias de Garibay*, t. VII del *Memorial histórico español*, Madrid, 1854, págs. 514-517.

el Papa por momentos; y ansí despachado tan bien el Nuncio del Rey Católico luego se puso en camino y se tornó a Roma, adonde le estaba aguardando el Papa por horas.

9.—*Del alboroto que se levantó en Aragón y de cómo el Rey envió a castigarle, y de otras cosas* (1).

En Aragón se levantó por estos días un gran alboroto, y fué que el Rey Católico hacía gran instancia en aquel reino porque le entregasen al secretario Antonio | Pérez para que se trujese a Madrid y f. 169 r. le ajusticiasen, sobre lo cual había el mesmo Rey escrito a muchos personajes muchas cartas y a algunas ciudades de la Corona, y particularmente una, a la mesma ciudad de Zaragoza en que los dice el Rey Católico que «*no ha habido vasallo en el mundo tan traidor y alevoso a su rey como Antonio Pérez lo ha sido conmigo*»; palabras formales del Rey Católico. Con todo eso no bastaba para que aquella gente le quisiese entregar a las justicias del Rey Católico; por lo cual se le hizo un proceso gravísimo de Inquisición, y después de muy bien sustanciado y que tuvo su Majestad noticia de él, escribió a su visorrey, el marqués de Almenara, que fuese con mano armada y sacase de la cárcel al secretario Antonio Pérez y se le entregase a las inquisidores para de esta manera sacarle de su poder. Hízolo así el marqués de Almenara; va a la cárcel pública y saca de allí con los ministros de la Inquisición al secretario Antonio Pérez. El, como se vió perdido, empieza a dar voces, y como tenía tan buena labia y fuese tan buen retórico, y natural de aquel reino, empieza a hacellos una muy elegante plática diciendo, que ¿dónde se sufre que dejasen ellos que les quebrantasen sus Fueros? Que no lo consintiesen y que mirasen que lo mesmo harían de aquí adelante de cualquiera de ellos, y que ya no estaban seguros en ninguna parte; que no dejasen perder tan gran bien como tenían, por su culpa, y tanto les supo decir que en un instante se puso toda la ciudad en armas. Van a la plaza y topan con el virrey y marqués de Almenara y cargan en él tantas espadas y lanzas que era un juicio (2). Defendiéronle bravamen-

---

(1) Para que se vea el desorden de la copia de esta historia, inmediatamente del epígrafe se relata el matrimonio del duque de Alba, que corresponde al mes de julio del año anterior.

(2) 24 de mayo. Parece por el relato del P. Sepúlveda que sólo hubo un

f. 169 v. te sus criados | de que no le hiriesen, pero diéronle muchos porrazos y golpes. Luego van al Justicia mayor y alza bandera contra el rey; y no le valió al pobre mozo cuantas diligencias hizo para persuadillos que iban muy errados, y dicen que por la libertad de sus fueros muy bien pueden, y al secretario Antonió Pérez pusieron en libertad. El marqués de Almenara se fué muy mal parado a su casa y allí de verse tan mal tratado y considerando la gran maldad que aquellas gentes usaron con él, de pura tristeza y melancolía vino a morir dentro de pocos días; y la ciudad y reino todo puesto en armas, y toda era gente perdida.

Traían que era lástima al Justicia mayor y hacían del pobre lo que querían. Hacíanse cada día mil desatinos y otros tantos dislates y mil agravios, y en haciendo que hacían un dislate, que cada día hacían mil de ellos, decían luego: *Averígüelo Vargas.*

Luego al momento tuvo de todo noticia el Rey Católico, y visto tan gran desacato y tan gran traición acordó de castigarlo con grandísimo rigor y como él lo merecía. Y todos los días que duró este motín en la ciudad de Zaragoza era el secretario Antonio Pérez una gran cosa entre ellos, y ansí su dicho y consejo era de gran autoridad, y ansí se andaba paseando por aquellas calles como si no fuera él Antonio Pérez. Resuelto ya el Rey Católico en castigar este motín, y para esto le era gran ayuda el conde de Chinchón, su gran privado y primo del marqués de Almenara, muerto, hizo levantar mucha gente, y puesto todo a punto y muchos tiros de artillería y todo lo
f. 170 r. necesario para | una guerra muy reñida, mandó el Rey Católico hacer alarde de la gente y hallóse que había más de veinte mil hombres, todos muy lucidos y deseosos de hacer una cosa buena. Sólo faltaba que el Rey Católico nombrase Capitán general, porque don Fernando de Toledo, Gran Prior de San Juan, que lo era, acababa de morir en Madrid de su enfermedad, un gran caballero y un santo. Dicen hizo un testamento de un gran caballero y poderoso príncipe; hizo muchas mandas muy grandes, todo a Obras pías; mandó veinte mil ducados para la canonización de la madre Teresa de Jesús, fundadora de las monjas descalzas carmelitas, por tener este caballero

---

motín, pero fueron dos: el primero en la fecha que queda señalada, y el segundo, en el que fué puesto en libertad Antonio Pérez, el 24 de setiembre.

particular devoción con esta santa. Pues por la muerte de este caballero se detuvo el Rey en nombrar algunos días. Al cabo se determinó de enviar a don Alonso de Vargas, gran soldado y famoso capitán, para que se les cumpliese a los señores aragoneses su profecía de que lo fuese *a averiguar Vargas*. Entregado el estandarte en Madrid con grandes ceremonias y leída la carta del General, luego le mandó el Rey Católico que marchase a la ciudad de Zaragoza, y ansí lo hizo, y por sus jornadas contadas llegó allá a los doce días como partió de Madrid, y llegó a vista de la ciudad una tarde y asentó su campo una legua de la ciudad. Cuando los de dentro vieron tan gran campo y tanta gente y tan lucida y tantos tiros de artillería, cosa que ellos nunca tal pensaran, se quedaron espantados, porque nunca ellos creyeran que tal cosa hiciera el Rey Católico. Los de dentro eran muchos y toda gente perdida, y antes que nuestro campo asomase allá hacían grandes fieros y braveaban mucho y amenazaban a todo el mundo. Visto por | ellos que se iba llegando f. 170 v.
el campo a la ciudad, él entró por una puerta (1) y ellos se salieron por otra sin que quedase hombre de ellos en la ciudad con armas, y uno de ellos era el mesmo Antonio Pérez, el cual había estado aposentado en casa de una dignidad todos estos días. Dicen que robó estos días lo que pudo y con ello se acogió, unos dicen que a Inglaterra (2), y que la reina le recibió muy bien, y como le conoció que tenía tan buena habilidad se le envió al rey de Francia presentado, gran cosa suya, tan hereje él como ella.

Entrado que fué el Capitán general luego se apoderó de toda la ciudad, y tomadas todas las puertas y torres, y plantada muy bien su artillería por las partes que le pareció más conveniente, y cierto que no había necesidad de todo esto, porque todos cuantos estaban en la ciudad era gente pacífica, y ansí toda la ciudad le fué [a] entregar las llaves y decille cómo aquella pobre ciudad no había ofendido a su rey y señor, sino algunos pocos y esos eran idos y toda gente baladí y que ya estaban ausentes. El Capitán general tomó las llaves y les dijo se sosegasen que él no había venido a aquella ciudad a

---

(1) 12 de noviembre.

(2) Se acogió a la protección de la princesa Catalina, hermana de Enrique IV de Francia.

dallos pena, sino sólo a castigar a los rebeldes y que estuviesen seguros no se les haría agravio ninguno ni se les tocaría a cosa, y que a solo esto le enviaba el Rey Católico, a ponerlos en paz; y con esto les despidió y se fueron algunos contentos y otros no mucho.

Luego procuró hacer sus averiguaciones y sacar quiénes fueron los principales causadores de este motín. Mandó que naide se saliese de la ciudad ni se ausentase sin su licencia. Hechas ya sus averi-
f. 171 r. guaciones y procesos, particularmente el del Justicia mayor, | segunda persona después del Rey en aquella Corona, grande cosa entre ellos, envióle a decir el Capitán general que se llegase a su posada, que tenía cosas que comunicar con él y que tratar los dos. El bien quisiera no ir, pero el Capitán general persuadió a su madre (1), una gran señora, que aconsejase a su hijo que viniese a su llamado, el cual estaba puesto en seguro con otros muchos, y que él le prometía toda seguridad. La pobre señora creyóse del Capitán general y envió a decir a su hijo que en todo caso haga lo que le manda el Capitán general, porque les cumple a todos el presentarse, y él, pareciéndole que no era tanta su culpa como después se la hicieron; y valiérale harto el no haber ido, sino estarse quedo y huir con los demás; pero a él le había parecido que lo que hizo no era delito ninguno, ni digno del castigo que después le dieron, y que haber alzado bandera para hacer que se le guardasen sus fueros, que muy bien lo había podido hacer. Y con estas confianzas suyas y del Capitán general va y preséntase, y entrando que entró en la ciudad se fué derecho a la casa del Capitán general. Estuvo hablando con él un rato y tomáronle su dicho y di[j]éronle lo que contra él había; y a todo respondió lo mejor que supo, y mandóle el Capitán general llevar preso (2) a una torre, el cual, aunque quisiera tornarse atrás no podía. Afligióse el pobre caballero cuando oyó decir que le llevasen preso bravamente, quejóse mucho del agravio que le hacían por ser cosa nunca vista en aquel reino.

Envió este proceso el Capitán general con otros muchos al Rey

---

(1) Doña Catalina de Urrea.

(2) Don Alonso de Vargas no molestó en nada y aun dejó despachar en su tribunal al Justicia, y sólo obedeciendo a las órdenes terminantes del Rey puso preso a Lanuza.

Católico y él los envió al Consejo Real para que allí los viesen y conforme justicia y leyes del reino disponen sentenciasen. El Consejo Real los tomó y los miró muy despacio, particularmente este que se hizo contra la Justicia mayor. Pues después de muy bien visto y | exa- f. 171 v.
minado, y mirado muy despacio y con mucho acuerdo, dieron su sentencia en el Consejo Real y la firmaron todos los oidores, en que por ella mandan cortar la cabeza al Justicia mayor y le dan por traidor y que se confisquen todos sus bienes para la Corona Real, y sus casas, que eran famosísimas, se echasen por tierra y se sembrasen de sal, y en esto vinieron todos de conformidad sin descrepar uno.

Envióse esta sentencia aquí a su Majestad a esta su Casa de San Lorenzo, y el Rey Católico la vió y se la envió a su Capitán general mandándole la pusiese luego en execución (1).

Vista esta sentencia por el Capitán general mandó poner a punto los soldados y que en medio de la plaza se hiciese un cadahalso, y después de hecho envió a decir a el Justicia mayor que se aparejase y se pusiese [bien] con Dios, y que para esto le daba tres días de término, y que pasados había de morir en el cadahalso, que estaba

---

(1) No pocos autores aseguran terminantemente que la orden de muerte dada contra Lanuza se debió única y exclusivamente a Felipe II, después de haber oído la Junta de Madrid, que estuvo unánime en el pronto castigo de los culpados, pero sin preceder proceso. El que conozca un poco el modo de obrar de Felipe II en asuntos de justicia, tiene que rechazar en absoluto esta afirmación mientras no se apoye en documentos más fidedignos que las *Relaciones* de Antonio Pérez, y el titulado *Proceso*, únicas autoridades que hasta la fecha se alegan.

El testimonio del P. Sepúlveda es en este caso de gran valor histórico, por cuanto no vió con muy buenos ojos el castigo de los aragoneses.

El escritor aragonés fray Marcos de Guadalajara, cuyo testimonio también es de gran peso en estos sucesos, escribe acerca de la sentencia contra el Justicia Mayor: «Entretanto su Majestad dió orden a sus Consejos para el remedio de estas cosas, y para que conociesen el agravio de haber salido contra sus pendones. Los cuales para los primeros determinaron que con particulares Cortes y medios ordinarios se buscase el remedio, y para lo segundo (dando por mal interpretado el Fuero de poder salir contra los pendones del Rey) *pronunciaron sentencia de muerte contra el Justicia de Aragón don Juan*, y que se prendiesen y traxesen a Castilla el duque de Villahermosa y el conde de Aranda. Si estos tres caballeros y otros entendieran haber errado... tiempo tuvieron para ponerse en salvo...» *Quarta parte de la Historia Pontifical General...* Año 1612. Zaragoza, pág. 17, c. 2.

ya hecho y que sólo para él se hizo. Lo que lo sentiría el pobre caballero cualquiera lo podrá considerar: ver que no tenía a dó apelar.

Quedáronse todos en la ciudad atónitos y espantados; andaban todos tamañitos; todo era lloros y gemidos; recibían mil oprobios de aquellos soldados insolentes.

Al tercero día le fueron a leer al pobre caballero la sentencia, y al cuarto se puso en execución. Sacaron al pobre caballero de la torre adonde estaba y subiéronle en una mula lleno de grillos y cadenas. Toda la ciudad [estaba] llena de gente armada para que no se osase naide menear. Paseáronle por todas las calles de la ciudad. Vióse aquel día un llanto general. Iba el verdugo delante pregonando «Esta esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor a este hombre, porque alzó bandera contra su Majestad: mándale cortar la
f. 172 r. cabeza y sus bienes | confiscados a la Corona Real (1)».

---

(1) El secretario Antonio Pérez, en sus interesadas *Relaciones*, dice que la sentencia contra el Justicia Mayor la tomó Felipe II por sí y ante sí, y la orden que para ejecutarla dió a don Alonso de Vargas la transcribe en estos términos: «En recibiendo ésta prenderéis a don Juan de Lanuza, Justicia de Aragón, y tan pronto sepa yo de su muerte como de su prisión. Haréisle luego cortar la cabeza, y diga el pregón así: Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro Señor a este caballero, por traidor y convocador del Reino, y por haber levantado estandarte contra su Rey: manda que le sea cortada la cabeza y confiscados sus bienes, y derribados sus castillos y casas. Quien tal hizo que tal pague.» M. de Pidal, *Alteraciones de Aragón*, II, págs. 378-79. *Relaciones*, Ginebra, 1644, pág. 159.

Este pregón también se copia en el *Proceso criminal*, págs. 271-72, aunque varía algo del texto de las *Relaciones*.

Esto puede ser cierto, pero mientras el falsario Pérez no nos diga de dónde copió las palabras de Felipe II, las ponemos en duda.

Cabrera de Córdoba escribe que la Instrucción sobre este asunto terminaba así de mano de su Majestad: «Todo lo contenido en esta Instrucción valdrá como si fuese comisión y patente despachada por la forma que las tales se suelen y deben despachar, y como si fuese sellada con mi sello y librada por los de mi Consejo y Cancillería; que todo esto y los demás defectos que tenga y pueda tener suplo, y quiero y mando que valga, como si no los tuviese. De mi mano, en Madrid, a catorce de diciembre de mil quinientos noventa y uno. Yo el Rey.» *Felipe Segundo*, III, pág. 588.

Mucho se ha declamado contra el rigor de Felipe II en el castigo de lo que ordinariamente se juzga como mocedad e imprudencia, y aun derecho de don Juan de Lanuza, al levantar bandera contra el ejército castellano. No intento defenderle de este cargo en el poco espacio de una nota; pero si haré notar que no todos los letrados aragoneses estuvieron conformes con la resolución

Llegan al cadahalso y suben a mi pobre caballero arriba, y puesto allí le quitaron todas las prisiones, y quitadas dicen hizo una muy buena plática al pueblo y todos hendían el cielo a voces y gritos; y cierto que fué un gran espectáculo de ver a un señorazo como este tan rico y poderoso y el mayor señor de aquel reino morir por una mocedad que hizo persuadido del pueblo, muerte tan ignominiosa como malhechor o como si hubiera sido el mayor salteador de caminos del mundo. Todos maldecían tanta crueldad. Dicen que este caballero dijo que no había tenido intento de rebelarse contra el rey ni hacerle traición, que si esto supiera que nunca él tal hiciera, sino sólo que se los guardasen sus fueros, y que por el agravio que se le hacía y el no haber ofendido a naide citaba al mesmo Rey delante

---

del acalorado mancebo, antes muchos públicamente y por escrito la contradijeron, y desde el mismo Aragón se escribió al Rey que pusiera a los principios pronto y eficaz remedio a los alborotos, no llegara a suceder lo que en Flandes, donde continuamente España hacía ya muchos años derramaba ríos de sangre y oro. La Junta de Madrid estuvo unánime en el terrible escarmiento. Cuando no hacía muchos meses que la Corte presenció un motín contra el Rey, y en Avila, Sevilla y otras ciudades de España se fijaban pasquines amenazándole, como se verá en el número 10 de este capítulo; y los navarros enviaban embajadas a Enrique de Bearn para que invadiera y tomara aquel reino; y los portugueses estaban en continua conspiración para recobrar su antigua independencia; y en los moriscos bullía inquieta la levadura mahometana que les hacía confabularse con el Gran Turco, enemigo declarado de nuestro nación y raza, pensando a todas horas en una sublevación; y los indígenas americanos daban indicios de vez en cuando de no hallarse muy bien avenidos con la tutela de Castilla; y los Estados italianos suspiraban por quitarse de encima el yugo extranjero, si no se justifican por completo, se explican estas rápidas y terribles medidas. Desde luego el Fuero de la resistencia al ejército del Rey no es claro ni mucho menos; antes varios escritores aragoneses conceden que erraron en su interpretación los letrados del Justicia.

Como muestra de lo apasionadamente que se ha procedido en el juicio de las turbulencias de Aragón puede presentarse el caso de uno de los agitadores más exaltados y activos. «Don Diego de Heredia—escribe el Marqués de Pidal—, el jefe y caudillo principal de los alterados de Zaragoza, que como tal perdió la vida en el cadalso *y que tiene escrito su nombre en el Congreso de los Diputados*, bajo el concepto de defensor de las libertades de Aragón, tenía ideas tan diferentes de las que hoy prevalecen en materia de libertad, que reconvenido en su confesión, por haber mandado dar garrote a varios vasallos suyos sin haberles formado ningún género de proceso, ni oído sus descargos, no negó el hecho; antes sostuvo, que tenía derecho a obrar de aquella manera con sus vasallos.» *Historia de las Alteraciones de Aragón...*, I, págs. XX y 35-36.

del tribunal de Dios para que dentro de quince días pareciese a dar cuenta a la Divina Majestad con él de esta injusticia que con él se usaba. Y de esta manera acabó su plática, y luego le cortaron la cabeza por detrás como a traidor. Y este fin tuvo aquel mozo de grandes esperanzas y de Casa Real y que era la segunda persona después del Rey en aquel reino. Luego se derrocaron sus casas y se sembraron de sal; y casas y oficio que habían permanecido casi ochocientos y más años en los deudos de este pobre caballero hoy se perdió todo con su muerte y mocedad que hizo. El se quedó muerto y el Rey Católico no murió a los treinta días como él le citó (1).

Luego tomó el fiscal real posesión en todas las tierras y castillos que eran muchos, por ser el mayor señor después de duque o conde que había en aquel reino.

La madre de este pobre caballero no se hartaba de llorar y sin remedio por ver que ella mesma entregase su hijo al verdugo, que si ella no le hiciera venir y presentarse nunca muriera y pudiera ser
f. 172 v. que se mudaran las | cosas adelante y se salvara como se salvaron otros. Ella se creyó del Capitán general y el hijo de ella, y ansí se perdió. Mandáronla salir de su[s] casa[s] a la pobre señora, que eran unos palacios principalísimos, y por fuerza la echaron de ellas y las echaron en tierra en un instante con sumo dolor de todos.

Fué cosa notable que el día que en la ciudad de Zaragoza se hizo este castigo a este pobre caballero, este mesmo día hizo el Rey Católico dar en Madrid un hábito y encomienda de Santiago a un hermano suyo; de manera que al uno acullá le estaban cortando la cabeza y deshonrando, y acá a este otro le estaban honrando y dando encomienda. Ello fué una cosa lastimosa y gran compasión.

Adjudicó el Rey Católico este oficio de Justicia mayor para sí y ansí lo provee él a quien quiera por trienios y no más, como antes de agora fuese exercido de padres a hijos.

Luego se procedió contra los demás, que a naide perdonaron, aunque en esto se fueron poco a poco, y al cabo quitaron la cabeza a otros muchos, toda gente principal; a la demás gente y chusma perdonaron con perdón general. Confiscáronse también los bienes de éstos y sus casas se echaron por tierra, y ansí era lástima ver cuál

(1) La muerte de Lanuza fué el 20 de diciembre.

pararon aquella triste ciudad con tantas casas derrocadas y todas muy principales, que no parece sino que enemigos la habían saqueado y arruinado. Tardaron todo el verano y la mayor parte del invierno en la prosecución de este negocio, que como era tan grave íbanse poco a poco y tan despacio; y cierto que la gravedad del negocio lo requería.

Quedaron tan quebrantados los pobres aragoneses con esto, que era compasión y grandísima, porque a todos les cupo parte de estos trabajos, a unos más que a otros.

10.—En estos días (1) pusieron en la ciudad de Avila unos libelos disfamatorios, dicen que contra el Rey (2), en los cantones de las calles públicas, sobre lo cual el Rey Católico hizo enviasen a averiguar este negocio los del Consejo. Parecióles lo haría bien Pareja de Peralta, alcalde de corte. Fué y hizo mil | sinrazones y otras tan- f. 190 r.
tan injusticias. Prendió a muchos y atormentó a otros, y a diestro y a siniestro lo llevaba todo. Dió bravísimos tormentos a un letrado muy principal, por sólo sospechas y nunca pudo hacer que confesase cosa ninguna. A un escribanillo de poca estofa dió tormentos, y éste condenó a muchos sin culpa por el temor de tormentos, y ansí dijo lo suyo y lo ajeno. Condenó a dos caballeros muy principales y al cura de San Martín, y que a dicho de todos era un santo, y a este letrado. A don Diego de Bracamonte, caballero muy honrado y muy bien quisto y amado de todos, le prendió. Estaba en una aldea suya y dijéronselo que iba a prendelle y que se escapase de las manos de aquel tirano, y pudiéndolo hacer no quiso sino darse a prisión. Preso le condenó a degollar (3), y murió el pobre

---

(1) Lunes 21 de octubre.

(2) Ciertamente eran amenazando al rey. «Si alguna nación en el mundo —se decía en los pasquines, que fueron siete, fijados en sitios públicos de la ciudad donde todos los pudieron leer—debía por muchas razones y buenos respetos ser de su rey y señor favorecida, estimada y libertada es sólo la nuestra; mas la codicia y tiranía con que hoy día se procede no da lugar a que esto se considere. ¡Oh España, España!... Vuelve sobre ti y defiende tu libertad, pues con la justicia que tienes te será tan fácil, y tú, Felipe, conténtate con lo tuyo y no pretendas lo ajeno y dudoso, ni des lugar y ocasión a que aquellos por quien tienes la honra que posees, defiendan la suya tan de atrás conservada, y por las leyes de estos reinos defendida.»

(3) Fué degollado el 17 de febrero de 1592.

caballero, según dicen, sin culpa. Toda la ciudad se cubrió de luto y clamaban al cielo y pedían venganza. A don Enrique de Avila, otro caballero, le condenó a cárcel perpetua (1).

Apelaron al Consejo Real de muchas cosas de este alcalde; vióse el proceso en Consejo, y vieron que fué mal muerto este caballero, y prendieron al alcalde por estas cosas y otras muchas que le acumularon, y muchos cohechos que tenía hechos, y el desventurado de verse preso y remordido de su mala conciencia se murió rabiando, y ansí acabó, que si nó no parara en bien.

Al caballero, después de muerto, dieron por libre. Sirvió siquiera de que no fuese tenido por traidor, como él lo dijo en la sentencia que le dió, y confiscados sus bienes para la Corona Real. Todo se dió por nulo.

Al pobre cura no es razón le pasemos en silencio. Era un hombre muy honrado y un santo a dicho de todos y en gran opinión de que lo era. Diéronle bravísimos tormentos sobre este caso. Unos
f. 190 v. dicen que negó siempre, otros | que confesó, y es lo más cierto, lo que no había hecho, y por esto le degradaron y le quitaron cuanto tenía, y le sentenciaron a galeras, y quedando manco de un brazo de los tormentos, le llevaron a Toledo, y allí le pusieron entre otros galeotes para llevarle a galeras, y allí de mal pasar vino a morir pobre y sin culpa entre malhechores. Fué muy llorado este buen cura en toda la ciudad, y hoy día le lloran, porque era verdadero padre de pobres, y que hace tanta falta en la ciudad. Fué grande la crueldad que con este buen cura se usó y grandísima la sinjusticia que le hicieron y mucha la crueldad con que le trataron, y sacerdote. Dios le quiso mucho en querelle llevar por este camino y acordarse de él. El murió alabando a su Criador, y el que le hizo mal a él le vió todo el mundo morir rabiando; que de esta suerte paga el Señor a los que hacen mal a sus siervos y sacerdotes y que él quiere bien (2).

f. 173 v. 11.—El Rey Católico se partió de aquí de San Lorenzo el Real pasada la fiesta de Todos Santos a Madrid, a dar priesa y calor

---

(1) Fué sentenciado a muerte; pero habiendo apelado, se le conmutó la sentencia y se le encerró en la fortaleza de Turégano.

(2) Pueden verse con más extensión los incidentes de esta causa en el

en los negocios de Aragón, porque estando aquí no podía desocuparse tanto como estos negocios requerían.

Marqués de Pidal: *Alteraciones de Aragón*, t. II, lib. VI, págs. 46 y 240, nota; y especialmente en la *Historia de Ávila, su provincia y obispado*, por D. Juan Martín Carramolino. Madrid, 1873, t. III, págs. 253-260.

Cabrera de Córdoba escribe lo siguiente acerca de este caso: «En Ávila parecieron letrones fixados sobre la paga de los millones... Para ver lo que pasaba en todo, me envió el Rey desde San Lorenzo a la ciudad, y le referí la quietud general y la admiración de haber su Majestad hecho más demostración de su indignación que con otras ciudades, donde también hubo carteles. Respondió: «Agora sabéis y saben ellos que donde están enseñados a llevar el decir al hacer, no se ha de aguardar a que hagan.» Yo le repliqué me admiraba de que sintiese de tal manera de ciudad que le había dado tantos y tan valerosos capitanes y victorias y lustres a su corona, y dixo: «Es verdad; mas ¿no depusieron ahí al rey don Enrique y favorescieron a Juan de Padilla, tirano?» Yo le supliqué advirtiese fué Ávila el cadalso donde se representaron aquellas tragedias, pero no eran de ella los que las hicieron...» *Felipe Segundo*, III, pág. 504.

CAPITULO XI

1592

[1. Visita de los monasterios jerónimos de Portugal.—2. Convoca Felipe II las Cortes de Aragón.—3. Tiene el Rey Católico la Semana Santa en San Lorenzo el Real.—4. Viaje de Felipe II a las Cortes de Tarazona.—5. Auto de fe en Zaragoza; procesos contra Antonio Pérez, y otros culpados en los alborotos de Aragón. — 6. Manda Felipe II poner en libertad a la mujer e hijos de Antonio Pérez.—7. Muerte y cualidades de fray Diego de Chaves, confesor del Rey Católico. — 8. Temporal de lluvias durante el verano de este año en San Lorenzo el Real.—Cortes en Pamplona y Tarazona; muerte del arzobispo de Zaragoza, y vuelta de Felipe II a Madrid.]

f. 182 v. 1.—Por este tiempo había muchos días que el Rey Católico había mandado al General de la Orden de San Jerónimo se enviasen dos frailes visitadores al reino de Portugal, y el uno de ellos dijo que era su voluntad fuese el padre fray Juan de Quemada, fraile profeso de su Casa de San Lorenzo, por la mucha satisfacción que de él tenía de su mucha prudencia y gran religión y mucha observancia. Hízose ansí y nombraron otro con él; a un catalán (1), gran letrado entre los señores catalanes. Estos dos padres fueron a visitar las casas de aquel reino y después de visitadas, los mesmos portugueses quisieron elegir en su provincial a uno de estos dos padres y entraron a votar y salió provincial el padre fray Juan de Quemada, contra voluntad del que en Castilla mandaba la Orden, que quisiera mucho sacaran al padre catalán, porque se espantaron harto de que saliese provincial el que salió, y más se espantó él, porque nunca lo pretendió ni lo quisiera si en su voluntad lo dejaran, y ansí se hubo de quedar, y su compañero tornarse a Castilla, bien triste, porque nunca él pensó

---

(1) Llamábase fray Lorenzo de Abiu, profeso de la Murta de Barcelona y visitador general de Aragón. P. Fr. Francisco de los Santos: *Qvarta parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1680, pág. 47, c. 2.

que le dejaran a él los señores portugueses por otro ninguno, pero engañóse.

2.—El Rey católico iba dando mucha prisa por este tiempo para que los negocios de Aragón se concluyesen ya con brevedad, y para esto escribió a su Capitán general para que se diese cuanta prisa pudiese, y que publicase Cortes generales para después de Pascua de Resurrección en la ciudad de Tarragona (1) y que pensaba él mesmo en persona hallarse en ellas, y que para entonces estuviesen todas las cosas aparejadas y todos juntos, porque pasada la Pascua se comenzasen luego; y porque no tardasen envió sus poderes al arzobispo de Zaragoza para que asistiese a ellas en su lugar, y ansí se hizo y se puso luego por obra. f. 174 v.

Escribió luego a los inquisidores mandasen tener a punto el auto para el día de la Santísima Trinidad, porque pensaba hallarse él en persona por autorizarle más, si sus achaques e indisposiciones le daban lugar a ello; y ansí el Rey Católico mandó que se aprestasen todas las cosas necesarias para esta jornada y ansí se [vi]no a tener la Semana Santa a esta su Casa de San Lorenzo.

3.—Estuvo en la procesión el domingo de Ramos, y el Jueves Santo llevó las varas del palio del Santísimo Sacramento y luego hizo su mandato en que lavó los pies a doce pobres y los dió de comer y de vestir. A todo esto le ayudó el Príncipe su hijo.

El Viernes Santo hizo lo mesmo; adoró la cruz y hizo aquella ceremonia | de perdonar la vida a tantos homicidas o condenados. f. 175 r.

El día de Resurrección estuvo en la procesión con sus hijos, por convidar a ello el buen tiempo. Este día comió en el refectorio con los frailes y con él juntamente el Príncipe su hijo, cosa que se ve muy raras veces, y esta fué la última vez que el Rey comió en el refitorio, y tampoco no le dieron lugar sus achaques y ocupaciones a venir más a tener la Semana Santa a esta su Casa ni le dejaron venir los médicos ni sus privados, aunque todos los años tenía mucho deseo de venir. Acudían tantos a decirle que le era muy pernicioso el venir [a] esta Casa, y ansí le desviaban de que no viniese, y el buen Rey por darlos contento no venía, pero enviaba todos los años persona en su nombre que asistiese a todo; y después el buen

(1) Léase Tarazona.

Rey le preguntaba le contase todo lo que había pasado y cómo se había hecho el oficio divino y con esto se entretenía un poco (1).

4.—Pasada la Pascua, luego se partió el Rey Católico para Balsaín y estuvo allí dos días holgándose. De allí pasó a Segovia (2) y después a Párraces (3), adonde el prior de su Casa de San Lorenzo le estaba esperando. Pidiéronle con mucha instancia mandase su

---

(1) Por no haber podido transcribirlo en otro lugar, pongo aquí el siguiente curioso relato del P. Sepúlveda, referente probablemente a esta Semana Santa de 1592, porque entre este año y los de 93 y 94 se acabó de pintar y adornar la Biblioteca:

«En estos días se acababa ya de pintar la librería principal y fué lo último que se pintó, y ansí salió tan perfecta y acabada, pues es la mejor cosa y la más linda pieza que se sabe hay en el mundo todo a dicho de todos, pues lo muestran bien sus grandes pinturas y doradas figuras, y ricas maderas traídas
f. 114 r. del | cabo del mundo, tantas y tan extrañas figuras con tan acabadas colores, y todo puesto por tan lindo orden con tantas historias, que todo dice la majestad y grandeza de su fundador, con tan lindos y costosos libros y otras muchas cosas muy grandiosas que tiene esta oficina, que la hacen tan famosa y grandiosa; digo que es el sello y la cifra y el crisol de toda esta octava maravilla del mundo y que en esta pieza se cifra todo.

Ya en este tiempo estábamos cerca de la Semana Santa y así el Rey Católico se desembarazó de todo y se vino luego, porque deseaba mucho venir a ver algunas cosas que ya estaban acabadas. Llegó a esta su Casa la víspera de Ramos; teníanle hecho el monumento porque gustaba infinito de verle y con mucha razón por ser mucho de ver y por haber sido traza suya.

Asistió a los oficios divinos de la Semana Santa y hizo su mandato el Jueves Sancto ayudándole el Príncipe su hijo, y en la procesión llevaron las varas del palio del Sanctísimo Sacramento. El Viernes Santo adoró la Cruz y perdonó a muchos delincuentes, costumbre muy usada de los Reyes de España.

El Domingo de Resurrección estuvo en la procesión y en la misa con sus hijos y comió en el refitorio con sus frailes, donde los regaló con muchos regalos y mucho más con su presencia real, y aquí se estaba entretenido en esta su Casa en sus santos exercicios y otras santas ocupaciones. Otras [veces] se salía a desenfadar y se iba de casa y en lo que más se ocupaba, después de muchos ratos de oración, era en acabar de perficionar esta su Casa y gobernar estos sus reinos.»

(2) El Rey, «habiéndose holgado cierto tiempo en sus bosques, vino [a] hazer su entrada en la ciudad de Segovia, sin recibimiento público, domingo en la noche, a siete de junio, y fueron hechas muchas luminarias por todas las calles», *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592...* recopilada por Enrique Cock, archero de su Mag.^{d}..., anotada y publicada de Real Orden por Alfredo Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa. Madrid, 1879, pág. 9.

(3) 13-15 de Junio. Cock, o. c., pág. 13.

Majestad aderezar aquel claustro que se iba al suelo y el Rey Católico lo prometió de hacer.

Estando en aquella casa le envió una embajada el príncipe de Orange, a quien el Rey Católico tenía preso en la fortaleza de Arévalo, pidiéndole le diese licencia para ir a besalle las manos, y el Rey no arrostró a ello, y por eso no pasó por aquel lugar. De Párraces pasó a Salamanca (1) y de allí pasó por sus jornadas a Valladolid, y aquella nueva ciudad hizo grandes fiestas al Rey y al Príncipe, y de aquí quedó tan aficionado [a] aquel lugar, y también le hicieron grandes | presentes en agradecimiento que S. M. tuvo cuidado f. 175 v.
de hacer aquel lugar suyo y patria donde él había nacido ciudad y obispado, contradiciéndolo todo el mundo y le ilustró tanto (2).

Aquí dicen que el doctor Valles, protomédico famoso del Rey Católico, se topo con el doctor Mercado y le contentó tanto que se le llevó al Rey y le dijo: «Señor; Valladolid tiene este médico que es

---

(1) Así en el manuscrito; pero debe decir *Simancas*.

(2) «Y comenzando brevemente del recebimiento que el primer día a su Magestad y Altezas se hizo, yo prometo y certifico a v. m. que aunque he visto diversas cortes de Reyes y Príncipes, y de muy grande magnificencia, que en mi vida he visto cosa de tanta grandeza... Entró su Magestad a las seis de la tarde sábado a veintisiete de junio, y venía en una carroza con la señora Infanta. Era la carroza abierta de manera que todos pudiessen ver las personas Reales que dentro yvan con mucha facilidad, porque assí avía querido su Magestad se hiciesse por dar contento y consuelo a aquel su amado pueblo, que tanto avía desseado su vista: y por lo mismo le hizo su Magestad otro particular favor y merced, que fue querer que su Alteza del Príncipe entrasse a cavallo al lado de la carroza, que cierto consolava a todos los que le miravan...

A esta entrada que su Magestad hizo en Valladolid se siguieron después muchos regocijos que en esta Villa se hicieron, como fueron passeos, carreras, máscaras de a cavallo, toros y juego de cañas, y esto todo con mucho aparato, maravillosas invenciones, y ricos aderezos. Y después en el río, que en esta Villa es hermoso, y de linda ribera, fiestas de agua, echando en él galeras y barcos, y haciendo juegos y encuentros navales de mucha destreza y arte. Al fin fué menester que su Magestad mandasse poner término a las fiestas, porque no fuessen tan grandes los gastos que se hacían, que de otra manera no pararan aquí.» *Relacion de vn Sacerdote Ingles, escrita a Flandes... de la venida de su Magestad a Valladolid, y al Colegio de los Ingleses, y lo que alli se hizo en su recebimiento. Traduzida de Ingles en Castellano, por Tomas Eclesal cauallero Ingles.* Madrid, 1592, fols. 16 r.-18 r.

Salió Felipe II de Valladolid el martes 25 de agosto. Cock, ob. cit., pág. 33.

mejor que yo: V. M. tome para sí y honre mucho al Dr. Mercado.»

De aquí pasó el Rey Católico a Burgos (1) y estuvo en aquella ciudad algunos días; aquí estuvo muy malo y desahuciado el marqués de Velada, mayordomo mayor del Príncipe y que fué su ayo aquí le dió el mal de la muerte al Dr. Valles, de que vino a morir dentro de siete días con grandísimo dolor de todos por ser el mejor médico que ha habido desde Galeno acá. Fué grandísimo letrado y consumado filósofo, tanto que la Filosofía de Valles se tiene por cosa divina y del cielo. Entró luego en su lugar el Dr. Mercado. También dicen murió aquí el Dr. Victoria, entrambos médicos del Rey.

De aquí pasó el Rey Católico a San Juan de Ortega (2); estuvo en aquella casa y visitó al santo, y de aquí pasó a la Rioja y estuvo en la Estrella (3), casa de la orden de San Jerónimo. Aquí estuvo su Majestad por espacio de cincuenta días, muy malo de su gota y pensaron que se muriera y ansí no pudo ir al auto que se había de hacer el domingo de la Trinidad; pero con todo eso envió el Rey a decir que se continuasen las Cortes y se hiciese también el auto de Inquisición. Y ansí lo mandó escribir a los inquisidores, que le pesaba mu-
f. 176 r. chísimo de no poderse hallar y asistir | al auto, pero que con todo eso se hiciese aunque él no estuviese a él.

El arzobispo de Zaragoza le avisaba de todo lo que en las Cortes se hacía. Pidióles muchas cosas el Rey Católico y quitoles casi todos sus fueros, a lo menos los más esenciales (4), y con esto los dejó algo más oprimidos de lo que solían estar.

El mal del Rey Católico iba tan adelante por ser la tierra muy húmeda, por lo mesmo dañosísima para su enfermedad, que muchas veces le temieron y pensaron peligrara; y la causa dicen fué el mudarle de cura, que como su médico Valles le solía curar sangrándole y purgándole, Mercado no, sino con untos, y de aquí vino a estar tan malo. En todo este tiempo estuvo el exército en la ciudad de Za-

---

(1) Entró en Burgos el domingo 6 de setiembre. Cock, ob. cit., pág. 42.

(2) 30 de setiembre. Cock, o. c., pág. 49.

(3) Llegó el 6 de octubre, y estuvo enfermo hasta el 7 de noviembre, en que siguió su viaje. Cock, páginas 53 y 55.

(4) Esta es una exageración del P. Sepúlveda: lo más esencial de los fueros quedó como estaba; sólo se modificaron, con acuerdo de las Cortes, algunas cosas que la experiencia pedía transformar.

ragoza, y estuvo hasta que se resolvieron las Cortes. Cuando el Rey Católico llegó allá después de su convalecencia, que fué bien larga, estuvo muy pocos días en las Cortes, porque cuando llegó casi todo estaba hecho y determinado, y ansí no fué menester detenerse.

5.—El día de la Santísima Trinidad fué el día que estaba diputado para que se hiciese el auto de Inquisición, y fué el más famoso que para siempre se había hecho en aquella ciudad, porque como se había publicado que se había de hallar en él el Rey Católico acudió muchísima gente, y el auto fué muy grande porque trujeron de otras partes delincuentes con esta ocasión. Llegado que fué el día, muy de mañana estaban ya tomadas las ventanas y asientos, de manera que cuando entraron los inquisidores no faltaba nada.

Luego trujeron los penitenciados y éstos fueron muchos. Por el primero que comenzaron fué por el secretario Antonio Pérez. Llamáronle muchas veces a pregone[s] | para que delante todos pare- f. 176 v.
ciese a responder por sí, y llamáronle por sus plazos. Visto que no parecía ni se presentaba al plazo asignado trujeron allí su estatua y diéronle un accesor para que respondiese por él. Leyéronse allí delante todos sus culpas, y las respuestas que dió no fueron bastantes. Diéronle por hereje y leyéronse allí sus errores, y convencido de ellos con muchos testigos, dado Antonio Pérez por hereje, sentenciáronle a quemar, y porque no pareció mandaron quemar su estatua y a él condenaron y a su memoria. Diéronle por judío, descendiente de judíos y condenáronle a él y a todos sus hijos y descendientes hasta la cuarta generación, y que no pudiesen tener oficio ni beneficio. Entregáronle luego al brazo seglar para que se pusiese luego por obra y ansí se quemó luego su estatua públicamente y se puso en execución lo demás. Luego procedieron los inquisidores los demás negocios de los otros y ansí se acabó el auto (1).

Acá en Castilla quitaron a los hijos del secretario Antonio Pérez las prebendas que tenían por la Iglesia: son dos los hijos y tenían muy largamente de comer.

Luego se supo en Madrid cómo se había condenado la memoria de Antonio Pérez y se imprimió su sentencia y se envió por

---

(1) El auto fué el 20 de octubre. La sentencia contra Antonio Pérez puede verse en la *Colección de documentos inéditos*, XII, páginas 558-562.

toda España y en esta Casa la vi y leí. Sus bienes [fueron] adjudicados a la Corona Real.

El Consejo Real visto esto pronunció sentencia contra la mujer y hija del secretario Antonio Pérez en que les condenan a cárcel
f. 177 r. perpetua con sus dos hijos, y los mandaron llevar a la fortaleza | de Pinto, y allí estuvieron algunos años.

Al secretario Antonio Pérez le hizo otro proceso la justicia ordinaria y le probaron que era sohomético, y no sólo esto mas no hay pecado ni maldad ni se puede imaginar abominación que un hombre puede hacer que no se le probase a este desventurado que no le hiciese; y a esta desventura llegan los que vienen en tanto aborrecimiento y odio de sus Príncipes y Reyes, como llegó este desventurado, que se hallaron tantos que jurasen de él tantas y tan abominables cosas como juraron contra él, y de creer es que si no fuera verdad naide jurara contra él, y en especial en cosas de fee, y pues el Santo Oficio le dió tal sentencia, siendo tribunal tan misericordioso, no tendría yo por seguro decir que aquí hubo pasión, sino que en realidad de verdad él pecó en esto gravemente, y conforme su pecado le dieron la sentencia y penitencia.

Y este es el fin tan miserable que tuvo el secretario Antonio Pérez. No le han podido coger; dícese está en Francia por muy cierto, y el Rey Católico no ha querido hacer diligencia para que le prendan, que bien creo que si la hubiera hecho que se le hubieran traído del cabo del mundo, cuanto y más de Francia. Todos sus bienes se confiscaron y no ha quedado piedra sobre piedra de cuanto tenía, que no parece sino que era hacienda de trasgos según se ha consumido y acabado.

6.—A la mujer, después de haber pasado algunos años, la dió el Rey Católico entera libertad, y fué de esta manera. Llamó el Rey a un alguacil de corte y díjole: «Id a Pinto, y sacad de la prisión a la mujer de Antonio Pérez, y traelda en un coche aquí a Madrid, y convidadla con vuestra casa, y si no la quisiere decidla que a qué
f. 177 v. casa quiere que la llevéis, y a donde os | dijere que la pongáis ponedla allí y tornaos a vuestra casa, y después de hecho venídmelo a decir.» Luego puso el alguacil por obra lo que le manda el Rey Católico que hiciese. Va a Pinto y entra en la fortaleza y dice a la mujer de Antonio Pérez: «Señora: véngase conmigo a Madrid, que

S. M. lo manda ansí» (1). La mujer y hijos cuando oyeron esto alzan el grito al cielo y todo fué llorar, porque pensaban que la llevaban para ajusticiarla. Despidióse de sus hijos con grandes lágrimas y suspiros, y el alguacil la metió en su coche y la fué consolando hasta ponerla en Madrid. Llevóla el alguacil a su posada y propia casa, y díjola, estando a la puerta: «Señora; esta casa es mía. Si v. m. se quiere servir de ella y de cuanto yo tengo todo está a su servicio. Apéese v. m. porque ansí me lo manda su Majestad; y si v. m. no gusta de servirse de esta casa mire a qué casa quiere ir de este lugar que yo la llevaré; y perdóneme v. m. que no puedo hacer otra cosa». La mujer de Antonio Pérez cuando oyó esto tornó de muerte a vida, porque había pensado la traían a matar. Respondióle que se lo agradecía mucho, y le dijo estimaba infinito tan honrado ofrecimiento como le había hecho, y que le suplicaba la llevase en casa de fulano; y ansí lo hizo, y la sacó de su coche y la puso en casa de quien ella le dijo, y se despidió de ella y se fué a su casa.

Luego fué el alguacil al Rey Católico a darle cuenta de lo que pasaba, y cómo los hijos quedaban dando mil gritos al cielo pensando que V. M. la llamaba para hacerla ajusticiar. El Rey Católico, como príncipe tan benigno y misericordioso, perdonó también a los hijos; y preguntóle el Rey: «¿Dónde la pusisteis?» Y el dijo: «Señor; ella me mandó que la llevase en casa de fulano, que en mi casa no quiso quedar aunque | se la ofrecí, y allí queda.» «Pues andad, dijo f. 178 r.
el Rey, y soltad a los hijos y ponedlos con su madre y dejádselos allí y no lloren más, que harto han padecido los pobres.» Luego tornó el alguacil a Pinto y sacó a los hijos y los llevó a la madre y ella holgó con ellos (2).

---

(1) Antonio Pérez pone de este modo las palabras del alguacil: «Señora; su Magestad manda que v. m. sea puesta en libertad; que se vaya adonde quisiere, a la corte, o adonde mandare, y que pueda pedir lo que bien visto le fuere; pero que estos señores y señoras se queden aquí en la misma prisión». *Las Obras y Relaciones*, pág. 473.

(2) Hasta hoy se ha afirmado unánimente que la mujer e hijos de Antonio Pérez fueron puestos en libertad en los meses de abril y agosto del año 1599. El fundamento de esta afirmación se halla en las siguientes palabras de Cabrera de Córdoba: «Han dado libertad a la muger del secretario Antonio Pérez, la cual está aquí procurando las de sus hijos, que todavía quedan presos.»

Y este fué el fin que tuvieron la mujer y hijos del secretario Antonio Pérez, y ansí se acabó su gloria y la majestad con que se servían, y ahora viven de prestado, o de lo que otros les dan, porque no les quedó cosa con cosa de cuanto el padre tenía, hasta que después de algunos años el papa Clemente octavo los mandó tornar sus prebendas a los hijos por no haber tenido ellos culpa de lo que pecó el padre y ansí él lo paga todo, y a los hijos dió el Padre Santo por libres y mandó que los tornasen todo cuanto los habían tomado y quitado, y ansí se hizo que se lo tornaron, y de eso viven y muy honrados por ser muy buenas y muy ricas sus prebendas; que como el padre lo podía todo dióles cuanto quiso.

f. 191 v. 7.—En estos días fué nuestro Señor servido de llevarse para Sí al confesor del Rey Católico, fray Diego de Chaves, fraile dominico, un fraile de muchas partes y grandes merecimientos.

El Rey Católico, vista la muerte de su confesor, se determinó de no tomar confesor, ni dar cédula a naide, visto cómo ya era viejo y que naturalmente según sus achaques y graves enfermedades no podía vivir mucho; y por estas razones y otras semejantes, que como Rey tan sabio y prudente él sabía.

«Háse dado libertad a los hijos del secretario Antonio Pérez, los cuales están aquí con su madre.» *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España, desde 1599 hasta 1614.* Obra escrita por D. Luis Cabrera de Córdoba... Madrid, 1859, págs. 17 y 36.

Cabrera de Córdoba, que no es historiador de tanta autoridad como ordinariamente se le concede, y en muchos de sus asertos no aquilató bien la verdad, limitándose a copiar a otros autores, según podría probar con múltiples ejemplos, es probable que tomara la noticia de Antonio Pérez: «Por abril siguiente del año de 99—escribe en una de sus cartas el famoso secretario—(que todos aquellos meses se estuvieron aquellos Inocentes en aquel silo enterrados) vino orden del Rey que diessen libertad a la madre doña Joana mi muger.»

Y en otra dice sobre este mismo asunto: «He tenido aviso que están en libertad doña Juanna y sus hijos, con la piedad del Rey que suena y resuena por todas partes, y con el favor del marqués de Denia, cuyos consuelos, me dicen, que han comenzado a animar mucho a aquella señora.» *Las Obras y Relaciones...*, Ginebra, 1644, págs. 473 y 604.

¿Quiénes están en la verdad, Antonio Pérez y Cabrera de Córdoba, o el P. Sepúlveda? Cuestión difícil de resolver mientras no poseamos más documentos.

Desde luego un poco inverosímil es que el P. Sepúlveda inventara tantos

Y ansí puso los ojos en el prior de esta su Casa de San Lorenzo el Real, y ansí le pareció que pues él de ordinario había de estar aquí lo más del tiempo, de que él le confesase, y ansí | él le con- f. 192 v.
fesaba.

8.—Este verano, que fué el del año de mil y quinientos y noventa y dos, miércoles, a doce días del mes de agosto y los cuatro días siguientes, llovía tanto y tan desaforadamente y con tanta furia que no sé yo hubiesen visto tal cosa los nacidos, y tan de veras y con tanto sosiego sin género de trueno ni relámpago; tanto que en esta Casa de San Lorenzo, donde el Rey Católico estaba (1), tuvimos necesidad de cenar con luz y decir con luz completas, por la grande escuridad que hacía. Y por ser cosa notable la puse aquí, y cierto que lo fué, por ser en tal tiempo.

9.—El Rey Católico estuvo en la Estrella, casa de la Orden de San Jerónimo, muchos días convaleciendo, y en estando bueno se partió para Logroño (2), y de allí fué a la ciudad de Pamplona (3), cabeza del reino de Navarra, y allí fué recibido con grande fiesta y regocijo, y allí estuvo el Rey Católico algunos días. Hizo Cortes y en

---

pormenores. Si éstos están relatados como sucedieron, no pudo ser Felipe III el que mandó libertar a la familia de Pérez, porque el Rey salió de Madrid el 21 de enero de 1599 y no volvió hasta el 24 de octubre. Novoa: *Documentos inéditos*, XL, págs. 67 y 128.

En el tomo XII, pág. 574, de la citada *Colección de Documentos inéditos*, encuentro esta nota: «Hemos leído en un manuscrito coetáneo que estando Felipe II muy próximo a morir, había mandado sacar un papel que guardaba debajo de su cabeza (!), donde entre otras cosas se decía: «A la mujer de Antonio Pérez, con que se meta recogida en un monesterio, la podrán soltar y volverle la hacienda que le toca, y sus hijas hereden la parte della.» Es tan peregrina esta supuesta nota que Felipe II conservaba debajo de su cabeza (o cabecera, según más acertadamente leyó D. M. Lafuente) ordenando la libertad de doña Juana Coello para encerrarla a continuación en un monasterio, y supone la manera de guardar la dicha nota tanta preocupación en el Rey, que creo no se fijaron mucho en su contenido los individuos de la Academia de la Historia D. Miguel Salvá y D. Pedro Sáinz de Baranda; pues de lo contrario, no la hubieran copiado. De Felipe II sé que guardaba con mucho orden y cuidado todos sus papeles en cofres y escritorios; pero nunca he leído que por muy importantes que fueran los metiera debajo de la cabecera.

(1) Esto no puede ser, porque en junio marchó de aquí Felipe II a Navarra y Aragón y no volvió a Madrid hasta el 15 de diciembre.

(2) Miércoles 11 de noviembre. Cock., pág. 56.

(3) Jueves 19 de noviembre.

ellas hizo jurar al Príncipe su hijo (1), y hubo aquel día mucha fiesta y los navarros se esmeraron mucho por quitar la sospecha que se tenía de ellos de que llamaban al Rey de Francia viniese a tomar su
f. 178 v. reino, que es suyo de derecho | , o él lo solicitaba por mejor decir; y de allí pasó en el reino de Aragón y entró en la ciudad de Tarragona (2), adonde se hacían las Cortes, y allí hizo que jurasen de nuevo al Príncipe y dió prisa en que se resolviesen las Cortes, y andando muy negociado en estas cosas murió el arzobispo de Zaragoza (3) casi de repente. Dicen que por comer unas truchas que le presentaron, y que le dieron en ellas rejalgar. Sintió mucho el Rey Católico su muerte, y mucho más el conde de Chinchón por perder tan buen hermano, y por estar cierto le ayudaron. Pidió al Rey Católico le diese aquel arzobispado para quien él quisiese y ansí se hizo, y se le concedió, y él se le dió a Santos (4), secretario de su hermano, y de esta manera los dejó a todos contentos y ricos. No quedó ninguno que no le diese muy bien de comer, hasta el cocinero; y con el mozo de cocina tuvo cuenta y también le cupo su parte, que hasta en esto anduvo muy honrado el Conde.

Pidió muchas cosas el Rey Católico en aquellas Cortes y concediéronselas mal de su grado, y quitóles casi todos sus fueros, a lo menos los más esenciales, y puso de su mano el Justicia mayor; y con esto se resolvieron las Cortes y el Rey Católico se vino luego para Madrid y entró en él (5).

---

(1) La jura fué en domingo, 22 de noviembre. Idem, pág. 66.

(2) Lunes 30 de noviembre. Léase *Tarazona*.

(3) 25 de agosto.

(4) Aquí hay error: D. Andrés Santos Quintana fué el antecesor inmediato de D. Andrés de Cabrera y Bovadilla, y murió en 13 de noviembre de 1585.— El sucesor de D. Andrés de Cabrera y Bovadilla, fué D. Alfonso Gregorio, que rigió la sede zaragozana desde 1593 a 1602.

(5) Salió Felipe II de Tarazona, sábado a 5 de diciembre, y llegó a Madrid a mediados del mes. Cock., 77 y 85.

CAPÍTULO XII

1593

[1.—Pasa Felipe II el verano en San Lorenzo el Real.—2. Suceso acaecido en Segovia contra un monje jerónimo.—3. Viene a San Lorenzo el Real el archiduque-cardenal Alberto para ayudar en el gobierno al Rey su tío. Entran en las Juntas de Estado el príncipe Felipe y el Archiduque-Cardenal. Notables palabras de Felipe II.—4. Conversión de Muley Xeque de Marruecos (Don Felipe de África): su bautizo en San Lorenzo el Real: mercedes que le hace el Rey.—5. Casamiento en San Lorenzo del marqués del Valle, nieto de Hernán Cortés.—6. Correrías de las escuadras inglesas por las costas españolas.—7. Curiosa relación de la venida a España de la Soldana de Argel: recibimiento y dádivas que le hizo la Familia Real.]

1.—El Rey Católico se estuvo en Madrid hasta la fiesta de la Ascensión, entretenido en el gobierno de sus Estados. Vínose a tenella a esta su Casa de San Lorenzo, y no pudo antes ni le fué posible por sus achaques, y aquí se estuvo todo el verano, pero muy malo de su gota, porque le apretó más que nunca le había apretado en este sitio, particularmente la mano derecha con los dedos pulgar y el índice se le hincharon tanto que fué necesario que se los abriesen, y abiertos salió mucha materia, y con esto sosegó un poco y fué mejorando cada día hasta que fué Dios servido de que de todo punto mejorase y estuviese bueno, aunque muy flaco y con muy pocas fuerzas. f. 179 r.

2.—En estos días el General de la Orden de San Jerónimo envió a suplicar al Rey Católico su Majestad le diese licencia para venir a hablarle que tenía negocios que tratar con su Majestad, y él se la envió y vino a esta Casa donde estaba a la sazón el Rey. Hablóle y pidióle licencia para celebrar capítulo privado en esta Casa, y el Rey, como tan bueno, se la dió.

Pues antes que el General partiese de aquí para su casa le vino f. 179 v.

nueva de cómo en la ciudad de Segovia se levantó cierto ruido y que causó algún escándalo y aun alboroto en la ciudad, y fué que un fraile del Parral, profeso de la mesma casa, flamenco de nación, con el amor y afición que tenía a los de su tierra que estaban en la Casa de la Moneda que está allí junto, que como todos saben son ellos los que hacen la moneda y son los oficiales de aquella casa, sentía mucho el no poderlos ver desde su celda y ellos a él por serles impedimento algunos álamos que hay en aquella ribera. Acordó de mandarlos cortar y concertóse con los mozos de espuelas de la casa y diólos un tanto, y ellos a la media noche, cuando todo el mundo está en reposo y sosiego, vinieron los mozos por mandato del fraile y cortaron seis o siete que eran los que le eran impedimento para no ver la Casa de la Moneda desde su celda ni a los de su tierra. A la mañana, cuando los de la ciudad lo vieron, sintiéronlo demasiadamente, hicieron muchos extremos y más de lo que fuera razón hacer por cosa tan poca. Dieron mucha vejación [a] aquella casa por esto y a todos aquellos padres que estaban sin culpa. Viniéronse a quejar al Rey Católico del daño que aquel fraile y convento habian hecho [a] aquella ciudad, y cuando se lo dijeron al buen Rey le pesó infinito porque tenía particular amor y afición a este fraile, no sólo por ser
f. 180 r. flamenco, sino por haberle sacado | el mesmo Rey de pila y haberle puesto su nombre. Mandó el Rey Católico al obispo que los concertase. A los mozos les fué forzoso huir, porque si los cogieran a todos los echaran a galeras sin remedio ninguno. Al General, que acertó a estar aquí en estos días, le pidieron enviase visita contra el fraile, el cual cuando lo supo, como fuese tan buen fraile y muy buen religioso y letrado y a dicho de todos un santo, como no hubiese pecado de malicia, lo sintió tanto de ver que le fuesen a visitar, que de sola esta imaginación le sobrevino una tan terrible ysipila de que murió dentro de cuatro o cinco días con grande admiración de todos y ansí acabó con esta vida y la visita se quedó con esta tan extraña muerte. Amainaron mucho los de la ciudad porque pedían al convento por el daño que hizo este fraile con los mozos ducientos ducados y ansí el obispo los vino a componer después por bien poca cosa, y plantaron otros de nuevo que se hicieron bien presto y ahora están mejor que antes; y en esto paró este ruido que se levantó en Segovia por una nonada como esta.

3.—En estos días envió el Rey católico por su sobrino el Príncipe Cardenal (1), el cual estaba gobernando a Portugal después que se juntó con Castilla, y dió el gobierno de aquel reino a tres personajes de allá: el uno era el arzobispo de la mesma ciudad de Lisboa, y el otro el conde de Portalegre, y a otro, y que él se viniese luego, que como se sentía viejo y cansado quería que le ayudase a gobernar por no darle ya su gota y achaques lugar. Llegó aquí dimidiado el mes de setiembre y fué muy bien recibido del Rey Católico y de toda su corte. Luego pasó a Madrid solo a verse | con su ma- f. 180 v.
dre la señora Emperatriz, y tornado, mandó luego el Rey Católico que se pusiese a punto y se deputase una pieza muy buena y muy capaz adonde se juntasen a tener cada día consejo de Estado, en el cual se determinan todas las cosas de cualquier calidad que sean. Ordenado ya todo y puestos los asientos, como el Rey Católico ordenó, mandó que entrasen en consejo el Príncipe su hijo y el Príncipe Cardenal, y esta vez fué la primera que entraron, y fué día señalado, que fué día de San Cosme y San Damián (2), y cada día entraban a las tardes y el Príncipe de España estaba una hora sola y luego se salía y iba a caza, y el Cardenal se quedaba con los demás a determinar las demás cosas, y desde este día mandó el Rey que cuando él no estuviese para firmar, firmase por él el Príncipe, y ansí lo hacía.

Dicen que altercándose un día entre todos en este Consejo si pagaría el secretario Espinosa sesenta mil ducados [en] que le habían

---

(1) La cédula de Felipe II, que original tengo a la vista, mandando arreglar los caminos por donde había de venir el Archiduque, está fechada a 28 de agosto de 1593 y dice así: «El Rey. Venerable y deuocto padre Prior del Monasterio de S.t Lorenzo el Real, y nros Veedor y Contador de la fabrica del. Porque yo he mandado a Luy (*sic*) Cabrera mi criado que haga adreçar ciertos caminos. Por donde ha de venir el cardenal alberto mi sobrino. y mi voluntad es q los gastos q en ello se hizieren se paguen por quenta y de dineros de la dha. fabrica... Ffha. en S.t Lor.° A veyte y ocho de Agosto de Mill y quinientos y nouenta y tres años. *Yo el Rey*. Por mandado del Rey nro señor. Joan de ybarra».

(2) «El año 1593, lunes por la tarde, 27 de septiembre, el Rey su padre lo comenzó a introducir en el gobierno de los reynos, estando en San Lorenço el Real». *Dichos y hechos de el Señor Rey D. Phelipe III el Bueno... escritos por el licenciado Baltasar Porreño*, en *Memorias para la Historia de Don Felipe III rey de España*. Recogidas por Don Juan Yañez. Madrid, 1723, pág. 224.

condenado, pagase o no, sucedió que tenían hablado a algunos caballeros de la cámara del Príncipe de España y rogádoselo mucho que su Alteza se los hiciese perdonar. Propuesto esto en el Consejo de Estado, el Príncipe, que era su voto el primero, dijo que se lo perdonasen; el Príncipe Cardenal y los demás dijeron cómo su Majestad estaba muy empeñado y alcanzado y que no venían en ello sino que pagase. Van con esto al Rey y dícenle lo que pasaba y que pro-
f. 181 r. vea su Majestad lo que | más convenga. El Rey, como tan prudente, dicen que dijo: «Más es el sí de un Príncipe de España y más ha de valer que no sesenta mil ducados, y pues él se los perdonó razón será que se haga ansí.» Y con esto se quedaron todos admirados, que nunca tal entendieran ni creyeran que el Rey tal no perdonaría, y de esta suerte salió de esta congoja el secretario Espinosa, que para él era harto grande, porque como le hacían pagar tan gran suma de dinero por sus tercios, no era posible los buscar y pagar y ansí andaba el pobre hombre acosadísimo y muy alcanzado y que ya no tenía [más que pagar?] (1) ni a do acudir.

4.—En estos mesmos días había mucho tiempo que estaba en España el verdadero rey de Africa, desposeído de un tío suyo, mozo de grandes esperanzas, y por verse desamparado, acordó acogerse a la clemencia del Rey Católico, el cual le recibió muy humanamente, y era tratado de la mesma manera que si estuviera en su mesmo reino. Llamábanle todos Alteza. Después de haber estado en España algunos años le tocó Dios, y como ya sabía la lengua castellana, dijo que quería ser cristiano. Dijéronle que lo mirase muy bien primero. También lo hizo saber al Rey Católico, y como lo pedía de corazón, el Rey Católico le hizo instruir en todo, y estando ya muy enseñado pidió al Rey el bautismo con muchas veras y suplicándole [a] su Majestad le hiciese tan señalada merced de ser su padrino con la señora Infanta, y a todo le respondió el Rey Católico que mucho en buen hora, que como él lo ordenase
f. 181 v. ansí se haría. Concertóse que el bautismo | había de hacerse en esta Casa de San Lorenzo, y avisado de todo le mandaron venir (2).

---

(1) En el manuscrito dice: *ras que parar.*

(2) Vino desde Carmona, donde se había convertido por la diligencia del corregidor don Gonzalo de Ulloa.—Cabrera de Córdoba: *Felipe Segundo*, III, págs. 365-66.

Venido, le hizo el Rey Católico mucha merced y le honró mucho. El día del bautismo le fueron todo él honrando [y] acompañando. Bautizóle García de Loaísa, y el Rey Católico y la serenísima Infanta fueron sus padrinos. También estuvieron en este grande acompañamiento los dos Príncipes, el de España y [el] Cardenal. Bautizáronle en el altar mayor, y quiso el Rey Católico que se pusiese su nombre, que también fué favor. En bautizando que se bautizó fué a besar las manos al Rey, y él se las dió por tres veces, y de rodillas, y le recibió muy bien y le mandó cubrir, que fué hacerle grande. Dióle luego una muy buena encomienda de San Tiago, que vale doce mil ducados de renta, que es muy buena, y mandóle dar cada mes mil ducados para su plato; de manera que come cada año veinte y cuatro mil ducados. Y mandó el Rey Católico que le llamasen Señoría, como antes le llamasen Alteza; y todos le estiman y tienen en mucho y es muy conocido de todos por Don Felipe de Marruecos de Africa. Es muy buen caballero, muy afable, muy generoso y magnánimo; tiene una Casa Real; dicen no tiene para comenzar a gastar en lo que tiene, según es de largo y liberal (1).

5.—En estos días se casó en esta Casa el marqués | del Valle (2), f. 182 r.
nieto del gran Cortés, el que ganó las Indias, con doña Mencía de la Cerda, hermana del conde de Chinchón, y dióle el Rey Católico un gran dote con ella, porque le dió toda la administración libre de su estado, que antes por sentencia no podía y se la tenía quitada

---

(1) En el Museo Británico se conservan varias peticiones y memoriales de don Felipe de Africa, del año 1600, reclamando su pensión. En Octubre del citado año mandó Felipe III que se le pagase luego, «porque muere de hambre y viene cada día a cansar a Su Mag.d».—Gayangos: *Catalogue of the Manuscripts in the Spanisch language in the British Museum*, III, págs. 201, n.º 121; 202, n.º 153; 203, n.º 156; 209, n.º 78, y 210, n.º 98.

(2) «Don Fernando Cortés de Monroy y Arellano, III marqués del Valle de Guaxaca, Grande de España, patrono de la capilla mayor de la iglesia del convento de la Merced calzada de Madrid, en donde se ve su bulto de alabastro, el de su esposa y los escudos de armas de ambas Casas; contraxo matrimonio en El Escorial por octubre de 1593 con doña Mencía de la Cerda, dama de la infanta doña Isabel Clara Eugenia, antes capitulada con don Francisco, marqués de Guadalete, y hija de don Pedro Fernández de Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchón...»—Juan Felix Francisco de Rivarola y Pineda: *Parte primera. Monarquía española. Blason de su Nobleza...*, lib. II, cap. XVIII, pág. 241. Madrid, 1736.

el Rey, ni proveer una vara de alguacil en toda su tierra, ni cosa ninguna, de manera que no le habían dejado más que el nombre de marqués. Pues todo se lo dió ahora el Rey Católico para que haga y deshaga a su voluntad como en cosa suya propia, que antes no podía, por sólo que se casase con la hermana del conde de Chinchón, su gran privado. Casáronse en el altar de las reliquias de nuestra Señora. Fueron sus padrinos el Rey y la serenísima Infanta. Casólos García de Loaísa, limosnero y capellán mayor y maestro del Príncipe. Hubo aquel día mucha fiesta en palacio: el novio comió en la mesa de Estado con los caballeros de la Cámara, y la novia comió con la señora Infanta. Fueron a tener mucha más fiesta a Madrid. Sólo dos cosas hubo aquí malísimas: la una es que la señora era muy fea, y la otra que era muy vieja, pues dicen pasaba de cuarenta años, y con todo rompió el Marqués. ¡Tanta como esta es la ansia del mandar y ser señor cada uno de lo que es suyo! Pues él se lo quiso con su pan se lo coma, como dicen, que muy buen recado lleva.

En Madrid hubo grandes fiestas, y el conde de Chinchón las hizo y convidó a muchos grandes. La primera noche, como entraba tanta gente a ver las fiestas en sus mesmas casas que allí tiene, que son principalísimas y de las mejores que hay en todo Madrid, le cogieron una gorra muy buena y muy bien aderezada, a vuelta de
f. 182 v. cabeza, que la tasaban | en más de dos mil ducados, que le pesó harto al Conde y lo llora él hoy día.

6.—Luego vino nueva que la armada enemiga andaba junto a Sevilla; llegó a Cádiz y quiso intentar de entrar en el puerto, y
f. 140 r. quiso Dios que acertó a | estar allí dentro un navío de poca importancia y empezó a disparar tiros. Como lo oyó el enemigo entendió que había muchos más y ansí no osó entrar, y si entra es cosa muy fácil rendirle y tras él toda la ciudad y la isla, por estar todo desapercibido y sin un tiro, porque los que había eran bien pocos tan mohosos que no se podían aprovechar de no usarlos y sin pólvora ninguna. Yo aseguro que no tienen ansí sus puertos los ingleses ni con tan mal recado.

Pasó luego adelante y picó en muchas partes, pero en ninguna hizo cosa de consideración, y visto esto acordó de pasar y robar las Indias, y como allá estaban descuidados de tal cosa hizo muchos

daños. Llegó a la isla de Santo Domingo y cercó la ciudad de Cartagena y entróla y saqueóla y mató mucha gente y de los primeros fué el obispo de la ciudad. Pasó luego adelante y ansí hizo lo mesmo en todas las demás partes. Padeció grandes infortunios, murióse casi toda la gente, y de todos los navíos que pasó de tempestades y de malas borrascas se le vinieron a perder casi todos. Vióse mil veces en peligro de perderse y anegarse en aquellos mares incógnitos. Al fin, al cabo de tres años y de haber pasado grandes borrascas y dado vuelta a todo el mundo, lleno de joyas y preseas y perlas y piedras de gran valor y de grandes tesoros con solos tres navíos, vino a aportar a su reino de Inglaterra, y ansí como les costó tan caro ésta no se alaban mucho de ella. Si se pudiera saber y se tuviera noticia de su venida y salieran a él fuera fácil cosa el cogerle y cautivarle a él y a los que con él venían, por tener muy pocos y esos muy malos del mal pasar; y todos venían enfermos y sin fuerzas y con sólos tres navíos, y esos tan | cargados y tan quebrantados que f. 140 v
con dificultad podían navegar (1). Ello fué un gran yerro el no estar a la mira para cogerle, que cierto fuera un hecho heroico, porque cortábamos las manos a nuestros enemigos y no tenían después con que hacernos guerra, porque su armada venía perdida, la gente consumida. Quitándoles el tesoro no tenían con qué hacer tan presto guerra ni con que hacer otra tan presta; no se les quitó esto; con facilidad armaron de presto otra y la proveyeron de gente, y quedaron muy ricos y poderosos para hacer otra y otra.

Yo aseguro que si ellos fueran, que ellos nos aguardaran al paso a pescarnos, como vemos lo hacen cada día, y ansí dicen ellos, y tienen mucha razón, que las Indias suyas son que no nuestras, y ansí es verdad, porque no hacen más que cuando saben que vienen o van, que mejor lo saben ya que nosotros, y pónense al paso y allí con facilidad nos pescan como a peces y se llevan con sus manos lavadas todas cuantas riquezas vienen de las Indias después de haber costado tanto afán a los que lo traían.

7.—(2) En estos días sucedió que una señora, que estaba en Ar-

(1) Murieron en esta expedición, en 1596 y 97, los dos populares almirantes corsarios ingleses Drake y Hawkins (el *Juan Aquines* de nuestras historias).

(2) Este relato de la Soldana se halla en el tomo II del P. Sepúveda, ms. 2.577 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

gel, que la llaman la Soldana, era alemana de nación, y por lo mesmo era cristiana. Cautiváronla siendo niña los turcos y lleváronla a Constantinopla, y estando en aquella ciudad se hizo muy linda y muy hermosa dama y muy agraciada. Pedíansela muchos al Gran Turco, a quien fué presentada por su rara hermosura, por mujer. Al
f. 14 v. fin se la dió a un gran privado suyo, llamado el Soldán. A éste | envió a que gobernase la ciudad de Argel, y estando esta señora allí, como cada día cautivan cristianos, acertó su marido a cautivar un fraile mercenario, sacerdote y predicador, y servíase de él como de un esclavo y cautivo, y él hacía lo que le mandaban en casa y le trataban muy bien su amo el Soldán, y la señora Soldana le trataba mucho mejor, y sabía hablar muy bien nuestra lengua. Y un día como se parase a considerar a este su cautivo, que oraba mucho y rezaba y que lo hacía muy de ordinario, se tomó a pláticas con él y contóle quién era y cómo era cristiana y hija de cristianos, y significóle el deseo grande que tenía de tornarse a nuestra santa Fee, y otras muchas cosas que le dijo a este propósito.

Mi bueno de mi fraile animóse oyendo esto grandemente y empezóla a predicar y a persuadirla a que se tornase acá a nuestra Fee. Ella le dijo que le rogaba le dijese qué modo tendrían para salirse los dos de entre aquella gente bárbara. El fraile la respondió y dijo lo pensaría y miraría en ello. El, como era español, le pareció que sería como de [lo] más acertado el pasarse los dos en España, por estar tan cerca, pues su tierra de Alemania estaba muy a trasmano; y persuadida ya a esto la aconsejó, pues era mujer tan principal y mujer del más principal que había en toda aquella ciudad de Argel, escribiese tres cartas: una al Rey Católico, otra al Príncipe su hijo, y otra sobre todas a la serenísima Infanta, pidiéndoles con muchas veras y grandes encarecimientos la favoreciesen y ayudasen a esto;
f. 15 r. y facilitóle mi bueno de | mi fraile este negocio, y contóle muchas cosas del Rey Católico y de sus hijos y de su mucha cristianidad y piedad con que favorecen semejantes cosas y en semejantes ocasiones, echando el resto.

A la señora Soldana le pareció bueno este consejo y díjole que pues él era sacerdote y sabía tan bien y Dios le había dado tanta sabiduría y le había llevado allí, las escribiese él y las notase, y trujese él la embajada y que para esto ella se ofrecía de sacarle la li-

cencia de su marido cómo le quería enviar a otra parte y a otra cosa, y que él viniese entonces acá a España y diese estas cartas al Rey Católico y a sus hijos.

Concertado ya todo y las cartas escritas, la Soldana aguardó ocasión buena para pedirle el cautivo a su marido. Un día le pareció que el Soldán estaba de buena manera y ofreciéndose ocasión le dijo: «Señor; este cautivo que tenemos aquí en casa me parece hombre de confianza y por esto le quería inviar a tal parte con un recado; por vida vuestra que me le deis.» El marido, que era hombre entendido y de muy buenas entrañas, como amase tiernamente a su mujer no sospechaba nada, ni menos imaginó lo que era, sino creyó lo que la mujer le decía y como no sabía negarle cosa respondióla: «Muy en buen hora.»

Llamó el Soldán al cautivo y díjole si sería hombre y se atrevería a llevar con cuidado aquel recado y traer respuesta. Él dijo que sí, y se ofreció de muy buena gana a ello y que lo haría con mucho cuidado. Rescatada ya la licencia, los dos lo encomendaron a Dios nuestro Señor muchos días les diese buen suceso en este negocio y para esto les daba mucho lugar el marido por andar tan ocupado en sus negocios, | porque nunca entraba en casa sino es al anochecer a dormir. f. 15 v.

Andando un día entre otros muchos topó el fraile en que pasar acá a España; y pasado vino y dió sus cartas y embaxada al Rey Católico y al Príncipe y serenísima Infanta y habló con ellos en esta Casa de San Lorenzo el Real y díjoles quién era esta señora y cuán principal. Recibiéronle muy bien a él y a las cartas y en particular la serenísima Infanta que holgó harto con la embajada. Respondióla el Rey Católico y sus hijos muy amorosamente y animándola a que pusiese en execución tan santos y pios propósitos y consolándola y que mirase ella qué traza o qué modo se podía dar para sacarla, que todo se haría como ella lo pidiese y ordenase, o que si ella supiese cómo venirse acá que viniese que de ellos sería muy humanamente recibida y acariciada.

Y con esto despacharon a mi bueno de mi fraile; mandaron darle todo lo necesario para el camino y con cartas para el virrey de Valencia, y tornóse a aquella ciudad, y a la sazón había ido por virrey de aquella ciudad el marqués de Denia, que, según se dice, le echa-

ron de palacio los privados del Rey porque andaba en grandes secretos con el Príncipe y en hablillas, y presto le veremos duque de Lerma y que manda el mundo y que se desquita de todos y los da en caperuza.

El fraile pasó de allí en Argel, que le estaban esperando por momentos la señora Soldana, la cual holgó harto de verle. Dióle sus cartas y díjole cuanto se había holgado el Rey Católico con su carta
f. 16 r. y sus hijos y lo que se holgarían | de verla por acá muy presto, y dióle otros muchos recados de parte de la serenísima Infanta.

Ya no les faltaba más de cómo lo pondrían en execución y cómo lo harían de manera que no fuesen sentidos. Ya dije cómo escribió el Rey Católico a su virrey de Valencia diese todo el recado necesario a este fraile y cuanto él pidiese, y era poner en ejecución este negocio; y ansí antes de salir de aquella [ciudad] para Argel se encarzó (?) con el virrey y le contó todo el negocio, y le mandó dar lo que pidió.

La Soldana y el buen fraile concertaron que para tal día pidiese licencia a su marido para ir ella a holgarse a una casa de recreación que tenían fuera de la ciudad dende la marina a los baños por quince o veinte días, y ansí lo hicieron y avisaron acá de ello, y cuando les pareciese se saldrían, y de cómo tenían trazado de salirse por engaño a aquella alcaidía y que fingiendo que querían estar allí algunos días se embarcarían en una barca grande y se vendrían, y que la barca se les había de inviar de acá, porque a ser navío fueran conocidos y sentidos los que lo llevaban y no se pudiera poner en execución lo que pretendían, y barca con traje de moros los que en ella venían; pensarían los de la tierra que era gente de ellos que pescaban; y ansí fué.

Vista esta carta por la serenísima Infanta, que a ella sola se escribió, envió el Rey Católico a mandar a su virrey que para tal día enviase una muy gran barca con solos cuatro marineros y que procurasen amanecer en Argel y mirasen con cuidado y atención adónde y a qué parte les hacían grandes lumbreras y ahumadas, y allí acu-
f. 16 v. diesen, y que fuesen vestidos con | traje de aquella tierra y como andan los moros y que cuando tornase la saliese él a recebir con toda la ciudad.

Vista esta carta por él por ser virrey mandó aparejar la barca

para el día que el Rey le mandaba, y señaló quiénes fuesen y mandóles que fuesen a la ciudad de Argel, y díjoles lo que habían de hacer y las señas que les querían hacer y fuéronse.

La señora Soldana, sabido ya que acá se tenía noticia de su concierto y que ya lo sabían, pidió licencia a su marido para estarse quince o veinte días en aquella su casa de recreación y en aquellos baños, y él se la dió porque nunca le supo negar lo que le pidiese. Tanto como esto la quería y amaba; y ansí contaba después la señora la merced grande que nuestro Señor la hizo en darle tan buen marido, y que no le faltaba otra cosa más que ser cristiano.

Finalmente, él se la dió y con mucho gusto y ella tomó lo mejor y más rico que tenía y las mejores joyas, y vínose y estúvose esperando diez días la barca, y cada noche hacían sus ahumadas y luces.

A los diez días, pues, que había que estaban allí esperando, al amanecer vieron venir la barca, que venía para ellos. Llegados, la Sultana se metió luego en la barca y metió todas sus joyas y veinte personas que con ella estaban y danse luego a la vela. Una mora de aquellas que se embarcaron con ella, como vió que la barca venía para España, empezó a dar voces, que las ponía en el cielo; fué forzoso el matarla. Luego a las voces se alteró la tierra; tañeron luego a que andaban | enemigos; salieron luego mil bajeles tras la barca, f. 17 r.
pero traían buen rato de delantera y ansí no permitió Dios que los alcanzasen, pero bien poquito les faltó. Contaba después esta señora que mil veces estuvieron a pique de anegarse y hundirse y que por dos dedos no se hundieron muchas veces por venir muy cargada la barca.

Ellos llegaron a la playa de Valencia, donde la estaba esperando el Virrey con su carroza, y paseóla por toda la ciudad, y aposentóla en sus palacios. La regaló en ellos muchos días hasta que se partió para Madrid, adonde también se le hizo grandioso recibimiento, pues es cierto no cabían los caminos de gente.

Salió toda la Corte a recebirla y llevároнla a palacio donde la esperaba el Rey Católico y sus hijos. Llegada a los pies del Rey se hincó de rodillas, pidió las manos a su Majestad, y no se las dió; recibióla con muchas muestras de amor, y lo mesmo hizo el príncipe de España. La señora Infanta la abrazó por veces y se metió con ella en sus cuartos y hablaron muchos ratos juntas, y allí la tuvo

aposentada quince días, y en ellos la enseñaron todo cuanto bueno hay en aquel lugar. Fué un día a besar las manos a la Cesaria Emperatriz y recibióla con mucho agrado y se holgó muchísimo con ella.

Y después de haber descansado muchos días la envió a decir su Majestad que en qué lugar de toda España quería escoger para su habitación; ella respondió con mucho comedimiento que besaba a su Majestad la mano por la merced que la hacía, y que la ciudad de Valencia le estaba más a cuento que otra ninguna.

f. 17 v. Y con esto su Majestad la hizo merced | de ochocientos ducados de renta de por vida para su plato en las aduanas de aquella ciudad.

Y con esto y cargada de joyas y de otras muchas cosas que la dió la señora Infanta, se fué a su ciudad de Valencia, y con esto y otros muchos favores que la hizo el Rey Católico se tornó y muy agradecida, y allí vive muy contenta y va muchas veces a San Miguel de los Reyes (1) a pasar lo más del día en oír las alabanzas que aquellos padres hacen cada día a su Dios, y en esto se entretiene y estos son sus gustos y entretenimientos.

---

(1) Monasterio de jerónimos.

CAPITULO XIII

1594, 1595 y 1596.

[1.—Capítulo general de la Orden de San Jerónimo: presídelo fray Diego de Yepes.—2. Es nombrado fray Diego de Yepes confesor del Rey Católico.—3. Pasa Felipe II el verano en San Lorenzo.—4. Correrías inglesas por las costas españolas.—5. Muere Don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo.—6. Va el archiduque Alberto al gobierno de Flandes. Toma de Calais.—7. Entrada y toma de Amiéns por los españoles: sitianla los franceses.—8. Relación de lo que pasaba en Amiéns.—9. Recuperan los franceses Amiéns.—10. Traslado solemne en Avila de las reliquias de San Segundo.—11. Varios nombramientos de obispos.—12. Grave enfermedad en Aceca del Rey Católico: su estancia en Toledo.—13. Saqueo de Cádiz por los ingleses.—14. Consagración de la iglesia principal de San Lorenzo el Real.—15. Cualidades del padre fray Juan de Quemada, profeso de San Lorenzo.—16. Recias contiendas entre jerónimos, dominicos y jesuítas sobre el confesor del príncipe Felipe.—17. Mercedes y nombramientos.—18. Muerte y elogio del iluminador fray Julián de Fuentelsaz, monje de San Lorenzo.]

1.—Pues sucedió que como en estos días anduviésemos ya en la Semana Santa y cerca ya el Capítulo general, fué [fray Diego de Yepes] a Madrid a confesar a su Majestad; díjole que para la quietud de esta su Casa convenía que el convento no eligiese procurador para el Capítulo general que se acercaba ya, sino que su Majestad mandase al Nuncio de su Santidad, Camilo Gaetano, diese su breve para que se eligiese este oficio como se eligen los demás, y ansí se hizo. El Rey Católico, visto que se lo pedia su confesor, creyó que era ansí lo mejor, y mandó al Nuncio dar este buleto; y le trujo muy en secreto y le guardó hasta el punto que [se] quiso hacer procurador, y de esta manera quitó que no le eligiesen los frailes y él sacó el que quiso, pero harto trabajo le costó, y con él se partió para Capítulo general. El Rey Católico, visto la grande instancia que muchos de los padres graves de su Casa de San Lorenzo hacían, se resolvió en que no tor-

nase por prior, sino que se quedase para confesarle (1). En Madrid habló con el Rey Católico y mandóle dar los recados y buletos necesarios para presidir en el Capítulo general como obispo, y todo se lo dieron como él lo pidió y quiso, y ansí lleno de buletos y cartas entró en San Bartolomé el Real de Lupiana, donde ya en este tiempo estaban juntos los frailes para celebrar su capítulo (2).

2.—(3) En este tiempo estaba el Rey Católico resuelto todavía de no dar cédula de confesor a naide, aunque era muy importunado lo hiciese, y se dice no lo hiciera sino sucediera un caso que le forzó a ello, y fué que la Santidad del papa Clemente octavo como Padre universal, doliéndose extrañamente de ver el daño que los turcos enemigos de nuestra santa Fee hacían en Hungría, no hallando otro medio mejor, se determinó de escribir una carta y la escribió al padre fray Diego de Yepes, llamándole en ella confesor y doctor, en que le pedía muy encarecidamente y con eficacísimas razones persuadiese al Rey Católico favoreciese las cosas del reino de Hungría que iban muy malas y estaban para perderse y dar todo al traste si su Majestad Católica no lo favorecía, y que pues él le confesaba estaba obligado a decírselo y persuadírselo, porque si aquello se
f. 1 v. perdía corrían peligro | todas las cosas de la Cristiandad, y que con esto no se podía vivir con seguridad en Alemania, ni en Italia, Flandes y otras partes; que pues era el daño tan común convenía al Rey Católico poner remedio en ello, y más a él que a otro por el daño que de aquí redundaba en todas sus tierras y estados, y que favoreciéndose con brevedad se podía refrenar la furia de los turcos que no pensaban dejar cosa a vida. Todo lo destruían y asolaban y casi

---

(1) De fray Diego de Yepes y sus virtudes cuenta y no acaba el P. Fr. Francisco de los Santos en los capítulos XI y XII (págs. 338-350) de su *Quarta parte de la Historia de la Orden de San Geronimo* (Madrid. 1680).

No mereció tan halagüeña opinión al P. Sigüenza. En el manuscrito *&. II. 22*, fol. 73 r., escribió lo siguiente de su puño y letra: «El Cap.º General se celebró el año de 1594. Fué electo [general] fr. Miguel de Salazar, y fr. Diego de Yepes vacó en él, que hizo en esta Casa poco prouecho el trienio de su priorato en lo spiritual y temporal, y en pago salio confesor del Rey, y despues obispo de Tarazona, plegue a Dios no se diga por el *receperunt mercedem suam*. Fué electo en prior fr. Garcia de Santa Maria que acababa de ser General». Biblioteca de El Escorial.

(2) Se celebró el capítulo en 30 de abril.

(3) Empieza el ms. 2.557, II del P. Sepúlveda.

en ninguna parte hallaban resistencia, y que era gran lástima y compasión que se lo dejasen llevar y tomar tan a poca cosa, y que mirase su Majestad que lo que una vez entra en sus manos cuán malo es de sacárselo y cobrarlo.

Vista esta carta por él, como supiese tanto, ni quita ni pon, sino dásela a los privados de el Rey Católico, que entonces mandaban el mundo, que eran el conde de Chinchón, don Cristóbal de Mora y don Juan Idiáquez, pidiéndoles consejo en qué respondería a su Santidad en negocio tan grave y de tanto momento. Ellos le tomaron la carta y la llevaron al Rey Católico, y vista por él mandó poner por obra lo que su Santidad mandaba en lo del reino de Hungría, y para esto se dice que mandó enviar docientos mil ducados para los gastos de la guerra, que en aquella guerra el dinero es el nervo y el que lo hace todo, y lo mesmo creo es adondequiera. Y con esto se refrenó el daño que los turcos hacían por aquella parte y juntamente se determinó de dar cédula de confesor al dicho padre fray Diego de Yepes, ayudándole a ello bravamente don Cristóbal de Mora, y yo he oído y sabido de personas de mucho crédito y fidedignas que la causa perentoria para darle cédula de confesor fué esta carta de su Santidad. También con importunidad | pedían los Consejos al Rey f. 2 r.
Católico, y sobre ello hacían mucha instancia, mandase nombrar confesor porque estaban muchas cosas de conciencia detenidas y no se determinaban a quién darlas, y para esto era necesario y convenia su Majestad nombrase confesor, y ansí se dice que por lo uno y por lo otro se la trujo a la celda don Cristóbal de Mora la víspera de San Juan Bautista, tres meses después poco menos que vacó el priorato de esta Casa. Después al día siguiente bien de mañana andaba el camarero que había sido enseñándola para que vista creyésemos que era confesor, y ansí desde este punto se lo llamaremos; y le dieron los gajes que se suelen dar a los confesores y le pusieron casa y empezó a despachar.

3.—El Rey Católico se estuvo todo este verano recreándose en sus entretenimientos de caza, y no por eso perdía punto en lo que tocaba al gobierno de sus estados y negocios de su alma; pues para lo uno y para lo otro entiendo escogía este sitio y lugar, porque de aquí despachaba más que de ninguna otra parte todo lo que se ofrecía.

El obispo de Segovia, don Andrés Pacheco, le envió una famosa

comedia, la cual representaron los clerizones de aquella iglesia muy altamente. Fuimos todos a vella; fué muy buena y el Rey Católico se holgó infinito y sus hijos.

4.—Vínole nueva al Rey Católico cómo la armada inglesa andaba por las costas de España haciendo cuanto daño podía, que como ven que les va tan bien no pierden punto antes como les va tan bien se tornan en aquel reino todos corsarios para no dejar cosa por el mar
f. 2 v. que no la tomen y acá no tratan de remediar cosa ninguna | aunque dicen que para refrenarlos nombró el Rey por Capitán general de España al conde de Fuentes, gran soldado y famoso capitán, y mandáronle pasar a Córdoba, y que allí asistiese de ordinario para lo que fuese menester con doce mil ducados de gajes. Espantóse todo el mundo diesen este oficio a naide por haber más de quinientos años que no había tal oficio, ni se daba ya a naide. Pero ¿de qué servía, que ni tenía gente ni armada? Y de aquí toman ocasión los extranjeros de reirse de nosotros y de nuestro gobierno y tienen mucha razón y muy grande, y es de reir y de que todos digan de él lo que se les antojare y por bien tuvieren.

5.—En estos días no había hecho el Rey Católico sino pasada la fiesta de Todos Santos y Finados irse a Madrid, y luego tuvo nueva cómo en Flandes murió su sobrino Arnesto, que gobernaba aquellos Estados, y ansí le fué necesario mirar a quien poner allí, y después de mucho acuerdo acordó de poner al Príncipe Cardenal su sobrino, y hermano del muerto, y ansí le mandó que se aparejase y aprestase para esta jornada; y antes que partiese murió en Madrid (1) el cardenal y arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga, Inquisidor mayor y Primado de las Españas. Murió riquísimo de bienes que llaman de fortuna; porque es cosa muy averiguada de que dejó millón y medio en dinero (2), sin otras muchas joyas y preseas de inesti-

---

(1) «El año de noventa y cuatro, martes a veinte días de el mes de Noviembre, murió en Madrid el Cardenal don Gaspar de Quiroga, Arçobispo de Toledo, Primado de las Españas, Canciller mayor de Castilla, Inquisidor general, Presidente de Italia, de el Consejo de Estado.» *Origen de las dignidades seglares de Castilla y Leon...*, por el Doctor Salazar de Mendoza. Madrid, año M.DC.LVII, folio 172. r. c. 1.

(2) Cabrera de Córdoba dice que dejó «un millón y nuevecientos mil ducados de bienes, los cuales por tercias partes se dividieron entre el Sumo Pontífice, el Rey Católico y su alma...».—*Felipe Segundo*, IV, p. 127.

mable valor. ¡Dichosa su alma si iba tan adornada de bienes del cielo, como lo iba el cuerpo de los bienes de la tierra! Murió muy viejo y cargado | de años, pues afirman tenían ochenta y dos años (1). Fué f. 3 r.
cosa notable que cuando le abrieron para embalsamalle le hallaron el corazón y entrañas y el hígado tan lindo todo y tan fresco que más parecía de niño de tres años que de hombre de su edad, tanto que afirmaron los médicos que era inmortal por estas cosas; pero no le valió. Todo cuanto dinero dejó se hundió como si fuera dinero de trasgos y no lució cosa ninguna, ni tuvo ánimo para mandarlo destribuir en vida. Alzáronse con ello el Papa y el Rey Católico, porque él dejó mandado en su testamento se gastase en obras pías.

El Rey proveyó luego el arzobispado de Toledo en su sobrino el Príncipe Cardenal, y enviaron a su Santidad que dispensase con él que no siendo sacerdote pudiese ser arzobispo y esto por no más de por dos o tres años no más, y lo concedió su Santidad.

6.—Luego mandó el Rey Católico a su sobrino Alberto, cardenal y arzobispo de Toledo, que fuese juntamente con estas dos tan altas dignidades a gobernar los Estados de Flandes, y luego se puso en camino. En llegando que llegó (2) a los Estados fué muy altamente recebido de todos; hiciéronle grandísimos recebimientos en todos los lugares, villas y ciudades; hiciéronle muchos arcos triunfales y otras mil invenciones, que ellos saben muy bien hacer a quien quieren y aquí se esmeraron más por la persona que era y por las dignidades que tenía, y por ser tan querido y amado de su Rey y natural señor.

Luego que llegó tuvo aviso que la ciudad y puerto de Calés no

(1) «Fué y será ejemplo de vida larga de mayor certeza y verdad el cardenal de Toledo, don Gaspar de Quiroga, que hoy vive, y placerá a Dios que viva muchos años, que, siendo de la capilla de la reina nuestra señora doña Juana, y muy mancebo, le envió la serenísima Reina, año de mil y quinientos y trece, a estudiar a su costa a Salamanca, que siendo hoy el año de noventa y tres, paresce que ha lo que digo justos ochenta años. A esta cuenta habría entonces quince o diez y seis años, y es hoy por lo menos el señor reverendísimo de casi cien años, sin los que por la divina clemencia mas vivirá, y con tener de renta hoy más de doscientos mil ducados, manda cobrar cada día lo que la serenísima Reina le daba; y dice que más que cuanto tiene lo tiene en más.»—*Miscelánea*, de don Luis Zapata, Madrid, 1859, p. 330, en *Memorial histórico español*, tomo XI.

(2) Febrero de 1596.

estaba como debía y que estaban los de dentro con algún descuido; marchó para allá con todo su campo que le tenía muy pujante y
f. 3 v. poderoso | y cercóla de improviso, y cercada se dió la ciudad con ciertas condiciones, y tomó por fuerza de armas el puerto de Calés con la fortaleza al francés, y dióse a saco porque no se quiso dar a concierto como se dió la ciudad, porque los de dentro fiaron en la gran fortaleza que tenía la fortaleza, pero no les valió nada porque los españoles hicieron cosas hazañosísimas por ganarla, como la ganaron, que cierto eran dignas de que se pusiesen en historia particular, por lo cual ganaron inmortal fama con otras naciones; y cierto que para creerse era menester haberlo visto y palpado, y aun con todo esto no es creedero tan grandiosas cosas como son las que nuestros españoles hicieron en este cerco y toma de Calés ciudad y puerto fortísimo (1).

7.—Poco después de esta toma le tomaron (2) [al francés] la ciudad de Amiéns, en Picardía, por una estratagema que hicieron unos soldados viejos españoles y famosísimos capitanes, [que] tuvieron ánimo y osadía para poner y emprender una cosa tan hazañosa y que con ella adquirieron y ganaron inmortal fama. Y fué que pidieron al Príncipe Cardenal licencia ciertos capitanes con hasta mil y quinientos soldados viejos, y todos ellos se escondieron cerca de la ciudad en unas grandes florestas y espesuras de arboledas, que las hay muchas en aquella tierra, y ocho de ellos cargan un carro de carbón y fruta y múdanse en el traje de los villanos de la tierra, y
f. 4 r. debajo iban muy bien armados, y dieron a los que quedaban | escondidos cierta seña para que en haciéndola habían de acudir, y por esto estaban alerta esperando la contraseña. Vanse llegando a la puerta de la ciudad al hilo del mediodía, cuando el sol hiere más con sus rayos, y llaman, y los de dentro dicen: «¿Qué gente?»; y responden que son de la tierra y que vienen a vender aquel carro de carbón y fruta, y los de dentro creyeron que era ansí, y mandó alzar la trampa del rastrillo para que entre el carro, y en entrando el carro en mitad de la puerta hácenle parar y cortaron las sogas con

---

(1) Se tomó Calais por las tropas españolas en abril de 1596.

(2) 10 de marzo de 1597. La recuperó Enrique IV en setiembre del mismo año.

que iba yuncido y hacen soltadizo un costal de aquellos de muy buenas frutas y empiezan a rodar por aquel suelo. Los que estaban allí de la ciudad, como vieron esto, acuden todos a coger de la fruta que andaba rodando por aquellos suelos. Eran muy pocos los que se acertaron [a] hallar allí, y los nuestros, que no esperaban otra cosa, quitan al carro el mástil y sueltan los bueyes y atrampan la puerta con el carro y sacan sus armas y arremeten a los que estaban muy ocupados en coger la fruta bien descuidados y desapercebidos de tal cosa y de que tales vísperas les estuviesen aguardando. Empiezan a matar y dar en ellos y alzan el grito al cielo los de la torre. A los tristes gemidos y gritos echan el rastrillo o trampa y topó en el carro, y ansí por debajo podían entrar de en uno en uno. Suben los cuatro arriba y ganan la torre en un instante y hacen la seña a los nuestros para que vengan, y vienen todos volando y entraron los más por debajo del carro hasta que les pareció que ya estaban dentro bastante número de ellos y abrieron las puertas y entraron todos y en un instante ganaron aquella ciudad. Los soldados que estaban allí de guarda se salieron por otra parte; los de la ciudad | recibieron muy bien a los nuestros; eran todos católicos y ansí no hicieron mal a naide. f. 4 v.

Esta ciudad es muy rica por extremo y muy populosa y recámara de los reyes de Francia y donde tienen su artillería. Tiene una muy fuerte y hermosísima fortaleza; no entendieron los nuestros perdella tan presto y ansí no sacaron nada.

Entre otras cosas notables que esta ciudad tiene es el casco todo de la cabeza del glorioso Precursor, el gran Bautista, y ansí el Príncipe Cardenal había prometido de enviársela a la señora Infanta, sino que el rey de Francia cuando le fueron a decir que era perdida la ciudad de Amiéns dijo: «Sus; no es ya tiempo de dormir; vamos»; y con increíble presteza la cercó con veinte y cuatro mil hombres y la tuvo muchos días cercada, defendiéndose los nuestros valerosamente.

Avisaron al Príncipe Cardenal de lo que pasaba y de cómo estaban cercados; él tenía cercada otra ciudad y la tenía puesta en grande aprieto, que era del conde Mauricio y acordó de descercar ésta, que estaba para tomarla, y favorecer y descercar la otra, y ansí perdió lo uno y lo otro.

Llegó el Príncipe Cardenal dos leguas con su campo de la ciudad y del campo del enemigo, y aconsejaron al Príncipe Cardenal que no se metiese más adentro ni acometiese al francés. Los españoles que estaban dentro de la ciudad decían que acometiese al francés y que estando revuelto con él saldrían ellos de la ciudad y le darían la victoria, y tenían razón, porque muchos de la ciudad los ayudaban
f. 5 r. por ser católicos, cosa que temía mucho | el rey de Francia como hombre tan experto en cosas de guerra, y se quiso retirar con su campo sinó le dijera su Almirante y le certificara que él sabía que el campo del Príncipe Cardenal no acometería; que como en palacio de los príncipes no hay secreto ninguno todo se sabe aun mucho antes que suceda, plaga muy ordinaria en casa de grandes príncipes y que les ha hecho muchísimo daño. Con esto se estuvo quedo el francés.

El Príncipe Cardenal, que aspiraba a cosas mayores, como si fuera malo dexar destrozado a su enemigo, y como deseaba grandemente de renunciar los hábitos y casarse con la señora Infanta su prima, cosa tan deseada de él por tantos años, que en estos días se acababa de concertar, como diremos en su lugar, y aconsejado de otros lisonjeros, plaga entre Príncipes muy ordinaria, no quiso dar oídos a una cosa tan buena como ésta, que lo era. Respondióles que no quería poner a ventura a él ni a ellos ni a su campo y que más los estimaba que a veinte ciudades.

El rey Vandoma estaba temblando, como capitán tan diestro, no le acometiesen el Cardenal con su campo que sabía estaba muy cerca, y los de la ciudad a un mesmo tiempo, y ansí tenía bravamente pertrechado el suyo, que no le podían entrar tan fácilmente, porque conoció su perdición si le acometían por dos partes.

El Rey Católico tuvo nueva en esta su Real Casa de San Lorenzo de todo, y a mis manos vino esta relación, que la trujo el que trujo la nueva, y así la quise poner aquí.

8.—«*Relación de las salidas que han hecho los de Amiéns, desde los últimos de junio hasta decisiete de julio*, que es el día que salió el correo (1).

Que en el día último del pasado salieron los de dentro, con obra de cuatrocientos a quinientos caballos para asegurar alguna infante-

(1) Al margen: *1595*. Léase *1597*.

ría que había salido a recoger algunos ganados y que el enemigo tenía hecha una emboscada en la abadía de San Juan, de donde salieron a cercarles y cortarles el paso, de manera que no pudieron llegar a tiempo de retirarse y así quedaron algunos presos y otros muertos.

Que el día siguiente primero habían hecho otra salida dando en el cuartel del de Bearne, en que escribe el gobernador Hernando Tello degollaron más de cuatrocientos y herido otros muchos y entre ellos gente particular, y que de los nuestros quedaron pocos, y entre ellos Juan de Guzmán, capitán de lanzas, que murió como muy honrado y esforzado caballero en el campo en medio de sus enemigos.

Que a los doce hicieron los de dentro una salida muy de repente y escaramuzaron más de hora y media hasta venir a las espadas, y que en esta refriega mataron al enemigo un capitán principal y otras personas particulares.

Que a los quince había muerto el capitán de la guardia de la caballería de una pieza de artillería, cosa que sintió mucho el francés.

Que el jueves a los decisiete hicieron los de dentro una salida dando en el cuartel del de Bearne y de monsiur de Montigny peleando desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde, donde hicieron notable daño y si no fuera por el | regimiento del conde de f. 6 r.
San Pol y alguna gente del de Balanique [que] fué llegando de refresco, se hubieran apoderado de las trincheras y enclavado algunas piezas de artillería. Los muertos del enemigo dicen algunos que fueron ochocientos y otros que quinientos a lo menos; los de dentro perdieron obra de treinta y cinco o cuarenta.

Que es notable el daño que el enemigo recibe de la artillería de la tierra, de suerte que los soldados entran con grande temor en las trincheras, y que el propio Bearnes viene en persona cada día a ellas por animarlos y dar calor y que faltó poco que el jueves le llevase un cañonazo que pasó por muy cerca de él.

Que han hecho otra salida los de dentro a los cuarteles del conde de San Pol y que con los ingenios de fuego que llevaban quemaron por aquella parte todos los cuarteles.

Que los soldados del campo andan tan medrosos que muchos se huían dejando las armas.

Confirman que están plantadas treinta piezas y que hay otras diez en el cuartel del de Bearne para plantar.»

Esta Relación se envió al Rey Católico y por eso la quise poner aquí.

9.—El Príncipe Cardenal, que estaba tan cercano a la ciudad y sabía muy bien lo mucho que padecían los cercados, les envió a decir se diesen al francés con honrosas condiciones. Tratóse luego de
f. 6 v. concierto y el Francés las oyó de muy buena gana y | conoció que era verdad lo que su Almirante le había dicho que no pelearía el Príncipe Cardenal con él de poder a poder. Era lo que él deseaba y asi les concedió todo cuanto le pidieron y quisieron a trueque de que le dejasen su ciudad libre.

Firmados y jurados los conciertos dicen dijo el rey de Francia a los que estaban presentes con él: «Muy poco sabe de cosas de guerra este sacristanejo—que así llamaba al Príncipe Cardenal—, una gran victoria se le ha ido de las manos»; y esto decíalo él porque su gente era toda bisoña y hecha de prisa, y lo que más temía todos amedrentados y la del Príncipe Cardenal todos soldados viejos, curtidos en cosas de guerra.

A los soldados que estaban dentro de la ciudad envió un gran regalo de cosas de comer, porque sabía estaban muy necesitados, y juntamente un muy honroso ofrecimiento.

Los tres días que fué el concierto en que dentro de ellos se había de entregar la ciudad si no la socorría el Príncipe Cardenal entraban y salian los de la ciudad a ver el exército del Rey y los del Rey entraban en la ciudad.

Deseó ver el rey de Francia a los nuestros y ansí le fueron a besar las manos los más de ellos, particularmente el principal de ellos, y por cuya industria se había tomado la ciudad. Hízolos el Rey muchas caricias y regalos y les mandó dar muy buenas joyas, particularmente al principal le dió dos joyas que valían más de tres mil ducados.

Pasados los tres días salieron los nuestros de la ciudad tocando sus atabales y añafiles y trompetas, y las banderas desplegadas, y pasaron por en medio del campo del enemigo, y se fueron al del Prín-
f. 7 r. cipe Cardenal, que estaba | bien cerca. Y de esta manera se salieron de la ciudad de Amiéns y él entró en ella, y cuando la vió, que nun-

ca la había visto en su vida, y consideró sus grandes baluartes, y grandes fosos y cavas y barbacanas, y sobre todo la grande y fortísima fortaleza que tiene, tornó a decir a sus privados: «Engañádole han a este sacristancillo en dejar perder una plaza tan importante como esta, aparejada para sustentar en ella muchos años la guerra» (1).

El Francés puso mucho más recado en la ciudad y añadió el doble de soldados de guarnición, y dejándola bien proveída se tornó a su ciudad de París, antigua morada y asiento de los reyes de Francia, habiéndola tenido cercada justos tres meses.

No pudieron los nuestros sacar nada de la ciudad, porque fué este el concierto, que no habían de sacar más de lo que metieron, y ansí se hizo. Si se saqueara quedaran riquísimos los soldados, y después les pesó harto de no haberlo hecho ansí al principio, y a mí me lo han dicho aquí soldados que se hallaron en esta toma que están muy apesarados por no la haber robado y dejádosela luego; y la causa fué porque los hombres no somos profetas ni adivinos que si ellos supieran después lo que sucedió y en la miseria que muchos de ellos se vieron después, ellos la dieran a saco y después de muy bien saqueada y robada tornarse llenos de riquezas y despojos, lo cual después no pudieron hacer, y ansí se quedó la ciudad tan rica

---

(1) Parece que no fué sólo la poca pericia del Cardenal-Archiduque, como da a entender el P. Sepúlveda, la razón principal de no defender a Amiéns. Cabrera de Córdoba escribe acerca de este particular así: «*Causas a que se atribuyó la poca diligencia del Archiduque en socorrer a Amiéns.* En tanto que Amiéns estuvo sitiado, no dexó el trato de la paz el Padre General de la Orden de San Francisco, que solicitó al Rey y al Archiduque para su efecto, conociendo que de la expugnación o defensa de la plaza pendía la conclusión del acuerdo. Por esto dixeron muchos no quiso el Archiduque socorrerla, sino mostrarse pronto y satisfacer con la aparente diligencia, porque pudo dudar que si la posesión de Amiéns era confirmada con el socorro y quitar a Enrique del sitio, el efecto del trato de la paz no se seguiría. Esto no podía ser favorable a sus esperanzas... el Archiduque temía que la ciudad de Amiéns, con levantar la esperanza a mayores empresas, retuviese al Rey y al Consejo de España para darle la Infanta y los Paises Bajos, de tanta importancia... Mas habiendo el Archiduque seguido el parecer de su Consejo, no se le pudo imputar el poco efecto de la jornada por sus intereses y pretensiones, y la culpa tuvieron los de su Consejo de guerra, a cuya resolución estaba obedientísimo.» *Felipe Segundo*, IV, pág. 273.

y tan próspera como se estaba y ansí se la entregaron al Francés al cabo de tres meses como la ganaron.

Ellos lo erraron mucho en no hacer lo que después hicieron, como
f. 7 v. veremos bien | presto, los ingleses en la ciudad de Cádiz, que la entraron y cautivaron a todos los que sabían que eran ricos y que tenían con que rescatarse, y a los que no echaron de la ciudad, y ansí robaron cuanto había en ella sin dejar estaca en pared; todo lo robaron y se fueron; y por no haber hecho esto mesmo los nuestros lo lloran hoy día y sin remedio, que como el día de hoy se negocia tan mal y despachan peor nunca se les puede olvidar el no haber saqueado esta ciudad de Amiéns y tornádose ricos al campo del Príncipe Cardenal, que lo pudieron muy bien hacer y enriquecer a todos los del campo con lo que sacaran de allí, que tan rica me dicen como esto estaba esta opulentísima ciudad.

10.—En muriendo que murió el cardenal y arzobispo de Toledo proveyó el Rey Católico la plaza de Inquisidor mayor en don Jerónimo Manrique de Lara, obispo de Avila, y gozóla poco porque se murió luego. Este buen obispo trasladó los huesos de San Segundo, primer perlado de aquella ciudad de Avila, de la iglesia donde estaba fuera de la ciudad por parecerle no estaba allí tan decente como convenía y le pasó a la iglesia mayor y le puso junto al altar mayor hasta que se acabase una capilla que él hacía allí muy principal y donde se manda enterrar, y todo esto por la mucha devoción que tenía a este santo, a quien libró de la muerte el mesmo santo por dos veces. Hallóse por muy cierto había más de mil y quinientos
f. 8 r. años que el santo estaba | sepultado en aquella su primera iglesia. Hizo grande fiesta el obispo el día que pasaron el santo cuerpo (1), tanta cual nunca jamás se había visto en aquella ciudad. Estaba convidado a ella el Rey Católico y por sus indispusiciones no pudo ir. Otros dicen que por haber muy poco que sucedió lo de los libelos que en aquella ciudad se pusieron contra el mesmo Rey no quiso ir. Pasada la fiesta envió el buen obispo al Rey Católico, con dos dignidades de la iglesia un brazo del santo, que le estimó el buen

---

(1) 11 de setiembre de 1594. Carramolino: *Historia de Avila*... III, página 721.

Rey en mucho; y de todo esto anda ya un libro compuesto y ansí no será necesario referirlo aquí (1).

11.—Proveyó luego el Rey Católico el oficio de Inquisidor mayor en don Pedro Portocarrero, obispo de Córdoba, y le mandaron pasar al obispado de Cuenca, y a don Francisco de Reinoso le hicieron obispo de Córdoba (2), el cual era deán de Toledo, y estando en Roma y siendo camarero del santo pontífice Pío quinto y su gran privado él [le] dió esta plaza de deán que es prebenda muy principal, y despidiéndose de su Santidad para venirse a España le dió el santo Pontífice por el grande amor que le tenía el pie del santo y bendito mártir Laurencio, y él se le entregó el año pasado graciosamente al Rey Católico, y en esta Casa fué recebido con singular gozo y alegría y mucha fiesta del Rey Católico y de todos los grandes, sus criados y caballeros de la cámara que se hallaron presentes. El buen Rey la vió y adoró por dos veces con muchas lágrimas, y mandó se la metiesen en sus oratorios y allí la tuvo | algunos f. 8 v.
días regalándose con ella a sus solas por traer a su memoria la amistad tan íntima y estrecha que tuvo con el santo pontífice Pío quinto su tan querido y amado amigo. El buen Rey en agradecimiento le dió al don Francisco de Reinoso este obispado de Córdoba, aunque yo más creo que por su mucha santidad, que como anduvo en tan buena escuela y tuvo tan buen maestro aprendió muy bien en él lo que era necesario para alcanzar la vida eterna. Su dignidad de deán de Toledo, digo la renta, dió a los cardenales que hizo hacer, como después veremos.

Hicieron gobernador del arzobispado de Toledo a García de Loaisa, limosnero mayor y capellán, y asignáronle cinco mil ducados para sí y veinte y cinco mil para dar limosna en el arzobispado. A don Julián Carrillo, que era factor del Príncipe Cardenal, y arzobispo de Toledo, Alberto, le dieron lo que tenía García de Loaisa,

---

(1) *Historia de la vida, milagros, y translacion de S. Segundo, primero Obispo de Auila: y recopilacion de los Obispos sucessores suyos, hasta D. Geronimo Manrique de Lara, Inquisidor general de España.* Compuesta y ordenada por Antonio de Cianca, natural de la ciudad de Auila. (*Escudo del obispo.*) En Madrid, Por Luis Sanchez. Año 1595. (Biblioteca de El Escorial. Impresos. 53-II-2 (n.º 1).

(2) Tomó posesión en setiembre de 1597.—Gams, pág. 28, c. 2.

que era canónigo de Toledo y arcidiano de Guadalajara, un hombre de muchas prendas y gran valor.

12.—El Rey Católico tuvo la Semana Santa y Pascua de Resurrección en Madrid, porque sus muchos achaques no le dejaban venir a esta su Casa. Pasada la Pascua se fué a recrear a la recreación tan famosa que tiene en Aranjuez, y después de haber estado allí algunos días pasó [a] Acequia (1), otra casa de recreación, y allí es-
f. 9 r. tuvo | muy malo y se dijo que pensaron los médicos se moriera. Hiciéronse muchas procesiones en Madrid, y quien más se esmeró en esto fué la ciudad de Toledo, por estar tan cerca su Majestad de aquella ciudad, y lleváronle a su Majestad a Acequia a do estaba la imagen muy antigua de nuestra Señora que se guarda en el Sagrario de la santa iglesia de Toledo por ser cosa tan antigua y de mucha devoción, y la tuvo allí en su aposento hasta que fué nuestro Señor servido que mejorase.

Y en Madrid se decía públicamente que el Rey era muerto y que le tenían encubierto; otros que embalsamado, y el pueblo estaba para alborotarse, lo cual visto por el almirante de Castilla, tomó la posta y fué [a] Acequia y vió cómo el Rey Católico estaba algo mejor y tornó y lo dijo públicamente, con que el pueblo se quietó y sosegó, y luego le dió el mal de la muerte al Almirante y murió dentro de muy pocos días, de edad de setenta y tres años, y fué muy sentida su muerte por ser un gran caballero, muy generoso y mayor limosnero y hombre de mucho ser y gran gobierno.

En sintiéndose mejor el Rey Católico y con unas pocas de más fuerzas se partió de Acequia para Toledo a llevar la santísima Imagen y ponerla en su lugar. Allí se dice dió el Rey Católico dos capelos de cardenales que tenía impetrados de su Santidad: el uno dió a don Francisco de Avila, Comisario general de la Santa Cruzada, y el otro al presidente de Granada, don Fernando Niño, al cual llaman el cardenal Guevara, gran letrado y gran juez, merece-
f. 9 v. dor | de tan alta dignidad. Cuentan muchas cosas de sus muchas partes que no son para poner en tan poca cosa y tan pequeña y tan humilde como esta es. Esto dejarlo hemos para otros que lo escribirán muy altamente y a la larga y como ello merece; aquí bástanos esto.

---

(1) Aceca.

En estos mesmos días en que el Rey Católico estaba holgándose en su ciudad de Toledo, adonde le festejaron y regalaron muy altamente y le aposentaron en las casas arzobispales, hicieron el día del Corpus unas fiestas grandísimas cuales jamás nunca se hicieron tan grandíosas por las personas que las habían de ver. Estuvo el Rey Católico en la procesión con sus hijos y toda su corte y casa y otros grandes del reino que se juntaron, todos muy lucidos y con grandes y costosas libreas.

También estuvo día de la Santísima Trinidad en el auto que se hizo de Inquisición y le dió mucha autoridad con su persona real.

Tuvo cuenta estando en esta ciudad que la renta del deanato de la santa iglesia que había poco que vacó, porque hizo obispo de Córdoba a quien la tenía, y que se repartiese entre estos dos cardenales que acababa de hacer, porque dicen vale más de veinticuatro mil ducados.

13.—Estando aquí el Rey Católico en esta su ciudad le vino una muy mala nueva y fué que la armada inglesa, en que había ciento y cincuenta navíos, tomó la isla y ciudad de Cádiz, cosa bien lastimosa para el Rey Católico, y para toda España nueva muy infeliz y desastrada. Tomóse por mal gobierno que en ella hubo; otros dicen que hubo traición, finalmente, | ellos la entraron y hicieron en los f. 10 r.
desventurados vencidos todo cuanto quisieron y allí se vió el que ayer era rico y muy rico hoy es pobre y muy pobre. Las maldades que aquellos pérfidos herejes cometieron en las iglesias y cosas sagradas no se puede decir sin lágrimas; ellos fueron señores de aquella ciudad y isla por espacio de veinticuatro días que quisieron estar en ella sin que hubiese quien los dañase ni ofendiese en cosa ninguna, tan seguros como si estuvieran en su ciudad de Londres en Inglaterra. Asoláronlo todo; no dejaron casa que no derribasen por llevarse el clavazón y por buscar las riquezas que los míseros ciudadanos habían escondido. Los templos profanaron; hicieron pedazos las santísimas imágenes y crucifijos; no perdonaron cosa, y un religioso de esta Orden me contó, como testigo de vista, que aquella miserable ciudad que tomó el inglés tenía una muy devota imagen de nuestra Señora, antiquísima, en quien todos tenían particular devoción, y aun dicen había hecho milagros y era el consuelo de todos y la tenían muy adornada de muchas joyas y preseas y mu-

chas lámparas de plata que los fieles habían ofrecido a esta bendita imagen y Señora del mundo. La tomaron estos pérfidos herejes y la despojaron y robaron cuanto tenía y a la santísima Imagen (me tiemblan las carnes en solo decirlo) la hicieron mil pedazos. Aquí echaron la media cabeza, allí la otra media, allí un pie, acullá un brazo y de esta manera la esparcieron y derramaron por mil partes, que me admiro y espanto como no bajó fuego del cielo y los abrasó a todos; pero débeles de esperar otro mayor fuego y que durará
f. 10 v. para siempre, mas | nuestro Señor permite estas y otras muchas cosas por nuestros pecados. ¡Sea su santo Nombre bendito para siempre!

Dícese que valía lo que había dentro de aquella ciudad más de nueve millones por ser mucha la contratación que allí viene de todo el mundo por ser puerto de mar; y por aquí verán con cuanto descuido vivimos en España. Estaba esta ciudad muy rica y por lo mesmo llena de muchos mercaderes riquísimos; con estos se dice se concertó el enemigo por un tanto, con los extranjeros, que con los naturales no quiso. Pues en toda esta ciudad es notable no se hallase sólo un tiro tan solo de artillería que poder tirar estando tan cercados de enemigos. Y que no se mira esto siquiera en estos tiempos. Si se advirtiese en ello muchas cosas se remediarían.

Todas las mujeres, y particularmente monjas, las mandaron pasar acá el inglés y Capitán general y que no se las hiciese mal y lo mesmo a los religiosos, y a los que sabían que les habían de dar rescate por él se le[s] llevaron a su tierra. El Corregidor de aquella ciudad se fué con el inglés, que no dejan de echarle gran culpa, y por tanto se fué él con el enemigo tan de buena gana porque temió la justicia rigurosa que vernía sobre él por la mala cuenta que dió de lo que su Rey le tenía encargado.

El enemigo, harto ya de estar allí, cargado de joyas y preseas se tornó a su tierra sin que naide le diese pena, que fué una cosa harto lastimosa.

El Rey Católico tuvo esta tan ruin nueva estando en Toledo,
f. 11 r. que le quitó hartos días de vida. | Dijéronse mil mentiras acerca de que el Rey Católico quiso desechar de sí a los que privaban con él y le ayudaban a gobernar por el mal recado que tenían en esta ciudad; pero todo fué falso, pues los vimos después en la mesma privanza que antes.

Un fraile de la Orden de San Francisco tomó una espada o montante y se defendió un gran rato, y mató y hirió no sé cuantos. Sólo este echó mano [de las armas?] y el Capitán de la inglesa, con ser señor de título, le mandó llamar después de rendido y le hizo muchas caricias y le dijo que sólo él entre todos los de aquella ciudad lo había hecho bien en tornar por sí y por su Rey; y con esto alabó a este y reprendió a todos los demás que lo hicieron muy mal y como hombres muy cobardes (1).

Dicen que como el Rey lo sintió tanto fué a él el Príncipe su hijo y le pidió con muchas veras su Majestad fuese servido de darle licencia para ir él a favorecer aquel lugar y la isla, y que el Rey su padre le respondió: «Andad, estaos quedo, que a otras cosas mayores y de más importancia iréis vos»; y ansí se quedó todo.

14.—De Toledo se vino el Rey Católico a esta su Casa de San Lorenzo a pasar el verano y a despedir a los cardenales recién electos que enviaba a Roma al papa para que asistiesen allá siempre en sus oficios como los demás.

En esta Casa sucedió este verano (2) la consagración de esta sancta iglesia, asistiendo a ella el Príncipe, y se halló a todas las tres procesiones que se hicieron, porque el Rey Católico por su gota no pudo, mas viólo todo desde sus oratorios con su hija la serenísima Infanta. Las cosas | que pasaron en la consagración de grandes in- f. 11 v.
venciones (3) y ceremonias con muchas luces y luminarias y un paladión en que fuese el Nuncio de su Santidad, que es el que hacía la consagración, llamado Camilo Gayetano, patriarca de Alexandría, y el obispo de Segovia y los ministros. Había a do estuviesen dentro una concavidad do estaban ocho hombres sin ser vistos, que meneaban esta gran máquina con mucha facilidad.

Había a todas las ventanas y torres muchas luces, que pasaban de

---

(1) De este saqueo de Cádiz he visto citada la siguiente relación de un contemporáneo, publicada por D. Adolfo de Castro: *Historia del saqueo de Cádiz por los Ingleses en 1596, escrita por Fr. Pedro Abreu, religioso del órden de San Francisco*. Cádiz (*Rev. Med.*), 1866. 4.° mayor, de 165 págs. y 7 láminas. *Bibliografía militar de España*, por el Excmo. Sr. D. José Almirante, Brigadier de Ingenieros. Madrid, 1876, pág. 138, c. 1.

(2) 30 de agosto de 1595.

(3) *Convenciones* dice el texto.

catorce mil, tanto que como vieron los de la ciudad de Toledo tanta luz aquella noche, porque ardieron las lámparas desde las primeras vísperas hasta las segundas, como vieron que ardía tanto, ignorando lo que era, tomaron muchos la posta para venir a ayudar a apagar el fuego, que pensaron que se abrasaba la Casa, y se vía todo en Toledo muy distintamente.

En Madrid pensaron lo mismo, y ansí acudieron y amanecieron muchos hombres aquí. Otras muchas cosas que sucedieron otros las contarán que las vieron mejor que yo.

Fué el oficio bien largo y muy prolijo, pues duró desde la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Tuvieron después de pasada la consagración en la mesa del altar mayor una famosa comedia que trujo don Andrés Pacheco, obispo de Segovia. Trataba de cómo doctoraron al apóstol San Pablo. Diéronle un bravo vexamen y después la veza (?) y borla los cuatro Doctores de la Iglesia. Fué mucho de ver, porque la representaron muy altamente los clericones de la iglesia de Segovia, y la comedia | estaba muy agudamente compuesta, y ansí holgaron todos de oirla. Asistió a ella el Rey Católico con sus hijos y todos los caballeros de palacio y todo el convento y colegio, entre los cuales estaba el General de esta Orden, raras veces visto, el cual estaba haciendo con los padres que para ello le eran señalados capítulo privado.

f. 12 r.

Aquí se nos quedan cien cosas que decir que no son para este lugar ni para todos: bástanos saber que hubo capítulo privado este año y lo que en él se mandó no fué de mucho momento.

15.—En estos días vino de ser provincial dignísimo del reino de Portugal el padre fray Juan de Quemada, y gobernó aquella provincia por espacio de cuatro años con grandísima discreción y prudencia y grande exemplo de vida, como lo dicen los mesmos portugueses, que no es poco estando todos ellos tan revueltos y inquietos. Pues a estos los supo tan bien llevar y quietar que ellos mesmos se espantan y admiran de ello, y él los hizo que se redujesen las pocas casas que en aquel reino hay a las de Castilla y se hizo toda una Orden, como fuese antes provincial de por sí, de lo cual están tan descontentos los señores portugueses y no acaban de llorarlo y acá no lo estamos menos por ello. Con todo los portugueses le quedaron muy aficionados y le quieren y estiman todos ellos en mucho

por sus muchas partes de discreción, prudencia y muchas letras, y ansí conociendo en él esto el Príncipe Cardenal, que entonces gobernaba aquel reino, le amaba y quería | mucho y le comunicaba y f. 12 v.
encomendaba gravísimos negocios. Todo esto y mucho más se me ha ofrecido decir de este padre, que por ser hijo de esta Casa de San Lorenzo el Real y de tantas partes y muchas más que pudiéramos decir, que por no cansar las dejo y porque no sabré darlas el color que ellas merecen; y por ahora baste esto. Aquí el Rey Católico le quiso mucho y estaba de él muy satisfecho y de sus buenos servicios y mandó al General de esta Orden le honrase.

16.—En estos mesmos días vacó la confesuría del príncipe de España, porque hicieron obispo de Astorga (1) al que lo era, y sobre pretender esta plaza se encontraron y barajaron por veces el confesor del Rey Católico y el prior de San Lorenzo, porque cada uno de ellos la quería para sí. El confesor quería serlo de padre y hijo, y el otro pretendía serlo también, y sobre esto tuvieron algunas trabacuentas, y como el prior fuese más sagaz y supiese más por desdorarlo le hizo reformar la casa, porque le hizo quitar un secretario seglar que tenía sobre si recibía o no recibía, que él así lo decía y no sé qué verdad se tenga. Al fraile su compañero también se le hizo quitar por sospechas que tuvo de que le hacía no buena amistad, por lo cual el padre confesor quedó sentidísimo, y con razón, pues advirtiéndole de ello lo remediara él sin que naide lo entendiera, y de aquí quedaron encontrados y con resabios el uno del otro, y nunca más se miraron bien ni se trataron como solían.

En lo de la confesuría hubo muchos dares y tomares, porque estos dos padres hacían | bravísimas diligencias alegando servicios f. 13 r.
cada uno para sí; por otra parte los padres dominicos hacían también las suyas pidiendo con grandes veras y grandes encarecimientos al Rey Católico no sacase este oficio de su Orden, pues siempre había estado en ella de muchos años a esta parte, y que no permitiese su Majestad de castigarlos ni privarlos de este oficio, pues en su Orden había muchos padres que podían servir a su Majestad en este cargo y en otros muchos con la satisfacción que siempre.

Los padres de la Compañía, o teatinos, como hombres tan solí-

---

(1) Fray don Antonio de Cáceres, dominico, que murió en 1615.

citos, revolvían el mundo para que no se diese a los padres dominicos, como tan contrarios unos de otros; pero el Rey Católico, visto y tanteado el negocio, como tan prudente, visto que si le daba a la Orden de San Jerónimo daba mucho que decir y mormurar que todo lo quería para los padres jerónimos, se determinó de no quitársela a los dominicos, adonde siempre había estado, y ansí salió el que hoy es, de lo cual les pesó harto a los padres pretensores; y cierto, a mi ver y pobre juicio, fué lo más acertado, y que el Rey Católico tuvo espíritu profético en darla a quien la dió, y todo el mundo holgó de ello infinito, por haber muy bien servido aquella Orden a sus reyes en este ministerio, y quitárselo ahora sintiéralo mucho, y parece tenían alguna razón de estarlo, y ansí fué mucho mejor y más acertado lo que el Rey Católico hizo con tan maduro acuerdo.

17.—En estos días salió obispo de Avila fray Juan de las Cuevas, fraile dominico, confesor que había sido del Príncipe Cardenal, y
f. 13 v. por ser muy viejo no le | pudo llevar consigo ni pasarle a los Estados de Flandes a do iba por gobernador.

Vivió muy pocos días en su obispado (1) y ansí vacó luego otra vez y salió fama que era obispo el padre fray Diego de Talavera, prior que a la sazón era de la Sisla de Toledo y que había sido de nuestra Señora de Guadalupe; un gran fraile y hombre de gran gobierno, mucha experiencia y a dicho de todos un santo; y llegó a tanto esto que el marqués de Denia, que hoy es duque de Lerma y manda el mundo, lo tuvo por tan cierto que le fué a dar la norabuena a su casa de la Sisla, por ser gran cosa suya.

En estos mesmos días sacaron para obispos dos discípulos de García de Loaísa, Capellán mayor y maestro que había sido del Príncipe, [y?] de la Universidad de Alcalá de Henares siete doctores.

En estos días hizo merced el Rey Católico de la Encomienda mayor de Castilla al conde de Fuensalida; la Encomienda mayor de Calatrava dió a su gran privado don Diego de Córdoba; la Encomienda mayor de Alcántara a don Cristóbal de Mora; una Encomienda de éstas al marqués de Velada, ayo del príncipe y su Mayordomo mayor; al conde de Chinchón otra; a don Juan de Idiáquez la Encomienda mayor de León de Santiago, y con esto iba el Rey

---

(1) Murió don fray Juan Velázquez de las Cuevas en 11 de marzo de 1598.

Católico acrecentando mucho su Real Palacio; y a don Cristóbal de Mora le dió título de marqués de Castel Rodrigo, lugar suyo en Portugal, y a su hija la casó con el duque de Alcalá de los Gazules y le dió el Rey en dote el marquesado de Tarifa, porque traía pleito con el Duque | y se le quería quitar, y le dió toda cuanta acción en él f. 14 r.
tenía porque se casase con ella, cosa que espantó a todo el mundo.

18.—Por estos días murió en Párraces el padre fray Julián de Fuentelsaz, único en el arte del iluminar, y de esto son testigos todas sus obras, y a dicho de todos ni Apeles ni ninguno de los antiguos por famosos pintores que fueron le llegaron. Fué singular iluminador, extremado pintor y consumadísimo escribano, y para todo cuanto hay le dió el Señor gracia particular. He querido hacer aquí tan particular mención de este único padre por haber sido tan consumado hombre en estas artes, y particularmente por haber sido fraile y hijo de esta Casa de San Lorenzo el Real, que todo esto me movió [a] hacer tan particular mención de él y ponerle aquí. Era hombre de muy lindo entendimiento y muy claro ingenio; era hombre digno de que no muriera por su tan rara habilidad y tan lindas manos; pero paréceme que la muerte a todos hace iguales y no quiere perdonar ni reservar a naide, sino que a todos los lleva por un rasero y los hace iguales en esto.

CAPITULO XIV

1597 y 1598

[1. Capítulo general de la Orden de San Jerónimo.—2. Pasa en San Lorenzo Felipe II parte de la primavera y el verano. Noticia de Campillo y Monesterio, fincas y palacios donados por el Rey Católico a San Lorenzo el Real.—3. Paces entre Francia y España.—4. Muerte de la duquesa de Saboya doña Catalina, hija del Rey Católico: sentimiento singular de éste.—5. Caso de devoción de Felipe II al Santísimo Sacramento.—6. Entrega solemne de numerosas reliquias en San Lorenzo.—7. Conciértanse los casamientos del príncipe Felipe y su hermana Isabel Clara Eugenia.—8. Viene Felipe II a morir a San Lorenzo.—9. Otros sucesos.—10. Consagración en San Lorenzo de García de Loaísa, arzobispo de Toledo.]

f. 31 v. 1.—(1) En estos días el prior de San Lorenzo [andaba?] muy cuidadoso, y para esto acordó de pedir al Rey Católico licencia y que a él le diese su Majestad los recados para presidir en el Capítulo general que se acercaba ya, y esto parecía lo más acertado, por ser este año de mil y quinientos y noventa y siete notable por haberse juntado en él Capítulo general de la Orden de San Jerónimo, adonde mandó el Rey, como tan bien mirado y circunspecto, presidiese en [él] el prior de su Casa de San Lorenzo el Real por la satisfacción que dél tenía, como presidió, y se hizo todo muy a gusto y como el Rey Católico deseaba, y con esto doy fin a este capítulo.

f. 32 r. 2.—El día de la gloriosa Ascensión del Señor estaba el Rey Católico en su palacio y casas de Campillo, y por hacer mal tiempo y él no estar bueno de su gota envió a su hijo el Príncipe para que estuviese a la santísima fiesta, y ansí se halló a la procesión y misa y juntamente se halló a la confirmación del prior de esta Casa. Llo-

---

(1) Los folios 20 r.-23 r. son copia casi literal de la página 346 de la *Qvarta parte de la Historia Pontifical General y Catholica...*, por F. Marco de Guadalajara y Xabierr. Zaragoza, 1612.

vía tanto a esta hora y por todo el día que se tomó por mal agüero o ruin pronóstico de las calamidades y desventuras que habían de suceder en este año. Fué tanta el agua que cayó tan recia, que los nacidos nunca tal vieron; tanto que no fué posible que tornase el Príncipe a comer con el Rey su padre que le estaba esperando, y ansí comió en el refitorio con los frailes, y esta vez fué la primera [vez] que comió solo siendo Príncipe. Estando comiendo se llegó a él don Diego de Córdoba, gran privado del Rey su padre, y le dijo y advirtió cómo el Rey su padre solía envíar platos y fuentes a muchos de aquellos padres, y él mandó que se hiciese lo propio ahora; y ansí [lo] tomó el don Diego de Córdoba a su cargo y envió muchas cosas presentadas, y a todos los cupo algo.

A la tarde, después de vísperas, se tornó a Campillo con llover bien con su padre el Rey Católico que le esperaba por momentos.

En Campillo y Monesterio se estuvieron algunos días holgando, que bien tienen en donde extenderse en aquellos grandes campos y prados | donde hay inmensidad de caza, y como el tiempo no era ca- f. 32 v.
loroso y el sitio fuese todo arboledas, estaba todo que parecía un paraíso. El Rey en sus palacios, sus caballeros y criados acomodados en aquellas casas desiertas y sin moradores, porque el Rey Católico cuando compró estas dos villas al duque de Maqueda, cuyas eran, dándole el doble de lo que le valían donde él lo quiso. Lo mesmo hizo con los naturales y les compró sus haciendas dándoles el doble por ellas de lo que valían y que se fuesen a vivir a otras partes donde ellos escoxiesen y allí mandó darles su previlegio para que los acogiesen en los lugares donde iban como si fuesen naturales del mesmo pueblo, y para esto mandó a su Juez de Bosque que no se quitase de aquel lugar hasta que los enviase a todos muy contentos adonde ellos quisiesen. También le mandó que a todos los pobres los vistiese y albergase, que casi la más gente de ellos era gente muy pobres, y ansí a hombres y mujeres, muchachos y muchachas, a todos los vistieron de nuevo de pies a cabeza y los mandó dar el Rey para el camino, y con esto los echaron de estos dos lugares patrias suyas no sin hartas lágrimas que derramaron, aunque bien pagados, y ahora como supo el buen Rey que todos eran idos y que ya estaba todo desocupado y desembarazado y que ya todo estaba por de su Majestad se vino y se entró en sus palacios de Campillo como a

tomar la posesión de ello. Visitó todos los términos que son muchos y muy grandiosos, donde se hallan cosas muy buenas y de mucha
f. 33 r. consideración. Todo lo miraba el | buen Rey con mucha consideración y le pareció muy buena hacienda para esta su Casa por estar tan cerca y tan a mano y es cierto que lo quiso entregar luego el buen Rey a esta su Casa sin interés ninguno, sino fuera por ruines terceros, que éstos le quitaron que no lo diese en vida, que lo tuvo mucha gana, y ansí después fué muy dificultuoso el cobrarlo, que como es la mejor cosa y mejor joya que tiene príncipe en el mundo, como lo ha dicho la experiencia, hacíaseles de mal sacar de la Corona Real una cosa tan buena por ver que lo que una vez entra en monasterio no hay sacarlo de allí, y por esto se miró tanto en ello y con mucha razón, y no aconsejaban mal al Rey los que le decían que no diese su Majestad a los frailes cosa tan buena sino en otras partes su equivalencia, porque parecía mal a un Rey tan poderoso como al de España irse a cazar en hacienda de otros, y otras muchas razones que le sabían ellos muy bien decir. Con todo eso el Rey Católico lo ha deseado admirablemente y dixo que lo hacía para sus frailes. Mandó hacer una muy grande y hermosa y ancha calle desde Campillo y Monesterio llena de álamos y muy llana, y con estar tres cuartos de legua largos parece que está cerquita. Estanse mirando los palacios uno a otro. Tuvo intento el buen Rey de hacer otra calle muy famosa desde Campillo hasta su Casa de San Lorenzo, de álamos, y si Dios le diera salud más tiempo hiciérala sin duda; pero no pudo por atajarle Dios los días de la vida, porque no lo merecíamos, y por esto dejó de hacer otras muchas cosas muy grandiosas que hiciera si Dios le diese salud, que ya lo había dicho. Dejó ordenado que hubiese en Campillo y Monesterio dos curas y dos sacristanes,
f. 33 v. y que los sacristanes | fuesen sacerdotes, como se hizo y los mandó dar muy buenos salarios para su sustento y que esto se les pagase de la Fábrica que dexaba en esta su Casa. Las dos iglesias de Campillo y Monesterio mandó que se aderezasen muy bien, como se hizo con muchas ventajas, como se ven hoy día y están muy buenas.

Todo este verano se estuvo el Rey Católico en esta su Casa entretenido en su caza. Particularmente un día mandó que le encerrasen un puerco jabalí para matarle, y es mucho de ver; porque no hacen más de espiarle y cercarle con unos lienzos o angeos y él

piensa que es pared y no osa llegar, y toman gran trecho de tierra y de lejos cierto parece que son de muy buena piedra y muros de ciudad, y allí como no tiene por do salir y se ve acosado hace muy buenas suertes y todo cuanto mal puede hacer le hace por defenderse.

3.—Este verano andaba el Rey Católico y la Santidad del papa Clemente octavo, como Padre Universal, solicitando y trabajando en que se hiciesen las paces entre el Rey Católico de España y el Rey Cristianísimo, que ya todos se lo llaman, de Francia; y sobre esto trabajó mucho su Santidad. Hiciéronse los capítulos de las paces y su Santidad las envió a esta Casa al Rey Católico y él las vió muy despacio y las envió al Consejo Supremo de Madrid, y después de haber altercado muchos días sobre ellos y dado y tomado, al fin, el Rey Católico, como príncipe tan pacífico, quiso dar en esto gusto a su Santidad, que con tantas veras se lo pedía y vino | en que se f. 34 r. firmasen estos capítulos de las paces entre España y Francia, y aunque no eran muy aventajadas para España, con todo eso quiso el Rey Católico hacerlas para mostrar a todo el mundo su generoso ánimo, pues dió con tanta largueza lo que era suyo pues lo ganó en buena guerra, y ansí mandó a sus capitanes entregasen al Francés la ciudad de Calés y puerto y fortaleza y otras tres o cuatro fortalezas de importancia que en las barajas pasadas habían ganado los nuestros, y esto con una liberalidad extraña. Pateaban los capitanes y soldados, y ansi no pudieron menos de obedecer al mandato de su Rey y Señor. Espantóse todo el mundo y no se hartaban todos de decir mil cosas y engrandecían la gran prudencia del Rey Católico y le subían hasta el cielo amigos y enemigos, y en esto se pasó todo este verano, y pasado se tornó el Rey Católico a tener el invierno en Madrid.

4.—En estos días casi en saliendo el Rey Católico de esta su Casa para Madrid y en llegando [a] aquel lugar le vino una mala nueva para él y para toda España y ansí toda ella se cubrió de tristeza extraña y grandes lutos, y fué que en Saboya murió (1) de su enfermedad la serenísima infanta doña Catalina, cristianísima señora y mujer de gran valor, hija muy querida y muy amada del Rey Ca-

(1) 6 de noviembre de 1597, en Turín.

tólico y a quien él quería entrañablemente, y ansí hizo muchísima impresión en él este toque que Dios le envió. Hizo extremos nunca vistos, sintiólo demasiadamente; fué de suerte que dicen sus criados y privados que nunca para siempre jamás por muy adversa que fuese la cosa y le sucediese, le vieron hacer semejante sentimiento como
f. 34 v. ahora; ni muerte | de hijos ni de mujer, ni pérdida de armada, ni cosa la sintió como ésta, ni le habían visto jamás quejarse [a] este gran Príncipe como ahora en este caso se quejó, y ansí le quitó muchos dias de vida y de salud, porque conocía él muy bien el gran valor y gran prudencia que su hija tenía, y que era muy grande. Dicen murió de un sobresalto que la dió un correo que le traía nueva que su marido el gran duque de Saboya que estaba en campo contra el rey de Francia y defendiéndose de que no le tomase sus tierras, porque el Francés le quería tomar el marquesado de Salucio, porque decía que era suyo, y estando allí le dió al duque de Saboya una grande enfermedad y muy peligrosa, de la cual llegó a la muerte y despacharon un correo con esta nueva a la serenísima infanta doña Catalina, la cual recibió tan terrible sobresalto cuando oyó esto y tan gran pena de ver que perdía tan buen marido y en tan recio tiempo y en tan mala ocasión y coyuntura, y como le amase tan tiernamente y quisiese infinito que de puro dolor y congoja malparió y la dió una tan recia calentura que la mató en siete días con sumo dolor de todos sus vasallos y más de su marido por ser una señora de tanto valor, de pecho y ánimo tan varonil y de mucho gobierno, y lo que más es de estimar una santa y gran cristiana. Al Duque su marido no se atrevieron en muchos días a decírselo por estar él muy malo a la sazón; sólo le quedaba un consuelo y es ver que le dejaba tantos hijos e hijas, pues vemos que dexó cinco hijos varones y cuatro hi-
f. 35 r. jas. Al segundo hijo tenía el Rey Católico dado el gran priorato | de San Juan de Portugal, y al tercero, porque dicen [se] parecía a su madre, o por otra afición particular el gran priorato de San Juan de Castilla.

El Príncipe y serenísima Infanta se cubrieron de luto, y hicieron mucho sentimiento por perder tal hermana y tan buena. En toda España se le hicieron realísimas obsequias por merecerlo ella todo. Su padre el Rey Católico se las hizo en Madrid en su Capilla Real; y en esta Casa de San Lorenzo se le hicieron también muy honrosas

obsequias por ser cosa tan querida y amada de nuestro buen Rey y señor y fundador, y envió a mandar al prior con palabras muy graves tuviésemos por muy encomendada el ánima de la Infanta, y mandó juntamente se le dijesen gran cantidad de misas por su alma, porque Dios la perdonase y la diese la santa gloria.

5.—En estos días sucedió que saliendo un día el Rey Católico a pasear en su carroza con sus hijos por Madrid, y después de haber dado casi una vuelta a todo aquel lugar con todos los coches que suelen ir acompañando al Rey, sucedió que en una calle de aquellas toparon con el Santísimo Sacramento, que le llevaban a dar a un enfermo. El Rey mandó parar el coche y apartar para que no estorbase, y cuando llegó cerca mandó a su hijo el Príncipe que saliese del coche y se pusiese de rodillas, y que aguardase a que llegase el Santísimo Sacramento, y estuvo de esta manera hasta que llegó. En llegando que llegó junto al coche el Rey Católico le adoró desde él por no poder de su gota salir; lo mismo hizo la serenísima Infanta. | El f. 35 v.
Rey Católico mandó al Príncipe que descaperuzado con un hacha o candela de cera de aquellas que allí iban acompañase al Santísimo Sacramento hasta la casa del enfermo y después le tornase a su hogar. Obedeció el Príncipe; toma un hacha de aquellas y fué alumbrando al Santísimo Sacramento hasta casa del enfermo. Entró dentro y púsose junto al mismo enfermo y las rodillas en tierra, que nunca consintió que le pusiesen almohadilla. Era un pobre hombre y muy pobre, y en gran manera pobre, y desde allí tornaron a la iglesia que estaba buen rato de allí.

El Rey Católico se fué derecho a palacio y mandó en apeándose que volviesen por el Príncipe, y ansí lo hicieron. Fueron por él a la parroquia de donde salieron y sacaron el Santísimo Sacramento y no había llegado, y ansí estuvieron esperando los coches un rato. En llegando que llegaron y encerraron el Santísimo Sacramento en su lugar, el Príncipe se tornó en su coche luego a palacio, adonde el Rey Católico su padre le estaba esperando. Otro día envió el Príncipe un gran presente al enfermo de regalos y otras cosas de que tenía harta necesidad, y cierta cantidad de dineros, y le envió a consolar. Holgó infinito el enfermo con la visita, y más con el presente, pero no fué todo esto bastante a que no muriese, ni le valió la visita ni los regalos; murió a otro dia.

Esto fué un caso muy notable y que el Rey Católico dió en esto muestras de su gran devoción y grande religión, y en esto mos-
f. 36 r. tró | bien en cuanto debemos tener y reverenciar el Santísimo Sacramento. Ello fué un hecho muy heroico y de cristianísimo Príncipe y celoso de la honra de Dios, y esto sólo bastaba para que todos los herejes se confundieran y se avergonzaran de poner sus lenguas sacrílegas y lucifirinas en decir mal y hacer escarnio de este tan alto y soberano misterio del Santísimo Sacramento del Altar; sino que el Señor los ciega y no quiere que lo entiendan, sino que mueran en su ceguera y en su desvarío y desatino para que lo paguen en la otra vida con tormentos atrocísimos, como lo merece su culpa y poca fee.

f. 37 r. 6.—Metido y engolosinado y engolfado en tantas cosas como tenía que contar, se me había olvidado de contar cómo al principio
f. 37 v. de este trienio el Rey Católico don Felipe segundo, como tan | pío y cristianísimo Príncipe y muy vigilantísimo en las cosas sagradas y más en las santas reliquias, oyendo decir las grandes maldades, e insolencias que los pérfidos herejes usaban con ellas y poca reverencia en que eran tenidas, doliéndose de esto extrañamente y como cada día venían tantas nuevas de esto, que cada una le atravesaba las entrañas, mandó a ciertos religiosos entregasen gran cantidad de reliquias, a los cuales el mesmo Rey Católico había enviado a sus expensas para que rodeasen a toda Alemania, Flandes, Polonia, Inglaterra, Francia y otras muchas provincias [y] comprasen cuantas reliquias hallasen, y a trueque de muchos dineros las rescatasen y no reparasen en precio, y de esta suerte las sacasen de entre aquellos pérfidos herejes, y de esta suerte las sacaron y trujeron después de muchos trabajos que padecieron por espacio de cuatro años que anduvieron peregrinando por todas estas tierras y provincias pasando grandísimos infortunios, al cabo de los cuales llegaron a Madrid y trujeron cuatro arcas o cofres grandes llenos de reliquias de muchos santos con bastantes, las cuales arcas libró Dios miraculosamente de que no fuesen abrasadas por manos de aquellos pérfidos herejes, que mil veces lo intentaron, que tanta como esta es la rabia que tienen a las benditas reliquias y a sus imágenes y a los mismos padres que las trujeron.

También los libró Dios por medio de estas santas reliquias, que

venían dentro de estas cuatro arcas, de no pocos trabajos y de mil muertes que los quisieron dar. Y después de haber gastado en esta tan pía y santa cosa el Rey Católico gran parte de sus tesoros, quiso que todas fuesen entregadas a este convento de San Lorenzo | el f. 38 r.
Real, casa y morada suya, que para este efecto las mandó buscar a tanta costa suya.

La causa que le movió a hacer esto a este tan cristianísimo Príncipe empezamos a decir arriba: fué el oír cada día nuevas de aquellas partes cuán maltratadas eran estas santas reliquias y en qué poca veneración eran tenidas y las cosas tan abominables que aquellos pérfidos herejes cometían contra ellas, hasta quemarlas; pues en estos días se supo [que] unos herejes en Francia quemaron las reliquias de San Pablo, primer ermitaño, y las de otros santos. Todo esto movió a este tan católico Príncipe y cristianísimo Rey, doliéndose extrañísimamente de esto, de procurar de traerlas y colocarlas en esta su Casa y hacerlas tan ricos y costosos relicarios como los hacía hacer, y para este efecto dice que hizo esta octava maravilla del mundo más que para enterrar sus huesos ni que de ellos curase, que su fin y su intento no fué sino que esta su Casa y hechura suya fuese sepulcro de cuerpos santos, y ansí procura con tantas veras de traerlos tan a costa suya y hacerlos tan ricos y costosos relicarios, y se los hiciera si Dios le diera más vida, pero no por eso se descuidó un punto, pues en su testamento y codicilio mandó gran parte de sus tesoros para que se hiciesen los relicarios en que estuviesen estas santas reliquias, que, como eran tantas, faltaban muchas por guarnecer.

De Madrid las mandó el Rey Católico, después de haberlas él visto todas una por una y regaládose con ellas, las trujesen a la capilla del Sitio y desde allí las trujeron con el mayor aplauso y majestad que los nacidos han visto, porque se adornó la capilla muy altamente y | una noche que estuvieron allí reposando aquellas san- f. 38 v.
tas reliquias las velaron con muchas hachas y luces. A la mañana se hizo una calle desde la capilla hasta la puerta del pórtico de árboles y rosas y otras muchas flores y muy vistosa. Hízose una muy solemne procesión con muchas luces, con número de religiosos vestidos con muchas capas y otros ricos ornamentos, con muchas danzas, motetes, villancicos y lindos conceptos, todos en alabanza de los santos y santas reliquias con mucho canto de órgano con muy ga-

llardas voces y tan acordadas que verdaderamente era un retrato muy al vivo del paraíso; y esto con tanta gravedad y majestad y mucha pausa, y lo que más es, con muchas lágrimas de devoción, que es lo que Dios quiere y busca en el hombre, que en memoria de los nacidos no se sabe de semejante cosa.

Venían las santas reliquias puestas en cuatro andas, si no fueron seis, muy ricamente aderezadas, cada una de las cuales la traían en hombros cuatro religiosos sacerdotes ricamente vestidos con vestiduras sagradas, y las traían en medio de la procesión haciendo con ellas sus estaciones, con otras muchas particularidades que hubo en esta tan santa procesión hecha harto concertadamente y con tanta pausa y gravedad y mayor compostura, regida por el padre fray Bartolomé de Santiago, sacristán mayor y dignísimo maestro de ceremonias, y sabe tanto de esto y ha estudiado tanto en esta materia y esmerádose tanto que en la Curia romana y capilla del papa [dudo] haya su igual en lo que es pulicía y demás ceremonias, y esto es en
f. 39 r. tanto | grado que cuando en la Iglesia Católica se perdieran las ceremonias y pulicía en el altar este gran padre las resucitara de nuevo con su mucha habilidad y buen juicio.

Rematóse la fiesta con un gallardo sermón que hubo aquel día, con que se ilustró mucho la fiesta. Fué cosa mucho de ver, según dicen todos los que tienen buen sentir y gusto en las cosas santas, y que a sólo verla se podía venir de en cabo del mundo y fuera muy bien empleado. Tuvo otra cosa esta tan santa procesión muy buena, y fué que hubo muy poca gente, y ansí se hizo con más quietud y más reposo que si hubiera mucha.

El Rey Católico, que estaba en Madrid, se le figuró todo esto que hemos dicho; envió a mandar se lo escribiesen todo como fué, y Carducho, famoso pintor y único en el arte, de los que viven, que se lo pintase en una tabla grande y se lo enviasen, y ansí se hizo, y holgó infinito con ello y le dió mucho contento ver tanto niño seminario con sus sobrepellices y velas blancas encendidas en sus manos, tanto religioso con tanta compostura, tanta luz, tanta riqueza de ornamentos, y en remate de la procesión iban el preste y los ministros altamente vestidos, y diera harto el buen Rey por estar bueno para hallarse él al entregarlas en esta su Casa, pero no fué posible, y ansí se alegraba mucho el espíritu y se deleitaba el buen Rey en

mirar este cuadro, y le mandó poner en su sala real de Madrid entre otras muchas pinturas que allí tiene, y no es ésta de las peores que [hay?] allí (1).

Luego mandó se ocupasen los plateros de Madrid en hacer relicarios en que se pusiesen estas santas reliquias, y ansí cuando se vino a tener | el verano a esta su Casa trujo muchos hechos consigo f. 39 v.
y al punto los mandó entregar, porque en esto de dar a Dios siempre fué larguísimo Príncipe y con todo le parecía quedaba corto.

Al poner de las reliquias se halló y mandó si había de estar junto a cuál reliquia y qué cabeza junto a qué cabeza y ansí lo ponía todo por su orden y correspondencia.

Esta fué la famosa entrega que se hizo de las santas reliquias, entre las cuales había muchas muy notables, como es la cabeza de nuestro gran santo Doctor de la Iglesia y Padre San Jerónimo, y la quijada de Santa Inés, la hermosa virgen y mártir, y un santo Inocente, sin otras muchas más, todas notables, que no las cuento por no ser prolijo y por no saber decirlas y por ser tantas y entre ellas muchos cuerpos de santos todos enteros, que todo es para dar mil gracias a Dios, y en esta Casa se las damos de noche y de día con grandes cantos y alabanzas que continuamente en ella se hacen alabándole por todo de todo corazón con oración continua. El Rey Católico, como tan honrador de las santas reliquias, visto que en esta su Casa había tantas que no se podía hacer de todas [fiesta?] por ser más ellas y haber tan pocos días en el año para poderse celebrar de ellas, le aconsejaron pidiese a su Santidad mandase hacer un oficio propio para esta Casa de San Lorenzo en que se hiciese cada año una fiesta doble con su octava de todas las reliquias juntas pues de cada una en particular no es posible; pía y santísima petición y digna de ser admitida en aquel | tan santo tribunal. Envió el buen Rey a pedir f. 40 r.
esto a su Santidad y como en la Rota de Roma se van tan despacio en todas las cosas en ésta también se van, no debiendo hacerse así por pedirlo un tan gran Príncipe y Católico Rey, pero ni esto ha aprovechado pues no se sabe hayan respondido a ella, y ansí se está, que nunca más se ha tratado de ello. Deben de hallar algún incon-

(1) Fué la solemne procesión y entrega de las reliquias en 14 de junio de 1598.

veniente para no concedello; sé decir gustara harto el Rey Católico se le concediera esta tan santa demanda y que lo tuvo gran deseo de verlo entablado en esta su Casa por haber sido concepto salido de ella y tan santo y bueno a quien los papas y vicarios de Cristo debían admitir y hacer mucho caso de lo que se pide y quién lo pide, pero deben de reparar el no haberse hecho semejante cosa en toda la Iglesia Católica ni concedido a naide, y es porque ningún príncipe de los pasados, ni todos juntos, allegaron tantas reliquias como vemos tiene nuestro Rey Católico, y por esto se le debía conceder.

7.—En estos días se determinó y resolvió el Rey Católico de que casase el Príncipe su hijo con hija del archiduque de Austria, Carlos, su primo, y por lo mesmo los dos también primos, y la serenísima infanta doña Isabel Eugenia Clara casase con el Príncipe Cardenal y arzobispo de Toledo Alberto, su primo, cosa muy acertada si se hubiera hecho catorce años ha, pero aunque tarde se vino a efectuar todo; y ansí se dijo que el Príncipe Cardenal entró en
f. 40 v. un | monesterio de frailes benitos vestido de Cardenal, en los Estados de Flandes donde estaba por gobernador de ellos. Allí se quitó el capelo y salió vestido de seglar y de ello tuvo nueva cierta el Rey Católico en muy breves dias, y luego se dió orden en que sus casamientos fuesen adelante.

Dicen los dan los Estados de Flandes con título de Reyes, otros que no sino con título de Condes, cómo ello se está no sabré decir con qué más condiciones les dan estos Estados, porque no he visto los conciertos; lo que sé decir de cierto es que allá lo llevan muy mal los señores flamencos y que no quisieran se descorporaran de Castilla por el gran interés que ellos tenían y que no gustan muchos de este casamiento y no quisieran sino que siempre hubiese guerra por irles tan bien en ella, pues hay entre ellos hombres que le daban de gajes cada año más de veinte mil ducados; pues ¿cómo diablos este tal no se ha de entristecer de que haya paz en los Estados? Y que este tal desea guerra no me espanto pues ella le da de comer y hace rico y poderoso y [en] la paz ha de ser pobre y morir de hambre, y ansí entre ellos es granjería que haya guerra, y de aquí entiendo ha venido aquel refrán castellano cuando uno se da a buena vida, a deleites y pasatiempos decimos: «No hay tal Flandes».

8.—Ya en estos días se iba dando mucha prisa nuestro buen rey Filipo a morirse y ansí vivió muy pocos días después de haberse concertado estos casamientos, y ansí | se dice por verdad que estando f. 41 r.
el buen Rey en Madrid en sus reales palacios por más que se lo rogaron los ministros y privados que estaba su vida en no venir a esta su Casa de San Lorenzo no los quiso oir antes le daba mucha pena el decirle que este Sitio y Casa eran malsanos y muy contrarios para sus achaques y Don Cristóbal de Mora su gran privado se le hincó de rodillas y con lágrimas le pidió y suplicó no viniese sino que se estuviese quedo en Madrid, y no aprovechó. Finalmente, él rompió con todo y se vino a morir a su Casa de San Lorenzo y dijo públicamente que naide podía traer sus huesoso más honradamente que él mesmo.

En entrando que [entró] en esta Casa (1) le apretaron tanto y más que nunca sus achaques de gota, y con estar tan malo no se olvidaba un punto en lo que era su alma y el gobierno de sus Estados. Dió orden fuesen por la Princesa la duquesa de Gandía con título de camarera mayor y su hijo el Duque fuese acompañándola, y al conde de Alba de Liste hicieron mayordomo mayor, y el Rey le envió la cédula a la ciudad de Zamora, a do estaba en sus casas que allí tiene, el cual por ser muy viejo no pudo ir por ella pero llegó hasta el puerto de Barcelona y allí la estuvo esperando a que viniese, y el buen Rey como tan circunspecto y tan bien mirado, acatando la mucha edad del Conde y estar ya muy cargado de la gota le mandó que no pasase de allí, sino que allí aguardase, y ansí se hizo todo.

9.—Olvidábaseme | había de contar cómo el invierno pasado f. 41 v.
hubo capítulo privado en San Bartolomé de Lupiana y se mandaron algunas cosas santa y discretamente que por no ser para este lugar no las digo, porque mi entender no ha sido más de contar muy sucintamente y de paso todas las cosas que han sucedido en estos días, y ansí callaré por ahora, porque si hubiera de escribir por menudo todas las cosas de la Orden campo tenía harto y adonde extender bien la pluma, pero nunca Dios tal quiera que yo tal haga. Sólo ha sido mi intención que se tenga alguna noticia de las cosas que suce-

(1) 6 de julio.

dieron en estos días por todo el mundo, y sea la primera por ahora la muerte de nuestro gran Rey y señor y patrón Filipo segundo, que me lleva a ella el natural amor que le tengo como a mi Rey y señor natural por ser tan miraculosa y digna de tener envidia, y lo otro por debérselo tanto los frailes de la Orden de nuestro Padre San Jerónimo a quien el Rey Católico quería mucho y amaba, y mucho más a los frailes hijos de esta su Casa, a quien el buen Rey tanto se esmeró en dar gusto y contento y todo cuanto hacía decía que lo hacía y quería para sus frailes, a quien el mesmo Rey en su codicilio tanto alaba y ensalza con tan amorosas y graves palabras y su santidad y bondad y mucha observancia de religión; y en el mesmo codicilio que hizo sólo para las cosas de esta Casa, a los frailes mozos
f. 42 r. los llama hijos y a los frailes viejos | llama padres. Nunca acabaría si por menudo hubiese de contar las cosas grandiosas que este buen Rey hizo como tan cristianísimo Príncipe, y dixo y obró, que esto dejarlo hemos para otros que escribirán su vida y hechos heroicos por menudo y en historia particular como ello merece y con más alto estilo que el mío; y no cuento yo esto sino como de paso y por el gusto que en ello recibo y contento.

Por este tiempo había días que el Rey Católico había enviado a decir, aunque muy malo, al archiduque Alberto su sobrino, que gobernaba los Estados de Flandes y presto le veremos señor de ellos, casase en Austria y trujese a la Princesa y que allá hallaría todo recado y lo necesario para la jornada, que lo llevó el duque de Feria y la duquesa de Gandía, y que se desposase él con la Princesa por poder que allí iba en nombre del Príncipe de España y el duque de Feria se desposaría con él por poder de la señora Infanta y en su nombre, y todo se vino a efectuar, como después veremos.

10.—El príncipe de España había días que había pedido al Rey Católico su padre el arzobispado de Toledo con mucha instancia para su maestro García de Loaísa, y el Rey Católico se lo concedió, y venidas las bulas le consagraron aquí en esta Casa delante del Rey Católico y sus hijos el Nuncio de su Santidad Camilo Gayetano, arzobispo y patriarca de Alejandría y el arzobispo *(sic)* de Segovia y otro en el altar mayor, y estuvo en ella el Príncipe y la serenísima Infanta y convidaron a la señora Emperatriz a esta fiesta, y no se atrevió a
f. 42 v. venir por no ver morir a su hermano el Rey Católico, que | estaba

en vísperas de ello, que le diera mucha pena y suma tristeza, pero envió al Arzobispo un roquete (1) muy lindo, que fué con el que se consagró. Hubo tres o cuatro aparadores en la mesa del altar mayor, de plata, riquísimos, uno mejor que otro. El Rey Católico no se pudo hallar en esta consagración por estar muy al cabo de sus días, que solos vivió veintiocho justos después de esta consagración y de consagrado en arzobispo de Toledo García de Loaísa, pero estaba bien cerca y pudo ver muchas cosas de aquellas que se hacen en semejante acto, todas santas y llenas de misterios. Hízose domingo, a diez y seis de agosto, un día después de la Asunción de nuestra Señora a los cielos, día señalado de San Roque, que tan festejado y venerado es ya este día y santo de pocos días a esta parte por la peste que el Señor ha enviado a España por nuestros pecados y este santo, como tan devoto de ella, le toman todos por su abogado y por esto ha tan poco tiempo que se hace de él [fiesta?]. Hubo este día gran fiesta y mucho aparato; aqueste día se tuvo por aciago por ser día de eclipse de sol y se tuvo por mal pronóstico y algunos contemplativos dijeron que no pararía en bien ni se lograría aquel mostruo, que ansí llaman estos al Arzobispo, y muchos hombres muy doctos y entre ellos el capellán mayor en Portugal, y obispo juntamente se espantaron cómo siendo hombre tan docto se dejó consagrar en tal día; no debía de mirar en agüeros. A él le sucedió mal, como veremos bien presto, pero contaremos primero el dichoso tránsito de nuestro Rey Católico y felicísimo y mil veces felicísimo don Felipe, segundo de este nombre, por ser tan digno de saberse y que siempre quede en memoria de los hombres, por ser tan miraculoso y lleno de misterios; y ansí le pornémos en capítulo particular, como es razón se haga.

---

(1) *Peoquete* en el manuscrito.

CAPITULO XV

1598

DEL FELICÍSIMO TRÁNSITO DEL GRAN FILIPO SEGUNDO, REY DE LAS ESPAÑAS

[1. Visita el Nuncio al Rey Católico y le concede gracias e indulgencias.—2. Ejercicios piadosos del Rey durante su última enfermedad. Criados que le sirvieron con más amor. Extraña miseria, intensísimos y continuados dolores, fortaleza inaudita y heroica paciencia del enfermo.—3. Manda hacer su ataúd y colocarlo enfrente de su cama.—4. Recibe los sacramentos de la Eucaristía y Extremaunción con singulares muestras de fervor religioso.—5. Tierna despedida de sus hijos: consejos que les dió.—6. Ultimos días del Rey prudente: su muerte.—7. Caso de heroica paciencia.—8. Entra a reinar Felipe III: privanza del duque de Lerma.—9. Solemne entierro de Felipe II.]

f. 43 r. 1.—En estos días le apretaban al Rey Católico tanto su gota y otros achaques, que vió que se moría (1). Envió a llamar al Nuncio de su Santidad Camilo Gayetano, patriarca de Alejandría, el cual estaba en esta Casa, que vino a consagrar en arzobispo de Toledo a García de Loaísa, maestro que había sido del Príncipe. Otros dicen que sólo había venido a dar al Rey Católico y al Príncipe en nombre de su Santidad el parabién y norabuena de los desposorios y a

---

(1) «Los trabajos que su Magestad padeció fueron terribles, porque estuvo dos años y medio sin poderse tener en pie, y cada día se le refrescaban los dolores de la gota articular que tenía en todos sus miembros. Casi en todo este tiempo jamás le faltó calentura, especialmente en los cincuenta y tres días desta enfermedad, en la cual padeció notablemente con los grandes ardores y crecimiento de la dicha calentura, que se complicaba y alcanzaba sin aplacarse. Después de habérsele abierto los dedos de una mano, le manó materia más de un año, y después del dedo pulgar del pie derecho, y estaba tan sentido desto que no podía tocarle la sábana sin mucho dolor». Cervera de la Torre: *Testimonio auténtico...* pág. 23.

traer las dispensaciones que para hacerse eran necesarias, las cuales su Santidad envió graciosamente. Pudo ser que viniese a entrambas cosas. Sea por esto, sea por lo que quisieren, él entró luego y el Rey Católico le mandó dar silla y le mandó sentar y le pidió le diese su bendición y la de su Santidad y le concediese todas cuantas gracias e indulgencias aquella Santa Sede puede conceder, que con aquello moriría muy contento, y otras muchas cosas que como Príncipe tan católico quiso ganar antes que muriese. El Nuncio le hizo una muy galana oración y muy devota y espiritual plática y le exhortó a bien morir y le dijo cosas muy espirituales, como quien tan bien lo sabía hacer, y le echó su bendición y la de su Santidad, y le concedió todas las gracias e indulgencias que puede conceder la Santa Sede Apostólica, debajo de la cual el Católico Rey dijo quería morir, y le absolvió a culpa y a pena, como dicen. Todo se lo concedió el Nuncio | y se lo otorgó; y se despidió de su Magestad, después de haber f. 43 v.
estado con él tres largos cuartos de hora (1). Sacó los ojos hechos un mar de agua de ver semejante espectáculo, raras veces o nunca visto. El Rey Católico quedó consoladísimo y se lo dijo a sus privados por veces, que se había holgado infinito con la bendición del Nuncio y de haber ganado tantas gracias e indulgencias, que le diera suma pena perderlas y que en su vida había estado más consolado. Fué cosa notable que en saliendo el Nuncio de con el Rey Católico se puso luego a escribir al papa todo cuanto le había pasado con el Rey Católico y de cómo le había concedido todas las gracias

---

(1) Lo que pasó en la entrevista del Nuncio y del Rey según lo relató el doctor Juan Bautista Confalonier, secretario del Nuncio, fué lo siguiente: «A diez y seys de agosto de mil y quinientos noventa y ocho, en San Lorenzo el Real, la Magestad del Rey Don Philipe el segundo que este en gloria, mando llamar a Don Camilo Caetano, Patriarcha de Alexandria... El Nuncio hallo al Rey estendido en la cama como inmobile, con estrema flaqueza; mas con los sentidos viuacissimos, y con vna serenidad de rostro, y composicion de animo milagroso. Mando su Magestad sentar al Nuncio, el qual hizo con su Magestad vna larga platica para su consuelo espiritual... Acabada la platica del Nuncio, su Magestad respondio con cara ridente, y animo intrepido, y como vn santo, que se auia alegrado de su venida, y que su mal era grande, y estaua dispuestissimo para se acomodar a la voluntad de Dios, con la vida o con la muerte; y que no pretendia otra cosa sino morir en su santa gracia, y alcanzar perdon de sus pecados...» Cervera de la Torre: *Testimonio auténtico...* páginas 103-105.

e indulgencias que su Santidad le pudiera conceder si presente estuviera por habérselo pedido con muchas veras el Rey Católico, y despachó luego un correo, el cual llegó allá y dió las cartas, y vistas de su Santidad lo aprobó todo y dió por bueno y despachó su buleta en confirmación de ello, y después se averiguó [que] el Rey Católico vivió tres días después de la concesión.

Habíale enviado su Santidad una gran reliquia guarnecida en plata de San Albano protomártir de Inglaterra con muchas gracias e indulgencias. Esta tuvo siempre el Rey Católico a la cabecera, porque con sólo mirarla, o diciendo *Jesús*, se le concedía remisión de sus culpas.

2.—Tenía repartido todo el día en exercicios espirituales, particularmente tenía deputada una hora, y en ésta un padre grave de esta Casa le metía cada día cantidad de reliquias para que las viese y adorase; y las tomaba el buen Rey en sus manos y se regalaba con ellas, y las decía muy dulces y regaladas palabras, y luego mandaba
f. 44 r. le | tocasen con aquella reliquia la rodilla, que la tenía muy mala, y juntamente hacía tocar los pañitos y vendas que le habían de poner en la rodilla y dedos de las manos, y si veinte reliquias le metía a todas las había de adorar y besar y tocar con ellas la rodilla y pañitos y vendas, y con esto pensaba de aplacar algún tanto el dolor intenso que le causaba el mal.

Sirviéronle con mucha puntualidad, particularmente don Cristóbal de Mora su gran privado; don Fernando de Toledo, hermano del marqués de Velada, y don Enrique de Guzmán, con algunas ayudas de cámara, el principal de los cuales era Juan Ruiz de Velasco, que nunca le dejaron en muchos días de día ni de noche, ni se acostaban ni desnudaron, sino como buenos criados y fieles vasallos servían a su Rey con grande caridad y amor.

Estuvo el buen Rey muchísimos días echado de espaldas sin poderse menear a una parte ni a otra, con intensos dolores, y tocarle a cualquiera parte de la cama era tocarle a las niñas de los ojos; y con ser el dolor tan vehemente nunca se quejó sino que se encomendaba a Dios, y *Jesús* eran sus suspiros.

Fué necesario que le hiciesen un ahujero por debajo en la cama para que por allí se proveyese de sus necesidades, y como siempre se pegaba algo y aquello sea tan cálido se le vinieron [a] hacer lla-

gas en las nalgas y podrírsele aquellas partes. Metido en una hediondez extraña era verdadero retrato a todos cuantos le veían del santo Job.

3.—Andaba el trazador mayor Francisco de Mora muy congojado buscando un poco de madera para hacer el ataúd, y no sabía nada de esto el Rey Católico. Envióle | a llamar y díjole: «Acordaos f. 44 v.
bien dónde pusisteis ahora catorce años un gran madero que os mandé guardar que sobró de la madera que se hizo la cruz del Cristo del altar mayor.» «Sí, señor; muy bien se me acuerda que V. Majestad me lo mandó guardar», dijo el trazador. «Pues mirad dó la tenéis y de aquella madera me haréis el ataúd.» Es una madera de Indias incorruptible.

Andaban espantados todos de ver que el Rey Católico enviase f. 48 r.
a llamar al trazador mayor y le mandase hacer el ataúd de la madera que le mandó guardar y sobró de la cruz que se hizo para el Cristo del altar mayor, estando todos tan olvidados de aquella madera por haber muchos años que pasó.

Andúvola buscando toda la casa y al cabo la vino a topar a la f. 44 v.
puerta del refitorio de los pobres y servía de sentarse en ella mientras los llamaban a comer y muchos de ellos comían encima de ella.

Tómala de allí y hicieron de ella el ataúd, y mandó el Rey Católico que luego se le llevasen a su aposento y mandó que se le pusiese frontero de sí. Miróle muy de propósito. Estaba dentro y fuera aforrado en brocado colorado con sus clavos dorados.

Mandó luego que hiciesen una caja de plomo que cupiese allí dentro y hecha mandóla traer y meter dentro del ataúd, y el Rey Católico dijo a sus privados que después de él muerto no le abriesen, sino que le metiesen en aquella caja envuelto en una pieza de holanda empapada en bálsamo, y que la cerrasen y calafateasen muy bien, y después la metiesen en el ataúd, y que cuando le amortajasen no estuviesen allí más que don Cristóbal de Mora y otros tres o cuatro que él nombró y no más.

Dijo que unas cuentas con que él rezaba, que habían sido del Emperador su | padre, y una bolsita con unas reliquias y *agnus* que f. 45 r.
tenía allí a la cabecera se lo echasen al cuello y le enterrasen con ello, y todo se hizo ansí como lo ordenó.

4.—Pidió un día le diesen el Santísimo Sacramento, y diósele

García de Loaísa, arzobispo de Toledo, y recibióle con muchas lágrimas (1).

Luego otro día estuvo muy malo, que entendieron que se moría, que le dió un parasismo que le duró más de una hora, y como pensaron que se moría fueron por el sacramento de la Extremaunción y trajéronle García de Loaísa, arzobispo de Toledo, y el confesor, y prior de San Lorenzo, y otros seis o siete frailes, y en esto tornó en sí el buen Rey, y preguntó, como vió que todo estaba aparejado: «¿Qué es esto? ¿Y qué querían hacer con tantas luces y gente?» Respondió don Cristóbal de Mora: «Señor, queremos dar a V. Majestad la Extremaunción.» Y replicó el Rey: «Muy presto es; yo os avisaré.» Y ansí estuvo detenida allí en los oratorios seis o siete días, que no parece sino que tenía revelación de cuándo había de morir.

f. 48 r. Antes que le diesen el sacramento de la Extremaunción, pidió que le llevasen el manual para ver lo que se había de hacer y mandó que le lavasen (2) las partes adonde había de llegar aquel santo olio.

5.—Dos días antes que muriese, que fué viernes, mandó que le diesen la Extremaunción (3), y estando ya para dársela todos de rodillas y el arzobispo con ella en las manos, y allí luego su confesor y el prior con otros seis o siete frailes, dijo el buen Rey: «Esperad un poco; llamadme al Príncipe.» Fueron por él, que estaba en sus cuartos y tardó buen rato en venir por la gran distancia que hay de camino, y venido púsose a la cabecera junto a su padre, de rodillas, y después que le habían ya ungido y acabado con aquel sacramento dijo delante todos al Príncipe: «¿Para qué pensáis que os envié a llamar? Para que viésedes este santo sacramento y no estuviésedes
f. 45 v. en la inorancia | que yo [he] estado por no habella visto dar en mi

---

(1) «Comulgó cuatro veces en esta enfermedad, que le duró cincuenta y tres días, y las dos veces después de la Unción. Y habiendo sido la última comunión a ocho de setiembre...» *Relación del padre fray Diego de Yepes*, en *Felipe Segundo*, de Cabrera de Córdoba, t. IV, pág. 385.

(2) *Llevasen*, dice el ms.

(3) Según el P. Yepes y Cervera de la Torre le dieron la Extremaunción «doce días antes que muriese, martes primero día de setiembre, a las nueve de la noche... habiéndose confesado primero».

vida a naide por no me hallar a la muerte de mi padre; y para que consideréis que mañana os habéis de ver en esto (1).»

Y allí le dijo otras muchas cosas muy buenas [y] preceptos muy saludables; y entre otras que le dijo fué: «Mirad que seáis muy obediente a la Sede Apostólica y honradla mucho. Ahí queda la Infanta vuestra hermana; sedla buen hermano y tenedla por madre. Aquí os dejo estas dos diciplinas y este Cristo que fueron del emperador Carlos V, mi padre. Este Cristo murió con él, y ansí quiero yo morir; y yo os lo dejaré a vos para que hagáis lo mesmo. Estas dos diciplinas eran suyas también; esta más ensangrentada era con la que mi padre el Emperador se azotaba, que como era mejor que yo exercitóla más. Estotra que tiene menos [sangre] es mía, que como he tenido tantos achaques hela exercitado poco; ahí os la dejo por última prenda (2).»

Y después de haberle dicho otras muchas cosas muy santas y muy buenas y dádole su bendición, y juntamente los preceptos y consejos que San Luis, rey de Francia, dió a su hijo, en un papel, escritos de su mano propia, para que se rigiese y gobernase por ellos; «y haciéndolo así—le dice—que tenía grandes esperanzas que sería buen Rey» (3).

---

(1) «Doce días antes que muriese recibió este Sacramento (de la Extremaunción), martes, primero día de setiembre, a las nueve de la noche... Ordenó que vuestra Majestad se hallase presente, porque no tuviese la ignorancia que él tenía deste Sacramento, porque nunca le había visto dar a nadie...

Salidos todos, se quedó a solas con vuestra Majestad y le dixo: «He querido que os halléis presente a este acto para que veáis en qué para el mundo y las monarquías.» Encargóle mucho a vuestra Majestad que mirase con grandes veras por la religión y defensa de la santa fe, y por la guarda de la justicia...» *Relación del P. Yepes*, en *Felipe Segundo*, de Cabrera de Córdoba, t. IV, página 387.

(2) «Dicho esto, hizo traer vn curioso cofrecillo de marfil, donde auia vn deuoto Crucifixo y vnas asperas diciplinas: las quales le dio diziendo: *Mi padre el Emperador teniendo en su mano este Crucifixo santo, dio el alma a Dios: yo desseo morir con él, y suplico a su Magestad os haga tan dichoso, que cuando llegue la muerte lo podays tener: lleuando en la mano y coraçon el triumpho de la Redencion humana; y con las diciplinas podeys mezclar vuestra sangre con la de vuestro agüelo y padre.*» Fr. Marco de Guadalajara y Xabierr, o. c., página 425, c. 1.

(3) Los historiadores hablan de un papel en que se contenían las instrucciones de San Luis, rey de Francia, a su hijo, que Felipe II, a su vez, entregó

Le dió su mano para que se la besase y últimos abrazos; le despidió y nunca más le vió; y todos los presentes lloraron muy tiernamente de ver un espectáculo como este y nunca visto.

Llamó luego a la señora Infanta, y díjola muchas razones muy
f. 45 r. santas y con palabras | muy graves. En conclusión, en ellas le dijo: «Dios sabe, hija mía, cuánto me pesa por no dejaros casada muchos años ha; pero no he podido más»; y que les encomendaba mucho a ella y a su primo el archiduque Alberto fuesen hijos muy obedientes a la Santa Sede Apostólica y procurasen conservar aquellos Estados en el estado de pureza de religión que su padre el Emperador les había tenido. «Ahí queda vuestro hermano el Príncipe; sedle buena madre. Y a la Emperatriz mi hermana tenedla por madre y honradla como tal». Y diciéndola otras muchas razones a este propósito de Príncipe muy católico la despidió y echó su bendición, estando la pobre señora hecha un mar de agua y lágrimas ella y los presentes (1).

Y es cosa notable que sólo tuvo sanos y buenos y muy vivos en esta enfermedad los ojos y lengua y aquel entendimientazo grande que Dios le dió; y se le guardó siempre hasta media hora antes que

---

al suyo, y de otro papel que está impreso en la relación del P. Yepes. Pero como estos dos papeles son advertencias para la conducta personal de Felipe III, no es creíble que el Rey Prudente, tan amigo de escribir instrucciones, aun en casos de poca monta, dejara de dar algunos avisos políticos a su hijo y sucesor.

Yo he encontrado un extenso discurso en italiano, comentado hacia fines del primer tercio del siglo XVII, que lleva este título: *Raggionamento del Rè D. Filippo 2.° nell' ultimi giorni di sua vita Al Prencipe suo figliolo*. Desconozco dónde para el original castellano, si por ventura ha existido. No sé si este *Razonamiento* o *Discurso* es igual al que cita Bratli con el siguiente título: *Testament de Philippe II, roy d'Espagne*, s. l. n. d. ni nom d'impr. in 4.°, 23 páginas. C'est «la vraye Coppie des instruccions secrettes, laissées au Roy Philippes III d'Espagne, par Philippe II, son Père». Ch. Bratli.—*Philippe II, roi d'Espagne*, Paris, 1912, p. 252.

(1) «Viernes a onze dias de Setiembre, el Príncipe Rey y señor nuestro que oy es, y la serenísima Infanta, fueron a despedirse de su Majestad, y recibir su bendicion... Y porque... de la Señora Infanta no hemos hecho mencion alguna, de como se despidió de su padre, se pone aquí a la letra lo que Doña Iuana Iacincurt su Camarera mayor, a instancia y suplicacion mia, me embio por escrito, lo qual dize auer oydo a la dicha señora, auiendo se lo de proposito preguntado, y es del tenor siguiente.

Quando la señora Infanta y su hermano fueron a recibir la bendicion, y despedirse de su Majestad, le dixo: Que pues no auia sido nuestro Señor ser-

espirase. Entonces perdió la vista y el oir y el juicio, que siempre hasta aquel punto había tenido muy vivo y muy entero.

6.—Los dos días que le quedaron los empleó todos en alabar a su Criador; mandó a su confesor le leyese unas oraciones que pone el manual muy devotas para los que están muy cercanos a la muerte.

Al fin de los dos días vino a morir como un pajarito o corderico, sin menear cosa ninguna, en esta su Casa de San Lorenzo el Real, en sus palacios reales, frontero del altar mayor, domingo, a las cinco de la mañana, a la hora que los niños seminarios estaban cantando la misa del alba, que se decía por él, | a los trece días del mes de f. 45 v. setiembre, víspera de la Exaltación de la Santa Cruz, con quien el mesmo Rey tenía particular devoción, y ansí mandó en su codicilio le dijesen muchas misas de esta fiesta por su alma.

Murió con grandísimo dolor y contrición de sus culpas y pecados; después de haber gobernado sus grandes reinos y provincias con mucha paz y con mucha justicia, tal cual jamás antes ni después se ha visto; y esto por espacio de más de cuarenta y dos años. Cargado de días y de años y en vejez santa vino a morir de setenta y dos años, después de haber ajuntado a sus grandes reinos y estados el gran reino de Portugal y la India oriental, con otras muchas islas.

Las cosas notables y dignas de saberse que pasaron en su enfermedad por espacio de ochenta y más días hasta su muerte de cristianísimo Príncipe un libro anda ya impreso, aunque es poquita cosa, quien lo quisiere ver allí lo hallará (1).

Murió este gran rey Felipe segundo el año de mil y quinientos noventa y ocho, y por lo mesmo fué muy notable por haber muerto

---

uido, de que el la viesse casada antes que le lleuasse (como lo auía deseado siempre) que le pedia se gouernasse como lo auia hecho hasta alli, y que procurasse de acrecentar la Fe en los Estados que le dexaua, pues esto auia sido su principal intento en darselos, esperando que ella lo auia de hazer como se lo dexaua muy encargado y que lo dixesse a su primo, y se lo pidiesse de su parte quando le viesse: y con esto su Alteza le beso la mano, y su Magestad le echo la bendicion.» Cervera de la Torre, págs. 119-120.

(1) *Testimonio avtentico, y verdadero de las cosas notables qve passaron en la dichosa muerte del Rey nuestro Señor Don Phelipe II. Autor, su Capellan el Licenciado Ceruera de la Torre, de la Orden de Calatraua, natural de Ciudad Real. Dirigido al Catholico y potentissimo Rey de las Españas, y del nueuo mundo Don Phelipe III. nuestro Señor.* (Escudo de A. R. Alrededor del escudo la siguiente

en él un gran Príncipe y tan potentísimo Monarca. Hubo ansímesmo en los planetas sentimiento, pues se eclipsaron el sol y la mayor después de él, que es la luna, y este es el sentimiento que ellos hacen cuando quiere suceder algún gran mal. Otras muchas señales hubo, como fué ver en el cielo dos noches antes una gran llama de fuego,
f. 46 r. que los que saben de aquel arte de estrellas | y planetas las podrán traer a la memoria y decir sus efectos; yo no los alcanzo, pero tengo para mí está este poderoso y potentísimo Rey y esclarecido Príncipe, a lo que yo creo, gozando del acatamiento Soberano, que su gran paciencia y constancia grande, y gran perseverancia en las adversidades y su gran celo de la religión y gran devoción en las santas reliquias y veneración en las cosas sagradas, todo le habrá sido de gran mérito para que su alma esté llena de gloria.

7.—Si yo quisiese contar todas las cosas por menudo de este gran Rey nunca acabaría, ni podría tan fácilmente. Sólo contaré una, y es que teniendo muy mala una rodilla, en la cual se le había hecho una grande apostema, los médicos de cámara y cirujanos vinieron en que se la habían de abrir, y señalóse día para ello, y el buen Rey les mandó a todos ellos que se confesasen y comulgasen para aquel día, habiéndolo hecho también el mesmo Rey Católico con muchas lágrimas. Estándosela abriendo mandó a su confesor le leyese en alta voz la historia del santo Job, para que le provocase a tener paciencia. Sintió tanto dolor estándosela curando, que dijo que lo dejasen, porque no podía sufrir más el gran dolor que le daba, sinó querían que muriese a sus manos; y ansí lo dejaron por aquel día.

Otro fuera que diera voces y gritos, y él nunca hizo sentimiento, ni gesto, ni dió gemido, mas que si no tuviera mal ninguno.

---

leyenda: «† Timenti Deum bene erit in extremis: et in die defvnctionis svae benedicetvr. Eccles. cap. I. v. 13.») *Con privilegio. Impreso en Valencia en casa de Pedro Patricio Mey, junto a San Martín, 1599.*

8.° m. (20 $^1/_2$ × 15 cm.) 12 hs. s. n. + 156 pp. y 8 hs. más s. n.

Se reimprimió en Madrid, «con muchas adiciones nuevas de otras virtudes y casos singulares», en la imprenta de Luis Sánchez, 1600.

Esta última edición fué de nuevo dada a la estampa, suprimiéndose «los comentarios, alusiones y comparaciones» de varios pasajes del A. y N. Testamento, en el tomo IV, págs. 297-333, de la obra de Cabrera de Córdoba, *Felipe Segundo, rey de España*. Madrid, 1877.

Se ve que el P. Sepúlveda lo leyó con detención antes de escribir su relato.

Yo quisiera decir más alabanzas y emplearme en decir bien de quien tan bien lo merece y de quien hay tanto que decir y de un Rey tan santo y tan pío y tan justo como es el gran Filipo | segundo, f. 46 v.
Rey y señor nuestro, y de los frailes de su Casa de San Lorenzo, padre y patrón nuestro, a quien todos los frailes de la Orden del glorioso Doctor de la Iglesia San Jerónimo, y en particular los frailes de San Lorenzo el Real debemos tanto por mil razones, que si todas las hubiésemos de decir sería nunca acabar y hacer obra de nuevo y historia particular, y algún día saldrá, con el favor divino, compuesta por un fraile grave de esta Orden y Casa; (1) pero sería bien que a los religiosos no se nos fuera de la memoria la solicitud grande que este cristianísimo Príncipe puso en solicitar todas las cosas necesarias para su entierro, y con qué sosiego las hacía todas y qué poco le inquietaba, argumento grande de la limpieza del alma, que otro fuera que le diera suma pena tratalle de que se quería morir, y a este tan esclarecido Rey le daba sumo contento y alegría, señal grande de su predestinación, pues vieron todos con cuánta alegría de rostro acudía a las cosas de su alma y cuerpo, que más parecía que se aparejaba para ir a alguna gran jornada, o que se aprestaba para ir a algunas grandes bodas que a morirse.

8.—En muriendo que murió, que fué domingo a las cinco de la mañana, entró en estos grandes reinos y provincias su hijo el Príncipe, que luego fué Rey, y ansí se lo llamaremos desde este punto.

La primera cosa que hizo en entrando dicen fué escribir una carta a su Santidad del papa Clemente octavo, en que le da cuenta de la muerte del Rey Católico su padre, y de su entrada en sus reinos, pidiéndole muy afectuosamente le tenga su Santidad por verdadero hijo de la Iglesia, y le reciba en el gremio de sus hijos.

Es de saber que pocos días antes que el Rey Católico muriese había hecho merced de dar cédula de su caballerizo mayor a su gran privado don Diego de Córdoba, y cuando se la llevaron dijo el buen caballero, riéndose, como era tan decidor y decía tan buenos dichos: «Basta; que me hace su Majestad caballerizo de *requiem*»; y ansí fué, porque dentro de muy breves días, como le dieron esta cédula mu-

---

(1) Debe de referirse al P. Fr. José de Sigüenza, cuya *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, se publicó en 1605.

rió el Rey Católico, y el mesmo don Diego de Cordóba murió dentro de once días después de el buen Rey, de manera que esta merced que le hizo el Rey Católico de darle cédula de su caballerizo mayor, y la que el rey don Felipe tercero, le hizo, en entrando, de
f. 47 v. enviarle la llave dorada, que es hacerle caballero de | su cámara y retrete, la gozó poco.

También dió cédula el buen Rey antes que muriese de caballerizo mayor del Príncipe al marqués de Denia, que acababa de llegar de ser virrey de Valencia (1), patria suya, que los privados del Rey viejo le echaron de palacio porque andaba en grandes secretos con el Príncipe, y con este título tan honroso le echaron de palacio y de la [corte?] y ahora vino y no hizo sino llegar; y vino al mejor tiempo del mundo y le veremos que presto se desquita de todos y se venga muy bien de ellos y los da en caperuza, como dicen.

Muerto el Rey Católico, [a] su hijo el Príncipe, que luego fué Rey, le fueron todos los caballeros de palacio a dar el pésame de la muerte del Rey su padre y su norabuena entrada, y dándole la obediencia y besándole la mano como a su rey y señor.

El nuevo rey pidió luego las llaves de los escritorios a don (2) Cristóbal de Mora, y el sello de la Puridad y de la Cifra y todo cuanto hay, y se lo entregó todo al marqués de Denia, su gran privado, y juntamente le entregó su sí y su voluntad, tanto que no tiene otro *sí* ni otro *no* más del que tiene el marqués de Denia, y de aquí viene a decir el vulgo que le tiene el Marqués hechizado.

9.—Tuvieron al Rey Católico después que le embalsamaron (3)

---

(1) El duque de Lerma fué virrey de Valencia en 1592 y 1593.

(2) *Adonde*, dice el manuscrito.

(3) «Y assí un mes antes que muriesse, mandó a dos frailes de la dicha casa (de San Lorenzo), que secretamente viessen el ataúd de su padre, y le midiessen, y viessen cómo estava amortajado: y trató con don Christoval de Mora, de cómo le avían de amortajar; advirtiéndole que le rodeassen el cuerpo con una sávana sobre la camisa, y le atassen al cuello una cuerda, de donde colgasse sobre el pecho una Cruz de palo, como se hizo... Mandóse meter en en una caxa de plomo, para que no aviéndose de abrir, no diesse mal olor. Y para esto ordenó que la dicha caxa estuviesse muy junta, y calafeteada por todas las hendeduras, de manera que nadie pudiesse oler cosa que le ofendiesse. Esta caxa se puso en un ataúd aforrado por de dentro en raso blanco, y por de fuera en tela de oro negra, con una Cruz de arriba a baxo, que toma-

en la sacristía parte del domingo y el lunes hasta el martes siguiente sin enterrar, ceremonia muy usada entre los reyes, asistiendo a su cuerpo de noche y de día número de religiosos, como también estuvieron a su muerte, con muchos alabarderos que también hubo de guarda.

Lloraban todos como unas criaturas, | y tenían razón, quizá adi- f. 48 r.
vinando lo que había de ser.

El martes siguiente se hizo el entierro, luego por la mañana. Hízole muy altamente el arzobispo de Toledo, asistiendo a él el Rey y todos los caballeros de su casa y corte con grandes lutos, y de Madrid habían venido algunos grandes y los tres Presidentes a ver este entierro y a que se abriese el testamento y codicilio del buen Rey, que no se podía abrir sin estar presentes los tres Presidentes (1).

Fué cosa maravillosa que el mesmo Rey Católico dejó escrito de su letra la manera como le habían de enterrar y otras cien cosas que tenía advertidas, hasta por qué puerta le habían de sacar y por cuál meter, que no parece iba a morir sino a alguna gran fiesta, y que le

---

va todo el ataúd, de raso carmesí, con clavazón dorada. La tabla del ataúd es de Angelin. Este madero después de averse traydo de la India de Portugal, y servido en un navío del dicho Reyno, llamado cinco Chagas, y aver estado más de veynte años en el puerto de Lisboa, desechado por assentadero de pobres, lo mandó su Magestad (por la relación que del tuvo) traer a San Lorenzo, y por ser muy grande se hizieron dél dos Crucifixos, el uno está en la parte superior del altar mayor de San Lorenzo, y el otro en el altar más cercano a la puerta de la Iglesia que sale al claustro, y lo que sobró se puso en el porticu de la dicha casa, y servía de lo mesmo que en Lisboa.» Cervera de la Torre, *Testimonio avtentico...*, págs. 120-122.

(1) «Fué puesto en una caxa de madera aforrada de raso blanco y cubierta de brocado de oro y negro, y la pusieron dentro de la sacristía sobre un cadalso de una bara de alto, cubierto de tercio pelo negro, a la cabecera una almohada con una corona, y a los pies un Christo, y quatro achas en cada lado: hallándose a las exequias los mayordomos con sus bastones. Dixéronse toda aquella mañana missas, y la cantada el arzobispo de Toledo: hallándose su Magestad vestido con una sotana de bayeta hasta la gargantilla del pie, y una loba cerrada, arrastrando por delante un palmo y por detrás tres varas, con una caperuza en la cabeza, y un capirote sobre ella, de la qual caya una manga que dava en el cuello tres vueltas.

Púsose su Alteza (Isabel Clara Eugenia) una toca de tafetán negro pegada al rostro, que por arriva cubría casi toda la frente con un manto de bayeta, caydo hasta los pechos: y desta manera hizieron el duelo los cavalleros y damas de la corte.» Fray Marco de Guadalajara y Xabierr, o. c., pág. 429, c. 2.

enterrasen como si fuese religioso y le hiciesen el mismo oficio.

Comenzóse el entierro (1) y sacaron al Rey en hombros los caballeros de la Cámara, que llaman de la llave dorada, al oficio de los cuales pertenecía llevarle. Dieron con él vuelta a todo el claustro, haciendo con él sus estaciones y pausas, y entraron por la puerta
f. 48 v. por do salen las procesiones a la iglesia y pusiéronle | en medio de ella en un grande túmulo que hicieron sólo para este efecto, y juntico a él se sentó el Rey y estuvo allí todo el tiempo que duró el oficio y misa, que fué bien larga la misa, de Pontifical; y al rededor del cuerpo muchos blandones con sus hachas ardiendo, y todos los

---

(1) «Otro día despues que su Magestad murió, que fué lunes a catorze del mes de setiembre, se hizo su entierro por la mañana, como su Magestad lo dexo ordenado antes de morir. Sacáronle de la sacristia (donde por su orden avía estado la noche antes) en procesión todos los religiosos del Convento, y del Colesio, y los niños seminarios, llevando todos candelas encendidas.

Llevaron su cuerpo en hombros los grandes y títulos que allí se hallaron, y los cavalleros de Camara, y criados de su Magestad, que fueron los siguientes:

El marqués de Denia, del Consejo de Estado, Cavallerizo y Contador mayor de su Magestad.

El duque de Medina Sidonia: el conde de Alva de Liste, Mayordomo mayor de la Reyna nuestra Señora: don Christoval de Mora, conde de Castel Rodrigo, Camarero mayor de su Magestad, y del Consejo de Estado: el marqués de Velada, Mayordomo mayor de su Magestad y del Consejo de Estado.

Los condes de Fuensalida y Chinchón, Mayordomos de su Magestad que Dios tiene: el conde de Orgaz, Mayordomo del Rey nuestro señor: el conde de Salinas: don Juan Idiaquez, del Consejo de Estado, Comendador Mayor de León, y Cavallerizo mayor de la Reyna nuestra señora: don Rodrigo de Alencastre, Mayordomo de su Magestad: don Antonio de Toledo: don Hernando de Toledo: don Henrrique de Guzmán: don Pedro de Castro y Bovadilla: don Francisco de Ribera, todos cinco Gentiles hombres de la Camara del Rey nuestro señor que Dios tiene: don Martín de Alagon, Comendador mayor de Alcañiz, de la orden y cavallería de Calatrava: don García de Figueroa: don Pedro de Guzmán: don Alvaro de Córdova, todos cuatro Gentiles hombres de la Camara del Rey nuestro señor que oy es: don Alonso Fernández de Córdova: Ruy Gomez de Silva: don Juan de Tarsis, Correo mayor de su Magestad.

Halláronse otros muchos cavalleros presentes, especialmente don Diego de Córdova, Comendador mayor de Calatrava, y Cavallerizo mayor de su Magestad; el qual aunque estava ya tocado del mal de la muerte, de que murió dentro de pocos días en esta Villa de Madrid, quiso no faltar deste solemnissimo entierro de su Rey y Señor, a quien sirvió toda su vida con tanta demostración de amor, y conocida voluntad.

altares con sus luces; los niños seminarios con sobrepellices y candelas en las manos, encendidas; todos los frailes sus mantos puestos y en la una mano un libro y en la otra una candela encendida; muchas y muy buenas capas y muy ricas, y el preste y ministros vestidos de lo mesmo; muchos caballeros al rededor del cuerpo con hachas de cera encendidas, y allí juntico al cuerpo iba el Rey nuevo, y todo tan a compás y con tanta pausa que era bien de ver (1).

Yo sé decir que el buen Rey en la otra vida do estaba se regocijaba de ver tan devota procesión, acompañada de tantas lágrimas

---

D. Henrrique de Mendoza: don Alonso de Granada y otros, llevaron a su Magestad en hombros (como lo declara el prior de San Gerónimo) por la parte del claustro, por do suelen yr las procesiones, hasta entrar por la portería y puerta mayor de la Iglesia. Y en llegando a ella, se le dixo la Missa; y mientras se dezia, estuvieron sus Mayordomos delante, y los cavalleros al rededor del cuerpo. Y acabada la Missa se hizo todo el oficio de su entierro, estando presente a todo el Rey nuestro señor Don Phelipe tercero su hijo... Llego su Magestad el Rey nuestro señor, hasta entrar en la bóveda con el cuerpo de su padre; donde por su mandado el Marqués de Denia, Cavallerizo mayor del Rey nuestro señor que oy es, a quien despues hizo su Magestad de su Consejo de Estado, y Sumiller de Corps, no sin grande aprobación de todos, por sus grandes y conocidas buenas partes de su persona, y grandeza de su casa, hizo la entrega del cuerpo de su Magestad a fray García de Santa María, prior de dicho convento, el qual lo recibio dando fe dello Geronymo de Gasol, Secretario de su Magestad; y luego fué puesto en lugar que tenía señalado para sí, junto a la señora reyna doña Ana, su última mujer, madre del Rey nuestro señor que oy reyna. Y viene a estar el cuerpo debaxo de las gradas del altar mayor, donde el Sacerdote pone los pies quando dize la confessión de la Missa.

Hizo el oficio del entierro don García de Loaysa Girón, arçobispo de Toledo. A lo cual fueron assi mesmo presentes fray Diego de Yepes confessor de su Magestad que Dios tiene, y el Maestro fray Gaspar de Córdova, confessor del Príncipe y Rey nuestro señor que oy es, fray Andrés de la Iglesia confessor de la señora Infanta: (y ayudaron al dicho oficio y entierro los religiosos de aquella casa) Iuan de Guzmán, Limosnero mayor de la Reyna nuestra señora, y sumiller del oratorio de su Magestad, Iuan Carrillo, canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, Manuel de Sosa, Diego del Castillo, y yo; todos capellanes de su Magestad, qne nos hallamos en aquel Sitio sirviéndole.» Cervera de la Torre, o. c., págs., 149-153.

(1) «Al otro dia por la mañana, que fué a catorze, enterraron al Rey los religiosos, llevando el ataud los cavalleros de su Cámara, acompañado de sus privados, del marqués de Denia y del duque de Medinasidonia. Detrás del cuerpo venía el arzobispo de Toledo de pontifical, y el prior y confesor a sus lados, y luego su Magestad vestido como el dia de antes, con todos los

de todos cuantos allí iban, porque el que menos perdió perdió mucho y todos igualmente.

El Rey mandó que se hiciese la entrega del cuerpo del Rey su padre al marqués de Denia, y él la hizo al prior y convento.

Entró el mesmo Rey hasta la mesma bóveda y cerca del lugar adonde colocaron el cuerpo de su padre, y puesto allí, le cantó muchas oraciones el Arzobispo, y con esto se acabó el entierro.

Llevaba la falda al Rey don Cristóbal de Mora, como sumiller de corps, que es su oficio.

f. 46 v. Dejémosle descansar por ahora en el cielo, y vengamos a tratar del tercero y gran Filipo, que hoy entra reinando con gran loa.

---

criados de palacio. Sacáronle por el claustro y la portería, para entrarle por la puerta principal de la iglesia: donde se fueron recogiendo los religiosos, y baxaron el cuerpo los que le llevavan adonde estavan los demás reyes y le dexaron entre el Emperador y la reina doña Ana: hallándose a todo presente su Magestad. Y aviendo de hazer el entrego don Christoval de Mora, ordeno su Magestad le hiziesse el de Denia. Subióse de allí a la iglesia, donde estava hecho un cadahalso, como el que se refirió arriva, y otro menor encima, y sobre éste una tumba cubierta con riquisimo paño de brocado, bordado las zanefas de muertes, y en ella una corona y un Christo con no más luzes que tuvo en la sacristía: donde le dixeron la misa, y el arzobispo de Toledo la oración y el responso.» Fray Marco de Guadalajara y Xabierr, ob. cit., página 430, c. 1.

[LIBRO SEGUNDO]

[REINADO DE FELIPE III]

CAPITULO I

(1598-1599)

[1. Marchan el Rey y la infanta su hermana a Madrid. Honras fúnebres de Felipe II en San Jerónimo el Real.—2. Primeros actos del nuevo Rey: son despedidos los ministros de su padre.—3. Sentimiento del Papa en la muerte de Felipe II.—4. Viene Felipe III a San Lorenzo.—5. Sucesos de algunos privados de Felipe II.—6. Otros sucesos, y muerte de García de Loaísa.—7. Destierro y muerte de Rodrigo Vázquez.—8. Casamientos de los Reyes y Archiduques en Valencia.—9. Entrada de los Reyes en Madrid. Privanza del duque de Lerma.—10. Venida de sus Majestades y del de Lerma a San Lorenzo.—11. Preparativos para el Capítulo general de la orden de San Jerónimo.]

1.—Enterrado el Rey, su hijo determinó de partirse luego para Madrid y se llevó consigo a la serenísima Infanta su hermana y la puso en las Descalzas con la | Emperatriz su agüela, y el Rey se fué fol. 49 r.
a recoger a la casa de San Jerónimo el Real, de nuestra Orden, y allí estuvo hasta que hicieron las honras por el Rey su padre, las cuales fueron dichas con mucha majestad, como convenía a tan alto Príncipe. Predicó en ellas Terrones, gran predicador de corte, con otras muchas cosas e invenciones que sucedieron. Un libro anda ya impreso de ellas; allí las podrán ver los que quisieren verlas (1).

Los días que el Rey estuvo ocupado y entretenido en hacer estas honras al Rey su padre, le echaron grandes papeles en el claustro de grandes pasquines y sonetos y otras muchas poesías en que le decían grandes cosas. Todas las vió el Rey, y aun las leyó, según dicen.

---

(1) *Sermones Fvnerales, en las honras del Rey nuestro Señor don Felipe II...* Madrid, 1599. (Además de 15 sermones, contiene este libro: *Relación de la enfermedad y muerte de Felipe II*, del padre fr. Diego de Yepes; *Relación de lo que passó en el Consistorio que su Santidad tuvo en Ferrara a 9 de octubre de 1598;* y *Relación de la forma en que se hicieron las honras del Rey don Felipe nuestro señor II deste nombre, difunto, que sea en gloria, en el Monasterio de S. Geronymo el Real de Madrid en 18 de Otubre de 1598).*

2.—Dió luego muestras de que tenía brío y más que algunos pensaban, porque les parecía a los privados del Rey su padre que no sería para nada en su vida, y después como le vieron hacer lo que hacía se espantaban y no lo podían creer, y decían: «¿Dónde aprendió éste tanta libertad y desenvoltura?».

Lo primero dio de mano a todos éstos (1); a su mayordomo mayor y que fué su ayó, le mandó ir y que fuese a servir a su hermana la señora Infanta; mandó a don Cristóbal de Mora se fuese a descansar a su casa y nunca más le sirvió, aunque es verdad le mandó ir por virrey de Portugal, y fué el primero después que aquel reino se juntó a Castilla, y le hizo otras muchas mercedes, como fué dalle título de marqués. La encomienda que tiene se la dió por dos vidas, la suya y de su hijo, y grandes y nunca oídas ayudas de costa.

Lo mesmo mandó al conde de Chinchón, y se fué el pobre Conde que en muchos días no se supo de él cosa ninguna, hasta que
fol. 49 v. después personas | pías rogaron al rey por él y le mandaron que entrase en la corte con oficio de testamentario del Rey muerto. Al conde de Fuensalida le cupo también el irse a descansar a su casa, y a

---

(1) «Dos cosas aconsejaron al Marqués (de Denia) los políticos de su séquito para afianzar sin contraste el valimiento... Una, que se fuese deshaciendo de los ministros de la Corte pasada, ausentándolos de la presente. Otra, que aficionase a el Rey á la soledad de los bosques, con que arrastrado de la delicia del ocio y descuidado de la tarea del gobierno, sería mucho mayor su mano y autoridad; y las felicidades que sucediesen tendrían puerta abierta para llegar a la noticia del Rey, que las reconocería todas como efectos prodigiosos del impulso que gobernaba; y las calamidades nunca podrían llegar a sus oídos, o a lo menos llegarían con el color y afeite que él quisiese». *Adiciones a la Historia del Marqués Virgilio Malvezzi*, Madrid, 1723, pp. 142-143.

«Murió (Felipe II) y dejó en este estado los reinos a don Felipe III, nuestro señor, que está en el cielo. Quedaron fortalecidos los pocos años de su Majestad con Rodrigo Vázquez, presidente de Castilla; con don Pedro Portocarrero, obispo de Córdoba y inquisidor general; con García de Loaísa su maestro, arzobispo de Toledo; con don Cristóbal de Mora, y don Juan de Idiáquez, el marqués de Velada, y el conde de Chinchón; mas llevado de la inclinación su majestad se dejó todo en las manos y en el arbitrio de don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, marqués de Denia. Estaba la grandeza deste señor en este tiempo desabrigada y con encogimiento en gran pobreza; y como le amaneció tan apropósito la caricia de su rey, para desembarazar el paso a sus aumentos y mejoras retiró de su majestad los más de los ministros referidos, y solos permitió en palacio á don Juan de Idiáquez y al marqués de Velada».—Quevedo. *Grandes anales de quince días*, Rivadeneyra, t. 23, pp. 211-212.

dos días que entró en ella [enfermó y] murió dentro de pocos días, de manera que no vivió más que veinte días más que su amo. Lo mesmo se dice mandaron a don Juan Idiáquez.

De todos éstos solo el marqués de Velada tornó a su oficio, porque como se vió perdido, acudió a lo más seguro, como sea tan discreto y prudente, y fué irse a echar a los pies del marqués de Denia y encomendarse en sus oraciones, como dicen; humillósele mucho, hízole grandes venias y prometió grandes cosas en su servicio. El marqués de Denia, que no quería más que humillarlos, le hizo tornar su oficio; y a los demás que no hicieron esto mesmo se quedaron sin nada. Don Juan Idiáquez se dice hizo también como prudente algo de esto, y porque se halló no tenía tanta culpa como otros medró. A todos los demás caballeros de la cámara y clave dorada les mandaron ir a sus casas; mas algunas personas pías suplicaron al Rey por ellos, y que parecía mal a todo el mundo esto que su Majestad hacía, y ansí los mandó tornar sus oficios como de antes.

Una señora muy principal de palacio y de título, como vió que el Rey era muerto, quiso engañar al que entraba, y entró a verse con él y a besarle las manos, porque cuando Príncipe la hacía mucha merced. Besóselas y dióle el pésame de la muerte del Rey su padre y la norabuena de su entrada. El Rey, en viendo que la vió se puso muy entonado y muy mesurado; | y ella llegó y díjole su ra- fol. 50 r.
zón, y el Rey, sin hacerla comedimiento, como solía hacerlo siendo Príncipe. Le pidió le hiciese su Majestad merced de cierta cosa, y ella tuvo por sin duda se la concediera luego, y díjola: «Andad en buen hora, ahora estoy muy ocupado; yo miraré en ello y proveeré lo que más convenga». La dama salió espantada, que nunca tal creyera que el Rey supiera hacer lo que con ella hizo y que se atreviera; y ansí se quedó sin su pretensión.

3.—Por este tiempo tuvo la Santidad del papa Clemente octavo nueva cierta de la muerte del Rey Católico por carta del Rey su hijo, fecha a trece de setiembre, en el mesmo [día] en que murió, y ansí lo dijo en público consistorio a los cardenales. Hizo grandes sentimientos su Santidad, como se vió en una oración muy larga y muy elegante que les hizo al colegio de los cardenales, en la cual su Santidad, con muy graves palabras, ensalzó mucho las cosas del

Rey Católico y su santo celo en estirpar las herejías y cuánto aquella Santa Sede había perdido por habérsele muerto un tan grande hijo y tan devoto y tan aficionado a aquella Santa Silla y tan grande columna de ella, que había cuarenta y dos años que la sustentaba y amparaba sin reparar en gastos y dineros y en esto gastó sus grandes tesoros y dexa vendido y empeñado todo su patrimonio real, y la mucha razón que había de estar tristísima aquella Santa Sede; y otras muchas razones que les dijo el santo Pontífice a este propósito; y concluyó con decir: «Sólo un consuelo nos
fol. 50 v. queda | en pérdida tan grande y es su hijo que le ha sucedido en el reino, tan parecido al padre, que verdaderamente más podemos decir que el Rey Católiho ha resucitado de nuevo que muértose, y que ansí se puede llamar segunda resurrección que otra cosa, como lo podían ver en aquella carta que el Rey le escribía»; y ansí mandó que se leyese en público consistorio delante todos, que se holgaron todos mucho de oirla y derramaron muchas lágrimas de contento de ver tan buen sucesor en pérdida tan grande y tan en recio tiempo. Y con esto tomaron algún alivio, porque como los más de ellos fuesen hechura suya pesóles muchísimo de su muerte.

4.—El Rey, hechas las honras de su padre, se vino a tener la fiesta de San Jerónimo a esta su Casa y se anduvo entreteniendo algunos días en cazar, como era tiempo de brama en este término y en Campillo y Monasterio, y de allí pasó al Pardo y se fué a Madrid, que como ya no tiene quien le mande gusta extrañamente de andarse cazando. Y ansí tornóse luego para la fiesta de Todos Santos, y estuvo en las vísperas, procesión y misa, y comió en el refitorio; y este día fué la primera vez que comió después que es Rey. Regalóle mucho el prior; a él y a todos los caballeros de la cámara se les dió una espléndida comida y hubo aquel día una muy grande fiesta. Co-
fol. 51 r. mieron los caballeros | en el refitorio a mesa segunda, otros en el de la enfermería, y otros en la hospedería, que como eran muchos no cabían en una parte. Fueron todos muy agradecidos de la mucha merced y regalo que en esta Casa se les hizo y con mucha razón.

5.—En estos días pidió el Rey al Papa con grandes veras y grandes encarecimientos su Santidad tuviese por bien de enviarle un capelo de cardenal para don Bernardo de Rojas, obispo de Jaén, tío del marqués de Denia, su gran privado, y luego se le concedió. An-

símesmo le concedió, por pedírselo con muchas veras el mesmo Rey, mandase su Santidad que todos los prelados se fuesen a sus iglesias y asistiesen en ellas, y que si les estorbaba otro algún oficio le vacasen luego, y él le daba por vaco. Dícese que lo hizo el Rey por echar de sí al arzobispo de Toledo, García de Loaísa, del cual el Rey estaba muy sentido y con razón, juntamente con los demás criados del Rey su padre, porque cuando Príncipe le tuvieron en poco y le tenían por hombre de poco talento y menos haricos (?), por lo cual ahora los da a todos en caperuza y los echó de sí, y como le veían ahora andar tan desenvuelto se espantaban y no lo podían creer. Dicen que el Arzobispo fué a él y le dijo: «Señor, bien sabe vuestra Majestad que le crié yo de muy pequeño y le fuí su maestro, y como a tal le quiero suplicar a vuestra Majestad una cosa, y es que todas las cosas que vuestra Majestad hiciere las haga con maduro consejo y lo piense primero muy bien». Dicen le respondió el Rey; «¿Cuánto tiempo os parece a vos que basta tomar para pensar una cosa?». Y replicó el Arzobispo que dos meses. | «¿Y fol. 51 v.
tan presto?», le replicó el Rey; «pues tres años ha que ando yo pensando lo que veis que [he] hecho, andá con Dios»; y con esto le despidió, y salió el Arzobispo atónito y espantado de tan aguda respuesta.

Dicen también que con quien más sentido estaba era con don Cristóbal de Mora, porque llegándose a él el Príncipe dos días antes que muriese el Rey su padre, le pidió las llaves de los escritorios y secretos y no se las quiso dar si primero no se lo mandaba el Rey su padre; y el don Cristóbal hizo como buen caballero y muy fiel y leal vasallo a su Rey. Con todo fué a él y díxole: «Señor, el Príncipe me pide las llaves de los escritorios y secretos de vuestra Majestad». El buen Rey dicen que le dijo: «Andad, bien se las podéis dar que ya todo es suyo».

También se dice lo hizo por quitar el oficio de Inquisidor mayor al obispo de Cuenca don Pedro Portocarrero, como se le quitaron, y no le valió cuantas diligencias hizo para no dejallo.

Pocos días después de la muerte del Rey Católico murieron dos grandes criados suyos y muy privados, que fueron el conde de Fuensalida, Comendador mayor de Castilla, de la Orden de Santiago, y don Diego de Córdoba, Comendador mayor de Calatrava, y

ansí vacaron luego en ellos dos grandes prebendas que tuvo que proveer el Rey. Y ansí la encomienda mayor de Castilla, que tenía el conde de Fuensalida, dió el Rey al marqués de Denia, y la que tenía el marqués dió a su hijo el conde de Lerma. La que tenía don
fol. 52 r. Diego de Córdoba, | que era la encomienda mayor de Calatrava, mandó dar a su hijo segundo del marqués de Denia, llamado Diego Gómez de Sandoval, aunque tardó el Rey algunos días en proveerla.

Estas encomiendas, con otras, dió el Rey muerto a sus criados y privados por lo bien que le sirvieron. Así pocos días antes que muriese mejoró de encomienda a don Fernando de Toledo, hermano del marqués de Velada, y lo mesmo hizo a don Enrique de Guzmán, hermano del marqués de las Navas, y lo mesmo hizo a todos los demás caballeros y ayudas de cámara, que a todos los hizo muchas mercedes pocos días antes que muriese por lo bien que trabajaron en su enfermedad. A cada uno le cupo y dieron según la calidad de su persona; hasta [a] los médicos y cirujanos mandó el buen Rey diez mil ducados de ayuda de costa.

Dos días antes que muriese mandó dar una encomienda a un hijo de su gran privado Ruy Gómez de Silva, llamado como el padre. Es hermano del duque de Pastrana y del duque de Francavila, y es el postrero de todos.

Los demás caballeros y privados del Rey Católico, como le vieron tan malo, acordaron de alzarse con los oficios de la casa del Príncipe, y ansí cada uno tomó para sí lo que pudo, y de esta manera se alzaron con ella, porque pensaron no fuera para nada, y ansí en entrando que entró, como les echó de sí, tuvo bien que proveer y que dar.

6.—El Rey, pasada la fiesta de Todos Santos, que la tuvo en esta su Casa de San Lorenzo, y habiéndole todos los frailes de ella besádole las manos y dádole el parabién de su nuevo reinado y entrada, y habiéndolos recebido a todos muy bien, se partió
fol. 52 v. para | Madrid para aprestar su ida a la ciudad de Valencia, adonde habían de ser sus bodas.

Quiso antes de partirse casar la segunda hija de su gran privado el marqués de Denia con el real acompañamiento que pudiese. El novio era hijo mayor del duque de Medinasidónia, llamado el con-

de de Niebla, y los hizo casar y fué el mesmo Rey su padrino, y se hizo un gran paseo por Madrid, y el Rey iba en un muy poderoso caballo hablando con la novia que iba en una hacánea, y de esta manera dieron vuelta a lo mejor de aquel lugar.

La duquesa de Medinasidonia, madre del novio, dicen hizo un gran presente al Rey verdaderamente real y como de tal mano, en que le ofreció muchísimas cosas y muchas de ellas de inestimable valor. Entre otras que le presentó, fué un gran cofre lleno de preciosísimas holandas, en el cual iban labradas de cadenetas muchas camisas, escofietas, paños de cabeza y narices; todo de gran valor y precio: presente como de quien le dió y a quién.

En acabando con este casamiento estuvo el Rey muy poco en aquel lugar, porque habiéndole la Villa recebido con palio real, debajo del cual iba el Rey, todo hecho con pompa verdaderamente real, y habiéndole los Consejos y Presidentes dado la obediencia y besádole la mano, se partió de Madrid, llevando consigo a la serenísima Infanta, su hermana, la cual como no había de tornar más a aquel lugar y se había de salir en breves días de España, su patria, estaban | todos mirándola con atención su semblante, la cual siem- fol. 53 r.
pre le tuvo muy sereno y no mostró tristeza ninguna, cosa que les espantó muchísimo.

En este tiempo estaba vaca una prebenda, y era la confesuría de fol. 54 r.
la reina que venía, la cual prebenda traía el prior de San Lorenzo entre ojos que se la diesen, y sus lisonjeros le decían que se la habían de dar a él, de lo cual holgaba harto de oir; pero plugo a la Voluntad divina que no se la diesen: dióse a fray Mateo de Burgos, fraile franciscano.

Luego procuró el prior que este convento le diese el poder para acabar con el Rey y con los testamentarios del Rey Católico, que esté en el cielo, de que se diese a la dicha Casa lo que la mandó por su codicilio; todo a fin de asistir en la corte de ordinario, y ansí se lo hubieron de conceder harto contra voluntad de muchos, que no quisieran dársele por la falta que hacía en el gobierno de la Casa.

En estos días murió en Alcalá de Henares García de Loaisa. arzobispo de Toledo, primado de las Españas, que se había recogido en aquel lugar, esperando que su Santidad el papa le enviase el palio de arzobispo; porque no le habían consagrado más que por

fol. 54 v. obispo de Toledo, y ansí no entró en su ciudad. Dicen | murió de pena de verse desechado de su Rey, que si ello es ansí él murió muy neciamente; pero como él estaba ya criado en palacio tantos años, no se hacía fuera de allí. Dicen murió como un santo. Era gran limosnero y muy padre de pobres. Poco antes que muriese le vino correo de Roma, que le trujo el palio de arzobispo, pero ya él estaba sin sentido y casi muerto, y ansí no se le puso sino fué para enterrarle con él. El se mandó enterrar en la capilla de los santos mártires San Justo y Pastor. Vivió tan solos justos seis meses después que le consagraron en obispo de Toledo, y ansí no pudo gozar más tiempo de tan alta dignidad, pues es cierto que después de la de Roma no se sabe haya en toda la Iglesia Católica semejante cosa ni más grandiosa (1).

Luego tuvo el Rey nuevas por el correo de Valencia, do estaba, de su muerte, y tuvo una gran prebenda y dignidad que proveer. Dijose luego que el Rey daba esta dignidad a su tío Matías, porque se decía había pocos días le habían criado cardenal y renunció los hábitos seglares y que a éste le daban el arzobispado de Toledo, y esto pareció faltar, pues vimos luego que envió el Rey cédula de

---

(1) Murió Loaísa el 22 de febrero de 1599. El anónimo adicionador de Malvezzi le llama «doctísimo y exemplar varón, en quien perdieron su oráculo las letras divinas y humanas, su padre los pobres, y España una columna». O. c. p. 153.

«Muerto el rey Felipe II, su último y gran privado don Cristóbal de Mora retiróse de buena gana a Lisboa, su patria, donde a ratos, se ocupaba en pescar en una caña. Estando un día en este ejercicio, llegó el ordinario de Madrid, y su secretario trájole el pliego de cartas e ibáselas leyendo, mientras él con su caña estaba atento por si picaba algún pez. En una de las cartas avisaba un amigo, que había muerto en Alcalá de Henares García de Loaísa, despechado de que le ordenaron saliese de Madrid y se retirase a su iglesia. Dijo entonces don Cristóbal: «Pescara él como yo, y no muriera tan presto». *Cuentos recogidos por D. Juan de Arguijo*, publicados por Paz y Melia en «Sales españolas o Agudezas del ingenio nacional», t. II, p. 164.

Así dice Arguijo, pero no pasa de ser un cuento. D. Cristóbal de Mora no marchó hasta el año de 1600 a Portugal, y por cierto muy de mala gana, aun yendo honrado con el cargo de virrey. Salió de Madrid el 8 de abril y entró en Lisboa el 1 de mayo de 1600. Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pp. 64 y 71. Murió el gran ministro y confidente de Felipe II en Madrid el 28 de enero de 1614, contando más de ochenta y cinco años. Cabrera de Córdoba, o. c., p. 542.

arzobispo de Toledo a don Bernardino de Rojas, obispo de Jaén y cardenal, tío del marqués de Denia; la data era en Valencia. Luego vacó este obispado y diéronsele a don Sancho de Avila, que a la sazón era obispo de Cartajena, y este obispado se dió a don Tomás de Borja, también tío del marqués | de Denia, canónigo de fol. 55 r. Toledo.

7.— Estando el Rey en Valencia escribió una carta al confesor del Rey su padre, fray Diego de Yepes, en la cual le enviaba a decir dijese a Rodrigo Vázquez, presidente de Castilla, un gran caballero y gran juez, que por sus muchas partes había subido a tan alta dignidad, que dejase aquel oficio y se fuese a su casa; lo cual se puso luego por obra. Dícese que porque contradijo algunas cosas tocantes al bien público. Sea lo que fuere, a él le mandaron ir y que luego se fuese a su casa y le quitaron el oficio, y al pobre caballero le costó la vida, pues murió dentro de muy breve tiempo. Él se retiró a Carabanchel y allí murió antes que el Rey tornase de la jornada de Valencia. (1) Dicen que entre otras cosas que contradecía era el perdón de los judíos de Portugal, y es que en aquel reino hay muchisimos judíos que se fueron huyendo de Castilla cuando los Reyes Católicos los desterraron de todos sus reinos, por lo cual

---

(1) El adicionador de Malvezzi, escribe: «Retiraron a su casa a Rodrigo Vázquez de Arce, presidente de Castilla, que fuera del pecado original de haber salido de valido del Rey difunto, tenía el delito de ser de una entera condición, y haberse con ella opuesto al primer intento del Duque, que fué hacerse señor de Arévalo, no contento con lo de Lerma; y la constancia del Presidente se lo embarazó, de calidad que nunca tuvo efecto». O. c. p. 143.

«Quedó solo Rodrigo Vázquez, presidente de Castilla, con título de padre, hombre digno de reverencia, y duró en el puesto hasta que las pretensiones del Duque fueron tan alentadas que le ocasionaron, respondiendo a consultas de su aumento, verdades peligrosas. Fué varón de tan hazañosa virtud, que no entretuvo su libertad en conveniencias; y como el Duque tropezó al nacer de su fortuna en severidad tan desapacible, pretendiendo pasar de un extremo a otro, dispuso alejar este embarazo de la corte, y así se lo ordenó dejase la presidencia y saliese della; y luego disimulando un destierro, se le mandó ir al Carpio, lugar suyo, donde murió». Quevedo.—*Grandes anales de quince días*, ed.ª c.., p. 211.

Al anunciarle Felipe III a Rodrigo Vázquez el nombre de su sustituto, el conde Miranda, le dijo: «*Mirad qué color queréis se dé a vuestra salida, que ese mismo se dará*»; a lo que contestó el íntegro ministro: «*El color que mi salida ha de tener es haber dicho verdad, y servir a V. M. como tengo obligación*».

ganaron inmortal fama. Pues estos judíos como vieron que entraba este Rey tan pobre le ofrecieron millón y medio porque se les perdonasen las cosas que hubiesen cometido contra nuestra Fee hasta aquel punto y que se les diese perdón general y que desde allí en adelante les castigasen los que cayesen de nuevo. El Presidente, como tan buen caballero, con otros que le ayudaban, contradijo esto, diciendo que si estos judíos habían caído, la Inquisición los cogería y pagarían lo uno y lo otro, pues las haciendas confiscadas por el Santo Oficio son de su Majestad, bastantísima razón. Otros, que son amigos de lisonjear a los Reyes, fueron de contrario parecer, y decían que debían de ser admitidos y que cobrase su Majestad este millón y medio | y se remediase con él. No sé en que paró esto; lo que sé decir es que la plaza de presidente de Castilla se proveyó en el conde de Miranda, grande de España y hombre de mucha experiencia y gran gobierno, como se ha visto en todos los puestos en que ha estado: juntamente era consuegro del marqués de Denia.

En estos días pidió la santidad del papa Clemente octavo, con muchas veras y grandes encarecimientos, al Rey la plaza de Inquisidor mayor, que estaba vacante, para el cardenal Guevara, gran privado suyo, la cual el Rey le concedió de buena gana, por ser la primera cosa que le pedía, y por ser para quien era.

8.—En estos días tomó puerto la reina cerca de la ciudad de Barcelona, que la tempestad y borrascas del mar los echó allí, y ansí no pudieron venir a tomarle en el puerto de Denia, como estaba concertado. Estuvo en aquella ciudad descansando de la mucha fatiga que en el mar y tan largo camino habían tenido y fué regalada y servida muy altamente, y de allí partió por sus jornadas y llegó a Valencia y fué recibida con suma alegría de todos. Vínola acompañando el marqués de Denia desde Barcelona, porque en sabiendo el Rey que era llegada a aquella ciudad la envió a visitar de su parte con el marqués, y de cuánto se había holgado que hubiese llegado con salud y a puerto tan deseado.

Luego el archiduque Alberto tomó la posta para Madrid, porque tenía necesidad de verse con su madre la señora Emperatriz.
fol. 56 r. Estando en esto salió un pronóstico y se le | dieron al Rey de que se guardase, que un cuñado suyo le había de matar, que fué bas-

tante esto para que el Rey se recatase; y visto esto por la señora Infanta se querelló con muy graves palabras al Rey su hermano, diciéndole cuánto dolo hacía a la fidelidad del Archiduque su esposo en creer cosa tan errada y fuera de toda razón. El Archiduque estuvo con su madre y hermana, y vistas, y negociado a lo que iba con ellas, se tornó luego con la misma presteza que vino. Llegado que fué a Valencia se hicieron luego las bodas (1). Fueron las Altezas padrinos de las Majestades, y los veló el Nuncio Camilo Gayetano; luego lo fueron las Majestades de las Altezas, y velólos el arzobispo de Valencia. Duraron estas dos misas desde la mañana hasta las cuatro o cinco de la tarde, porque hay muchas y grandes ceremonias que hacer.

Hubo grandísimas fiestas y grandes invenciones, y de esto anda ya un libro impreso. Dicen hizo el Rey estos días muchas mercedes y exquisitos gastos; tanto que dicen gastó tres millones. Dió el Tusón a tres personajes, que fueron: el archiduque Alberto, el almirante de Castilla, y a un potentado de Italia, creo que al duque de Salmonete.

E después de las bodas celebradas, partió luego la madre de la Reina para Madrid, a verse con la Cesaria Emperatriz, y el Rey partió para la ciudad de Barcelona para tener cortes a los de la corona de Aragón.

La madre de la Reina se dió prisa en su jornada y viaje, porque no hizo sino llegar a Madrid y estar un par de días con la señora Emperatriz y tornarse, porque la estaban esperando para embarcarse la serenísima Infanta y su marido el | Archiduque Alberto, y por fol. 56 v.
esta ocasión no pudo venir a ver esta Casa de San Lorenzo el Real, que tanto deseo tuvo de vella. Llegada que fué embarcaron y se fueron a gobernar sus Estados de Flandes con título de Condes de ellos, y llegaron con próspero viento, como de todo se tuvo después nueva cierta, y allá fueron recibidos muy bien de todos los Estados con muchas muestras de amor, pues lo merecía tan buena Señora como les cupo en suerte, por su mucho valor merecedora de mucho más y por ser hija de tal padre. Fué cosa notable las fiestas y recibimientos que les hicieron; al fin como a su natural señora.

---

(1) 18 de abril.

9.—El rey estuvo algunos días ocupado en Barcelona en las cortes que hizo en aquella ciudad. En el interin en Madrid se hacían grandes invenciones para recibir al Rey, el cual, acabadas las cortes, partió de aquella ciudad de Barcelona para la de Zaragoza, y visitó aquellas tierras, que quedaron muy contentas con su presencia real, y mandó tornar a levantar los edificios que el Rey su padre había mandado derribar en las barajas pasadas, que afeaban muchísimo aquella pobre ciudad; y con esto les dejó a todos contentísimos.

De allí se vino por sus jornadas a Madrid, adonde le estaban aguardando con muchos arcos triunfales y otras muchas fiestas y regocijos.

En estos días dió el Rey título de duque de Lerma a su gran
fol. 57 r. privado el marqués de Denia, y ansi desde este | día le llamaremos duque de Lerma; a su hijo el conde de Lerma le dió título de marqués de Cea. Antes que el Rey partiese para Barcelona envió por visorrey del reino de Nápoles al conde de Lemos, cuñado del Duque y su consuegro.

Díjose que la ciudad de Zaragoza ofreció al Duque gran suma de dineros porque les llevase al Rey a su ciudad de Zaragoza, y ansi el Duque le hizo ir por no perder tan gran suma. Estando en aquella ciudad le hizo el Rey merced de no sé qué villas de las confiscadas en los ruidos pasados.

Entró en Madrid y fué muy altamente recibido y festejado de toda la corte y reino. A pocos días de como el Rey vino de Valencia, quitó el oficio de camarera mayor a la duquesa de Gandía y la mandaron ir a su casa (1), y ella se retiró a la villa de Alcalá de Henares y Universidad, y allí se está hoy día esperando que la tornen a llamar a su oficio. Dicen parlaba demasiado. Dieron su oficio a la duquesa de Lerma, que por dársele a esta se le quitaron a la otra, y ansí aquí viene muy bien el proverbio: «Descomponen un santo para componer otro»; y ansí se dicen cien cosas. Dieron a la duquesa de Lerma quien la ayudase de noche, que fué a la marquesa del Valle.

10.—Habiendo estado el Rey algunos días en Madrid luego dió prisa la Reina para venir a ver esta su Casa, y vino, y en ella fué

---

(1) El 4 de diciembre de 1599.

recibida, y se la hizo el mayor recibimiento que se le pudo hacer en el mundo.

Vió toda la Casa con mucho cuidado y las oficinas de ella, y fué muy contenta de ver con el cuidado y con la solicitud y amor que en esta Casa todos los padres de ella la sirvieron y regalaron como a su reina y señora. Esmeróse el prior en servilla y | regalarla a ella fol. 57 v.
y a todos los de la casa real, y con mucha razón por ser esta la primera vez que la Reina veía esta octava maravilla del mundo; y ansí era cosa muy acertada correspondiese lo uno con lo otro.

También se tuvo mucho cuidado con regalar al Duque, y ansí le convidó un día el prior a comer, y como sea tan buen caballero, prometió toda buena amistad y que haría por esta Casa y por los frailes de ella como por suya propia y como si él fuera fraile profeso de la mesma Casa, como lo verían.

11.—En estos días se acercaba el tiempo para ir a capítulo ge- fol. 59 v.
neral de los frailes de la Orden, y como ella sea tanto de los reyes de España, dieron al Rey bravísimos memoriales y al Duque para que enviesen una persona al capítulo que los pusiese en paz y que fuese de fuera de la Orden, y esto con grandes encarecimientos, y que no fuese el prior de San Lorenzo, el cual hacía bravísimas diligencias porque estos recados se le diesen a él y no a otro, y como vió que esto no tuvo lugar procuró que fuesen y se le diesen los recados al obispo de Segovia, gran cosa suya y que dice es pariente suyo, y como él sólo hablase y informase y naide podía hablar ni informar sino era por carta vino a salir con su intento, y certificado que iba a capítulo el obispo de Segovia se sosegó algún tanto, porque sabía él muy bien que no haría más de lo que él quisiese, y no se engañó en ello.

CAPITULO II

(1600)

[1. Año de 1600. Entretenimientos del Rey. Libertad del marqués de Mondéjar.—2. Concédese al Monasterio de San Lorenzo facultad de elegir prior. Negocios varios de la Orden de San Jerónimo.—3. Activase la terminación de las figuras de los enterramientos reales de San Lorenzo.—4. Es nombrado fray Diego de Yepes obispo de Tarazona: otros nombramientos.—5. Viene la corte a San Lorenzo: celébranse en él fiestas y regocijos.—6. Nueva venida del Rey a San Lorenzo desde Valladolid.—7. Trátase del traslado de la corte.]

fol. 60 v. 1.—El año seiscientos fué muy notable por muchas razones. La
fol. 61 r. una por ser este el segundo año del reinado felicísimo de | nuestro rey Felipe tercero; la otra por ser año muy deseado, porque era muy deseado de todos por estar pronosticado que había de ser muy fértil, como lo fué, y por eso era tan deseado de todos, porque como los pasados fueron tan estériles deseaban verle infinito. Fué felicísimo por toda España de todo lo temporal, como es pan y vino, carnes y frutas. Fuélo también deseado de la Orden de nuestro Padre San Jerónimo, porque se había de ayuntar capítulo general a los primeros de abril, y por esto y por lo otro era muy deseado de unos y otros.

El Rey estuvo todo este tiempo en Madrid en sus palacios y alcázares. Andaba a los alrededores cazando y entreteniéndose en otras cosas.

Mandó poner en libertad y soltar al marqués de Mondéjar, al cual había muchos años que el Rey Católico tenía preso por algunas cosas que había contra él, de que había dicho y hecho; y este Rey le envió a llamar y le hizo mucha merced y le honró mucho y le casó con una dama de la Reina, y fueron sus padrinos rey y reina; y cierto el Rey hizo una cosa muy acertada en hacer esto, por-

que el Marqués siempre fué muy buen caballero y que envidiosos y enemigos le descompusieron con el Rey Católico. Tornóle este Rey todo lo que el Rey su padre le había quitado (1).

Luego pasó el Rey a ver los alcázares a horrado (!) porque tenía mucho deseo de vellos los de Segovia que allí tiene, y casa de Moneda; viólos y estuvo en ellos una noche, y en viendo que los vió, dijo: «Esta es verdaderamente casa real» y tuvo mucha razón en decirlo, porque es la mejor cosa que tiene príncipe en el mundo. Luego partió de allí, sin entrar en la ciudad, y se fué a Balsain a cazar, y de allí al Pardo y a Madrid, adonde jugaba algunos días a la pelota, y muchas veces con el buen | marqués de Mondéjar, el cual padeció mucho en tiempo del Rey Católico y le tenían envidiosos muy disfamado con él y desacreditado, y según se cree, con falsedad, pues se vió que sacando a justiciar a un caballero, el cual llaman don Ponce de León, por gravísimos y atrocísimos delitos, que había cometido y él confesado, dijo allí públicamente en el cadahal- fol. 61 v.

---

(1) «Don Luis Hurtado de Mendoza, quinto conde de Tendilla y cuarto marqués de Mondéjar, servía por condenación en las galeras de Portugal, por un delito particular de haber muerto un criado por gozar los amores de su mujer, condenación bien extraordinaria...» Cabrera de Córdoba. *Felipe Segundo, rey de España.* t. III, p. 351.

La muerte de este criado del marqués fué el 19 de junio de 1585. Llamábase Rodrigo Rosón y fué encontrado «echado boca abaxo, las manos junto al rostro, vestido en una cuera de cordován acuchillado y un jubón de raso negro, y unos gregüescos de terciopelo negro, con un agnus dei en los pechos, y una nómina pendiente de una trenza verde de seda y oro, y no tenía sombrero en la cabeza; y estava a la mano derecha en el suelo, una capa manchega verdosa, con un pasamano de seda parda y verde, tenía la espada junto a él, y la daga en la cinta, y el dicho Roson en su cuerpo tenía onze heridas, que la una era un arcabuzazo, que entró por debaxo de la tetilla izquierda y le passó todo el cuerpo, y una estocada junto a la tetilla yzquierda, que le atrauessava el corazón, y las demás en la cabeza y cuerpo...». Por la acusación de esta muerte fué llevado preso el Marqués a la Mota de Medina del Campo en 4 de febrero de 1586, y luego trasladado a la fortaleza de Santorcaz. Fué condenado el Marqués en 24 de marzo de 1586 a 6 años de destierro de la villa de Mondéjar y cinco leguas de Madrid y en seis mil ducados, tres mil para la parte y tres mil para la Cámara, y ocho lanzas en Orán por cuatro años, y veinte mil maravedís para obras pías.

Lo que resulta del pleyto, que el Fiscal y Gonçalo Roson, y Teresa Meléndez, han tratado con el Marqués de Mondéjar, sobre la muerte de Rodrigo Roson... 21 hojas impresas sin indicaciones de imprenta ni año.

so: «Esta carta os leerá mi confesor en acabándome de cortar la cabeza, y lo que en ella digo es pura verdad, y ansí lo podéis creer». En cortándole la cabeza dijo su confesor, que era un fraile dominico, muy docto que estaba allí juntico para en descargo de la conciencia de este caballero: «Os quiero leer esta carta»; y abrióla, y decía: «Digo yo don Ponce de León que todo lo que he dicho y jurado contra el marqués de Mondéjar es falso, y que sólo lo había dicho por mala voluntad y odio que le tengo», y que aquello decía para descargo de su conciencia y lo juraba con gravísimo juramento. Y por esto quieren decir que el Rey Católico dejó encargado y mandado a su hijo le hiciese soltar, y ansí debía de ser todo cuanto le imponían falso. Todo fué cosa muy acertada y el Rey mandar darle libertad y tornarle todo lo que el Rey su padre le tenía quitado y honrarle ahora tanto como le honra, y cierto el Marqués tiene muchas y muy buenas partes para ser amado y querido de todo el mundo. Es muy cuerdo, gran latino y consumado poeta, y porque lo digamos así, de muy lindo y delicado ingenio, como lo son los de esta casa, heredado de sus mayores. Es gran soldado y muy
fol. 62 r. hombre por su persona, de muy linda y agradable presencia, | como lo son todos sus hermanos, y tiene otras muchas gracias que no sabré yo decirlas y ensalzarlas como ellas merecen, y ansí bastará por ahora lo dicho, que no faltará quien diga lo demás y cuente todas sus persecuciones y cuán bien salió de ellas, como se vió en una sentencia que le dieron, la cual andaba impresa y de molde, que todos decían merecía ponerse entre el Derecho canónico, según era de discreta y bien sustanciada.

2.—En estos días se dijo el Rey quería hacer que en esta su Casa de San Lorenzo eligiesen los frailes prior, que con muchas veras se lo pedían y por intercesión del duque de Lerma lo pensaban alcanzar, que siempre ha mostrado afición a las cosas de esta Casa y como buen caballero nos tiene particular devoción, suplicase a su Majestad fuese servido de mandar que un buleto que esta Casa tiene para no eligir prior que mandase su Magestad a su Santidad le anulase y diese por nulo y les concediese lo que tienen todas las casas de su Orden, a lo cual el Rey respondió muy bien, y el Duque lo mesmo. Pidieron luego el buleto para que se enviase a Roma a su Santidad para que le diese por nulo y concediese el que le pedían

y vino a esta sazón, y porque algunos lo contradixeron, con harta poca razón, por sus intereses y aficiones, túvose por cosa muy cierta el cardenal Guevara se metiera en las cosas de la Orden de San Jerónimo, como Inquisidor mayor y muy privado del Papa y del Rey y Duque, y que doliéndose de algunos frailes y como tan de ella lo remediaría todo. Y con esto había algunas buenas esperanzas de remedio y | buen suceso; y cuando [estaban] más descuidados huyó de aquí, y cuando pensaban que se aprestaba para el capítulo general rehusó el ir allá, como fuese muy buen caballero, y se fué en romería a nuestra Señora de Guadalupe y tuvo en ella la Semana Santa y Pascua y ofreció en aquella sancta casa joyas y dones de verdadero Príncipe. El Cardenal Inquisidor, como fuese buen caballero, no quiso entremeterse en nada, aunque la mayor parte de la Orden se lo rogaba y pedía con grandes encarecimientos, y él como tan bueno se hizo sordo a todo y no quiso meterse en ruídos.

3.—En estos días envió el Rey a decir a don Juan de Borja, mayordomo mayor de la señora Emperatriz su agüela, que le hiciese placer de mandar que los bultos que estaban en casa del yerno de Jácome de Trezo, de las personas reales de su padre y madre, con | fol. 66 v.
otros tres, que diese orden cómo se acabasen y se trujesen a esta su Casa, juntamente con los cuadros de las personas reales y armas, que eran para la sacristía. Luego puso [por obra] don Juan de Borja, como tan buen caballero, lo que le fué mandado por su Rey. Fué en persona en casa de Jácome de Trento *(sic)* y pidió le enseñasen los bultos de las personas reales y mandó que luego en la hora se acabasen, y dijéronle cómo faltaba plata y oro y que por eso no estaban acabados muchos días había. El les dijo: «Acudid luego a mi posada que yo os daré todo lo necesario, y os mando no alcéis las manos de ello hasta que lo acabéis». Fueron los oficiales a su casa por lo necesario para dorarlas, y el don Juan de Borja iba cada día en casa de Jácome a ver cómo andaba la obra y daba mucha calor a ella y no la dejó hasta que las acabaron; y después de acabadas las mandó traer a esta Casa y el Rey se halló a verlas poner. Y altercándose mucho cómo se pondrían los cuatro cuadros que están en la sacristía, porque había muchos pareceres sobre esto, el Rey dió el suyo y fué el mejor y más acertado, como se ha visto por

la obra, y mandó se pusiesen como ahora están, y fué traza suya, y muy buena, y salen las pinturas muy bien.

fol. 68 v. El Rey, queriendo dar muestras a todo el mundo de que con la piedad cristiana que heredó de su padre se le juntó el amor grande que a los jerónimos les tuvo y por la mesma razón nos la tiene él y ansí lo mesmo, porque sabiendo que se acercaba ya el tiempo para se juntar los frailes en su capítulo general por ser este el año de seiscientos, y por lo mismo muy notable, y el primer capítulo general que se ajuntaba de esta Orden después que es Rey, quiso que presidiese en él el obispo de Segovia, don Andrés Pacheco, como fué, y lo estimó en mucho y de ello dió las gracias a su Majestad por la confianza que de él hacía en envialle por presidente de una Orden que tanto quería y que tanto ha sido de los reyes de España, y con mucha razón.

fol. 69 r. 4.—El Rey envió | cédula de obispo de Tarazona al confesor del Rey Católico su padre, cosa muy acertada, por haber sido tanto tiempo confesor y haber servido muy bien en aquel oficio y haberlo trabajado y hecho todo con mucho cuidado y amor que a su Rey tenía.

También hicieron obispo de Pamplona a fray Mateo de Burgos, por razón que la Reina traía confesor de su tierra a un padre teatino, y porque la había criado no le quería dejar, y por entender mal nuestra lengua, y ansí fué forzoso que se quedase en su oficio; y por esta razón dieron el obispado de Pamplona a fray Mateo de Burgos, por no poder entrar en su oficio de confesor de la Reina: por ser fraile de mucho ser y gran valor le hicieron obispo.

5.—En estos días vino a esta Casa de San Lorenzo el Real el Rey, porque habiéndose estado holgando en Aranjuez algunos días y de allí pasado a Toledo, en la cual ciudad fué recibido con muchas muestras de amor y con pompa real debajo de palio y otras muchas invenciones, justas y torneos, y muchos disfraces y haberle recibido con tanta majestad cual nunca con otro Rey se hizo y entregádole las llaves de la ciudad como a su Rey y señor; y después de haberle hecho grandísimos servicios y regalos y grandes presentes, todos, grandes y chicos, por ser esta la primera vez que entró en ella después de Rey, y habiéndose holgado algunos días y estado a ver dar el capelo de cardenal al arzobispo de Toledo don

Bernardino de Rojas, tio del marqués de Denia y duque de Lerma, y de haber visto el sagrario, que es | mucho de ver, y de haber vi- fol. 69 v.
sitado todas las iglesias y monesterios, y en particular los de monjas, que a todos los quiso honrar con su presencia real, y de haber visto todas sus antiguallas, y después de haber estado en un auto famoso que se hizo de inquisición, y le ilustró mucho con su presencia real y le dió gran nombre y sér con su persona como Rey tan católico, en tiempo que en otras provincias sacaban tantas herejías y tan abominables y detestables errores. Presidió en él el Inquisidor mayor, cosa muy ordinaria, el cardenal Guevara, recién venido de Roma. Estuvo el Rey sentado en su trono real y dentro de él, a su lado, estuvo el Cardenal de Toledo, que fué gran favor y el mayor que puede ser.

Pues después de haber dado fin a este auto tan famoso, y después de haberle presentado muchas cosas la ciudad y cabildo, se aprestó el Rey luego para venirse a tener la fiesta de la Ascensión del Señor a esta su Casa de San Lorenzo, en la cual fiesta estuvo el Rey, y comió en el refitorio con los religiosos; los hizo mucha merced, y tiene gran voluntad.

Estuvo aquí el Rey algunos días, y tuvo aquí la Pascua de Pentecostés y estuvo su Majestad en la procesión, y de allí se subió a sus oratorios para ver desde allí los oficios divinos, y donde estaba la Reina esperándole. Dejado el Rey en sus oratorios, se bajó luego a la sacristía todo aquel grande acompañamiento que llevaba de grandes y caballeros, y entre ellos y el de más nombre era el | du- fol. 50 r.
que de Lerma.

Luego se dijo habían enviado a llamar al cardenal de Toledo para que celebrase la fiesta del Santísimo Sacramento el día del Corpus, que se llegaba ya, y ansí fué verdad. Vino un día antes; hízose esta fiesta muy altamente, con mucho regocijo y gran música; dijo las primeras vísperas y luego el día siguiente hizo el oficio. La procesión se hizo muy altamente y el Cardenal celebró de pontifical, vestido con ricos y costosos ornamentos, y llevó el Santísimo Sacramento en sus manos en una custodia de oro. El Rey y sus grandes que con él se hallaron, llevaron las varas del paño del Santísimo Sacramento. Salieron todos muy bizarros. Hallóse la Reina a esta procesión con todas sus damas, todas con velas de cera blanca

encendidas en sus manos. Hízose con mucha pausa y majestad y con mucha música. Hubo unas danzas que alegraron mucho la fiesta. Hízose tan bien que dudo yo se haga mejor en ninguna parte de toda España, ni en todo el mundo, y con mucho sosiego y quietud, que esto es lo que importa, y sobre todo con gran devoción. Acababa la procesión, dijo su misa con la mesma solemnidad y comulgó en ella todos los frailes que no son sacerdotes.

A la tarde, con la mesma gravedad, y majestad se encerró el Santísimo Sacramento, y entró el cardenal de Toledo y se fué a despedir del prior y estuvo con él un rato parlando y se despidió, y el prior le acompañó hasta la puerta de palacio; y despedido del Rey y del Duque, se tornó a Toledo y fué recebido muy altamente y con mucha alegría de toda la ciudad, porque pensaron todos le querían ocupar en otras cosas y él no las quiso acetar sino tornarse
fol. 70 v. a su arzobispado, y ansí fué | tan bien recebido, y todos le aman y quieren mucho, y más que a otro ninguno de cuantos perlados ha tenido aquella ciudad, y él lo merece todo por su mucha bondad y santidad.

Pasadas las fiestas, y habiéndose a su Majestad festejado lo mejor que se pudo hacer, y habiendo los niños seminarios hecho una comedia en la mesa del altar mayor y hecho sus danzas lo mejor que supieron, sólo para agradar a su rey y señor, con la cual comedia el Rey mostró mucho contento y se rió mucho, y regocijó todos los días que en esta Casa estuvo con los muchos entretenimientos que aquí tiene; y en esta Casa se le hizo mucho regalo, y él lo agradeció mucho al prior y se lo dijo con muy graves palabras.

fol. 71 v. Estuvo en esta Casa de San Lorenzo el Cardenal Inquisidor, y esta fué la primera vez que estuvo después que vino de Roma. Vino con él el confesor del Rey. También pasó por aquí el presidente de Ordenes, don Juan Idiáquez, y el presidente de Castilla, el conde de Miranda, consuegro del duque de Lerma y estuvo aquí una fiesta principal y comió en el refitorio, y la condesa su mujer entró y vió toda la casa con buleto que trujo y carta del Rey, que de otra manera no entrara ni podía. Aquel día tuvimos una famosa comedia que la representó un famoso hombre, gran representante, llamado Villalba, con su gente. Fueron el Conde y Condesa muy agradecidos de lo que en esta Casa con ellos se hizo, pues se les mostró cuanto en

ella hay con mucho amor y voluntad, y de aquí se tornaron a Madrid él y los demás presidentes.

Escribió (el Rey) (1) cartas muy amorosas al prior de esta su Casa fol. 73 r.
con estar metido en tantos negocios y entre tantas cosas como tenía a que acudir, como conoció la bondad y santidad de él, el cual gobernaba muy bien, con mucha rectitud, y a todos nos tenía muy contentos y él lo estaba por haber traído ya a todos sus hijos a su casa y holgaba de vellos a todos en su compañía y no se hartaba de vellos a todos juntos, cosa que no poco trabajo le costó y cosa muy raras veces vista, y nunca se vió esto sino en su tiempo, no faltar de casa ninguno; y ansí todos le quieren y aman, y todo lo merece él por santidad grande y mucha bondad y gran caridad. A todos | los fol. 73 v.
quería meter en sus entrañas, y para cada uno diera mil vidas como verdadero padre; hace por todos y consuela a todos; no tiene cosa que no sea de todos; a todos enseña mucho con su paciencia y sufrimiento.

6.—Al principio del mes de setiembre se partió el Rey de Valla- fol. 74 v.
dolid arrebatadamente y se vino a esta su Casa de San Lorenzo el Real, y muchos gustaron de que el Rey se viniese, porque temían que pasase la corte a aquel lugar, y todo el tiempo que el Rey estuvo en aquel lugar y ciudad no se trataba de otra cosa sino de la pasada de la corte, por donde en Madrid había grandes alborotos y muchas inquietudes, y fué necesario que el Rey escribiese una carta a aquel lugar, patria suya, en que les prometía y aseguraba su palabra real de que no se pasaría sin consultarlo primero muy despacio y que se mirarían todas las dificultades, y con esto se sosegaron algún tanto aquellas gentes, y por divertirlas se salió el Rey tan arrebatadamente de aquel lugar; y decían que no podían estar en Valladolid ni cabía allí la corte y que lo pasaron muy mal aquel verano. Otros, que gustaban, decían que se tornarían muy presto, y otros lo tenían por disparate de que la corte se pasase a Valladolid; a mi pobre juicio éralo, y muy grande, pensar que el Rey se quisiese privar de tantas y tan ricas recreaciones y palacios como tiene en Madrid y su contorno, y ansí no podía naide creer que tal cosa se hiciese y con tanta brevedad como después se hizo, y

(1) Desde Valladolid.

nos sacaron bien presto de esta duda pasándose el Rey a Valladolid, como se pasó, como después veremos.

fol. 75 r. Llegado el Rey a esta su Casa, luego envió a mandar | al cardenal y arzobispo de Toledo fuese por la Reina y la trujese de Valladolid, a do estaba, a esta su Casa donde el Rey la esperaba por momentos. El Arzobispo Cardenal hizo luego lo que se le mandó, y fué por la Reina, y la acompañaron muchos caballeros y señores, y los hizo a todos la costa. En llegando el cardenal de Toledo a Valladolid dicen hizo un presente muy grande a la Reina y la presentó muchas cosas. Entre otras fueron doce mil ducados en oro en una bandeja de plata, y la hizo la costa el Rey hasta Segovia y a cuantos con ella venían, adonde la estaba esperando en su casa de Balsain. Entretenido en su caza y en aquellos bosques había perdido la Reina al Rey y fué necesario a los monteros tañer sus cuernos e instrumentos, a los cuales acudió el Rey; y llegado, le habló el Cardenal y arzobispo de Toledo y le hizo un gallardo razonamiento en el cual, en sustancia, le dijo, que esperaba en nuestro Señor que de este ayuntamiento los había de dar Dios fruto con que toda España se alegrase, y ansí sucedió en muy breves días.

De Balsain pasaron a Segovia y fueron a posar en sus alcázares que allí tienen, que son los mejores que tiene príncipe en el mundo, y ansí dicen que cuando este Rey los vió la primera vez dicen que dijo: «Verdaderamente esta es casa real»; y eslo sin duda.

De allí vinieron a tener a esta Casa la fiesta de San Jerónimo. Pasada la fiesta, dió licencia el Rey a su gran privado del duque de Lerma para que diese en su nombre al conde de Altamira, su cuñado, y a un hijo suyo mayorazgo el hábito de Santiago, y se los
fol. 75 v. dió en el altar mayor, estando los Reyes en sus | oratorios mirándolo, y todos los frailes en las gradas del altar mayor con otra mucha gente de palacio, y cierto que fué mucho de ver tanta ceremonia como allí se hizo.

7.—Pasada la fiesta, se fueron los Reyes cazando a Madrid, que no lo hay esto en todas partes. En entrando que entró en aquel lugar, luego mandó poner en plática la pasada de la corte a Valladolid y que le diesen sus pareceres, y les dió plazo de seis meses para que mirasen en ello y lo tratasen y advirtiesen y le diesen todos los inconvenientes, y así se hizo, como adelante se dirá, bien

presto y con harta brevedad, cosa que naide lo creyera sino viera por sus ojos.

En llegando que llegó el Rey a Madrid, mandó se juntasen todos los testamentarios del Rey su padre, y entre ellos el Prior de San Lorenzo, para que se cumpliese lo que el Rey Católico mandó por su codicilio al convento de San Lorenzo. Habló el prior al Rey sobre esto y a sus ministros y entabló el negocio muy a su contento y gusto, y siempre el Rey dió grato oído a esto, y ansí se dijo envió a decir a sus ministros y consejeros que era su voluntad que se cumpliese lo que el Rey su padre mandó por su codicilio y postrimera voluntad.

Llegábase ya la fiesta de Todos Santos y el Rey se vino a tenerla a esta su Casa, y también por ser tiempo de brava o brama, y vínose tras él el prior a celebrarla; y pasada, y la de los Finados, dió luego el Rey la vuelta para Madrid | y mandó al prior de esta Casa le fol. 76 r.
siguiese.

Mandó que se juntasen los testamentarios, que son muchos, y salió de la junta cometido el negocio a don Juan de Borja, mayordomo mayor de la Cesárea Emperatriz, un gran caballero y gran cristiano. Este es hijo de aquel gran duque de Gandía que renunció el siglo y sus pompas y estado y la gran privanza que con el emperador Carlos quinto tenía. Todo lo dejó y lo tuvo en menos que nada y se metió teatino, y ilustró mucho aquella Compañía y la calificó, y después murio santamente en ella. De su vida y cosas miraculosas anda ya por ahí un libro con título de la *Vida del padre Francisco Borja*. Pues el encomendar los negocios de San Lorenzo a este caballero ha sido una gran cosa, porque quitárselos a tantos y darlo a uno ha sido bueno y fué el querer que se acabase, que entre tantos fuera imposible acabarse ni tuviera fin bueno, ni buen suceso. Costóles muchísimo trabajo el haber de juntar a todos, y como son tantos, por maravilla se podía hacer. Estimóse en mucho que sólo se lo encomendasen y cometiesen al don Juan de Borja.

CAPITULO III

(1600)

1. Es nombrado arzobispo de Méjico fray García de Santa María, religioso y prior de San Lorenzo.—2. Muerte de D. Diego Henríquez de Cabrera, almirante de Castilla, en Valladolid: entereza notable de su mujer.—3. Viaje del autor de esta obra. Interés que el Rey mostraba por las cosas de San Lorenzo.—4. Nuevas consultas acerca de pasar la corte a Valladolid: oposición general.—5. Vuelve D. Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla, de ser gobernador del Milanesado.—6. Es nombrado en su lugar D. Pedro Henríquez, conde de Fuentes, gran soldado.—7. Lamenta el autor de esta Historia que no se premien los servicios de los soldados].

1—Ya en este tiempo se llegaba la santísima Pascua del Nacimiento del Señor. Importunaron mucho al Rey y al duque de Lerma muchos personajes, y entre ellos y el que más hizo fué el prior de San Lorenzo, con otro padre grave, su Magestad diese alguna cosa al prior pasado de San Lorenzo, que andaba cansando el mundo, y ansí negociaron que le diesen alguna cosa fuera de España por echarle de ella; y ansí el Rey y el Duque determinaron de darle el
fol. 76 v. arzobispado de Méjico, en las Indias, y ansí | salio sin consulta; y estando yo en la ciudad de Burgos, me dijo una persona grave cómo era cosa muy cierta que habían hecho Arzobispo de Méjico al padre prior pasado de esta Casa de San Lorenzo. Cuando yo lo oí, me espanté, y me santigüe, y enmudecí, y me encogí de hombros de ver hubiesen dado a este hombre semejante dignidad. Todo el mundo se espantó y admiró, y los personajes que se lo negociaron dicen que por echarlo de España lo hicieron. El lo tomó de muy buena gana y se rió de todos de ver que salió con todo cuanto quiso y no hubo naide que le pudiese contrastar. Por otra parte se holgaron todos infinito en la Orden que le hubiesen dado esto, y que se fuese con Dios. Sólo les pesaba por no haber sido seis años antes. Luego em-

pezó a tratarse como arzobispo, y no tenía el pobre con qué. Sus amigos ensalzaban mucho más de lo que era razón esta dignidad, y decían valía más de treinta mil ducados. La verdad es que es cosa que se da a hombres muy ordinarios, y no vale más de doce mil ducados de renta, y lo que en Méjico vale treinta mil ducados vale en España tres mil, y lo que vale doce mil vale aca seis cientos ducados; y con esto hemos acabado con él, y de hoy más, placiendo a Dios, diremos muy poco de él (1).

2—En estos días murió en Valladolid el almirante de Castilla, (2) de repente, mozo que aún no tenía 40 años, hombre de mucho sér y gran valor y magnánimo. Acostóse bueno y a la mañana le hallaron muerto, y hay quien diga que no sin sospechas de que le ayudaron. Dios sabe la verdad. La mujer del Almirante, como sea señora de gran valor y viese a su marido muerto, hizo una cosa digna de los Colonnas, de donde | ella deciende, familia muy nobilísima fol. 93 r.
y muy conocida en Roma y en toda Italia por muy antigua y muy ilustre. Y fué, que a un niño que le quedó de su marido, le vistió de luto de pies a cabeza y le envió con mucho acompañamiento de

---

(1) Fué nombrado arzobispo fray García de Santa María a 6 de diciembre de 1600, y le consagró el Emmo. Sr. Cardenal D. Bernardo de Rojas, arzobispo de Toledo, en San Lorenzo, en 14 de agosto de 1603. Nació en Alcalá de Henares, y había profesado en 16 de abril de 1567. Murió en abril de 1606. De él dice el P. Santos: «Passóse mucho en que quisiese aceptarla (la Dignidad), que fué menester compelerle como por justicia, y mandarselo todos sus superiores», juicio bastante diferente de lo que escribe el P. Sepúlveda. *Quarta parte de la Historia de la Orden de San Jeronimo*. Continuada por el Padre Fr. Francisco de los Santos... Madrid, 1680, p. 291.

Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, p. 89—dice, al dar noticia de este nombramiento, que el arzobispado de Méjico valía 20.000 pesos de renta.

(2) «Jueves a 17 de éste (agosto), murió en Valladolid el almirante de Castilla;... que ha sido gran lástima por el suceso tan desgraciado, y no pasar de treinta y seis años de edad...

De allí a dos días llevó el duque de Lerma al duquesito de Medina de Rioseco, recién heredado, a palacio a besar las manos a S. M., y a que entregase al Rey el collar del tusón de su padre, como es costumbre; el cual es de edad de 5 años: dícese le darán el título de Almirante...

El mismo día que S. M. partió de Valladolid, invió el duque de Lerma un billete a la duquesa de Medina de Rioseco, haciéndole saber cómo S. M. había hecho merced a su hijo del título de almirante como le había tenido su padre; lo cual ha sido muy bien recibido de todos...» Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pags. 79-80 y 82-83.

criados suyos a que entrase a besar las manos al Rey y le llevase el Tusón y el oficio de Almirante en una gran fuente de plata. Fueron a palacio; pidieron audiencia al Rey; mandólos entrar; entró el niño al Rey, acompañado de todos los grandes de la corte, llevándole su ayo, un caballero viejo y muy venerable; y en una fuente grande de plata llevaba los oficios que habían sido de su amo y señor. Entró y hizo sus mesuras al Rey como le tenían enseñado, y como no tenía más de seis años agradó mucho a cuantos le vieron. Lo que dicen dijo fué estas palabras al Rey: «Señor, mi madre besa a vuestra majestad sus reales manos, y hace saber a vuestra Majestad cómo mi padre el Almirante es muerto, de lo cual hace el sentimiento que es razon, y por su muerte han vacado estas dos prebendas: la una el Tusón, y la otra el oficio de Almirante, para que vuestra Majestad lo provea en otro en quien fuere servido y a mi me emplee en cosa de su servicio». Dicen fué cosa de ver este espectáculo: ver un niño de seis a siete años vestido de luto de pies a cabeza decir un razonamiento tan discreto y tan bien dicho, y luego cubrirse de lágrimas, y allí delante cubiertos de luto todos sus criados, descubiertos, y hincados de rodillas, y junto a él su ayo con los oficios en la mano.
fol. 93 v. Dicen que | el Rey se enterneció mucho y halagó mucho al niño: «Decid a vuestra madre la Duquesa mi prima, que yo se lo agradezco mucho, y que nunca yo esperaba menos de ella; que me ha pesado infinito de la muerte tan temprana de mi primo el Almirante. Y en lo que toca a los oficios, yo os los doy a vos, y decídselo a vuestra madre, y ansí desde hoy os hago Almirante; y decid a vuestra madre que os guarde el Tusón hasta que seáis grande, que yo os le daré entonces con las ceremonias acostumbradas». Y de esta suerte envió a madre y a hijo muy contentos y consolados, que harto lo tenían menester.

Todos los grandes de palacio acompañaron a este niño desde que se apartó del Rey hasta que le metieron en su coche, llevándole en medio el duque de Lerma y el duque de Medinaceli; y ansí le metieron al Rey. Fué cosa muy acertada el Rey usase de una franqueza y largueza con esta gran matrona y su hijo por ser tan deudos suyos: magnificencia y generosidad verdaderamente de un Rey y de España. Con esto se confirmaron ser falsas algunas sospechas que había.

Luego la Duquesa dió orden, como fuese mujer de gran valor y gran juicio, que su hijo el Almirante, con ser niño de poca edad, se concertase de casar con nieta del duque de Lerma, hija del marqués de Cea su hijo, y se vino | a concluir y están hechos los con- fol. 94 r.
ciertos; sino que por tener ambos poca edad no se podrá efectuar tan presto, y el Duque bien se holgara que tuvieran ambos edad y que se casaran luego, por tenerlo todo más seguro.

3—En estos días estábamos ya cerca de la Pascua del Señor, y yo me venía acercando a esta mi Casa de San Lorenzo, que como venía de un largo camino tenía ya gana | de llegar y de verme en fol. 77 r.
esta realeza; y el prior de San Lorenzo se estaba también aparejando en Madrid para venirse a casa a tener la Pascua, como vino, y muy contento, por haber dejado ya el negocio de la fundación en manos de uno solo, porque no había remedio de juntar a todos los testamentarios. Andaban en mil puntillos; cada uno quería que fuesen los otros a su casa y ansí nunca se concertaban, porque naide quería ceder de su derecho, y por esto proveyó el buen Rey que don Juan de Borja entendiese en ello solo, y en esto ha mostrado el buen Rey el amor entrañable que a esta su Casa tiene y a su acrecentamiento, pues habiéndole dicho todo el mundo que no tiene obligación a cumplir el testamento de su padre el Rey Catolico, él como hijo y tan obediente ha estado siempre como una roca y diciendo a voces que es su voluntad que se cumpla la voluntad del Rey su señor y padre, porque su alma goce de más descanso, y en esto ha estado siempre, y en otras muchas cosas se ha dejado llevar de sus consejeros, y en esta no, ni han podido, y ansí las cosas de San Lorenzo el Rey solo las ha hecho y no otro; y si no fuera por él nunca se diera a San Lorenzo lo que el Rey su padre mandó, y ansí sus ministros por verle tan aficionado a las cosas de esta Casa han condescendido con él y con su voluntad, y ansí a él se le debe por ello dar mil gracias, y con mucha razón; y ansí todo el convento de San Lorenzo le estaba muy agradecido y lo estará siempre.

Pide el Rey al convento algunas cosas, y entre otras es que haya un guarda mayor, cosa que lo llevó muy mal el convento, pero concediósele, harto de mala gana, y sólo por dar gusto y contento al Rey; y en atravesándose esto de por medio se desentrañarán | los fol. 77 v.
frailes y perderán todo su derecho y acción por dar gusto y conten-

to a su Rey. Este oficio y hombre es muy penoso para esta casa y convento, y da mucha pena, y la dará si Dios por su infinita misericordia no lo remedia. Naide sabe cuán gran mal sea este de traer siempre un hombre delante que nos calumnia todo cuanto hacemos y después lo pinta como quiere bien en derecho de su dedo. Tiénese algunas esperanzas que todo se hará bien, pero quién lo verá Dios lo sabe.

Sólo un consuelo hay y es haber mostrado el Rey mucha afición a esta su Casa, que no es poco, andando tan cercado de tantos que no la pueden ver, y por haber dicho el Rey a los priores por veces que más mercedes nos tiene él de hacer que hizo su padre, y si él da lo que el Rey su padre mandó en su codicilio y da la elección de que los frailes puedan elegir prior, como se usa en toda la Orden, sin duda ninguna es ansí verdad. Y pues el Rey lo ha dicho y el duque de Lerma lo tiene también prometido, y aún jurado, para mí es certísimo y sin duda que aunque se detenga algunos días todo lo han de dar al cabo. El duque de Lerma ha dicho a frailes de esta Casa con quien él tiene particular afición, que hará por ella como si fuese hijo profeso de ella, y el Rey ha dicho mucho más, y cierto que en muchísimas cosas se ha echado de ver la grande afición y amor que tiene a esta su Casa y a los frailes de ella, y que si le dejasen hacer haría muy grandes cosas, sino que ruines
fol. 78 r. terceros y malos consejeros no le dejan poner en execución | los buenos propósitos que tiene, y en esto se echa de ver su grande bondad y mucha santidad. Tiene una condición de un ángel: con facilidad le llevan sus ministros a do quieren, y como él es tan bueno y tan sancto piensa que todos le aconsejan bien, y lo que aquellos le dicen piensa que aquello es lo más acertado. Querrá Dios que andando el tiempo abrirá los ojos con la edad y echará de ver lo que más cumple y dará a cada uno lo que es suyo; que la edad todo lo madura y cura, y no es posible sino que tan buenos propósitos como nuestro buen Rey tiene se los ha de llevar el Señor adelante para ponerlos en execución, y hemos de participar todos de ellos y que no siempre se lo han de llevar todo dos o tres; algún día se repartirá entre todos, y que tan buenos deseos no se han de perder. Roguemos a Dios se los lleve adelante, que cierto no merecemos tener tan buen Rey como tenemos, en un tiempo tan calamitoso como

este de tan poca verdad y tan poca justicia. Todo anda viva quien vence; no hay ya de quien fiar; todo es ya negociar cada uno para sí y adquirir sin mirar si es bueno o malo, o si va con buenos medios o malos: lleve él algo que en esotro ya no se repara mucho. Tráiganos el Señor a nuestro buen Rey a edad madura, que él lo remediará todo con su gran prudencia, porque cierto que dicen todos los que le hablan que es muy prudente y que sabe mucho, y que en cualquiera materia que le traten es cosa notable cuán universal está en ella, que no parece sino que toda su vida se ha criado en ella, y esto es una gran cosa y grande esperanza de que para adelante ha de hacer cosas grandiosas, y que no siempre se ha de dejar llevar | de uno o de dos; que los hombres mudarse tienen y muchas fol. 78 v.
veces hemos visto amar hoy una cosa y mañana la aborrecemos, y placerá a Dios que aquí sea lo mesmo. Roguemos a Dios que nos le guarde, que lo demás él lo remediará con su claro y lindo ingenio.

4.—En estos días pedía el Rey y por este tiempo a sus consejeros y personas graves los pareceres que les había dado y pedido acerca de no pasar o de pasar la corte a Valladolid, por haberse ya llegado los seis meses que les dió de término, y que diesen todas las dificultades a sus ministros. Y la causa que el Rey dice que le mueve a hacer esta tan extraña mudanza al parecer es remediar a Castilla la Vieja y que Castilla la Nueva no se pierda; y lo que más a ello le mueve es ver las muchas ofensas y gravísimos pecados que contra nuestro gran Dios y Señor se cometen en Madrid. (1). Bueno era esto si en Valladolid supiera el Rey de cierto no se había de ofender a Dios; pero vemos que los hombres somos a doquiera que nos mudamos malos, y quiera Dios no seamos peores, y esta razón que el Rey da no me satisface. A esto le respondieron al Rey, y dicen lo aconsejaron convenía pasarse la corte: porque siempre ha sido plaga de los grandes reyes y poderosos príncipes tener sus casas y corte [llenas] de grandes lisonjeros y aduladores. Otros, que lo miraban con mejores ojos y sin pasión, y que sólo miraban el bien co-

(1) Según el licenciado Porreño, una de las razones que Felipe III tuvo para el traslado de la corte fué que «veía rebalsarse en este pueblo de Madrid innumerable gente y pecados atroces». *Dichos y hechos de el Señor Rey D. Phelipe III el Bueno...* escritos por el licenciado Baltasar Porreño, en *Memorias para la Historia de Don Felipe III...*, p. 228.

mún, le aconsejaban al contrario, y que se lo pusieron en conciencia y que no lo podía hacer, porque era perderse España. El Rey
fol. 79 r. lo | oyó todo y tomó los pareceres, y hizo después lo que quiso o le aconsejaron. La cesárea Emperatriz su agüela (como mujer tan prudente y como quien tanto calaba las cosas, y como sabía tanto por la grande experiencia que tenía de tantos años de gobierno, cuyo parecer se había de estimar y tener en mucho, como de tan santa persona, como todo el mundo sabe,) doliéndose de España y de su buen nieto y hijo y de su poca edad, le envió a llamar, y se dice le persuadió y pidió con muchas veras y grandes encarecimientos y con palabras muy graves no se pasase ni hiciese mudanza ninguna, y que mirase que era su agüela y tía y madre, y sobre todo desapasionada y que no procuraba interés ninguno sino sólo el bien de sus reinos y vasallos y este era su blanco, y otros muchos documentos que le dió, como persona que tanto le amaba y quería, y hacer lo contrario le dolía. El Rey a todo esto se hizo sordo, y como sus ministros y consejeros le tenían ya tan trastornado, y él tuviese ya el ánimo tan dagnificado, no fueron de provecho tan santas y pías amonestaciones de tan santa y pía Emperatriz; pero como el día de hoy la verdad amargue no hay hombre que la quiera oir, y mucho menos los reyes, que como son dioses en la tierra no quieren que naide les vaya a la mano en cosa ninguna de su gusto y contento.

5—En estos días (1) vino de ser gobernador y capitán general del estado de Milán el condestable de Castilla, y entró en Madrid con grandísimo acompañamiento y fué recibido muy bien del Rey y de toda su corte. Fué en entrando a besar las manos al Rey, y le
fol. 79 v. recibió con muchas muestras de | amor, y le dió cuenta muy por menudo de todo, y el Rey le preguntó muchas cosas de aquel gran de Estado y estuvieron hablando los dos tres horas. El Rey estaba sentado y el Condestable en pie arrimado a un bufete y el duque de Lerma detrás de la silla del Rey. Hizole el Rey por sus muchos y grandes servicios del Consejo de Estado, y presidente del Consejo de Italia, y dicen lo tomó de muy mala gana; no sé que verdad se tenga. Es de saber que en entrando el Rey en estos reinos hizo un

---

(1) «Entró aquí el condestable de Castilla a los 29 del pasado (diciembre), a la tarde...». CABRERA DE CÓRDOBA, *Relaciones*, p. 92.

gran Consejo de Estado y metió en él a grandes personajes, todos hombres muy calificados y que cada uno de ellos merecía por su persona gobernar todo el mundo universo. No sabré decir para qué es este Consejo ni de qué sirve al Rey ni reino

6—Al conde de Fuentes le mandaron pasar al estado de Milán con muy amplios poderes, y que yendo a despedirse del Rey, dicen que le dijo: «Señor, vuestra majestad mire muy bien dónde me pone, porque entiendo, según andan las cosas, que ha de venir vuestra Majestad a ser mi soldado»; y esto dicen lo pudo muy bien decir el Conde por ser uno de los mejores capitanes que tiene ahora el mundo y el más experimentado y diestro en cosas de guerra y muy valiente por su persona, y que el Rey lo rió mucho.

7—Yo bien entiendo que si premiasen bien los servicios y a cada uno como sus obras merecen que saldrían a luz muchos condes de Fuentes, y ansí como ven que no se premian trabajos ni servicios el día de hoy, todos están metidos en sus rincones y no osan parecer, que cierto es gran lástima ver tantos y tan famosos capitanes y belicosos soldados por esos | rincones por no querellos pre- fol. 80 r.
miar. Que no se puede decir sin lágrimas que haya soldado y capitán servido al Rey toda su vida en guerras y haya hecho mil facciones buenas y que haya puesto mil veces la vida por defender a su Rey, hecho una criba de heridas todo su cuerpo, y que no le den nada, antes le es forzoso arrinconarse, y que a un hombrecillo que en su vida ha echado mano a la espada, ni ha ido a la guerra, ni la ha visto de sus ojos, ni sabe qué cosa es, y éste, por un poco de favor que tiene, le hagan mil mercedes y a los que tan bien han servido no haya cosa para ellos, no se puede decir sin lágrimas. Pues ¡qué si tratásemos y dijésemos de los que han servido cuatro días con sus plumas, a éste le den ayudas de costa y para éste sean todas las mercedes, y que no vaca cosa que no se la den; y el otro pobre, que tiene llenas las manos de callos de traer la espada, y su escopeta y armas de noche y de día acuestas no le den nada! Y que a estotro por cuatro renglones que ha escrito le den para hacer mayorazgos! Y estotro, triste, perezca de hambre! Y que hombre que ayer era una nada hoy compita con el conde y con el duque, y aun presuma de serlo, y aun si se lo diesen no dirá de no! Por cierto, yo no acabo de entender, qué diablos de gobierno es este de ahora, que los sol-

dados y capitanes, que son los nervos del rey y reino, no los paguen ni haya una blanca para ellos, y para hacer mayorazgos o para que los hagan los escribientes no falten hartos! ¡No sé cómo se hace esto, ni se disimula! Diránme algunos que quién me mete en gobernar el mundo. Respondo que no hago tal, sino que me quejo, y
fol. 80 v. lloro | con los demás esta desgracia que hoy vemos, que tanto llora el vulgo, y con mucha razón, y que si bien se advierte es digna de llorarse.

CAPITULO IV

(1601)

[1. Entrada del año 1601. Trasládase la Corte a Valladolid: sentimiento e indignación de los madrileños.—2. Diviértese el Rey en San Lorenzo.—3. Trátase de cumplir la voluntad de Felipe II en la dotación de San Lorenzo.—4. Despoblación y lágrimas en Madrid.—5. Molestias y gastos en San Lorenzo para hospedar a los cortesanos.—6. Nombramientos de obispos.—7. Auge del duque de Lerma en la privanza.—8. Crudo invierno en Madrid.]

1.—El primer día del año de seiscientos y uno fué lunes, víspera del martes, y en este día se celebra la fiesta de la Circuncisión del Señor. En toda España se tiene este día por aciago y poco dichoso y menos afortunado, como lo fué éste, que fué un día muy escabroso, quiero decir, hizo muy mal día. Empezó el año con mal tiempo, con muchas borrascas y aires y lluvias, presagio de la grande mudanza que había de haber. En este día tomó el Rey los pareceres que le dieron acerca de pasar o no su Corte, y los dió a sus ministros y consejeros, y mirados y considerados bien, según ellos dicen, aunque Dios sabe lo mejor, vistos tantos inconvenientes y que si cada día se miraban y consideraban habían de salir otros muchos más, | aconsejaron al Rey aprestase su ida y que si no lo hacía de hecho, nunca habría efecto. fol. 82 v. fol. 83 r.

A ocho días después de entrado el año, que, como tengo dicho, era víspera del martes, se partió de Madrid (1) arrebatadamente y mandó a la Reina se saliese dentro de cuatro o cinco días a lo más. En Madrid, vista la partida tan arrebatada del Rey, no es posible decirse con palabras ni explicarse los lloros, los gemidos, las excla-

(1) «Miércoles, a 10 del mes pasado (de enero), a la noche, se publicó en la Cámara de S. M. la mudanza de la Corte para Valladolid, y el día siguiente se partió para San Lorenzo...» CABRERA DE CÓRDOBA, *Relaciones*, pág. 93.

maciones que enviaban al cielo aquella gente de aquel pobre lugar y pueblo afligido; las grandes y terribles maldiciones que echaban a los que aconsejaron al Rey que hiciese esta tan extraña mudanza; y quejábanse extrañamente de él y que como mozo se determinó de presto, y por lo mesmo lo traen sus consejeros y le llevan a do quieren. Y cierto que espanta que un príncipe tan grande y un monarca tan poderoso como el rey de España se deje llevar de un gusto de hombre particular y deje tantas recreaciones y casas de placer como tiene en Madrid y sus alrededores y se vaya adonde no tiene nada, ni donde tener un rato de entretenimiento ninguno, ni muchas leguas a la redonda, sino que ha de vivir en casa prestada o alquilada. Y de aquí viene que dijo un grande de España, hombre muy calificado y de gran juicio y gobierno, considerando las muchas cosas tan grandiosas como el Rey dejaba en Madrid y en su Casa de San Lorenzo y sus alrededores; dijo: «Ahora digo que el gran rey Filipo segundo ganó y adquirió inmortal fama y con razón, y que es digno de eterna memoria y de inmortal fama y eterna alabanza por las grandes y heroicas cosas que hizo y fundó
fol. 83 v. con que eternizó | su nombre; pero mayor la hace el tercero Filipo en dejarlas y desampararlas». Palabras por cierto de gran ponderación. Compusieron luego los de Madrid grandes letras de coplas y sonetos, y compusieron muchas epigramas donde se decían lindas cosas y muy agudos y gallardos conceptos y lindos dichos, dicho todo por lindo estilo; y sobre esto se discantaban lindas cosas. (1).

---

(1) Aconsejando al Rey la no traslación de la Corte he visto citados los tres memoriales siguientes: *Memorial y Discurso, que la Villa de Madrid dio al Rey Don Felipe III, nuestro señor, sobre la mudança de la Corte: hecho por el Doctor Hernando Maldonado de Matute, Abogado de los Consejos de su Magestad y de la misma villa, por orden della. En Madrid. Año. MDC.*

—*A la Católica y Real Magestad del Rey don Felipe. III, nuestro señor: suplicando a su Magestad, que atento las grandes partes y calidades desta villa de Madrid, se sirua de no desampararla... El D. Cristoval Perez de Herrera...* (Lleva la fecha de 2 de febrero de 1600).

—*A la Católica Real Magestad del Rey Don Felipe III. nuestro Señor: cerca de la forma y traça, como parece podia remediarse algunos pecados, excesos, y desordenes, en los tratos, vastimentos... El D. Cristoval Perez de Herrera...* (No lleva fecha).

Véase *Bibliografía Madrileña.....* por el presbítero Cristobal Pérez Pastor.... Madrid, 1891, pp. 371-74 y 378-90.

2.—Vínose el Rey a esta Casa de San Lorenzo y estuvo aquí cuatro o cinco días cazando y se holgó mucho, porque mató todo cuanto quiso. Una noche, estando con él descalzándole dos ayudas de cámara, le dijo el uno de ellos, y de él lo supe yo después: «Mucho me espanta y me admira de que vuestra Magestad deje a Madrid y esta su Casa y gran realeza y esta octava maravilla del mundo y se vaya a Valladolid». Y el Rey dicen que le respondió: «No le dejo, que yo vendré muchas veces a verlo y a recrearme en ello».

El Rey, después de haber estado en su Casa de San Lorenzo po- fol. 85 r.
cos días, se despidió del prior y le habló un buen rato y se mostró muy afable con él; y le dió un memorial acerca de las cosas de esta Casa, y el Rey le tomó con mucha risa y le dijo que le miraría y respondería a el, y le dió la mano por dos veces, y el prior se la besó, y le dijo: «Encomendadme a Dios, prior, y presto nos veremos para Semana Santa».

Lo mesmo dijo el duque de Lerma [a] algunos padres, que les dijo: «Para la Semana Santa nos veremos, que acá hemos de tornar»; pero no han vuelto hasta ahora.

La Reina no vino por aquí, que se fué por Guadarrama, camino derecho, y fué desde Madrid cazando, porque también es muy aficionada a tirar; y tira muy bien con ballesta y jara, y algunas veces con arcabuz. En el Puerto tuvo vómitos y se echó de ver iba preñada. Dicen que quisiera harto no se pasaran a Valladolid, porque se hallaba muy bien en Madrid y su contorno.

El Rey iba por otro camino. El día que salió de aquí fué a merendar a la fuente de Malagón, y anduvo un rato, y a caza, y mató un venado y le envió al prior y convento de San Lorenzo. En el Puerto pidió le diesen el memorial que el prior de su Casa de San Lorenzo le había dado y no pareció; y el Rey mostró sentirse de ello, y ansí fué necesario despachar un correo, y le despachó Rodrigo | Calderón al prior de San Lorenzo, pidiéndole con muchos fol. 85 v.
encarecimientos otro por haberse perdido el que él dió al Rey. Envióse luego otro al Rey para que el Rey le viese y respondiese, y ansí lo hizo, que le vió en Olmedo y allí le despachó.

Llegado el Rey a Valladolid se aposentó en las casas del conde de Benavente, las cuales Francisco de Mora, trazador mayor, tenía ya aderezadas y había gastado ocho mil ducados en repararlas, que

cierto espanta y pone admiración que un rey de España se pase a vivir a Valladolid a casa ajena y prestada y que en comparación de las que acá deja no es nada.

Luego que llegó a Valladolid el Rey escribió a los Consejos y Presidentes, en que les manda que convenía a su servicio se pasasen todos a Valladolid, lo cual oyeron todos ellos de malísima gana y no lo podían creer, porque éstos habían aconsejado al Rey que tres millones que se habían de gastar en pasarse la Corte, los tomase y gastase en hacer una buena armada y fuese contra Inglaterra, que no dejaba cosa a vida su armada en el mar, que todo nos lo tomaba y abrasaba; o que preveyese de buenos vasos para que guardasen el mar de los enemigos corsarios, que no era mal consejo si le quisieran tomar, y fuera harto mejor tomarle, pero no quieren los consejeros de los reyes que otros les den consejos, ni oyen de buena gana cosa que no les sale a ellos de su santiscario y caletre, y ansí no pudieron menos hacer sino obedecer por entonces y callar. Decíales el Rey que el que no quisiese pasarse a Valladolid que se fuese con Dios a su casa, y que él proveería a otro su plaza, y este consue-
fol. 86 r. lo | les enviaba a los tristes en medio de tanta turbación y confusión.

3.—En estos días andaba muy ocupado don Juan Borja en los negocios que el Rey le encomendó acerca de la fundación de San Lorenzo, el cual mostró mucho amor a las cosas de esta Casa y dijo haría cuanto pudiese por ella y por su acrecentamiento, y como viese que el Rey gustaba de que cumpliese el testamento del Rey su padre en lo que toca a la fundación de San Lorenzo, lo tomó muy a pechos; y lo otro porque la señora Emperatriz se lo pidió con muchas veras y grandes encarecimientos, que hiciese cuanto pudiese y echase en esto todo el resto para que su Casa de San Lorenzo tuviese lo que el buen Rey su hermano la mandó y que en esto echaría ella de ver la voluntad que la tenía y la confianza que de él tenía, y que ella esperaba de él que lo haría como si ella mesma lo pudiera hacer, y que mirase que todos los frailes de su Casa de San Lorenzo eran unos santos y que por tales su hermano el Rey Católico hizo tanta confianza de ellos, y que no fuese él menos, y que en oraciones se lo pagarían estos santos. Todas estas palabras dijo esta santa Emperatriz y bendita señora a un padre de esta su Casa de San Lorenzo, llevándole un recado de parte del convento, y otras mu-

chas, y de cómo ella le había rogado a don Juan de Borja despachase muy a gusto y contento de los frailes las cosas de esta Casa suya, y que ella esperaba en don Juan que así lo haría por ser muy buen caballero; y ansí lo hizo, que mostró voluntad y muy buen ánimo y se apresuró a despachar los negocios de San Lorenzo.

4.—En estos días andaban ya todos los de Madrid como trasgos. fol. 86 v.
Todo era confusión y lloros; todos andaban ya pasmados y atónitos; todo era lloros y gemidos y maldiciones, y pasábanse a mucha furia, y en pocos días estaba aquel pobre lugar y desdichado pueblo de suerte que no le conociera naide. Era de manera que no parecía sino que moros o ingleses le habían saqueado y puéstole fuego. Parecía mucho al saco de Cádiz que hicieron los ingleses. No había ni hallaban con quien hablar vecinos con vecinos: todas las calles y casas muy grandes y largas, desiertas; y en las calles no parece un ánima, de manera que se andaban muchas plazas y barrios sin que viva en ellos naide. Todo está que es lástima de ver, y lo que más es de llorar en los monesterios, que como los de casi todas las Ordenes se mantenían de limosna, quedaron que es compasión; en particular los de monjas perdieron mucho, y como las pobres señoras no pueden salir padecen muchísimo trabajo, y cierto que es gran lástima y compasión cuán mal lo pasan ahora; y esto no sólo las que viven de limosna, sino también las que tienen renta aun no pueden vivir; ¿qué se harán las que no la tienen? Cuéstales muchísimo trabajo el cobrar sus rentas de los renteros; que como están tan perdidos no tienen de qué pagar. Tomarles las haciendas no sirve de nada; echarlos en la cárcel menos; no darles con que | sembrar fol. 87 r.
piérdese todo; y ansí es gran lástima y mayor trabajo y las rentas bajan más de la mitad en que solían andar otras veces, y ansí es lástima.

Partidos, como queda dicho, los Consejos de Madrid para Valladolid, fué necesario echar de sus casas y naturaleza y patria a los naturales, y ansí mandaron salir a la Cancillería y que se pasase a Medina del Campo. Al principio se dijo los mandaban pasar a Madrid, otros que a Burgos; y en cualquiera de estas dos partes estuvieran mejor, sino que, como dicen los de Madrid, son ellos los queridos del Rey muerto y por tanto tan aborrecidos del que hoy vive, o por mejor decir, de sus consejeros, que a él no le culpan y

saben de cierto que no la tiene, pero con todo se llaman hijos de la madrastra. También mandaron salir la Inquisición, y aquí hubo de nuevo lloros, y lamentaciones, y clamores, y exclamaciones al cielo. Algunos de ellos alegaban servicios de cuarenta y más años: y verse echar ahora de sus casas y tan buenas como algunos las tenían y enviarlos a donde habían de vivir en cochas o en pocilgas en comparación de las que dejaban, murmuraban de esto los tristes, y quejábanse, y sin remedio. Mandábanles que sinó gustaban de ir que se fuesen a sus casas que su Majestad proveería sus plazas a otros, y este consuelo hallaban entre las demás desventuras.

A una mujer de un personaje la quisieron afrentar, porque dijo algunas cosas contra el causador de estas revueltas, sino que ella apeló para el Rey y fueron con el caso a su Magestad, y cuando lo oyó dicen que dijo al Duque que la soltasen (1), y díjole: «Duque, en Madrid nos lloran y aquí nos maldicen. Perdonémosla, que como
fol. 87 v. la | echamos de su casa y tierra siéntelo mucho, dejado aparte que por ser mujer no merece culpa o castigo». El Duque dicen era de contrario parecer, que quería que aquella se castigase con rigor para que escarmentasen otras; pero esto no era muy acertado, pues era claro que se habían de desesperar más y fuera darlos rienda para decir peores cosas y con más razón. Harto mejor lo consideró el Rey, que cierto fué hombre muy prudente: consejo verdaderamente de hombre muy puesto con Dios. Y como vió esto el Duque, que el Rey no gustaba; acordó de callar y dejarlo.

Decíase se dejaban en Madrid con grande acuerdo los Consejos de Indias y de Hacienda, porque no dijesen despoblaban de todo punto aquel lugar, y fuera cosa muy acertada; pero el que todo lo puede (2) estaba ya muy determinado de dar al traste con aquel lugar que no le había ofendido en cosa, que no parece sino que alguna estrella se le ha infundido en cuerpo y alma para hacerle que le destruya de todo punto; y ansí todo fué falso sueño lo que se dijo, pues lo vimos pasado todo dentro de tres meses y no quedó nada en Madrid. Están las calles yermas que no parece sino corral de vacas.

Ya en este tiempo no cabían de pies en Valladolid, y ansí man-

---

(1) Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, pp. 97-98.
(2) El duque de Lerma.

daron salir la Inquisición que había estado hasta ahora entretenida. También quisieron despedir y echar las Escuelas y Universidad. Hallóse por muy cierto y averiguóse hay en Madrid más que en Valladolid cuatro mil casas y mejores que los palacios adonde el Rey vive ahora. Miren si harán falta para tanta gente como bulle en Valladolid, que dicen bulle como chinches y no caben de pies.

5.—Pues no puedo | dejar de decir le vino mucho mal y harto fol. 88 r.
a esta Casa de San Lorenzo con la pasada de la corte, como hizo a otras muchas, y no sólo en las rentas mas en la hospedería, porque se gastó mucho con las personas que a ella vinieron, pues vinieron los más. Estuvieron los dos Presidentes; casi todos los Oidores; de los secretarios muy pocos faltaron. También estuvieron aquí los alcaldes de corte, y aun hasta los aguaciles no quisieron faltar de no pasar por aquí. Finalmente, digo, que no faltó ni quedó ministro del Rey que no viniese por aquí por sólo ver la Casa, que muchos de ellos no la habían visto en su vida con estar tan cerca, y oidor dijo que con ser del Consejo Supremo y haber vivido cuarenta años en Madrid, nunca la había visto ni pensaba vella sino se pasara la corte. Con todos ellos se hizo muy magnificentísimamente.

Hasta Juan Pascual y toda su parentela, que no era poca, estuvo en esta Casa. De este hombre ha muy pocos años, y aun días, que se sabe y se tenga noticia de él, como es de otros muchos, porque antes de que el Rey muriese no se sabía de él, como ni de otros muchos, ni quién fuese, ni que fuese en el mundo. En muriendo que murió, como se mudaron las cosas y el gobierno, luego se manifestó su nombre, y ahora no se sabe otro nombre más que Juan Pascual. Hanle hecho muchas mercedes, porque de un hombre y muy ordinario, aunque rico (hay quien diga era fidalgo, otros dicen que no era sino labrador,) es ya caballero, tiene hábito y encomienda, y aun se dice le daban título de marqués de un lugar que compró; pero dicen le costó hartos dineros que dió al Duque siendo marqués de Denia, y al Rey cuando era príncipe. Tiene muy honrosos oficios él y su hermano y sus | parientes, que no son pocos. Es fol. 88 v.
uno de los que ahora mandan el mundo, y tiene gran cabida con el Duque (1).

---

(1) Ya en septiembre de 1599 se decía que, además de la lugartenencia del

En estos días despachó los negocios tocantes a la fundación de San Lorenzo don Juan de Borja, y los envió al Rey para que los aprobase. En estos mesmos días paso por esta Casa el conde de Olivares, que pasaba a la corte, llamado de su Rey.

En estos días compró el duque de Lerma en Valladolid las casas de doña María de Mendoza, mujer que fué del secretario Cobos, al marqués de Trastamara, nieto de los dichos, por ochenta mil ducados. Otros dicen las compró el Rey y hizo su alcaide de ellas al duque de Lerma con seis mil ducados de gajes, y su sustituto al padre de don Rodrigo Calderón, con mil y quinientos ducados de gajes. Antes de que se declarasen de por el Rey la empezaron [a] aderezar, y andaba mucha obra y muchos oficiales en nombre del Duque. Tornáronla, como dicen, de arriba abajo, y el Duque andaba muy solícito y como sobre estante acudía también a su capilla mayor de San Pablo, que traía en ella mucha obra. Enviaron a llamar al veedor de San Lorenzo el Real, que se holgaron infinito los frailes se le echasen de allí, y a otros oficiales también, que ya la Casa no tenía necesidad de ellos.

6.—En estos días pasó a la corte el Señor Inquisidor mayor, el cardenal Guevara, arzobispo de Sevilla, que pasaba a besar las manos a su Magestad por la merced del obispado de Sevilla, que pocos días había le había dado también. Dió el Rey cédula del obis-
fol. 89 r. pado | de Cuenca al obispo de Segovia, y éste de Segovia se dió a Maximiliano tío del Rey, obispo de Cádiz, y este obispado se dió a un hermano de don García de Figueroa, mozo de poca edad y que a la sazón era estudiante en la universidad de Salamanca y por orden[ar], que fué una cosa bien extraña y raras veces vista en España. Espantóse todo el mundo de esto, y con razón, pero como sea

---

duque de Lerma en el Consejo de Hacienda para presidirlo, se le daría el título, que poco después consiguió, de conde de Villabrágima, villa que había comprado al almirante de Castilla; y en 15 de agosto del año siguiente, D. Juan de Borja, «acompañándole toda la corte», le dió en las Descalzas Reales el hábito de Santiago. CABRERA DE CÓRDOBA, *Relaciones*, pp. 28, 30 y 236.

Por fin murió Juan Pascual, conde de Villabrágima, tesorero del Consejo de Hacienda, en febrero de 1605, «con diez y seis millones de que dar cuenta a S. M., por lo cual se le ha embargado toda la hacienda que se ha podido hallar».

cosa que el Duque lo quiere no hay sino callar y abajar la cabeza, pues no tiene remedio ni hay donde buscarle.

En estos días había ya meses estaba vaco el obispado de Valladolid por muerte de su primer prelado y obispo, porque pocos años antes que el Rey Católico muriese la hizo ciudad y obispado contradiciéndole casi toda España, y ansí quiso el buen Rey que antes que él muriese quedase aquel lugar, patria suya y lugar de su nacimiento, ilustrado con título de ciudad y obispado, y ahora el Rey su hijo vemos le va tanto engrandeciendo con tener en él su corte y haber pasado a él su silla. Pues esta gran plaza estaba vaca y la pretendían grandes personajes por estar la corte allí. Estaban todos a la mira esperando a quién se proveería, porque cada uno la quería para si, y cuando no se cataron salió proveído el Doctor Acevedo, maestro que fué del marqués de Cea, hijo mayor del duque de Lerma, hombre de poca consideración. De pocos días acá se sabe de él, que antes no tenía nombre, y de no mucho caudal y que ayer era un pobre clérigo y no tenía que comer, aunque es verdad le habían hecho ya canónigo en la santa iglesia de Toledo. Espantó al mundo esta elección; todos se santiguaban y se encogían de hombros por no ser hombre | muy aventajado en letras y muy pequeña persona, fol. 89 v.
por ser muy chico de cuerpo; dicen parece un brinquiño. Enviaron luego por las bulas y las trujeron con harta brevedad, y fué tanta que apenas parece que habían enviado por ellas con correo particular que enviaron sólo para este efecto; pero como el Duque lo tiene en voluntad y lo quiere y el Rey se esmera tanto en hacer su gusto, con cuanto quiere sale. Venidas las bulas, hubo mucha fiesta en esta consagración. Asistió a ella el Rey y la Reina y toda la corte. Ofreciéronle al nuevo obispo muchas joyas, y el Rey le ofreció un muy rico anillo, cosa jamás usada ni vista en España; otro la Reina. El Duque le sirvió aguamanos, la Duquesa le dió la toalla; admiróse todo el mundo, y con razón, de ver un espectáculo como este; no sabían que decirse. Hubo aquel día mesa franca en palacio y sarao, y como el Rey anda buscando en que dar gusto y contento al Duque, no hay de qué espantarnos de lo que viéremos, sino abajar la cabeza y callar, pues la mejor cosa y más acertada es esta.

7.—Pues las mercedes que el Rey ha hecho al Duque son muchas: dióle las escribanías de Sevilla y de los puertos, que se dice le

dieron por ellas trescientos mil ducados, para que las incorporase en su casa y mayorazgo; dióle las sacas del trigo de Sicilia, que dicen valen sesenta mil ducados de renta. En las aduanas de Barcelona le ha dado mucha cosa. Finalmente, no vaca cosa que no se la da al duque de Lerma, o a quien él quiere, y cien mil cosas más que vacasen se las daría con la mesma facilidad que le ha dado las demás, y cierto bien considerado todo lo merece él por su mucha y gran bondad y mayor | fidelidad. Es muy honrado caballero, muy afable y una condición de un ángel, y sobre todo, muy gran cristiano y por lo mismo merecedor de que los reyes de España y potencia de ella le honren y den tanto y que tengan de él y hagan la confianza que vemos tiene hoy en la casa real él y su familia por su gran lealtad.

8.—Este invierno fué en Madrid muy enfadoso. Casi luego como salió la corte nevó tanto en aquel pobre lugar y media legua a la redonda no más, que los nacidos tal cosa no han visto para siempre por ser el cielo de Madrid el mejor que se sabe. Túvose por mal
fol. 91 r. agüero y ruin pronóstico de la calamidad y total ruína de aquel | desdichado lugar. Pensaron ser hundidos de nieve y muchas casas se hundieron. Fué cosa notable que casi no nevó en otras partes y en muchas nonada, sino que lo dejó el Señor caer todo en Madrid y su comarca. Su Majestad sabe este [misterio?] y nos no le alcanzamos.

CAPITULO V

(1601)

[1. Pasan por San Lorenzo los embajadores de Francia y Saboya.—2. Viene a esta Casa el embajador del rey de Persia.—3. Estancia en San Lorenzo del conde de Bailén: pretende le conceda el Rey la conquista del reino de Camboja.—4. Cartas curiosas del monarca de dicho reino a los españoles de Filipinas].

1.—En estos días (1) pasó por esta Casa de San Lorenzo el Real el embajador del rey de Francia, que pasaba a la corte a negocios con | nuestro Rey. Enseñáronle la casa y todo cuanto en ella había fol. 91 v.
y él lo miró con mucha curiosidad, que parecía hombre de mucho juicio, y vió la sacristía y los ornamentos tan preciosos que allí hay, y cuando llegaron a querelle enseñar las reliquias, no pudieron abrir los relicarios, ni las llaves quisieron hacer su oficio. Túvose por permisión de Dios para que aquel pérfido hereje no viese aquellas santas reliquias, y que no quiso que las llaves abriesen, aunque para esto se hicieron no pocas diligencias, como de ello fuí buen testigo, donde claramente se echó de ver que el Señor no quiso que este hereje viese las reliquias y huesos de almas que El tanto quiso y quiere, a las cualeś reliquias este hereje ha hecho tanto mal y ha perseguido tanto, ya que ahora no a lo menos no ha mucho que las perseguía con su rey y tenían jurado los dos por tres veces la seta o herejías de los hugonotes allá en su tierra, y defenderla de todo el mundo. Estos son unos herejes que se levantaron en Francia pocos años ha. Quien quisiere saber quiénes fueron y su seta maligna y los grandes daños y males y grandes revueltas que en Francia han causado, y las muchas calamidades y grandes escándalos que estos

(1) Debió de ser en julio de 1600, pues Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, p. 78—dice: «Entró en Valladolid el embajador de Francia, marqués de Rocapot, a los 30 del pasado...». (Relación de Madrid, 26 de agosto de 1600).

demonios o hijos de Satanás de estos herejes han hecho en aquel pobre reino lea al coronista Antonio de Herrera en la Historia que ha hecho y ha poco que salió del señor rey don Felipe el segundo el Prudente, que allí lo hallará. Yo lo que puedo decir es que se hi-
fol. 92 r. cieron hartas | diligencias para abrir y nunca pudieron y ansí se fué sin verlas, y cierto que los padres sacristanes se afligieron mucho por ver que no podían abrir, porque gustaran mucho y se holgaran infinito que las viera, por ser cosa digna de ser vista, por haber mucho que ver y porque notasen en cuánto acá las estimamos y en cuánta veneración las tenemos. Yo le estuve mirando muy de propósito y de en hito en hito, y noté que tenía cara de hereje y no se le dió mucho de no verlas, según colegí. Fué cosa maravillosa que dentro de un credo las quiso ver un oidor del Consejo Real y otros personajes y luego abrieron las llaves, cosa que nos admiró de nuevo y lo tuvimos por milagro. Estaba el embajador a esta hora viendo la botica y las cosas notables que en aquella oficina hay de quintas esencias. Pasó a Valladolid, trató con nuestro Rey las cosas que traía, y concertadas todas se juntaron (1) las paces entre Francia y España (2), con mucha fiesta que hubo y grandes invenciones y disfraces y muchas alegrías con un gran paseo que se hizo por la ciudad, que no parece sino que se hundía toda ella de tantos instrumentos como se tañían.

Por este tiempo estuvo en esta Casa el embajador del duque de Saboya, que pasaba a la corte con embajada al Rey y darle el parabién de su reinado y buena entrada.

En estos días se decía se había tañido la campana de Velilla, en el reino de Aragón. Esta es una campana que está en una iglesia o ermita de mucha devoción, y dícese se tañe ella mesma por sí sin que naide la taña, y que se tiene por mala señal y que es pronóstico de algún gran mal o desastre, y que se tiene ya experiencia de esto.
fol. 92 v. Si es ansí solo Dios lo sabe; y si | hay algún misterio en esto Su Magestad lo sabe bien y El lo remedie como puede y ve es menester y nos libre de él (3).

---

(1) Así en el ms. *¿Juraron?*

(2) 27 de mayo de 1601.

(3) «La semana pasada se tuvo nueva de Zaragoza, con testimonio autén-

En estos días pasó a la corte el conde de Chinchón, que desde que murió el Rey Católico hasta ahora había estado escondido y no se sabía de él ni qué se había hecho, y se decía iba a su oficio de consejero, porque era del Consejo de Estado y testamentario del Rey Católico, que está en el cielo, que sinó nunca él tornara a la corte. Dícese le dieron en Valladolid las casas del conde don Peransules por posada, y que estaban de suerte que sinó las adrezaba no se podían habitar ni vivir en ellas, y que eran menester para adrezarlas seis o siete mil ducados, y esto es muy lindo para el Conde, que es muy estítico de cerraderos, y le duele mucho sacar de la bolsa un real. Echará mucho menos las cosas tan famosas que tiene en Madrid, que pueden competir con las mejores que hay en Valladolid, y con todo no llegarán a las suyas.

2.—En estos días vino a España (1) un embajador del Rey de

---

tico de escribano, que, a los 13 y 14 de éste, se había tañido la campana de Velilla de su propio movimiento, en diferentes horas y tiempos, en presencia de muchas personas, andando la lengua de la campana de una parte a otra, dando golpes hacia Oriente y Mediodía, Occidente y Septentrión; pero que los golpes más recios eran hacia Oriente, y otras veces que ha sucedido esto fué señal de casos prodigiosos, y así tienen gran cuenta en aquel reino cuando se tañe:... de manera que pronostica prósperos y adversos sucesos: Dios quiera que el que se espera con esta señal sea para bien de la Cristiandad y de estos reinos, donde no deja de dar algún cuidado lo que podrá suceder», CABRERA DE CÓRDOBA—*Relaciones*, p. 105 (De Valladolid a 30 de junio 1601).

(1) Desembarcó en Barcelona el 18 de julio. «A los 13 de éste, entró el embajador de los persianos con nueve o diez de los suyos; salióle a recibir don Luis Henríquez, mayordomo de S. M., con cuatro coches, en que iban criados de la Casa Real, y don Luis Henríquez entró en el suyo al Embajador y los otros a los demás...» CABRERA DE CÓRDOBA, *Relaciones*, p. 110. (De Valladolid 29 de agosto 1601). En San Lorenzo estuvieron en el mes de octubre.

El embajador se llamaba Husseyn Ali-Beg. Su embajada se dirigía a formar una liga contra el Turco. Salió de Ispahán el 9 de julio de 1599. Le acompañaban cuatro caballeros principales de Ispahán, cinco intérpretes, quince criados, dos frailes portugueses agustinos, y el aventurero inglés sir Antonio Shirley, que jugó una mala partida a los persas, abandonándolos en Roma, después de haberles robado casi todas las joyas y presentes. Atravesaron la Tartaria, Rusia, Alemania y Bohemia, y en Roma fueron muy bien recibidos por el Pontífice, quien les dió por guia para traerlos a España al canónigo barcelonés Francisco Guasc.

Algunos criados se hicieron católicos en Roma, y de los nobles se convirtieron en España, Ali-Guli-Beg, sobrino del Embajador, que se llamó don Felipe de Persia; Uruch-Beg, Don Juan de Persia, autor de unas curiosísimas *Re-*

Persia, y entró en Valladolid donde el Rey estaba con toda su corte, la víspera de San Lorenzo, y mandó el Rey a su mayordomo mayor, el marqués de Velada, le saliese a recibir dos leguas, y ansí lo hizo, acompañándole otros muchos caballeros, y le metió en su coche el marqués de Velada, y de esta suerte entró en la corte y dió luego su embajada por su faraute, un hombre que estaba acá, que llaman el Arábigo. Fué muy bien recibido del Rey y acariciado de toda su corte y regaláronle muy altamente y festejáronle todos los caballeros de su corte. Estuvo muchos días en Valladolid. Lo principal de su embajada fué, según dicen, que de cierto no se sabe, que quería tener paz perpetua con España, y que al Gran Turco se le hiciese guerra por acá que él se la haría por allá, por ser enemigo común. Todo esto es conjeturas, que a la verdad no se sabe nada de cierto a lo que vino. Lo que se sabe [es] que el Rey mandó escribir a sus
fol. 97 v. capitanes de frontera | de aquellas partes hiciesen buena amistad al persiano y le favoreciesen en todas las ocasiones que se ofreciesen.

Estando en Valladolid se le convirtieron dos caballeros de los que traía, mozos de buena disposición, a nuestra santa Fee, y los padres de la Compañía los doctrinaron, y hoy los vemos ya cristianos y que hablan nuestra lengua, y nuestro Rey los hace mucha merced y los da de comer.

---

laciones (Valladolid, 1604), muerto trágicamente en la misma ciudad en 15 de mayo de 1605, y Don Diego de Persia, Boniat Bec, que se bautizó en San Lorenzo el Real en 15 de julio de 1602, según se verá más adelante en esta historia. CABRERA DE CÓRDOBA, *Relaciones*, pp. 609-10, y M. SERRANO y SANZ, *Autobiografías y Memorias*, Madrid, 1905, pp. 89-92.

Los dos agustinos que salieron de Persia con la comisión fueron Fr. Nicolás de Melo, sacerdote, y Fr. Nicolás de San Agustín, lego, japonés. Denunciado el P. Melo por el bribón de Shirley, que ya intentaba deshacerse de cualquier modo del virtuoso religioso, por haber bautizado a una niña en la casa donde moraba en Moscú, fueron apresados los dos venerables, padeciendo infinitos martirios y trabajos. Al hermano lego se le degolló por ser católico, en 30 de noviembre de 1611, y el P. Melo, en odio a la misma fe, fué quemado vivo en Astrakán a principios del año 1615. Había nacido el venerable Melo en Corinchán, Portugal, y profesó en Puebla de los Angeles, Méjico, en 1578. Escribió varias cartas del objeto de esta embajada que se guardan en Simancas. Véase al P. Gregorio de Santiago Vela, *Ensayo de una Biblioteca iberoamericana de la Orden de San Agustín*, Madrid, 1920, t. V, pp. 373-76, y en el «Archivo Histórico Hispano-Agustiniano», febrero-marzo de 1922, donde se publicaron las cartas.

Otro hay de estos y el más principal. Es sobrino del mesmo embajador, que también quiere ser cristiano, y está en San Lorenzo el Real y ha estado muchos días. Enséñanle algunos padres lo necesario para que pueda ser cristiano. Dicen han de ser los Reyes sus padrinos y le han de bautizar en esta Casa de San Lorenzo.

Al embajador le despidió el Rey y le despidieron de la corte muy contento y lleno de joyas, y vino a ver la Casa de San Lorenzo y estuvo en ella dos días y se holgó infinito y le regalaron a él y a sus criados muy altamente. Era hombre de muy lindo entendimiento, como se echó de ver en la respuesta tan aguda que dió a tres damas con quien estaba parlando en una conversación, y fué que le preguntaron que cuál de ellas era la más linda y la más hermosa, y que cuál de las tres le había parecido mejor. Respondió que aquella que mejor le había parecido; que ventilasen entre ellas tres cuál de ellas le había parecido mejor, y que aquella era la más linda y la más hermosa. Respuesta muy aguda y que se notó y estimó en mucho en la corte.

Mirábalo todo con mucha curiosidad. Fuimos a verlos a la hospedería los religiosos de esta Casa un día que estaban comiendo, y comían como unas bestias. Era el embajador muy hombre y | repre- fol. 98 r.
sentaba muy bien ser hombre de estima en su tierra. Era cuñado de su rey y de lo mejor de aquel reino. En acabando de comer pidió un discante o laúd que traía y tañó un rato tonos muy diferentes de los que acá tañemos. Dijo al faraute o lengua que nos dijese que nunca había visto semejante cosa, ni casa tan real, y que escribiesen a su Majestad una carta y que en ella le dijesen que besaba a su Majestad las manos y que en esta Casa de San Lorenzo el Real se le había hecho mucha merced y gran regalo, y que iba espantado de cosa tan grandiosa, y que esta Casa era una cosa muy grande y que con mucha razón se podía decir verdaderamente casa real y una muy gran cosa, y Valladolid era cosa muy pobre y muy poca cosa, y que llevaba bien que contar a su rey, y que en esta Casa estaba fielmente cifrada la bizarría del mundo, pues en todo él no hay su semejante.

Anduvo toda la casa y vió todo cuanto hay en ella y subió a ver las campanas y campanillas y por su respecto se tañeron. No acababa de admirar y espantarse por ser cosa muy nueva para ellos aquella por no usar ellos de campanas en su tierra. Pidió la estampa de

la casa, que está en veinte papeles (1), para llevársela a su Rey, y diéronsela muy bien envuelta y llevábala de muy buena gana y dió muestras de que la preciaba en mucho. A la despedida se mostró muy afable, particularmente con el prior de esta Casa; rióse mucho con él y cuando se quiso despedir de él le abrazó por detrás a su modo y usanza, y el prior se corrió mucho, y volvió y le abrazó por delante. Dijo a la lengua nos dijese que le encomendásemos a Dios y que le dejase llegar con bien a su tierra y a la presencia de su rey,
fol. 98 v. y que rogásemos a Dios | le trujese al verdadero camino de su salvación y conocimiento de nuestra Fee, como había hecho a sus compañeros.

De aquí fué al Pardo y a Madrid y a Aranjuez y a Toledo; y se despidió la lengua de él, y él tomó desde Toledo su camino para Lisboa. En el camino le mataron un compañero en un lugar, de que les pesó a todos muchísimo; acogióseles el matador, y sinó se les fuera allí le ahorcaran delante de todos y de los mesmos persianos (2).

La mesma embajada había dado en Roma a la Santidad del papa Clemente VIII, y le recibió muy bien él y toda la curia romana, y con mucho amor le festejaron.

Embarcóse en su tierra en un navío de ingleses, que se ofrecieron de traerle, y él, fiándose de ellos, se metió en su navío y metió grandes cosas que traía para presentar al papa, y al emperador y al rey de España y al de Francia. Particularmente dice que traía una muy rica tapicería para el rey de España, con una muy linda cama de campo, todo echo de plumas, con muchas y grandes historias pintadas en ellos; sino que aquellos pérfidos herejes no guardan palabra como [no] tienen fee. En el primer puerto que toparon en Alemania les hicieron saltar a tierra y no les dieron sino algunas cosas

---

(1) *Sumario y breve declaración de los diseños y estampas de la Fabrica de San Lorençio el Real del Escurial. Sacado a luz Por Iuan de Herrera Architecto General...* En Madrid. Año de 1589.

En los ejemplares más completos sólo se declaran *once* láminas, cuyos grabados hizo Pedro Perret.

(2) El hecho ocurrió en Mérida. El alfaquí de la comitiva fué muerto de una puñalada, sin que pudiera averiguarse el agresor. Don Juan de Persia dice en sus *Relaciones:* «Enterramos al alfaquí Amyra a la usança de Persia, con las ceremonias de allá, en el campo. Cosa que salió toda la ciudad a verla y causó mucha risa.» M. Serrano y Sanz, o. c. p. 90.

de poca importancia, y sus vestidos y ropas, y dejáronlos allí y diéronse a la vela y lleváronse todo cuanto había metido el pobre embajador, de lo cual le pesó mucho; y ansí dijo por veces que si Dios le dejaba llegar a su tierra que había de hacer con su rey que cuantos navíos de ingleses allá aportasen los habían de cautivar, que suelen ir muchos a contratar, por esta gran traición | y maldad que con fol. 99 r.
él usaron.

Dió su embajada al Emperador, que fué con quien primero topó, y le acarició y regaló mucho. De allí partió para Roma, y dada su embajada al papa, le envió a España, y le envió con un camarero suyo para que le acompañase y le hiciese la costa por toda Italia y España, hasta ponerle a la presencia del Rey Católico. De aquí quiso pasar en Francia a dar también su embajada, que también la traía; y aconsejáronle que no fuese, por razón que ha muchos días y años que los reyes de Francia tienen hecha amistad y confederación con la Casa Otomana de muy atrás, y que no serviría de nada más que el Francés avisase al Gran Turco, la cual razón le pareció muy bastante y le cuadró mucho y lo dejó; y ansí partió de España derecho para su tierra y dejó la embajada que tenía que hacer al Francés. Embarcóse en Lisboa, y por la India había de ir a dar a su tierra, por ser camino más seguro éste que otro ninguno.

3.—Con esto quise poner aquí una carta que un rey que tiene su tierra cerca de las Filipinas, que se llama rey de Camboja, el cual escribió esta carta que se siguirá luego al gobernador y capitán general de las Filipinas, agradeciéndole | mucho el haberle enviado fol. 109 r.
españoles que le defendiesen de otro rey su contrario muy poderoso, como le defendieron; por lo cual este rey en agradecimiento de esta buena obra dió a los capitanes de los nuestros que le ayudaron dos tierras o provincias y les hizo señores de ellas, como todo se verá en esta carta, que por ser extraña la quise poner aquí con otras dos, y la embajada, sin quitar ni poner, como se la enviaron a su Santidad del papa Clemente octavo, que hoy vive, y por ella se verá el amor que nos tiene y el deseo grande que de recibir nuestra Fee tiene y santa Ley y la gran potencia de este Rey, pues dice que puede poner en campo ochocientos mil hombres y doce mil caballos y diez mil elefantes, y su contrario pone un millón de hombres y al doble de lo demás, terrible potencia que espanta.

Andaba (1) aquí en esta Casa de San Lorenzo el Real un conde de Andalucía, que llaman el conde de Bailén. Este habrá catorce años que le condenaron en un pleito que traía con su primo el duque de Arcos, don Pedro Ponce de León. Dióle tanta pena esto que se salió de la corte aburrido, y no se pudo saber de él ni adónde se había ido ni qué se había hecho. Ya le tenían por muerto muchos días había, ni se supo de él en estos catorce años poco ni mucho hasta que ahora pareció sano y salvo y llegó a esta Casa de San Lorenzo recién venido a ella el Rey, y parece que en estos años que ha que falta de España ha andado y dado vuelta a todas las Indias y las miró con mucha curiosidad, como sea hombre muy entendido.
fol. 109 v. Llegó hasta | este reino de Camboja y al de su contrario con harto trabajo y grandes infortunios que padeció de sed y hambre y otros muchos trabajos en aquellas tierras tan incógnitas, y como este rey de Camboja quiere ser cristiano por haber dado muestras de ello, quiere este conde de Bailén ayudarle contra el otro, por ser el otro mucho más poderoso y no querer ser cristiano, antes por querer serlo estotro le hace guerra y persigue.

Luego, para sólo esto, pasó de las Indias a España y llegó a esta Casa de San Lorenzo el Real este conde de Bailén, cuando todos le tenían por muerto muchos años había, y se espantaron cuando le vieron. Halló aquí al Rey, que estaba recreándose en cazar, pidióle audiencia y diósela, porque con este Rey muy fácil cosa es alcanzar licencia de hablarle. Dióle razón de quién era y dónde había estado y de dónde venía, y que sería cosa muy acertada de ayudar a este rey de Camboja contra el rey de Fran, su contrario y enemigo, y que suplicaba a su Majestad, por muchos servicios que le había hecho en esta tan larga y peligrosa jornada y grandes peligros en que se había visto de mar y tierra, le diese a él esta conquista y que para esto no quería sino que él a sus despensas y de sus deudos y amigos gastarían quinientos mil ducados y pasarían cinco o seis mil hombres y soldados, deudos suyos y amigos, todos soldados muy buenos y diestros, y que con ellos pensaba ganalle mucha tierra y
fol. 110 r. que toda | sería para su Majestad, y que porque le diese esta con-

---

(1) La estancia del conde de Bailén en San Lorenzo fué probablemente en el verano de 1602.

quista a él solo se obligaba de dalle cuarenta millones y que éstos se los daría a su Majestad con tal que él pudiese dar, dándole su Majestad licencia para ello, cincuenta hábitos a sus soldados, a los que mejor lo hiciesen. Espantó a todos esta tan extraña petición del Conde y su demanda. Holgó infinito al Rey de oírla y dicen estuvo un grande rato con el Conde parlando y preguntando muchas cosas de aquella tierra tan remota, y a lo de su embajada le respondió lo que suele y la receta ordinaria que le han enseñado: «Conde, yo os lo agradezco mucho y los trabajos que habéis pasado. Yo miraré en ello; dad memorial y proveeré lo que más convenga y hablá al duque de Lerma». Anduvo el pobre Conde muchos días tras hablarle al Duque y nunca pudo, de lo cual el Conde se quejaba bravamente y con razón, pues no les pedía nada, antes se ofrecía él de darles grandes tesoros. Al fin le habló y díjole su embajada y su intento, y en lugar de despacharle remitiéronselo al Consejo de las Indias, que fué sepultarlo. No sé en lo que paró, ni lo que de ello resultó. Dicen algunos que no fué mucho alargarse o arrogarse el conde y obligarse a dar cuarenta millones al Rey porque le diese a él esta conquista antes que a otro, pues se dice por cosa muy cierta tiene este rey de Fran trescientos millones allegados; ¡terrible cosa y gran potencia! Con todo eso a mi parecer y pobre juicio es mucho, pues si bien se considera la grande distancia que hay de aquí allá y los terribles trances que ha de haber de una parte a otra por la gran potencia que este rey tiene, y que ha de hacer todo lo de | potencia por de- fol. 110 v.
fenderse, y que es cosa muy dificultosa echar a un hombre de su casa cuanto y más a un rey y de tanta potencia como éste, y los grandes trances que han de pasar primero son muchos, y cuando le vengan a sujetar ya estará todo hundido y no se hallará cosa con cosa, y ansí digo que este Conde no quedó tan corto como algunos dicen en prometer cuarenta millones sólo por la conquista, sino que fué demasiado. No sabré decir en que término anda esto, que como las cosas van tan despacio primero que se vienen a determinar es pasado un siglo como va por tantos alcaduces. Dicen le han dado buenas esperanzas de que saldrá con su intento y empresa (1).

---

(1) En 1603 se concedieron por Felipe III, tres mil hombres para la conquista de Siam, con ayuda del rey de Camboja, al conde de Bailén. Contra

Lo que es cierto es que este rey de Camboja quiere tomar nuestra Fee, y escribió estas cartas que se siguen y envió esta embajada, y de ello es buen testigo este conde de Bailén; y en estos mesmos días estaba en esta Casa de San Lorenzo el arzobispo de Filipinas que venía a negociar con el Rey, y le hablábamos acerca de esta embajada, y en esta materia le pregunté yo muchas cosas y si era esto verdad, y me dijo que todo esto ha pasado por sus manos y que estas cartas de este rey él las trujo a su Santidad, y que todo es al pie de la letra. Y porque no va fuera de propósito ni de historia lo quise poner aquí como ello es, y de esta manera, y tengo para mí que agradará a todos cuantos lo leyeren, y que los ha de dar mucho
fol. 111 r. gusto y contento, | como se le dió a su Santidad del Papa Clemente octavo, de buena memoria, el cual las leyó muchas veces y las mandó imprimir para que participasen todos los fieles de tanto bien y merced como el Señor hace a sus criaturas. No se hartaba el santo Pontífice de llorar y dar mil gracias a su Dios y Criador por las grandes maravillas que cada día hace y usa con aquellas gentes tan apartadas de nosotros, como se verá en lo que se sigue.

4.—*De la embajada del rey de Camboja al gobernador de Manila, y de lo que dijo en secreto a su embajador Diego Veloso.*

«Dirás al gobernador de Manila como yo soy Rey natural de mis reinos, Señor de él y libre de sujeción de naide, y que el soco-

---

esta concesión y empresa escribió, por orden del mismo Rey, una *Relación*, muy bien pensada, el agustino fray Sebastián de San Pedro, firmada en Valladolid a 19 de abril de 1603, en la que hace ver al Rey que pudiera muy bien suceder que por esta guerra perdiera todas las Indias orientales. «Demás desto—añade—, quiero que los conquistadores tengan victorias y van ganando tierras, ¿con qué gente y presidios han de asegurar lo que dejaren atrás, queriendo ir adelante, divididos tres mil hombres que el conde lleva? ¿y otros que en el viaje y en la conquista han de morirse? ¿qué poder le queda metido por la tierra adentro para conquistar, y sustentar y defenderse?...» *Colección de Documentos inéditos*, t. LII, pp. 476-483.

Además de este informe de fray Sebastián de San Pedro, hay otro «Parecer acerca de la conveniencia de una expedición al reino de Camboja», suscrito en Valladolid a 13 de agosto de 1603 por los agustinos fr. Agustín Antolínez, fr. Luis Cabrera, fr. Gabriel Abarca, fr. Felipe del Campo y fr. Baltasar Reinoso, que se dice impreso en Valladolid, 1603 (?) en el *Memorial* que el capitán Pedro Senil de Guarga presentó al Rey animándole a la empresa y pidiéndole su favor.

rro que de españoles le envié a pedir por la carta no le quiero para el efecto que en ella digo, y que lo puse ansí para satisfacer a mis grandes, que el rey de Fran, aunque me tiene desafiado, no está muy cierta su venida; pero aunque venga, poder tengo yo en mi reino para defenderme de él y aun para ofendelle como siempre lo he hecho, si los míos me son leales; pero para el efecto que los deseo en mi tierra y compañía es para con su favor y amparo recebir el agua del santo baptismo y hacerme cristiano y ser por ellos enseñado y disciplinado en su Ley, que la tengo por la mejor del mundo y más verdadera | de cuantas hay; y para que si los míos me lo quisie- fol. 111 v.
sen contradecir o quisieren por ello rebelarse, con su ayuda defenderme de ellos y castigarlos y hacerles que hagan otro tanto, o se vayan de mis reinos y mi servicio. Y ansímismo me ayuden a sustentar la nueva y santa Ley que pretendo recebir, de todos los reyes comarcanos, y que [si] por ello me quisieren guerrear o quisieren dar ayuda a algún rebelde mío si se me levantare, y para que en todo lance y trance me amparen en la santa Fee y me industrien en ella. Y dirás que dándome él ayuda y socorro para el efecto dicho, que hecho le prometo al gobernador de Manila en premio de ello darle todo mi poder, para que junto con los españoles ayudándoles y llevando por caudillos de mis gentes a mis hijos, conquisten todos estos reinos comarcanos si les estuviere bien y quisieren y dejarlos en su poder para que ellos los gocen, que para mí y para mis hijos con gozar este mío convertido a la Fee me contento.

Y dirás que mi poder no es tan poco, que bien puedo poner en campo ochocientos mil hombres y diez mil caballos y doce mil elefantes y mucha artillería y arcabucería, y si es menester que toda esta gente vaya por mar tengo embarcaciones en que vaya.

Y dirás que decir yo que tengo este celo bien se me puede creer, pues es notorio que ha más de treinta años que sustento religiosos en mi tierra, y les doy todo el servicio y lo demás | que han menes- fol. 112 r.
ter, porque desde niño me aficioné a su Ley y la deseo guardar, y que la guarde mi reino, por parecerme la mejor y más recta que hay en el mundo.

Todas las cuales palabras hasta aquí referidas son formalmente las que el dicho rey de Camboja me dijo enviándome a la embajada, las cuales tengo por muy cierto las cumplirá; lo cual conozco

por la larga experiencia que de su pecho tengo hecha. Y para mayor abundancia y abundamiento y certificación de lo que tengo dicho ser todo ansí verdad sin discrepar palabra alguna, lo juro a Dios y a la Cruz, como bueno y fiel cristiano, y con este juramento y con la obligación de fidelidad que a mi Rey y Señor natural debo, que es la Majestad del Rey Don Felipe segundo, lo afirmo y certifico, y para que en todo tiempo yo pueda mostrar este mi pedimento por escrito, así al rey de Camboja que fió de mí la dicha embajada, como al rey don Felipe, a cada uno por lo que le toca, pido se me dé un testimonio de manera que haga fee de lo por mí referido. Diego Veloso, embajador.»

Carta del rey de Camboja a la Orden de Santo Domingo. Del año 1598.

«Prauncar rey de Camboja a la Orden de Santo Domingo de la ciudad de Malaca.

fol. 112 v. Reconociendo los muchos y grandes bienes que de los españoles he recibido y de presente recibo y espero recibir, y porque no digan que me olvido de tan gran deuda, despacho ahora esta embajada en tiempo de las mayores guerras y que más necesidad tenía de los que allá van, por lo cual se entenderá claro lo mucho que estimo la amistad de esa ciudad, lo uno por acudir a lo que debo, y lo otro por sustentar y seguir la antigua amistad y comercio que mis antepasados con esa ciudad siempre tuvieron me fuerza a hacerlo, y así yo ahora pido a esa religión y casa reciban la mía y tomen a su cargo las cosas de este reino como lo hacían en tiempo del Rey mi padre, y me envíen religiosos, pues de esa Orden han sido los que en este reino más han asistido y yo desde niño más comuniqué y más afición tuve, y al fin esta cristiandad es más de derecho suya. Y pues este reino y mis antepasados han gozado de este bien no desmerezca yo lo que con más razón se me debe dar, pues puedo decir que soy hechura de cristianos, por lo cual tengo más razón y obligación de volver y mirar más por sus cosas, que yo prometo de hacerles templos dorados y suntuosos y darles chapas amplias para todo lo que quisieren, y pido la venida sea sin falta para consuelo de los cristianos que aquí están que con tantas eficacias me lo han pedido, pues fui de tan poca ventura que uno que había venido dicen le mataron los laos, cosa que yo sentí mucho y más de no haber

podido hacer justicia de ello, pero yo prometo de hacerla como yo vea mi reino con algún descanso y paz. Por causa de las inquietudes | de este reino ando gastado: pido a esa casa y Orden sean parte fol. 113 r.
para que ese dinero que allá está mío se me envíe».

Carta de Prauncar, rey de Camboja, al padre fray Alonso Ximénez, de la Orden de Predicadores, y provincial. Del año de 1599.

«Mando esta carta con grande amor y voluntad yo Prauncar, Rey de Camboja, tierra abundante.

De ella solo yo gran Señor tengo gran amor al padre fray Alonso Ximénez de Santo Domingo, sin poderlo apartar de mi pensamiento, por que [he] sabido del capitán chofa don Blas de Castilla y del capitán chofa don Diego Portugal que el Padre, con buen corazón y mucho amor, ayudó mucho con el gobernador de Luzón para que enviase a esta tierra armada, y tomó tan gran trabajo de venir en ella, y a estar aquí cuando los españoles mataron a Nacaparan, por lo cual he alcanzado esta ventura por ir los dos chofas a Laos en busca mía. Yo he venido en mi reino y entrado en él. Envíe una embajada a Cochenchina con un español y un camboja en un navío. Tomólos el Champán en el camino: iban a pedir al padre fray Alonso Ximénez que había sabido había quedado allí. He tenido gran piedad de los trabajos que el Padre por mí ha llevado. Ahora supe que estaba ya en Luzón con que holgué mucho. Ahora que estoy en mi reino pido al padre fray Alonso Ximénez que venga a descansar en él y a estar con los dos chofas y con los demás españoles y cristianos que aquí están en mi reino, y traigan | al padre fol. 113 v.
fray Diego consigo, pues juntos comenzarán a levantar este reino, que yo daré al Padre gentes que le sirvan y le haré iglesias y casas, y daré en todo mi reino licencia para que se hagan cristianos todos los cambojas sin que naide se lo impida y los criaré como mi padre lo hacía primero.

Hánme dicho mis vasallos que los padres que vinieron cuando los españoles mataron a Nacaparan que tenían buen corazón. Por esto y porque han pasado por mí trabajos los tengo gran amor y holgaré mucho que vengan. Si el Padre me quiere a mí y me tiene amor como yo le tengo al Padre verná como yo lo pido. Tengo gran amor a los dos chofas y no quería que se saliesen de mi reino, porque tienen grande honra en él conmigo y lo ayudan a concertar

y gobernar. Helos dado gentes que los sirvan y son los mayores mandarines de mi reino, y con todo esto por no tener padres me han pedido les dejase ir a su reino. No lo he consentido por el amor que les tengo, y les he dado las tierras que les había prometido. Al capitán chofa don Blas de Castilla la provincia de Fran, y al capitán chofa don Diego de Portugal la provincia de Vapano, por los servícios que me han hecho y la hacienda que en mi servicio han gastado y trabajos que por mi han padecido y pasado, para que los gocen a su voluntad como cosa suya».

fol. 114 r. Por estas cartas y relaciones se echa bien de ver está la cristiandad en aquellas partes tan remotas y apartadas de nosotros como estaba en la primitiva iglesia. Es cosa de gran consuelo ver que haga el Señor en aquellas tierras tantas maravillas y sus siervos en su Nombre tantos y tan grandes milagros.

CAPITULO VI

(1601)

[1. Celebra la corte las Navidades en Valladolid: llega allí don Pedro de Médicis, hermano del gran Duque de Florencia.—2. Promete el autor de esta Historia seguir día por día su narración.—3. Cuida el prior de San Lorenzo de sus derechos.—4. Viene el Rey cazando a San Lorenzo. Sucesos varios.—5. Hace órdenes en San Lorenzo el doctor Otaduy, obispo de Avila.—6. Viene a esta Casa el marqués de Villena: se excede en sublimar a los Pachecos el prior del Parral.—7. Eclipse de sol, la vigilia de Navidad.—8. Fin del año 1601].

1.—En estos días estábamos ya cerca de la Pascua del santísimo Nacimiento del Señor, y en Valladolid la regocijaron; lo uno porque convidaba a ello el tiempo, y lo otro por hallarse ya la reina mejor que en su vida estuvo, y ansí se holgaron muchísimo; y como este invierno hizo tan buen tiempo en Valladolid púdose llevar muy bien que [a] hacerle malo, como suele de ordinario, echárase bien de ver el yerro y cuán diferente es del de Madrid, y por esta ocasión para enamorar al Rey a que se esté quedo en aquel lugar le hacen cada día mil invenciones de fiestas y de regocijos y en el río mucho más, y le dicen sus lisonjeros que no tuviera tal cosa en Madrid ni fuera posible, y que fué cosa muy acertada el pasarse a aquel lugar con su corte.

Contaron al Rey la noche de Navidad algunos caballeros aficionados al Rey muerto, que de éstos han dejado ya muy pocos en palacio: «Señor, esta noche es cosa de ver cómo se hacen en San Lorencio el Real los oficios divinos y las grandes invenciones de música y villancicos; las muchas luces de hachas y candelas que arden en la iglesia, y ver todos los altares llenos de sacerdotes diciendo misa. Está toda aquella iglesia que no parece sino un ascua, y cierto es cosa digna de ser vista y que provoca a mucha devoción

y que es un retrato muy al vivo de lo que se hace en la gloria.» Agradóle tanto al Rey oír esto que dijo allí públicamente delante de todos no había cosa en este mundo que más desease ver que una
fol. 119 v. noche de Navidad, de tenerla en su Casa de San Lorenzo; | y en toda aquella noche no trataron de otra cosa sino es de las cosas grandiosas de su Casa de San Lorenzo.

En estos días, estando don Pedro de Médicis, hermano del gran duque de Florencia, en la corte, que había ido a dar el parabién al Rey y Reina del nacimiento de la Infanta, el duque de Lerma preguntó al don Pedro de Médicis, y le dijo: «Señor don Pedro: ¿qué le parece de este lugar?»; porque nunca le había visto en su vida sino entonces, porque el don Pedro, aunque se pasó la corte él no se quiso pasar, sino que siempre se estuvo quedo en Madrid; por lo cual todos los de aquel lugar le querían mucho porque no había otro. Y díjole el Duque: «¿No es mejor que Madrid? ¿No ha sido cosa muy acertada de haber pasado a él la corte?» A lo cual el don Pedro respondió: «Señor, yo confieso llanamente a V. Exª., lo que es el lugar mejor es que Madrid, pero no sé que se es, que todos están tristes y descontentos.» No sé qué razón tuvo don Pedro de Médicis, o qué le movió en decir que Valladolid es mejor lugar que Madrid, sinó decimos que lo dijo por lisonjearle; pues dejado aparte el cielo de Madrid por ser mejor clima aquella que hay en toda España, solos los alcázares que allí tiene el Rey son mejores mil veces que todo Valladolid y no tiene comparación. Esto es lo que pasaba en la corte.

2.—Cuando llegaba aquí estábamos en la víspera de San Andrés
fol. 120 r. apóstol. Desde este | día prometo de contar muy por menudo todas las cosas que sucedieren y vinieren a mi noticia como ellas fueren y en los mesmos días, y esto lo haré por estar desocupado y por ocupar el tiempo y entretenerle, y para que se sepa sin trabajo lo que ha sucedido en nuestros días. A mí me ha costado muchísimo y más del que naide piensa y lo podré aquí significar, el haberlo puesto de la suerte que ahora está, que no ha sido poco haber llegado a este punto y sinó que haga otro tanto y verá el trabajo que le cuesta y qué tan grande es componer y hacer libros o historias, que cuando no fuera más que escribir es muchísimo trabajo y tantas cosas como aquí van escritas, y en especial quien es tan mal escribano como yo

soy. Verá si es mucho o poco y si es trabajo o no, pero no lo podrá juzgar bien si primero no pasa por aquí, y después de haber compuesto y escrito podrá decir y juzgar si es trabajo y qué tan grande, y podrá dar su parecer, pero no le dé antes, porque no le digamos, y con razón, que habla de talanquera.

3.—En estos días el prior de San Lorenzo había enviado a la ciudad de Lisboa, en Portugal, a un padre a cobrar las cosas que tenía la Casa de renta en la India, como es especias, azúcar, conservas, cosas de lienzo y cosas de olor para quemar en la iglesia y sacristía. Cobró, aunque mal, la mayor parte de ello, y lo demás no pudo por causa de estar aquella ciudad apestada y malsana, y lo otro por estar muy necesitada la gente y muy pobre, porque todo cuanto andan arañando y zanqueando toda la vida para sacar un real de ello viene el enemigo del | inglés con sus manos lavadas y llévaselo todo, y fol. 120 v.
ansí no tienen de donde sacar un cuarto ni un maravidí, y ansí es lástima cuáles están todos, tristes, desconsolados, pobres y clamando al cielo que no tienen Rey que los defienda y acuda a sus necesidades.

En los mesmos días despacharon a la ciudad de Sevilla otro padre a que cobrase de la flota que acababa de llegar de las Indias seis mil ducados que venían de allí del Nuevo Rezado, y bulas, y de otras cosas, a esta Casa de San Lorenzo el Real, los cuales cobró en barras de plata y los puso en los bancos y cambios que aquella ciudad tiene para que se los diesen en Madrid y por gran desgracia se perdieron, que fué una grande pérdida para la Casa y sólo por dos días se perdieron, que solos dos días después de entregados en ellos se alzó el banquero; a lo menos hasta ahora no se han podido cobrar por se haber alzado, o por mejor decir, perdido el que tenía los bancos y cambios, y como le faltaron los navíos que venían de las Indias cargados de mercancías, en que venían dos millones, cosas todas riquísimas y de grande valor, que el inglés hubo a las manos y echó a fondo, y como le faltaron estos navíos que eran todo su caudal perdióse todo cuanto tenía; y ansí todos cuantos tenían con este hombre trabacuentas lo perderán por [no] tener de qué. El y sus acreedores cobrarán mal y por mal cabo por no tener con qué ni qué por ahora. Ellos se quejaban bravamente del Rey y sus ministros que no quieren dar orden ni traza cómo guardar el mar de

fol. 121 r. los corsarios pudiendo con tanta | facilidad; pero de remediar esto no tratan, ni se acuerdan de ello, que es harta lástima que a vista de sus ojos les quiten tantas riquezas y tantos navíos, y con todo se hacen sordos y hacen que no ven ni oyen, ni entienden. Dios lo remedie como puede, que si Su Divina Majestad no lo remedia en lo de acá no hay que fiar ni que esperar.

fol. 122 r. 4.—Este año hizo este mes de diciembre muy buen tiempo y ansí convidó a nuestro Rey a salir a cazar y estuvo en Balsain, y en esta Casa de San Lorenzo le estuvimos esperando y le tenían dos comedias muy buenas los niños seminarios, y de la hospedería y procuración; y [es]tuvieron dos obispos el día de San Nicolás y andaban los dos a porfía cuál lo había de hacer mejor. Hicieron otras muchas cosas de máscaras y otras invenciones y libreas con que alegraron mucho la fiesta, y el día de la Concepción de nuestra Señora, aunque hizo malísimo, se dijo por muy cierto, el Rey había de estar este día en Campillo sino se lo estorbara la mala nueva que vino de la poca salud de la Reina, como dijimos arriba, y esto fué causa de que no llegase, que dicen lo deseaba el buen Rey infinito y que traía grandísima gana y grandes deseos de matar algunos venados, que como no los tiene en Valladolid ni en la comarca, ni es tierra que los lleva, [allí no puede hacerlo.] Y es esto tanta verdad que dos frailes de esta Casa le estaban esperando en Campillo con un gran regalo, y llegó a Cercedilla, y allí le llegó correo que le hizo tomar
fol. 122 v. la posta a media noche. Hizo tan mala noche en el | Puerto que pensaron perecer; muchos se dejaron las cosas que llevaban por no perderse y las dejaban en aquel camino: todo eran gritos y lloros.

En estos días pasó por esta Casa Marí Muñoz, única partera, hermana de un padre de esta Casa, la cual estándose en su casa en Toledo, envió la Reina por ella para que la partease, y ansí viene ahora de Valladolid; y parió la Reina con ella por ser grande mujer de este ministerio; y la deja ya buena de una grande y peligrosa enfermedad que había tenido. Esta mujer por consolar a la Reina la dijo que había de parir hijo; la Reina que no sino hija, y apostaron cuatro piezas de holanda y que la había de pagar la que perdiese. Parió la Reina (1) y fué hija y ansí había de pagar la partera, y la Reina no

(1) 22 de setiembre.

quiso sino pagar ella, y ansí la mandó dar las cuatro piezas de holanda. Pasó por esta Casa cargada de joyas y preseas, y héchole mil mercedes a ella y a su marido y a un hijo suyo estudiante. Llevan dos carros cargados de grandes riquezas, y lleva tres meses de licencia para holgarse en Toledo, y que pasados se torne. Pues esta mujer dijo que le dijo la Reina: «Marí Muñoz, visitad de mi parte al prior y frailes de nuestra Casa de San Lorenzo y decildes que yo estoy muy confiada que nuestro Señor me ha dado salud muy entera por sus oraciones; de lo cual estoy muy satisfecha y muy agradecida por el mucho cuidado que tuvieron de me encomendar a Dios en sus oraciones y sacrificios, que ya sé hicieron | muchos en fol. 123 r.
particular por mi salud». Dicho por cierto de una gran princesa y cristianísima señora.

5.—En estas témporas que caen en este mes estuvo en esta Casa el obispo de Avila y trujo consigo dos dignidades de la mesma ciudad. Llámase el doctor Octadui (1) que vino [a] hacer órdenes y ordenó algunos frailes. Estuvo en esta Casa algunos días, en los cuales le regalaron mucho, y él fué muy agradecido a la mucha merced que en esta Casa se le hizo. Predicó un sermón, como quien tan bien lo hace, y otro día hizo unas honras muy solemnes al buen Rey don Felipe segundo, y dijo una misa de *Requiem* de pontifical y fué la primera que oí en mi vida. Díjola con mucha solemnidad y hubo muchas capas muy ricas de muy ricos brocados. Quedó tan agradecido este buen obispo al prior de esta Casa y convento, como nunca hubiese estado en esta Casa, que es cosa que espanta, y ansí no le presentan regalo que luego no dice: «Este es para los frailes de San Lorenzo»; y estando el Rey en esta Casa le envió al prior uno muy grande para que le repartiese en la casa real, como se dirá en su lugar.

6.—En estos días estuvo en esta Casa el marqués de Villena y duque de Escalona, que venía de llevar a enterrar los cuerpos de sus padres al Parral de Segovia, casa de nuestra Orden, por habellos tenido siempre depositados hasta ahora allí en Escalona en un monesterio de monjas muy principales que aquella villa tiene; y ahora los lleva a enterrar a sus famosos entierros del Parral, casa y

---

(1) Don Lorenzo de Otaduy. Las órdenes fueron el día 29 de setiembre. Se ordenaron tres de misa, cuatro de evangelio y dos de epístola.

fol. 123 v. hechura del buen rey don Enrique el cuarto a | quien él se la quitó, que fué don Juan Pacheco su gran privado, y el buen rey, como no sabía negar nada a naide se la dió y se quedó el santo rey sin entierro para sí, y ansí se mandó enterrar después de limosna, como dicen, en nuestra Señora de Guadalupe a los pies de la reina su madre, casa de nuestra orden y de gran devoción.

Dicen da el marqués de Villena a la casa ocho mil ducados para que hagan una muy buena reja para la capilla mayor, como tuviesen una de palo hasta ahora. Hubo mucha fiesta; [asistió] toda la ciudad, y obispo y cabildo, y a todos los convidó el marqués y los regaló muy altamente. Era muy deudo suyo el obispo, y ansí no hay que espantar. Predicó en las honras el padre prior del Parral, y dicen lo hizo muy bien. En él sublimó tanto a los Pachecos que fué cosa notable, y aun causó mucha admiración y espanto. Dicen que dijo: «Los Pachecos y su nobleza es muy grande y muy antigua; son los Pachecos cuarenta años antes de la venida de nuestro Redentor.» No sé qué verdad se tenga esto, ni si el padre prior acertó en decillo, lo que sé es que se mormuró mucho y lo mofaron y rieron más de lo que yo podré significar. Aquí, y en muchas partes después, lo contaban y mofaban de ello y reían mucho tanta vaciedad. Ello a lo menos no es evangelio, y ansí cada uno crea lo que quisiere. El marqués lo hizo con todos como generoso príncipe, y se vino dere-
fol. 124 r. cho a ver esta Casa, y yo anduve con él | y otros dos religiosos y le enseñamos todo cuanto hay. Díjonos cómo su Majestad le enviaba al Perú por virrey con las mayores ventajas que jamás hombre llevó y al doble de gajes, porque a otros les dan treinta mil ducados y a él le dan sesenta mil y otras muchas preminencias, y licencia para contratar en la China, que era una gran cosa (1). También nos dijo cómo era cierto había venido embajada al Rey de un gran rey que han descubierto los españoles en las Indias, en el reino de Méjico, la tierra adentro, el cual es muy rico de oro y plata y perlas, y que tiene quinientas leguas de largo y trescientas de ancho, el cual dice que quiere ser cristiano y promete buena amistad y veráse por la

(1) Don Juan Fernández Pacheco, marqués de Villena, fué nombrado virrey del Perú, pero en junio de 1602 se le dió el cargo de embajador en Roma, sin tener efecto lo del virreinato.

obra que no se atreverá [a] hacer otra cosa, mas dice que no quiere ser subjeto ni subjetarse a otro rey ninguno de ninguna suerte, y ansí dicen no se le puede hacer mal ni guerra, y menos quitarle su tierra. También nos dijo que a su hermano don Gabriel Pacheco, canónigo de Toledo y capiscol, le han hecho capellán mayor de los Reyes Nuevos de Toledo, que es cosa de mucha honra y le vale cuatro mil ducados de renta cada un año. Después de haber visto toda esta Casa muy bien y con mucha curiosidad, por serlo él en extremo, se partió para su casa a Escalona.

7.—La vigilia de la santísima Natividad del Señor, en el cual quiso nacer para nuestro reparo, fué este año lunes, día sosegado y anublado hasta medio día. Al punto de medio día se arrasó y no quedó nube ninguna en el cielo sino una serenidad extraña, que no parece sino que fué permisión divina y de Dios y del cielo para que viésemos un gran eclipsi de sol que hubo este día y duró más de dos | horas, y fué tan grande que se vieron algunas estrellas, y mu- fol. 124 v.
chos las vieron que ven mejor que yo y que tienen mejor vista, que yo confieso no las ví. Dicen grandes cosas de este eclipsi y de sus influencias. De todas nos libre Dios, y sólo El nos puede librar con su poderosa mano, que sinó trabajo tenemos.

8.—En este año he notado ha salido verdadero el refrán antiguo fol. 129 r.
de nuestra España que no hay sábado sin sol, y en éste ha salido bien verdadero, pues si bien se considera todos los sábados, o casi todos, ha hecho muy buenos soles y días alegres, y todo el año sin faltar, y uno mejor que otro.

Y con esto hemos acabado con este año de mil y seiscientos | y fol. 129 v.
uno, y de él nos queda muy poco o nada que decir y menos que contar. Sólo digo que este año, generalmente hablando, fué buen año. Casi en toda España cogióse de todo razonablemente, como es pan, cebada, fruta. De vino fué muy estéril, que casi no se cogió vino en toda España, y ansí vale tan caro. De salud también fué bueno, sino es en algunos lugares que había peste, como es en Córdoba y en otros lugares del Andalucía. Dos meses antes que este año saliese hubo unos catarros muy grandes y muy enfadosos; y en esta Casa los tuvimos todos los frailes, pero no fueron peligrosos ni murió naide de él; sólo fueron muy largos y enfadosos que pensamos nunca salir de él según duraron. Dicen andaba en muchas

partes de España este catarro, empero no murió naide de él. Preguntada la causa de estos catarros y tántos a los médicos, dicen que proceden de la sequedad del tiempo y de los aires tan secos que han corrido estos días y tan continuos. Y han sido tan secos estos dos meses cual nunca jamás se han visto, y el haber llovido tan poco ha sido la causa de tanto catarro. No sé si es esta razón muy buena, pues vemos que otras veces y las más en haciendo humedades son ciertos los catarros, sinó es que querramos decir que en todo tiempo vienen.

CAPITULO VII

(1602)

[1. Entrada del año 1602. Visitan este Monasterio los duques de Alba.—2. Sucesos varios.—3. Lances sucedidos al Rey y Reina en Valencia de Don Juan.—4. Menciona el P. Sepúlveda a la famosa *Diana*, protagonista de la obra así titulada de Jorge de Montemayor.—5. Sucesos de la corte, y mercedes que hace el Rey al secretario Franqueza, a D. Rodrigo Calderón y a otros caballeros.—6. Muerte ejemplar de fray Juan de Zamora, hermano lego en San Lorenzo el Real].

1.—El primero día de este año de mil y seiscientos y dos fué fol. 130 r.
martes, día de la Circuncisión del Señor. Fué día muy bueno y muy sosegado y muy apacible, con muy buen sol, día verdaderamente de primavera; y cuanto en Castilla la Nueva le hizo bueno le hizo malísimo en Valladolid, donde estaba el Rey con su corte, porque llovió tanto que pensaron ser anegados.

Este día estuvo en esta Casa de San Lorenzo el gran duque de Alba con la duquesa | su mujer; y ella entró dentro del convento y fol. 130 v.
vió toda la casa, y para esto trajo buleto particular de su Santidad y carta de recomendación del mesmo Rey y del duque de Lerma. Posaron en las casas de los Oficios. Venían de la ciudad de Guadalajara de dar el pésame a la Duquesa vieja de la muerte del duque del Infantado su marido, y padre de esta duquesa de Alba, el cual estando aprestando su camino a San Bartolomé de Lupiana a la fiesta de N. P. S. Jerónimo, a la cual le convidó el General porque celebraba el arzobispo de Méjico de pontifical, y esta vez fué la primera, y el Duque le quería honrar y hallarse allí por ser su deudo, según dicen; y por honrarle acetó el buen Duque el convite, y él llevaba muchas cosas que dar [a] aquellos padres de regalos y otras cosas. Pues estando aparejándose con estas cosas le dió el mal de la muerte, y ansí no pudo ir allá. Pasada la fiesta fué el Arzobispo a

Guadalajara y halló muy en lo último al Duque; dióle él por sus manos los santos sacramentos de la comunión y extremaunción, y otro día murió. Hízole el arzobispo el oficio y díjole la misa de *Requiem*, de pontifical.

fol. 131 r. Venían estos duques de Alba de dar el parabién a los Duques nuevos y recién entrados. Ellos vieron toda esta casa y lo que en ella hay que ver, que no hay poco.

2.—En este día vino nueva, y fué harto buena, que no fué poco según tenemos ya de poca ventura, cómo el adelantado de Castilla, don Martín de Padilla, andando por ese mar Mediterráneo se encontró con unos navíos, dicen eran nueve, de enemigos, y los acometió e invistió y hechó a fondo los dos o los tres y los demás prendió, que fué una cosa de mucha importancia y en donde él y los suyos interesaron harto.

Ya en estos días estábamos en la Purificación de nuestra Señora, y fué sábado, día verdaderamente de verano, muy apacible, con muy buen sol y sin aire, día muy sereno y sin nube ninguna en el cielo sino muy raso. He dicho tantas cosas de este día, porque suelen decir en nuestro español que si la Candelaria plora el invierno comienza de nuevo, pero esto hasta aquí en este año no ha salido verdadero, pues hasta ahora no ha hecho frío, ni llovido muchos días ha ni menos nevado, ni lo hará adelante, como se verá, aunque podemos decir que una golondrina no hace verano, y porque
fol. 131 v. este | año haya sucedido no es cierto sucederá en otros años.

En estos días estuvo en esta Casa el príncipe de Orange, el cual estuvo acá en España, muchos años preso en la fortaleza de Arévalo, el cual venía de Flandes a traer una embajada al Rey de parte de la señora Infanta y del Archiduque, sus amos y señores, a quien él sirve. Dijo estaba muy malo lo de la guerra contra los herejes, porque siempre nos ganan como acá de nuestra parte se procede tibiamente, y que el fuerte que se llama Ostende hay pocas esperanzas que se tome por andar su hermano el Conde muy diestro capitán y estar siempre a la mira y no perder un punto de buena ocasión, y ansí nos tiene en todo aventajadísimas ventajas. Dicen le mandó el Rey despachar y que fuese con mucha brevedad. Dicen le dieron gente y dineros, que es lo que los señores flamencos quieren y pretenden y lo que les hace buen estómago.

En este día se supo del comisario de los soldados, que estuvo en esta Casa y se la enseñaron toda y comió y regalaron, cómo don Juan de Aguila, a quien el Rey había enviado a Hibernia o Bretaña con tres mil españoles a que se juntase con los católicos de aquella isla y que hiciesen guerra a los descomulgados herejes y para esto le dieron estos tres mil españoles, no pudo tomar puerto en la parte donde estaban los católicos ni fué posible, que si allá llegara y la ventura quisiera dejalle llegar, no | dejara de hacer alguna facción fol. 132 r. buena, y ansí hubo de tomar el puerto que la fortuna y borrascas de aquel mar tan inquieto y alborotado le dió lugar. Sacó su gente de los navíos y del puerto y tomóles aquella ciudad, que los naturales habían desamparado; entróse en ella y pertrechóse muy bien y estaban debajo de sotechado, que lo habían bien menester por hacer mucho frío en aquella tierra y mucho mayor del que por acá hace. Hízose luego don Juan del Aguila, como tan diestro capitán, muy fuerte, y pertrechóse bravamente, y acertó muchísimo en ello y dióles la vida, porque a no hacerlo ansí todos ellos perecieran, porque luego le cercaron a él y a los demás por mar y por tierra infinidad de herejes ingleses, y dicen no se puede escapar de sus manos ni un pájaro, cuanto y más hombre; pero él está bien pertrechado con mucho bastimiento que hallaron dentro de la mesma ciudad que no se le dara mucho de todo el poder de los ingleses.

3.—Visto por el Rey que hacía tan buen tiempo de tan lindos fol. 133 r. días y tan serenos y claros, que cierto espanta por este tiempo hacer tan buen tiempo y tan buenos días; porque los nacidos no se acuerdan de tal cosa ni de haber visto tan buenos días como ha hecho todo este mes de febrero y el pasado, y ansí se dijo que el Rey entró en Valladolid el sábado pasado, último de éste, que venía de ver su ciudad de León y sus antiguallas. Y hubo en aquella ciudad mucha fiesta el día de la Candelaria y día de nuestra Señora de la Purificación, y estuvo en la iglesia mayor y se halló a la procesión y al destribuir de las candelas y a la misa mayor por dar lugar a ello el buen tiempo que hacía. Al destribuir de las candelas hubo un pleito entre dos caballeros, los más principales de la ciudad, y se dieron de velazos con las velas en la cabeza y las hicieron pedazos, al mesmo tiempo que acá en la iglesia mayor del Escurial las mujeres de los alcaldes mayores se dieron con las suyas en las suyas, y se hi-

cieron mal en las cabezas con ellas, y aun dicen que de chapinazos.

De allí vino a Valencia de Don Juan. En el camino hizo noche en un lugar desastrado, y a la mañana, antes que partiesen los Reyes, un labrador, que era alcalde del pueblo, entró con su vara adonde
fol. 133 v. la reina estaba y dijo que la quería ver, y dijéronselo | a la reina cómo estaba allí y cuán simple hombre parecía. Mandóle entrar. Aconsejáronle que dejase la vara y no fué posible acabarlo con él y dijo que él la tenía por un año y por el Rey, y que no había de hacer tal cosa ni había que tratar de ello. Quisieron que no entró con su vara, y la Reina estaba asentada en un estrado. El se quitó la caperuza, que era al uso [de la tierra?] y la hizo una grande mesura; y sin decir más se sentó en una arquilla baja que estaba allí en que la Reina tenía sus tocados, y puso la vara entre las piernas, y luego una pierna sobre la otra, y puesta su gallaruza, dijo a la Reina: *¿Cómo está vuestra Majestad?* (1) La Reina lo rió mucho, y le respondió: *Buena;* y de aquí dijo lindas cosas. Dicen estuvo el diablo del villano graciosísimo y muy donoso. A la despedida, tomóla las manos a la Reina, y dijo: *¡Ay qué lindas manos; parecen de manteca!* La Reina mandó que le llevasen al Rey, y estuvo este alcalde mucho más gracioso con el Rey que estuvo con la Reina.

4.—Entraron los reyes en Valencia de Don Juan, adonde se aposentaron muy bien y toda su corte, que para todo tiene capacidad el pueblo. Tiene muchas iglesias, y casas muchas, y muy buenas. Está muy perdido el pueblo de peste que le asoló, y ansí estaba muy pobre de gente. Dicen le cupo por posada el marqués de las Navas y por güéspeda aquella famosa mujer Diana, aquella que tanto alaba Jorge de Montemayor en su historia y versos, que, aunque
fol. 134 r. vieja, todavía vive y se echa bien de ver que en su tiempo fué muy | hermosa, y que es la más hacendada y rica de su pueblo. Pues por ser tan famosa esta mujer y haberla alabado tanto en su obra Jorge de Montemayor, insigne poeta, la fueron los Reyes a ver y toda su corte a su casa como a cosa miraculosa. Es mujer entendida, y muy bien hablada, y aun muy cortesana.

Aquí dicen despachó el Rey los negocios gravísimos de fundación que hace a su Casa de San Lorenzo.

---

(1) La abreviatura del ms. es «V. pd.»

5.—De allí partió el rey (después de haber visto toda aquella tierra y consolado a toda aquella gente con su presencia real, cosa que jamás habían visto ni alcanzado ellos ni sus antepasados) para Zamora, y aquella ciudad le hizo mucha fiesta, y le mostraron el cuerpo de San Ildefonso, arzobispo de Toledo. Estando el Rey en aquella ciudad dió el Tusón al conde de Alba de Liste, mayordomo mayor de la Reina, y dicen le dió más renta y veinte mil ducados de ayuda de costa, y se dice le mandan quedar en sus casas tan famosas que allí tiene por estar ya muy viejo y muy cargado de gota. Ello se verá bien presto si es ansí. Lo que es cierto es que él se quedó en Zamora y vemos que el duque de Lerma lo hace. Unos dicen le dan este oficio al Condestable, otros que al duque de Sesa y otros que al duque de Feria: no hay quien sepa la verdad hasta que lo veamos proveído.

Pues [vuelto] el rey de todas estas estaciones entra ahora en su corte de Valladolid.

También se decía el Rey venía a tener la Semana Santa a esta su Casa de San Lorenzo, y que de aquí ha de partir a Lisboa en Portugal, y que tiene una grande y muy poderosa armada y que quiere dar en Inglaterra, otros que en Hibernia para ayudar a los católicos que allí hay. Esto todo debe de ser conjeturas; | lo que sé fol. 134 v.
decir de cierto es que en esta Casa de San Lorenzo y en toda la orden de San Jerónimo por esta ocasión se hacen procesiones y otras plegarias suplicando a nuestro Señor le dé victoria, y en toda Italia sonaba mucho y en otras partes esta tan grande armada, y así por esta ocasión muchos potentados de Italia se ofrecían de servir, y en esta ocasión con sus personas y hacienda, y sobre todos el duque de Módena, el mesmo a quien quitaron el ducado de Ferrara, como contamos en otra parte, y averiguamos envió su embajada al Rey, y pasó en estos días por esta Casa, que venía ya de hablar al Rey sobre cosas gravísimas, y a ofrecerse por su soldado en la armada que en Italia se decía hace tan famosa. Es muy valeroso y diestro capitán este Duque.

Ya en este tiempo estábamos en cinco días del mes de mayo, y hacía tan buen tiempo y tanta calor que daba pena, y los árboles echaban flor y se cogieron rosas. En Sevilla se decía estaban ya para perder [se] las cebadas por la gran sequedad que hace, y que se

perderá si Dios no lo remedia en brevedad de enviarnos su rocío.

Díjose el Rey enviaba por virrey de Nápoles al marqués de Velada su mayordomo mayor y que fué su ayo, sino que él se hace fuerte y se humilla bravamente al duque de Lerma y le anda bailan-
fol. 135 r. do | delante, y el Duque no quiere más que esto, y con esto se entretiene y con su gran prudencia y mucho sufrimiento; que de esto todos le alaban mucho y cuentan grandes cosas de su mucha paciencia.

En estos días estuvo en esta Casa el arzobispo de Lisboa en Portugal, que pasaba a Valladolid a verse con el Rey. Fué muy espantado de ver esta realeza y grandiosa casa.

El Rey envió a sus frailes de San Lorenzo la escritura que han de hacer y a lo que se obligan para dar la hacienda y renta que el buen Rey mandó en su Carta de dotación con las circunstancias y condiciones que ellos le piden, porque está ya resuelto de darles todo lo que su padre el Rey Católico les mandó, y les meterán en la posesión de todo con mucha brevedad y lo da el Rey con mucha voluntad.

En estos días se dijo al marqués de Poza le hicieron del Consejo Estado y Guerra y deja la presidencia de Hacienda, porque se llevaba muy mal con el confesor del Rey, porque dice se le metía mucho en su oficio, y por esto la deja, y en recompensa le dan este otro. Dan su oficio a don Juan de Acuña, oidor. El Marqués lo dejó todo y lo estimó en menos que nada y se vino a Madrid a sus casas tan famosas que en aquel lugar tiene y se recoxio en ellas a bien vivir por irle muy mal de salud en Valladolid, y aquí se estuvo entretenido en sus cosas, que bien tenía y hartas hasta que murió, que fué bien en breve. No dejó hijo varón que le heredase. Dejó dos hijas casadas ya muy altamente con dos hijos de grandes.

fol. 135 v. En estos días se dijo el Rey dió a la condesa | de Lemos sesenta mil ducados de ayudas de costa, por ser hija del duque de Lerma, que acababa de heredar con su marido el estado.

También dieron cuarenta mil al secretario Franqueza, y un oficio muy bueno en la ciudad de Sevilla a don Rodrigo Calderón, que se le vendió al duque de Medinasidonia, y le dió por cincuenta mil ducados. Otros dicen que cincuenta y cinco mil ducados. Este era y es un pobre pajecillo del duque de Lerma, que no tenía en que

caer muerto, y ahora es ya ayuda de cámara del Rey y tiene ya Don y hanle casado con una señora muy principal y de mayorazgo, y se dice le quieren hacer caballero y darle llave dorada, y ahora se despachan todas las cosas por su mano y no se sabe otra cosa sino es el señor don Rodrigo Calderón y tiene cuanto quiere.

A don García de Figueroa, caballero de llave, le dieron diez mil ducados de ayuda de costa, y a un hermano suyo el obispado de Cádiz, con ser mozo de poca edad y por ordenar, que es una cosa que ha espantado el mundo y que ha muchos años no se ha hecho en España cosa semejante.

También se dijo en estos días que la flota que venía de las Indias llegó a Sevilla sana y salva, y dicen trae diez y seis millones, que es una gran cosa.

6.—En estos días estábamos ya en la fiesta de nuestra Señora de la Anunciación, que cae en marzo y a veinte y cinco. En esta | Casa fol. 136 r. de San Lorenzo el Real murió el padre fray Juan de Zamora, hermano lego. Las cosas notables que sucedieron en su muerte, no es posible poderlas contar tan fácilmente. Su menosprecio de las cosas de este siglo y su mucha probeza, su mortificación, su mucho silencio, su grande obediencia, su mucha caridad otra lengua y otra pluma había menester que lo realzase y le diese los colores y matices que ello merecía, y por faltarme a mí todo esto lo dejaré. Sólo traeré a la memoria de todos, pues fué muy conocida y sabida, su gran caridad: tenía unas entrañas de piedad, era un corderito y un alma de Dios. Con naide se sabe en toda esta casa cuan grande es riñese, ni tuvo malas palabras. En la cocina, que fué muchos años cocinero, naide le vió enojado ni con sus mozos, ni los dijo una mala palabra con darle tantas ocasiones para decírselas. Era cosa notable con el contento que moría, que más parecía iba [a] algunas fiestas que a morirse. Estuvo casi siempre con su entero juicio; decía palabras muy amorosas a un Cristo y a una nuestra Señora de Guadalupe, con quien tenía particular devoción. Espantábanse mucho los frailes cómo siendo tan simple supiese decir tales razones y tan amorosas palabras. Era confusión para muchos que no se acuerdan de morir; era un verdadero retrato de N. P. S. Jerónimo, y ansí murió él tal muerte, digna por cierto de tener mil veces envidia; y con tan buen remate quiero dar fin a este capítulo.

Sólo diré cómo en último de este mes revolvió el tiempo y se llevó el hielo toda la fruta, que fué una gran pérdida y mucha des-
fol. 136 v. gracia. Fué muy gran | compasión, porque estaban los árboles que era un contento el mirarlos, tan lindos y tan frescos, todos cargados de flores, y de fruta, y ahora tan marchitos. No debemos de merecer tanto bien, y ansi el Señor nos quita los frutos. El sea por todo bendito. Amén.

CAPÍTULO VIII

(1602)

[1. Sucesos de la corte; mercedes a los Sandovales, nombramientos.—2. Diviértese el Rey en San Lorenzo; proezas venatorias de Felipe III.—3. Vienen a esta Casa algunos embajadores. Fiestas religiosas y profanas, cazas y meriendas, comedias y diversiones; holganza y regocijo generales.—4. Llega a San Lorenzo D. Pedro González de Mendoza, hermano del duque del Infantado: cualidades de este caballero.]

1.—En estos días se dijo anda por ahí un juez de basuras, que han hecho ahora de nuevo para que robe el mundo. Este trae poder para visitar las casas y que estén muy limpias, y en particular las caballerizas, y en hallando algo de esto lo castiga con dineros, porque dicen que de aquí procede la peste, por no estar las casas limpias y caballerizas. Y hácenlo tan bien estos señores jueces que no dexan pobre ni viuda que no les roben, que yo no sé de dónde diablos sacan tantos oficios para robar el mundo y toda la pobre gente, y ansí claman y dan voces al cielo, y de aquí viene el no nos oír Dios, ni querer llover, vistas tantas maldades como de nuestra parte cometemos.

Díxose también: el Rey hace al marqués de Velada grande, y la encomienda que tiene [se la da] para él y su hijo; el oficio que tiene de mayordomo mayor dicen le toma el duque de Lerma para sí, porque envían al marqués de Velada a su casa; danle también cien mil ducados para casar a su hija.

Hacen caballerizo mayor al hijo del Duque, el marqués de Cea, y que dé audiencia, pues es una brava | cosa. Caballerizo primero fol. 137 r.
al conde de Lemos, don Juan de Sandoval, hermano del duque de Lerma, y que tiene título de marqués de Villamizar (1). [El] que era

(1) Vid. *Docs. inéds.*, LXI-pp. 71-72.

caballerizo primero lo deja y va por virrey de Valencia. Virrey de Nápoles el conde de Benavente. Virrey de Sicilia el duque de Maqueda; virrey de Aragón el cardenal Ascanio Colonna. Este cardenal es hermano de la mujer del almirante de Castilla, y vínose de Roma por llevarse mal con el papa.

El estandarte real, que tenía Andrea Doria, y capitán general del mar han dado al tercer hijo del duque de Saboya, que es Gran Prior de San Juan, y por su sustituto, unos dicen que a don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, otros dicen que a don Juan de Cardona. Al don Pedro de Toledo nunca acaban de hacerle grande mereciéndolo tan bien sus servicios, por lo cual está muy querelloso y con mucha razón. Mayordomo mayor de la Reina el duque de Sesa.

2.—Al Archiduque y conde de Flandes, marido de la señora Infanta, envían dos millones y medio para la guerra. En San Benito de Valladolid hay otros dos millones depositados, y todo de limosna que piden para el Rey, el cual se decía quería venir a cazar al Campillo y al Pardo y a Madrid, y que el duque de Lerma le trae sólo para que ponga su Majestad a su hijo en la posesión de Valdemoro, que se dice le da el Rey título de duque de aquel lugar. Llámase el hijo don Diego de Sandoval, y es el segundo, y el Rey es cierto partió ya de Valladolid y llegó a Olmedo, y de allí partió para Martín Muñoz, y de allí pasó en Villacastín, y de allí partió y
fol. 137 v. entró en esta su Casa de | San Lorenzo con la Reina y con toda su corte el jueves al anochecer, diez y ocho días de abril. Vínose el Rey cazando por Campillo y Monesterio y se holgó mucho, que lo deseaba.

El día siguiente por la mañana salió el Rey al campo; recreóse mucho y, vió mucha caza, y mató la que quiso, y tornóse a comer. Este día se dijo hacia presidente de Indias al conde de Lemos; y la Reina se paseó por los jardines, y la traía de la mano el duque de Lerma, porque hace oficio de mayordomo mayor. El Rey estaba cazando.

Estando el Rey aquí le vino nueva que la flota que venía de las Indias llegó a Sevilla sana y buena, y se topó con la enemiga y se cañonearon un buen rato con la armada inglesa, y por esta nueva mandó hacer el Rey procesión con *Te Deum laudamus*.

Luego partió de aquí el Rey y Reina para el Pardo (1) con toda su corte. Dicen de allí va a Madrid, y desde allí pasa a holgarse a Aranjuez y pasar por la universidad de Alcalá a visitar el cuerpo del santo fray Diego. También dicen llegará a Toledo, y después dará la vuelta a Buitrago, y de allí hay quien diga irá a la ciudad de Burgos a visitar el santo Crucifijo.

En esta Casa se holgó infinito. El primer día mató tres venados de dos tiros; del uno mató dos de ellos de una vez, cosa que le dió sumo contento y que después estando cenando se lo alabaron mucho sus criados y caballeros y no acababan de ensalzarle. Tras esto luego le echaron a las manos cinco conejos y todos los mató. Luego le enseñaron una liebre echada y la mató de un arcabuzazo, y con esto entró en esta Casa muy contento y ufano. El segundo día mató otro venado y cogieron cinco lobitos | recién nacidos. El tercero fol. 138 r.
día mató un puerco jabalí muy grande, y se apeó del coche y dió a correr tras unos puercos jabalís muy chicos y asió uno por la pata y le alzó en alto, y vuélvese con él a sus criados y enséñasele; y gruñía bravamente el cochinillo, y después de haberlo reído mucho le soltó para que se fuese. Los venados mandó dar los dos de ellos al convento y el otro al colegio, y el puerco a los caballeros de palacio.

Antes que partiese de esta Casa mandó librar dos mil ducados para la obra de Párraces.

3.—En saliendo el Rey de esta su Casa entró en ella un embajador del emperador de Alemania, que venía despachado y despedido del Rey y se tornaba a su tierra.

En estos días vino a esta Casa el sobrino del embajador del Rey de Persia a verla y a ser enseñado en las cosas de nuestra santa Fee católica para bautizarse, que quiere ser cristiano y lo pide con muchas veras al Rey.

En estos días pasó por esta Casa un potentado de Italia.

Ya en estos días estábamos cerca de la fiesta del Corpus, y el fol. 138 v.
Rey la vino a tener a esta su Casa de San Lorenzo. Llegó dos días antes y entró a las once de la noche, y a la puerta de la iglesia le esperaba el prior con número de religiosos. En llegando el Rey dijo al prior con mucha risa: *Digo mi culpa, prior, que vengo tarde.* Es-

(1) 22 de abril.

tuvieron el Rey y Reina en las primeras vísperas. El día estuvieron en la procesión con toda su corte, y el Rey y los grandes que con él estaban llevaron el paño del Santísimo Sacramento, y la Reina y todas sus damas llevaban velas blancas, de cera encendidas, y estuvieron a los demás oficios divinos, particularmente la Reina no quiso perder en todos los ocho días ningún día [ni] dejar de oír la misa mayor, vísperas y completas por no perder la gracias e indulgencias que en estos días se ganan.

fol. 139 r. Este día comió el Rey en el refitorio con los frailes y envió a muchos de ellos platos. Después de comer hubo una comedia para los Reyes, que la representaron los niños seminarios, habiendo hecho por la mañana una danza muy buena y representado en ella muy al gusto del Rey y Reina, que como son niños gústase mucho de lo que dicen.

El domingo siguiente representaron los seminarios al Rey y Reina con todas sus damas una comedia. Representáronla en el colegio. Llovió este día un buen rato, y la noche de antes vino una borrasca con grandes truenos y relámpagos. Llovió y hizo mucho frío; tanto que salimos de la comedia temblando como si fuera Navidad. Holgáronse mucho los Reyes y damas con la fiesta y entremeses; riéronlo mucho y fué de reir; y el martes siguiente, día de San Bernabé, hizo día muy áspero con harto frío. Todo el día estu-
fol. 139 v. vo anublado. Los Reyes | estuvieron en vísperas. El Rey sale cada día a caza y mata todo cuanto quiere de puercos y jabalíes, venados y conejos.

Este día dió el prior y convento al Rey una merienda en el campo, de cosas de vientre de carnero y lo solenizaron y rieron mucho, y el Rey se holgó mucho con sus caballeros y lo rieron mucho, en la fuente de San Juan de Malagón.

El domingo siguiente merendó la Reina y todas sus damas en el
fol. 140 r. refitorio, donde se les dió una gran merienda, y se sentaron | en las mesas todas las damas y la Reina se asentó en el asiento del prior y las damas en las otras mesas, y el duque de Lerma entre ellas, y merendó muy bien, y la Reina le enviaba platos y él a la Reina, y ansí andaba la fiesta. Estaba el Duque cubierta la cabeza con su sombrero. Holgaron infinito, y de lo que más gustaron Reina y damas era comer ensalada, salpicón de vaca con cebolla y el menudo del car-

nero. El Rey a esta hora estaba de caza. En acabando la Reina de merendar dió una vuelta por toda la casa y entróse en sus palacios ya bien tarde.

Estando en esta casa los Reyes, llegó a ella un embajador del arzobispo y cardenal de Colonia, duque de Baviera y elector del Sacro Imperio, primo de nuestra Reina, que venía a traerla un cofre de reliquias y eran muchas y muy notables, y a dar a la Reina el parabién del nacimiento de la Infanta y a suplicarla favoreciese al cardenal y arzobispo de Colonia su señor con el Rey su marido, y mandase interceder por él al Rey, y para que fuese servido de mandarle se le diese lo que se le solía dar en tiempo del Rey Católico su padre; y a todo esto respondió muy bien la Reina. Dicen solía el Rey Católico, que está en el cielo, dar cada año al arzobispo de Colonia cincuenta mil ducados por los daños y costas que los soldados (que pasan muy de ordinario por allí a los Países Bajos) le hacen, y como en todo este tiempo que este Rey entró no le han dado nada, viene a pedir se le pague lo que se le solía pagar, que acá no sabían ni debían de saber [qué] se le solía dar. No sabré [decir] en qué estado está esto ni en | qué paró. fol. 140 v.

Estos días se dijo que los Reyes daban el obispado de León al prior de esta Casa de San Lorenzo (1), que como echaron de ver en él y conocieron tanta bondad y les regaló tanto, quisiéronselo gratificar, de lo cual estaban todos contentísimos por merecerlo su santidad y buenas entrañas que con todos tiene.

Los Reyes tenían todas las noches en palacio comedias y muy buenas, y sólo hacía tiempo para ellas, que como hacía tanto frío y llovía tanto y ser el tiempo tan encogido, con ser veinte días de junio, sólo era bueno para oir comedias.

En esta [Casa] andaban en estos días muchísimos negociantes.

El prior convidó al duque de Lerma y a su hijo Diego Gómez de Sandoval a comer en su celda, y en ella les regaló muy altamente. Y otro día convidó al secretario Franqueza y a su hijo, sólo por tenerlos propicios para los negocios de la Casa. Estando comiendo el Duque, prometió grandes cosas y que haría por esta Casa como si fuera hijo profeso de ella, y para regocijar a los frailes mandó co-

(1) Fr. José de Sigüenza.

fol. 141 r. medias, y | pidió quería comer otro día en el colegio y holgarse con los padres colegiales, y con el rector particularmente, por ser gran cosa suya y de su tierra y muy conocido.

fol. 141 v. Este día se dijo vienen acá en España los tres hijos del gran duque de Saboya a criarse a las costumbres de acá: el mayorazgo y otros dos. Tienen ya los dos de ellos los dos prioratos de San Juan, el segundo el de Portugal y el tercero el de Castilla.

El Rey no entiende más que en holgarse y jugar a la pelota, y irse y venirse a caza, y sus ministros jugar a los naipes muy largamente, sin querer dar audiencia a mil negocios que andan aquí por negociar, ni despachan a naide, y ansí andan clamando al cielo y querellándose del Rey y de sus ministros viendo que todo va perdido y no lo quieren remediar, y no tratan más que de sus gustos y de acrecentar sus casas y mayorazgos, teniéndolas tan pobres bien pocos días ha, y no curan de otra cosa ni se les da nada, ni lo sienten, que es lo peor, pues vemos que de cuantas malas nuevas vienen no se les da nada. Y ansí decían vino nueva que la armada de

fol. 142 r. las Islas | tomó un navío junto a Valencia que iba lleno de mercadería y que valía gran suma de dinero. No oiremos otra cosa de aquí adelante por el mal gobierno que tienen los que mandan el mundo o el reino y al Rey, pues pudiéndolo remediar no lo hacen o no quieren, aunque ellos se disculpan con decir que no se halla remedio y que hartas diligencias se han hecho sobre esto.

En estos días hubo en esta Casa de San Lorenzo el Real una muy buena comedia, que la mandó representar el Rey a muy buenos faranduleros. Estuvo el convento en ella y toda la corte que con el Rey anda. Representóse en el claustrillo de la botica, y de allí fueron los Reyes con sus damas a la celda baja del prior y allí se les dió una merienda, y luego subieron a oir las vísperas del glorioso San Juan Bautista desde su balcón, el cual día fué lunes. Fué muy triste, que no hizo sol en todo él, todo fué llover y hacía mucho frío.

Este día se fueron los Reyes a comer a La Fresneda y allí tuvieron otra muy buena comedia, y fué propio día para oir comedia, más que para ir al campo a caza por andar cada credo lloviendo. Al anochecer llovió una hora furiosamente y se levantó un aire furioso y verdaderamente hacía mucho frío, harto más que por Navidad. Anda el tiempo al revés; ya no hay concierto en cosa, pues vemos

que en los mayores días de todo el año llueve todo el día en peso, sin cesar y tan despacio como si fuera en mitad del invierno. Es cosa que no han visto tal los nacidos; asómbrase y espántase todo el mundo; nunca se ha visto por este tiempo hacer tan mal tiempo y llover tan despacio, y por ser cosa tan extraña la quise poner aquí, pues si bien se mira en ello lo es.

Este día repartió el | prior de esta Casa un gran presente que el fol. 142 v.
doctor Octadui, obispo de Avila, envió de cosas hechas de alcorzas, de azúcar y conservas, muchas y muy curiosas, y mermeladas y perniles de tocino, quesos, botes de aceitunas, y de todo cantidad, y él lo envió todo a la casa real y lo dió en nombre del mesmo obispo. Al Rey se dió lo más; lleváronselo los frailes y él lo tomó, y delante de los mesmos frailes llegaron tantos criados a decirle al Rey les diese algo alegando servicios, que en un instante no le dejaron al pobre Rey cosa ninguna ni lo probó, sino que todo se lo llevaron aquellos galfarros y él se quedó sin nada; cosa que espantó mucho a los que se lo llevaron.

Este día jugó el Rey a la pelota con sus grandes, y a la noche tuvieron una muy buena comedia, que sólo para esto hace buen tiempo.

Este día se dijo que el galeón que tomaron los ingleses fué por razón que no consintieron ni quisieron dejar entrar a nuestros soldados que querían entrar a defenderle y le defendieran, y los señores portugueses quisieron más dejársele llevar y que se le llevasen los señores ingleses, que dejar entrar a los nuestros, porque se vea [el] mortal odio y aborrecimiento que los portugueses nos tienen y su extraña soberbia y hinchazón. ¡Y les parecía a solos treinta y tres portugueses, y estos convalidos, que había dentro, que se podían ellos defender de todo el mundo, cuanto y más de siete navíos ingleses! Como estas portuguesadas harán ellos, y creo que más lo hicieron porque no viniese a manos de | los nuestros nada de lo que fol. 143 r.
ellos traían que por otra cosa, y como ellos tienen amistad con los ingleses, pues se sabe llaman los ingleses a los hijos de los portugueses sus hijos, y ansí holgaron infinito se llevasen el galeón antes que los españoles, pues estaba claro que entrando los castellanos a defenderle, se habrían de entregar en lo mejor y más precioso (1).

---

(1) Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, pp. 147-88—da otra versión de este

El día de los apóstoles San Pedro y San Pablo estuvieron los Reyes en los oficios divinos, y el Rey estuvo en la procesión con hacer tan mal tiempo. Hacía mucho frío y una niebla muy espesa. Díjose este día el Rey mandó aprestar su ida para diez del que viene, otros que para quince y que pasa a Burgos.

Este día comió en el refitorio el duque de Lerma, y su hijo Diego Gómez, con los padres colegiales y se holgaron mucho con él. También comió con ellos el confesor del mesmo Duque, un fraile dominico.

Este día vino de Valladolid un padre que esta Casa tiene en los negocios que trata con los ministros del Rey, y viene muy mal despachado y no ha podido negociar cosa ninguna en lo del asiento de la Casa y hay muy pocas esperanzas de que darán las cosas que mandó el buen Rey, que esté en el cielo, en su codicilio, por causa de la mucha bondad que tiene el que le sucedió y esto le hace muchísimo daño, y esta es la causa que sus consejeros no acaban de despacharlo. Sea como se fuere ello nunca está acabado en cuatro años ni tiene talle de acabarse. El Rey mucho lo desea, pero a sus ministros les parece cosa muy grave el que el Rey se deshaga de cosas tan principales y grandiosas.

fol. 143 v. 4.—Por haber sido tan enfadoso este mes de junio como hemos visto, pues casi todo él fué llover y hacer frío y tiempo tan encoxido que no se acuerdan los nacidos de tal cosa ni se ha visto jamás, en entrando el mes nuevo, que fué julio, entró con buen día y fué lunes. Este día vino a esta Casa el prior de Hibernia don Pedro González de Mendoza, hermano del duque del Infantado y del marqués de Mondéjar, que venía de ser general de las galeras de Malta y dejó este cargo por haberse en él empeñado, por lo cual el gran Maestre le hizo muchas mercedes y con mucha razón. Dióle que

---

suceso. «Sucedió, dice, en el mes pasado (junio), que habiendo llegado un galeón de la India de Portugal en el puerto de Secimbra, a cuatro leguas de Lisboa, habiendo quince meses que andaba por el mar y habiendo perdido en el viaje más de 400 personas, el cual venía cargado de cosas muy ricas y de especiaria, que se estimaba lo que traía en más de millón y medio, fueron sobre él siete galeones y tres pataches de ingleses; y con haberlo defendido once galeras tres días,... lo sacaron de entre ellos los ingleses y se lo llevaron con gran sentimiento de todos...»

[poder para que] pudiese despachar todos los negocios de la religión en España; tomóle todas sus deudas, que no eran pocas y que él se las pagaría y encorporólas en la religión, y prometióle que en vacando una buena encomienda se la daría.

He querido hacer tan particular mención de este caballero por ser tan principal, y porque me parece toda la historia trataré de él, pues viene a negocios, y los trae, y muy graves. Díjome que se embarcó con la condesa de Lemos en la ciudad de Nápoles, él y otros muchos caballeros, y que le iban acompañando en muchas galeras | y con ser dimidiado el mes de mayo se levantó tanta tormenta fol. 144 r.
y tempestad que solá la capitana en que venía la condesa de Lemos pudo tomar puerto en Ciudad Vieja, y esto con mucho trabajo, y las demás no fué posible; y ansí entró sola la Condesa, y las demás galeras padecieron tormenta grandísima muchos días, aunque ninguna pereció. Fué cosa de grandísima admiración que duró esta tormenta casi veinte días, cosa que puso espanto a todos los pilotos y marineros y que nunca tal cosa vieron en su vida ni se había oído decir.

Contóme este caballero que su galera la echó la tormenta en una isla pequeña del duque de Florencia, y que, antes que allí aportasen, fué a suplicar al señor de la galera quitase las velas a la galera por andar tan furiosos los vientos que con ellas está la galera mucho más ligera y señora para que los aires hagan de ella lo que quieren, y por su respeto se hizo ansí, y quiso Dios que aportasen a esta islilla, que sinó las quitaran dice que sin duda ninguna o peligraran o dieran muy destrozadas en Turquía.

De allí fueron a tomar puerto en Francia, y ansí les fué forzoso desembarcar allí, y que atravesó lo más y mejor de aquel reino, y dice que todos en Francia, católicos y herejes, a una dicen que el Rey Católico Felipe segundo era un santo, y que lo dicen a boca llena, como dicen, y que no acaban de espantarse de su gran juicio y grande y extraño gobierno, y lo que más les espanta es que pudiendo hacerse señor de lo mejor de Francia, a lo menos de mucha parte, en las revueltas pasadas, no quiso, y por esto no acaban de decir maravillas de él, y particularmente no acaban de engrandecer su fama desde el día de la entrega | tan famosa que hizo de la ciu- fol. 144 v.
dad y puerto de Calés, y le ensalzaron hasta el cielo con alabanzas,

y sólo pararse a considerar los franceses esto les admira y quedan atónitos y no acaban de persuadirse sea verdad aquella entrega que el buen Rey hizo con tanta liberalidad pudiéndose quedar con ella tan a su salvo por estar tan metida en sus estados de Flandes y ser fuerza y puerto tan importante y que tan a cuento le estaba para sus estados. Y considerando esto su Santidad el papa Clemente VIII cuando se puso de por medio entre estos dos grandes Príncipes para concertarlos y poner paz perpetua entre ellos, no se atrevió a tratar de que se restituyese Calés al Francés, y el buen Rey, por dar a entender a todo el mundo cuán amigo era de tener paz, y cuán poco estimaba las cosas de este mundo, y porque no dijesen que se quería alzar con todo, él mismo de su bella gracia mandó entregar esta fuerza con otras tres al francés, con lo cual acabó de echar el resto a sus virtudes y grandezas, y ansí no acaban de decir tanto bien de él. Y cierto todo lo merece este buen Rey y su santo celo y mucha justicia y grande observancia en la religión y cosas de ella; y pues los herejes se espantan y admiran, no fué como quiera sino por excelencia las cosas de este grande Rey.

CAPITULO IX

(1602)

[1. Nuevas mercedes a los Sandovales.—2. Consejos del Rey y sus ministros 3. Alaba el Rey la observancia de la Casa de San Lorenzo.—4. Llega a San Lorenzo con gran pompa y fausto la condesa de Lemos, hermana del duque de Lerma: agasájanla los Reyes.—5. Estancia en esta Casa de D. Juan de Cardona, general del mar.—6. Historia de D. Pedro de Médicis, hermano del Gran Duque de Florencia.—7. Nombran al Rey de España árbitro en sus diferencias los dos hermanos Médicis.]

1.—Este día por la mañana dieron la posesión de la encomienda de Montesar (en la celda baja del prior) al secretario Franqueza, y diósela el duque de Lerma en nombre del Rey. fol. 144 v.

Después, a mediodía, | dió el duque de Lerma el hábito de Santiago a un pariente suyo llamado don Alonso de Sandoval y le armaron caballero en la capilla del colegio delante de mucha gente, y después de haberse hecho esto, que fué mucho de ver, por las muchas y extrañas ceremonias que allí se hacen, se publicaron los casamientos entre el duque de Berganza y la hija del conde estable de Castilla, y la da el Duque cincuenta mil ducados a su esposa y el Rey la da en dote a ella unas villas y lugares, que trae pleito con el Duque sobre cuyas son, y el Rey se las da libremente y pierde todo el derecho que a ellos tiene, por sólo que se case con esta señora. Tenía el Rey sentencia a su favor. fol. 145 r.

Este día se dijo había el sábado siguiente gran fiesta por la venida de la condesa de Lemos, que entraba aquel día en esta Casa y la tenían en palacio aparejado su aposento y mucha fiesta y no sabían qué hacerla, como era hermana del Duque y tan querida, y como venía de ser virreina de Nápoles, queríanla honrar mucho y ansí la aposentaron en los cuartos del Rey cuando era príncipe.

En este día se juntaron en la celda del prior, dicen, el | duque fol. 145 v.

de Lerma, el confesor del Rey y el secretario Franqueza y el prior y otros con él para tratar de las cosas de fundación y mandas que hizo el buen Rey en su codicilio a esta Casa.

En estos días se dijo murió el obispo de Oviedo, el licenciado Mantilla, que fué catedrático muchos años en esta Casa de San Lorenzo y sirvió muy bien en ella y con mucho amor y voluntad (1).

fol. 146 r. 2.—En estos días mandó el Rey venir a los presidentes de Hacienda y Ordenes y al de Castilla y había Consejo de Hacienda por tarde y mañana, y entraban en él el presidente de Hacienda, don Juan de Acuña, hijo del conde de Buendía, don Juan Idiáquez, el confesor, el oidor Ramírez, al cual acompañaba más gente que al mismo Rey, y el secretario Franqueza, y entran y salen a él muchos ginoveses, que les debe de tocar algo, que como ellos tienen

fol. 146 v. metida la mano en todas las cosas, andan por esta Casa que no | parecen sino danzaderas, según entran y salen en este Consejo, que me espanto cómo no hay quien aconseje al Rey les quite todo cuanto tienen, pues es suyo y del reino y los eche de España, pues cuando entraron en ella no metieron más que lo que traían a cuestas; y esto es certísimo.

3.—Pasando los días pasados su Majestad del Rey nuestro señor a ver el cuerpo del santo fray Diego de Alcalá de Henares, pidióle el general de la orden de San Jerónimo licencia para llegarse a besalle las manos, y el Rey se la envió, y estando con él dicen le dijo: *Señor, sepa vuestra Majestad que no sabré decir si San Lorenzo es casa de la orden de San Jerónimo, porque en dos años que ha que soy general ni una carta ni la menor queja del mundo no he tenido, que cierto es para dar mil gracias a Dios nuestro Señor que una Casa tan grande como aquella no dé que hacer a ningún general.* Y cierto que lo pudo muy bien decir, porque esta Casa nunca da pena a los generales en ninguna cosa ni los da en qué entender, y ansí holgó su Majestad infinito de oirlo y se lo agradeció con palabras muy graves, como el mesmo general lo escribió después al prior de esta Casa y de él lo supe yo. El Rey, después de haberle hablado un gran rato y

---

(1) Murió el Dr. Gonzalo Gutiérrez Mantilla el 20 de junio de 1602, nombrado ya arzobispo de Santiago. Explicó en San Lorenzo, desde 1583 a 1594, las cátedras de Artes y Prima de Teología.

héchole otros muchos favores, le despidió muy contento, y él se tornó a | su casa de San Bartolomé. fol. 147 r.

4.—En estos días partió de aquí el duque de Lerma a recibir a su hermana la condesa de Lemos, al Pardo, habiendo enviado primero el conde de Lemos con toda su casa y familia y con otros muchos caballeros a la ciudad de Barcelona, y allí la estuvieron esperando desembarcase, para que desde allí la acompañasen, como se hizo. En desembarcando que desembarcó y se supo envió a la posta a don Rodrigo Calderón, criado suyo, a darle la norabuena de su venida. En Alcalá la estaba esperando su hermana la condesa de Altamira; y en este día se dijo anda en consulta y en consejo el tornarse la corte a Madrid, y el haber hecho juntar aquí los Presidentes es para esto. La villa de Madrid ofrece ducientas casas más de las que solía dar otras veces. Lo que es cierto es que mandan guardar aquel lugar con grandísimo rigor y que no dejan entrar a nadie a vivir ni a tomar casa. Todos claman y dan voces y dicen que conviene que la corte se torne. Na sé si estas voces oye el Rey y sus ministros, que si las oyesen no dejarían de hacer operación. Será Dios servido que se cansen y que ellos mesmos den prisa a ello.

5.—Este día entró en esta Casa don Juan de Cardona, que era virrey de Navarra, que, según se dice, le hacen capitán general de una muy poderosa armada que el Rey tiene y no se sabe contra quién, y le dan las galeras que solía tener Andrea Doria en tenencia hasta que sea para ello el hijo tercero del duque de Saboya, sobrino del Rey, el cual es gran prior de | San Juan. fol. 147 v.

Como están aquí los Presidentes y se hacen tantas juntas y hay tantos consejos porque le hay de Estado, de Guerra y de Hacienda por tarde y mañana y no se sabe para qué, cada uno dice lo que le parece; yo no digo nada hasta que lo vea; en sabiendo alguna cosa la pondremos aquí sin falta como ello fuese. Tiénese por cosa cierta que no saldrá tan presto de aquí el Rey. Los que desean que se vaya dicen que será muy presto; ello dirá, que según lo desean no tardará. Lo que es certísimo es el preñado de la Reina, y que va muy adelante.

La condesa de Lemos entró hoy sábado, en la noche, seis de julio, y bien noche, con grandísimo acompañamiento. Vienen con ella acompañándola tres potentados de Italia con otros muchos caballeros. Ella sola trae tan solamente ochocientos criados y ansí no

caben, de pies en El Escurial, ni en el Sitio no se ha visto tanta gente para siempre jamás. Duermen en estos campos muchas gentes, porque no caben en el pueblo.

En estos días no se trataba de otra cosa sino es en la armada muy poderosa que dicen tiene el Rey. Van llegando mucha y muy lucida gente. Unos dicen van contra Argel, otros que allí cerca, otros que a Bretaña o Hibernia, por ser cosa muy importante, porque todos los herejes de Alemania y otras partes sintieron tanto el ver tan cerca las banderas de España y tan vecinas; así que se juntaron todos a una y se confederaron para echarlos de allí: tanto como esto sintieron el ver tan cerca las banderas católicas. Y ansí don Juan del Aguila, visto que no se podía conservar allí por faltarle ya el mantenimiento, que si esto no fuera no temiera de todo el mundo, porque estaba en muy fuerte sitio y la mar por suya, pidió conciertos muy | aventajados y que se saldría. Todo se lo concedieron como él quiso y le concedieran más si más pidiera.

fol. 148 r.

Este día hubo junta de los Presidentes y duque de Lerma y don Juan de Cardona, capitán general, en la celda alta del prior. Del capitán general don Juan de Cardona dicen que es un gallardo soldado y muy plático; pero muy tímido y poco venturoso y menos afortunado, que son los principales puntos que ha de tener un buen capitán, y ansí braman muchos y dicen ha sido cosa poco acertada haberle hecho capitán general y dan voces y dicen que no había de ser sino don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, o el conde de Fuentes. Y fuera más acertado, y, como dicen todos los que tienen buen sentir, fuera sin duda mucho mejor, porque este que han hecho más es retrato de la muerte que otra cosa. Un viejo, cansado, consumido, tibio y muy lerdo, que todo esto es anejo a la vejez; y ansí fuera harto más acertado hacer a uno de los dos que no a éste, a mi pobre juicio. Yo le estuve mirando un rato y noté se le andaba la cabeza de puro viejo; no tenía más que los huesos y el cuero, que sólo el mirarle daba pena, y no parecía sino retrato al vivo de la muerte. Pues de hombre semejante, ¿qué se puede esperar que bueno sea? (1)

---

(1) Murió D. Juan de Cardona, en Pamplona, el 10 de setiembre de 1609 nonagenario, siendo virrey de Navarra.

La partida | del Rey se pregonó en Madrid y mandan venir los fol. 148 v.
carros y que dentro de seis días partirían de aquí.

A la condesa de Lemos es cierto la traen para camarera mayor, y ansí dicen se lo escribió el Rey cuando la envió el pésame de la muerte del conde su marido, en la cual la decía se partiese luego, porque tenía necesidad de su persona para su servicio, y que para su plato la hacía merced de nueve mil ducados de renta de por vida en las sacas de pescados de la mesma ciudad de Nápoles. Otro día como llegó la dieron el oficio de camarera mayor, por ser hermana del Duque. ¡Me admira lo que el Rey hace de hacer favores al Duque y a sus cosas!

Este día, después de comer, entraron los Reyes al convento sólo por enseñar la casa a la condesa de Lemos, que nunca la había visto, y no dejaron cosa que no le enseñaron. Anduvieron con ella la iglesia, reliquias, sacristía, capítulos, refitorio y botica. Aquí las dejó el Rey y se salió a caza. La Reina dijo a la condesa de Lemos que tomase las damas que quisiese y subiese a la librería, dormitorio y coro, y lo demás de la casa por lo alto y que ella la aguardaba en la iglesia; y ansí se hizo, que subió y lo vió todo y muy a su gusto y tomó muchas de aquellas damas para que la acompañasen y entró en la librería y se admiró de vella, y dijo que no tenía que ver el Vaticano que el papa tiene en Roma. Lo que es la pieza dijo | que fol. 149 r.
era más larga, pero mal puesto y mal aliñado todo cuanto en ella hay y sin concierto, y que ella vió todas las cosas notables que hay que ver en Roma, donde el papa y cardenales la hicieron mucha merced y no quedó cosa que no viese en toda aquella ciudad, pero que en toda ella había cosa que se le comparase a la grandeza y majestad y bizarría que esta octava maravilla del mundo tenía.

6.—En estos días entró en esta Casa don Pedro de Médicis, hermano del gran duque de Florencia. Nunca he tratado hasta ahora | de este caballero por decir de él de una vez lo que hay, fol. 149 v.
aunque no podré decillo todo. Digo, pues, que ha muchos años que este caballero se vino a España por llevarse mal con su hermano el gran Duque. Trae con él pleito sobre la legítima y nunca acaban de concertarse. Luego como entró este papa Clemente octavo los quiso concertar y componer, y para esto pasó el don Pedro de Médicis a Italia y llevó del Rey Católico gran favor, porque el rey don Felipe

segundo le quería bien, y esto fué en tanto grado que el mesmo Rey escribió una carta a su embajador que tiene en Roma, en que le decía estas palabras: «Don Pedro de Médicis pasa a Italia a sus negocios; avisaréis a todos los Potentados dello, y decildes de mi parte que su vida corre por la mía». Y con esto estuvo muy seguro de todos los potentados de Italia. El Papa, como sea florentín, tomó muy a su cargo el concertarlos y componerlos, y como sea tan remiso y tan tardío en sus cosas, porque nunca se acaba de determinar en cosa, no se han acabado de concertar. Estando allá el don Pedro de Médicis le pidió su hermano el gran Duque con mucho encarecimiento fuese y le trujese su esposa, que era hija del duque de Lotaringia en Francia, y para esto le dió una muy buena armada, y él, por complacer a su hermano, lo acetó y fué por ella a Francia. Estando allá se soltó un obispo católico, que le tenían preso los he-
fol. 150 r. rejes | para martirizarle, y se fué a los navíos de don Pedro de Médicis y se entró en la capitana y con lágrimas le pidió muy encarecidamente le librase de las manos de aquellos pérfidos herejes, y el don Pedro se apiadó de él y de sus venerables canas y le recibió muy bien y regaló. Los herejes le pedían les diese su obispo sinó quiere que disparen los tiros de artillería y lo echen a fondo parte de su armada. El les responde que el obispo había de estar tan seguro en su galera como si estuviese dentro de Florencia y que en ninguna manera se le dará; y en lo que toca a disparar su artillería que mirasen lo que hacían que sólo un tiro que le tirasen saldría del puerto y correría toda la costa de Francia y no dejaría cosa a vida ni bajel que no le tomase. Con este fiero que les hizo no se osaron menear ni rebullir, ni menos tirar un solo tiro ni aun de arcabuz, ni por imaginación, porque lo tenía jurado a fee de caballero que los había de destruir, y lo hiciera. Y de esta manera libró aquel pobre obispo que aquellos perfidos herejes tenían para usar con él mil crueldades y le llevó consigo a Florencia, y se le encomendó mucho al gran Duque su hermano y en Roma después a la buena memoria del papa Clemente VIII. Embarcado el don Pedro de Médicis con su cuñada entraron con ella en la armada muchos franceses de la tierra que iban acompañando a su señora, y todos grandísimos herejes y los dejó entrar y entraron muchos y metieron muchos libros, llenos todos de mil herejías. Dados ya a la vela y estando en

alta mar, este buen obispo le dijo tantas cosas al don Pedro de Médicis de harta importancia de estos herejes | y de los libros que fol. 150 v.
llevaban, que bastaban a inficionar mil mundos y que mirase eternizaba su nombre en hacer una cosa digna de quien él era y que consumiese y destruyese a estos herejes y sus libros. Oido esto por el don Pedro, como fuese muy buen caballero y tan católico y gran cristiano acordó de ya que no podía poner mano en los herejes, acordó de ponerlas en los libros y hacer lo que tan santamente le aconsejaba el obispo, y lleno de cólera verdaderamente cristiana, o por mejor decir castellana, que de acá lo aprendió, quiso pasar a todos los franceses a cuchillo si el buen obispo no se lo afeara y que sería cosa muy fea. Díjole que se contentase con quitarles los libros que harta muerte sería para ellos ésta y ansí los mandó buscar por toda la armada, de galera en galera, y hacían mil fieros aquella gente insolente sinó se los tornaban. El don Pedro les hizo un fiero terrible y que se los trujesen todos a su galera y que sinó a todos ellos los haría pasar a cuchillo, y que entendiesen que por sólo uno que hallase después los había a todos de quitar la vida, y ansí tuvieron por bien de dárselos y le entregaron más de quince mil libros, todos llenos de herejías y blasfemias y delante de ellos los mandó echar todos en el mar, cosa que lo sintieron los herejes a par de muerte y blasfemaban y quisieran más que los mataran que no que les quitaran sus libros. Hecho por cierto de gran caballero y muy gran cristiano y de muy católico, hazaña, porque lo digamos así, verdaderamente de español, que de acá lo aprendió y acá se lo enseñaron. Es don Pedro de Médicis muy | buen caballero, de buena fol. 151 r.
edad, buena dispusición y no mala proporción, y de buen gusto, de buena estatura, generoso, magnánimo, dadivoso, largo en dar y hacer mercedes. Gasta mucho más de lo que tiene y ansí anda muy empeñado; no le basta lo que tiene ni lo que el Rey le da. El Rey Católico, que esté en el cielo, le daba cada mes mil ducados para su plato. El Rey de ahora le da dos mil y con todo no tiene para sal, como dicen, y debe más de cuatrocientos mil ducados. Finalmente, tiene muchas cosas muy buenas y de gran caballero. Una sé yo tiene malísima y que le desdora mucho, y es el no hacer vida con su legitima mujer. Está casado con una señora muy principal, hija de un grande de Portugal y duque, muy linda dama y hermosa

a maravilla, muy discreta, y, lo que más es de estimar, una santa. Da por respuesta el don Pedro a esto que su hermano el gran Duque tiene la culpa por no dalle los alimentos que le debe y que por no tener con qué sustentarla según su estado y ella merece no la trae, que en dándoselo lo hará. Pero esta no es bastante razón, que como gasta en otras cosas pródigamente bien podía excusarlas y con ellas sustentar a su mujer, sino que por vivir a su gusto y a sus anchuras no la trae y ansí tiene manchada harto su honra y se dice públicamente anda siempre amancebado y que tiene en su amiga o amigas, porque según dicen son dos, y lo peor que hay en ello es que son hermanas y son unas señoras italianas, y en ellas tiene cantidad de hijos y las trujo de su tierra, y en su legítima mujer ningu-
fol. 151 v. no por no querer hacer vida con ella; y ansí dice un padre de la | Compañía, que le gobierna su casa, que solo don Pedro de Médicis halla en él tiene solamente el andar siempre amancebado, como si fuese poco esto. Con el tiempo dicen vendrá a desdecir de esto y [a] arrepentirse si Dios le da lugar. Plegue a El de dársele. Amen (1).

7.—El año pasado, como se hizo tanta gente en Italia y tan famosa armada, temiendo el gran Duque no fuese contra él, porque corría la fama que privaba mucho su hermano don Pedro con el rey de España don Felipe tercero, le escribió una carta en que le decía cómo él ponía en manos de su Majestad las diferencias que traía con su hermano don Pedro, que lo que su Majestad juzgase él pasaría por ello. El Rey dijo y le respondió que holgaba de ello y que adjudicaba a sí la causa, y se la quitaron a su Santidad el papa, que holgó harto de ello por salir de este trabajo y congoja, y holgó que el rey de España fuese juez de los dos hermanos y que se compusiesen, porque parecía mal que anduviesen tan encontrados y por cosas de hacienda. El Rey, visto que los dos hermanos le habían

---

(1) «Murió don Pedro de Médicis a los 25 del pasado (abril de 1604), en Madrid, en dos días de enfermedad, de un recio dolor de estómago, el cual acabó con los Sacramentos y muestra de gran cristiandad... sus deudas dicen llegan a 700.000 ducados. Deja nueve hijos, que los siete son bastardos... le depositaron en el convento de la Trinidad con grande acompañamiento de todos los señores y caballeros de aquella villa, donde han sentido mucho su muerte, porque generalmente era bien quisto de todos». Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, p. 216.

hecho juez para componer sus diferencias, escribió una carta al gran Duque en que le decía le enviase los cargos en que alegaba de su justicia y que su hermano haría acá lo mesmo. Hízose ansí. Visto por su Majestad el pleito sentenció, y dicen la sentencia se la envió al conde de Fuentes su capitán general y gobernador en el estado de Milán, y dicen le escribió estas palabras: «Enviaréis al duque de Florencia ese recado y sentencia con un caballero vuestro | de los fol. 152 r.
más privados, y que ponga en execución luego eso que va ahí». Y ansí no se sabe lo que contenía. Sospéchase que le manda dar quinientos mil ducados y pagadas sus deudas, que es otro tanto, y cada un año cien mil ducados de alimentos sin otras cosas. No sabemos en qué paró ni cómo esté ahora esto. Todo esto se sabe de un padre teatino que gobierna la casa de don Pedro de Médicis, el cual lo contó en esta Casa y de él lo supe yo. Dicen pide el don Pedro a su hermano el gran Duque la mitad de los bienes libres que dejó el gran Cosme de Médicis, primer Duque, y dicen dejó éste sólo en dinero seis millones sin otras muchas cosas y heredades y grandes prados [y] dehesas que dejó. De todo esto dice el don Pedro le pertenece a él la mitad, y que no lo quiere perder, y en este estado está este negocio según dicen. La villa de Madrid tiene particular afición a este caballero, porque pasándose la corte él nunca quiso mudarse, y ansí no saben que hacer con él, y él honra mucho aquel lugar con su palacio y mucha gente que tiene, y por esta razón le hacen muchas fiestas y él les tiene a todos particular amor y afición y no se halla en otra parte de toda España.

CAPITULO X

(1602)

[1. Ocios de los Reyes en San Lorenzo.—2. Dificultades en entregar a San Lorenzo lo mandado por Felipe II.—3. Bautismo de D. Diego de Persia, de la familia real de Persia.—4. Agasajos que el Papa y otros potentados de Italia hacen a la condesa de Lemos].

1.—Este día a la tarde entró el Rey a ver los relicarios y las reliquias, guarnecidas, que Antonio Voto, guardajoyas suyo, trujo
fol. 152 v. cuarenta y dos cabezas y | llegaron el domingo pasado y las pusieron en el guardajoyas, y allí las fué a ver el Rey; y ahora que supo que estaban puestas en sus lugares las quiso ver y las mandó poner de la manera que ahora están y hoy día se ven; y fué traza suya y fué muy acertada, como lo fué en el poner de las personas reales que están pintadas y puestas en sus cuadros y son del emperador Carlos quinto y su mujer la Emperatriz, y sus dos hermanas y su hija la Emperatriz. En otro cuadro está la del Rey su padre con las demás personas reales y armas que están en la sacristía, que todos eran de parecer se pusiesen mucho más alto de lo que ahora están y el Rey que no, sino que se pusiesen como ahora se ven, y fué lo más acertado (1).

Pues estando dando traza en esto, envió la Reina a pedir licencia al Rey para entrar a verlo y él se la envió, y entró con todas sus damas y traía por camarera mayor a la condesa de Lemos y a la Reina traía de la mano el duque de Lerma, que hace oficio de mayordomo mayor, y es todo lo que quiere, y no solamente vieron las

---

(1) Se trata de las pinturas al óleo, hechas por Juan Pantoja de la Cruz, de los entierros de Carlos V y Felipe II, actualmente colocados en uno de los pasillos bajos de Palacio, antes de entrar a las habitaciones de la infanta Isabel Clara Eugenia.

reliquias sino toda la casa, sólo por respecto de la condesa de Lemos. ¡Y espantámonos de ver que tres potentados de Italia con otros muchos personajes viniesen desde allá acompañando a esta señora, pues vemos hoy al Rey y Reina andar con ella enseñándola toda la casa! El Rey se fué luego al Pardo y de allí a Madrid a verse con la señora Emperatriz. La Reina se quedó enseñando la casa | a su nueva camarera la condesa de Lemos, y la Reina anduvo con ella la iglesia, la sacristía, capítulo, refitorio, botica; y por sentirse cansada se tornó a la iglesia y la Condesa anduvo todo lo demás con las damas que quiso. La Reina estuvo en la iglesia viendo las reliquias y allí estuvo más de dos horas, a ratos sentada y a ratos de rodillas, y en viendo que vía la reliquia preguntaba de quién era y luego la besaba y adoraba, y dejaba aquella y tomaba otra, y ansí vió y adoró la mayor parte de ellas, y si más tiempo hubiera más viera. La condesa de Lemos vió toda la casa, alto y bajo, y luego se tornó a la iglesia donde la Reina la esperaba y aguardaba, y allí estuvieron descansando un rato, que bien lo habían menester según habían andado. Luego tornaron a ver las reliquias por amor de la Condesa, y después de haberlas visto se entraron en palacio por ser ya muy tarde: era ya anochecido. fol. 153 r.

Merendó la Reina en la celda del prior baja con sus damas, y la merienda fué de cosas ordinarias como fué salpicón de vaca con cebolla, ensalada, requesón y cosas a este tono de que la Reina con sus damas gustan extrañamente comer. De palacio se trajo lo demás, y con esto se fueron.

Ya tengo dicho, si bien me acuerdo, cómo aposentaron a la condesa de Lemos en los cuartos bajos adonde vivía el Príncipe cuando su padre el Rey Católico vivía, y allí heredó los reinos que hoy tiene. Cosa es que a todo el mundo espanta. Dicen que porque esté junto a la Reina, que como la ha de servir es razón que viva junto a ella; y el Duque su hermano | la trae de la mano y nunca la deja; y ansí hace el oficio de mayordomo, y hace todo cuanto quiere y es lo que quiere, y si deja de ser es porque no quiere. fol. 153 v.

El Rey entró de secreto en Madrid; no va más de con dos coches. Va con él el marqués de Cea, hijo del Duque, y el conde de Orgaz y dos ayudas de cámara, y muy poca gente. No estuvo más que medio día con su agüela.

El día que el Rey estuvo en Madrid, la Reina entró en el convento con sus damas a acabar de enseñar la casa a su camarera mayor. Estando en la sacristía las envió de merendar el prior y estuvieron hasta bien tarde.

Al amanecer entró en esta Casa el Rey, que vino de Madrid. Pidió luego le dijesen misa, y ansi se hizo, que a las cuatro ya se la habían dicho, y luego se fué a recoger y a dormir, que como había andado toda la noche todo lo había menester.

Todos los días que el Rey estuvo en esta Casa hubo Consejo de Estado y de Hacienda por tarde y mañana; y viendo un caballero, señor de título, tanto consejo, se rió muy de veras, y dijo: *Según vemos los efectos de estos Consejos, mejor harían de llamarlos consejas de viejas, que no Consejos, y de Estado.* Es persona grave el quien lo dijo y hombre muy plático en cosas de corte y de gobierno y que tiene muy buen sentir.

2.—Las cosas de dotación y fundación de esta Casa va muy a la larga, y nunca acaban los ministros del Rey de despacharlo, porque en esto quieren mostrar que son verdaderos ministros de su Rey, pero yo aseguro que si a ellos se les diese a cada uno de por sí que
fol. 154 r. no dijesen que no lo querían, ni repararían | en cosa; y como ven que se les sale de las uñas y que una vez entrado en convento y de frailes no hay sacarlo de allí, son tan duros de determinarse en aconsejar al Rey que lo entregué a cuyo es, y los más creo que lo hacen por esto, que no porque digamos que como buenos ministros miran por la hacienda del Rey y también porque les parece que todo lo que se da a Dios es echarlo al río abajo, que tan estragado como esto tienen los seglares el gusto. No sabré decir en qué estado está esto, que es harta lástima; sólo hay un consuelo y es que el Rey lo quiere dar por ser la última voluntad del Rey su padre. Con todo es harta lástima que a cabo de cuatro años esté tan a los principios. Sobre esto ha habido sus juntas y muchos dares y tomares y se han venido a resumir en que quieren dar a Campillo y Monesterio, y ansí se lo han aconsejado al Rey [lo dé] al convento en posesión no más hasta después de sus días, y después lo deja libremente todo al convento. Dios sabe quién lo verá.

La Reina también muestra tener mucha voluntad y amor a esta su Casa, y ansí se ve en algunas cosas. Hoy sábado ha pedido una

olla de lo que come el convento de cosas de sábado, y para el día siguiente otra de muchas cosas, que nosotros llamamos olla podrida. Hala dado mucho gusto comer esas zarandajas: como está preñada tiene mil antojos; hágala buen provecho que todo ello vale bien poco.

Este día se dijo el Rey enviaba bastantes poderes al duque de Berganza su primo para que castigase a los rebeldes portugueses que se hallasen culpados en los tratos que traían con el hijo de don Antonio, y también se dijo se hallaron en una cueva escondidas | fol. 154 v. armas para muchos hombres, y que también averiguasen esto y se supiese quiénes eran los principales movedores de estos motines y que fuesen castigados con gran rigor.

La Reina antes de salir de esta Casa quiso comer una olla como las que comen los frailes, y ansí se la llevó el fraile cocinero y con [él] otros mozos de cocina. Habíasela de dar y servir el mesmo fraile a nuestro modo, que así la quería comer la Reina.

El Rey, el día antes que de aquí partiese, entró en el convento solo con dos caballeros, el uno de ellos era el duque de Medinaceli, y Antonio Voto. Visitó la sacristía y el aposento donde están las reliquias. Estuvo en las librerías y prometió de dar grandes cosas para aquellas oficinas. De allí subió a la torre de las campanas y entró en la celda del campanero, donde solía subir el Rey su padre a ver las cosas que tiene puestas aquel fraile por tan buen concierto; y todo es de vidrios quebrados, y entró dentro y vió cuanto había allí, y lo miró todo y se rió mucho de ver aquellas cosas tan malas pero bien puestas, y ansí dicen que dijo viéndolas: *En mi vida he visto locuras puestas por concierto, sino es aquí en esta celda.* Vió los pájaros, y particularmente una abubilla, que la atan una cuerda | al pescuezo fol. 155 r. y al cabo de ella un carro hecho de papelones, y es muy bien hecho, y tira de él y llévale tras sí. Rió esto mucho el Rey en gran manera y todos los que con él iban, que pensaron reventar (1).

La Reina fué a La Fresneda con sus damas y con su nueva ca-

---

(1) Es indudablemente el lego de quien aquí se habla fray Andrés de San Lorenzo, que profesó en 1 de marzo de 1575 y murió el 17 de enero de 1608; varón recto, santo, flamenco de nación, perpetuo relojero y campanero, cuya «vida fué muy igual, con una sencillez notable, juntamente con agudeza en

marera la condesa de Lemos, y vió toda aquella recreación, que es muy de ver. La Reina la llevan en silla entoldada y tiene señalados para que la lleven doce napolitanos, unos hombrazos como unos filisteos, según son de grandes, para que se muden a trechos. Merendaron en la fuente de la Reina, en la que está dentro del jardín grande de La Fresneda y estuvieron allá hasta el anochecer.

El Rey, después de haber dado una vuelta a la casa, se tornó a su palacio. Anduvo siempre con Antonio Voto, por ser guardajoyas. Es muy buena cosa y ha hecho muy bien su oficio y tiene mucha afición a esta Casa y amor a las cosas del buen Rey muerto, su amo y señor, y ansí siempre que este Rey ha ofrecido los cálices, que es de costumbre ofrecer de los reyes de España en el día de la Epifanía en cualquiera parte que le coge, ofrece tres: el uno es para la capilla real, y el otro para donde le mandan poner, y el otro, unos dicen que para esta Casa, otros, que no gustan, dicen que [no] sino al albedrío del Rey. El guardajoyas lo ha hecho tan honradamente, que ha negociado que el uno sea para esta Casa y ansí los ha traído todos los años y le ha costado harto trabajo, porque ha tenido mil contrarios y otras tantas contradicciones, y con todas ha rompido, y con sus buenas razones ha vencido todas las dificultades y ha podido
fol. 155 v. tanto, ayudándole a ello el mesmo Rey | que cada un año ha traído el suyo, y éste lo mesmo. Débele mucho esta Casa por lo mucho que por ella hace y ansí lo solicita todo lo que a ella pertenece como si fuera para él propio y mucho más.

3.—Este día, que fué lunes quince días de julio, a las doce de medio día hubo un bautismo. Bautizóse un caballero persiano, uno de los que vinieron con el embajador de Persia, y su sobrino, mozo de veintidós años. Bautizóle el limosnero mayor y capellán don Alvaro de Carvajal. Fué su padrino el Rey y su madrina la duquesa de Lerma, por estar la Reina impedida con su preñado. Empezóse el bautismo a la puerta de la iglesia, y en el altar mayor le ungieron y bautizaron. Llamóse Diego (1). Estuvo a este espectáculo todo el

---

algunas cosas. Hacía muchas de manos, y tenía en esto el ingenio muy de flamenco, como se vee en la celda que dexó, que durará muchos años». *Memorias sepulcrales*, II, fol. 346 r. sepultura 42.ª

(1) † En el Monasterio de st Lorençio el Real a quinçe dias del mes de

convento y todos los caballeros de la corte y casa real (1). Acabado el bautismo, los Reyes se fueron a comer para aprestar su partida, la cual fué a las cinco de la tarde. La Reina va en silla, por ir preñada. Antes de salir de esta Casa confesó y comulgó. Fueron a dormir a Campillo, otros a Guadarrama. Dice el vulgo iba el Rey muy contentillo, porque le han dado tan larga licencia para holgarse. Dicen le llevan a Valladolid a su noviciado, y que no van a Burgos por estar preñada la Reina. De la cual dicen que está muy contenta con la nueva camarera, por ser más humana que la Duquesa.

4.—Díjome un personaje, que en sabiendo que supo el Rey la muerte del virrey de Nápoles su marido, escribió al momento una

---

julio de mill y seisçientos y dos Años el s.r don Aluaro de Carauajal limosnero y capellan mayor del Rey nro s.r Baptizo en la yglesia conuentual del dicho monasterio a don diego de Persia Cauallero Persiano conuerso. fue su Padrino de Pila el Rey don Philippe nro s.r Terçero deste nombre. y la madrina la duquesa de Lerma. fueron Testigos. fr. Miguel de s.ta Maria Prior del dicho mon.o fray Lucas de Alaejos y el P.de Moreno cura del escurial. y en Testimonio de Uerdad lo firmo de su nombre. fecha vt. supra. D.or don Aluaro de caruajal.

Lib. 2.º de Bautism.s desde 1594. hasta 1623 (f. 140 r) (Iglesia parroquial de San Bernabé de El Escorial).—Letra del padre fray Lucas de Alaejos.

(1) Años adelante y en suceso infeliz para él, vuelvo a encontrar a don Diego de Persia en Madrid, según se puede ver por la lectura del siguiente curioso documento que a ruego mío ha copiado esmeradamente mi buen amigo el señor don Alvaro Gil de Albacete, secretario de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Archivo General de Simancas.—Procesos de la Cámara (Legajo 1648, folio 28)

Copia de testimonio original de un proceso contra Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, dado a instancia de este en 1610.

En la billa de Madrid a veinte dias del mes de henero de mil seiscientos e nueve años, el alguacíl Diego Garcia denunció y acusó criminalmente a Vgenio Heredia y Alonso de Salas y a don Diego de Persia e a Fernandez de Olibenza y a los demás que resultavan culpados en razon de questa noche los susodichos sobre acuerdo y caso pensado fueron en casa del dicho don Diego los dichos Heredia y Salas y le sacaron a pasear, donde en la calle le acuchillaron en la cara y después salieron otra segunda bez con broqueles y le acuchillaron, en que an cometido delito: pidió sean castigados e lo juró=Ante mí=Villafañe.

Declaración de Don Diego de Persia que fué el herido.—El dicho dia mes y año dichos (20 de enero 1609) se reziuió juramento en forma de derecho de

carta a la condesa de Lemos consolándola de la muerte de su marido el virrey, y juntamente la hacía merced de cuarenta mil duca-
fol. 156 r. dos | de ayuda de costa y nueve mil de renta de por vida en las sacas de pescados de la mesma ciudad de Nápoles, y que se viniese luego que la había menester para su servicio, y mandaron que fuese por ella el conde de Gelves, su hijo, con otros muchos caballeros que la viniesen acompañando. Vínose por Roma y fué recibida en aquella ciudad con grandísima pompa y majestad. Salióla a recibir casi toda la curia romana; hiciéronla los cardenales grandes banquetes y mucha fiesta, y andaban sobre esto a porfía cuál de ellos lo haría mejor, y cada uno de por sí hiciéronla grandes caricias y muchos presentes. Y que el que más la honró y festejó fué el sumo pontífice Clemente octavo. Festejóla mucho y hospedóla dentro su

---

don Diego de Persia natural de Persia e no es casado ni tiene en esta corte pariente ninguno y es de hedad de veinte y cinco años poco mas o menos= preguntado que heridas tiene quien se las dió e porque el qual dixo que tiene dos heridas la una en el carrillo derecho de que tiene cortado cuero y carne e le a salido mucha sangre y otra deuajo de la tetilla yzquierda de poca consideración, y que lo que pasa es questa noche despues de auer zenado salió de su casa en compañía de Vgenio de Heredia musico de Camara e de Salas poeta que le avian benido a buscar e se fueron a pasear y entraron en la calle de la Cruz en casa de unas mujeres que no saue como se llaman porque los susodichos le lleuaron a la dicha casa, e despues de hauer salido empeçaron los susodichos en combersaçión a decir mal de mugeres y este que declara les decia que era mal hecho decir mal de muger de forma que se yban paseando e llegando junto a la Conçepcion Jeronima porque los yba este que declara acompañando a su casa, diçiendo mal de mugeres como dicho tiene le dixo este que declara al dicho Vgenio de Heredia que era un picarillo el qual le asio luego a este que declara de la espada e se la quito este que declara e metieron mano entrambos a dos contra este que declara y le tiraron muchas cuchilladas hasta que le quebraron su espada e después de quebrada el dicho Salas le dio la herida de la cara e las demas no saue qual e luego se bino este que declara a su casa e se puso un lienço en la herida e tomo una espada de un criado suyo y un broquel para salir a buscarlos e no le dejaron salir en su casa e desta manera paso la quistion ques la berdad.

Confesión de Alonso de Salas.—En la Villa de Madrid a veynte y tres dias del mes de setiembre de mill y seyscientos y nuebe años el Señor Alcalde don Gonçalo Perez de Balençuela reszibio juramento en forma de derecho de un hombre preso y se le pregunto lo siguiente.

Preguntado como se llama que oficio y hedad tiene el qual=dixo que se llama Alonso Geronimo de Salas Baruadillo y ques hijo de Diego de Salas Baruadillo difunto y de doña Maria de Porras su madre en cuya compañia esta y del liçenciado Diego de Salas su hermano y que acude a negocios de la

sacro palacio, que es la mayor honra y el mayor favor que puede hacer el papa a una pura criatura. Comió con ella en público y brindóla a uso de Italia. Ofrecióla el papa un gran presente de muchas cosas, como son grandes pinturas, y de reliquias mucha cantidad. La Condesa presentó al Papa un muy rico presente de cosas muy curiosas del altar y sacristía, y un muy rico presente de un ornamento muy rico para decir misa con su frontal, que dicen valía más de doce mil ducados, con grandes cosas de holandas y lienzos lindamente labrados. No quedó cardenal en Roma ni potentado en Italia que no la presentase algo; y ansí dicen que el príncipe de Parma le salió al camino con grandísimo acompañamiento y la hizo un muy rico presente. El gran Duque de Florencia la envió otro, con un hermano suyo, mozo de grandes esperanzas, llamado Juan

---

Nueva España y en esto se entretiene y es de hedad de beynte y siete años poco mas o menos.

Preguntado si este confesante a estado Preso en la carcel real de esta corte y porque y si a sido mandado prender diga la causa y la ocasion porque=dixo que no a estado preso en esta carcel y que saue que se a procedido contra el por decir que hera culpado en las heridas que se dieron a don Diego de Persia y aunque a estado en esta corte y en su casa no le an prendido y que la berdad es que este confesante y el dicho don Diego de Persia riñeron la noche del señor San Sebastian pasado deste año y salieron heridos el dicho don Diego en el rostro y este confesante en la caueza, pero que ya estan sanos y son amigos y que la pendencia fué sobre palabras que entre los dos tubieron y esto responde...

Acuerdo.—Lo que pide Alonso de Salas Baruadillo preso por mandado de la sala sobre soltura tiene otra causa de herida a don Diego de Persia; saquenle de sus bienes zinquenta ducados pobres y gastos y a el le saquen desta corte desterrado por quatro años y no le quebrante pena de cumpliros doblados=Enriquez.

Notificación.—Este dia se notifico al susodicho Diego en su persona=Enriquez.

Auto.—En Madrid a diez y siete de octubre de mill y sesiçientos y nuebe años sauado por la tarde estando en la audiencia de la carcel Real desta Corte los Señores licenciados don Fernando de Alarcon y Martin Fernandez Portocarrero del Consejo de Su Magestad y Francisco Marquez don Gonzalo Perez y don Fernando Ramirez Alcaldes de su casa y corte abiendo bisto este negocio dejaron escrito en el libro de acuerdo lo siguiente:

Acuerdo.—Alonso de Salas Baruadillo por denunciación lo probeydo en quanto al destierro con que sea solo por dos años y la demás condenación se reboca.=Enriquez.

(Tomo 31. de la «Colección de libros publicados por la Sociedad de Bibliófilos españoles.»)

fol. 156 v. de Médicis, | muy grande, a una ciudad suya nueva, que ahora la hace, donde la Condesa tomó puerto, y por ser tan principal este puerto y tan bueno el Duque ha fundado a mucha prisa esta ciudad. No pudo ir él allá y ansí envió a este su hermano y a excusarse. Y ansí me dijo el mayordomo de la misma Condesa, que era conocido mío y mucho, que valía más de cuatrocientos mil ducados más la recámara de sus amos los condes de Lemos, más que cuando pasaron a ser virreyes a Italia, [y] que salían de los pueblos a vella como si fuera cosa caída del cielo, por la fama grande que en toda Italia y en todo el mundo hay de que su hermano el duque de Lerma es el Rey de España, y ansí le llaman a boca llena, que no le llaman el suyo, y por eso es tan estimado él y sus cosas, [y] por lo mesmo tan tenidas y estimadas por tener de su parte al Rey, o por mejor decir se lo es él.

CAPITULO XI

(1602)

[1. Marcha la Corte de San Lorenzo.—2. Viene a esta Casa el obispo de Plasencia: su boato.—3. Ruidosas diferencias entre dominicos y jesuítas.—4. Regalos del Rey a San Lorenzo.—5. Privanza sin igual del duque de Lerma: sus cualidades personales.—6. Quejas de los portugueses contra el Rey.—7. Sucesos varios]

1.—En partiendo de aquí el Rey, todos se fueron tras él, que fol. 157 v.
muy pocos se quedaron atrás, o ninguno, y van todos de malísima gana de aquí, porque se hallaban muy bien en este sitio, a lo menos los más, y el mesmo Rey el primero, y si a él le dejaran nunca él saliera de aquí; y lo que en tiempo del Rey muerto no podían ver y abominaban de ello (que era el estar en casa tanto tiempo) ahora lo estiman y aman mucho, y nunca quisieran apartarse de este santuario por la poca comodidad que tienen en Valladolid.

2.—Dos días después de salido el Rey de esta Casa, salió de ella el obispo de Plasencia (1) que había venido a verse con el Rey, que le envió a llamar no se sabe para qué de cierto, por ahí dicen que para sangrarle de bolsa, que hay fama que tiene muchísimo dinero, y ansí dicen que da cien mil ducados. (2) Yo no creo nada. Y otros dicen le convidaron con el arzobispado de Santiago y no lo quiso por ser mejor el que él tiene y mejor tierra. Comió este día en la hospedería y sacó un aparador de mucha plata y grandes vajillas,

---

(1) Don Pedro González de Azevedo.

(2) «Han mandado llamar al Obispo de Plasencia, para que vaya a un lugar cerca de San Lorenzo, donde se le dirá para lo que es llamado del gusto y servicio de S. M; créese que le mandarán llevar de aquí la Infanta a Madrid, para curarla del usagre que tiene en el rostro y en la cabeza, por parecer aquella tierra más a propósito para semejante cura que esta». Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, p. 149.

tanto que espantó a todos los que lo vieron por ser mucho en demasía. Después lo vimos tendido en el claustro de la Compaña, que
fol. 158 r. lo | estaban fregando y con ser muy grande le ocupaba casi todo, cosa que me espantó muchísimo y en mi vida vi tanta plata junta de un hombre particular, y con haber visto otros muchos aparadores, como son el del arzobispo de Toledo, y Nuncio, y obispo de Segovia, y de Avila, puedo decir y aun jurar que todos juntos no tenían tanta plata como este solo. Parecióme una muy grande fanfarria para obispo. Antes que se fuese hizo órdenes menores a dos frailes, de grado y corona.

3.—Este día se dijo tornan en la corte las bravas competencias entre los padres dominicos y teatinos, y que los padres dominicos sustentaron unas conclusiones del padre Báñez, catedrático de Prima, de su mesma orden, y a ellas convidaron a casi toda la corte y entre ellos a muchas mujeres principalísimas, y que por esta ocasión decian
fol. 158 v. muchas cosas en romance. En una | oración que hicieron en latín, y en romance picaron mucho y mormuraron bravamente de los teatinos. Siempre han tenido bravas diferencias estas dos religiones por sustentar diferentes opiniones entre si, y esta [es] la causa que siempre andan en grandísimos pleitos y diferencias. Después de sustentadas pidió licencia el Conde estable para hablar, que quería decir dos palabras al padre que presidía. Dicen que le dijo: *¿Quiere V. Excelencia argüir?;* y él respondió que era hombre de capa y espada y que a él no incumbía argumentar, pero lo que le parecía de aquellas conclusiones era que eran muy escandalosas y muy perniciosas, ¿y qué dirían los herejes de Alemania y de Francia y de Inglaterra y de otras partes? Y sobre esto le hizo una muy gallarda oración y un razonamiento muy discreto, como quien lo sabía tan bien hacer, y con esto se despidieron y se acabaron las conclusiones. En saliendo de allí vase el Condestable, y con él otros graves personajes, a los teatinos y dícenles que a ellos les incumbe tornar por esta causa y que suena muy mal semejante cosa, y ansí lo tomaron muy a pecho los teatinos y sacaron otras conclusiones, y las sustentaron muchos días y todas en latín. Anduvieron muy comedidos, porque nunca dijeron ni murmuraron en sus oraciones de los padres dominicos, como ellos habían hecho. Y sobre esto ha habido un gran pelotero. Dicen algunos que los padres dominicos se hacen muy insolentes,

como ven tiene el Rey confesor de su orden y el duque de Lerma lo mesmo, y haber elexido | la capilla mayor de San Pablo de Valla- fol. 159 r.
dolid para su entierro, y que esta es la causa por donde se atreven tanto los padres dominicos; pero yo no lo creo, y cuando no había nada de esto y andaban tan encontrados como ahora, sino que ellos tienen otros mejores fundamentos y más firmes que estos. Ello es pleito, y vemos que ha muchos años que le traen entre si estas dos religiones, y personas muy graves que se han puesto de por medio los han concordado, y a cuatro días tornan a sus diferencias. Dios los ponga en paz, que en harto ruido se han metido ellos y no sabemos cómo y cuándo saldrán de él.

4.—Antes de partir el Rey de esta su Casa mandó entregar mil ducados para aderezar algunas cosas que tenían necesidad de reparo. Mandó una muy rica y grande Biblia que dejó el doctor Arias Montano a esta Casa y la tenían detenida en Sevilla los caballeros de Santiago, que son de su orden. Mandó su Magestad la dejasen libre y la enviasen luego a esta su Casa de San Lorenzo el Real. Dejó también recado para que se acabase el ornamento rico de las honras de la Emperatriz, y una | corona muy buena de bronce do- fol. 159 v.
rado para las honras de las personas reales, y otros muchos favores que hizo, donde da muestras de tener mucha afición a esta su Casa y a los frailes de ella. Mandó ansímesmo dar cuatro o cinco cálices sin el ordinario que da cada año, que todo esto arguye grande amor y mucha voluntad y afición a las cosas del Rey su padre, de que tantos y tanto han procurado apartarle y no han podido, de que todos estamos contentísimos, y más de la nueva que vino en que el Rey manda despachar las cédulas, y se despacharon, de la hacienda que el Rey da a esta su Casa contra voluntad de todos cuantos andan a su lado, que lo contradecían, pero él quiso darlos a entender a todos ellos que es verdadero hijo del Rey su padre, y con esto los dejó a todos muy espantados y admirados, que nunca tal creyeran que el Rey tal cosa hiciera.

5.—El duque de Lerma estaba en mucha privanza con el Rey, y tanto que muchos siglos ha que no se ha visto cosa semejante. Todo se despacha por él y él hace y deshace como quiere y no se atiende a otras cosas más que a lo que él quiere, de que es esto parte de hartas murmuraciones de que él lo mande todo y se despache por

él. Y si uno ha de mandar al Rey por mejor tengo que sea el Duque de Lerma que otro ninguno; porque al Duque todo el mundo le conoce: es muy buen caballero, pacífico, manso, agradable, de buena condición, muy afable, generoso, magnanimo y de muy buenas [entrañas] y manso de corazón y muy tratable, y en su condición un ángel. No es colérico ni antojadizo; tiene muy buen recibo, y sobre todo es muy gran cortesano. No le habla nadie que no quede muy
fol. 160 r. | prendado de él y grandemente aficionado. Que en otro cayera el mando que fuera más furioso y no nos pudiéramos averiguar con él, y que todo lo echara a doce, como dicen, pero él no ha hecho mudanza en la condición, ni en el recibo tanta privanza, pues vemos que está tan humano y más que cuando era vivo el Rey Católico, y ansí es muy bien haya caido todo en tan buena cosa como el duque de Lerma, que cierto que no se le puede negar que no lo sea por excelencia digno descendiente de los Roxas y Sandovales de donde él desciende, familias tan conocidas en España y que tan bien han servido siempre a sus Reyes y con tanta lealtad como lo dicen las historias, y por decirse allí no será necesario repetirlo aquí, por no enfadar, que si de esto hubiéramos de decir campo teníamos para extender bien la pluma, para decir de esta familia, y por lo mismo dignísima de que la Potencia de España y Reyes de ella hagan el caso y confianza que de ella se hace y vemos tiene en la casa real (1).

Lo que es cierto es que gasta este Rey al doble que su padre, y que cada dia que va fuera gasta, unos dicen que cuatro mil ducados, otros que dos mil; y la mitad gasta el duque de Lerma con su casa y gente por traerla tan lucida como el Rey: los pajes se diferencian

---

(1) Quevedo retrata así al duque de Lerma: «Tuvo persona autorizada no sin gala, mocedad venerable, y vejez pulida, rostro con caricia risueña, halagüeño: mañoso más que bien entendido; de voluntad imperiosa con otros, y postrada para si: no generoso sino derramado; antes perdido que liberal, no sin advertencia y nota, pues daba de lo que recibía... Fué su ruina que privó más como quiso que como debía: no fué privado de rey, otro nombre más atrevido encaminó sus atrevimientos dichosos, pues pareció más competir a su señor que obedecerle. Vengó de si mismo a D. Felipe III, dejándose poseer de valimientos en sus criados tiranamente poderosos: fué posesión del marqués de Siete-Iglesias y de otros muchos, en quien, dividida su libertad y grandeza, le vimos con desaliño desperdiciar su poder, obediente a su familia, y postrado a pocos años y menos partes...» *Grandes anales de quince dias*, ed.ⁿ c., p. 217.

muy poco; de manera que según el gasto de ahora y cotejado con el del Rey muerto Felipe segundo, podemos decir que tenemos dos reyes en España, y esto es sin duda ninguna que es ansí verdad y todos lo saben.

6.—Por ser mi principal intento contar las cosas que tocan a esta Casa de San Lorenzo el Real y a su acrecentamiento, diré que había muchos días que esta Casa tenía un fraile en la ciudad de Lisboa en Portugal cobrando las cosas que vienen de la India y esta Casa tiene de renta, y cobró y muy bien con cartas de favor que para ello llevó del Rey para que sus ministros le despachasen y con ayudarle para ello el virrey de aquel reino, que también es muy aficionado a las cosas de esta Casa, y llegó en estos días y bien despachado y trae de toda cantidad.

Y con esto lo dejaremos aquí para contar en otro capítulo lo que nos queda que decir de este año, que todavía no nos faltará que decir con el ayuda de Dios.

Este día es primero de agosto, y a la tarde hubo en esta Casa una gran borrasca de truenos, relámpagos y agua, y un aire muy recio que pensamos se quería hundir el mundo, y un | granizo que fol. 163 v.
hizo harto daño en las vidrieras, y después tornó otro a las nueve tan grande, y tan furioso con tan grande aire y tantos relámpagos y truenos y agua, y duró buen rato, pero se sosegó después.

En estos días supe de un personaje que vino de Lisboa, cómo fol. 164 r.
estando en aquella ciudad vió dos cosas extrañas y que en aquella ciudad y reino se tuvieron por mal agüero y ruin pronóstico. La primera fué que se abrasó un famoso hospital real que había y muy principal, y con ser de muy buen edificio y la cosa más superba que había en todo el reino y que no se pudo remediar nada, ni apagarse, que no parecía sino fuego infernal. Quemóse mucha riqueza y duró muchos días el fuego sin poderlo agotar, ni bastaron a ello cuantas diligencias humanas se hicieron, que no fueron pocas. Abrasóse hasta los cimientos, que no quedó piedra sobre piedra, que no parecía sino que la ira del señor vino sobre él.

Tras esto luego sucedió otra, y que la vió él por sus ojos, y fué que vinieron tantas langostas que cubrían la tierra, y si fuera tiempo de mieses lo abrasaran todo, y estuvieron de esta manera encima de la tierra, campos y prados por espacio de tres días, que no se veía

fol. 164 v. palmo de tierra | que no fuese langosta y que eran muy grandes, y al cabo de ellos tomaron vuelo y se fueron a la mar y allí se ahogaron (1).

El reino de Portugal está muy pobre; todos se quejan y dan voces al cielo y dicen que *non habemus regem*, y esto dícenlo porque el que tiene no le conocen, ni les paga, ni a los soldados que tiene en los presidios va para cuatro años que no les paga blanca, y ansí no quieren pelear ni hacer cosa buena. Sabiendo el virrey en el peligro que estaba el galeón que vino de la India, echó pregón que todos saliesen a defenderle los que tiraban sueldo del Rey y respondieron que los diesen armas y en qué ir, porque las que tenían las habían vendido para comer, como el Rey ha tanto que no les paga, y apretándoles a que fuesen dicen que no conocen Rey ni su moneda, que fuese el duque de Lerma y sus criados, pues a él y a ellos se les hacen las mercedes y todo es para ellos.

Casi todos cuantos están en Lisboa y en el reino son todos enemigos del Rey, y ansí en entrando que entraron en el galeón de la India, en guisa de defenderle de los enemigos, todos dieron en robarle y después alzan banderilla y conciértanse con el enemigo y ansí le entregaron el galeón. Y si llegase allí un armada grande se darían todos por no dejarse morir de hambre, como ahora lo hacen, que no tienen de qué comer, ni de donde sacarlo. Es grandísima compasión de ver el mal gobierno que en esto se tiene y hay; y de todo tiene inteligencia la reina de Inglaterra, y ansí no pierde punfol. 165 r. to, y saben muy bien lo que acá pasa | mejor que no acá y cuándo vienen y van navíos, y luego sale con su armada y no deja cosa a

---

(1) «Sucedió en Lisboa la víspera de San Simón y Judas, que se hizo la fiesta de la canonización de San Raimundo en el monasterio de su orden, con muchos fuegos artificiales al anochecer, el cual se prendió en la Iglesia del Hospital general que estaba vecino, y sin echalle de ver se quemó toda ella, sin pasar adelante porque se puso remedio.

Los tres días siguientes se vieron sobre la ciudad tanto número de langostas, que quitaban la luz; las cuales eran mucho más grandes que las ordinarias y dejaban abrasados los árboles y prados donde se sentaban, y al cabo de estos días se fueron sin ser más vistas.

Hízose junta sobre lo que podía suceder de esta novedad, y se dijo que se podía temer de peste y hambre;...» Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, páginas 125-26 (octubre de 1601).

vida y se lo lleva todo con sus manos lavadas. La causa porque está aquel reino tan pobre es por haber muy poco que el Rey mandó sacar dos millones y medio, que habían venido de la India y se habían allegado, del reino. Estos los querían ellos para remediarse a sí y a todo el reino, viene el Rey y dice que no, sino que lo quiere todo porque lo ha menester para pasar a Flandes, y ansí no les dejó [nada] a los tristes, y lo otro que le hace empobrecer tanto es que no viene navío, ni galeón, ni bajel que no le cogen los enemigos y ansí están perdidos a remate.

Cada momento hacen rey y dicen que no es muerto su rey don Sebastián. Un hombre estaba en la ciudad de Génova, en Italia, en estos días, y se hizo y dijo ser él el rey don Sebastián. El embajador que tiene el Rey en aquella Señoría hizo instancia con la Señoría para que se le entregasen y le costó muchísimo trabajo el sacarle. Finalmente, se le sacaron y entregaron y él le embió a muy buen recado a Lisboa y allí le ajusticiaron públicamente.

En Francia anda otro y dicen muy pujamente. En Inglaterra está el hijo de don Antonio, llamado don Manuel, que también se hace Rey y muchos de ellos por tal le tienen, y ansí se vende su retrato en Portugal públicamente. Y de esta manera andan todos en aquel reino que es compasión, todos alteradísimos y desesperados.

7.—En estos días se celebra la fiesta de la dedicación de esta igle- fol. 166 v.
sia, que es a veintinueve de agosto, fiesta muy solemne y por lo mesmo muy regocijada. Sucedió una muy gran desgracia, y fué que fueron los nuevos y novicios a tañer las campanas, como es de costumbre, por haber muchas y ser fiesta principal. Pues estándolas tañendo se cayó una lengua o badajo de una de ellas y acertó por gran desgracia a un novicio en mitad de la cabeza, que le hizo saltar los sesos y se la abrió. Desgracia grandísima que a todos lastimó muchísimo. Estuvo el pobre muy malo sin juicio y con grandes ansias y congojas que tuvo los dos días que duró. Murió con sumo dolor de todos, que les pesó infinito. Fué cosa notable este golpe que le quitó el juicio luego, y le quedó como muerto por espacio de media hora, y luego tornó en sí y estuvo cuatro horas en su pleno juicio y ansí confesó y le dieron el sacramento de la extremaunción, que el de la Eucaristía no pudieron dársele por los vómitos que tenía. Murió como un angelico. También fué cosa notable que

fol. 167 r. todo el lado derecho, brazo | y pierna se le adormeció y preguntaba que cúyo era aquel brazo y pierna, que él no lo sentía ni lo podía menear y que no era posible que fuese suyo (1).

fol. 167 v. Este día se dijo habían dado el obispado de León al provincial de los dominicos, el que hizo los conciertos entre el duque de Lerma y los frailes de San Pablo para que le diesen aquella capilla para su entierro y de sus deudos. Este es el obispado que todo el mundo decía daban al prior de San Lorenzo, y ansí se decía publicamente; paréceme que ya no podrá ser; harto gustáramos todos de ello, y cierto que él merece cualquiera cosa por su gran santidad.

En estos días estuvieron en esta Casa de San Lorenzo dos hijos del conde de Benavente, que iban a verse con su padre, que va por virrey de Nápoles y están estudiando en Salamanca.

fol. 168 r. Ya en este tiempo estábamos en once días del mes de setiembre, donde en esta Casa se hacen honras por el ánima del rey Felipe segundo, nuestro fundador, que buen siglo haya, por haber pasado de esta vida a la eterna tal día; hácense con mucha solemnidad, majestad y gravedad, y lo que más es de estimar con lágrimas de devoción y ternura de corazón.

fol. 169 v. En Valladolid sacaron estos días un pronóstico que dice que *Idiotae praevaluerunt,* y dícenlo porque se han hecho algunas provisiones de obispados y de otros oficios en hombres no de muchas letras ni aventajados en ellas.

---

(1) Se llamaba este novicio Gregorio y era natural del Castillo de Garcimuñoz, Cuenca. *Memorias sepulcrales*, II, fol. 274 r.

CAPITULO XII

(1603)

[1. Pasquines en Valladolid y Madrid contra el Rey y sus privados.—2. Ignominiosa y sonada expulsión de palacio de la marquesa del Valle.—3. Es nombrado Inquisidor general el obispo de Valladolid: juicio que mereció este prelado al P. Sepúlveda.—4. Muerte de la emperatriz doña María: grandes virtudes de esta señora.—5. Flaca salud de la infantita María, nacida en Valladolid por estos días.—6. Muerte del insigne fray Antonio de Villacastín: su entereza y otras virtudes].

1.—El primer día de este año fue miércoles y hizo muy lindo fol. 177 v.
día con muy buen sol.

En estos días pusieron en Valladolid un pasquín terrible, en que fol. 178 r.
fingían que todas las virtudes y vicios venían de fuera y pedían posada, y a muchas de ellas despidieron. Llegó a pedir posada la Justicia en palacio, y llamó, y la respondió el Rey que allí no posaba sino la Inocencia e Ignorancia, y que donde hay Ignorancia no es menester la Justicia. La Avaricia, en casa del duque de Lerma la aposentaron. La Alegría, en casa del obispo. La Paciencia, en casa el marqués de Velada la dieron posada. La Soberbia, en casa de la duquesa de Lerma, y ansí fueron aposentados los demás.

Y casi en los mesmos días habían puesto en Madrid a las puertas de palacio otro que decía: *Un Rey insipiente y un Duque insolente y un Confesor absolviente traen perdida toda la gente.*

Y porque lo digamos todo, aunque de paso, me dijo en esta Casa una persona grave que venía de servir al Rey de espía en Inglaterra, que se supo en la ciudad de Londres dentro de muy pocos días estos dos pasquines, y que estando en aquella ciudad los oyó él a personas que los decían, naturales de la mesma ciudad | y reino, fol. 178 v.
y que no pasa cosa que no tenga aviso luego de ella la reina, y con tanta brevedad que espanta, y que en mandando cualquier cosa no

se le encubre y todo lo sabe y de todo tiene inteligencia; y de aquí viene que no pierden punto y luego acuden.

2.—En estos días se levantó un gran ruído en la casa real, que ha causado harto ruído y un escándalo muy grande, y ansí se han echado mil juicios, y cierto que si no tocara a historia no lo escribiera, y muchas veces estuve por pasarle en silencio, porque como toca tan en lo vivo y de personas tan calificadas y no se sabe, como va tan en secreto, la verdad, y ansí cada uno dice y compone lo que quiere en este caso y lo componen y dicen de mil maneras, y unos lo exageran hasta el cielo y otros lo abaten hasta el suelo, y
fol. 179 r. en | tanta diversidad me parece fuera mejor dejarlo y no decir nada, con todo diré lo que es público y se dice por ahí.

Pues es el caso que en palacio estaba la marquesa del Valle (1), mujer muy conocida de todo el mundo por su grande linaje y hermosura, gran prudencia y mucha discreción, y sobre todo gran cristiandad y grande valor, si se sabe en nuestros días le tenga mujer, con las cuales partes se despachaba lo más y más grave de toda España, y osaré decir que de todo el mundo por esta mujer, por sus grandes virtudes, las cuales conocidas del Rey y duque de Lerma la tenían por un oráculo del mundo, y acudían con todo a ella así las personas reales y los de palacio como de fuera, de manera que si alguno quería alcanzar de los Reyes alguna cosa, del Rey o Reina o del Duque, sin no entraba por la marquesa del Valle no se negociaba. Habíanla hecho en ausencia [¿de la duquesa de Lerma?] camare-

---

(1) Doña Mencía de la Cerda.

«Ha pedido licencia la marquesa del Valle para salir de Palacio...» Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, p. 191 (de Valladolid, 4 de octubre de 1603).

«Aunque se sabía la salida de la marquesa del Valle de Palacio, se creyó que no usaran con ella del rigor que se usó... Como el rigor fué tan grande en su salida, todos discurrían por muchas causas que la podrían haber causado..... más nunca se ha podido atinar con la causa principal.....» Id. idem p. 194.

«A 17 del pasado (abril de 1605), sacaron de Simancas a la marquesa del Valle y a su sobrina doña Ana de Mendoza y las llevaron a Logroño...; de manera que estarán en una honesta prisión, hasta que otra cosa dispongan de ellas.» Id. id. p. 242.

«La marquesa del Valle presa y la dama, su sobrina, están ya libres en Logroño, para ir donde quisieren, como no sea para venir a esta Corte...» Id. id. p. 334 (De Madrid, 15 de marzo de 1608).

ra mayor, y en naciendo que nació la señora Infanta se la entregaron para que la criase a sus pechos, como la crió; y ella entabló tan bién a palacio, introdujo en él tanta compostura y oración y meditación, con otros santos exercicios, que más parecía casa de religión que casa de rey, tanto que no había grande en España que no desease meter a su hija en palacio, porque se criase donde tantas virtudes se enseñaban.

Pues estando aquí tan cabida de los Reyes y del Duque, y por lo mismo de todo el mundo, la mandaron salir de palacio y de la corte y veinte leguas a la redonda, sin saberse de cierto por qué. Díjose que la daban seis mil ducados de renta de por vida en Toledo, en sus casas, y veinte mil de ayuda de costa. No había bien entrado | en Toledo, en sus casas, cuando enviaron un alcalde de fol. 179 v.
corte que la llevase presa a Pinto con dos sobrinos suyos, y allí estuvo muchos días. Allí fueron a tomar su confesión, y respondió que no podría decir su confesión sinó era al mismo Rey, o a todo el Consejo Real, y que así convenía al Rey. Fueron con esta respuesta al Rey, y él mandó la pasasen a Simancas y que la pusiesen en la fortaleza de aquella villa y con guardas, cosa que espantó al mundo, por no haberse visto en España cosa semejante hasta ahora, y el Rey ordenó que dijese su confesión y dicho a los del Consejo Real, que no la dejaron que se la dijese a él, porque temieron que si se viese a solas con la Marquesa le trastornaría y haría de su bando y opinión como tan discreta y sagaz.

Ha habido mil dares y tomares sobre esto y otras tantas barajas que no son para historia, hasta enviar a Flandes por testigos, como fué enviar a llamar para solo este negocio a un caballero hermano del conde de Arcos, y le trujeron. Nunca he podido saber de cierto qué es lo que achacan a esta pobre señora que tanto rigor se usa con ella. Unos dicen que quiso matar o descomponer al Duque con el Rey y que le dió un papel de advertimientos, y el Rey, ni quita ni pon, y dásele al Duque; otros que no, sino que quiso darle con qué matarlo, y sobre esto ha hecho el Duque bravísimas diligencias y procurado, según dicen, que los Reyes, como sabidores de estas marañas entre él y la Marquesa, jurasen contra ella. El Rey respondió al Duque que | en negocio tan grave había menester comunicarse fol. 179 r. bis.
con su confesor para ver si podía hacerse de que el Rey pudiese

jurar en tela de juicio contra alguien. Y para esto el Rey envió a llamar a su confesor y le dijo si podía ser testigo y jurar contra alguno, y su confesor se espantó de oir semejante caso, y le respondió que nunca se había visto para siempre jamás que rey ninguno hubiese jurado contra naide, y que sólo el sí o el nó del rey es más que cuantos juramentos hay de hombres particulares, razón eficacísima y muy bastante para convencer con ella cualquier buen entendimiento, y que él nunca aconsejaría a su Majestad tal cosa, porque sería un negocio muy malo y sonaba mal en todo el mundo, pues en todas las naciones que hay en él no se lee semejante caso. Lo mismo aconteció a la Reina con su confesor, y sin haberse comunicado los dos respondieron una misma cosa, y ansí el Rey respondió al Duque lo que le dijo su confesor y cómo en ninguna manera podía hacerlo, de lo cual el Duque no se holgó de ello mucho. Y ansí, salido de allí, procuró pareceres de letrados que dijesen cómo en caso de necesidad muy bien pueden jurar los reyes, y halló hartos que correspondieron con su gusto, que tanto como esto puede la adulación, y dados los pareceres vase al confesor del Rey y dícele cómo él tiene pareceres de gravísimos letrados que dicen cómo en caso de necesidad muy bien pueden jurar los reyes, que no por eso pierden de su gravedad real. El confesor responde cómo por cosa del mundo no aconsejará tal cosa a su Majestad aunque supiese por ella perder
fol. 179 v. mil vidas. Y sobre | esto barajaron, y aun hay quien díga que le dijo el Duque no sé qué quemazones que fué causa de que al pobre confesor le diese tan grande melancolía y tristeza que le acarreó una tan grande calentura que voló en muy pocos días, y aun quieren decir que murió rabiando. Otras muchas cosas cuentan del confesor que le sucedieron acerca de esta tecla con el Rey y con el Duque de Lerma, que no son para aquí ni debe de ser verdad, y el pleito duró muchos días y se ventiló de una parte y de otra bravamente. Al cabo la sentenciaron, según dicen, los del Consejo Real y la enviaron desterrada por toda su vida a la ciudad de Logroño. Unos dicen [que le dan] la ciudad por cárcel, otros que no, sino [que] en una casa particular la tienen presa o recogida. Todo el mundo se ha espantado se haya usado de tanto rigor con esta pobre señora, sola y viuda, y a todos les ha parecido muy mal por ser mujer. Todas las personas que tienen buen sentir dicen ha perdido muchísimos la casa

real por haber echado de ella una mujer de tanto valor y de tanta prudencia y discreción, y la lloran y echan menos. De creer es que se habrá aprovechado de este tan terrible toque que Dios la ha enviado para que en él merezca para la otra vida, que es lo que se ha de pretender; y habrá echado de ver, pues lo ha experimentado, qué poco hay que fiar en las privanzas de esta vida con los príncipes, y que todo es caduco y perecedero, como lo ha visto en sí mesma, y ansí es mejor atesorar para la otra que es más cierta y duradera.

Tenía esta pobre | señora, un hermano, hombre ya de días, llamado don Juan de Guzmán, sumiller de corps, oficio de mucha confianza y de grande estima, que es echar la cortina al rey y bendecille la comida, y de pocos días acá le dieron el [de] Patriarca de las Indias, nuevamente inventado para sólo honrarle, y otros oficios y dignidades que tenía alcanzados por el valor grande de su hermana y mucha privanza que entonces tenía. El hermano murió en Valladolid pocos días antes de la sentencia que a su hermana se dió, aburrido y de pura tristeza de ver a su pobre hermana y sobrinos presos y en tanta desventura sin saber en qué pararían ni qué se haría de ellos. Como vió tanto poder levantado contra ellos temió el pobre viejo y por quitarse de ruídos tomó y murióse y con esto se quitó de cogijos. Sus sobrinos no sabré decir en qué pararon ni qué se hicieron. Las prebendas que tenía el don Juan luego las proveyó el Duque en sus sobrinos: las dignidades en el hijo del conde de Altamira, y sumiller de corps en un hijo de don Juan de Borja, clérigo, mozo de grandes esperanzas. El patriarcado se proveyó también bien presto, como veremos, en el obispo de Valladolid (1). Y con esto se acabó la marquesa del Valle y sus cosas y su grande privanza, y vemos queda ya sepultada en Logroño sin que haya más memoria de ella que si nunca hubiera sido: ejemplo bastantísimo para hacernos abrir los ojos que no curásemos de las cosas de este siglo ni menos en privanzas de príncipes, pues vemos al cabo vienen a parar en humo a lo más, y muchas veces en sumo odio y aborrecimiento, como se ha visto en esta pobre Marquesa, cosa que nunca tal pensó que en fol. 180 r.

(1) «Al obispo de Valladolid, Inquisidor General, han hecho Patriarca de las Indias, que vacó por Juan de Guzmán y tiene 10.000 ducados sobre tres obispados los más ricos de las Indias, de pensión...» Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, pp. 259 (De Valladolid, 3 de setiembre de 1605).

fol. 180 v. tan breve tiempo | había de dar tan brava vuelta el tiempo y que tan contraria le había de ser la fortuna y con tanta brevedad. No hay sino escarmentar en cabeza ajena y servir a Dios firmemente, que es lo que hace al caso, que lo demás es cosa de burla y que en cuatro días se acaba.

3.—En este tiempo salió por inquisidor mayor el obispo de Valladolid, cosa que acabó de encantar a todo el mundo y que no saben qué decirse las gentes (1). Hubo gran fiesta y mucho regocijo y [como] que se hundía la ciudad de alegrías, y no quedó campana que no tañesen, que parecía que se venía al suelo toda la ciudad, y como veían que el Duque gustaba de ello todos acudían. Hubo aquel día un gran paseo y a la noche muchas luminarias, que no parecía sino que se abrasaba la ciudad, y gran máscara y corrieron un toro. Las mujeres de Valladolid suelen decir unas a otras cuando sale el obispo y le ven ir echando tantas bendiciones: *¿Qué pensáis que hace en aquello el obispo? ¿Pensáis que nos echa bendiciones? No por cierto, sino va diciendo como espantado y santiguándose: «Jesús: ¿es posible que yo sea obispo?»* Y de aquí han compuesto otros dichos agudísimos, y bien lo pueden decir y con razón, que harta
fol. 181 r. ventura | ha tenido y más de la que yo puedo significar aquí, y de ésta todo el mundo es testigo, y para aquí basta. El ha tenido harta ventura, como la han tenido otros muchos, que tampoco se rezaba de ellos, como del obispo. Ello es mundo y no hay que espantarnos de cosa que viéremos (2).

En estos días estábamos ya en la víspera de la fiesta de nuestra

---

(1) «A 10 de éste (febrero de 1603), se publicó el breve de Su Santidad de Inquisidor General para el doctor Azevedo, obispo de Valladolid, lo cual admiró a muchos por haberse proveído este cargo siempre en personas muy calificadas y de grande esperiencia en cosas de la Inquisición y en otros cargos; pero como sea hechura del duque de Lerma, todo se facilitará». Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, p. 168.

(2) D. Juan Bautista Acevedo nació en Oznayo, Santander, en 1555. Fué capellán de Felipe II, y nombrado por este rey obispo de Galiópoli, en Italia, no aceptó. Renunció el obispado de Valladolid en 1606, al trasladarse de nuevo la corte a Madrid, para cumplir con sus oficios de Inquisidor general y Patriarca de las Indias. Murió en 8 de junio de 1608. A pesar del juicio poco favorable del P. Sepúlveda, el Dr. D. Manuel de Castro Alonso, actual obispo de Segovia, dice de él—*Episcopologio vallisoletano*, pp. 220-234,—que fué modelo de prelados.

Señora de la Purificación, que por otro nombre la llaman la Candelaria. Este día, a las diez de la noche, le dieron dolores de parto a nuestra Reina, y le duraron dos horas, y al cabo de ellas vino a parir una infantita con mucha felicidad, pero tan flaca y sin días que era lástima, y luego se vió que viviría muy poco, como sucedió.

4.—En estos días andábamos en veintisiete del mes de febrero, y fué jueves, en el cual día murió en Madrid por la mañana la cesárea | emperatriz doña María, hermana del Rey Católico Felipe se- fol. 182 r.
gundo, y agüela de este Rey que hoy reina, de su enfermedad, la mujer más sancta y más bendita que se supiese vivía por este tiempo en el mundo (1). Murió cargada de años y de virtudes, después de haber muchos que se recogió en las Descalzas, monesterio principalísimo de monjas, de mucha observancia, adonde gastaba los días y las noches en divinas alabanzas, triunfando del mundo y de sus pompas. Todo lo tuvo en menos que nada y se recogió [a] hacer una vida del cielo y de un ángel. Estando en Alemania casada con el emperador Maximiliano fué siempre gran perseguidora de los herejes y amparo de los católicos. Después de habérsele muerto su marido y de haber estado en aquellas partes y tierras muchos años gobernando aquellas gentes tan indómitas, y ser tenida de todos ellos en grande estima y veneración, así de católicos como de herejes, y ser tenida por un oráculo, y con mucha razón, y de dejar allá hartos hijos, dió mucha prisa en tornarse a España. Y porque se sepa y venga a noticia de todos, esta bendita señora en tomando tierra en España, se postró en ella y la besó con muchas lágrimas de devoción y dijo a voces, que lo oyeron todos: *¡Oh bendita tierra; tierra de Dios, tierra de cristianos!;* dicho por cierto [digno] de una tan esclarecida señora y tan cristiana emperatriz, hija verdaderamente de Carlos V. Y ansí la dió Dios tan buena muerte y tan buena vejez, que más es de tener en vida que otra cosa.

Si yo quisiese tratar en particular de la santidad, bondad y religión, piedad con los pobres, caridad y gran devoción de esta santa y bendita Emperatriz | sería nunca acabar. Dejarlo he para otros que fol. 182 v.
lo harán mejor y con más alto estilo que el mío y le darán los ma-

---

(1) La muerte de la emperatriz doña María no fué el 27, como escribe el P. Sepúlveda, sino el 26.

tices y colores que merece. Bástanos saber por ahora lo dicho, y que en toda España fué muy sentida su muerte, y toda ella se cubrió de una general tristeza y luto. Depositóse su cuerpo en las Descalzas, en aquel entierro tan famoso y real que allí tiene la princesa doña Juana su hermana, madre que fué del rey don Sebastián de Portugal. Allí se le han hecho muy reales obsequias y muy principalísimas donde con versos y oraciones ensalzan su nombre hasta el cielo, y todo lo merecía ella y mucho más. Los teatinos, como tan curiosos, han impreso un libro muy curioso de las honras que hicieron a esta santa Emperatriz en sus obsequias y entierro que le hicieron en Madrid, y allí está de presente depositado por habérselo pedido con muchas veras y grandes encarecimientos la infanta doña Margarita, monja descalza, al rey su sobrino don Felipe tercero que por todos los días de su vida para su consuelo no le quite de allí, por ser madre suya y de ella tan querida, que después se ha de traer a enterrar a esta Casa de San Lorenzo (1), entierro de sus padres y de las demás personas reales. En sabiendo que se supo en la corte su muerte, se cubrió todo de luto. Luego al punto se recogió el Rey con la Reina. Los padres de Santo Domingo tuvieron por sin duda el Rey se recogiera en su casa de San Pablo, y ansí lo tuvieron muy a punto y tabicado, mas el Rey, sin decir nada a naide, mandó apa-
fol. 183 r. rejar los coches, y las cortinas cerradas, y tomando dentro | la Reina se fué derecho a Prado, casa de la orden de San Jerónimo, que estaban bien descuidados de tal cosa, y allí estuvo quince días hasta que se aparejaron las cosas necesarias para hacerle sus obsequias, como se las hicieron muy altamente en San Benito el Real de Valla-

---

(1) «La Emperatriz ordenó que se la enterrara en la clausura, con toda humildad, y así según sus deseos se la enterró en el claustro bajo, ante el altar de la Oración del Huerto. Felipe III más tarde (ausente en Valladolid la Corte cuando la desgracia) pensó llevarla al Escorial, pero al fin se decidió colocarla donde está, y en lo alto del coro, al respaldar. Al trasladarla se vió su cuerpo que despedía fragancia cual de reliquias, y estaba entero, sin faltarle absolutamente nada, ni siquiera de naríz, labios u ojos... Ello fué el día 11 de marzo de 1615, cuando hacía doce años cumplidos de la muerte...»

Fué colocado su cuerpo en una urna de jaspe, obra del arquitecto Juan Bautista Crescenci, marqués de la Torre, en 1632. *En las descalzas Reales. Estudios históricos, iconográficos y artísticos por don Elías Tormo.* Madrid, 1917, pp. 202-204.

dolid; y en otras muchas partes de España se las hicieron y muy solemnes y particularmente en esta Casa de San Lorenzo el Real, como en casa suya propia y donde ha de reposar su cuerpo hasta la resurrección universal.

5.—En estos días andaba cada día muriéndose la Infantita, que como vimos, nació el primero de este mes (1) sin días y falta de salud. Particularmente un día la tuvieron por muerta y tanto que la hicieron el ataúd y aparejada la cera y las cosas necesarias para su entierro, y el Rey estaba ya retirado, y se señalaron personas que la trujesen a enterrar y la acompañasen hasta esta Casa de San Lorenzo. Tornó en sí y vivió otros cinco o seis días más. Sabido he no querían que la trujesen acá algunos y que lo solicitaron harto, sino que la pusieran y enterraran en San Pablo, pero el Rey no quiso ni dió oídos a ello, ni le pudieron torcer, ni jamás blandeó, ni bastaron cuantas diligencias se hicieron, como después veremos en su lugar. Tiénese por cosa muy cierta vivió la Infantita los días que nació antes de tiempo, que fueron treinta y tres días poco más como se verá, mas yo entiendo no fueron más que veinte y ocho y a lo más treinta, porque, según dicen, murió a tres de marzo y la traen a enterrar a esta Casa de San Lorenzo, y viene mucha gente con ella, y el mismo Rey dicen quiso | venir con ella, sino le llegara la nueva fol. 183 v.
de la muerte de su agüela la Cesárea Emperatriz, y le fué forzoso retirarse a nuestra Señora de Prado.

6.—En esta Casa de San Lorenzo el Real murió (2) el padre fray Antonio Villacastín, un gran fraile y un gran religioso y a dicho de todos un santo, que no es poco, y un gran ministro del rey Felipe segundo, pues se echa bien de ver en este gran edificio y gran máquina que acabó por su buen maña y buena industria y gran diligencia, como todos muy bien saben, que él fué el todo que se acabase tan presto. Y porque se vea el gran valor y pecho de este gran padre y su tan grata ánima a Dios y cuán despegado estaba de las cosas perecederas y caducas de este mundo, dijo por veces antes que muriese que de nueve millones que por su orden se habían despendido y gastado no le era en cargo al rey ocho maravedís. Gran-

---

(1) 1.º de febrero de 1603.
(2) El 4 de marzo de 1603, a las nueve de la noche.

de limpieza y mayor despego. Yo aseguro que pocos fray Antonios se hallen hoy día como éste, que ni privanza de su rey, ni dinero, ni verse tan estimado, ni venerado de todo el mundo, fueron parte para hacerle torcer un punto del rigor y observancia con que le criaron. A él se le deben las gracias por estar esta octava maravilla del mundo en la perfección que está y ahora la vemos. Y por ser hombre de tanta verdad se le puede creer cualquier cosa. Pues yo le oí decir que sinó fuera por amor de él no estuviera este edificio subido de los cimientos veinte pies, y lo creo, y para mí es certísimo, porque vean si se le deben dar las gracias por ello. Una cosa me espantó a mí en este gran padre, entre otras muchas cosas buenas que Dios le dió, y es que con ser hombre de noventa años y más, siem-
fol. 184 r. pre se le | conoció tan bueno y tan vivo y sano aquel grande entendimientazo que Dios le dió, y le tenía tan lindo y tan claro ahora como cuando era de veinte y cinço años, cosa que me espantó muchas veces y me admiró, cosas raras veces vistas en hombres de su edad. A él se le hizo en esta Casa un entierro con la mayor pompa y majestad que yo he visto en mi vida, y todo se lo merecía él por sus muchas partes y grandes virtudes. Asistió a su entierro convento, colegio y seminario y muchos seglares. Hízose altísimamente con él. Cantóse la misa con mucho canto de órgano y regocijo, premisas grandes de que su ánima estaba gozando de Dios.

CAPÍTULO XIII

(1603)

[1. Entierro de la infanta María, hija de Felipe III: lances y competencias en él acaecidos.—2. Muerte y vida ejemplares del nono prior de esta Casa fray Miguel de Santa María.—3. Sigue el duque de Lerma acumulando cargos en su persona.—4. Muerte de la reina Isabel de Inglaterra. Cualidades de Jacobo I.—5. Vienen los reyes a San Lorenzo.—6. Capítulo general de la orden de San Jerónimo.—7. Cásase en San Lorenzo el marqués de Tabara con una hija del Conde de Altamira.—8. Desavenencias entre los religiosos de San Lorenzo. Otras noticias.]

1.—En estos días, seis de marzo, jueves, a las cuatro horas de la tarde entró en esta Casa de San Lorenzo el obispo de Salamanca, recién electo y consagrado, con el conde de Orgaz y conde de Pliego y con otros muchos caballeros, que trujeron a enterrar a la infantita recién nacida, que murió el sábado pasado en Valladolid (1). Estábamosla esperando en procesión a la puerta del pórtico todo el convento, colegio y seminario, y todos con velas blancas encendidas y con muchas hachas que llevaban muchos caballeros. Iba en medio de la procesión en hombros de ocho caballeros, todos con hábitos y grandes lutos. Hízose con mucha solemnidad y con muchas capas de blanco de brocado blanco, y el preste y ministros vestidos de lo mesmo, que adornaban mucho la procesión. Hubo mucha música. Pusiéronla en medio de la iglesia en un gran túmulo que para esto se hizo, y se cantó a fabordón lo que hay para semejantes entierros, y acabado, de allí la tomaron ocho señores de hábito para meterla en la bóveda y | se levantó gran ruido entre ellos y los archeros y fol. 184 v.
alabarderos sobre cuál de ellos había de hacer la entrega, y los caballeros no se la quisieron entregar, y los archeros hicieron sus pro-

(1) «...Estando las cosas en este estado a 1.º de este mes (de marzo) sábado a la tarde, murió la Infanta recien nacida, de grandes paroxismos y desmayos de alferecía que le duraron cinco o seis días...» Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, p. 169.

testaciones y requerimientos para que se les entregase a ellos el cuerpo para que ellos hiciesen la entrega al convento, como es de costumbre y pertenece a su oficio, y ansí lo mandó el Rey, y los caballeros no quisieron y de esta suerte nunca se concertaron y y ainas no acabaran. Al fin salieron los caballeros con lo que quisieron, y ellos hicieron la entrega, de lo cual los archeros iban sentidísimos y muy querellosos, y con razón. No sé cómo les irá con ello a los caballeros. Por la mañana, a la hora competente, se dijo una muy solemne misa de los Angeles, con mucho canto de órgano y muchas voces y música, asistiendo a ella todos los que habían venido con el cuerpo. Fué mucho de ver con la majestad que se hizo, y ansi iban diciendo todos aquellos caballeros mil bienes y alabanzas y que no sabían con qué palabras encarecérselo al Rey; y particularmente el conde de Pliego, que nunca había visto esta Casa, ni oido cantar nada, iba como fuera de sí, con ser hombre muy grave y docto, y muy espantado y admirado, y no acababa de decir de las grandezas de esta Casa, y que se lo había de alabar mucho al Rey; el cual les mandó que sin dar pena ni pesadumbre a sus frailes se saliesen luego, ni les importunasen por cosa, ni les pidiesen nada, ni les inquietasen en nada, sino que como si nó fuesen de este mundo los
fol. 185 r. dejasen, | y que dicha la misa se tornasen, como se hizo, y para esto les mandó dar ocho mil ducados para el camino y un alcalde de corte que les tuviese aparejado todo lo necesario.

2.—En estos días estabamos ya en el día de San Benito, el cual día fué de mucha tristeza para toda esta Casa de San Lorenzo por haber muerto casi a las diez horas del día el prior de ella, llamado fray Miguel de Santa María, con sumo dolor de todos sus hijos y frailes, por pesarles tiernamente a todos por ser un santo viejo. Tenía unas entrañas de piedad; era muy compasivo; a naide dió pena ni pesadumbre; fué muy humilde, y sobre todo gran religioso, muy exemplar y gran corista; finalmente, digo de él que era un verdadero dechado de San Jerónimo, pues se echó bien de ver esto por espacio de ochenta días que estuvo malo en la cama, el cual, con ser hombre de más de setenta años, nunca se quitó el escapulario de dormir, ni la sayuela (1) de estameña, confusión grandísima para

(1) En el ms. *savela.*

muchos de los que ahora vivimos tan regaladamente, y gran confusión de muchos que ahora vivimos con tanto regalo y descuido, pues no nos contentamos con traer camisas de lienzo sino que las queremos que sean muy delgadas, y aun muchos no se contentan si no son de holanda, y aun las perfuman con olores. Pues al cabo de tan larga enfermedad vino a morir hoy con mucho dolor y arrepentimiento de todos sus pecados, después de haber recebido los santos sacramentos y haber ganado otras muchas gracias e indulgencias y haber hecho otras muchas cosas de gran cristiano y gran padre. A todos les pesó | infinito de su muerte por morir en tan recia fol. 185 v.
ocasión y coyuntura, y ansí sepultamos con él la Paz, pues sabemos fué amicísimo de ella y procuró que la hubiese en todo su tiempo, y ansí gobernó la Casa, y Colegio, y abadía de Párraces con mucha quietud, tanta cuanta jamás ha habido en esta Casa, por lo cual tenemos mucha confianza en nuestro Señor está gozando de su gloria pues no se sabe haya en toda esta Casa, cuan grande es, uno tan solo que se queje, ni querelloso, ni que le haya venido mal ni hechósele por su causa, antes los evitó cuanto pudo. Finalmente, digo que se podía hacer un tratado de las muchas cosas buenas de este gran padre por haber mucho que decir de él. Dejarlo [he] esto para otros, que está a su cargo hacerlo, y yo me contento por ahora con decir esto tan de paso, y por no poder con mi poca suficiencia decir lo mucho que había que decir de este gran padre y santo perlado, por sus santas e inculpables costumbres y tan santa y bendita ánima como tenía, que todos le teníamos mucha envidia y confesamos no le merecíamos, y por eso nos lo llevó Dios y nos le quitó y se le llevó para Sí para dalle el premio y galardón de sus trabajos y buenos servicios, por lo cual le habrá dado su gloria y descanso, de que tengo para mí goza ya su ánima. Luego se procuró dar a su cuerpo sepultura y asistió a su entierro todo el convento y colegio y seminario, todos con velas encendidas en las manos y con mucha música y muchas lágrimas de ternura y devoción. Se le hicieron los oficios con mucha pausa y majestad, que a todos cuantos lo | vieron provo- fol. 186 r.
có a gran devoción. Hízose todo tan bien que por el gran Felipe segundo no se podía hacer más ni tanto, y todo lo merecía él por su mucha santidad y mucha y gran caridad.

3.—En estos días se dijo el Rey quiere hacer capitán general de

la caballería de España al duque de Lerma (1), y le da doce mil ducados de gajes porque haga el oficio, y danle por su sustituto al marqués de San Germán. No se ha visto tal oficio en España [en] muchos siglos, y ansí todos se espantan y admiran y no saben qué decirse ni a qué atribuirlo; no se atreve nadie a hablar.

Por cosa muy cierta se tiene que pasada la pascua de Resurrección partirá el Rey de Valladolid para acá, como después fué verdad. Enviaron dos mil ducados para aderezar los jardines y para conservarlos como los dejó el buen Rey, que no quieren los ministros que el Rey de ahora lo vea mal parado, que como había ya muchos días que no se había puesto las manos en ellos, parecíales que ya estarían perdidos; pero sin que ellos lo supiesen, este convento los había sustentado y reparado a su costa, y ansí cuando vinieron por acá con el Rey se espantaron de ver [los] tan lindos y tan buenos, y aun afirmaban que nunca los vieron mejores en tiempo
fol. 186 v. del Rey muerto | y tienen mucha razón en ello y ansí no se hartaban de vellos; yo más creo que lo hacían por no haberlos visto tan buenos en Valladolid en todo el tiempo que allí estuvieron, como es así.

4.—En estos días vino una muy buena nueva para toda la Cristiandad y toda la Iglesia Católica se regocijó muchísimo con ella, y fué que murió (2) el basilisco de la reina de Inglaterra, de su enfermedad, con grandísimas tristezas y congojas que su mala conciencia le daban, y que en su testamento dejó por heredero al hijo del Rey de Francia Vandoma, niño de menos que dos años. Otros dicen que dejó hijas y que quisiera mucho dejar su sceptro y corona a una de ellas, y que no pudo recabarlo con los de su reino.

Túvose por cosa muy cierta hubiera muchas mudanzas en aquel reino con la muerte de la Reina; pero como sea gente muy entendida, aunque muy diferentes en sectas, acordaron, por no perderse, de
fol. 187 r. que todos se | hiciesen a una y nombrasen personas desapasionadas para que éstas nombrasen rey que los gobernase; y ansí nombraron nueve jueces, otros dicen trece, y éstos se juntaron de los más gra-

---

(1) «Al duque de Lerma dicen que han dado el cargo de general de todo género de caballería de España, con 12.000 ducados de salario y adjunción del marqués de Cea, y 4.000 ducados para el teniente, que lo será el marqués de San Germán...» Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, p. 71.

(2) 24 de marzo de 1603.

ves de todo el reino, y entre ellos fué uno el Almirante, que es la segunda persona después del Rey, y hombre de grandes prendas y muy claro y delicado ingenio que tiene, como se echó de ver después viniendo éste a España por embajador, como después veremos. Es hombre de días este Almirante y el mayor hereje que hay en todo el reino, y ansí le llaman ellos columna de su nuevo evangelio. Pues juntos estos jueces, y dado y tomado en ello muchos días, después de mucho acuerdo y bien mirado, dieron todos sus votos al rey de Escocia Jacobo Estuardo, sexto de los de este nombre, hijo de la santa reina María, que porque era tan católica la mandó cortar la cabeza la reina de Inglaterra (allá está donde lo pagará todo muy bien), y que esto lo hacían por ser el pariente más cercano a la Casa Real de Inglaterra, aunque yo más creo que por ser el mayor hereje que ahora se sepa haya en el mundo.

Dicen el Rey es hombre de casi cuarenta años, o poco menos. fol. 187 v.
Es hombre de muy buena presencia y buen rostro y linda barba; finalmente, porque lo digamos ansí, es un ángel o serafín en el rostro, como de ordinario lo son todos los anglicanos. Es de lindo entendimiento y buen juicio; sabe muy bien la lengua latina y la inglesa y francesa. El día que le juraron por rey mandó pregonar libertad de conciencia y que a ninguno en cuanto a lo de la religión no le hiciesen mal, sino que cada uno creyese lo que quisiese, y ansí va dando muestras de que será rey pacífico, aunque esto duró poco por la inconstancia que aquella gente tiene, que ya lo lleva de suelo, de muy atrás, que lo que hoy aman mañana lo aborrecen y ansí es una Babilonia y un caos y una confusión. Con todo | esto se tiene fol. 188 r.
por cosa cierta que si al Rey le dejasen no dejaría de tornarse a la Religión católica, pero como el Parlamento o Consejo Real lo tiene tomado todo y él lo hace [todo], no puede el triste Rey hacer cosa que buena sea, y ansí le hacen firmar cada día mil leyes injustas y inicuas y aun horrendas y abominables a los oídos. Dios por su infinita misericordia se apiade de ellos y los convierta y no permita que hombres de tan lindo entendimiento y hermosas caras se condenen; que esto mesmo le movió a San Gregorio Magno [a] apiedarse de esta gente y llorar que gente que eran ángeles en los rostros se condenasen, y esto le movió a enviarles quien los convirtiese a la Fee católica. Bien sé que ellos allá en su Inglaterra hacen por los espa-

ñoles esta mesma oración que nosotros hacemos por ellos, de que Dios nos convierta al verdadero camino, porque dicen vamos muy errados, como lo dijo el almirante de Inglaterra estando en Valladolid, como después veremos, mirando desde una ventana las fiestas que se hicieron al nacimiento de nuestro Príncipe; que de que vió tanta bizarría dijo que le pesaba que hombres de tan lindos entendimientos como eran los españoles, y que en esto llevaban grandísima ventaja a todas las naciones, se condenasen; que si esto fuera ansi verdad, ¡buen recado habíamos echado!

Díjose los católicos de Inglaterra piden al rey de España pase con su ejército y tome aquel reino para sí y los ayude y favorezca. Paréceme no les pareció esto cosa acertada a los consejeros de nuestro
fol. 188 v. Rey, pues le aconsejaron hiciese paces con el inglés, con tanta | infamia nuestra y envialle a rogar con ella a su casa, que ansí lo sienten todos los hombres que tienen buen sentir y saben de negocios, que fué cosa muy mal hecha y mal considerada hacer paces con un tan grande hereje y el mayor enemigo que tiene la Iglesia Católica y de aquí toman ocasión mil contemplativos que no es posible que nos haga Dios merced habiendo hecho paces con sus enemigos los herejes. Ello es cierto que en sabiéndose en España la elección del rey de Escocia en rey de Inglaterra luego procuraron enviar allá un hombre de valor y inteligente para que procurase concertar las paces, y para esto les pareció hombre muy a cuento don Juan de Tassis, correo mayor, y para darle más autoridad le criaron conde, y él se partió para allá, y llegado supo tan bien atraer a sí las voluntades de aquellas gentes, particularmente las del Consejo, por cuyo parecer y consejo se hace y pasa todo, ya con presentes, ya con dádivas, y particularmente con reales de a ocho de España, fruta que los señores ingleses estiman y tienen en mucho y más que cuantas hay, que con esto fué mucha parte para poner en plática lo de las paces, y ansí se vino a efectuar después enviando a ello al condestable de Castilla, como después veremos, y concertaron unas paces generales y amistad perpetua. Plega a Dios que en ello se haya servido nuestro Señor, que sea para su gloria y acrecentamiento, que como esto sea ansí todos estamos muy contentos.

fol. 189 r. 5.—El Rey por sus jornadas se venía acercando acá. Durmió otro dia en Martín Muñoz, otro en Villacastín y en El Espinar, y

aquí entró en esta Casa jueves, diez de abril, al anochecer, con la Reina y con toda su corte, en la cual Casa los estaba esperando el cardenal y arzobispo de Toledo, que venía a verse con el Rey, y que de aquí pasa a la corte a poner demanda en el adelantamiento de Cazorla y a que le den su sentencia en favor si tiene justicia o no, porque dicen es del arzobispado, pleito muy reñido y que ha muchos años que anda, y el Rey, que esté en el cielo, nunca quiso que se determinase cuyo era, porque como tan prudente era echó de ver se le quitaría a quien él le había dado, y por esta ocasión nunca en tantos años se había sentenciado. Ahora no se mira en esos puntillos ni pundonores, y ansí se tiene por cosa muy cierta estará sentenciado para San Juan, que es bien presto.

Trujo el Rey consigo | los de su Consejo de Estado, y todos los fol. 189 v
días que aquí estuvieron le hubo en la celda baja del prior. El Rey entró luego en el convento y vió algunas cosas y las miraba muy despacio y se le iban los ojos tras cada cosita, y como cosa suya lo vía y ponderaba, y aun hay quien diga le pesó infinito de ver tan mal parado el claustro y nunca acaba de remediarse, que cierto es grandísima compasión de verle cuál está y que temo se nos ha de caer según se llueve y moja.

La Reina, después de haber oído misa, entró acá en el convento con todas sus damas, y anduvieron toda la casa, porque muchas de ellas eran novatas y no la habían visto. El Rey a esta hora andaba a caza.

6.—En estos días los frailes de la orden de San Jerónimo se iban llegando a celebrar su capítulo general y llegaron a esta Casa algunos con intento de hablar al Rey y al duque de Lerma para pedilles y suplicarles por sus memoriales y cartas convenía que el obispo de Avila no fuese a capítulo general, que se decía por cosa muy cierta que iba a presidir, de lo cual a muchos de ellos pesaba y decían no había necesidad de ello por estar la orden en mucha paz. Dieron una carta firmada de sus nombres y no fué de provecho, porque ya el Rey y Duque estaban resueltos de que fuese a capítulo el obispo de Avila y que presidiese, y le tenían enviados los recados, y cierto, a mi ver y pobre juicio, fué cosa muy acertada el que fuese allá. Llevaronlo muy mal muchos de ellos, y fué causa que muchos de ellos se | inquietasen mucho y más de lo que fuera razón y a frailes fol. 190 r.

convenía. Hacían grandes extremos porque iba allá, porque echaron de ver los había de borrar sus intentos y designios, y ansí fué, que no se engañaron. Fuéronse al padre confesor del Rey y dijéronle muchas cosas y grandes quejas, porque había entre ellos alguno que era muy su conocido, y aun se hace su deudo. Este le dijo muchas cosas contra el obispo de Avila y que le suplicaba diese orden, pues podía tanto, cómo estorbase esto. El confesor respondió que se espantaba de ello y más de que fuese el obispo de Avila, y que este negocio no se había comunicado con él, antes parece se han recatado mucho de darme parte de ello, y que así no se atrevería a meterse en cosa ninguna de estas por ser cosa del Rey y Duque. Y con esto los despidió y envió harto desconsolados, y ellos se partieron de aquí.

7.—En estos días se casó en esta Casa el marqués de Tábara (1) con la hija (2) del conde de Altamira, sobrina del duque de Lerma, y fueron los Reyes sus padrinos. Casólos el capellán mayor en el altar de las reliquias de nuestra Señora. Salieron todos Rey y Reina y los novios y todos los demás vestidos de negro, pero muy bizarros, por haber muy poco que era muerta de su enfermedad la Cesaria Emperatriz. Acabada la misa llegaron los novios a besar las manos al Rey y Reina, y recibiéronlos muy bien; luego llegaron los padres de la novia y tras ellos llegó el cardenal de Toledo, y luego el Duque y todos los demás deudos de los novios, que no eran pocos, y en acabando se tornaron a palacio con su grande acompañamiento, y todos los caballeros estuvieron a la comida del Rey, y
fol. 190 v. en acabando se vinieron | todos con el Cardenal y con el Duque, y el novio y todos los caballeros de la cámara y comieron en la hospedería con el Cardenal, donde los tenían [preparada?] una muy alta comida con mucha diversidad de manjares y muchas diferencias de platos. Fueron de mesa más de veinte. La novia comió en palacio con la Reina por honrarla, que así es de costumbre. A la noche hubo en palacio gran fiesta. El Duque convidó a todos los caballeros de palacio a cenar, y la Duquesa a todas las damas, y los novios cenaron con ella. Al novio el Rey le envió luego la llave dorada aquella noche, que fué hacerle de la cámara.

---

(1) Don Antonio Pimentel.
(2) Doña Isabel Moscoso.

En esta sazón estaba en esta Casa el obispo de Segovia, electo arzobispo de Santiago, Maximiliano, tío del Rey, que vino a darle las gracias del arzobispado y a besarle las manos por la merced y despedirse. En esta Casa le aposentaron y regalaron muy bien.

Estando aquí se dijo dan el obispado de Lugo a un Doctor de Alcalá, deudo de la mujer del secretario Franqueza. Por esto se le dieron más que por lo que sabe.

8.—En estos días se eligió en esta Casa procurador para el capítulo general. Eligieron los padres viejos y no el convento, como se pensó, por haber prometido el Duque que le parecía eligiese el convento lo uno y lo otro y que los buletos estaban ya en poder del obispo de Avila, el cual acababa de llegar a esta sazón a esta Casa, que se vino a ver con el Rey y Duque para que le informasen de lo que había de hacer en el capítulo general, adonde | le enviaban por fol. 191 r.
presidente, cosa que espantó tanto a los de la orden cuando lo oyeron. Pues este buen obispo dijo a un padre de esta Casa, con quien él habló muy en particular por ser gran cosa suya, cómo iba muy contento a capítulo por llevar en su poder los buletos para que esta Casa eligiese prior y procurador. Después el duque de Lerma, enfadado de algunos pocos frailes que le dieron memoriales, mandó no se pusiesen en execución los buletos y se los tornaron a pedir al obispo, cosa por cierto muy indigna de un caballero tan principal como él es y de [lo que de] él se esperaba, pero los frailes tienen la culpa, algunos que no todos, porque le enfadaron mucho y le amohinaron, y el buen caballero dixo que le desmayaban mucho algunos frailes en hacer por esta Casa, pero no tuvo razón en ensambenitar a todo este convento tan grave por cuatro o seis frailes inquietos y mal considerados. Otros dicen hubo frailes que pidieron al Duque con grandes encarecimientos no consintiese se entregasen estos buletos a la Casa, porque sería su total perdición, y lo uno y lo otro fué verdad, y ansí se perdió tanto bien y quéjense de sí mesmos y no echen la culpa a quien no la tiene, pues si nó entendiera él que hacía grandísimo bien a esta Casa, como era ansí verdad, no impetrara de su Santidad los buletos. Pues no supimos conocer tanto bien como nos hacían, tomemos lo que nos conviene. Y en esta tecla no más, que me iba enojando.

Los pocos días que estuvieron aquí los Reyes se holgaron mu- fol. 191 v.

cho, particularmente el Rey que salía a caza por mañana y tarde. El último día mató un gran puerco jabalí, y todos los demás días venados y conejos y una liebre que le enseñaron echada, con arcabuz.

De aquí partió el Rey y la Reina para El Pardo.

Aquí anduvo estos días un fraile dominico que había estado cautivo en Inglaterra, y no había hecho sino venir acá, y dijo cómo no pasa cosa en España que no se sabe en Inglaterra dentro de veinte días, cosa que encanta. Dice más, que nos tienen tomados y echados a fondo mil navíos, y que tienen contados de España hoy día cuatro mil tiros y que lo tienen por gran blasón, y tienen ellos muy gran razón, y se jactan nos tienen hurtados y echado a fondo valoría de más de veinte millones desde que se perdió aquella tan famosa armada que llevó el duque de Medina Sidonia. Vean si sería razón que
fol. 192 r. mirásemos ya por nosotros, y procurasen | remediar tanta fiesta como allá hacen de esto con tanta befa y afrenta como con esto nos hacen.

Estando aquí en esta Casa de San Lorenzo el Rey, se dijo cómo la duquesa de Lerma tiene impetrado de su Santidad, y él le tiene concedido, [breve] de merced de todos los beneficios simples y otras cosas que vacasen en seis meses en los obispados de Valladolid, Palencia, y, según algunos dicen, Cuenca, hasta en cantidad de ocho mil ducados de renta para hacer una iglesia catedral o colegial en Lerma o Denia (1).

fol. 193 v. El obispo dicen pidió a los del capítulo para prior de San Lorenzo al padre fray Josef de Sigüenza, a quien el Rey conocía muy bien
fol. 194 r. y tenía mucha estimación, | y particular afición, que estaba en el capítulo, que había ido por procurador a petición del mismo Rey. Y con esto se resolvió el capítulo, y el prior de esta Casa partió de allí para Aranjuez a verse con el Rey y Duque, y a dalles las gracias, aunque yo más creo que las desgracias o el pésame, porque se lo hacían tomar contra su voluntad, y les habló y los vió a entrambos por veces, y le despacharon y le mandaron venir a su priorato, y así lo hizo.

---

(1) «Al duque de Lerma dicen... que Su Santidad le ha inviado breve para proveer todos los beneficios que vacaren en seis meses en los obispados de Palencia y Valladolid, de los cuales creen que anejará los que conviniere para cierta iglesia colegial que quiere hacer en Cea o Lerma». Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, p. 171.

CAPITULO XIV

(1603)

[1. Muerte santa del hermano lego fray Juan de Guadalupe.—2. Cualidades del padre fray José de Singüenza.—3. Muerte de la duquesa de Lerma: solemnísima pompa funeral en su entierro.—4. Entrega de reliquias a esta Casa: otros sucesos.—5. Persecuciones contra las marquesas del Valle y del Castellar.—6. Viene la corte a San Lorenzo.]

1.—En estos días estábamos en veinte y tres de abril, en el cual día, que fué miércoles, murió en esta Casa de San Lorenzo el hermano fray Juan de Guadalupe, fraile lego, perpetuo enfermero. Era muy humilde y muy callado; tenía grande caridad y unas entrañas de piedad con los enfermos; era muy sufrido y muy gran fraile, muy exemplar y muy devoto y caritativo, y tenía otras muchas virtudes que yo no sabré contar. Pesóles a todos en el alma de su muerte por ser fraile tan esencial y que había de hacer muchísima falta en aquel oficio. Era madre de todos en aquella enfermería y a todos los quería meter en sus entrañas, y de todos tenía lástima y compasión y para todos y para cada uno se quería desentrañar por figurársele en cada uno Jesucristo. Fué siempre hombre dado a la oración y contemplación, y en la otra vida le habrá sido de mucho provecho, donde tenemos por cierto está gozando de Dios por sus muchas buenas obras y grandes virtudes, y por tal le dió el Señor muy buena muerte. Murió como un santo.

2.—El prior (1), negociado a lo que iba con el Rey y con el duque de Lerma, se vino a los cuartos de Madrid donde le esperaban los confirmadores, y de allí se vino y entró en esta | Casa, lunes, ca- fol. 194 v.

(1) Fr. José de Sigüenza.

torce de mayo, donde fué recibido con harto disgusto y descontento de muchos, y suyo menos, que por esto, según dicen, pasó a Aranjuez, a sólo renunciar el priorato y suplicárselo al Rey y Duque, sino que no quisieron admitirle la renunciación, y esto no por que él no mereciese tan alta dignidad y otras muchas por sus muchas letras y púlpito y agudeza de ingenio, heredada de sus padres, sino por su aspereza de condición y despego grande que tiene. Y conociendo él en sí esto renuncia y cada día lo hace, porque tiene en menos que en nada todas cuantas dignidades hay hoy en la tierra por su mucha santidad y gran prudencia, porque no entiende más que sólo a las cosas del cielo y de su salvación, y sacarle de aquí le es de mucho disgusto y gran desconsuelo, como tan verdadero hijo de su gran Padre San Jerónimo.

3.—El Rey, después de haberse holgado muchos días en Aranjuez, partió de allí para Buitrago, donde el duque nuevo del Infantado le estaba esperando con grandes aparejos de caza de toda suerte. Holgóse infinito el Rey por algunos días en aquel lugar donde el Duque le regaló y festejó magnificentísimamente y le hizo grandísimos presentes y le dió cosas muy altas y reales presentes de regalos y otras cosas, pues sólo para cazar le presentó cincuenta diferencias de perros de caza para él y toda su corte y de todos cantidad, y traí-
fol. 195 r. dos muchos de ellos a gran costa suya | de muy lejos para toda suerte de caza. Pájaros y aves que cazasen le presentó mucha cantidad; y después de haberle hecho otros muchos servicios y regalos a él y a todos sus caballeros y dádoles presentes de mucha estima, se aprestó el Rey para dar la vuelta por acá.

Aquí sucedió una desgracia, y fué que cayó mala la duquesa de Lerma de dolor de costado, de que vino a morir dentro de pocos
fol. 196 r. días (1). | En muriendo la duquesa de Lerma en Buitrago la embalsamaron y la depositaron en la iglesia de aquel lugar. Quedáronse con ella sus dos hijos, el marqués de Cea y Diego Gómez de Sandoval, que presto veremos marqués o conde de Saldaña por el casamiento que hizo con la hija heredera del duque del Infantado, y dicen se quedó con ella el duque de Medinaceli, su sobrino. Dicen que hizo la Duquesa un testamento de gran princesa si de sólo su intento

(1) Lunes, 2 de junio de 1603.

procurara llevarlo adelante y le dejara libre y absoluto, pero | dejólo fol. 196 v.
todo [al] albedrío del Duque su marido, y lo que peor es sin firmar, porque la engañaron los médicos y todos [la persuadieron] de que no moriría de aquella enfermedad, y con eso se persuadió a creer que no se moría, ni ella tal pensó ni lo creyó nunca que se moría, y ansí fué este un grande engaño que no hubiese quien desengañase a esta pobre señora, que se moría. Después le sobrevino tan grande accidente que no la dejó hacer cosa ninguna. Dicen que esta pobre señora mandaba la mitad de los bienes gananciales por su alma y obras pías, que dicen todos los que tienen buen sentir valía más de millón y medio. Ella, dicen, se mandó enterrar en los entierros de sus padres y agüelos en Medinaceli, mas el Duque envió a mandar la llevasen a Valladolid y la enterrasen en la capilla mayor de San Pablo, entierro suyo y que había pocos días había comprado y aderezado. Lleváronla a Tudela de Duero, cuatro leguas de la corte, y allí la tuvieron hasta que se aparejasen en Valladolid todas las cosas necesarias. No la dejaron desde el punto que espiró de acompañar a su cuerpo de día y de noche número de frailes de la orden de Santo Domingo (1). Hizósele el más superbo entierro que se sabe se haya hecho [a] cuerpo humano en la tierra, ni por ningún santo se sabe se haya hecho cosa semejante. No quedó cruz, ni pendón, ni clérigo, ni cura, ni fraile en todo Valladolid y su tierra que no llamasen y convidasen, y todos vinieron y acudieron a Tudela. Despo-

(1) «Había ido el arzobispo de Zaragoza desde Madrid, llamado para acompañar la Duquesa..., y asi hubo de traer el cuerpo en compañía del duque de Medinaceli, conde de Lemos y de Gelves y otros caballeros, los cuales entraron en esta ciudad (Valladolid) el lunes a la noche 9 de éste, y lo depositaron en el monasterio de Belén; y porque venía del camino en tantos días dañado y con mal olor, hubieron la mesma noche de llevarlo a enterrar secretamente a San Pablo, y el día siguiente se apercibieron los consejeros y ministros y todos los caballeros para acompañar el ataud desde Belén, a la tarde, teniéndose secreto lo que se había hecho del cuerpo; y así se juntaron todas las órdenes, clero y cabildo de esta ciudad, con las cofradías y niños de la doctrina y cincuenta pobres vestidos de blanco con hachas, y como a las cinco salió la procesión de Belén, llevando el ataud los frailes dominicos, yendo revestido de pontifical el obispo de aquí, y tras él los presidentes y consejeros, sin orden, juntamente con los títulos y caballeros, y luego los grandes con lobas y capirotes, y también algunos títulos y caballeros». Cabrera de Córdoba—*Relaciones*, pp. 178-179.

fol. 197 r. blóse Valladolid y no | quedó persona que no fuese allá. No cabían los caminos de gente. Salían todos a verla como si fuera cuerpo santo. Trujéronla desde Tudela en hombros y en procesión todos los oidores y oficiales del Consejo Supremo y Real y otros muchos caballeros y Regimiento de la misma ciudad. Llegaron con él ya tarde a Belén, un monesterio de monjas que está fuera de la ciudad, y allí le depositaron hasta la mañana. A la mañana se ordenó el entierro y fué de esta manera. Salieron todos los pendones y cruces de la ciudad y de toda la tierra con los niños de la doctrina, y luego por su orden los clérigos y frailes mezclados unos con otros, y no faltó orden ni religión de frailes ninguna, sinó fueron los padres jerónimos, que éstos por su mucha gravedad nunca acostumbran venir, y después de haber dado casi vuelta a toda la ciudad venían a parar en San Pablo, y con haber una grandísima media legua desde este monasterio a San Pablo, habían entrado ya los pendones en San Pablo y el cuerpo no había salido del monesterio de Belén, al cual trujeron en hombros desde este monasterio hasta San Pablo frailes dominicos, todos maestros y hombres graves de la orden, que los habían traido aposta para este efecto, y le trujeron por casi todas las calles de Valladolid, que parecía más paseo grande que lo que era. No faltó naide que no se hallase a este tan extraño y nunca visto espectáculo; no quedó religión de las mendicantes que no fuese allá. Hubo tres obispos y el Nuncio; el arzobispo cardenal de Toledo, que se acertó [a] hallar allí, se retiró a un monesterio. Dijo la misa, de pontifical, el obispo de la mesma ciudad, y que había poco que
fol. 197 v. le habían hecho inquisidor mayor, | cosa que espantó el mundo y se admiró. La misa se dijo altísimamente con toda la capilla real y sus maceros y hubo un muy buen sermón. Fué el más superbo y poderoso entierro y la cosa más grandiosa que se sabe se haya hecho cosa semejante ni tan grande vanidad, pues no trato de las luces y lutos tan superbos que hubo, ni de las letras y motetes y grandes geroglíficas, todos en alabanza suya, porque sería nunca acabar. Por ahí se ha dicho, no sé que verdad se tenga, que cierto predicador de cierta religión estaba predicando a las honras de esta duquesa de Lerma, que duraron ocho días, [y] dijo delante de todos cómo en la tierra sólo había dos mujeres santas: la una era la Reina y la otra la Duquesa, y que en acabando de decir esto se le volvió atrás la boca

y empezó a tartamudear y no pudo decir más, y aun dicen murió el fraile en muy breves horas. Castigo muy bien merecido porque no suba naide en los púlpitos [a decir] lisonjas ni vaciedades. Esto lo han dicho muchas personas y muy graves y yo no lo creo ni lo dejo de creer; lo que sé decir de cierto es que acá harta honra se le hizo a su cuerpo. Plegue a Dios su alma tenga descanso en la otra vida, que es lo que importa y lo que hace al caso, que lo de acá es cosa de aire.

4.—La Cesária Emperatriz mandó en su testamento un gran relicario que tenía en su | oratorio, que le trujo de Alemania, con reli- fol. 198 r.
quias muy notables y entre ellas había doce cabezas y la más notable era la de San Sebastián mártir, abogado de la peste. Estas reliquias mandó el Rey que se trujesen a esta su Casa de San Lorenzo el Real, pues había esta sido la última voluntad de su agüela. Entregáronselas por auto público al procurador mayor de esta Casa y él la trujo en una acémila a la capilla del Sitio, y allí descansaron aquella noche. A la mañana se hizo una calle de árboles y otras yerbas y flores desde la capilla del Sitio hasta la puerta del pórtico. Fuimos en procesión los frailes por ellas a la capilla donde estaban. Venían en hombros de cuatro sacerdotes, vestidos con ricos ornamentos, con otro número de frailes vestidos [de] ricas capas de brocado, que eran los cantores, y los demás ministros acompañados de lo mesmo. Los frailes traían velas blancas de cera encendidas en sus manos y cada uno un libro para cantar y lo mesmo los seminarios. Venían cantando a fabordón las cosas que hay para este ministerio, sacado del libro de la consagración, que se hizo para esta iglesia. Venían en medio de la procesión las santas reliquias haciendo con ellas sus pausas de cuando en cuando, y cierto que fué mucho de ver tanto fraile puesto por tan buena orden, tanta luz, tan buena y acordada música con tan buenas y sonorosas voces, que verdaderamente era un retrato al vivo de lo que se hace en el cielo. También
| hacían mucha música las campanas y campanillas, tañidas con fol. 198 v.
tanto concierto, que todo provocaba a mucha devoción y que parecía que se hundía el mundo. En asomando las santas reliquias por la iglesia comenzó la música de los órganos y con ellos y las campanas se hundía la iglesia. Fué cosa mucha de ver y por cierto digna de ser vista de todo el mundo. Hallóse a esta procesión mucha

gente del Sitio y del pueblo, hecha con tanta majestad. Pusiéronse las santas reliquias al lado del evangelio en el altar mayor, y luego se comenzó la misa con mucha música de canto de órgano, que cierto fué cosa digna de ser vista [y de] que todos vinieran a verlo por hacerse tan bien como se hace en esta Casa, que no dudo tan bien se hiciera en ninguna parte del mundo ni con mayor aplauso y majestad que aquí se hizo, ni es posible poderse hacer más en la tierra.

El Rey mandó casi en estos días al secretario de las cosas eclesiásticas, Diego González de Heredia, viniese a esta su Casa de San Lorenzo y no saliese de ella hasta que acabase los negocios de la fundación y les entregase a los frailes todo lo que su padre en el codicilio mandó. Vino, y después de haber estado en esta Casa muchos días entregó al prior y convento por auto público en capítulo, lo
fol. 199 r. primero un buleto de su | Santidad con muchas gracias y grandes indulgencias que ganasen los frailes que sirviesen en la oración perpetua; tras esto entregó las cédulas de Campillo y Monesterio y las de Gózquez y Pajares para que luego se tomase la posesión de todo, como se hizo dentro de pocos días, aunque fué necesario llevarlas a que las refrendase otro secretario a Valladolid, y venidas, el prior fué con número de frailes y con el alcalde mayor y el escribano del Escurial y le metieron en la posesión de todo con admiración de todo el mundo, porque nunca pensaron que el Rey tal diera, y el buen Rey dice que lo da todo porque el alma del Rey su señor y padre goce de más descanso y más gloria, palabras formales suyas, y de este punto se entregó todo a esta Casa y promete que dará la fábrica, y todo con mucho amor y gran voluntad.

En estos días hubo una grande borrasca en esta Casa de San Lo-
fol. 202 r. renzo el Real de truenos | y relámpagos y agua. Los truenos particularmente fueron terribles de grandes que pensamos por cuatro veces que este edificio y máquina había dado todo en el suelo. Cayó una centella de rayo en una torre y sólo hizo daño de quebrar muchas pizarras y maltratar [en] una ventana la madera, y no hizo otro daño ninguno. Sea el Señor bendito por todo que nos quiso librar de tanto mal como amenazaba aquella tempestad. Vino a las diez de la noche, entraron luego los frailes a decir sus maitines y alabar en ellos a su Criador y a encomendarse muy de veras a su Divina

Majestad, el cual tuvo por bien de oirlos, pues dentro de dos horas estaba ya el tiempo muy sosegado y muy quieto, como si no hubiera habido nada.

5.—En estos días andaban las cosas de la marquesa del Valle muy sangrientas. Ahora dicen mandan prender al marqués de San Germán y a otros personajes y que se va descubriendo una grande zalagarda. Qué cosa sea esto no se sabe ni en qué haya tan presto ofendido esta marquesa del Valle | que tan bravamente andan tras fol. 202 v. ella y con tantas veras, y en especial siendo mujer.

Mandan que se miren todos sus papeles y cartas, y entre ellas hallaron por gran desgracia suya una carta que la marquesa del Castallar su grande amiga la había escrito consolándola y otras cosillas que la decía allí, y entre otras decía que tuviese paciencia que todo ternía buen fin porque el causante de todo esto moriría para Navidad, y no había más de seis meses de tiempo según esta carta para cumplirse esto, de las cuales palabras echaron mano para darla mucha pena | a la marquesa del Castallar, la cual estaba reposando fol. 203 r. y recogida muchos días había en la Concepción Jerónima de Madrid, fundación suya y de sus antepasados, en unos cuartos que tiene muy famosos dentro del mesmo monasterio. Van de parte del Rey a prenderla; fué avisada de ello, y ella, como tan discreta, va y métese en el convento y pide a la priora y monjas la den el hábito. Díjose que pidió la profesión, y que para ello tiene un buleto de su Santidad y que ella le mostraría cada y cuando que fuese menester. Hácese así; dánla el hábito y profesión todo junto. Esto era a las nueve de la noche, y a las once de la noche estaban llamando a la puerta de sus cuartos de la mesma marquesa del Castallar los ministros del Rey que la iban a prender, dos horas justas después que tomó el hábito. Llamando a la puerta, dicen cómo está allí un alcalde de corte que quiere hablar a la Marquesa; dícenle cómo es monja en la Concepción Jerónima. El alcalde manda que con todo le abran en todo caso; ábrenle y entró y visitólo todo lo que había en aquellos cuartos. A la mañana fué a la Concepción Jerónima y pidió por la Marquesa y dícenle cómo es monja; y de lo que se dijo que era profesa y que tenía un buleto de su Santidad, impetrado años había en que dispensa con ella de que la puedan dar hábito y profesión, todo junto, como se divulgó por toda España, fué falso que no tenía

tal, sino que ella por librarse de la Justicia que iba sobre ella se metió monja. El alcalde se tornó a Valladolid a dar razón de lo que había hecho y de cómo la Marquesa se había metido monja en la Concepción Jerónima.

El Rey y Duque escriben al general de la orden de San Jerónimo
fol. 203 v. nombrase jueces que viesen | esto, y él mandó que lo viesen dos padres graves y uno de ellos que acababa de ser general. La Marquesa, como supo esto, va y toma su coche y sin decir nada sálese del monesterio y vase a otro que llaman las Vallecas y deja metida cizaña entre las monjas de la Concepción Jerónima, porque, como mujer tan vana y mudable, las había persuadido a muchas de ellas que tenía un buleto de su Santidad para fundar un monesterio de monjas Jerónimas recoletas, y como las mujeres de suyo son tan fáciles, muchas de ellas la creyeron, y por esto se dividió aquel convento en dos bandos, y vivían algunas de ellas como recoletas y por engaño sacó la Marquesa dos de ellas y se las llevó consigo a las Vallecas, donde ella está de presente con muestras de mujer muy inquieta, muy mudable e inconstante, y que donde ella está no puede haber mucha quietud. Las pobres monjas que sacó, al cabo de algunos días se tornaron a su monesterio por no poder sufrir a la Marquesa. Ha habido muchos dares y tomares en este negocio de la marquesa del Castallar y estas monjas y el Nuncio, y el Nuncio era juez en él, y como ellas se tornaron a su monesterio creo cesó ya todo y la Condesa *(sic)* se quedó sola y sin fundadoras de su nueva casa de recoletas que quería fundar. Ella se quedó con nombre de mujer muy vana, y muy voltaria, liviana, y de gran bachillera y muy inconstante, y por todas estas cosas creo que el Rey y Duque la han dejado, porque ya no se trata de ella. A las monjas mandó el gene-
fol. 204 r. ral visitar y las penitenciaron y muy | bien, y con mucha razón, por la liviandad que hicieron, que esto se las pegó de la conversación de la Marquesa del Castallar (1).

---

(1) En esto de la liviandad de Doña Beatriz Ramírez de Mendoza, o Sor Beatriz de las Llagas, parece que carga demasiado la mano el P. Sepulveda. Su epitafio en el convento del Corpus Christi de S. Jerónimo, de Madrid, decía: «D. O. M. Aquí descansa en paz D.ª Beatriz Ramírez de Mendoza, Condesa de Castelar, Señora de la casa de su padre. Exemplo raro de santidad al mundo en todos estados. Su desvelo fue siempre buscar la mayor gloria de

6.—Partió el Rey de Valladolid a los principios del mes de octu- fol. 205 v.
bre y se vino derecho a esta su Casa de San Lorenzo, y se decía se habían de estar por acá todo el invierno por huir del que hace en Valladolid, que es bien recio y prolijo. Partió el Rey y Reina con toda su corte y mandaron que dentro de tres días después partiese el conde de Altamira y la condesa su mujer, a quien se había encomendado y entregado la crianza de la Infanta para que la criase después que se la quitaron a la marquesa del Valle. De manera que la condesa de Altamira es aya de la Infanta, y por lo mesmo hermana del duque de Lerma, y hay quien | diga que por dar este oficio a la con- fol. 206 r.
desa de Altamira descompusieron a la marquesa del Valle y la procuraron echar de palacio con tanta ignominia y la levantaron a la pobre señora, porque lo digamos ansí, que rabiaba, y desta manera andan ahora y se usa mucho en palacio: descomponer a un santo para componer a otro. Mandaron que viniese acompañando a la Infanta el conde de Lemos, presidente de Indias, y que los príncipes de Saboya partiesen para acá después de ocho días, y esto porque hubiese posada para todos, porque si vinieran juntos no era posible haberlas, y ansí fué cosa acertadísima que viniesen de por sí.

Los Príncipes se vinieron por Segovia y vieron aquella ciudad y sus alcázares tan famosos que allí tiene el Rey y durmieron en ellos y vieron todo lo que hay que ver en aquella ciudad y en ella los regalaron muy altamente y los tenían grandes fiestas, pero no los salieron a recibir. Mandólo así el Rey. De allí partieron a Balsain donde se holgaron mucho de ver tanta caza y tan buen bosque como allí hay. Desde allí se partieron y vinieron a Campillo y Monesterio, y

---

Dios y bien de las almas. Su acierto el próspero empleo de su hacienda y persona. Fundó quatro Monasterios y gastando los últimos veinte años en la enseñanza de éste a quien su gran devoción al SS.mo Sacramento dió nombre. En su mucha Penitencia y humildad fué verdadera hija de S.n Jerónimo y en el retiro y la limosna de S.ta Paula y de entrambos en la oración y paciencia. En las persecuciones pobre de espíritu y rica de merecimientos. Trocó esta vida por la inmortal y gloriosa a los 70 años de su edad en el de 1626 a 4 de noviembre...»

«En 27 de febrero de 1772—añade el manuscrito—, con motivo de una obra fué necesario remover el cuerpo de esta sierva de Dios; hallóse entero y sin corrución alguna, y se depositó en otro sitio del mismo coro alto». Ms. *H. I. 9.*, fol.º 412 r, de esta Real Biblioteca de San Lorenzo.

cuando vieron tan bella cosa, y tantos y tan bellos prados y bosques con tanta diversidad de caza se admiraron y espantaron y más cuando les dijeron que todo era de los frailes.

El Rey estuvo esperando en esta su Casa a su hija la Infanta y a sus sobrinos. Después de venidos y haber estado aquí en esta Casa tres días, y después de haberlo visto todo y holgádose infinito de haber con sus ojos cansado la vista, estaban como fuera de sí de ver una tan extraña máquina como ésta, tan acabada y con tanta gallardía y pulicía y todo por tanto concierto, y no se acababan de persua-
fol. 206 v. dir fuese posible su agüelo hubiese | comenzado y acabado un mundo abreviado como éste, y dijeron que sólo les pesaba mucho y toda su vida lo sentirían ternísimamente el no haber venido a España antes por ver y conocer a hombre que tal cosa hizo, y que no podían creer ni era posible que hombre que tal cosa hizo y tan grandiosa se condenase. Razón muy discreta y dicho muy agudo y digno de que siempre ande en boca de todos. Dignos, por cierto, de ser nietos de un monarca tan grande como Felipe segundo, edificador de esta octava maravilla del mundo que ellos tanto engrandecen, y con razón.

De aquí partió el Rey para Madrid y fuése por El Pardo. Estaba todo el mundo a la mira para ver donde pararía el Rey en Madrid, porque si posaba en sus alcázares tan famosos y palacios reales, era señal que se tornaba la corte a Madrid, que era lo que todos deseaban, digo todos por que los más lo deseaban, mas el Rey, que en todo hace el gusto del duque de Lerma, fuése a aposentar en las casas tan famosas que el mesmo Duque acababa de hacer en aquel lugar, y de noche se iba a dormir a las casas de don Juan de Borja, que están fuera de la villa. La Reina y la Infanta en los palacios que están en las Descalzas que fueron de la Cesárea Emperatriz, y con esto perdieron todos las esperanzas de que no se tornará la corte tan aína a Madrid.

CAPITULO XV

DEL FAMOSO EDIFICIO DE ESTA CASA DE SAN LORENZO EL REAL DEL ESCURIAL Y DE LAS COSAS GRANDIOSAS QUE EN ÉL HAY [1]

[Introducción.]

Si es verdad, según buena astrología, que solas siete estrellas hacen bastante refulgencia en otros tantos cielos, y que ellos, con tan pequeño número de luceros, guardan su concierto y hermosura tan a compás como el octavo con toda su hermosura de multitud de resplandecientes estrellas, y con aquella concertada correspondencia de doce signos, amparo de tantos mixtos como los cuatro elementos perficionan con su concordia maravillosa; si con tan lastimosos acentos, que enternecieron a los dioses, se quexaban los marineros por la pérdida de una estatua que por coloso de Rodas fué celebrada, y puesta de la exageración humana en el número de las maravillas de este orbe, por haber a los navegantes faltádoles una lumbrecilla que en este acumulado arambre ardía de noche llevándoles las angustiadas naves por norte para no dar con la tempestuosa refriega de los encontrados vientos en los encubiertos bajíos; ¿qué sentimiento bastará a representar la falta que se siente en esta octava maravilla del mundo con la ausencia del gran Filipo segundo? No hay palabras y todo encarecimiento queda corto. Aprovechemos el discreto velo del famoso Timantes, pues con él encareció la tristeza de la princesa Ifigenia.

Pues alumbrado este gran Filipo y filósofo con los divinos rayos

---

(1) Este capítulo se halla en el tomo I, fols. 228 *v*-251 *r*.
Es de lo peor copiado de toda la obra, y abundan los párrafos sin sentido. Sospecho que muchos están truncados.

de aquellos dos soles y divinos carbuncos del uno y otro Testamento, no sólo sabe guiar al puerto cierto a las naves vivas y almas santas, mas con su admirable dechado de religión y divinos consejos es un destierro general de contingencias. Y si la varonil Semíramis, con extraño contento, dió fin a los famosos huertos pensiles regocijada, viendo que con el fin de esta tan famosa obra daba principio a un regalo grande para uno de sus sentidos, gozando de la fragancia de las diversas flores que con el abundancia de Nilo había juntado para que allí se criasen [las] que en ellos pensaba criar, los que con solo un vergel eran enriquecidos de mayor fragancia, dulzura y suavidad; ¿qué sintieran de su larga ausencia? Pues no sólo olor de divinas flores pierden estos Carpentanos asientos, mas olor de divino y suavísimo bálsamo; y no sólo olor, mas el fruto de la doctrina que por aquella lengua se nos comunicaba regalando y preservando de todo mal no sólo un sentido mas todos, dejando con sus palabras en altísima perfección las tres potencias, atesorando en ellas mayores riquezas que las que la industria y avaricia humana ha sabido atesorar y sacar del famoso Potosí. Sinó, pregunto: ¿qué hombre entró en el aposento de este gran Príncipe poco antes que muriese, que no saliese de allí muy otro y con grandes propósitos de mejorar la vida? ¿Ni qué corazón, por empedernido que allí entrase, no se enterneció y salió llorando de ver un tan extraño espectáculo, nunca visto ni oído? Con dificultad se padece apartamiento tan áspero de llevar si la esperanza no alimentase los deseos de estos corazones; que la costumbre del gozar la dulzura de la elegancia de este gran Príncipe, [era?] más apacible y digna de eterno nombre que la que ministraba la mano del infante robado en los campos de Troya por la ligerísima águila de Jupiter.

Huélguese ya nuestro nuevo Filipo entre los amorosos brazos de tan venturosos ascendientes, [y denos?] nuevas fuerzas para emplearlas contra el enemigo común, derramando en favor de estos hijuelos de cornucopia de dichosísima abundancia, para [que?] con tal guía con nuevo ánimo busquemos el mundo ascendido al macedonio Alejandro, cuyo camino ya tan trillado por la infinidad de santos que a pesar del Dragón de la maligna invidia salieron triunfando con hazañas dignas de gloriosa laureola; la cual espero en Dios de ver y que verán mis ojos en las reales manos, pues con es-

píritu heredado de aquella lumbrera de la Iglesia, de mi Padre San Jerónimo, a quien los Reyes de España tanta devoción han tenido, e (1) impresas las voces amorosas de este gran Santo en las almas de tal manera quedarán rendidas a los abismos de Dios, que absortas en la divina consideración irá fuera el hombre viejo y el nuevo quedará tan colmado de virtudes heroicas, que llegando a nuestros oídos la espantosa armonía de nuestra trompeta despertadora para el último Juicio suene en nuestros oídos cual dulce cítara, regocijados en ver cumplido y cumplirse el término en el cual la Majestad Eterna ha de glorificar los humanos cuerpos merecedores de aquel sobrenatural y glorioso asiento.

En él nos veamos, como yo muy bien creo tiene ya el gran Filipo, inventor de esta gran máquina y maravilla del mundo, que para decir de ella confieso me faltan palabras, porque, ¿quién hay ni qué orador tan elocuente se hallará que pueda declarar así los dones del cuerpo como del alma de este gran Filipo? ¿Y quién podrá dibujar la delicadeza de su raro ingenio, memoria, gravedad, constancia, fortaleza, sabiduría, prudencia, y lo que más importa, su religión y santidad, y querer decir y desatar esto y deslindarlo? Dice y conviene a los elocuentes oradores, cuyo oficio es tratar alta y cómodamente de cualquiera causa que les fuere propuesta, cual nuestros tiempos produjeron y sacaron, no sin gran alabanza y honra nuestra, como es el Maestro Segura, profesor y maestro de la elocuencia de Alcalá, dechado, honra y ornato de nuestra tierra. Este, pues, dedicando aquellas sus maravillosas Instruiciones gramáticas, tan provechosas, donde todo el mundo se puede mirar, al Príncipe de España tan deseado, sucesor de tantos y tan grandes reinos, y con su excelente manera de orar, le persuade que imite a Filipo su padre, dotado de tanta industria para hacer y tratar sus cosas así en paz como en guerra. De propósito se puso a tratar y tocó, así las alabanzas del gran Filipo como las de esta Casa de San Lorenzo; mas en lo demás, como quien está con ñudo ciego atado, no se supo desatar. ¿Quién hay tan docto y tan gracioso en orar, que pueda y baste con oración [a] adelantar una de las virtudes de este prudentísimo y sapientísimo Rey? Porque ansí como el Imperio de

(1) En el ms.: *que*.

los Reyes de España, amadores y devotísimos de la Religión cristiana, acreditó en tanta amplitud cuanta experimentamos, así a este gran Monarca cristianísimo, tales y tantas fuerzas le dió Dios Nuestro Señor que él solo sea suficientísimo a regir y gobernar Imperio tan grande y tan extendidos reinos, y si a la experiencia de ahora faltó copia de palabras y [la] gravedad de sentencia no halló fin al hablar, aquél Pericles, aquél Sócrates, Demóstenes el griego, el latino Cicerón, padre de la elocuencia romana, ¿cuándo acabara[n]? Mas ya será razón que tornemos a nuestro propósito y tratemos en particular de las cosas grandiosas de esta Casa, de las cuales aquel elocuente orador complutense elegantemente se anega con la variedad de tantas cosas, con discreción se admira, con la admiración se espanta.

[Batalla de San Quintín.]

Es, pues, el caso, que habiendo el rey Enrico de Francia quebrado la tregua que había hecho con el rey Filipo de España y levantádole guerra, el rey de España le cercó a San Quintín, lugar fuerte en Picardía, adonde estaba el almirante de Francia, y acudió luego en favor de los cercados el Condestable con la flor de la caballería francesa y metiendo el socorro en San Quintín y retirándose a Francia con diez y siete mil infantes y cinco mil caballos salieron a él del campo español siete mil caballos y poquísimos infantes españoles y dieron con tanta gana en los franceses que mataron poco menos de diez mil, y fueron presos el Condestable y un hijo suyo y otros muchos caballeros de cuenta; que fué esta batalla en diez de agosto, día señalado de San Lorenzo, y entonces votó el rey Filipo segundo que se halló allí presente en esta guerra, de hacer un monesterio a este glorioso mártir por haberle derrocado otro por tomar a San Quintín; y este es el motivo que tuvo el Rey Católico de hacer este de San Lorenzo el Real.

[Empieza la fábrica de San Lorenzo el Real.]

Venido, pues, ya el Rey Católico a España y resuelto de edificar este templo al glorioso mártir Laurencio, y buscado ya el sitio, determinó de dársele a la Orden de San Jerónimo, por parecerle la más observante y la más política en cosas del culto divino, por ser éste su principal instituto, y de las más recogidas de cuantas se sabe haya en España y fuera de ella; y ansí determinó de escribir una carta al General de ella, la cual vino a mis manos y me pareció ponerla aquí para que se vea su santo celo de este buen Rey, y el tenor es éste que trasladé y se sigue:

«*Reverendo y Devoto Padre General: Sabed que en reconocimiento de la victoria que nuestro Señor fué servido de darme el día de San Lorenzo del año pasado de mil y quinientos y cincuenta y siete, tengo determinado de edificar y dotar un Monasterio adonde se hagan continuas gracias por ella y sacrificios y oraciones por las ánimas del Emperador y Emperatriz, mis señores padres (que hayan santa gloria), y la mía; y porque le plega por su misericordia guiar y enderezar todas mis cosas cómo haya de ser más servido, y los Reinos y Estados que me ha encomendado mejor gobernados; y dar el dicho Monasterio, cuya vocación ha de ser de San Lorenzo, a la Orden del señor San Jerónimo, a quien siempre he tenido particular devoción. Y por la confianza que tenemos de vuestra persona os habemos querido encargar y encomendar que en el Capítulo general de la dicha Orden, que ahora se ha de celebrar, propongáis esta mi intención, y roguéis de mi parte al dicho Capítulo huelgue de recibir en vuestra Orden al dicho Monesterio, y provea desde luego todo lo que convenga o convendrá cerca de ello para que adelante no sea necesario tornar a juntar nuevo Capítulo, porque, como arriba se ha puesto, Dios mediante, yo le daré decentemente; y ternéis cuidado de avisarme de la diligencia que hiciéredes y de lo que el Capítulo determinare o proveyere, o vos en persona vernéis a hacerlo, que en ello nos ternémos de vos por bien servido. De Madrid a dieciseis de abril de mil y quinientos y sesenta y uno*».

Esta es la carta, sin quitar ni poner, que el Rey Católico escribió al General, y ansí luego se empezó el año de mil y quinientos y se-

senta y dos, respondiéndole la Orden primero y el General, con palabras muy graves, en cuánto estimaban el que S. M. les quisiese honrar tanto esta Orden, y por la confianza que de ella hacía como capellanes perpetuos de su Majestad acudirían con todas sus fuerzas a todo lo que les quisiese y mandase, como tenían la obligación.

Vínose el Rey Católico al Escorial, lugarejo entonces muy pobre y mísero, y allí hizo luego de prestado [una casa] donde se recogiese él y sus frailes, que después sirvió muchos años de hospital.

Día señalado del glorioso San Jorge, mártir, se subió acá y se empezó la obra y soberbio edificio de San Lorenzo el Real, a veinte y tres de abril, y se comenzaron a hacer las zanjas, y el mesmo Rey Católico ayudó a todo, y a las once horas del día se asentó la primera piedra, que está en el cuarto y lienzo del mediodía, en derecho del asiento que tiene el prior en el refitorio, en la cual de letras góticas está esculpido el día y año y el fundador, y cómo era a la sazón Sumo Pontífice Pío IV, siendo el cuarto año de su pontificado.

Luego, el año adelante de mil y quinientos y sesenta y tres, en veinte y dos de agosto, día de San Bernardo, a las cinco de la tarde, se puso la primera piedra de la Iglesia, habiéndola bendecido primero con grandes ceremonias don fray Bernardo de Fresneda, confesor de su Majestad y obispo de Cuenca a la sazón, y después de Córdoba, y últimamente murió arzobispo de Zaragoza. Asentóse esta piedra debajo del arco o puerta que sirve de entrada de la iglesia al zaguán de la sacristía.

[Longitud de las fachadas.]

El paño o lienzo y cuarto que mira a mediodía tiene en largo quinientos y ochenta y un pies; el paño de oriente tiene de largo, contando la vuelta que causa el patinejo del Rey, mil y noventa y dos pies; el lienzo que mira al norte septentrión tiene de largo quinientos y ochenta y ocho pies; el lienzo que mira al poniente, que mira a San Juan de Malagón, que llaman el pórtico, tiene de largo setecientos y veintiocho pies.

[Arquitectos.]

El primer arquitecto que tuvo esta obra fué el insigne Juan de Herrera, dexo Bautista de Toledo y sus aparejadores Tolosa y Escalante, los cuales gastaron el año antes en aparejar lo necesario; y el sobrestante de toda esta obra quiso el Rey Católico fuese el padre fray Antonio de Villacastín con mando mixto y mero imperio, para que hiciese y deshiciese como a él le pareciese, por tener de él el Rey gran satisfacción y ser él de gran juicio y gran talento; y cierto que si esta gran máquina está en la perfección que hoy se ve, que se le debe a este padre por la gran diligencia que en todo puso.

Ya que hemos dicho y contado lo que toca (1) a este grande edificio, razón será que va[ya]mos diciendo de algunas cosas en particular.

[Situación del Monasterio.]

Pues para proceder con mejor orden quiero primero contar y describir el sitio y lugar de aqueste convento.

Está este sacro edificio y Monasterio de San Lorenzo el Real a la halda de los montes Carpetanos, a la parte del occidente, siete leguas de la villa de Madrid, encima de un pueblo llamado El Escurial, a la vista del reino de Toledo, en lugar alto de a donde campea y se ve dende muy lexos por la parte que el río Henares riega los campos de Alcalá. Es sitio montuoso y muy airoso, y dudo que en lugar de toda España haga mayores aires que hace en este sitio y más continuos. Es fértil y adonde hay mucha piedra y agua que corre de los collados y montes para abundantísimo servicio de la Casa y para regar las huertas y jardines, y en ellas los estanques y las fuentes.

Con lo cual se responde a los que afirman no haber sido conveniente dexar de haber edificado cosa tan principal en Madrid o en Toledo, o en otra parte populosa y llana, adonde no era posible haber tanta comodidad de materiales ni dexar de ser más costoso edificio sin comparación.

---

(1) En el ms.: *toma.*

Báñale el sol cuando nace y al tiempo que por el mar océano se esconde. El cielo le sopla con apacible y fresco viento en el verano, el cual por ser puro y sutil causa la sanidad del sitio, aclara el cielo, y despide y pasa con gran ímpetu los nublados, y deshace, las nieblas en el invierno.

Pues ¿cómo todos los que viven y vienen de fuera y se ponen cerca se quedan maravillados viendo que una obra tan llana fuese tan hermosa?; y la razón de esto es, una obra tan llana hacer tan graciosa proporción y correspondencia, que todas las cosas allí tienen tanta, que con haber en este edificio quince mil puertas y ventanas dentro y fuera, y treinta y cinco leguas de espacios, midiendo los de todas partes y la entrada y la vuelta, por todos ellos yendo y volviendo, no hay cosa que no corresponda a otra por la mayor parte.

[Paseos y Lonjas.]

Dende El Escurial empieza una calle de álamos que hace el paso sombrío y ameno por espacio de un cuarto de legua hasta llegar bien cerca de Palacio y al remate de donde comienza una muy ancha y hermosa calle entre el mesmo Palacio y Casas de Oficio, que están fuera de Palacio.

Por donde pasamos para ir al Pórtico comienza[n] luego dos anchas Lonjas: la una por parte del septentrión, labrada con grande artificio y cercada de altas columnas de berroqueña piedra y gruesas cadenas. Esta primera Lonja es el lienzo de Palacio, y donde hay dos grandes puertas: la primera para entrar en Palacio; y la otra para en servicio del Colegio.

Pasada ésta, se entra en otra mucho mayor Lonja, más ancha y más larga. Está al poniente, donde se descubre todo el gran lienzo del Pórtico, cercado como el primero.

[Pórtico.]

Tiene este gran Pórtico tres grandes puertas: la de en medio es la principal, cuya dorada clavazón reluce, y admira su grandeza. Y levantando los ojos y habiendo visto la firmeza del edificio, se

ven (1) luego las insignes Armas Reales, doradas parrillas, [e] imagen del santo Diácono, la cual apenas podrían traer veinte y un pares de bueyes.

Adonde por no cansar, no quiero que se ocupen en considerar de ver el verde ventanaje proporcionado, y proporción de las tres principales puertas, ni que en la de en medio del espacio se contemple[n] las grandes colunas que con sus basas, capiteles y arquitrabe hasta la primer cornisa de maravillosa obra dórica están labradas; y las que después con jónica arte suben hasta su frontispicio, el cual, rematado con las altas pirámides y altas bolas y redondas, con otras más bajas que a los lados tienen, y a las puertas corresponden en medio de dos empinadas torres, causan gran contentamiento a quien las mira.

[Patio de los Reyes.]

Entrate (2) luego por los religiosos umbrales, y alza (3) los ojos a la labrada bóveda que sobre la principal puerta sustenta la famosa Librería; y entrando por el famoso Pórtico, donde hay un hermoso patio cuadrado y de maravillosa proporción y gracia, verás (4) a la una parte del mediodía a donde habita el convento con tanto ventanaje de ventanas iguales con dos órdenes y diferencias de rejas y las de arriba, con las del orden segundo, sin ellas; y destotro lado queda con el mismo compás el ventanaje del Colegio; y alzando los ojos [verás?] a los seis reyes que están entre las ventanas del coro, de los cuales los dos de en medio son el rey David y su hijo Salomón, y los otros el rey Josías, Manasés y el Rey Ecequías y Melquisedec (5), todos de notable grandeza, labrados de cantería, excepto los rostros y las manos, que son de mármol; las coronas y cetros y demás insignias son de bronce dorado.

Ansí que en entrando por la puerta del pórtico y pasada la lonja

---

(1) En el ms.: *suben.*
(2) En el ms.: *entrase.*
(3) En el ms.: *alzando.*
(4) En el ms.: *viendo.*
(5) Es Josafat.

que dijimos, que es la famosa librería, se pasa por uno de tres arcos grandes que esta portada sustenta, poniéndose en medio de este losado pórtico a cualquiera admira ver levantadas en las espaldas del alto coro sus grandes colunas con su cornisamiento dórico, que sobre seis gruesos y labrados pedestales sustentan sus famosos Reyes, fundadores y reparadores de sagrados templos, hechas sus insignias, cetros y coronas con el resplandor del fino oro con que cubiertas roban los deseosos ojos de ver tanta grandeza; el alta y más patente vidriera que estos reyes dividen con las ocho grandes ventanas que a sus pies tienen; y en medio de las más bajas se ve luego un Cristo muy grande de alabastro con la cruz de mármol pardo, que a cuantos lo ven admira su perfección y da contentamiento; pero éste se aumenta mucho cuando mirando a la más alta bola, que es remate de este dórico y bien labrado frontispicio, asoma por la cumbre curiosa aguja y en ella la cruz del gran cimborrio, que sale de una muy grande bola de latón dorado (1), la cual tiene la ligera y mudable veleta, y por divisa tiene el instrumento con que el divino Laurencio mereció la digna laureola del martirio.

[Torres.]

Pues las colaterales torres no te pondrán menos admiración, porque fuera de que la artificiosa cantería las va levantando tanto por esa región del aire muy gran trecho, hasta que sobre sus anchas cornisas se ven los curiosos balaustres con sus redondas bolas, de las cuales con mucha gracia comienza a nacer la media naranja que sustenta las cuadradas y agudas pirámides con sus lucientes bolas gruesas, y cruces, y curiosas veletas, los diversos órdenes de campanillas y campanas con su concertada música ponen tanta admiración que suspende a los que muy de ordinario las oyen, y a los extraordinarios y extranjeros elevan y espantan.

Visto esto pasea con presteza ese largo pórtico hasta te poner sobre las gradas largas, y sinó quieres enmudecer o quedar atónito y embelesado mirando el anivelado ventanaje de los dos lados cu-

(1) El dorado que tuvieron al principio de la fundación las bolas de las torres no lo conservan actualmente.

biertos por arriba de mil labores de negra y luciente pizarra y derretido plomo, tira a contemplar la una y otra proporción que causa el ventanaje, mirando a una parte y a otra.

No podré con palabras explicar la grande admiración, mezclada de contento y alegría, que aquellas piedras causan a la vista de todos, que más parece que están en el cielo que en la tierra, y así lo confiesan todos, y nunca jamás pensaron ver cosa semejante acá en la tierra ni en todas las trazas que todos hacen en su entendimiento cuando oyen en ausencia tratar de aqueste edificio.

[Templo.]

Y, finalmente, pasadas las muy largas y anchas gradas que atraviesan de pared a pared, tira de largo, y pasando por uno de los cinco arcos que a la librería que atrás dejaste corresponden, y dejando a las dos manos las principales porterías de la religión y letras, verás las cinco puertas enrejadas con balaustres de duro hierro y doradas con fino oro y guarnecidas con diversidad de transmarina madera. La que está en medio y es más principal, ésta guía derechamente al santo templo; éntrate por ella y aparéjate para ver la mayor grandeza y suntuosidad que en los pasados siglos la artificiosa industria de los hombres inventó. No te me pares a mirar la llanísima bóveda, que milagrosamente sustenta el gran coro; no los dos patinejos que en medio la cogen, de los cuales el uno sirve de ornato y el otro de pasar por él al grande y soberbio Palacio; no te entretengas en ver las capillas que de gruesas y doradas rejas cercadas se van respondiendo unas a otras con las tres famosísimas rejas que están debajo del coro, de bronce; y desde allí contempla la artificiosísima traza del suntuosísimo templo e iglesia, que por su muy gran claridad y hermosura, aunque es muy espacioso y grande, parece una muy preciosa y real capilla.

Está en medio de esta gran nave un gran cimborrio con muchas ventanas de extraña grandeza, con vidrieras todas ellas.

Sustentan esta grande máquina cuatro grandes pilares, y ansí hacen a la iglesia de tres naves, y cada una de ellas hace su iglesia, y andándose al rededor siempre hace una nave muy grande con su coro y altar, y con ser tres vienen a ser seis, contando al través también.

Abierta la reja se entra en la iglesia, la cual toda está losada de piedras blancas y azules a manera de jaspe, de la suerte que está el claustro real, como después veremos, que labran y dejan broslado todo el suelo de cruceros y cuadros.

Las gradas del altar mayor todas son de jaspe leonado y labrado naturalmente a pedazos, que constituye la piedra como las partes: lo alto y lo llano de arriba, las peanas del altar y el altar con las colunas y basas que sustentan el retablo, y todos los oratorios que están a los lados, y encima de ellos los cuerpos reales de bulto y de bronce dorado, con piedras riquísimas en ellos, y encima sus armas reales, todo de inestimable valor, divididas en entrambos coros.

[Enterramientos reales.]

Al lado del evangelio está el invictísimo Carlos Quinto con la Emperatriz su mujer, y detrás dél sus dos hermanas, entrambas reinas, la una de Francia y la otra de Hungría, y su hija la Emperatriz.

Al lado de la epístola está el Rey Católico Don Felipe Segundo y a su lado la reina doña Ana; y detrás otras dos reinas sus mujeres, y el príncipe don Carlos, su hijo; todo de inestimable valor, dividida, como digo, en entrambos coros al modo de un soberano teatro y partido coliseo.

Todo es de jaspe (excepto (1) los cuatro Doctores sagrados y los cuatro Evangelistas que son de bronce o latón morisco dorado) verde.

[Tabernáculo y custodia.]

La custodia es una pieza muy grande y boleada, de una piedra muy preciosa y de tanta costa que aunque fuera de oro fino toda no pudiera ser mejor ni más preciosa. Tiene sus columnas y basas muy largas, mucho más que todo el brazo, y entre columna y coluna están unas vidrieras de cristal de roca, con los remates de bronce

---

(1) Suprimo estas palabras del ms.: *los nichos donde están*. Es equivocación manifiesta; los nichos son de jaspe, los doctores y evangelistas de latón, o bronce dorado.

dorado, que agracian vistosa y hermosamente el cristal; y dentro de esta pieza está una pequeña custodia mejor y más costosa que si fuera de oro finísimo, y muy labrada con muchas piedras y rodeada de muchos santos y apóstoles, y dentro de ésta está uno a manera de ostiario de pórfido, y dentro cercado de oro macizo, donde está el Santísimo Sacramento.

A los lados del altar mayor hay dos puertas riquísimas, doradas y engastadas en bronce y grandes y exquisitos jaspes, por donde entran a un espacioso trasaltar para encerrar el Santísimo Sacramento y desencerralle, y aquel lugar está adornado de figuras sacras con colores que imitan el arco que causa el sol sobre las nubes del cielo (1). Está en medio una ventana por donde reverberando la luz en los cristales de la custodia, y puesto un tafetán, hace la custodia del color que es el tafetán.

Nunca acabaríamos si hubiésemos de decir todas las cosas grandiosas de este santo templo; porque si se empieza a considerar las curiosas labores que el duro y jaspeado mármol en el suelo hace, y la gran reja del bruñido bronce, de que también están fabricados los infinitos balaustres y pasamanos que el templo cercan; y [si] alguno se pone en medio de la gran nave, sin duda le robará los ojos la grandeza del extraño y gran cimborrio cuya media naranja, sustentada sobre cuatro gruesos y curiosos pilares, y adornada de trasparentes vidrieras y artificiosa arquitectura, hace perder la vista al que con ella quiere llegar al encumbrado remate.

[Retablo.]

Los dorados órganos que están a los lados, en cada coro el suyo, de esta gran máquina, podrás dejar, si llegar quisieres con tiempo a contemplar el milagroso retablo de relieve, entrejaspeado de verde, blanco y colorado, adonde [te maravillarás] de su inmensa grandeza, de su curiosidad, de su extraordinario artificio. El primer orden de columnas, cuyas basas y capiteles son de dorado bronce, de maravillosa obra dórica; el segundo, labrado con jónico artificio; pulido el tercero, de corintia traza; adornado el último con

(1) Pintura al fresco de Peregrín de Peregrini, *Tibaldi*.

arte compósita, bruninido [todo él] con las grandes figuras de bronce encasadas en los jaspeados ninchos y con los grandes cuadros de realísimo (1) pincel, (2) [que] rematan el curioso y liso frontispicio.

Son las columnas de jaspe de disforme grandeza, pero famosísimas, y son diez y ocho; y quince figuras grandísimas de bronce dorado, que son: un Cristo por remate, y a su lado nuestra Señora y San Juan, San Pedro y San Pablo, San Andrés y Santiago, los cuatro Evangelistas y cuatro Doctores, sin las figuras de las personas reales que son diez, cinco a cada lado.

Lo alto es bóveda, donde se divisa pintada al fresco la coronación de la sagrada Virgen (3).

[Altares.]

Tiene esta famosa iglesia cuarenta altares, con el mayor; y los dos que están junto a éstos, que llamamos colaterales, en los cuales y en cada uno de ellos se saca un ánima del purgatorio. Está todo que corresponde una cosa con otra.

En este lugar me faltan palabras para encarecer el gran valor y curiosidad de la preciosísima custodia del Soberano Sacramento, de los artificiosísimos oratorios y costosísimos bultos de las personas reales con sus armas, todo de inestimable valor, que de diversos jaspes labrados rodean el divino altar, al cual acompañan las largas gradas, que ansí mesmo son de bruñido jaspe.

También es de ver, y mucho, la grande lámpara de plata que arde delante del Santísimo Sacramento, de su hechura y grandeza, sin otras cinco de poco menor tamaño que ésta, las cuales están repartidas por la iglesia.

Al principio de las gradas hay seis candeleros grandísimos de bronce plateado, con otros ocho de lo mismo que están repartidos en los ninchos que hacen los cuatro pilares de la capilla mayor, que también llevan tras sí los ojos de los que los miran.

Todos los altares están adornados de una mesma manera, todos

---

(1) En el ms.: *ralísimo*.

(2) Los cuadros al óleo son ocho: tres de *Tibaldi*, y cinco de Federico Zúccaro.

(3) Pintura de Lucas Cambiaso, *Luqueto*.

tienen una mesma compostura, todos tienen dos candeleros de plata con su Cristo; y para los días principales otros de bronce dorado con sus ciriales de plata, de manera que pueden salir a decir misa cuarenta sacerdotes y para todos hay recado de misales, acólitos, vinajeras, y con sus platos en que llevarlas, de plata, o bronce dorado, con riquísimos corporales de grandes labores.

Convino que este gran templo y coliseo de San Lorenzo, que el rey católico Felipe segundo fundó y cumplió el voto al español y glorioso mártir, la operación buena y admirable; el fin y la intención, que es la honra de Dios y su servicio; el aumento del divino culto, sin comparación [obra?] justa y excelente, buena y soberana; holocausto y sacrificio de alabanza adonde los religiosos de noche y de día se ocupan en alabar a Dios. Fué cosa acertada que fuese tan grande y amplio, de tanta majestad y riquezas, para que en tiempo de tanta calamidad y herejías, cuando por Alemania, Inglaterra y otros reinos la Fe católica romana está toda perdida y borrada de los corazones y costumbres de los hombres, y olvidado lo que enseñó y mandó Cristo, lo que los sagrados Apóstoles y Discípulos enseñaron y sembraron, y lo que los santos Doctores escribieron, profanados (1) los templos, hechas caballerizas las iglesias y ermitas, echando y desterrando a Dios de su casa y morada y volviéndole las espaldas al Pan de la vida a Quien en el pesebre de Belén (la casa de pan) no sólo la Virgen su madre y el bendito Josefe adoraron de rodillas, mas también los brutos animales conocieron a su Criador, de Quien disfrazado debajo de las especies del pan y del vino hacen estos herejes y rabiosos canes escarnio nefando, se levantase dando bramidos el león de España en sus católicas y cristianísimas obras y efectos contra ellos, no menos que el leopardo y el ligero tigre hace contra las fieras y despedazando las falsas y fingidas ximias y astutísimas raposas, para que por la grandeza y riquezas de aqueste templo diese a entender la honra que se debe a Dios Padre y al Cuerpo de Jesucristo, su verdadero Hijo Unigénito, que en cuarenta altares de esta iglesia se ofrece cada día por nuestra salud y conservación espiritual para que atendiendo Dios a los mé-

---

(1) En el ms.: *profanando*. Este párrafo está completamente alterado, sin duda, por el copista.

ritos de su Unigénito y Eterno Hijo, que son de infinito valor, nos perdone y dé su gracia y haya misericordia de las ánimas del purgatorio. Y para este efecto y para la extirpación de las herejías cada cincuenta días para siempre en vida de este Católico Príncipe, sacaban los religiosos de esta Casa el sacrosanto Sacramento de la Eucaristía y le velaban y con música celestial le encierran.

Convino, pues, que fuese tan grande obra, hermosa y llana, y sin ninguna superfluidad y demasía para honrar, con adoración divina, tan innumerables cuerpos y reliquias de mártires que los herejes queman en sus tierras y hacen polvos.

[Reliquias.]

Hay en esta iglesia muy grandes y señaladas reliquias, las cuales están en dos altares, sin otras muchas sin cuento que están en una muy buena pieza, que están por guarnecer; y todos los altares, que son de piedra y están consagrados, como lo está la mesma iglesia, están llenos de reliquias con una tabla que dice qué reliquias están en cada altar, y por esta razón no hay ara en los altares, porque éstos lo son.

Las reliquias se enseñan con grandísima reverencia. Enséñase en una cruz de oro los Viernes Santos (a quien adoramos con adoración de latría, como al mesmo Dios, porque en ella se representa Jesucristo y su sagrada Pasión y el movimiento (!) de la imagen y lo que representa es de una mesma razón) un pedazo de *Lignum crucis,* onde Dios en cuanto hombre fué crucificado. Enséñase un clavo de los que rompieron las carnes benditísimas de Jesucristo, y una espina de su corona que me pareció ensangrentada, porque la he visto, y un pedazo de la soga con que fué atado, y todo está en una pirámide y lo he tenido en mis manos.

Está allí un muslo de gran cantidad del glorioso mártir San Lorenzo, y en otro relicario dos huesos de sus padres. En una caja está la cabeza del sagrado mártir y príncipe de España San Hermenegildo, y en otra muy grande el [cuerpo] de San Mauricio. En otra caja de grandísimo valor está también gran parte del cuerpo de San Lorenzo, el patrón de esta Casa. También se muestra allí la mitad de la espalda, que mostró milagrosamente el servicio que en este Con-

vento y Casa suya se le hace, y en él a su Dios, y cuán justa obra y agradable a Su Divina Majestad ha sido este edificio, porque cuando el papa Sixto quinto, de felice memoria, queriendo, a instancia de la Majestad de España, partir y aserrar aquel hueso, no pudieron Su Santidad y otros cardenales en ninguna manera aserrallo y vieron manifiestamente, después de haber experimentado su dureza, [que] el mismo hueso se partió sin instrumento humano, tanto que dijo de él el Sumo Pontífice estas palabras: «Irse quiere el español a su tierra.»

Hay también un hueso grande del glorioso Doctor San Jerónimo, puesto en una imagen suya de bulto, en los pechos; se le ve por una vidriera.

Hay en[tre?] estas otra caxa muy rica en que está gran parte de los huesos de San Justo y Pastor con otras muchas innumerables de Apóstoles y de la sangre de San Juan Bautista; muchos huesos de innumerables confesores y doctores de la Iglesia y cabezas de vírgenes y de otros muchos mártires, cuyos nombres no me acuerdo.

Hay asímesmo un libro de San Agustín, escrito de su mesma mano, de mala letra, porque por la mayor parte es propio esto de los grandes y agudos ingenios (1).

Vi los vasos (como de mármol, si no me engaño) onde ofrecieron al Señor los Reyes Magos sus tesoros.

Y en el otro altar, que está a la mano siniestra, adonde las damas y señores de palacio oyen en él misa, reliquias del calzado y vestiduras de nuestra Señora la Virgen María; muchas cabezas de vírgenes y santas, puestas en preciosísimos relicarios de plata y otros metales. Osaré apostar que hay tantas como en Roma.

Son innumerables cosas las que hay en aquellos incomparables tesoros y en esto se echa bien de ver la devoción de este príncipe y gran Monarca y su mucha prudencia; que si bien se mira y considera no nacimos para otra cosa en esta vida sino para servir a Dios, para le dar gracias y emplearnos en sus alabanzas y para le ofrecer a nosotros y todas nuestras cosas, riquezas y bienes temporales. Por esto no paran los cielos y la tierra dando el uno y comunicando el

---

(1) Ignoro de qué libro trata el P. Sepúlveda; si de un códice antiquísimo que se tuvo siempre por los jerónimos como escrito por mano del Santo Doctor—*De baptismo parvulorum*—no sólo está en mala letra, sino que es magnífico ejemplar paleográfico.

otro por medio de la Cruz su virtud e influencia, engendrando las venas ocultas del oro y de la plata, haciendo producir y sacando de la humildad de la tierra las hierbas verdes hasta sacar las mieses y a sazonar y secar su fruto y la tierra ayuda de su parte, y aunque no engendra juntamente con el hombre y el particular animal a otro hombre o bruto, como hace el sol, engendra y sustenta los árboles y plantas de que se viste la tierra y todo esto hacen para que el hombre conozca a Dios y le ame y sirva, y el que ansí lo hiciere comerá de los bienes de la tierra y gozará del cielo. Esta es la mejor manera de conquistar y ganar los reinos y conservar los Estados, tanto por la industria humana como por providencia y ordenación de Dios. Necesario es que el hombre ponga y haga lo que pudiere de su parte para que Dios disponga; pero lo que más conviniere (!) es orar a Dios y (1) pedir su misericordia y favor.

Finalmente, [en] haber edificado el Católico Rey este sagrado templo imitó al glorioso mártir San Lorenzo repartiendo y dando a los pobres no sólo tesoros y bienes corporales mas tesoro y riquezas espirituales, repartidos de los tesoros de la Iglesia, como son las grandes indulgencias y jubileos plenísimos que en esta Casa se ganan, particularmente uno el día de San Matías, en febrero, el cual es tan copioso que cuantas veces entraren en aquel día del apóstol tantas veces se gana indulgencia plenaria a culpa y pena, como dicen, y como el día en que se bautiza cada uno, teniendo contrición y propósito de se confesar a su tiempo, el cual se puede aplicar para las ánimas del purgatorio. Finalmente, hay cosas tan soberanas que agotan el entendimiento, si la grandeza del subjecto y materia no nos [lo] administrara y diera copia y abundancia de decir.

[Portería.]

Saliendo de aquí de la iglesia por donde se entró, donde nos hemos detenido algún tanto, en considerar lo que hay, pero según lo que se podía decir ha sido muy breve, se va a la portería, que está cerca de aquí, a la cual corresponde otra en el Colegio, de en

(1) En el ms.: *de*.

frente, y pasan [los colegiales] cuando llueve sin mojarse por una hermosa y grande nave que está entre puerta y puerta.

En entrando por la puerta, donde está un muy hermoso zaguán de bóveda, encima de la puerta está el bendito mártir Laurencio, vestido de diácono, con sus insignias de libro y parrillas, convidando a todos no se pasen sin verle. Luego se entra en una muy buena pieza muy capaz y toda de bóveda, frontero de la cual está una muy buena pintura que se lleva los ojos de todos: es la historia de Abraham con los tres ángeles que convidó y hospedó en su casa (1).

[Claustro.]

De aquí se sale al claustro real por una grande y hermosa puerta, cuyo suelo parece cielo cristalino o fabricado marfil solado de piedras preciosas, y no de las losas blancas y pardas de mármol que tiene y de que está losado. Las paredes todas están entapizadas no de paños y doseles de brocado, sino de figuras pintadas al vivo y dibujadas a lo fresco y adornadas de vivos y muy hermosos colores, las cuales sinifican y representan a la potencia visiva la vida y toda la historia de Jesucristo (2).

[Patio de los Evangelistas.]

Hay en el medio de la otra parte de los antepechos muchos ninchos de jardines y tiene una fuente en medio, que querer decir de ella y de sus grandes jaspes y diversidades de piedras, me faltan palabras; y a sus lados cuatro fuentes o estanques que los riegan ansí como la del paraíso que Dios crió en la tierra para la habitación y morada del hombre, su primero lugar ameno y apacible de donde salían y corrían cuatro ríos que regaban y fertilizaban la tierra. Así esta fuente del claustro principal tiene cuatro puertas por donde pueden entrar y pasar sin ningún impedimento de una parte a otra,

---

(1) Fámosa pintura del riojano Juan Fernández de Navarrete, *el Mudo*, llevada a Francia por el mariscal Soult en la *francesada*, y vendida por 25.000 francos en París.

(2) Pinturas de Pelegrín de Pelegrini, *Tibaldi*, y sus discípulos.

y por de fuera y entre puerta y puerta corre un caño de agua y decienden cuatro caños en cuatro estanques y cada caño tiene su evangelista de mármol riquísimo con su figura cada uno con un paño o tobaja, símbolo del bautismo. Los estanques son también de mármol y sus gradas y antepechos; verde es el mármol, y losados los suelos de los estanques, que todo hace mucha hermosura. Salen de aquí y entran en los Capítulos y volviendo el rostro atrás contra el claustro parece que con sus retratos divinos y soberanas figuras se quejaban amorosamente de los que las miran porque las dejan, querellándose del agravio que se le[s] hace en irse de allí para ir a ver otra cosa.

[Salas Capitulares.]

Los Capítulos son dos grandes piezas; divídelas un zaguán que está en medio. Son famosos y raros estos Capítulos tan dorados con sus grandes artesones y muchas y muy raras pinturas, que en solo mirarlas embota el entendimiento. El techo todo dorado de matices con diversos colores (1), que no hay cielo cristalino tan lindo como ellos, con su mucho ventanaje que hacen la pieza muy alegre.

[Iglesia vieja.]

De aquí se va a la hermosa y lucida iglesia chica con sus gradas de lisos jaspes. Al rededor está llena de sillas de nogal, bien labradas; el suelo está con la mesma compostura que el claustro real.

[Escalera.]

Luego nos está dando voces la real y ancha escalera, asombro del mundo, que para decir algo de ella mejor [es] encojernos de hombros y pasar adelante, pues no se puede con palabras explicar la realeza y anchura y claridad que tiene.

---

(1) Pinturas al fresco de F. de Urbino, Nicolás Granello y Fabricio Castello.

Tiene a los lados, a los treinta pies, dos grandes piezas: la una sirve de dormitorio de los nuevos y la otra de sacristía alta.

[Estaciones del claustro real.]

Pase casi dos lienzos de claustro para ir a la sacristía; tiene [el claustro] cuatro estaciones a las cuatro esquinas, todas de famosísimos pintores y grandes maestros (1).

[Antesacristía y Sacristía.]

De aquí se entra en la sacristía y su zaguán; pues para decir de él ¿quién hay que no se pasme y enmudezca? En entrando aquí hay que ver una muy rica fuente con cinco caños en una gran vasa o pila en que cae el agua, la cual es de solo una pieza y es tan grande y tan larga y de cosa tan preciosa que es de admirar. Es de mármol pardo, y todo lo demás de la fuente está adornado con diversidad de jaspes de diversos colores con sus bolas de lo mesmo por remate. Todo lo demás de este zaguán es cosa del cielo, su ornato de paredes y cielo ansí de pinturas como de las grandes colores que el techo tiene.

Pues entrando en la sacristía y viendo tan raros y preciosos cuadros de pincel y la bóveda tan llena de diversos colores y tan altamente pintada (2), todo hecho un ascua de oro, con tantos y tan raros y preclaros ornamentos como en esta pieza hay, y lo que más importa los divinos tesoros de tantas cosas tan preciosas y tan soberanas como aquí hay, tantas reliquias de santos, dignos de toda reverencia, y tantos huesos de cuerpos reales. ¿Quién no se admira contemplando tantos huesos dignos de toda veneración, como aquí están? ¿Quién no se pasma mirando el ornato de aquellas celestiales reliquias, en las cuales resplandece tan maravilloso olor, y tan extraña obra y tan notable artificio, labrado de cristal finísimo, con tanta copia y abundancia de oro y de formas diferentes de relicarios que

---

(1) Pinturas al óleo de Miguel Barroso, Luis de Carvajal, Rómulo Cincinnati y Peregrín de Peregrini, *Tibaldi*.

(2) Pinturas al fresco como las de la antesacristía, todas de mano de Granello y Castello.

parece cegar los ojos de los que los miran y la vista se embobece considerando aquellas cosas sacras y divinas que a veces de gozo y a veces de temor parece que temblamos mirándolas? Pues ¿quién podrá explicar con palabras las muchas cosas y grandiosas que hay de plata y oro para servicio del altar mayor, sus muchas vasijas de extraña y exquisita obra, las muchas fuentes, riquísimos aguamaniles, portapaces de inestimable valor, con sus vinajeras de nácar y oro, matizados, facistoles de plata y bronce dorado con grandes figuras, con muchos candeleros de plata, dorados, con muchas labores? Hay una custodia de oro macizo, esmaltada, que sólo sirve el día del Corpus, en que se lleva en ella el Santísimo Sacramento en la procesión. Hay otras muchas piezas y vasijas de extraña y costosa hechura, que si todas las hubiésemos de nombrar no acabaríamos tan presto y sería necesario hacer libro de esto, y lo merecía según hay de ello. Por ahora basta esto, que con esto se echa bien de ver el ánimo tan magnífico de quien lo dió con tan larga mano.

Antes que de aquí salgamos será razón que dejando los huesos de los santos ofrécese que digamos algo de tantos como de cuerpos reales aquí hay sepultados [en] cuyas alabanzas y loores, que con justísima razón a cada uno se le debe, quedara corto y cayera en falta Sócrates. No he visto ni he oído decir que haya visto esta octava maravilla del mundo persona que no se admira y espanta y dice a boca llena, fué Rey sapientísimo y clara y patentemente se muestra su admirable y real prudencia; aquí resplandece con maravillosa lumbre; aquí reluce con maravillosa claridad, porque aunque a cada cuerpo se le edificara templo cual este de San Lorenzo, que sin duda le merecen; pero determinó este gran Rey con su prudentísimo consejo y con su sapientísimo y real corazón, el cual, como la divina Escritura nos enseña, es regido por la mano de Dios, que todos estuviesen en esta de San Lorenzo, más que todos ilustrísimo.

[Panteones.]

Queda agora que digamos dónde yacen y cuántos son y en que parte están. Digo, pues, que son doce los cuerpos reales entre hombres y mujeres sin los niños y niñas, y entre ellos dos príncipes jurados. Están debajo de las gradas del altar mayor en una bóveda

que allí hay harto estrecha y escura, porque nunca tuvo el buen Rey intento que estuviesen aquí, sino en una iglesia que está debajo de esta bóveda, que llaman el Panteón y que allí bajasen los niños seminarios a ofrecer la misa, pero pareciéndole después que estaba aquello muy a tras mano y que seria muy húmedo y por lo mesmo muy enfermo, aunque la experiencia ha enseñado otra cosa después acá, lo dejó y ansí se están aquí sobre dos bancos atravesados, cubiertos con un angeo, harto pobremente puesto; de manera que el sacerdote que dice la misa, estando en medio del altar tiene los pies sobre la caja donde está enterrado el gran Filipo segundo, consideración que tuvo muchos años antes que muriese tan santa como pía (1).

[Ornamentos.]

Queda agora que digamos de los ornamentos que hay en la sacristía, cuyas expensas y gastos podrán decir los matizadores y bordadores, pues a su oficio pertenece, porque justo es que cada uno se exercite en su arte, por lo cual dijo Horacio: *el indocto y loco marinero teme navegar;* la hierba abrótana no se la atreve a dar al enfermo sino aquel que la conoce, lo cual al oficio de los médicos pertenece, ellos lo prometen y cada oficial trate de su oficio. Semejante a esto es aquello que al famoso pintor Apeles se atribuye: *Zapatero, no más de chinelas.*

El ornamento que para sola la fiesta de San Juan Bautista está dedicado, dice lo que son; pues de este podrán sacar los demás y lo que vale[n].

¿Quién podrá apreciar el ornamento matizado que hay para las fiestas de nuestro Redentor, y el que hay sólo para las honras de nuestro fundador y de su padre el Emperador? ¿Quién habrá que aprecie los gastos de todos ellos, sus costosos y exquisitos brocados y su mucha pedrería? ¿Quién no se admira considerando el aparato que para los oficios de difuntos de las personas reales hay sólo para reinas con todo su adrezo de ébano y plata y bronce dorado

(1) El actual Panteón, como se dijo en el t. I, pp. 88-90 de estos *Documentos*, lo mandó construir Felipe IV.

está diputado? ¿Quién no se admira y pasma mirando las cosas que para el día de San Lorenzo están señaladas? Por lo cual si lo que siento de cada una de las cosas que a esta Casa pertenecen hubiese de decir diría que no se habían de leer, sino con propios ojos verlas y mirarlas; no se habían de oír, sino escudriñarse una a una y ansí alcanzarían la verdad, no de estas letras, sino de las mismas cosas en las cuales consiste la verdad y se ve a vista de ojos. Porque ¿a quién contaríamos [sin asombro] que en esta Casa se digan cada día tres misas cantadas, la del alba por el Rey, la de prima por las personas reales difuntas; de *Requiem*, por todos ellos en particular diez mil misas cada año, y esto no ha de faltar, sin las honras que se hacen por cada uno en particular [y] por la majestad y pausa que se hace? La tercera misa es la conventual; pues ¿quién podrá creer esto, aunque más se lo digan, sino es viéndolo él mismo?

[Aula de Moral y Camarín.]

De la sacristía se sube por una escalera de piedra, maravillosa, aunque en esta Casa todas lo son, y se entra en el Aula, que es toda de bóveda y adornada de grandes pinturas y el suelo muy bizarro de las piedras de mármol blanco y pardo; a un lado del cual está un retrete que hace la escalera, el cual está adornado de muchas y grandes joyas ansí de pinturas como de muchas cosas exquisitas y de inestimable valor, que el buen Rey puso allí, y cada día se va puniendo. Llámase el Camarín.

[Claustro alto.]

De aquí se sale por una grande puerta a lo alto del claustro principal, que es tan grandioso y tan lindo como lo de abajo, con las pinturas que en él hay del *Mudo*, famoso pintor, y con el ventanaje.

[Coro.]

Entrase al coro por dos grandes puertas, en medio de las cuales por de dentro hay un muy grande nincho y en él una muy grande pila de agua bendita de mármol pardo y encima está la figura

del bendito mártir Laurencio, cosa celestial, traída de Roma. Es de alabastro blanco y es tan acabado y tan antiguo que nunca el papa Sixto V se la quiso dar a nuestro Rey, aunque se le pidió con mucho encarecimiento (1).

Luego se entra en el coro, y si quieres entrar sólo te pido atentamente vuelvas la cabeza y consideración, la cual si algún tiempo tuviste en la gloria la renovarás mirando los que en lo más alto del coro con tan extraño primor está pintada (2), que parecen comenzar ya los santos ángeles con sus perfectísimas voces e instrumentos los religiosos cantos que este religioso convento hasta la fin del mundo proseguirá. Si de las grandes pinturas, si de las sillas de esta gloria y coro y de sus tan preciosas maderas, traídas del cabo del mundo, y de sus grandes labores y diversidad de maderas, todas incorruptibles, que vienen a ser por todas ciento y veinte y ocho, con mucho compás puestas, hubiera de hablar; si de los dorados órganos, si del curioso y costoso y raro facistol y de su gran máquina y extraña hechura, si de los guarnecidos libros del canto y de sus puntos y letra, y sus grandes iluminaciones, son por todos ducientos y trece; si de las riquísimas capas de coro y gran tesoro que de esto hay, que para el servicio del divino culto está dedicado, y lo que más es, si de la religión y santidad de los que de esta gloria gozan, echaras claramente de ver que este es el verdadero paraíso que por ahora los hombres en la tierra conocen, y no hay otro (3) ni le ha habido.

[Biblioteca.]

De las librerías no habrá quien se atreva a contar de las cosas tan ilustres y de sus cosas grandiosas de raras pinturas y costosos jaspes, y por extremo costosísimos libros y riquísimos cajones de maderas tan exquisitas y de sus grandes bóvedas y artesones todo hecho una ascua de oro con las pinturas tan valientes (4) y tan al

---

(1) Véanse atrás las pp. 21 y 110-11.

(2) Pintura de Lucas Cambiaso, *Luqueto*.

(3) Nota del copista, al margen: «Esto es herejía contra la Sagrada Escritura, y así lo que parece quiere decir, que por manos de hombres ni hay ni habrá cosa más deliciosa.»

(4) De Peregrin de Peregrini, *Tibaldi*, de sus discípulos, y de Granello y Castello.

vivo dibujadas que parece que nos hablan y nos quieren decir sus conceptos; cada uno según su arte. Todo está puesto por maravilloso artificio y grande armonía.

Tiene esta gran librería quince mil libros y más, todos de una misma manera encuadernados y puestos por su orden todas las facultades. En medio están unas esferas y globos. El suelo está losado de mármol blanco y pardo con muchas labores. Están pintados al natural el emperador Carlos V y el Rey Felipo segundo, y este Rey de ahora, todos muy al natural (1). No hay quien no enmudezca en entrando en esta pieza.

A su lado está otra de manuscritos, que es un gran tesoro. Todos son originales. Está toda llena de grandes retratos y de otras muchas cosas muy antiguas y por lo mesmo de mucha estima.

Esta gran librería tiene encima otra tan grande pieza que se va también componiendo de libros y de otras cosas curiosas, que en poniéndose en perfección será mucho de ver por su mucha grandeza y mucha capacidad y sus muchos cajones.

[Refectorio y Ropería.]

Quédanos que decir del refitorio, el cual es una muy galana pieza y a todos admira su grandeza y hermosura y blancura. Es toda una muy buena bóveda, pero muy llana, con sus muchos azulejos, y a la entrada tiene un muy empinado zaguán con tanto ventanaje y tan linda fuente de jaspe en medio. La vasa toda de una pieza. Y alzando los ojos al empinado cimborrio se pierde uno de vista.

Algo más adelante está la famosa pieza de la ropería (2), tan adornada y compuesta con tantos vestidos, que no es lo peor que hay que ver en esta Casa; de manera que en medio del refitorio y sentado en el asiento del prior, abiertas las puertas se ve hasta el Colegio, que es una muy hermosa vista, y ansí cogen en medio estas dos grandes piezas de refitorio y ropería a este zaguán o cimborrio, que es una hermosa cosa y de gran artificio.

---

(1) Los tres de Pantoja de la Cruz.
(2) Actualmente biblioteca de manuscritos.

[Botica y Galería de convalecientes.]

Tan solamente nos queda que decir de la botica y de las cosas famosas y reales que en ella hay con tantas y exquisitas medicinas de quintas esencias y sacadas por alambiques. ¿A quién no admiran aquellas máquinas tan grandes de sacar aguas por vidrios, escrito de los antiguos y hecho, y perdido, y ahora de nuevo hallado, todo puesto por tan linda manera? ¡Qué de cosas preciosas y de gran valor hay en esta oficina! Y lo que más es de admirar es el oficial, porque es uno de los mejores que creo haya en el mundo; es muy gran fraile, es hombre de muy lindo y claro ingenio y muy agudo, sabe muy bien la lengua latina y entiende la griega y hebrea; es un Platón en Filosofía, sabe muy bien a Galeno y Avicena; no se le esconde ni la Filosofía de Vallés, famosísimo médico de nuestro tiempo; finalmente, digo de él es consumadísimo oficial en su arte, y que en poco tiempo ha alcanzado todo cuanto en este arte se puede saber, tanto que dudo le llegase ninguno de los pasados. Llámase este padre fray Jerónimo de Albendea (1).

Tiene esta oficina muchas y muy buenas cantinas y grandes piezas y un claustrillo para su ministerio. Pásase para ir a él por un grande y hermoso y muy vistoso corredor que está al mediodía, desde el cual se ve un muy hermoso y grande estanque, lleno de balaustres y bolas por remate, todo de piedra (2), y en él saltan los peces.

[Torres.]

Finalmente, me faltan palabras, y esto yo lo confieso, para decir las muchas cosas grandiosas que esta octava maravilla tiene. Sólo diré, para remate de esta historia, tiene cuatro famosísimas torres a las cuatro esquinas de la casa con sus bolas doradas y chapiteles con sus veletas y cruces, y asimismo dos grandes torres que toman como en medio al gran cimborrio, y a sus lados las dos que hacen los zaguanes de los refitorios, todo que hace gran hermosura y compos-

(1) Murió el 22 de marzo de 1641.
(2) Obra de Francisco de Mora.

tura con sus veletas y bolas doradas, con el mucho ventanaje que hay en los tejados, con sus muchas chimeneas de piedra, que todo hace correspondencia.

[Generalidades y cosas curiosas.]

Los dos lienzos de este gran edificio, que son el que sale al oriente y el de mediodía están cercados de grandes jardines y ninchos, con la huerta y bosquecillo, todo cercado de una pared bien alta y muy hermosa de piedra franca.

Tiene diez y siete claustros con chicos y grandes y quince mil puertas y ventanas y treinta y cinco leguas de espacios, contando y midiendo lo que toma cada cosa con el claustro de la Compaña y sus colaterales que tiene para su servicio, que es otra cosa grandiosa por sí y se puede contar por Casa Real según es de suntuosa y de grande edificio y las cosas que en él hay por extremo grandiosas y hechas con grandísima prudencia y discreción, con tan maduro consejo que no parece sino que todo se lo hallaron allí hecho para el servicio de la Casa donde todos los oficios están juntos y puestos por tan lindo orden y concierto que espanta a los que los ven y miran y no se hartan de admirarse y espantarse, y con razón, por estar todo hecho con grande correspondencia y no depender de otro.

Una cosa notable cuentan de este gran edificio, y es que tiene otro tanto dentro de tierra como de fuera se parece.

Todo este gran edificio tiene en medio la iglesia que le agracia en extremo mucho. Hay dentro de estas cuatro paredes y cuatro torres, el Convento y Colegio y Seminario, sin el Palacio Real, que es una muy grande cosa.

[Colegio.]

El Colegio tiene tres o cuatro cosas grandiosas, que son las dos aulas y un gran patio allí junto, cuyo techo es muy dorado, y sobre todo una muy hermosa cocina que a falta podía servir de iglesia catedral, según es de grande y muy capaz.

[Casas de Oficios y Palacio.]

Esto es en cuanto toca a lo que está dentro de estas cuatro paredes, sin tocar a las Casas de los Oficios, que están fuera, donde el buen Rey puso todo cuanto era necesario por muy linda orden y concierto sin que se estorbe uno a otro. Son las casas dos y cada una tiene cuatro claustros, todo tan bien trazado que admira, con una muy buena y muy real capilla (1), donde acuden todos los del Sitio a oir misa. Todas las oficinas muy bien puestas con sus grandes cantinas para el servicio necesario. Son tan buenas y tan acabadas que para decir de ellas lo que son era menester hacer historia de nuevo y ansí lo dejaré, como también dejamos de contar otras muchas cosas que requerían otras muchas lenguas muy más expeditas que la mía, y con todo quedaran cortas o enmudecieran si vieran el gran Palacio que el buen Rey hizo aquí, que de él nunca habemos dicho nada, ni de sus grandes salas y lucidas cuadras, ni de su grande galería, ni de las cosas grandiosas que tiene de pinturas al fresco, donde están pintadas algunas guerras, como la de Granada (2), la toma de San Quintín y batalla naval del marqués de Santa Cruz, sobre las Terceras, todo que pide y cada cosa por sí una historia. ¿Pues, qué si hubiésemos de contar de las muchas y grandes pinturas que aquí hay de grandes y excelentes cuadros? Hay otra galería llena toda de mapas; debajo de esta otra donde está pintada (3) en grandes cuadros la batalla naval que el señor don Juan de Austria ganó en Lepanto al Gran Turco, con otras muchas cosas de mucho precio y gran curiosidad. Otras muchas cosas hay en este gran Palacio y Casa Real, que porque no sabré darlas el matiz que ellas merecen las dejaré y pasaré en silencio y dejarlo [he] para otro.

[Hospital.]

Olvidábaseme de contar cómo este gran Rey con su gran prudencia tenía hecho en el lugar del Escurial un Real Hospital, el cual

---

(1) Ahora parroquia de San Lorenzo de El Escorial.

(2) *Sala de batallas*, pintada por N. Granello, F. Castello, Horacio Cambiaso y Lázaro Tabarón.

(3) De mano de *Luqueto*.

primero sirvió de convento a estos padres, y me acuerdo haber oído a personas muy graves que se han hallado en el Real de Burgos y en Guadalupe, entrambos célebres hospitales, en los cuales se exercitaba una caridad nunca vista, mas en ninguno de ellos vieron mayor cuidado así del gobernador como de los ministros, ni mayor limpieza en las camas, ni más abundancia en todas las cosas que en este Real Hospital del Escurial, y se hizo siempre, y todo el tiempo que el buen Rey murió, digo, vivió, se guardó con mucha puntualidad; el cual tenía ordenado que siempre a este hospital se dé y ponga un médico que juntamente fuese cirujano, caritativo y piadoso y docto y experimentado, y, finalmente, tal cual a tan pio y santo lugar conviene, y ansí se guardó todo el tiempo que tuvo vida este potentísimo Rey y Monarca del mundo, que no faltó en todo su tiempo un punto, y con su muerte todo cesó como si nunca hubiera habido hospital, no porque no lo dejó él harto encomendado fuese siempre en aumento, pero como sino lo mandara; ni se trata más de ello, como es en otras muchas cosas que él mandó (1).

Aquel ilustre templo de Salomón, en siete años fué edificado, en el cual se ofrecían animales, mas en éste es sacrificado y ofrecido Dios verdadero y verdadero Hombre (2), nacido de la Virgen Santa incorruta y sin mancilla; aquél contenía el Arca del Testamento, mas éste el verdadero Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, el cual con suma reverencia es honrado y adorado con maravillosa devoción.

[Palabras de Felipe II.]

El blanco que tuvo este prudentísimo Rey, como hacía todas las cosas con suma prudencia, es que muchos pobres trabajando por su jornal en esta fábrica se sustentasen por mucho tiempo, los cuales, o lo habían de hurtar, o perecer de hambre, y con esto no sólo se remediaron, más se hicieron muchos ricos, y ansí me dijo una persona grave, y que trataba mucho con este buen Rey, que le dijo un día: «Mucho me huelgo que con achaque de esta obra sustentamos

(1) Véase adelante en los Apéndices la minuciosa *Instrucción* que dió Felipe II para el buen gobierno del hospital.

(2) En el ms.: *Dios verdadero de Dios verdadero Hombre.*

muchos pobres y se remedian en sus necesidades»; palabras por cierto dignas de quien las dijo, y de que se traigan siempre en la memoria de todos para nuestra edificación.

[Situación y cercanías.]

Quédanos ahora acabar de decir tan solamente del sitio y asiento de la Casa, que arriba comenzamos. El lugar, pues, adonde está edificada es llano, mas las partes a ella circunstantes son algo cuesta [a] rriba. Hacia la parte del mediodía sale un valle no lejos de Casa, el cual [se extiende?] no mucho por larga distancia; después volviendo hacia aquilón se encierra un corto valle por donde el viento Favonio, con deleitable flato y soplo deleita los moradores; pero algunas veces viene y sopla con tanto ímpetu que parece quererlo arruinar todo; llámase este valle La Herrería; es pedazo de tierra el mejor que se sabe haya en muchas leguas. Está en él El Castañal, pedazo de huerta muy lindo y muy apacible.

Acabado el valle, en medio está un collado; se vuelve luego a continuar y inclinándose hacia aquilón, que es el viento regañón, procede y va derecho entre aquilón y levante o cierzo, adonde en el invierno los que habitan hacia aquilón con facilidad se defienden del frío. Hacia oriente, los lugares del Sitio que van un poco cuesta abajo están patentes y claros, y por esto toda la Casa desde que sale el sol hasta que se pone, sin algún impedimento es de sus rayos alumbrada.

El cielo ordinariamente está claro y sereno. Las salidas de la Casa son admirables y agradables: si al Molino, si al Plantel, si a La Herrería, donde están los ermitaños, todo es apacible.

¿Quién de entendimiento que mirando las aguas que por esos arroyos corren ahora patentes, ahora escondidas entre los arbolillos no se regocije y recree? ¿Quién no se alegra y huelga con tantos jardines, con tanta curiosidad y arte puestos, con tantos prados verdes, con tantos bosques que están llenos de diversidad de yerbas y árboles; pues aquí corren ligerísimas liebres, de allí vuelan perdices, acullá están ciervos, por acullá corren conejos, los pajarillos cantan suavemente; quién esto ve y mira, por más grosero que sea, que no se alegre y regocije?

De alimentos es muy abastada y abastecida, que de cerca de aquí se traen, de lo cual tienen experiencia los moradores.

Los tiempos no son dificultosos de pasar, porque en el verano la calor no es mucha y de invierno es templado el frío; y es cierto que como en esta Casa no corriesen aires nunca haría frío, que los aires furiosos que muchas veces corren hacen que se sienta el frío, pero no por eso se tiene lumbre, ni la vemos los que vivimos en esta Casa, ni es necesario.

De aguas hay mucha abundancia: [de] aljibes, de fuentes y de arroyos y arroyuelos.

Pues si la estancia del cielo es buena y todo el día es alumbrada del sol y es rodeada de saludables vientos y adornada de muchos árboles, verduras, arroyos, fuentes, ¿qué falta a este lugar para ser saludable? Por cierto ninguna cosa, pero a los negligentes y a quien no tiene cuidado de su salud, ¿qué lugar se puede dar ni hallar bueno? Con todo eso a los que aquí vinieren y viven es necesario guardarse de tres cosas: del rocío de la noche; y cuando el sol es muy recio y fuerte; y del aire vehemente.

Resta, pues, que vivamos sin culpa y que sin cesar supliquemos a nuestro Señor que dé a nuestro Rey Cristianísimo mucha gloria y descanso y que goce el premio de sus trabajos con el bendito mártir Laurencio, a quien él tanto quiso y honró en vida.

Toda la demás realeza de este gran edificio dejo para más alto ingenio que el mío, pues lo poco que de él con muy mal concertadas palabras he dicho bastará sólo para mostrar la grandeza y magnanimidad que este buen Rey tuvo en hacer este edificio y con la grandeza y suntuosidad de que esta su Casa está doctada, y con esto atrae y deleita al que en honra del Sumo Dios y beactísimo Laurencio la edifica, y pues en esta materia tanto ha dicho el padre fray Josefe Sigüenza y con tan alto estilo, excusado estoy de hacerlo, pues es fraile de mi Orden y de mi Casa razón es y no es mucho valgan en mi causa y favor sus razones; pero aun para confundir toda la gente y antigüedad que se gloriaba de sus colosos y pirámides de sus sepulcros, muchos babilónicos, y para abajar la soberbia de la grande Asia, cuya mal empleada potencia tardó ducientos y veinte años en levantar el gran templo de Diana, bien sé que no tengo necesidad de hacer largos y artificiosos epílogos para persuadir a

todos pusieran la corona de gloria, si en mano de cada uno estuviera la corona, en la cabeza del que tan bien la merece como el que tal fábrica hizo, y de que, si lícito fuera, le ofrecieran sacrificios; pero todos los de la antigüedad le dieron en rostro, los cuales deseaba más fueran ofrecidos de los ciegos mortales al universo Criador que no a su criatura. En este sagrado coro, donde se está con tanta devoción y le están encomendando al muy Alto en recompensa de esta merced, será admitido en esta suntuosa morada, en la cual se habiliten y dispongan los diligentes como valientes religiosos en todos los venideros tiempos para recibir la merecida laureola de sus divinos exercicios y buenos trabajos de continuo coro y divinas alabanzas como en este santo templo se ofrecen de noche y de día sin cesar, con oración continua y otros santos exercicios y santas ocupaciones, y sólo mirando al fin y al blanco de alcanzar la bienaventuranza, de la cual nos haga el Señor participantes y merecedores por su bendita Pasión y nos tome en cuenta tanto encerramiento, tanto silencio y tanta clausura y compostura como en todas las cosas en esta santa Casa hay, por lo cual sea su santo nombre bendito para siempre jamás amén, pues, quiso que en todo este santo templo y Casa sea un retrato muy al vivo de su gloria y bienaventuranza, a la cual tenga por bien el Señor de nos llevar cuando Su Majestad por bien tuviere. Amén.

[La Fresneda.]

Está distante de esta Casa La Fresneda, que es una gran cosa, y a dicho de todos es otro Aranjuez; es un retrato del paraíso ver sus muchas flores y rosas y fuentes, bosques y sotos, vergeles y deleitosos jardines; grande espesura de árboles y robles y muchedumbre de caza. Hay asímesmo muchísimas calles hechas por grande artificio de arboledas. Tiene lindos estanques con lindo artificio hechos. Son cuatro: el mayor tiene un gran paredón de calicanto y cantería, muy hermoso, que lleva tras sí los ojos de cuantos le miran; un poco más abajo está otro, el cual en medio tiene un cenáculo y un muy lindo y hermoso vergel; éntrase en él por barco, que querer decir de él y de su hermosura faltan palabras. Andan en éste y el de más

arriba en barcos, y tienen dos muy hermosas galeras muy pintadas y doradas.

Hay otra muy hermosa fuente, que llaman del dios Neptuno, que es cosa del cielo, con su muy hermoso estanque juntico, todo lleno de antepechos con sus balaustres de madera pintada.

Hay una muy buena casa y palacio, con su claustro y muy hermoso jardín.

Hay muchos y muy hermosos planteles de muchas y muy buenas frutas, y frutales.

Hay un muy hermoso jardín, que llaman de la Reina, y tiene muchas y muy grandiosas y muy buenas cosas; tiene una de las mejores fuentes que debe de haber en muchas leguas; grandes entretejidos con sus muchas calles, hechas con tan lindo artificio y todas cubiertas con sus parrales en extraña manera, entretejido todo.

Hay extrañas maneras de flores, de claveles y azucenas y hermosas labores de hierbas puestas con grande artificio que admiran a cuantos las ven.

De aquí se sale a ver una muy buena pieza de enrejado con madera labrada y dado de verde con sus muchos balaustres con unos árboles que tiene puestos a sus trechos y podados a su tiempo, hacen que echen sus ramas por estos entretejidos, que hacen una muy linda y hermosa sombra y que recrea mucho la vista y es mucho de ver y de gran consideración.

Finalmente, tiene tantas y tan diversas calles y cosas que querer las contar todas fuera nunca acabar. Basta decir que todos cuantos entran y lo ven dicen que es el Paraíso terrenal, y tienen razón según es de grande y hermoso con tanta diversidad de cosas ansí de árboles como de muchas diferencias de arboledas, de manzanos, perales, membrillares y grandes planteles que hay de ellos; tanta diversidad de ciruelos, muchos castaños, madroños, que todo el año tienen hoja y fruta, muchas y muy buenas higueras y grandes nogales, muchos y muy buenos cerezos y grandes planteles de guindos y de ellos muchos garrafales. Todo ello está cercado de grandes paredes todas de piedra de cantería bien alta, porque la caza mayor no lo destruya.

[El Campillo.]

Desde esta Fresneda se puede ir y pasar al Campillo por grandes y hermosos prados y campos muy verdes, llenos de grandes fresnos y robles y otros árboles silvestres; todo lleno de caza menor y mayor.

En Campillo hay una muy hermosa fortaleza, y en ella muy ricos y hermosos palacios, y bien junto tiene una muy buena fuente y una iglesia muy buena y muy capaz y adornada de nuevo.

[Monesterio.]

De aquí se va a Monesterio por una muy hermosa y ancha calle de álamos de tres cuartos de legua. Al cabo de ella están otros muy buenos y reales palacios con una muy buena y hermosa huerta.

Todo lo cual el buen Rey dijo que lo hacía para sus frailes de San Lorenzo.

[El Quejigar.]

Por no faltar en nada les hizo una viña muy bien cercada y muy grande en El Quexigar, con un gran monte de guindales y muchedumbre de higueras y grandes olivares con unos muy buenos y grandes palacios con sus grandes cantinas y extrañas bodegas; todo de cantería y piedra franca, con una muy buena capilla y un muy buen molino de aceite.

Es casa muy grande y muy capaz para caber en ella toda la casa real, como ha estado en tiempo de nuestro rey Felipo segundo y fundador, y por esa consideración la mandó hacer tan grande. Tiene muy cerca una muy hermosa venta, que de lejos parece un muy hermoso y gran monasterio según es de grande. Tiene otras muchas cosas esta casa y dehesa real del Quexigar, que si de ella se hubiese de decir en particular era menester hacer libro nuevo, por su mucha grandeza y mucha espesura y otras muchas cosas muy grandiosas que tiene.

[San Saturnino.]

Esto dexaremos para otros que lo escribirán más de propósito, y cómo se juntó aquella grande hacienda y hermosa casa de San Saturnino, adonde hay un muy bueno y hermoso olivar y grande viña y una muy buena huerta, regada con un río caudaloso que por ella pasa, a ésta de San Lorenzo.

[Conclusión.]

Aquí hemos dicho esto poco de paso, para que por ello se entienda con el amor entrañable que este buen Rey acudía al acrecentamiento de esta su Casa de San Lorenzo, y mientras más le daba más corto le parecía quedaba, ¡condición de pecho real y generoso!, por lo cual su alma goza de tanta gloria y descanso, que si ello es tanto como cuanto (respective) dió a Dios, no será poco el descanso y poca la gloria que en la otra vida tiene ya, como yo tengo por muy cierto. Y de ella gocemos todos cuando de esta vida vamos. Amen.

APÉNDICE I

Sobre el cap. VII del libro 1.°, n.° 2, p. 74.

Año de mill y quinientos, y ochenta, y nueue años. siendo papa sixto quinto, Reinando en spaña don phelipe segundo deste nombre. en la uilla del scurial a tres dias del mes de abril, siendo perlado della frai miguel de alaejos prior del comuento de Sanct Lorencio el Real, y cura propio el licenciado pedro de cardeña. fue baptizado en la yglesia de la dicha uilla. un hombre de ædad de quarenta años judio de nacion natural de fez y se llamaba Moysen uen zemerro en el judaismo, y en el baptismo se llamo pablo de sancta maria fue su padrino de pila el principe don phelipe tercero deste nombre em presencia del Rey su padre, y de la infanta doña ysabel su hermana. baptizole el doctor don garcia de loaisa giron maestro del dicho principe. y lo firmo, ut supra. Garçia de Loaisa.

Este dicho dia, mes, e año supra scripto en la dicha yglesia fue baptizado, um moço criado del dicho pablo de sancta maria de ædad de veinte y dos años tambien judio de nacion natural de fez, y se llamaba en el judaismo josue, y en el baptismo se llamo fran.co de sanct pablo fue su padrino de pila don christobal de mora de la camara del Rey nro. señor. baptizole el dicho doctor don garcia de loaisa giron y lo firmo, ut supra. Garçia de Loaisa.

Lib. 1.º de Bautismos [*de la parroquia de San Bernabé de la villa de El Escorial*] *desde 1574, hasta 1594.* (f. 164 v.)

APÉNDICE II

Aclaraciones a los capítulos VIII y X del libro 1.°, pp. 85-98 y 123-31.

Antonio Pérez nació en Madrid hacia 1534. Fué hijo de Gonzalo Pérez, secretario de Carlos V. Después de haber estudiado en varias universidades de España y el extranjero, volvió a su patria y sucedió a su padre, como secretario de Estado, en las cosas de Italia. En 1570, por muerte de Francisco de Eraso, fué nombrado Pérez su sucesor en la secretaría de Estado, cargo que desempeñó hasta julio de 1579.

El 3 de enero de 1567 casó en Madrid con la noble señora doña Juana Coello y Vozmediano, que tan importante intervención tuvo en el proceso y fuga de su marido.

Pronto supo la corte que el nuevo Secretario era hombre ducho y habilísimo en el manejo de los negocios; que sus modales refinados atraían las miradas de todos; que él daba la norma de la elegancia con su propio modo de vestir, el de su casa y criados; que su morada, por los objetos de arte en ella reunidos, por el buen gusto que allí reinaba, y por la cortesía y afabilidad de su dueño, era el centro y punto de reunión de no pocos linajudos señores del reino.

Las buenas cualidades de Pérez se hallaban contrapesadas y obscurecidas por graves defectos: era soberbio, vanidoso y fatuo, de costumbres corrompidas, de vivir vicioso y desordenado.

Para alimentar el lujo escandaloso y la fastuosidad petulante, no dudó en recibir dádivas, vender cargos e influir cuanto pudo en la provisión de nombramientos a favor de los más espléndidos y generosos donantes y postores.

El 31 de marzo de 1578, por la noche, en las cercanías de la iglesia de Santa María, de la Corte, fué asesinado de una estocada Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria.

Esta muerte violenta y en persona calificada fué pronto objeto de todas las conversaciones, y el rumor público señaló como instigadores y autores morales de ella al secretario de Estado y a la princesa de Eboli.

Prestando los historiadores excesiva fe a los escritos de Antonio Pérez, no han vacilado en achacar la orden de la muerte a Felipe II. Los motivos de este mandato, escriben, copiando al mismo Pérez, fueron para evitar que Escobedo siguiera alentando los planes ambiciosos y los sueños quiméricos de don Juan de Austria. Esta opinión la han seguido modernamente el marqués de Pidal, Mignet, Muro, Cánovas del Castillo y otros, siendo el último, que yo sepa, el hispanista inglés Martín Hume.

Que Felipe II estaba cansado de Escobedo, de sus continuas peticiones y demandas y de la demasiada y áspera franqueza con que se expresaba, es indudable; pero admitir por esto, como Cabrera de Córdoba, que «no le desplació» aquella muerte violenta parece mucho afirmar.

Ateniéndonos al relato de los historiadores contemporáneos, las verdaderas causas del asesinato fueron el temer Pérez que Escobedo descubriera su falsía y mal comportamiento en la secretaría de Estado, y, principalmente, el haberle reprendido los ilícitos tratos que mantenía con la princesa de Eboli.

Prisiones de A. Pérez.—1.ª El 28 de julio de 1579, a las once de la noche. 2.ª Por enero de 1585. 3.ª Marzo o abril de 1589. 4.ª Este mismo año de nuevo. 5.ª En abril de 1590, en Zaragoza, de donde fué sacado y libertado, el 24 de setiembre de 1591.

Procesos contra Antonio Pérez, acusaciones y sentencias.—Que hubo no uno, sino varios procesos es indudable, como se convence con documentos de la época. Las acusaciones que se le hicieron fueron las siguientes: 1.ª Asesinato de Escobedo; 2.ª Descifrar falsamente; 3.ª Descubrir secretos de Estado; 4.ª Envenenamiento de D. Juan de Austria; 5.ª Envenenamiento de D. Pedro de la Hera, de Rodrigo Mangado y otros; 6.ª Crimen de sodomía, y 7.ª Crimen de herejía. Se dieron contra él estas sentencias: 1.ª En agosto o setiembre de 1583. Se le confiscaron los bienes y se vendieron en pública almoneda. 2.ª En enero o febrero de 1585. Fué condenado a dos años de encierro en una fortaleza; a destierro por diez años a 30 le-

guas de la corte, y a pagar doce millones doscientos veinticuatro mil setecientos noventa y tres maravedís. 3.ª En 1.° de julio de 1590. Se le condenó a muerte de horca, después de ser arrastrado por las calles; a que se le cortara la cabeza, una vez muerto, y se expusiera en lugar público; y a perdimiento de todos sus bienes. 4.ª En 20 de octubre de 1592. Fué condenado por la Inquisición de Zaragoza a ser quemado en estatua y confiscación de bienes. Esta última sentencia la anuló la misma Inquisición aragonesa en 16 de junio de 1615.

Pérez en el extranjero.—Llegó a Francia el 24 de noviembre de 1592. En París y Londres desempeñó el oficio de Judas, architraidor y ejemplar típico de traidores, en frases del inglés Hume y Fernández Duro. Murió en París el 3 de noviembre de 1611, con muerte ejemplar.

Quien desee las pruebas de cuanto aquí brevísimamente queda afirmado, y conocer más por extenso la negra figura de este hombre, que causó indecibles males a su patria y a su rey, puede consultar mi libro ANTONIO PÉREZ, Madrid, 1922, 4.° m. de 252 pp. Se publicó antes en *La Ciudad de Dios*, años 1919-1922.

APÉNDICE III

Documentos relacionados con el número 7 del capítulo 12. Libro 1.º, pp. 151 y sigs.

(Qué exactitud de verdad encierre en todos sus pormenores el relato de la venida a España de la Soldana de Argel, según el P. Sepúlveda, es cosa que no me ha sido dado averiguar. Hechos como el aquí narrado se repitieron por entonces con mucha frecuencia. Recuérdese el cuento del Cautivo *que Cervantes intercaló en su* Don Quixote.

Y sin más consideraciones, transcribo los siguientes documentos, cuya esmerada copia debo a la erudición y buenos oficios de mi querido hermano de hábito el R. P. Fr. Saturnino López Zamora, dejando para el lector los comentarios que estime pertinentes, en vista de la contradicción que hay entre su contenido y lo referido por el monje jerónimo.)

I

Carta del Conde de Miranda al Duque de Sessa.

Dorso: Al Duque de Sessa del Cons.º de S. M.d y su Embaxador en Roma.—Roma.—Nap.s 15 d'Abril 1593.—El C.de de Miranda.—Rec.da a 2 de Mayo.—Para informarse d'Anna Mema, muger que fue del Gover.or d'Argel.

«Aqui ha venido una muger llamada Ana Mema, muger que dize haverlo sido de Hamet Bei Carabaxi, Governador de Argel, exponiendo que por hazer fin de christiana dexo todas las comodidades que tenia y que Sixto quinto se la hazia ay de treinta scudos de entretenimiento al mes, y pidiendome que interceda con Su Md. para que le mande hazer alguna merced, y aunque la obra de suyo es buena, y aqui hallo razonable informacion de lo que ha expuesto, todavia no me ha parescido tomar resolucion en esta su demanda sin saber primero de V. S. lo que ay ha passado, y tiene enten-

dido cerca deste particular, y assi sera servido V. S. de avisarmelo, para que conforme a lo que fuere se pueda hazer por esta muger lo que huviere lugar. Dios Guarde a V. S. De Napoles a 15 de Abril 1593.—El C.de de Miranda.»

(Archivo de la Embajada española en Roma.—Leg. 14.—Fol. 205. Original.)

II

Respuesta del Duque de Sessa.

Dorso.—Miranda.—Respuesta a su carta de 15 del passado sobre el particular de Ana Mema.

«A 2 deste recibi la carta de V. S. I. del 15 del passado, sobre el particular d'Ana Mema, i para poder enviar la informacion que V. S. I. manda é detenido el responder aviendo hecho entretanto diligencias para averiguar la verdad, i á se acertado a topar con un ciudadano onrado desta Ciudad de la Compañia del Confalon en cuya casa estuvo esta muger por orden de Sixto V cuando vino d'Argel, el cual a dado la relacion que va con esta, i traido aqui al mismo marido que es natural de esse Reino, a venido pocos dias á a un negocio i dize se bolvera presto i acudira a V. S. I. a quien Dios gde. De Roma 19 de Mayo 1593.

(Archivo de la Embajada española en Roma.—Leg. 14.—Fol. 206. Borrador.—Sin firma.)

III

(Relatione) d' Anna Mema.

Nel 1587, la Compagnia del Confalone de Roma mandò in Algieri quatro fratri Capuccini et il Vescovo d'Ampurias per rescattare christiani schiavi et ne rescattorno molti quali furno condotti a Roma.

Il Vescovo d'Ampurias mentre stava in Algieri fu mandato a chiamare da una certa Anna Grega renegata moglie d'un certo Caito Mamet, Mercante richissimo, quale all'hora era morto et aveva doi

figliole femine, una grande de anni 12, battezzata (a) Algieri da un sacerdote Greco chiamata Maria et un altra de età d'un anno qual non era battezzata et volse che il detto Vescovo la battezzase si come a instantia d(e la) madre la battezzò a la quale fu messo nome Caterina.

La detta Anna promesse al detto Vescovo de fuggir, in christianità et tornare alla S.ta fede ..... lassare grandemente richezze et per securezza di questo dette libertà a doi schiavi suoi, uno chiamato Michele Napolitano et l'altro Curtio da Valletri alli quali dette scudi 200 a(ffinchè) venissero a Roma et fabricassero una fregata con la quald tornassero poi a levarla d'Algieri.

Li detti Michele et Curtio giunti che furno a Roma dettero ordine che in Napoli fusse fabricata una fregata la quale finita che fu la armorno di tutte le cose necessarie.

Con detta fregata se ne andorno in Algieri con salvo condutto del Papa nella costa a una vig(na) di detta Anna posta su la marina dove haveva dato parola de aspettare et ivi giunti de notte facendo el contrasegno datoli furno reconosciuti et apertoli la casa entrorno dentro et fecero prigioni tutti l'infrascritti, parte d'accordo et parte per forza:

Anna et Agnela sua Madre Maria et Caterina figliole d'Anna tutte d'accordo.

Mami renegato Catalano, sei negre, una renegata Corsa, et doi Mare bianche tutte per forza et legate.

Dodici christiani schiavi di detta Anna quali d'accordo se ne fugirno.

Et fatto vela se ne andorno in Maiorca seguitati dalle galere del Re d'Algieri.

Giunsero a Roma alli 4 de Ottobre 1587 dove furno ricevuti dalla Compagnia (del Con)falone con grand'honore et allegrezza del Popolo.

Papa Sisto quinto li fece mettere in ordine una casa de tutte le cose necessarie (con prouisio)ne de scudi 30 il mese, qual provisione duró mentre visse il Papa et vivente ei (la) detta Anna de consenso di S. Santità se marito con el sudetto Michele.

Le More negre et bianche il Papa le dono a diverse persone.

Morto che fu Papa Sisto Michele meno a Napoli detta Anna sua

moglie perchè li (era man)cata ia provisione et non poteva vivere a Roma.

Agnela madre d'Anna restò in Roma dove al presente si trova in gran povertà (per non) havere niente.

Maria figliola d'Ana si trova in Roma in casa d'una Signora alla quale se li va p(agando) qualche sussidio dotale.

Detta Anna venne d'Algieri gravida et parturi una figliola et Papa Sisto li fece comare la Signora Camilla alla quales per le cose necessarie del parto li providde .....mente.

Detta Anna quando giunse a Roma fu allogiata per un mese in casa del Sr. Ulisse, ne mai vi è stata altra Anna in Roma a tempo de Papa Sisto V di quelle pa(rti).

S'intende che una certa Anna ha datto memoriale al Vice Re di Napoli sotto (pretes)to che lei sia quella che fuggi, il che non è vero, perche detta Anna è Andata (fi)no a Genova, a Pisa, a Venetia et hora è capitata a Napoli con questa f(inzione) d'esser lei quella Anna che veramente fuggi d'Algieri et cerca aiuto da S. (Maestà) Cattolica.

Pero si supplica che si voglia ritrovare la verità et che l'aiuto si dia alla vera et non a quella che malitiosamente si è messa nome Anna comme è stata scop(erta) in diverse parti d'Italia.

..... ritrovare la vera Anna, è in Napoli incontro alla porta piccola di S. (Maria) del Carmine in casa di M. Octavio Vossatro.

(Archivo de la Embajada española de Roma.—Siglo XVI, leg. 14, fols. 203-204.—Copia.)

APENDICE IV

(Cap. XV, libro 2.º, pp. 375-76).

†

Instrucción y modo de lo que se ha de tener en curar los enfermos del Hospital de Sanct Lorenzo el Real de el Escurial, ansí en lo del alma como en lo del cuerpo.

1. Primeramente: es necesario que el clérigo y enfermero con el cocinero y los demás que han de servir a los enfermos tengan mucha caridad, paciencia y cuidado y limpieza con prudencia, porque tiniendo todas estas partes serán bien servidos los enfermos.

2. Item: se ha de tener muy grande vigilancia de no rescebir a ninguno que sea de mal contagioso, como son bubas, pues que lo toman con su mano, y lepra y lamparones, y otros males incurables, si su Majestad no manda otra cosa; y para esto es necesario que sea visto primero del médico, como se usa en los hospitales principales; y rescebido, si tuviere fuerzas, le den tiempo para aparejarse para que piense sus pecados y los pueda confesar y rescebir el Santísimo Sacramento antes de echarse en la cama, y luego haga testamento con sus testigos, y se escriba en el libro del hospital quién es y la hora que vino, y si muriese se escriba la enfermedad de que murió y el tiempo que estuvo, con una cruz en la margen, y si sanare, el día que vino y el día que se fué y la enfermedad que tuvo, para que poco más o menos se entienda el gasto de los enfermos al cabo del año; y antes de ponerlos en la cama, si hubiere lugar y no estuvieren tan peligrosos y tuvieren cabello largo, los hagan quitar el cabello y barba, y les quiten la camisa y les pongan una limpia para que no hincha la cama de piojos y de otras inmundicias, y mandar luego lavar la camisa que trae, y con la otra ropa, sino trujere piojos,

harán un lío con un escripto encima que diga de quién es y cuándo vino; y si trujere piojos, será necesario escaldarle tambien la ropa, porque será razón que vayan limpios cuando se vayan, y si se mueren, los que hubieren de rescebir la ropa no la hallen sucia y dañada sino mejorada; y la han de tener colgada en una ozutea con sus escriptos en cada una, como tengo dicho.

3. Item: será bien que cuando se resciba algún enfermo, procuren antes de ponerle en la cama de lavarle el rostro y las manos y los pies con agua caliente para que no ensucie la ropa, y también le corten las uñas, si las tuviere grandes, que todo es salud y limpieza, y por esto será necesario que tenga unas bacías de barbero para el rostro y las manos, y para los pies unas bacías mayores y unos escalentadores para escalentar el agua, que todo sea de cobre.

4. Item: si tuviere dineros, que los dé el enfermo a guardar al fraile que tuviere cargo del hospital y quel clérigo que tuviere cargo de administrar los sacramentos no pueda rescebir dellos blanca sino fuesen las misas quel fraile que lo tuviere a cargo dello le quisiere dar; y el dinero que se diere a guardar al enfermero sea delante de testigos y declarado en el testamento.

5. Item: que sabiendo los dichos enfermos ques de costumbre confesar y comulgar y hacer testamento en entrando en el hospital, no se espantarán dello, porque la mayor parte dellos son gente ignorante y de poco entendimiento, que tratándolos dello piensan que han de morir luego, y habiendo curado el alma dará Dios su gracia con intercesión de su bendita Madre y del glorioso Sanct Lorenzo que cure luego el cuerpo.

6. Item: cuando viniere alguno al hospital questuviere en tanto extremo que no pueda hacer ningún exercicio de los sobredichos en pie, o levantado por mejor decir, hagan que en puniéndole en la cama, antes de hacerle ningún beneficio corporal, hagan que confiese y comulgue y haga testamento si pudiere por escripto o por palabra, porque no se muera como bestia, pues importa más curar el alma que no el cuerpo.

7. Item: es necesario que en el dicho hospital haya un portero para que ninguno entre a visitar los enfermos so color de caridad y los traiga muchas veces la muerte, ansí trayéndoles cosas contrarias para comer como para beber y otras cosas que dan pena; y por

tanto será necesario que tenga el dicho portero una campanilla para llamar los enfermeros porque no deje la puerta, y si pudiese ser que tuviese algún officio de sastre o de otra cosa para servicio del dicho hospital sería gran cosa.

8. Item: que ha destar advertido el beneficiado y el enfermero que cuando trujeren algunos enfermos heridos o de cualquiera cosa que sea de cirugía questé apartado de los otros, ansí por inficion y corrupcion de las llagas como por el mal olor de los ingüentos.

9. Item: que cuando hubiere alguno de tabardillo, o modorra, o dolor de costado, esté, si es posible, apartado de los otros.

10. Item: que cada vez que entraren en las mañanas y en las tardes a los enfermos el beneficiado y el enfermero digan: *Alabado sea Dios y la Virginidad de su benditísima Madre;* y los que pudieren decir un Ave María y un pater noster por sus Majestades lo digan; y los que no tuvieren aliento para esto que digan: *Señor, guarda a sus Magestades y Altezas;* y será bien que les digan allí la docfrina cristiana repartida en dos veces, a la mañana y a la tarde que por nuestros pecados hay muchos dellos que no la saben, y pues están en una casa tan santa y de religión, bien es que se haga y se guarde esto, y también que echen agua bendita a los enfermos.

11. Item: que los que pasaren de mes y medio o de dos de enfermedad, es bien hacerles confesar y comulgar otra vez, si ellos no lo pidieren antes, que todas las veces que lo pidieren tienen obligación de dárselo.

12. Item: que todas las fiestas principales, ansi de nuestro Señor como de nuestra Señora y del glorioso sant Lorenzo y de nuestro padre sant Jeronimo y de Todos Santos, es bien que los questuvieren en el dicho hospital y que habrá passado quince dias que no se hayan confesado y comulgado, que en aquellos dias se les dé, y al principio de la Cuaresma, porque es razón que donde se tiene cuenta con el cuerpo se cure el alma, y el mejor manjar que hay para ello es el Santíssimo Sacramento de la penitencia acompañado con el Cuerpo de nuestro Sacratísimo Jesucristo Redemptor.

13. Item: que cuando se hubiere de dar el Santíssimo Sacramento a los enfermos procuren questé el hospital compuesto y limpio y perfumado, pues es para un huésped tan grande y a quien se debe toda reverencia y acatamiento posible, y han de tener en la capilla

del dicho hospital el altar preparado como si se hubiese de decir misa en él, con sus velas encendidas para que pongan la custodia entre tanto que todos digan la confesión y haga su amonestación el dicho beneficiado declarándoles y exhortándoles como pueden rescebir todos el Santissimo Sacramento espiritualmente pidiendo perdon a Dios de sus culpas cada uno, y también para que le den gracias por la merced que les ha hecho de haberles traído a tan buena parte adonde los viene El mismo a visitar bajando del cielo para ello, y también para que los amoneste que si Dios fuere servido de llevarles desta vida pidan la extremaunción ques el postrer sacramento y remedio de nuestra salvación.

14. Item: que los domingos y fiestas que se hubiere de celebrar missa en el dicho hospital procuren que sea a tiempo más conviniente y con la mayor reverencia y acatamiento que ser pudiere y con toda la limpieza que sea posible.

15. Item: que cuando se hubiere de dar la extremaunción procuren que sea con todo el silencio y devoción posible para que los questuvieren alrededor no se espanten, y si pudiere ser que hubiere una pieza donde hubiese cuatro camas para los questán desauciados no seria malo, porque en fin no puede dejar de alterarse esta carne cuando vee morir a otro, y aprovecharía para que se les pudiese hablar alto ansí en la extremaunción como a ayudarlos a bien morir.

16. Item: que muriendo alguno, después de haberlo amortajado, lo pongan en su ataud y esté en la iglesia hasta que le lleven a enterrar.

17. Item: que el beneficiado sea obligado a ayudar a bien morir a los que se murieren en el dicho hospital y cuando hubiese mucha priesa sea obligado el beneficiado que está asalariado de su Majestad a ayudarle, y tambien el enfermero, y no que se mueran como bestias, y que se haga señal en la iglesia de Sant Lorenzo el viejo cuando se muriere alguno y avisen a la iglesia del lugar para que hagan lo mesmo para que rueguen a Dios por él los que lo oyeren.

18. Item: cuando se muriere alguno, saquen luego la cama, digo el colchón y mantas y frazadas a orear si no estuviere, manchado, que se ha de lavar por quitar la enfición que tuvieren, y han de tener un corral para esto y lavar las sábanas y almohadas y toda la demás ropa blanca que hubiere servido.

19. Item: que los enfermos que se murieren en el hospital [y] dejaren algunas misas o obras pías en sus testamentos y dexaren hacienda para ello, que sea obligado el dicho fraile que tenga cargo del dicho hospital embiar a nuestro padre prior los dineros porque vista la presente descargue el ánima del difunto, dejando alguna limosna al capellán y beneficiado que tuvieren cargo y pagado su enterramiento y lo que debieren.

20. Item: que el clérigo que tuviere cargo de los enfermos se procure que sea persona de mucha caridad, paciencia y humildad y prudencia, porque es mucho necesario a causa que habrá muchos enfermos que tendrán necesidad de todo lo sobredicho y de la prudencia dél, porque ellos no la tienen.

21. Item: es menester que su Majestad, que Dios nos guarde, procure de su Sanctidad indulgencia plenaria para los que mueren en el hospital, como la hay en otros muchos.

22. Item: será necesario que en tiempo quel hospital estuviere lleno de enfermos haya por lo menos tres luces de noche en la pieza grande, y que haya cada noche vela para que los enfermos que tuvieren la necesidad sean luego socorridos, y si esto hubiere y se guardare no habrá necesidad más de una campanilla y podrá se repartir la vela entre los enfermeros, y cuando alguno estuviere a la muerte tendrá cuidado de llamar al clerigo y a otro para ayudar a bien morir.

23. Item: que han de ser proveídos de velas de cera y de tobajas para dar el sacramento y de una caja pequeña para tener el olio con todo lo necesario que se requiere para este oficio.

24. Item: son necesarias dos caldericas para agua bendita: una para la pieza grande y otra para la otra pieza, sin dos que son necesarias para el dormitorio de arriba y otra para la iglesia.

25. Item: es necesario de hacer un altar portátil para las piezas donde no hubiere altar para que se pueda mudar.

26. Item: será necesario un ataud con su paño y sabana para encima.

27. Item: será menester una cruz grande con su pie para poner a los difuntos, y todo lo demás necesario que se requiere para el servicio de la iglesia y capilla del hospital.

28. Item: será bien que cuando el médico viniere por la maña-

na a visitar los enfermos esté siempre el clérigo y enfermero mayor y lo mesmo por la tarde, y que cuando se ordenare la comida dellos no se ordene en su presencia, porque muchas veces se ordena una cosa que no se puede haber y piensan los enfermos ques culpa del enfermero. Lo que han de hacer es tener dos tablas que sean a dos haces, adonde esté escripto en la una parte la medicina y en la otra parte lo de la comida y que tengan, porque no haya error, cada cama el nombre de su sancto y el nombre de uno y dos y tres. *Cómo se pondrá.* Ques la cama de sanct Pedro, nombre primero; la cama de sanct Pablo, nombre segundo, y por el consiguiente las demás y pondráse en cada cama el nombre del enfermo y la enfermedad que tiene, digo en la tabla donde se escribirán todos, y salido fuera de la enfermería ha de tener una mesa en el refitorio donde han de comer los convalecientes o en la celda del clérigo, adonde asentarán las comidas y cenas y sabrán lo que tienen y lo que podrán dar sin que los enfermos lo entiendan, y para esto será obligado el médico de decirles cuando les visitare: *El enfermero y yo trataremos lo que habés de comer y cenar;* y cuando el enfermo pidiere alguna cossa de deseo para que no quede desconsolado, comunicará primero el médico con el enfermero si la tiene viendo que se le puede dar para que se le dé, y sinó lo tuviere sea obligado el médico con palabras amorosas a decirle que no le conviene y darle de lo que tuviere el enfermero en lugar dello, y desta manera no habrá pleito y no se atreverán los enfermos a decir al enfermero: *El médico me mandó dar esto; yo no quiero esotro;* y con decir el enfermero cuando diere de comer o de cenar: *hermano, come eso, que eso es lo que os ha ordenado el médico,* con palabras de caridad y mansas, se consuela el paciente y no hay rencor ni mala voluntad, como se engendra diciéndolo delante dellos.

29. Item: que sea obligado el médico a visitar los enfermos desde Pascua a Resurrección hasta Todos Sanctos a la mañana entre cinco y seis y a la tarde entre dos y tres para que tenga el enfermero lugar de aparejar todo lo que se les ordenare para las comidas y cenas, sino fuere cuando hubiese necesidad urgente de un acidente que sea obligado el médico y barbero de venir a todas las horas que les llamaren, ansi por lo de medicina como por lo de cirujía.

30. Item: que cuando hubiere algunos enfermos que se les ha

de dar de comer más temprano o más tarde que los otros a causa del crecimiento de la calentura, o que le viene calentura más tarde o más temprano y han de salir de la regla de los otros, se tenga cuenta de darles de comer siempre tres o cuatro horas antes o después, y por eso es necesario que siempre tengan pollas y pollos muertos y gallinas y huevos frescos para que se pueda luego guisar y hacer lo que el médico ordenare.

31. Item: cuando el médico ordenare de purgar a algunos, procuren siempre la noche antes de la purga de darle una medicina, si por ventura no tuviese cámaras, y poco de cenar, y que a la mañana cuando le dieren la purga procuren que sea de mañana y que no le dejen dormir sobre ella, y si fueren píldoras que sea siempre a media noche conforme a la hora que el médico mandare y que duerma sobrellas hasta que empiecen a obrar y no le han de dejar más dormir hasta después de comer.

32. Item: cuando hubieren de sangrar a algunos les han de dar siempre una medicina una hora antes o más, y han de tener para las sangrías siempre aparejado en un plato grande, dos escudillas con su venda y cabezalejo, y un jarrillo de agua, y una manta colorada, y para eso será necesario dos para el hospital por lo menos o unos fieltros que se puedan lavar.

33. Item: cuando entendiere el médico que alguno tiene dolor de costado, o modorra, o tabardillo, o otra enfermedad contagiosa y estuviere el dicho enfermo entre los otros de calenturas, sea obligado de avisar al enfermero dello para que se pueda mudar el dicho enfermo sin peligro de su persona en la cama que será diputada para el dicho mal, para que no corrompa los otros y esté mejor servido, y por eso cuando sea de dolor de costado será necesario cuando lo mudan en la otra cama que esté muy caliente y abrigado.

34. Item: que cuando hubieren algunos de cámaras para que no corrompan el hospital ni sus compañeros, tengan unas camas distintas y diputadas para ello.

35. Item: para que no haya mal olor en el hospital ni corrupción ninguna, será necesario que haya una pecezuela adonde pueda haber dos pares de servicios o media docena y jarrillos para los que se pueden levantar para que allá vayan a hacer sus necesidades y questén tapados de manera que no den mal olor en el dicho hospi-

tal y sean obligados los enfermeros de limpiarlos dos veces cada día y de perfumar la pieza cuando se perfumare el hospital, para que no engendre mal olor ni corrupción; y tiniendo este cuidado será siempre limpio este hospital.

36. Item: que han de procurar en las mañanas antes de perfumar el dicho hospital de sacar todos los servicios y orinales o jarrillas, sinó fuere las orinas que ha de ver el médico, ques las que toman después de media noche, y para esto es necesario tener unos orinales con sus cajas para todos los que han de tomar la orina que ha de ver el médico.

37. Item: que para que los servicios y orinales y jarrillos no tengan mal olor ni engendren corrupción es necesario que cada semana los escalden con lejía fuerte y rescoldo, y que los tengan siempre llenos de agua, pues que habrá agua viva harta, y que tengan cada uno su cobertera y su paño para limpiarse, y sean obligados los enfermeros a mudar los paños cada semana una vez y más cuando hubiere necesidad, y que a la noche cuando les pusieren los servicios y orinales les pongan sus ropones y pantuflos de manera que los puedan tomar sin hacer mucho exercicio, y los que no tuvieren fuerza sean obligados los enfermeros que velaren a ayudarles.

38. Item: que se ha de tener mucho cuidado cuando hubiere algún frenético de tenerlo atado de manera que no se pueda levantar ni hacer cosa que venga daño a su persona, pues está fuera de juicio, y para esto han menester tener muchas vendas y algunos grillos de palo para las manos y para los piés.

39. Item: ques necesario mudar sábanas y almohadas y camisas y paños descupir y toda la demás ropa blanca y servicio de los enfermos, de verano de ocho en ocho días, y de invierno de quince en quince días, y camisas y la demás ropa blanca de ocho en ocho días, sino fuese por necesidad para gente que se haya de mudar más a menudo.

40. Item: que ha de procurar el clérigo y enfermero toda la limpieza posible para el servicio de los enfermos ansí en las comidas y bebidas como en lo de las camas, y que las comidas y cenas y otros beneficios medecinales y corporales que se les hicieren sea con tiempo y razón y con toda la caridad posible para que todo les entre en provecho.

41. Item: que entre día cuando les hubieren de dar de beber o alguna consolación, procuren de darlo a tiempo conviniente y cuando el médico lo mandare, y por eso es bueno tener calabacete y lo demás questá dicho.

42. Item: que cuando hubieren algunos enfermos muy descaidos y hubieren menester substancia como de pisto o zumo de aves y carnero que se haga con mucho cuidado y limpieza, y si fuere necesario darle de tres en tres o de en cuatro en cuatro horas caldo o sustancia, o algunas yemas de huevos sea obligado el enfermero destar siempre apercebido.

El modo que se ha de tener para hacer los pistos, almendradas, farro, almidón, hordiate, calabazas, con leche de almendras se dirá adelante en recepta por sí con la recepta de cómo se han de hacer los caldos para los enfermos.

43. Item: quel enfermero sea obligado, para los que tienen calentura continua, tabardillo o modorra o dolor de costado, de hacer los caldos de pollos o pollas por sí y no con carnero, y cuando mandare el médico que se eche en las dichas ollas borrajas o lechugas o calabaza o agraz procurará el enfermero de echarlo después de haber espumado la olla.

44. Item: que cuando uno se purga y no es de las enfermedades sobredichas sino de tercianas y otras enfermedades que no son de peligro, es obligado el enfermero de hacerle su caldo de gallina con carnero o sin carnero, como ordenare el médico; y que cuando se mandare dar gallina a los enfermos si el médico no manda expresamente que se dé con carnero no es obligado a darlo, y cuando se hace caldo por diez o doce y se manda que se de gallina y carnero se puede hacer la olla toda junta puniendo las gallinas enteras.

45. Item: que si manda el médico que den [a] alguno de almorzar por la mañana, que son los convalecientes, si es en tiempo de fruta y hubiere algunas guindas y ciruelas o de un buen melón se les dé sólo para comer dos bocados y beber una vez, y cuando no hubiere fruta sean pasas o algunas higadillas.

46. Item: que las noches no se les ha de dar carnero ni caldo dél, sino es a los convalecientes; y se les ha de dar el carnero primero cocido y después hecho una cazuela, como se dirá adelante.

47. Item: que los que no pudieren comer sea obligado el enfer-

mero a buscarle algunos apetitos, como es algún pastelejo de ave o de algún carnero picado muy menudo primero dado un hervor o alguna cazoleja de pollos o de menudos de aves o de cabrito, como se dirá adelante.

48. A las noches, a los questán con calentura contina y otras enfermedades graves se les dé sus borrajas con leche de almendras o calabazas o farro o unas lechugas cocidas con sus manzanas o peras o algunas yemas de huevos o conserva o sus bizcochos, y si fueren algunos que mandare el médico que les dé alguna cosa de carne después de su ensalada cocida se les puede dar unas cazolejas hechas de pollos a pedacillos con su caldo o de menudillo de cabrito y cuando son muchos enfermos se puede hacer todo junto.

49. Item: que ha de procurar el enfermero de tener siempre sus aguas cocidas como el médico ordenare y de verano ha de procurar que se hagan muy a menudo porque no se corrompa y que las vasijas sean muy limpias.

50. Item: que no entren ningunas mujeres de pueblo sinó fuere en tiempo de jubileo, sinó fueren personas de calidad y acompañadas, con toda la honestidad y recogimiento posible, y que siempre esté uno o dos de los enfermeros delante.

51. Item: que no haya agua ni otra cosa de beber ni tampoco de comer en parte que sea ocasión que los enfermos lo puedan tomar y sea causa de mayor mal.

52. Item: que se ha de tener mucha cuenta que unos a otros no se puedan dar de sus comidas, sino que se contente con lo que ordena el médico y le da el enfermero.

53. Item: han de procurar que los enfermeros, si fuere posible, siendo los que desean servir a nuestro Señor y no resciben salario sino que les den de beber y comer y vestir y se subjetan a la obidiencia ques grande bien y sirven con mejor caridad y cuidado a los enfermos, pues esperan el premio de Dios y no del mundo.

54. Item: es necesario, si es posible, que uno de los enfermeros sepa un poco de zurujía y aun de botica, o que sean dos, uno de cada cosa, por lo que puede acontecer muchas veces y es necesario que haya un boticario para destemplar muchas veces las purgas y otras confecciones por causa de ser la botica tan lejos, y éste puede ayudar a servir a los enfermos con los demás cuando no tuviere en

qué entender en su oficio y para estilar aguas en tiempo dellas y hacer algunos jarabes y regalos para los dichos enfermos que acá se le enseñara (1).

55. Item: será necesario que ningún convaleciente pueda salir de la enfermería sin licencia del clérigo o del enfermero mayor; y porque acá convalecen con mucho trabajo será bien que no les echen de la enfermería hasta que hayan pasado ocho días sin haber tenido ningún género de calentura y que tengan fuerza para poder trabajar o para irse.

56. Item: que si hubiere algún enfermo que tuviere enfermedad larga y de peligro, que si su Majestad no manda otra cossa, que no se eche del hospital si se entiende que puede morir por el camino.

57. Item: que si viniere algún enfermo y después questé en la enfermería se manifiesta que su enfermedad es contagiosa y no pasa peligro en llevarle a otra parte adonde lo curen de la dicha enfermedad y hay hospitales para ello, sea obligado, a costa del hospital, o de lo que su Majestad mandare, de llevarlo adonde lo curen sinó pudiere ir por sus pies, porque no corrompa a los otros el dicho mal y a los enfermeros.

58. Item: han de tener para el servicio de la botica del dicho hospital las vasijas que se requieren y estrumentos, pues se ha de gastar más en el dicho hospital de medicinas que en el Monesterio, y de las cosas que son necesarias, como son de aguas y jarabes, aceites, ungüentos, polvos, yerbas, raices y otras cosas de medicina, que sería trabajo y costoso enviar por ello cada vez que fuese menester; es necesario que la dicha botica del hospital esté proveída dello y que de lo que se trujere de la botica del Monesterio sescriba en un libro de la dicha botica del Monesterio y en otro libro que tenga el enfermero, y quel enfermero firme en el libro questuviere en la botica del Monesterio lo que rescibe que puede ser cada mes una vez, o cuando trujeren las dichas medicinas y el boticario firme lo que da en el libro del hospital, y desta manera habrá cuenta y razón y se sabrá poco más o menos lo que se gasta.

59. Item: que para que se entienda el gasto que tuviere el hospital, puede tener el enfermero un libro adonde se escriba el pan y

(1) Al margen, de otra mano: «ojo. No se escryba en la instrucion.»

vino que rescibiere cada semana y la carne y las aves de cada suerte y todo lo demás que se diere para el servicio del hospital y los salarios, y desta manera se verá poco más o menos lo que en el dicho hospital se gastare.

60. Item: para el servicio del dicho hospital es menester para treinta camas, para que los pobres sean bien servidos en el tiempo questuvieren ocupadas, sus cuatro enfermeros, sin clérigos y cocinero y mozo que vaya arriba al Monesterio por la provisión y las cosas necesarias y para fregar y ayudar al cocinero, y por tanto podrá servir el boticario y el que supiere un poco de cirujía por uno de los cuatro cada uno, y desta manera será bien servido el hospital y ha de ser por lo menos esto (1).

61. Item: que pues que hay disposición en los dos aposentos de abajo para las treinta camas, sería bien que en el dormitorio de arriba se pusiesen camas para los oficiales del Monesterio, ques el boticario y el scribiente y otras gentes de capas negras y guzmanes que se menosprecian de ir al hospital cuando están malos, y también para algunas personas honradas que cayesen malas acá y tuviese obligación el Monesterio de hacerlo curar, y también para el clérigo o enfermero mayor o alguna persona que se le ha de tener algún respeto será bien que se llame la Enfermería del Monesterio por quitarle el mal nombre de hospital que por nuestros peccados estamos en tiempo de tanta miseria que dos criados de la Cassa se han ido por no venirse a curar ahí, que es el uno el boticario y el otro no sé quien y aún me dicen que Gregorillo se cura de mala gana allí.

62. Item: ques necesario que haya ropa blanca sobrada y colchones y almohadas por causa de los que se mueren y otros que se ensucian, y es necesario lavar los colchones y también son menester tobajas para enjugar el sudor cuando sudan los enfermos; y es menester tener una pieza o dos para poner la dicha ropa limpia muy bien compuesta y guardada y también serán menester otras muchas tobajas para cuando les lavan las manos y los piés y también para el zurujano cuando los cura y para los enfermeros cuando les dan de cenar.

63. Item: que la enfermería tenga los aposentos que conviene

(1) Al margen, de otra letra: «No se escryba».

para las camas que la majestad del Rey nuestro Señor, que Dios nos guarde, mandará, y esto con toda la limpieza que lo requiere a las enfermedades y a la necesidad de cada uno.

64. Item: han de ser las camas de cordel o de tabla, como mejor paresciere, con sus dos colchones y su travesero o almohadas cual paresciere mejor.

65. Item: han de tener de ancho las camas vara y media por lo menos y dos varas y media de largo. Han de tener sus mantas. Una manta y dos frazadas y un cobertor para el invierno, y para el verano una manta y el cobertor. El cobertor ha de ser de buriel, porques del vestido de nuestro Padre Sant Hierónimo y sufre mucho y se verán mejor los piojos en ello si algunos hubiere y cubren muchas faltas y son más honestas.

66. Item: es necesario quel hospital sea proveído de muchas sábanas, que haya por lo menos dos pares para cada cama y lo mismo fundas de almohadas. Pueden ser las sábanas de angeo que sea un poco curado, y las fundas de almohadas de brin de cáñamo.

67. Item: han de tener muchos paños de escupir y paños de cabeza, manteles para comer en la cama y servilletas, y pueden ser los manteles de angeo y las servilletas de brin de cáñamo curado y los paños de cabeza, y muchas camisas.

68. Item: es necesario que cada cama tenga su servicio con cubertor encima para que no salga el mal olor, y paño para limpiarse.

69. Item: es necesario un jarrillo para mear de noche y un orinal para tomar el orina por la mañana.

70. Item: es menester que entre cama y cama haya una cortina y un alacena chiquita a manera de una ventanilla para tener el lamedor o granada, o otra cualquier cosa que ordenase el médico y un barreñoncillo para escupir.

71. Item: es necesario en la cabecera de cada cama una imagen o una cruz, que en fin son las armas con que han de pelear los enfermos y es devoción.

72. Item: han de tener unas mesillas para comer en la cama y una cortina a los pies porque no se puedan ver unos a otros cuando se mueren o cuando se levantan del servicio porque paresce bien la honestidad.

73. Item: ha de tener cada cama un ropón y unos pantuflos para levantarse.

74. Item: ha de haber una lámpara que arda toda la noche en medio de la pieza delante de la capilla que hubiere y servirá para dos cosas.

75. Item: que el que tuviere cargo del dicho hospital ha de tener escalentadores y libros de pies para el invierno para los que tienen grande frío en la calentura, y paños de frisa o bayeta o de lienzo como mejor paresciere y también para el vientre y para las rudillas.

76. Item: ha de tener un almario donde haya cajones para tener vendas de sangrías de brazos, de pies, y vendas para brazos cuando están llagados y para todo el cuerpo y para el muslo y piernas y pies y han de tener muchos trapos viejos de lienzo, sábanas, manteles, servilletas, camisas para emplastos y otras cosas; y siempre ha de haber muchas hilas deshechas, y cada cosa en su cajón y escrito delante del cajón lo ques.

77. Item: ha de tener siempre algunas badanas para poner en tiempo de la gran calentura entre sábana y colchón porque se refresca y consuela el enfermo.

78. Item: han de tener pellejos de carnero con su pelo para los que se ensucian en las camas y para los que tienen llagas para poner entre el colchón y sábanas para que no se pudran los colchones.

79. Item: ha de estar siempre proveído el enfermero de enebro, incienso y anime para perfumar el dicho hospital y otros olores buenos para cuando llevan el Santísimo Sacramento y se purgan algunos por las mañanas y a las tardes el invierno, y de vinagre rosado el verano, como se dirá adelante. Esto es lo necesario en cuanto a la limpieza.

80. Item: en cuanto a los mantenimientos ques necesario para dar recado a los enfermos y regalarlos a las comidas y cenas y lo que ordenarán los médicos, primeramente, han de tener la cocina bien proveída de todo lo necesario, que son cántaros de cobre, bacías, calderas, cazos, peroles, y cazuelas y sartenes y espumaderos y ollas de barro de todo tamaño, cucharas para las ollas y para dar de comer a los enfermos, rallos, asadores, parrillas, morteros con sus majaderos de tres o cuatro tamaños con almireces con sus ma-

nos, cuchillos grandes y pequeños y tenedores para tener la carne, cedazos de seda y de cerdas, dos molinicos uno para hacer las salsas y otro para hacer las almendradas, platos y escudillas y barreñones y jarrillos y tazas para beber los enfermos y tinajas para tener agua cocida de toda suerte, y tinajas o ollas grandes para tener el cocimiento de las ayudas y redomas y redomillas y vasos para dar los jarabes y una copa de plata dorada para dar las purgas y unas tablillas para llevar las escudillas y la comida de los enfermos y una pieza o dos de lienzo para mortajas.

81. Item: es menester trébedes y llares y caballos para la leña y badiles y tenazas y una docena de braseros o media para tener fuego de invierno en los aposentos y dos brasericos para perfumar los dichos aposentos con sus mangos para los llevar y candeleros y candiles. Son menester geringas de dos maneras grandes y pequeñas y proveídos de servicios y de las cosas de barro porque se van quebrando cada día.

82. Item: son menester muchos paños de cocina y manteles y servilletas para los convalecientes y para los que sirvieren.

83. Item: para las comidas ha destar proveído el enfermero de gallinas, pollas y pollos, conforme al tiempo, y de huevos frescos, de azucar, y miel, y almendras, y ciruelas pasas, y pasas, calabazate, troncos de lechugas, guindas en conserva, escorzonera, peras y otras frutas en conserva.

84. Item: es necesario farro y almidón y garbanzos.

85. Item: ha de tener güerta donde tengan acelgas y borrajas y lechugas y otras yerbas.

86. Item: ha de tener manzanas y camuesas y peras y membrillos en su tiempo para hacer carne de membrillo.

87. Item: ha de tener siempre aceite que sea bueno y vinagre y las aguas que ordenarán los médicos, ques agua rosada castellana y vinagre rosado y agua de escorzonera y siempre agua de azahar, sin las otras aguas y aceites medicinales que mandarán los médicos con sus rétulos en cada cosa porque se entienda lo que es.

88. Item: serán menester unos debantales con sus babaderos y unas mangas de lienzo para cuando van a echar las ayudas.

89. Item: que por los engaños que hay entre los sobrestantes y peones a causa que toman prestados los sobrestantes dineros de

los dichos peones fuera de la Instrución que su Majestad ha dado, y porque en estos días se ha visto la ruindad y lo mal que hacen sus oficios los sobrestantes de no guardar la dicha Instrución que su Majestad ha mandado, ques que los que tienen sus dineros los dejan morir sin socorrerlos ni volverles sus dineros y por temor que los peones tienen que no les despidan no se lo osan pedir y cuando vienen al hospital a curarse no hay remedio que digan lo que tienen ni lo que se les debe hasta el extremo de la muerte quellos dicen que se mueren y se han muerto algunos que si no hubiera testigos no se cobrara el dinero y otros después de haber convalecido que han venido a publicar que fulano y fulano les debían tanto y que no lo habían osado manifestar por temor que no le despidiesen; y por tanto será bien que se ponga en la Instrución de la enfermería y en las costumbres que el peón o carretero o otra persona que viniere al hospital *sinó manifestare lo que le debieren o lo que tuviere,* (1) que después no lo pueda pedir y que venga el dinero para beneficio de los pobres del hospital, pues publican ellos que son pobres y será necesario que se les publique el capítulo viniendo al dicho hospital: *cualquier enfermo,* porque cada uno sepa lo que le cumple (2).

90. Item: que sea obligado el prior de Sanct Lorenzo el Real, para que dicho hospital sea gobernado conforme al servicio de Dios y de su Majestad y para que los que tuvieren cargo del dicho hospital entiendan que tiene superior a quien han de ocurrir para todas las necesidades que se ofrescieren, que venga por su persona a lo menos cada mes una vez en compañía de otro de los diputados, y el procurador cada semana para que vea y sepa cómo se gobierna y sirven los pobres enfermos, y también para que vean cómo se gasta la hacienda y para que mande proveer las necesidades que ocurrieren, porque si desta manera no se hace es imposible sea bien gobernado el dicho hospital, y cuando el dicho prior no pudiere venir con legítima causa envíe otro en su lugar.

---

(1) Al margen, de otra letra: «Ojo desde lo rayado se ha de añadir: Donde más pareciere que conviene».

(2) Este capítulo lleva al principio la siguiente advertencia: «No se escriba»; pero debe tocar sólo a esto primero, pues hacia el final dice: «Ya está escrito en su lugar».

91. Item: ques necesario quel hospital esté bien proveído de leña y carbón y todas las otras cosas necesarias.

(Ms. del Museo Británico *Add. 28,355*, fols. 336 *r.*-348 *r.* Letra muy buena del siglo XVI).

APÉNDICE V

Sumario de los sucesos contenidos en los folios que no se copian en esta impresión.

TOMO PRIMERO

Relación de la rota y muerte del rey D. Sebastián de Portugal. Fols. 4 *v.*-15 *v.*

Descripción del reino e isla de Chipre. Fols. 16 *v.*-18 *v.*

Viaje de Felipe II a Barcelona y Zaragoza, boda de su hija la infanta Catalina con el duque de Saboya, y cortes de Monzón. Fols. 19 *v.*-29 *r.*

Muerte y elogio de Gregorio XIII. Desembarcos de Francisco Draque en las costas gallegas. Fols. 30 *v.*-36 *v.*

Enfermedad del Rey Católico en Monzón y muerte de algunos criados suyos. Fols. 47 *r.* y *v.*

Muerte de D. Luis de Requeséns. Hechos de Alejandro Farnesio en Flandes. Elección de Sixto V. Fols. 49 *v.*-52 *v.*

Hechos y gobierno de Sixto V. Fols. 53 *v.*-56 *r.*

Muerte del príncipe de Orange. Fols. 67 *r.*-68 *v.*

Los hijos del príncipe de Orange. Fols. 69 *v.*-70 *v.*

Diluvio en Córdoba. Sucesos en Inglaterra. Fols. 73 *r.* y *v.*

Relación de la prisión y muerte de María Estuardo. Fols. 75 *r.*-80 *v.*

Fiestas en Toledo, con asistencia de la corte, en el solemne recibimiento de las reliquias de Sta. Leocadia. Fols. 83 *r.* y *v.*

Sitio de Ginebra por el duque de Saboya. Fiestas en Alcalá con motivo de la canonización de San Diego. Muerte de la reina de Francia, Catalina de Médicis. Cortes en Madrid. Revueltas en Portugal. Fols. 99 *r.*-103 *v.*

Relación de la vida y trabajos de Saavedra, falso Nuncio de Portugal. Fols. 107 *v.*-113 *r.*

Correrías de Draque en las costas gallegas. Fols. 114 *v*-117 *v.*

Los Guisas. Fol. 120 *v.*

Gobierno del Papa Sixto V.—Asesinato de los Guisas. Fols. 123 *r.*-129 *r.*

Desastrada muerte de Enrique III y otros sucesos de Francia. Fols. 130 *r.*-135 *v.*

Venida a España del duque de Saboya. Fiestas en Alcalá a San Diego. Fols. 136 *v.*-139 *r.*

Cosas de Francia y Roma. Muerte de Sixto V y elección de Urbano VI. Fols. 141 *r. v.* y 142 *v.*-150 *r.*

Elección de Inocencio IX. Sucesos de Francia. Muerte de Alejandro Farnesio. Fols. 156 *v.*-160 *r.*

Inundación en Alcalá de Henares. Fol. 173 *r.*

Elección de Gregorio XIV. Fol. 174 *r.*

Muerte de Gregorio XIV. Sucédele Clemente VIII. Conversión de Enrique IV. Fols. 182 *v.*-189 *v.*

Descripción del reino de España y de las cosas notables que hay en él. Fols. 193 *r.*-228 *v.*

TOMO SEGUNDO

Calamidades en Italia. Fol. 18.

Batalla en Flandes: derrota de las tropas del Archiduque. Fol. 21.

Sucesos en Hungría, Valaquia, Bulgaria y Turquía, Roma, Francia y Saboya. Fols. 23 *r.*-31 *v.*

Toma de Alba Real por los turcos. Fols. 36. *r.*-37 *r.*

Bodas de la reina Margarita y el archiduque Alberto en Ferrara. Fols. 53 *r.* y *v.*

Toma posesión el Papa del ducado de Ferrara. Fols. 57 *v.*-59 *v.*

Ataca la escuadra holandesa y roba las islas Canarias. Fols. 59 *v.*-60 *r.*

Historia de los falsos plomos y reliquias del Sacromonte de Granada. Fols. 62 *r.*-64 *v.*

Derrota el conde Mauricio las tropas del Archiduque. Fols. 66 *v.*-68 *v.*

Peste en el norte de España. Fols. 80 *v.*-81 *v.*

Sucesos de Hungría y toma de Alba Real por los imperiales. Fols. 90 *r.* y *v.*

Armada contra Argel. Nacimiento de la infanta (hermana mayor de Felipe IV) y su bautismo. Fols. 99 *r.*-y *v.*

Enfermedad de la reina Margarita. Privanza del de Lerma. Fols. 114 *r.*-118 *v.*

Qué sea la orden del Tusón. Fols. 121 *r.*-22 *r.*

Pronóstico que un judiciario enderezó a Felipe III acerca del eclipse de sol de 1600. Fols. 125 *r.*-129 *r.*

Toma la armada holandesa cinco navíos cargados de azúcar. Alboroto entre el obispo y los canónigos de Zamora. Fols. 160 *r.*-63 *r.*

Correrías de los turcos, privanza del de Lerma, asuntos de Flandes... Fols. 169 *v.*-177 *r.*

Suçessos del año de [*mil y*] *seisçientos en los Reynos y Prouincias extrangeras.* (Francia, Saboya, Escocia, Hungría, Persia, Transilvania, Valaquia, Flandes, etc.) Fols. 207 *v.*-224 *v.*

Sucessos del año de seiscientos y vno en los Reynos y Prouincias estrangeras. (Transilvania, Turquía, Países Bajos, Malta, Italia, Francia, etc.) Fols. 224 *v.*-242 *r.*

Sucessos del año de seisçientos y dos en los Reynos y Prouincias estrangeras. (Italia, Francia, Malta, Turquía, Hungría, Países Bajos, Saboya, etc.) Fols. 242 *r.*-254 *r.*

Año de mil y seisçientos y tres y de lo que ha sucedido en él. (Inglaterra, Turquía, Flandes, Hungría, Francia, etc.) Fols. 254 *r.*-267 *r.*

Año de mil y seisçientos y quatro y de lo que en los Reynos y Prouinçias extrangeras a auido. (Inglaterra, Flandes, Florencia, Francia, Transilvania, Hungría, etc.) Fols. 267 *r.*-274 *v.*

Sucessos del año de mil y seisçientos y çinco en los Reynos y Prouincias estrangeras. (Roma, Malta, Hungría, Holanda, Inglaterra, Polonia, etc.) Fols. 274 *v.*-281 *v.*

INDICE DE NOMBRES

Abarca (Fr. Gabriel), O. S. A.; página 260.

Abiu (Fr. Lorenzo de), O. S. H.; página 134.

Abreu (Fr. Pedro), O. F. M., historiador de Cádiz; p. 173.

Acevedo (D. Juan Bautista), obispo de Valladolid; pp. 249 y 321-22.

Acuña (D. Juan), presidente de Hacienda; pp. 278 y 292.

Africa (D. Felipe de), príncipe africano: se bautiza en El Escorial; páginas 148-49.

Aguila (D. Juan del); sus hazañas en Inglaterra; p. 275.

Aguilar de Terrones (Doctor), predicador de Felipe II; p. 209.

Agustín (San): un libro suyo en El Escorial; p. 363; su estatua en ídem; p. 358.

Alaejos (Fr. Lucas de), O. S. H.; p. 305.

Alaejos (Fr. Miguel de), O. S. H., prior de San Lorenzo el Real: sus cualidades; pp. 3, 6, 63-64, 78 y 383.

Alagón (D. Martín de); p. 204.

Alarcón (D. Fernando de); p. 307.

Alba (Duque de) = Alvarez de Toledo (F.).

Alba de Liste (Conde de) = Toledo Enríquez (A.) y Enríquez de Guzmán (D.).

Albano (San); Reliquia en San Lorenzo; p. 194.

Albendea (Fr. Jerónimo de), O. S. H., monje notable de San Lorenzo; p. 373.

Alberto de Austria, Archiduque, cardenal arzobispo de Toledo y regente de Portugal; pp. 147, 160-62, 188, 190, 218 19 y 282.

Alcalá de los Gazules (Duque de), Enríquez de Ribera (F.).

Alcalá de Henares; pendencia que allí hubo; p. 2.

Alejandro Magno; p. 348.

Alencastre (D.ª Juliana de), duquesa de Aveiro; se casa en San Lorenzo; p. 79.

Alencastre (D. Rodrigo de); p. 204.

Alfonso (Paulo); p. 71.

Ali-Guli-Beg. = Persia (F.).

Almenara (Marqués de) = Mendoza y de La Cerda (I.).

Almirante (D. José), bibliógrafo; página 173.

Alonso de Orozco (Beato), O. S. A.; pp. 9 y 84.

Altamira (Conde de) = Moscoso Ossorio (L.).

Alvarez de Toledo (D. Fernando), gran duque de Alba; pp. 20, 47 y 122.

Alvarez de Toledo y Beamont (don Antonio), duque de Alba; viene a San Lorenzo; pp. 115-16 y 273-74.

Amadeo de Saboya; p. 8.

Ambrosio (San): su estatua; p. 358.

Amiéns; su toma y pérdida; páginas 162-68.

Ana de Austria, madre de Felipe III; pp. 31, 205; su estatua; p. 358.

Ana Bolena; p. 36.

Ancona (Antonio de), pintor en San Lorenzo; p. 42.

Andrés (San), apóstol; su estatua; p. 360.

Antolínez (Fr. Agustín), O. S. A., arzobispo de Santiago; p. 260.

Antonio (D.), prior de Crato; páginas 69 y 303.

Aragón (Alborotos en); pp. 123-31 y 135.

Aragón (D. Martín de), duque de Villahermosa: su prisión; pp. 97 y 127.

Aranda (Conde de): su prisión; páginas 97 y 127.

Aranjuez: sus jardines y curiosidades; p. 63.

Arcos (Duque de), Ponce de León (R.).

Argel (Soldana de): su cautiverio y libertad; pp. 151-56 y 387-90.

Arguijo (D. Juan de), escritor; página 216.

Arias Montano (Dr. Benito): una biblia suya a San Lorenzo; p. 311.

Astraín (P. Antonio), S. I., historiador; pp. 17 y 19.
Ataide (D. Jorge de), obispo, capellán de Felipe II; p. 78.
Aveiro (Duquesa de) = Alencastre (J. de).
Avicena; p. 373.
Avila; pasquines contra Felipe II; p. 131.
Avila (D. Enrique de); p. 132.
Avila (D. Francisco de), Cardenal; p. 170.
Avila (D. Sancho de), obispo de Cartagena y Jaén; p. 217.

Bailén (Conde de) = Ponce de León (P.).
Barajas (Conde de) = Zapata de Cisneros (A.).
Barcelona: estancia en ella de Felipe II; p. 13.
Barroso (Miguel), pintor en San Lorenzo; p. 367.
Bavia (Dr. Luis de), historiador; páginas 10, 11 y 95.
Bazán (D. Alvaro de), marqués de Santa Cruz; pp. 48 y 375.
Béjar (Duque de) = López de Zúñiga y Sotomayor (A.).
Benavente (Conde de) = Pimentel (J. A.).
Bentivoglio (Cardenal), historiador; p. 29.
Berganza (Duque de); pp. 291 y 303.
Boniat Bec = Persia (D.).
Borja (D. Juan de); pp. 225, 231, 235, 244-45, 248 y 321.
Borja (D. Tomás), obispo de Cartagena y arzobispo de Zaragoza; páginas 217 y 339.
Bovadilla (D. Pedro de), hijo del Conde de Chinchón; p. 77.
Bracamonte (D. Diego de), caballero abulense injustamente degollado; páginas 77 y 131-32.
Branquiforte (Francisco), marqués de Milliteli; p. 77.
Brantôme (Pedro de Bourdeille, señor de), historiador; p. 95.
Bratli (Charles), historiador de Felipe II; pp. 95 y 198.
Buendía (Conde de) = Padilla Acuña (J.).
Burgos (Fr. Mateo de), O. F. M., obispo de Pamplona; pp. 215 y 226.

Cabrera (Fr. Luis), O. S. A.; p. 260.
Cabrera y Bovadilla (D. Andrés de), arzobispo de Zaragoza: su muerte sospechosa; pp. 79, 138 y 144.
Cabrera y Bovadilla (D. Francisco), marqués de Moya; p. 99.
Cabrera de Córdoba (Luis), historiador de Felipe II; pp. 8, 76, 105, 119-21, 128, 133, 141-42, 160, 167, 196-97, 200, 216, 233, 241, 248, 253-4, 287-88, 314, 318, 321, 322, 327, 330, 336, 339 y 385.
Cáceres (Fr. Antonio de), O. P.; confesor de Felipe III y obispo de Astorga; p. 175.
Cádiz: lo saquean los ingleses; páginas 171-73.
Cádiz (Obispo de) = Suárez de Figueroa (G.).
Caito Mamet; p. 388.
Calderón (D. Rodrigo); pp. IX, 243, 248, 278-79 y 293.
Cámara (Fr. Tomás), O. S. A., obispo de Salamanca, historiador; p. 9.
Cambiaso (Horacio), pintor en San Lorenzo; p. 375.
Cambiaso, *Luqueto* (Lucas), pintor en S. Lorenzo; pp. 360, 371 y 375.
Camboja (Rey de), su poder y cartas; pp. 257-64.
Campo (Fr. Felipe del), O. S. A.; página 260.
Cánovas del Castillo (Antonio), historiador; p. 385.
Cárdenas (Bernardino de), duque de Maqueda; p. 282.
Cardeña (Lic. Pedro de), cura de El Escorial; p. 383.
Cardona (D. Juan de), virrey de Navarra, viene a S. Lorenzo; pp. 282, 293-94.
Cardona y Córdoba (D. Antonio), duque de Sessa; pp. 104, 277 y 387-88.
Carducho (Bartolomé), pintor en San Lorenzo; pp. 42 y 186.
Carlos V (emperador), su estatua y retrato; pp. 358, 372; 31, 59, 300 y 323.
Carlos (príncipe), hijo de Felipe II; pp. 31, 46.; su estatua, p. 358.
Carlos Filiberto de Este, marqués de Lanzi; pp. 77 y 78.
Carpio (Marqués del), hijo de Don Diego de Córdoba; p. 61.
Cartagena (Obispo de) = Borja (T.).
Carvajal (D. Alvaro de), limosnero de Felipe III; pp. 304 y 305.
Carvajal (Luis de), pintor en San Lorenzo; p. 367.
Carramolino (D. Juan Martín), historiador; pp. 133 y 168.
Carrari (Andrea), pintor en San Lorenzo; p. 42.
Carrillo (Juan); p. 205.
Carrillo (Julián); p. 169.
Carrillo de Mendoza (D. Pedro), 8.º conde de Priego; pp. 327-28.

Castellar (Condesa del) = Llagas (Sor Beatriz de las).
Castello (Fabricio), pintor en San Lorenzo; pp. 366-67, 371 y 375.
Castilla (Actas de las Cortes de); página 17.
Castilla (Almirante de) = Enríquez de Cabrera (D.)
Castilla (Blas de), capitán; p. 263.
Castilla (Condestable de) = Velasco (J. F.).
Castillo (Diego del), organista y músico; pp. 29 y 205.
Castro (D. Adolfo de), historiador, p. 173.
Castro (Fr. Agustín de), O. S. A., obispo de Braga; p. 71.
Castro (D. Miguel de), arzobispo de Lisboa; p. 71.
Castro (D. Rodrigo de), arzobispo de Sevilla; p. 89.
Castro Alonso (Dr. Manuel), obispo de Segovia, historiador; p. 322.
Castro y Bovadilla (D. Pedro de), p. 204.
Catalina (Infanta), hija de Felipe II: sus bodas y muerte; pp. 3, 6, 13, 77, 181-82.
Catalina de Bearn (Princesa); p. 125.
Cazo (Fr. Andrés de), O. P., obispo de León, p. 316.
Cea (Marqués de) = Sandoval y Rojas (C. de).
Cemerro (Moisés ben) = Santa María (P. de).
Cerda (D.ª Catalina de la), duquesa de Lerma: su ostentoso entierro; páginas 305, 338-41.
Cerda (D. Juan de la), 7.º duque de Medinaceli; pp. 234 y 339.
Cerda (D.ª Mencía de la), marquesa del Valle: se casa en S. Lorenzo; es echada de Palacio; pp. 149-50, 220, 318-22, 343-4.
Cervantes (Miguel de); p. 387.
Cervera de la Torre (Antonio), historiador de Felipe II; pp. 192, 193, 198, 202, 205.
Cianca (Antonio de), historiador, página 169.
Cicerón; p. 350.
Cincinnato (Rómulo), pintor en San Lorenzo; p. 367.
Clemente VIII (papa); pp. 102, 142, 201, 211-12, 218, 256-7; 295-6, 298, 306-7.
Cock (Enrique), historiador de Felipe II; pp. 13, 136, 138, 143-44.
Coello Vozmediano (D.ª Juana), mujer de Antonio Pérez; pp. 140-42.
Colonna (Ascanio), cardenal, virrey de Aragón; p. 282.
Colonna (D.ª Vitoria); su grande ánimo; pp. 233-35.
Colonia (Arzobispo de); p. 285.
Confalonier (Dr. Juan B.ª); p. 193.
Córdoba (D. Alvaro de); p. 204.
Córdoba (D. Diego de), privado de Felipe II; pp. 22-3, 27, 58, 61, 176, 179, 201-2, 204, 213-4.
Córdoba (D. Felipe de); su muerte esforzada; pp. 48, 58.
Córdoba (Fr. Gaspar de), O. P., confesor de Felipe III; p. 205.
Cortés (Hernán); p. 149.
Cortés Enríquez de Ribera (D.ª Catalina), hija del duque de Alcalá de los Gazules; p. 115.
Cortés de Monroy y Arellano (Don Fernando) tercer marqués del Valle; se casa en S. Lorenzo; pp. 149-150.
Cortesías (Pragmática sobre las); p. 66.
Crescenci (Juan B.ª), marqués de la Torre, arquitecto de S. Lorenzo, p. 324.
Cristiano IV, de Polonia, p. 2.
Cuevas (Fr. Juan Velázquez de las), O. P., Obispo de Avila; 71 y 176.

Chacón (Gonzalo); p. 78.
Chaves (Fr. Diego de); sus buenas cualidades; confesor de Felipe II; páginas 90, 118 y 142.
Chinchón (Conde de), = Fernández de Cabrera y Bovadilla (P.).

David; su estatua; p. 355.
Dávila y Toledo (D. Gómez), marqués de Velada; pp. 78, 99, 176, 204, 210-11, 278 y 281.
Demóstenes; p. 350.
Denia (Marqués de) = Gómez de Sandoval y Rojas (F.).
Diana (diosa); p. 378.
Diego de Alcalá (San), O. F. M.; página 292.
Dominicos y Jesuítas. Ruidosas contiendas; pp. 310-11.
Doria (Príncipe Andrea); su estancia en S. Lorenzo; pp. 118, 282.
Doria (Carlos); p. 77.
Draque (Francisco), corsario inglés; pp. 49, 51-55, 58, 150-51.

Eboli (Princesa de) = Mendoza (A. de).
Ecequías: su estatua, p. 355.
Eclesal (Tomás), traductor; p. 137.
Embustera que se finge hija del Rey; p. 121.

Enrique II, de Francia; p. 350.
Enrique III, de Francia; pp. 1, 36, 60.
Enrique IV, de Francia; pp. 100-1, 122, 133, 181, 270.
Enrique VIII, de Inglaterra; p. 36.
Enríquez (D. Luis); p. 253.
Enríquez de Acevedo (D. Pedro), conde de Fuentes; buen militar; páginas 160, 239, 299.
Enríquez de Cabrera (D. Diego), almirante de Castilla; pp. 75, 219, 233-36.
Enríquez de Guzmán (D. Diego), 5.º conde de Alba de Liste; p. 189.
Enríquez de Ribera (D. Fernando), tercer duque de Alcalá de los Gazules; p. 177.
Ernesto (Archiduque); p. 160.
Escalante (Lucas de), aparejador en S. Lorenzo; p. 353.
Escalona (Duque de) = Fernández Pacheco (J.).
Escobedo (Juan de), su asesinato; páginas 89 91 y 384-85.
Escolástica (Sta.), su reliquia; p. 25.
Escorial (El) = San Lorenzo el Real.
Espasa (Enciclopedia); p. XI.
Espinosa (Secretario); pp. 147-48.
Esteban Bathory, rey de Polonia, página 46.

Felipe II: estancias en San Lorenzo; pp. IX, 3, 4, 12, 26, 27, 34-5, 42-45, 170-71, 135-36, 48, 62-64, 72-80, 99-100, 120, 143, 145, 159, 178-79; su afición a la caza, 8, 29-30; su estatua y retrato, 358 y 372; sus viajes a Aragón y Barcelona, 13, 41-42, 136-44; amenazas a Sixto V, 103; palabras notables suyas, 120, 376-77 y 382; sus cualidades, 347-50; cédula de fundación de San Lorenzo, 351; sus enfermedades, muerte ejemplar y entierro, 170-71, 173, 189, 192-206; su trato amoroso a los portugueses, 20; 114, 181, 183, 300, 322 y 369.
Felipe III: su educación; pp. 75-78, 147-48; su blanda y buena condición, 235-36; su casamiento, 218-19; su mal gobierno y gastos, IX-X y 312-13; gran cazador, 30; estancias en S. Lorenzo; 3, 7, 9, 122, 212, 226-7, 229-31, 220-21, 243, 282-84, 332-36, 345-46; viaje a León, Zamora, etc., 275-77, y 24-25, 298-99, 383.
Felipe IV; p. 369.
Feria (Duque de) = Suárez de Figueroa y Córdoba (L.).
Fernández de Cabrera y Bovadilla (D. Pedro), conde de Chinchón, privado de Felipe II; pp. 78 80, 97-8, 122, 144, 149, 176, 210, 253.
Fernández de Castro (D. Pedro) 7.º conde de Lemos; pp. 20, 220, 281 y 345.
Fernández de Córdoba (D. Alonso); p. 204.
Fernández de Córdoba (D. Luis), obispo de Salamanca, viene a S. Lorenzo; p. 327.
Fernández Duro (D. Cesáreo), historiador; p. 386.
Fernández Montaña (D. José), historiador de Felipe II; p. 95.
Fernández Navarrete, *el Mudo* (Juan), pintor en San Lorenzo; pp. 365, 370.
Fernández Pacheco (D. Juan), marqués de Villena y duque de Escalona; pp. 6, 99 y 269-71.
Fernández Portocarrero (Martín); p. 307.
Fernández de Olivenza; p. 305.
Fernández Vadillo (D. Juan), obispo de Cuenca, p. 72.
Figueroa (D. García de); pp. 204 y 279.
Florencia (Gran Duque de); p. 307.
Francavila (Duque de); p. 214.
Francisco de Borja (San), S. I.; página 231.
Franqueza, Secretario; pp. IX, 278, 285, 291-92 y 335.
Frau (Rey de): su poder; p. 261.
Fresneda (Fr. Bernardo de), O. F. M., confesor de Felipe II, obispo de Cuenca; p. 352.
Frías (Duque de) = Velasco (Don J. F. de).
Fuensalida (Conde de) = Pérez de Ayala (P.).
Fuente el Saz (Fr. Julián de), O. S. H., insigne iluminador en San Lorenzo; p. 177.
Fuentes (Conde de) = Enríquez de Acevedo (P.).

Gaetano (Camilo), nuncio de S. S.; pp. 173-4, 190-92 y 219.
Galeno; p. 373.
Gams (Dom Pío Bonifacio), O. S. B.; p. 169.
Gandía (Duquesa de) = Velasco (J. de).
García (Diego); p. 305.
García (Lic. Juan), profesor en San Lorenzo; pp. 76-78.
García de Valdemora (D. Juan), obispo de Lugo; p. 335.
Garibay y Zamalloa (Esteban de), historiador; p. 122.
Gassol (Jerónimo), secretario de Felipe II; p. 205.

Gayangos (D. Pascual de), historiador; pp. 84 y 149.
Gelves (Conde de los) = Portugal y Castro (J. A. de).
Gil de Albacete (D. Alvaro); p. 305.
Gómez de Sandoval (Cristóbal), hijo del duque de Lerma; p. 77.
Gómez de Sandoval (Diego), duque de Valdemoro, hijo del duque de Lerma; pp. 214, 282, 285, 288 y 338.
Gómez de Sandoval y Rojas (D. Francisco), marqués de Denia y duque de Lerma: su gran privanza, cualidades y mercedes que le hizo Felipe III; pp. IX, 78, 153-54, 176, 202, 204-6, 210, 220, 232, 234-36, 238, 246-48, 250, 277-8, 281, 284, 286, 288, 291-92, 300, 310-12, 319, 330, 337, 339 y 344.
Gómez (Ruy), principe de Eboli; páginas 90-94.
Gómez de Silva (Ruy), duque de Pastrana; pp. 204, 214.
González de Acevedo (D. Pedro), obispo de Plasencia: su fausto; páginas 309-10.
González de Heredia (Diego); p. 342.
González de Mendoza (D. Pedro), prior de Hibernia, hermano del duque del Infantado; pp. 288-90.
Granada (D. Alonso de); p. 205.
Granada (Fr. Luis de), un libro suyo inédito en San Lorenzo; p. 68.
Granello (Nicolás), pintor en San Lorenzo; pp. 366-67, 371, 375.
Granvela (Cardenal) = Perrenot de Granvela (A.).
Gregorio (Fray), novicio jerónimo; pp. 315-16.
Gregorio I, papa (San); su estatua; p. 358.
Gregorio XIII, Papa; pp. 1-2, 11-12.
Gregorio XIV, Papa; pp. 115, 122.
Gregorio (D. Alfonso), arzobispo de Zaragoza; p. 144.
Guadalajara y Xabierr (Fr. Marco de), historiador; pp. 127, 178, 197, 203, 205-6.
Guadaleste (Marqués de) = Mendoza (P. de).
Guadalupe (Fr. Jerónimo de), O. S. H.; p. 78.
Guadalupe (Fr. Juan de), lego ejemplar de San Lorenzo; p. 337.
Guasc (Francisco), canónigo barcelonés; p. 253.
Guevara (Cardenal) = Niño de Guevara (F.).
Gutiérrez Mantilla (Dr. Gonzalo), obispo de Oviedo, profesor en San Lorenzo; pp. 78 y 292.
Guzmán (D. Enrique de); p. 214.
Guzmán (D. Juan de), patriarca de las Indias; pp. 205 y 321.
Guzmán (D. Juan Enrique de), conde de Olivares, embajador en Roma; páginas 102, 194 y 204.
Guzmán (Pedro de); pp. 77, 204.

Haabas Ismael, *el Sofí*, emperador de Persia; p. 1.
Hamet Bei Carabaxi, gobernador de Argel; p. 387.
Hawkins (Sir Jhon), marino inglés; pp. 150-51.
Hera (D. Pedro de la), astrólogo, envenenado por Antonio Pérez; p. 385.
Heredia (D. Diego de), turbulento prócer aragonés; p. 129.
Heredia (Eugenio), músico; pp. 305-6.
Hermenegildo (San), príncipe español: su reliquia en San Lorenzo; págínas 24, 25 y 362.
Hernández (P. Miguel), S. I., historiador; pp. 41-42.
Herrera (Juan de), 2.º arquitecto de San Lorenzo; pp. 256, 353.
Hinojosa (D. Ricardo de), historiador; p. 103.
Horacio; p. 369.
Hume (Martín), hispanófilo inglés; pp. 385-86.
Hurtado de Mendoza (D. Luis), marqués de Mondéjar, conde de Tendilla; pp. 222-23.
Hurtado de Mendoza y Guzmán (D. Juan), 3.er conde de Orgaz; pp. 204, 301 y 327.
Husseyn Alí-Beg, embajador persa, viene a San Lorenzo; pp. 253-56.

Idiáquez (D. Martín), presidente del Consejo de las Ordenes; pp. 78, 176, 204, 210-11, 228, 292.
Ifigenia, princesa; p. 347.
Iglesia (Fr. Andrés de la), confesor de Isabel Clara Eugenia; p. 205.
Inés (Santa), reliquia en S. Lorenzo; p. 187.
Inocencio IX, papa; p. 115.
Invencible (La Armada); pp. 48-61.
Isabel, emperatriz, madre de Felipe II: su estatua y entierro; pp. 31, 300 y 358.
Isabel I, de Inglaterra; pp. 35-41 y 330.
Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II: gran cazadora; pp. 3-6, 29-30; 122, 149, 219, 383.
Isabel de Valois, mujer de Felipe II: su entierro y estatua; pp. 31 y 358.

Jacobo I, de Inglaterra: sus cualidades; pp. 1, 330-32.
Jerónimo (San): su estatua; p. 358; su cabeza en S. Lorenzo; p. 187.
Jesuítas.—Véase Dominicos.
Jesucristo, N. Sr.: su estatua; p. 360.
Jiménez (Fr. Alonso), O. P.; p. 263.
Josafat: su estatua; p. 355.
Josías: su estatua; p. 355.
Juan de Austria (Don), hermano de Felipe II; pp. 30, 49, 86-7, 94-95, 122, 375 y 384-85.
Juan Bautista (San): sus reliquias; p. 363.
Juan Evangelista (San): sus estatuas; pp. 358 y 360.
Júpiter; p. 348.
Justo y Pastor (Santos): sus reliquias; p. 363.

Lafuente (D. Modesto de): historiador; pp. 103-4 y 143.
Lanuza (D. Juan de), justicia de Aragón; su prisión y degüello; pp. 12, 97 y 127-30.
Lanzi (Marqués de)=Carlos Filiberto de Este.
Laurencín (Marqués de) = Uhagón (F. R. de).
Lemos (Conde de) = Fernández de Castro (P.).
Lemos (Condesa de) = Sandoval y Zúñiga (C. de).
León (Obispo de) = Cazo (A. de).
León (D. Ponce de); pp. 233-34.
Leoni (Pompeyo): escultor en San Lorenzo; p. 65.
Leonor, reina de Francia, hermana de Carlos V: su entierro y estatua; pp. 31 y 358.
Lerma (Duque de)=Gómez de Sandoval y Rojas (F.).
Lerma (Duquesa de)=Cerda (C. de la).
Leyva (Alonso de), valeroso marinero de la *Invencible;* pp. 52-3, 56 y 61.
Lisboa (Arzobispo de)=Castro (M. de).
Lisboa: sucesos maravillosos allí acaecidos; pp. 313-14.
Loaisa Girón (D. García de), arzobispo de Toledo, maestro de Felipe III; pp. 9, 50, 74, 78, 149-50, 169, 176, 190, 196, 203, 205-6, 210, 213, 215-16 y 383.
López Zamora (Fr. Saturnino), O. S. A.; p. 387.
López de Zúñiga y Sotomayor (don Diego), séptimo duque de Béjar; p. 118.
Lorenzo (San), mártir: sus reliquias; pp. 22-4 y 362; su estatua; pp. 358 y 371.
Lugo (Obispo de)=García de Valdemora (J.).
Luis (San), rey de Francia; p. 197.
Llagas (Sor Beatriz de las), condesa del Castellar; pp. 343-45.

Madrid, Motín de; pp. 120-21; daño que padeció con el traslado de la corte; pp. 241-49.
Mahamet Jhan, emperador de Turquía; p. 1.
Maldonado de Matute (Dr. Hernando); p. 242.
Malvezzi (Marqués Virgilio), historiador; pp. 76, 210.
Manasés: su estatua; 355.
Manrique de Lara (D. Jerónimo), obispo de Avila e Inquisidor general; pp. VI, 168.
Manuel de Portugal (Don), hijo del prior de Crato; p. 315.
Maqueda (Duque de)=Cárdenas (B. de).
Marcos (San), evangelista: su estatua; p. 358.
María Santísima: su estatua; p. 360.
María (Infanta), hija de Felipe III; pp. 325, 327-28.
María (Princesa), mujer de Felipe II; su estatua; pp. 31 y 358.
María (Reina de Hungría), hermana de Carlos V: su entierro y estatua; páginas 31, 358.
María (Emperatriz), hermana de Felipe II: su vida y virtudes; pp. 5-7, 42-3, 147, 323-25, 341-42.
María Estuardo, reina de Escocia; pp. IX, 35, 40, 141.
Mariana (P. Juan de), S. I.; p. 19.
Martínez (Dr. Miguel), profesor en San Lorenzo; p. 78.
Mateo (San), apóstol: su estatua; p. 358.
Matías de Austria, tío de Felipe III; p. 216.
Mauricio (San): sus reliquias; p. 362.
Maximiliano, emperador de Alemania; p. 323.
Maximiliano de Austria, obispo de Segovia; pp. 248 y 335.
Médicis (Catalina de), reina de Francia; p. 1.
Médicis (Cosme de), gran duque de Toscana; p. 299.
Médicis (Juan de), hijo del duque de Florencia; pp. 307 y 308.
Médicis (D. Pedro de), hermano del duque de Toscana; pp. 266, 295-99.
Medinaceli (Duque de) = Cerda (J. de la).

Medinasidonia (Duque de) = Pérez de Guzmán (A.).
Melo (Fr. Nicolás de), O. S. A., mártir; p. 254.
Melquisedec: su estatua; p. 355.
Mema (Ana) = Argel (Soldana de).
Mendoza (D.ª Ana), princesa de Eboli; pp. 89-90, 385.
Mendoza (D.ª Ana de), sobrina de la marquesa del Valle; p. 318.
Mendoza (Antonio de); p. 71.
Mendoza (D. Enrique de); p. 205.
Mendoza (D. Francisco de), almirante de Aragón, marqués de Guadaleste; p. 149.
Mendoza (D. Juan de), cardenal; páginas 80, 100-101.
Mendoza (D. Juan de), marqués de San Germán; p. 330.
Mendoza (María de), mujer del secretario Cobos; p. 248.
Mendoza (D.ª Mencía de); p. 115.
Mendoza y de la Cerda (D. Iñigo), marqués de Almenara: su muerte en Aragón; pp. 123-24.
Menéndez Pelayo (Marcelino); página 68.
Mercado (Dr. Luis), médico de Felipe II; pp. 137-138.
Mignet (F. A. M.), historiador; páginas 86 y 385.
Milliteli (Marqués de) = Branquiforte (F.).
Miranda (Conde de)=Zúñiga y Avellaneda (J.).
Mondéjar (Marqués de) = Hurtado de Mendoza (L.).
Montemayor (Jorge de), autor de la *Diana;* pp. XI y 276.
Monzón: va allí Felipe II; p. 14.
Mora (Francisco de), tercer arquitecto de San Lorenzo; pp. 195, 243, 276 y 373.
Moral Jhan, emperador turco; p. 1.
Morel-Fatio (Alfredo), historiador; p. 136.
Moreno (Licenciado), cura de El Escorial; p. 305.
Moscoso (D.ª Isabel): se casa en San Lorenzo; pp. 334.
Moscoso Osorio (D. Lope); sexto conde de Altamira; pp. 230, 321 y 345.
Moura (D. Cristóbal), gran privado de Felipe II; pp. 78, 121, 159, 176-7, 189, 194-6, 202, 204, 206, 210, 213, 214.
Moya (Marqués de)=Cabrera y Bovadilla (F.).
Mucio Sebastián (Juan), marqués de Sforza; p. 77.
Muñoz (Mari); pp. 268-69.
Muro (D. Gaspar), historiador; página 385.

Nacteo Alimerico (Fr. Buenaventura), O. F. M., obispo irlandés: su estancia en S. Lorenzo; p. 26.
Navarro (Doctor), sobrino de Navarro Azpilcueta: su muerte en Roma; pp. 80-82.
Navarro Azpilcueta (Doctor); p. 80.
Niebla (Conde de); pp. 214-15.
Niño de Guevara (D. Fernando), cardenal; pp. 170, 218, 225, 228 y 248.
Novoa (Matías de), historiador; páginas 4-5, 19, 76 y 143.

Olivares (Conde de)=Guzmán (J. E. de).
Orange (Mauricio de); p. 163.
Orange (Hijo del príncipe de); páginas 137 y 274.
Orgaz (Conde de)=Hurtado de Mendoza y Guzmán (J.).
Osorio (D. Alfonso); p. 78.
Otaduy (D. Lorenzo de), obispo de Avila; pp. 269, 335-36.

Pablo (San), apóstol: su estatua; página 360.
Pacheco (D. Andrés), obispo de Segovia; pp. 159-60, 173-4, 190, 221, 226 y 248.
Pacheco (Gabriel), canónigo; 271.
Pacheco (D. Juan), marqués de Villena, privado de Enrique IV; p. 270.
Padilla (Juan de), comunero; p. 133.
Padilla (D. Martín de), adelantado de Castilla; pp. 17-18, 274.
Padilla Acuña (D. Juan de), conde de Buendía; p. 113.
Pantoja de la Cruz (Juan), pintor en S. Lorenzo; pp. 300, 372.
Paredes (Condesa de); p. 79.
Párraces, aldea de Segovia y Abadía; p. 15.
Pascual (Juan), primer conde de Villabrágima; pp. 247-48.
Pastrana (Duque de)=Gómez de Silva (R.).
Paz (D. Julián), historiador; p. 19.
Paz y Melia (Antonio); p. 216.
Pedro (San), apóstol: su estatua; p. 360.
Peregrini, *Tibaldi* (Peregrín de), pintor en San Lorenzo; pp. 16, 72, 359-60, 365, 367 y 371.
Pereira (Mateo); p. 71.
Pérez (Antonio): sus procesos y delitos; pp. IX, 85-98, 123-31, 139-43 y 384-86.

Pérez (Gonzalo), secretario de Carlos V; p. 90.
Pérez (Dr. Sebastián), obispo de Osma, catedrático de S. Lorenzo; página 117.
Pérez de Ayala (D. Pedro), cuarto conde de Fuensalida, pp. 176, 204, 210, 213.
Pérez de Guzmán, *el Bueno* (D. Alonso), duque de Medinasidonia, general de la *Invencible;* pp. IX, 49-61, 204, 205, 214-5, 278.
Pérez de Herrera (Dr. Cristóbal); página 242.
Pérez Pastor (D. Cristóbal), bibliógrafo, pp. 4, 242.
Pérez Saavedra (Juan), falsario y aventurero, p. 71.
Pérez de Valenzuela (D. Gonzalo), alcalde de corte; pp. 306-7.
Pericles; p. 350.
Persia (D. Diego de), noble persa: se bautiza en S. Lorenzo; pp. 254, 304-307.
Persia (D. Felipe de), noble persa: su conversión; p. 253.
Persia (D. Juan de), noble persa: escritor; pp. 253-54.
Perrenot de Granvela (Antonio), cardenal y ministro de Felipe II; pp. 13, 89.
Perret (Pedro), grabador de las estampas de San Lorenzo; p. 256.
Pidal (D. Pedro José), marqués de Pidal, historiador; pp. 89, 128-29, 133 y 385.
Piédrola (Miguel de), falso profeta; pp. 82-84.
Pimentel (D. Antonio), marqués de Tábara: se casa en San Lorenzo; p. 334.
Pimentel (D. Juan Alonso), octavo conde de Benavente, virrey de Nápoles; p. 282.
Pío IV, papa; p. 352.
Pío V (San), papa; pp. 23, 122.
Plasencia (Obispo de) = González de Acevedo (P.).
Pliego (l. Priego), conde de=Carrillo de Mendoza (P.).
Ponce de León (D. Pedro) conde de Bailén; pp. 258-59.
Ponce de León (D. Rodrigo), duque de Arcos; p. 258.
Portocarrero (D. Pedro), obispo de Cuenca; pp. 169, 210, 213.
Portugal (Desamparo y quejas del reino de); pp. 314-15.
Portugal (D. Diego de), capitán; página 263.
Portugal y Castro (D. Jorge Alberto de), tercer conde de los Gelves, p. 306.
Portugueses: su poco amor a Castilla; p. 20.
Porras (María de), madre de Salas Barbadillo; p. 306.
Porreño (Lic. Baltasar), historiador de Felipe II; pp. 147 y 237.
Poza (Marqués de) = Rojas (F. de).
Praga (l. Braga), obispo de = Castro (A. de).
Prauncar, rey de Camboja; p. 262.

Quadros (D. Manuel de), obispo de La Guardia, Portugal; p. 71.
Quemada (Fr. Juan de), O. S. H., prior de S. Lorenzo; pp. 7, 134-35 y 174-5.
Quevedo Villegas (D. Francisco de); pp. 210, 217, 312.
Quintana (D. Andrés Santos), arzobispo de Zaragoza; p. 144.
Quiroga (D. Gaspar de), cardenal-arzobispo de Toledo; pp. 5-6, 160-61.

Ramírez (Fr. Diego), p. 71.
Ramírez (D. Fernando), alcalde de corte; p. 307.
Ramírez de Mendoza (D.ª Beatriz)= Llagas (Sor B. de las).
Ramírez [de Prado? (Alonso)]; página 292.
Reinoso (Fr. Baltasar), O. S. A.; página 260.
Reinoso (D. Francisco de), obispo de Córdoba; p. 169.
«Relación de la venida de S. M. a Valladolid»; p. 137.
Reliquias; pp. 362-63.
Requeséns (D. Luis de Zúñiga y), ayo de Felipe III; p. 5, 23.
Ribera (D. Francisco de); p. 204.
Risco (Fr. Manuel), O. S. A.; p. 2.
Rivaroli y Pineda (Juan Félix Francisco), genealogista; p. 149.
Rocapot (Marqués de), embajador francés; p. 251-52.
Rodas (Coloso de); p. 347.
Rodolfo, emperador de Alemania; p. 1.
Rodríguez Villa (Antonio), historiador; pp. 30, 136.
Rojas (D. Bernardo de), cardenal-arzobispo de Toledo; pp. 212-13, 217, 227-28, 230 y 333-34.
Rojas (D. Francisco de), marqués de Poza, presidente de Hacienda; página 278.
Ronchi (Tiberio), pintor en S. Lorenzo; p. 42.
Ruiz de Velasco (Juan), ayuda de cámara de Felipe II; pp. 4, 194.

Saboya (Duque de); se casa con la hija de Felipe II; pp. 13, 119.
Saboya (Hijos del Duque de); páginas 282, 345-6.
Sáinz de Baranda (D. Pedro), historiador; p. 143.
Salamanca (Obispo de) = Fernández de Córdoba (L.).
Salas Barbadillo (Alonso Jerónimo de), novelador; pp. 305-307.
Salas Barbadillo (Diego de), padre de Alonso; p. 306.
Salazar (Fr. Miguel de), general de la O. de S. Jerónimo; p. 158.
Salazar de Mendoza (Dr. Pedro), historiador; p. 160.
Saldoni (B.), historiador de la música; p. 29.
Salinas (Conde de)=Velasco (L. de).
Salmonete (l. Sermoneta) (Duque de); p. 219.
Salomón: su estatua; p. 355.
Salvá (D. Miguel), historiador; página 143.
San Agustín (Fr. Nicolás de), O. S. A. mártir; p. 254.
San Germán (Marqués de)=Mendoza (J. de).
San Jerónimo (Fr. Juan de), O. S. H.; historiador de San Lorenzo; pp. IX, 7, 10, 24, 26, 34, 41, 45.
San Lorenzo el Real de El Escorial: hospital; p. 391; inauguración, 26-29; librería, 136; reyes del patio, 8-9; sillas del coro, 25; etc.
San Lorenzo (Fr. Andrés de), O. S. H.; pp. 303-304.
San Pedro (Fr. Sebastián de), O. S. A.; p. 260.
San Quintín (Batalla de); p. 350.
Sandoval (D. Alonso de); p. 291.
Sandoval y Rojas (D. Cristóbal de), marqués de Cea, duque de Uceda; páginas 220, 249, 281, 301, 338.
Sandoval y Zúñiga (D.ª Catalina de), condesa de Lemos; pp. 278, 291, 293-5, 300-1 y 304-308.
Santa Cruz (Marqués de) = Bazán, (A. de).
Santa María (Fr. García de), arzobispo de Méjico y prior de S. Lorenzo; pp. 158, 175, 205, 232-3 y 272.
Santa María (Fr. Miguel de), prior de S. Lorenzo; pp. 285, 305, 328-29.
Santa María (Pablo de), judío convertido; se bautiza en El Escorial; páginas 74 y 383.
Santiago, apóstol: su estatua; p. 360.
Santiago Vela (Fr. Gregorio de), O. S. A., historiador; p. 254.
Santos (Fr. Francisco de los), O. S. H., historiador; pp. 134, 158, 233.
Sebastián, rey de Portugal; pp. 6, 20. impostores con su nombre; p. 315.
Sedano (Fr. Francisco), O. S. A.; p. 9.
Segismundo III, de Polonia; p. 46.
Segismundo III, de Dinamarca; p. 1.
Segovia: alboroto contra un jerónimo; p. 146.
Segovia (Obispo de) = Pacheco (A.).
Segura (Martín de), profesor de retórica en Alcalá; pp. 78, 349.
Semíramis, reina de Babilonia; página 348.
Senil de Guarga (Pedro), capitán; página 260.
Sepúlveda (Fr. Jerónimo de), O. S. H., autor de esta obra: su vida y estudios; pp. VI-X, 2, 3, 232, 235.
Serrano (Jorje); p. 71.
Serrano y Sanz (D. Manuel), historiador; pp. 71 y 254-6.
Sessa (Duque de) = Cardona y Córdoba (A. de).
Sforza (Marqués de) = Mucio Sebastián (J.).
Shirley (Sir Antonio), aventurero y ladrón inglés; pp. 253-54.
Sicilia (P. Bartolomé de), S. I.; viene a S. Lorenzo; pp. 15-19.
Sigüenza (Fr. José de), O. S. H., historiador de San Lorenzo; pp. IX, 19, 20, 28, 100, 105, 122, 158, 201, 336-8 y 378.
Sigena (Monasterio de); p. 25.
Sixto V, papa; pp. 20-23, 25, 39, 51, 60, 75, 80-82, 100-109, 363, 371, 383, 388-90.
Sócrates; p. 350.
Sosa (Diego de); p. 71.
Sosa (Manuel de); p. 205.
Suárez de Figueroa (D. Gómez), obispo de Cádiz; p. 248.
Suárez de Figueroa y Córdoba (Don Lorenzo), 2.º duque de Feria; pp. 190, 277.

Tábara (Marqués de) = Pimentel (A.).
Tabarón (Lázaro), pintor en S. Lorenzo; p. 375.
Talavera (Fr. Diego de), O. S. H.; p. 176.
Tassis (D. Juan de), conde de Villamediana; p. 204.
Tavira y Almazán (D. Antonio), obispo de Salamanca; p. XI.
Tendilla (Conde de) = Hurtado de Mendoza (L.).
Teresa de Jesús (Santa); p. 124.
Timantes, pintor antiguo; p. 347.

Toledo (D. Antonio de); pp. 78 y 204.
Toledo (D. Fernando de), prior de S. Juan, hijo del D. de Alba; pp. 75, 124.
Toledo (D. Fernando de), hermano del marqués de Velada; pp. 194, 204 y 214.
Toledo (P. Francisco de), S. I., cardenal; p. 122.
Toledo (Fr. García de), O. S. H.; páginas 107-108.
Toledo (Juan B.ª de), primer arquitecto de S. Lorenzo; p. 353.
Toledo (D. Pedro de), marqués de Villafranca; p. 282.
Toledo Enríquez (D. Antonio), quinto conde de Alba de Liste; p. 204, 277.
Tolosa (Pedro de), aparejador en S. Lorenzo; p. 353.
Tormo (D. Elías), historiador; p. 324.
Toscana (Gran Duque de); p. 307.
Trezzo, *el Viejo* (Jácome), lapidario y broncista en San Lorenzo; pp. 25, 225.

Uceda (Conde de) = Velázquez Dávila (J.).
Uceda (Duque de) = Sandoval y Rojas (C.).
Uhagón (D. Francisco R. de), marqués de Laurencín; historiador, p. 13.
Ulloa (Gonzalo de); p. 148.
Urbano VII, papa; pp. 109-115.
Urbieta (D. Fr. Juan Esteban de), O. P., obispo de Thelesi; p. VI.
Urbino (Francisco de), pintor en San Lorenzo; p. 366.
Urrea (D.ª Catalina de), madre de D. Juan de Lanuza; pp. 126-130.

Valdemoro (Duque de) = Gómez de Sandoval (D.).
Valdés (D. Pedro de), valeroso marino; pp. 54-6 y 60.
Valladolid: traslado a ella de la corte; pp. 230-1, 237-8 y 241-47.
Valle (Marqués del) = Cortés de Monroy y Arellano (F.).
Valle (Marquesa del) = Cerda (M. de la).
Valles (Dr. Francisco), famoso médico de Felipe II; pp. 78, 137-38 y 373.
Vanderhammen y León (D. Lorenzo), historiador de Felipe II; pp. 89, 95.
Vargas (D. Alfonso de), general; páginas 125, 126.
Vasconcellos (Diego de); p. 77.
Vázquez de Arce (Rodrigo), su entereza y cualidades; gran ministro de Felipe II; pp. 119, 210, 217-18.
Velada (Marqués de) = Dávila y Toledo (G.).
Velasco (D. Juan Fernández de), condestable de Castilla, duque de Frías, virrey de Nápoles; pp. 120-1, 238, 277 y 291.
Velasco (D.ª Juana de), duquesa de Gandía; 189-90, 220.
Velasco (D. Luis de), conde de Salinas; p. 204.
Velasco Avila o Velázquez Dávila, (D. Juan de), segundo conde de Uceda; p. 77-79.
Velázquez de las Cuevas (D. Fray Juan), O. P., obispo de Avila, confesor del archiduque Alberto; pp. 71, 176.
Velilla (Campana prodigiosa de); páginas 252-53.
Veloso (Diego); p. 260.
Vellosillo (D. Fernando), obispo de Lugo; p. VI.
Veneciano (Bernardino), pintor en San Lorenzo; p. 42.
Villahermosa (Duque de) = Aragón (M. de).
Villamediana (Conde de) = Tassis (J. de).
Villacastín (Fr. Antonio de), O. S. H., insigne lego arquitecto: sus virtudes; pp. 14-15, 19, 325-26 y 353.
Villalba; famoso cómico, viene a San Lorenzo; p. 228.
Villena (Marqués de) = Fernández Pacheco (J.).
Visitación (Sor María de la), famosa embaidora portuguesa; pp. 66-71.
Vitoria (Dr.) médico de Felipe II; página 78.
Vitoria (Fr. Juan de), O. P., historiador de Felipe II; pp. 90-91.
Vossatro (Octavio); p. 390.
Voto (Antonio), guardajoyas de Felipe II y Felipe III; pp. 300, 303, 304.

Wenceslao de Austria; p. 31.

Xuarez de Alberguería (Lope); p. 71.

Yáñez (Juan), historiador; pp. 76 y 147.
Yepes (Fr. Diego de), confesor de Felipe II, prior de San Lorenzo y obispo de Tarazona; pp. 157-59, 175, 196, 197, 205, 209, 217, 226.
Yepes (Fr. Juan de), general jerónimo; p. 145.

Zamora (Fr. Juan de), lego ejemplar de S. Lorenzo; p. 279.

Zapata (D. Luis), historiador; pp. 63, 68, 70-71, 85-6 y 161.
Zapata de Cisneros (D. Antonio), primer conde de Barajas, presidente de Castilla; pp. 27, 92, 118-19.
Zaragoza: se celebra un famoso auto; p. 139; estancias en ella de Felipe II; p. 13.
Zaragoza (Arzobispo de) = Quintana (A. S.); Cabrera y Bovadilla (A.); Borja (T.); y Gregorio (A.).
Zúccaro (Federico), pintor en San Lorenzo; pp. 42, 72 y 360.
Zúñiga (Alfonso de); p. 78.
Zúñiga (D. Juan de), embajador en Roma; p. 89.
Zúñiga y Avellaneda (D. Juan de), sexto conde de Miranda, presidente de Castilla; pp. 217, 228 y 387.
Zúñiga y Requeséns (D. Luis de) = Requeséns (L. de Z.).

NOTA BIBLIOGRAFICA

Lo contenido en este libro, excepto las pp. 347-382, se ha publicado antes en *La Ciudad de Dios*, 1917-1922, revista de los PP. Agustinos del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial.

ERRATAS ADVERTIDAS

Dice.	Diga.	Págs.	Líns.
mayo.	marzo.	91	38
Fr. José de Sigüenza.	Fr. Miguel de Santa María.	285	36

INDICE GENERAL

Los manuscritos. P. V.
El autor. Pp. VI-VIII.
Carácter y cualidades de la «Historia de varios sucesos». Pp. VIII-XI.

LIBRO PRIMERO.—REINADO DE FELIPE II.

Capítulo I. 1584.—Introducción. Noticias del autor de la obra. Tiene Felipe II la Semana Santa en San Lorenzo el Real. Juramento en Madrid del príncipe don Felipe. Visita de los conventos jerónimos de Portugal. Veranean en San Lorenzo Felipe II y sus hijos: sus ocupaciones y entretenimientos. Pónense los reyes de piedra del patio principal. Llegan cuatro mancebos japoneses a San Lorenzo el Real. Celebra en él la Pascua de Navidad Felipe II. Pp. 1-12.

Capítulo II. 1585.—Escribe Felipe II a los monjes de San Lorenzo agradeciéndoles el nombramiento de procurador para el capítulo general. Elogio de Fr. Antonio de Villacastín: hiérese gravemente. Viene el P. Bartolomé de Sicilia a San Lorenzo a pedir el subsidio caritativo para el Rey. Elogio de la «Historia de la Orden de San Jerónimo», del P. Fr. José de Sigüenza. Peticiones que hace el embajador español a Sixto V, y respuesta del Papa. Pp. 13-21.

Capítulo III. 1586.—Entrega Felipe II a esta Casa reliquias de San Lorenzo y de San Hermenegildo. Inaugúrase solemnemente la iglesia principal de San Lorenzo el Real. Pasan el Rey Católico y sus hijos el verano en este Monasterio: entretenimientos y ocupaciones del Rey. Curioso modo de cazar. Traslado de los cuerpos reales desde la iglesia de prestado a la principal. Traza del monumento de Semana Santa. Pp. 22-32.

Capítulo IV. 1587.—Pasan Felipe II y sus hijos la Semana Santa en San Lorenzo. Prisión, muerte y exequias de María Estuardo, reina de Escocia. Va la familia real a Toledo a recibir las reliquias de Santa Leocadia. Juicio de las pinturas de Federico Zúccaro. Vienen la Emperatriz, Felipe II y sus hijos a pasar el verano a este Monasterio. Hácense relicarios y otros adornos de la Fábrica. Breve para que el prior de San Lorenzo pueda ser elegido en capítulo general. Fiesta del Corpus. Pásanse los monjes al claustro principal. Da Felipe II el Toisón a dos caballeros. Honras fúnebres por el archiduque Carlos de Austria. Embajada del rey de Polonia. Vuelta de la familia real a Madrid. Aprestos para la Armada Invencible. Pp. 33-47.

Capítulo V. 1588.—«De la poderosa y famosa Armada que el Rey Católico hizo contra Inglaterra y del infelice suceso que tuvo y de cómo se perdió sin haber efecto ninguno». Pp. 48-61.

Capítulo VI. 1588.—Pasan Felipe II y sus hijos la Semana Santa en San Lorenzo el Real. Capítulo general de la Orden de San Jerónimo. Fiesta del Corpus. Veraneo de las personas reales en San Lorenzo: distracciones y cacerías. Llegan estatuas, reliquias y otros adornos de la Fábrica. Premática de las cortesías. Relación de la sentencia, falsas llagas y milagros fingidos de Sor María de la Visitación, «la monja de Portugal». Es nombrado Don Juan Fernández Vadillo obispo de Cuenca. Nuevas obras en la Fábrica. Ida del Rey Católico a Madrid. Pp. 62-72.

Capítulo VII. 1589.—Pasan Felipe II y sus hijos la Semana Santa en este Monasterio. Conviértese a la Fe católica un judío y es bautizado en la villa de El Escorial. Continúan las obras de la Fábrica. Es nombrado capitán general D. Fernando Alvarez de Toledo, hijo del duque de Alba. Llega a esta Casa un embajador de Sixto V. Estudios, educación y crianza del príncipe don Felipe. Otros particulares de la real familia. Cásase en San Lorenzo el Real la duquesa de Aveiro, noble portuguesa. Visitan este Monasterio don Andrés de Bovadilla y Cabrera, arzobispo de Zaragoza, y el cardenal don Juan de Mendoza. Muerte desastrada y cruel de un sobrino del doctor Navarro de Azpilcueta, por orden de Sixto V. Condena la inquisición de Toledo a Miguel de Piédrola, «el santo Profeta». Vuelta de la familia real a Madrid. Pp. 73-84.

Capítulo VIII. 1590.—Noticias de Antonio Pérez: su fausto, vanidad y riquezas. Amistad de don Juan de Austria y Antonio Pérez. Vende Antonio Pérez secretos de Estado y es descubierto. Asesinato del secretario Juan de Escobedo: achácase este crimen a la princesa de Eboli y a Antonio Pérez. Manda Felipe II prender al secretario Antonio Pérez. Proceso que se le formó y confiscación de sus bienes. ¿Ordenó Antonio Pérez envenenar a don Juan de Austria? Huye Pérez de la cárcel y se refugia en el reino de Aragón. Llévanle preso a Zaragoza. Páginas 85-98.

Capítulo IX. 1590.—Alarde en San Lorenzo el Real. Cae un rayo en el coro del Monasterio. Manda el Papa que el prior de San Lorenzo el Real sea elegido en capítulo general. Dispone Felipe II que ayuden las misas los coristas, no los legos. Trata Sixto V de la reconciliación con la Iglesia de Enrique de Bearne: opónese España. Amenazas de Felipe II al Papa: indignación y cólera de éste. Muerte de Sixto V: sus grandes hechos y calidades: exequias honrosas que se le hacen. Elección de Urbano VII; anula los decretos e impuestos de su predecesor. Muere Urbano VII. General alegría por la elección de Urbano VII; fiestas con que en España y en San Lorenzo el Real se celebró, y tristeza que en todos produjo su pronta muerte. Elección de Inocencio IX. Ruidoso pleito matrimonial del duque de Alba. Pp. 99-116.

Capítulo X. 1591.—Capítulo general de la Orden de San Jerónimo. Pasan la semana Santa en San Lorenzo, el príncipe Doria y el duque de Béjar. Retírase de la corte y de la presidencia del Consejo de Castilla el conde de Barajas. Viene a San Lorenzo el duque de Saboya. Va Felipe II a Aranjuez. Motín en Madrid. Caso curioso sucedido a dos clérigos con una mujer de La Rioja. Entrega en San Lorenzo Darío Buccarino, de parte de Gregorio XIV, el estoque y el birrete al príncipe don Felipe, y la rosa de oro a la infanta Isabel Clara Eugenia. Alborotos en Aragón: degüello del Justicia mayor, huída de Antonio Pérez y castigo de otros culpados. Pasquines contra Felipe II en Avila: excesos del alcalde de corte Pareja de Peralta. Marcha Felipe II a Madrid. Pp. 117-133.

Capítulo XI. 1592.—Visita de los monasterios jerónimos de Portugal. Convoca

Felipe II las cortes de Aragón. Tiene la Semana Santa el Rey Católico en San Lorenzo el Real. Viaje de Felipe II a las cortes de Tarazona. Auto de fe en Zaragoza: procesos contra Antonio Pérez, y otros culpados en los alborotos de Aragón. Manda Felipe II poner en libertad a la mujer e hijos de Antonio Pérez. Muerte y cualidades de Fr. Diego de Chaves, confesor del Rey Católico. Temporal de lluvias durante el verano de este año en San Lorenzo el Real. Cortes en Pamplona y Tarazona; muerte del arzobispo de Zaragoza, y vuelta de Felipe II a Madrid. Pp. 134-144.

Capítulo XII. 1593.—Pasa Felipe II el verano en San Lorenzo el Real. Suceso acaecido en Segovia contra un monje jerónimo. Viene a San Lorenzo el Real el archiduque cardenal Alberto para ayudar en el gobierno al Rey su tío. Entran en las juntas de Estado el príncipe Felipe y el Archiduque-Cardenal. Notables palabras de Felipe II. Conversión de Muley Xeque de Marruecos: su bautizo en San Lorenzo el Real: mercedes que le hace el Rey. Casamiento en San Lorenzo del marqués del Valle, nieto de Hernán Cortés. Correrías de las escuadras inglesas por las costas españolas. Curiosa relación de la venida a España de la Soldana de Argel: recibimiento y dádivas que le hizo la Familia Real. Pp. 145-156.

Capítulo XIII. 1594-1596.—Capítulo general de la Orden de San Jerónimo. Es nombrado Fr. Diego de Yepes confesor del Rey Católico. Pasa Felipe II el verano en San Lorenzo. Correrías inglesas por las costas españolas. Muere Don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo. Va el archiduque Alberto al gobierno de Flandes. Toma de Calais. Entrada y toma de Amiéns por los españoles: sitianla los franceses. Relación de lo que pasaba en Amiéns. Recuperan los franceses Amiéns. Traslado solemne en Avila de las reliquias de San Segundo. Varios nombramientos de obispos. Grave enfermedad en Aceca del Rey Católico: su estancia en Toledo. Saqueo de Cádiz por los ingleses. Consagración de la Iglesia principal de San Lorenzo el Real. Cualidades del P. Fr. Juan de Quemada, profeso de San Lorenzo. Recias contiendas entre jerónimos, dominicos y jesuítas sobre el confesor del príncipe Felipe. Mercedes y nombramientos. Muerte y elogios del iluminador Fr. Julián de Fuentelsaz, monje de San Lorenzo. Páginas 157-177.

Capítulo XIV. 1597-98.—Capítulo general de la Orden de San Jerónimo. Pasa en San Lorenzo Felipe II parte de la primavera y el verano. Noticia de Campillo y Monesterio, fincas y palacios donados por el Rey Católico a San Lorenzo el Real. Paces entre España y Francia. Muerte de la duquesa de Saboya Doña Catalina, hija del Rey Católico: sentimiento singular de éste. Caso de devoción de Felipe II al Smo. Sacramento. Entrega solemne de numerosas reliquias en San Lorenzo. Conciértanse los casamientos del príncipe Felipe y su hermana Isabel Clara Eugenia. Viene Felipe II a morir a San Lorenzo. Otros sucesos. Consagración en San Lorenzo de García de Loaísa, arzobispo de Toledo. Pp. 178-191.

Capítulo XV. 1598.—«Del felicísimo tránsito del gran Filipo II rey de las Españas». Visita el Nuncio al Rey Católico y le concede gracias e indulgencias. Ejercicios piadosos del Rey durante su última enfermedad. Criados que le sirvieron con más amor. Extraña miseria, intensísimos y continuados dolores, fortaleza inaudita y heroica paciencia del enfermo. Manda hacer su ataúd y colocarlo enfrente de su cama. Recibe los sacramentos de la Eucaristía y Extremaunción con singulares muestras de fervor religioso. Tierna despedida de sus hijos: consejos que les dió. Ultimos días del Rey Prudente: su muerte. Caso de heroica paciencia.

Entra a reinar Felipe III: privanza del duque de Lerma. Solemne entierro de Felipe II. Pp. 192-206.

LIBRO SEGUNDO.—REINADO DE FELIPE III

Capítulo I. 1598-99.—Marchan el Rey y la Infanta su hermana a Madrid. Honras fúnebres de Felipe II en San Jerónimo el Real. Primeros actos del nuevo Rey: son despedidos los ministros de su padre. Sentimiento del Papa en la muerte de Felipe II. Viene Felipe III a San Lorenzo. Sucesos de algunos privados de Felipe II. Otros sucesos, y muerte de García de Loaisa. Destierro y muerte de Rodrigo Vázquez. Casamientos de los Reyes y Archiduques en Valencia. Entrada de los Reyes en Madrid. Privanza del duque de Lerma. Venida de sus Majestades y del de Lerma a San Lorenzo. Preparativos para el Capítulo general de la Orden de San Jerónimo. Pp. 209-221.

Capítulo II. 1600.—Entretenimientos del Rey. Libertad del marqués de Mondéjar. Concédese al Monasterio de San Lorenzo facultad de elegir prior. Negocios varios de la Orden de San Jerónimo. Actívase la terminación de las figuras de los enterramientos reales de San Lorenzo. Es nombrado fray Diego de Yepes obispo de Tarazona: otros nombramientos. Viene la corte a San Lorenzo: celébranse en él fiestas y regocijos. Nueva venida del Rey a San Lorenzo desde Valladolid. Trátase del traslado de la corte. Pp. 222-231.

Capítulo III. 1600.—Es nombrado arzobispo de Méjico fray García de Santa María, religioso y prior de San Lorenzo. Muerte de D. Diego Henríquez de Cabrera, almirante de Castilla, en Valladolid: entereza notable de su mujer. Viaje del autor de esta obra. Interés que el Rey mostraba por las cosas de San Lorenzo. Nuevas consultas acerca de pasar la corte a Valladolid: oposición general. Vuelve D. Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla, de ser gobernador del Milanesado. Es nombrado en su lugar D. Pedro Henríquez, conde de Fuentes, gran soldado. Lamenta el autor de esta historia que no se premien los servicios de los soldados. Pp. 232-240.

Capítulo IV. 1601.—Entrada del año 1601. Trasládase la corte a Valladolid: sentimiento e indignación de los madrileños. Diviértese el Rey en San Lorenzo. Trátase de cumplir la voluntad de Felipe II en la dotación de San Lorenzo. Despoblación y lágrimas en Madrid. Molestias y gastos en San Lorenzo para hospedar a los cortesanos. Nombramientos de obispos. Auge del duque de Lerma en la privanza. Crudo invierno en Madrid. Pp. 241-50.

Capítulo V. 1601.—Pasan por San Lorenzo los embajadores de Francia y de Saboya. Viene a esta Casa el embajador del rey de Persia. Estancia en San Lorenzo del conde de Bailén: pretende le conceda el Rey la conquista del reino de Camboja. Cartas curiosas del monarca de dicho reino a los españoles de Filipinas. Pp. 251-264

Capítulo VI. 1601.—Celebra la Corte las Navidades en Valladolid: llega all don Pedro de Médicis, hermano del gran duque de Florencia. Promete el autor de esta Historia seguir día por día su narración. Cuida el prior de San Lorenzo de sus derechos. Viene el Rey cazando a San Lorenzo. Sucesos varios. Hace órdenes en San Lorenzo el doctor Otaduy, obispo de Avila. Viene a esta Casa el

marqués de Villena: se excede en sublimar a los Pachecos el prior del Parral. Eclipse de sol, la vigilia de Navidad. Fin del año 1601. Pp. 265-272.

Capítulo VII. 1602.—Entrada del año 1602. Visitan este Monasterio los duques de Alba. Sucesos varios. Lances sucedidos al Rey y Reina en Valencia de Don Juan. Menciona el P. Sepúlveda a la famosa «Diana», protagonista de la obra así titulada de Jorge de Montemayor. Sucesos de la corte, y mercedes que hace el Rey al secretario Franqueza, a D. Rodrigo Calderón y a otros caballeros. Muerte ejemplar de fray Juan de Zamora, hermano lego en San Lorenzo el Real. Pp. 273 a 280.

Capítulo VIII. 1602.—Sucesos de la corte; mercedes a los Sandovales, nombramientos. Diviértese el Rey en San Lorenzo; proezas venatorias de Felipe III. Vienen a esta Casa algunos embajadores. Fiestas religiosas y profanas, cazas y meriendas, comedias y diversiones; holganza y regocijo generales. Llega a San Lorenzo D. Pedro González de Mendoza, hermano del duque del Infantado: cualidades de este caballero. Pp. 281-290.

Capítulo IX. 1602.—Nuevas mercedes a los Sandovales. Consejos del Rey y sus ministros. Alaba el Rey la observancia de la Casa de San Lorenzo. Llega a San Lorenzo con gran pompa y fausto la condesa de Lemos, hermana del duque de Lerma: agasájanla los Reyes. Estancia en esta Casa de D. Juan de Cardona, general del mar. Historia de D. Pedro de Médicis, hermano del gran Duque de Florencia. Nombran al Rey de España árbitro en sus diferencias los dos hermanos Médicis. Pp. 291-299.

Capítulo X. 1602.—Ocios de los Reyes en San Lorenzo. Dificultades en entregar a San Lorenzo lo mandado por Felipe II. Bautismo de D. Diego de Persia, de la familia real de Persia. Agasajos que el Papa y otros potentados de Italia hacen a la condesa de Lemos. Pp. 300-308.

Capítulo XI. 1602.—Marcha la corte de San Lorenzo. Viene a esta Casa el obispo de Plasencia: su boato. Ruidosas diferencias entre dominicos y jesuítas. Regalos del Rey a San Lorenzo. Privanza sin igual del duque de Lerma: sus cualidades personales. Quejas de los portugueses contra el Rey. Sucesos varios. Pp. 309-316.

Capítulo XII. 1603.—Pasquines en Valladolid y Madrid contra el Rey y sus privados. Ignominiosa y sonada expulsión de palacio de la marquesa del Valle. Es nombrado inquisidor general el obispo de Valladolid: juicio que mereció este prelado al P. Sepúlveda. Muerte de la emperatriz doña María: grandes virtudes de esta señora. Flaca salud de la infantita María, nacida en Valladolid por estos días. Muerte del insigne fray Antonio de Villacastín: su entereza y otras virtudes. Pp. 317-326.

Capítulo XIII. 1603.—Entierro de la infanta María, hija de Felipe III: lances y competencias en él acaecidos. Muerte y vida ejemplares del nono prior de esta Casa fray Miguel de Santa María. Sigue el duque de Lerma acumulando cargos en su persona. Muerte de la reina Isabel de Inglaterra. Cualidades de Jacobo I. Vienen los Reyes a San Lorenzo. Capítulo general de la Orden de San Jerónimo. Cásase en San Lorenzo el marqués de Tabara con una hija del conde de Altamira. Desavenencias entre los religiosos de San Lorenzo. Otras noticias. Pp. 327-336.

Capítulo XIV. 1603.—Muerte santa del hermano lego fray Juan de Guadalupe. Cualidades del P. Fr. José de Sigüenza. Muerte de la duquesa de Lerma: solemnísima pompa funeral en su entierro. Entrega de reliquias a esta Casa: otros su-

cesos. Persecuciones contra las marquesas del Valle y del Castellar. Viene la corte a San Lorenzo. Pp. 337-346.

Capítulo XV.—«Del famoso edificio de esta Casa de San Lorenzo el Real del Escurial y de las cosas grandiosas que en él hay». Pp. 347-382.

Apéndice I.—(Al cap. VII, lib. I, p. 74). P. 383.

Apéndice II.—(A los capíts. VIII y X, lib. I., pp. 85-98 y 123-131.) (Sobre Antonio Pérez). Pp. 384-386.

Apéndice III.—(Al cap. XII, lib. I, pp. 154-156.—Relato de la Soldana de Argel). Pp. 387-390.

Apéndice IV.—«Instrucción y modo que se ha de tener en curar los enfermos del Hospital de Sanct Lorenzo el Real de El Escurial, ansí en lo del alma como en lo del cuerpo». Pp. 390-407.

Apéndice V.—Sumario de los sucesos contenidos en los folios que no se copian en esta impresión. Pp. 408-410.

Indice de nombres. Pp. 411-421.

Nota bibliográfica. P. 423.

Erratas advertidas. P. 423.

Indice general. Pp. 425-30.

Colofón. P. 431.

†

ACABÓSE DE IMPRIMIR
LA
«HISTORIA DE VARIOS SUCESOS»,
EN LA
IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3, MADRID,
A XX DE JUNIO DEL AÑO DE MCMXXIV
DEL NACIMIENTO
DE NUESTRO SALVADOR JESUCRISTO.

DOCUMENTOS

PARA LA

HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN LORENZO EL REAL DE EL ESCORIAL

IV

HISTORIA DE VARIOS SUCESOS Y DE LAS COSAS NOTABLES QUE HAN ACAECIDO EN ESPAÑA Y OTRAS NACIONES DESDE EL AÑO DE 1584 HASTA EL DE 1603. ESCRITA POR EL P. FRAY JERÓNIMO DE SEPÚLVEDA, *EL TUERTO*, MONJE JERÓNIMO DE SAN LORENZO EL REAL DE EL ESCORIAL

LA PUBLICA CON PRÓLOGO, NOTAS E ÍNDICES EL

P. FR. JULIÁN ZARCO CUEVAS

RELIGIOSO AGUSTINO DEL MISMO MONASTERIO,
ACADÉMICO C. DE LA REAL DE LA HISTORIA

IMPRENTA HELÉNICA
PASAJE DE LA ALHAMBRA, NÚM. 3, MADRID
1924

OBRAS DEL P. FR. JULIAN ZARCO CUEVAS

España y la Comunión frecuente y diaria en los siglos XVI y XVII.—Madrid. Imprenta Helénica, 1912. 8.° m. de 270 páginas.—En rústica, 1,50 pesetas.

—*Oración fúnebre de Felipe II.*—Madrid. Imprenta Helénica, 1917. 8.° de 24 páginas.—En rústica, 0,25 pesetas.

—*Escritores Agustinos de El Escorial (1885-1916). Catálogo biobibliográfico.* Madrid. Imprenta Helénica, 1917. 8.° m. de XIV + 400 páginas.—En rústica, 2 pesetas.

—*El Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial y la Casita del Príncipe. Descripción, historia, bibliografía.* 2.ª edición.—Imprenta del Real Monasterio de El Escorial, 1924. 8.° m. de 196 páginas con 58 fotograbados. En rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

—*Libro intitulado «Coloquios de la Verdad». De las causas e inconvenientes que impiden la doctrina e conversión de los indios del Pirú, por Pedro de Quiroga.* Con prólogo y notas.—Sevilla, 1922. 4.° m. de 132 páginas.—En rústica, 5 pesetas.

—*Antonio Pérez.*—Madrid. Imprenta Helénica, 1922. 4.° m. de 252 páginas. En rústica, 5 pesetas.

—*Catálogo de los Manuscritos Castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial.* Tomo I.—Madrid. Imprenta Helénica, 1924. 4.° m. de CL + 374 páginas.

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN LORENZO EL REAL DE EL ESCORIAL:

I.—*Memorias de Fr. Antonio de Villacastín.*—Madrid. Imprenta Helénica, 1916. 4.° m. de XVI + 104 páginas.—En rústica, 2 pesetas.

II.—*Testamento y Codicilos de Felipe II. Carta de fundación de San Lorenzo el Real. Adiciones a la Carta de fundación. Privilegio de exención de la Villa de El Escorial.*—Madrid, 1917. 4.° m. de 210 páginas.—En rústica, 3 pesetas.

III.—*Instrucciones de Felipe II para la Fábrica y Obra de San Lorenzo el Real.* Madrid. Imprenta Helénica, 1918. 4.° m. de VIII + 140 páginas.—En rústica, 2,50 pesetas.

IV.—*Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acaecido en España y otras naciones desde el año de 1584 hasta el de 1603. Escrita por el P. Fr. Jerónimo de Sepúlveda «el Tuerto», monje jerónimo de San Lorenzo el Real.*—Madrid. Imprenta Helénica, 1924. 4.° m. de XIV + 432 páginas.—En rústica, 10 pesetas.

PREPARADAS PARA LA IMPRENTA

V.—*Pintores españoles en San Lorenzo el Real.*

VI.—*Iluminadores y escritores de libros de coro en San Lorenzo el Real.*

Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial. Tomos II y III.

Relaciones de los pueblos del obispado de Cuenca, hechas por orden de Felipe II.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063383431